

SILVIA BARBEITO

VELO  
DE  
SANGRE

de

Lectulandia

Roi está próximo a liberarse de la maldición que pende sobre él, pero tendrá que enfrentarse no solo a la aparición de unas extrañas criaturas dispuestas a impedirle que consiga su objetivo, sino también a Laura, que parece empeñada en acabar con su autocontrol y su salud mental debido al enfrentamiento que sostienen desde que se conocen. Enfrascados en poder salir victoriosos en la lucha contra las fuerzas del Mal, ambos se darán cuenta de que deberán dejar de lado sus diferencias, pero también de algo más..., algo a lo que no quieren dar nombre... ¿Qué es esa atracción que los lleva a estar cada vez más cerca? La decisión final que tendrán de tomar podrá suponer la victoria del Bien sobre el Mal...

¿Cómo culminará la lucha? ¿Han arriesgado demasiado? ¿Podrá triunfar el Bien y podrá el Amor conquistar sus corazones?

**Lectulandia**

Silvia Barbeito

# **Velo de sangre**

**Trilogía del velo - 3**

ePub r1.0

Titivillus 03.07.2018

Título original: *Velo de sangre*

Silvia Barbeito, 2018

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Rojo.

Rojo sangre, rojo fuego; rojo como un sol ardiente, como una luna maldita.

Rojo como la traición, como la vida que se escapa, se derrama y mancilla el blanco níveo de su piel y de su túnica. Rojo como las llamas que consuman el delito; rojo como la ira, como el velo que nubla la razón.

Y negro.

El negro del dolor, del olvido, de brasas extinguidas y almas impuras. Como el grito que desgarrar la noche, llevándose su ilusión, su futuro. Su vida.

Desesperación y muerte.

Traición, depravación, locura, infamia.

Magia y hechizos conjurados entre ascuas, en el rojo de la felonía y el negro del desespero.

El infierno se desata, los gritos pueblan el aire, avivan las llamas. Y, en el centro del caos, ella.

Ella rota, ella yéndose, ella muriendo a borbotones por el rojo de esa sangre bendecida por la esperanza sin esperanza, por el futuro que será y nunca debería haber sido.

Ella muriendo.

Sus rodillas se hincan en el suelo en el que se hunden sus sueños. La sangre empapa sus lágrimas, ahoga el grito de agonía que rasga su garganta, anega sus esperanzas.

Ella muerta.

Y el dolor se convierte en maldición, en venganza incumplida, en penar y buscar sin fin. En rojo y negro y desesperación.

En la muerte de ella, de él, de todos.

Y, en el caos, el traidor escapa.

# Parte I

## Rituales y otras ofensas

# 1

Tres días habían pasado ya desde *Beltane* y las pesadillas no habían hecho sino empeorar.

Hacía mucho tiempo que Roi no se despertaba bañado en sudor, con un grito estrangulado en la garganta y los recuerdos inundándolo como una marea de sangre y muerte. Con el corazón latiendo acelerado en su pecho y los dedos aferrados a las sábanas revueltas.

Pero, al parecer, la tregua había terminado.

Llevaba tres malditas noches acosado por los recuerdos y tres malditos días perseguido por los malos sueños. Empezaba a odiar el momento en que lo vencía el cansancio y tenía que retirarse a su habitación, a su refugio protegido con la magia de O' Cleary para que ningún rayo de sol osara asomarse a su interior.

Irritado, y demasiado cansado para pensar con claridad, abrió la puerta de la nevera, sacó un botellín de agua y se bebió la mitad de un largo trago. El frío helador recorrió su esófago y cayó como una bomba en su estómago, pero fue incapaz de congelar los recuerdos o apagar las reminiscencias del fuego que había ardido en su pesadilla.

Al parecer, Niall tenía razón cuando hablaba de las vueltas infinitas de la Rueda. Tan infinitas eran que ahora que parecía estar llegando el final de su aventura, estaba una vez más como al principio: enfurecido, desgarrado por el dolor y acosado por los terrores nocturnos. O diurnos, en su caso.

Era genial. Genial, sin más.

Y aunque llevaba esos días esquivando a todos los habitantes de la casa, sabía que el tiempo que se había concedido a sí mismo para regodearse en sus lamentaciones tenía que acabar. Todavía quedaba mucho por hacer, mucho por descubrir, y alguien tenía que animarse a empezar la tarea. Si dejaba la decisión en manos de los adolescentes funcionales que tenía por compañeros, llegarían a *Lughnasadh* celebrando el embarazo de Marta y saltando los obstáculos solo si se ponían en su camino y no les dejaban pasar por otro lado.

Quizá estaba siendo injusto, pero ¿y qué? Se sentía demasiado molesto como para ser condescendiente, y demasiado hundido en sus recuerdos como para tolerar la felicidad de los demás, por muy egoísta que eso pudiera parecer.

Así que salió de la cocina y se encaminó hacia el salón, donde sabía que, tarde o temprano, terminarían por aparecer todos para cenar y fingir que estaban haciendo algo de provecho. Y, con toda probabilidad, sería más tarde que temprano, porque podía escuchar las risitas del hada y su meiga en el piso superior, y era incapaz de percibir a O' Cleary y Diana en ningún punto de la casa.

Pero Laura estaba ahí, tras la puerta cerrada, seguramente perdida en su universo

de lógica y programación, con el móvil o la tableta entre las manos y aislada de cualquier emoción que osara acercarse a ella.

Si tuviera tres años, habría dado la vuelta y se habría escondido hasta que apareciera alguien más, porque, al parecer, la morena y él eran incapaces de estar juntos y solos sin atacarse el uno al otro. Pero como ya había pasado por la infancia hacía mucho más tiempo del que podía recordar, inspiró hondo y entró en la habitación.

Y, como siempre, su respiración se detuvo un minuto, su corazón se perdió varios latidos para volver a acelerarse de nuevo y su cuerpo decidió que había llegado el momento de repartir la sangre de sus venas de un modo mucho menos equitativo pero más molesto.

Tal y como esperaba, ella estaba sentada en el sofá, con la cabeza inclinada sobre su tableta y la espesa melena cayendo como un manto de seda oscura sobre sus hombros, dejando a la vista apenas un atisbo de su bellísimo perfil. La elegante falda gris dejaba al descubierto parte de sus muslos y unas pantorrillas que cualquier hombre mataría por poner sobre sus hombros o alrededor de su cintura. La camisa ocultaba más de lo que mostraba, pero eso casi era peor, porque la maldición que los dioses habían dejado caer sobre Roi nunca había afectado a su imaginación. De hecho, tenía una imaginación fantástica, como estaba confirmando en ese mismo instante. Y muy inoportuna.

Pensó, no por primera vez, lo irónico que era el aspecto de esa mujer. Bajo una fachada que era más provocativa y sexual que hermosa —aunque lo de la hermosura también estaba fuera de discusión—, se escondía... nada. Nada en absoluto. Era fría como el hielo, lógica hasta la náusea, insensible y dura. No había nada pasional o desenfrenado en Laura. Solo datos, razonamiento y desinterés.

Parecía una broma pesada de los dioses —una de tantas— que esa imagen que hablaba de sexo salvaje y lujuria infinita guardara un corazón inclemente e incapaz de entregarse a nada que pudiera despeinarla o estropear su impecable manicura.

Y aunque Roi apreciaba su sentido común, el modo en que siempre iba directa a lo práctico rechazando todo lo demás, odiaba su indiferencia y su frialdad con casi tanta intensidad como deseaba su cuerpo. Porque, por mucho que lo intentara, el hielo de su personalidad no conseguía apagar las llamas que ardían en sus venas cada vez que la veía.

Irónico, sí.

Y muy molesto.

Carraspeó para llamar su atención y, por una vez, no vio el relámpago de irritación que solía atravesar la expresión de la chica cuando se encontraba con él. Al contrario, y para su sorpresa, Laura lo recibió con una sonrisa, como si estuviera esperándolo.

—Buenas noches, Roi —saludó—. Justo la persona a la que quería ver.

Él enarcó una ceja en un gesto de incredulidad irreprimible.



—¿En serio, querida? —preguntó en tono melifluido mientras se dirigía hacia su sofá favorito junto a la ventana—. ¿Se ha congelado ya el infierno o tan solo nieva a sus puertas?

Inmune al sarcasmo, Laura esperó a que él se acomodara para teclear en su tableta y girarla hacia él, mostrándole un esquema formado por múltiples etiquetas de colores variados que parecían conformar un todo al que ella, sin duda, le encontraba algún sentido.

A él le parecía un cuadro abstracto.

Su cara de incompreensión debió de darle alguna pista a la chica, porque volvió el aparato en su dirección, lo miró con el ceño fruncido y se lo mostró de nuevo con expresión indecisa.

—¿No lo ves? —inquirió.

Quizá esa era la señal para que él se inclinara y estudiara la imagen con interés, tratando de encontrar un significado oculto entre todas esas etiquetas multicolores, pero no estaba de humor para seguir los intrincados caminos de la mente de Laura, y mucho menos para mostrarse amable, no fuera a ser que, de hecho, se congelara el infierno.

—Es... ¿bonito? —ensayó—. Con todos esos colorines entrelazados y las rayitas uniéndolos.

Como respuesta a sus palabras, sí apareció el habitual enojo con el que la chica solía contemplarlo. El universo encajaba de nuevo en su lugar, y Roi se acomodó satisfecho en su asiento.

—Es mucho más que bonito —replicó Laura, ofendida. Colocó la pantalla sobre su regazo y pulsó sobre ella un par de veces—. Me ha llevado horas hacerlo —dijo, con ese tono distraído que indicaba que ya se había perdido en su propio mundo de unos y ceros—. Todo gira en torno a las tríadas —explicó. La mano que se movía sobre la pantalla se alzó un instante para trazar un rápido gesto en el aire—. Todo. El poder de tres está por todas partes, ¿entiendes?

Laura alzó la vista y lo miró, como aguardando una respuesta por su parte. Roi se encogió de hombros. Lógica y magia no encajaban bien, y dudaba mucho que ella hubiera podido llegar a ninguna conclusión siguiendo ese camino.

—Sigo sin entenderlo, me temo —dijo en tono de disculpa—. Sé desde hace mucho más tiempo que tú lo que significa el poder de las tríadas, pero no veo dónde...

—¡Todo va en grupos de tres! —lo interrumpió ella con un entusiasmo muy impropio de su carácter—. Todo. Las gemelas y el *biosbardo*. Aidan, Diana y su magia. Ciara, Cathal y su parentesco. Niall, Marta y su vínculo. —Lo pensó un instante—. Y el niño, claro —murmuró en lo que parecía una recriminación a sí misma—. Ese niño tiene que formar su propia...

—Laura —llamó Roi.

—No hay una conexión sexual, claro, pero la reproducción...

—Laura —insistió.

—Es como Ciara y Cathal, una conexión indirecta. Claro... Sí.

—¡Laura! —repitió una vez más, alzando la voz. Ella detuvo su torrente de murmullos y levantó la cabeza para mirarlo con expresión confusa—. Estoy aquí, ¿recuerdas?

—Sí —asintió ella, parpadeando—. Sí, claro, perdona. Lo que quiero decir es que todos los que nos rodean están relacionados en tríadas entre sí y con los demás. Y, por lo que he analizado hasta ahora... —Bajó la cabeza y pulsó un par de veces más en la pantalla, como si buscara algo—. Por lo que he analizado, cada vez que se crea un nuevo vínculo de tres, avanzamos un poco hacia la solución.

Roi dejó su actitud condescendiente y lo meditó con calma. Por increíble que le hubiera podido parecer segundos antes, Laura había conseguido usar el sentido común para sacar una conclusión sobre asuntos arcanos, y algo le decía que no iba muy desencaminada.

—Continúa —pidió, inclinándose hacia ella para dedicarle toda su atención.

La chica inspiró hondo, como si hubiera estado conteniendo el aliento en espera de su respuesta, y dibujó el amago de una sonrisa.

—No hay mucho más. Todo está aquí —dijo. Pasó la mano sobre su trabajo en un gesto que pretendía abarcarlo por entero y lo miró con seriedad—. Ahora mismo estamos parados. Aidan lleva tres días hablando de rituales, de estudios, de... —Desechó los preparativos del druida con un gesto incómodo—. Pero no estamos sacando nada en claro.

—Bien, no me sorprende demasiado —asintió Roi—. El tema es más complejo de lo que parece, y apenas hemos empezado a...

—Pero hay un modo de acelerarlo —continuó Laura, como si él no hubiera dicho ni una palabra—. Es tan simple que no sé cómo no me di cuenta antes. —Dejó el ordenador a su lado, sobre el sofá, y lo miró a los ojos—. Tenemos que acostarnos.

Roi parpadeó, convencido de que su libido le había jugado una mala pasada y, en realidad, no había oído lo que creía haber oído. Rebobinó la conversación en su mente y lo consideró un instante.

«He entendido mal. No ha podido decir eso. Ni de broma».

—¿Perdona? —dijo, incapaz de añadir ni una sola palabra más.

—He dicho que tenemos que acostarnos —repitió Laura con calma, deteniéndose en cada palabra, como si quisiera darle tiempo para reunir las en su cerebro y poder comprenderlas en su conjunto.

«Pues sí lo ha dicho».

Él enarcó una ceja. Luego, porque no sabía qué más hacer, enarcó las dos.

—Creo que he debido de entenderte mal —comentó por fin, después de unos segundos esperando a que ella añadiera algo más que le diera un poco de sentido a todo el asunto—. Porque, te vas a reír, querida, me ha parecido entender que me estabas proponiendo que nos fuéramos a la cama.

—Sí, eso es exactamente lo que he dicho —afirmó Laura.

—¿A dormir? —ofreció él a la desesperada—. Porque acabo de levantarme y...

—No seas ridículo —replicó la chica, irritada. Alzó la mano para llevar un mechón de cabello oscuro tras su oreja y lo miró con expresión impaciente—. Lo he hablado con los demás. Uno por uno, claro, porque...

—Lo has hablado con los demás —repitió Roi, incrédulo.

—Sí, por separado, como te decía, porque tienen una tendencia de lo más molesta a interrumpir —siguió Laura, ajena a su confusión y a su cada vez más creciente furia—. Y, bien, Aidan me ha explicado algo sobre el poder de las tríadas, y Niall me ha confirmado que los rituales de apareamiento...

—Rituales de apareamiento —interrumpió él, permitiendo que una parte de la ira que estaba empezando a dominarlo infectara su voz.

—Sí, ya sabes —se impacientó Laura—. Rituales paganos basados en el sexo, como el que Niall y Marta ofrecieron a la Diosa para librarme de las sombras de muerte. Cada vez que uno de esos rituales se lleva a cabo, sucede algo que nos hace avanzar en la investigación. —Recogió su ordenador y pulsó un par de veces sobre la pantalla—. Al principio éramos tres por cada lado. Tres hombres, tres mujeres. Separados. —Su voz se iba acelerando, iba ganando en confianza a medida que desgranaba su teoría y se perdía en su mundo—. Pero ahora Diana y Aidan están juntos y Niall y Marta también, así que todo está descuadrado. —El movimiento de sus dedos ganó también velocidad, como si quisiera alcanzar el ritmo de su voz y sus pensamientos—. Y nosotros estamos descolgados. Somos la variable que no encaja, el calcetín desaparejado. Que nosotros no hayamos pasado por un ritual sexual altera todo el esquema —añadió en tono indignado, como si esa imperfección en sus maravillosos estudios de colores fuera una ofensa directa hacia su persona.

—Y, solo por dejar las cosas claras, eso te ha hecho pensar que deberíamos... ¿aparearnos? —comentó Roi con todo el sarcasmo que fue capaz de imprimir a su voz.

—Exacto —asintió ella—. Solo queda decidir el momento adecuado. He pensado en una de las fechas mágicas, pero no creo que debamos esperar tanto.

—Ah, ¿no?

—No, no es necesario —continuó, sin percatarse de que acababa de dejar caer un jarro de agua helada sobre la libido de Roi y una cerilla sobre su mal carácter—. Cuando Niall y Marta llevaron a cabo el ritual...

—El de apareamiento, dices —la interrumpió con brusquedad.

—Sí, ese mismo —respondió ella, ignorando su tono—. Ese ritual se llevó a cabo fuera de las fechas mágicas, así que creo que deberíamos librarnos de este tema cuanto antes. Hoy mismo, si te va bien.

—Librarnos del tema...

—Sí. —Laura lo miró a los ojos y frunció el ceño. Roi oró para que ese pequeño gesto significara que por fin se estaba dando cuenta de que estaba muy lejos de

convencerlo para participar en sus alocados planes—. ¿Te ocurre algo? Creo que no me estás siguiendo. Acabas de levantarte, lo entiendo, pero...

—Te sigo a la perfección —replicó.

Se puso en pie con calma e hizo algo que muy rara vez se permitía: dirigirse a la licorera para prepararse una bebida. Por algún motivo, le estaba haciendo mucha falta. Se sirvió una copa de coñac y la giró entre sus manos, observando la danza del líquido, sin animarse a mirar a Laura por miedo a sentir deseos de estrangularla.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con mis conclusiones? —insistió ella.

Roi cerró los ojos como si así pudiera escapar de toda esa situación absurda, que más parecía una broma pesada o tal vez un sueño estúpido. Pero cuando volvió a abrirlos, el licor seguía templándose en sus manos y él continuaba en esa habitación, escuchando la respiración de la chica a su espalda y los tranquilos latidos de su corazón.

—A lo largo de mi vida he recibido muchas proposiciones de índole sexual —comentó con calma, jugando con la copa entre sus dedos—. Reconozco que he aceptado la mayoría, aunque también he rechazado unas pocas. Pero siempre, sin excepción, me he sentido halagado y agradecido. Hasta ahora. —Se volvió para fulminarla con la mirada—. Nunca creí que una mujer pudiera ofenderme tanto abriéndome el camino hasta su cama.

—Bueno, pues no pretendía ofenderte —replicó Laura, con su aire de agravio más regio—. Te estoy dando una solución para todo este asunto. Y creo que tú eres el que más debería agradecerla, dado que es a ti a quien más le afecta.

—Bien, pues muchas gracias —dijo con evidente sarcasmo—. Ahora, princesa, te sugiero que te largues de aquí lo más rápido que te permitan esos tacones de aguja, o vas a ver lo peor de mí —gruñó—. Y créeme, no te va a gustar.

Laura lo miró, incrédula, durante unos instantes. Por fin, dejó escapar un resoplido cargado de ultraje, recogió su inseparable tableta y se marchó del salón dando un portazo.

Roi apuró la copa de un trago. Siglos sin sentir la necesidad de emborracharse y volvía a desearlo por una mujer que ni siquiera le caía bien.

—Pues perfecto. Brindemos por ella, entonces —masculló, sirviéndose otro coñac.

En cuanto salió del salón, Laura inspiró hondo para serenarse y contó despacio los diez primeros números primos.

Sin embargo, y para su sorpresa, no funcionó: seguía molesta. Mientras se encaminaba hacia las escaleras, rebobinó en su mente la conversación que acababa de mantener, intentando encontrar el fallo en sus argumentaciones; el error que había llevado a Roi a ofenderse en lugar de apreciar la brillantez de su plan.

Tampoco funcionó.

Le había mostrado sus esquemas, le había explicado con calma y palabras sencillas la lógica de sus razonamientos, y, aun así, él había reaccionado de un modo irracional.

No tenía ningún sentido, y como ella era incapaz de procesar los problemas sin sentido, tendría que recurrir a alguien que pudiera traducirle todas esas emociones absurdas —ira, ofensa, irritación— que había captado en las palabras de Roi. Alguien que se manejara con habilidad en la falta de lógica y la incoherencia.

Tenía que hablar con Marta y el hada.

Se detuvo un segundo a analizar sus pensamientos y sus labios se curvaron en una irónica sonrisa de reconocimiento al darse cuenta de su propia incongruencia. Marta «y el hada». Como si su amiga no fuera también un hada. Sin embargo, a su mente le costaba encajar ese dato, que apenas unos meses antes habría desechado por absurdo. Marta era Marta. Su amiga de toda la vida. La dulce, la amable, la frágil Marta, que siempre se escudaba tras Diana y tras ella ante cualquier enfrentamiento. Tan humana como cualquiera, y mejor persona que muchos.

Pero su naturaleza era bien distinta, y más valía que su cerebro empezara a asumir ese dato, porque la pequeña peluquera había cambiado mucho desde diciembre, cuando todo ese embrollo absurdo había comenzado, y Laura necesitaba estar preparada para analizarla y tratarla según su nueva personalidad.

Con sus tacones repiqueteando sobre el suelo de madera, se encaminó a la habitación que su amiga compartía ahora con Niall, dispuesta a encontrar respuestas. Para ello, preparó con cuidado una lista de preguntas directas que evitaran, en la medida de lo posible, las salidas de tono del compañero de Marta. Y de la propia Marta.

Cuando creyó tenerlo todo bien atado, llamó con dos toques firmes a la puerta.

No obtuvo ninguna respuesta, a pesar de que el murmullo de voces que se filtraba desde el interior le decía que esos dos estaban ahí. Llamó de nuevo, un poco más fuerte, y esperó.

El murmullo se intensificó y escuchó un par de risitas traviesas de Marta, pero ninguna señal de que podía pasar. Estaba a punto de entrar sin más cuando la puerta

se abrió y apareció Niall, vestido solo con unos desgastados pantalones vaqueros abrochados a medias y una sonrisa irónica pintada en sus simétricas facciones.

—Te ha mandado a la mierda, ¿a que sí? —preguntó sin dejarla mediar palabra.

—Te lo dije —apostilló Marta desde la enorme cama.

Niall dejó escapar una risita cargada de sorna y se apartó para franquearle el paso. Laura miró a su alrededor, tratando de encontrar un lugar para sentarse en el caos que esos dos llamaban «habitación».

—Tira lo que quieras al suelo y siéntate —ofreció él ante su indecisión.

Al ver que ella no reaccionaba, Niall agarró un puñado de ropa desparramada sobre un sillón y la arrojó a los pies de la cama sin miramientos. Ella dudó todavía unos segundos más antes de pasar una mano por el asiento para sacudirlo un poco y, a continuación, acomodarse en él con expresión incómoda.

Repasó en un instante su lista de preguntas mientras Niall se dejaba caer desmadejado sobre la cama y apoyaba la cabeza sobre el regazo de Marta.

—No lo comprendo —empezó con calma—. Le he mostrado mis esquemas y he expuesto el tema con claridad. Tú lo conoces mejor que yo —comentó hacia Niall—, ¿es posible que no lo haya entendido?

—Estoy segurísimo de que lo ha entendido muy bien —replicó él, riendo entre dientes—. Es más, estoy convencido de que, ahora mismo, no puede pensar en otra cosa. No con toda la sangre en la po...

—No seas malo —lo interrumpió Marta con una risilla maliciosa.

—Te gusta que sea malo, brujita —contestó Niall, acurrucándose contra ella—. No te quejabas hace un rato de lo malo que soy...

—¿Podemos volver a mi problema, por favor? —intervino Laura antes de que la conversación se le fuera de las manos y acabaran echándola de la habitación.

—¿Qué esperabas, Laura? —preguntó Marta con ese tono brusco tan extraño que había empezado a usar de vez en cuando y al que Laura todavía tenía que acostumbrarse—. Te dije que se iba a ofender. Es normal.

Ella la miró sin comprender, porque no lo encontraba normal en absoluto. Tenían un problema, había dado con una posible solución y el más interesado en resolver el asunto había reaccionado de un modo irracional, atacándola en lugar de agradecerle su dedicación. Lo meditó unos segundos y asintió para sus adentros cuando sus archivos mentales encontraron una conexión que quizá podría explicarlo todo.

—¿Tiene algún problema que no me habéis comentado con los rituales basados en una actividad sexual? —inquirió, más animada al ver un rayo de luz en la oscuridad de sus dudas—. Porque también se indignó cuando vosotros llevasteis a cabo la ofrenda a Danu, y...

Las carcajadas de Niall no la dejaron continuar.

—Roi tiene muchos problemas —dijo, divertido, cuando consiguió dejar de reírse—, pero te aseguro que el sexo no es uno de ellos, cariño.

—No me lames «cariño», ni «cielito», ni «vida» —replicó Laura, repitiendo en

automático una queja que había expuesto mil veces, mientras meditaba su comentario—. Entonces, ¿cuál es el problema?

Marta suspiró y se recolocó sobre las almohadas, acariciando la cabeza de Niall, que descansaba sobre su regazo. Este suspiró, satisfecho, y cerró los ojos, disfrutando del contacto de las manos de su compañera en su cabello dorado como si hubiera perdido ya todo el interés en la conversación.

—Laura, no es tan difícil de entender —explicó su amiga en tono sereno—. Ya lo hemos hablado muchas veces. Para algunos de nosotros el sexo es algo más que una necesidad biológica o un modo de pasar el rato.

Cierto. Lo habían hablado muchas veces. Marta siempre veía el sexo con un romanticismo extraño que ella aceptaba, pero que era incapaz de compartir o entender. Sin embargo, hasta donde su observación y su experiencia llegaban, esa actitud era menos común en los hombres. ¿O no?

—Entonces, ¿Roi es como tú? —inquirió, concentrada—. ¿No acepta el ritual porque le da un valor trascendente al sexo? ¿Porque es selectivo con sus compañeras de cama?

Una vez más, las carcajadas de Niall resonaron por toda la habitación. Laura se habría ofendido, pero la confundía demasiado esa risa divertida, libre por completo de ironía, como si ella hubiera contado un chiste genial en lugar de presentar una pregunta muy razonable.

—Es alucinante que, siendo tan inteligente, seas tan estúpida, cariño —dijo por fin, cuando consiguió serenarse, sonriendo todavía.

—No soy estúpida en absoluto —protestó, sintiendo una punzada de irritación—. Si es selectivo, a lo mejor no me considera una compañera apropiada. La atracción física es un elemento necesario para la excitación y...

—Laura, por favor —se quejó Marta, componiendo una expresión de hastío que meses antes ni se habría atrevido a ensayar en privado, mucho menos a la vista de alguien—. No seas obtusa.

—No estoy siendo obtusa —respondió, enojada—. Es posible que no me considere atractiva.

En cuanto pronunció esas palabras, sintió una súbita oleada de incomodidad. Laura se sabía atractiva. Era un dato objetivo. Sus rasgos eran simétricos, como mandaban los cánones, con los ojos grandes y los labios carnosos que solían apreciar los hombres. Se mantenía en forma y su cuerpo tenía las proporciones adecuadas. Dedicaba tiempo al cuidado de su aspecto, porque ya hacía mucho que había aprendido que la gente juzgaba por las apariencias, y el atractivo físico solía jugar a su favor. Los hombres la alababan por su belleza y eso los distraía de su inteligencia, así que conseguía llevarlos a su terreno sin demasiadas dificultades. Y había sido así desde que tenía memoria, por lo que no sabía cómo hacer frente a un hombre que parecía no apreciar su físico.

—¿Es eso? —insistió, buscando una respuesta clara de la pareja, que la miraba

con una mezcla de diversión e ironía—. ¿No me encuentra aceptable?

—Eres muy guapa, Laura, y lo sabes —respondió Marta con un hondo suspiro de hastío—. Ese no es el problema.

—Bueno, en las últimas semanas me he descuidado un poco —refutó, tratando de aferrarse al único asomo de lógica que veía en ese tapiz absurdo de incoherencias—. Necesito cortarme el pelo y...

—Cielito, estás muy buena —la frenó Niall, sonriente—. Si yo fuera Roi, ahora mismo estarías desnuda y encima de mí.

—¿Encima? —se sorprendió Marta, sin mostrar ni un ápice de esos celos que tan propios solían ser de ella en el pasado.

—Tiene pinta de que le gusta mandar, pajarito —replicó el hada en lo que pretendía ser un susurro, pero emitido con toda la intención de que Laura lo escuchara.

—Ahora que lo dices... —comentó Marta con una risita. Después, se volvió hacia ella, mirándola con lo que casi parecía su habitual gesto compasivo—. Laura, te lo dije en su momento: no puedes ir a un hombre como Roi y plantearle que te quieres acostar con él para encontrar la solución a un problema. Es ofensivo, ¿no lo ves?

—No —respondió Laura de inmediato—. Pero como, de hecho, se ha ofendido, no me queda más remedio que creerte. —Inspiró hondo y se centró en lo que mejor se le daba: encontrar una solución al problema—. Entonces, ¿qué debo hacer?

—Pasar del tema y buscar otro modo de averiguar lo que necesitamos —respondió Marta al momento.

—No seas aburrida, brujita —la contradijo Niall. Marta sacudió la cabeza en un gesto de divertido reproche y se encogió de hombros, animándolo a continuar. El hada se dirigió de nuevo hacia Laura—. Lo que tienes que hacer, cariño, es convencerlo de que quieres acostarte con él porque te apetece.

—Bueno, me apetece solucionar todo esto y volver a mi vida —meditó ella.

—Sí, pero eso cállatelo, ¿vale? —insistió Niall—. Convéncelo de que te mueres de ganas de echar un polvo y listo. O deja —añadió con una sonrisa malvada—. Ya me encargo yo —decidió, poniéndose en pie. Agarró una camiseta del montón que había tirado al suelo para dejarle un asiento y se la puso a toda prisa, sin dejar de hablar—. Tú quédate aquí y... Y yo qué sé, haz lo que quiera que hagas en esas máquinas tuyas. O habla con mi brujita y que te explique algunas cosas. —Se volvió hacia Marta y le dio un beso largo y provocador—. Ni se te ocurra levantarte —ordenó sonriente—. Volveré cuando acabe con esto.

—Que la Diosa nos proteja —replicó Marta, aunque en su voz la malicia coqueteaba con la hilaridad.



El licor se deslizaba por la garganta de Roi y templaba su estómago, pero no hacía nada por mejorar su estado de ánimo, ni volvía más tolerable el sentimiento de ofensa que se había asentado en su vientre. Y si se paraba a analizarlo, sabía que no tendría que sentirse así, que Laura había hecho, ni más ni menos, que lo que le dictaba su sentido común, y que su orgullo masculino solo había sido una baja colateral en la guerra que se libraba desde las Navidades pasadas entre su lógica y el universo en el que se había visto envuelta, lleno de magia y sin reglas fijas.

Pero no podía evitarlo, porque él también llevaba cinco meses debatiéndose entre su sentido común y su libido, y empezaba a estar harto de no poder convencer a su cuerpo de que mirarla siquiera era un error garrafal. Por supuesto, ese maldito cuerpo suyo había reaccionado con bastante más alegría que él a la propuesta de la morena, y eso no ayudaba nada a su mal humor.

Bajó la vista hasta la copa que todavía sostenía en sus manos y comprobó que apenas quedaba un poco de coñac en el fondo, que parecía esperar expectante a que él lo apurara... para que pudiera servirse más.

Se apartó de la ventana, irritado también con la serenidad de la noche primaveral, que tan mal encajaba con su crispación, y se dirigió de nuevo hasta la licorera, dispuesto a seguir rellenando su copa hasta caer en la inconsciencia.

Debió imaginar que, en una casa tan repleta, las novedades se transmitirían a la velocidad del rayo y algunos no podrían resistirse a comentarlas y honrarlo con un razonamiento que él no tenía el menor interés en escuchar.

—Deberías tirártela, ¿sabes? —sugirió Niall desde la puerta, con su habitual sonrisa burlona.

Roi miró con nostalgia su bebida, pero optó por dejarla sobre la mesa. De lo contrario, estaba convencido de que, en algún momento de la inevitable conversación, terminaría estrellada contra la cabeza del hada.

—Discúlpame, amigo mío, pero no recuerdo haber pedido tu opinión. Ni en este tema ni en ningún otro que alcance a imaginar ahora mismo —replicó con toda la calma que pudo reunir.

Inmune al veneno de sus palabras, Niall se adentró en el salón hasta dejarse caer sobre el sofá, sin dejar de mirarlo con esa expresión burlona ni un solo segundo.

—Claro —dijo, apoyando los pies sobre la mesa en un gesto dirigido sin duda a provocarlo—. Si me hubieras pedido mi opinión, ahora mismo estarías en la cama con la chica, en lugar de estar aquí acabando con nuestras provisiones de coñac.

Roi no pensaba contestar a eso.

O tal vez sí.

—No voy a acostarme con ella —afirmó, sorprendiéndose a sí mismo por la falta

de compromiso que mostraba su cuerpo con el propósito que acababa de anunciar.

El hada chascó la lengua con reprobación.

—No veo por qué. Está como un queso —resumió con esa capacidad tan suya de olvidar todos los parámetros que él consideraba innecesarios en un problema. Es decir, todo lo que no fuera rendirle pleitesía a sus caprichos. Al no recibir respuesta, resopló, indignado—. Y lo que dice tiene sentido, además.

—No tiene el más mínimo sentido —rezongó Roi—. Ni siquiera alcanzo a imaginar cómo ha podido...

—A lo mejor le gustas —interrumpió Niall, sonriente.

—Por favor, si ni siquiera me soporta.

—Con que soporte tu peso mientras estás entre sus piernas, es más que suficiente —replicó el hada con malicia.

—Amigo mío —suspiró Roi, sacudiendo la cabeza en un gesto de incredulidad—, nunca dejará de sorprenderme tu infinita capacidad para describir con precisión todo aquello que sea grosero, soez o vulgar.

—¿Qué puedo decir? Tengo un don —afirmó Niall, hundiéndose todavía más en su asiento—. Venga, *a'chara*, da igual lo que les digas a los demás e incluso lo que te digas a ti mismo. Los dos sabemos que la chica te pone cachondo perdido. Aprovecha que está dispuesta y dale una alegría a ese cuerpo tan aburrido que tienes.

—No pienso acostarme con una mujer que no me aguanta, Niall —explicó con hastío, preguntándose de paso por qué siempre se acababa dejando arrastrar a esas discusiones absurdas.

—¿Por qué no? —insistió su amigo. Lo miró unos instantes antes de convertir su rostro en la más perfecta expresión de sarcasmo burlón que podía conjurar, lo que, en su caso, era decir mucho—. No, espera, no me lo digas. Te sentirías utilizado y degradado —exclamó con gesto sobreactuado y un tono de voz agudo y lastimero—. Vamos, por favor —bufó.

—Por increíble que te parezca —masculló de mal humor—, algunos de nosotros tenemos orgullo.

—Oh, yo tengo muchísimo orgullo —replicó el hada sin inmutarse por su evidente enfado—. Lo que pasa es que no dejo que se interponga entre un buen polvo y yo. —Volvió a reír al ver la expresión asqueada de Roi—. Venga, hombre, ¿dónde está el problema? Te mueres por llevártela a la cama desde que la viste por primera vez. Y, entre nosotros, es muy posible que tenga razón. No encajáis en el esquema. Cuando la bruja y yo no estábamos juntos, puede. Los diferentes eran Aidan y Diana. Pero ¿ahora? Desentonáis. Es como escuchar una nota desafinada en la sinfonía de la creación. Y rechina, y molesta. Mucho —apuntó con una expresión de incomodidad que Roi identificó como sincera.

—No lo estarás diciendo en serio, ¿verdad? —inquirió, aunque una parte de sí mismo sabía que así era.

Había pensado que el hada solo quería convencerlo de que se fuera a la cama con

la chica para divertirse un rato a su costa y, con toda probabilidad, tramar algo que les complicara la vida, pero ahora se daba cuenta de que también se sentía incómodo con la situación a un nivel que él, que intentaba ignorar todo lo que tenía que ver con la magia y los poderes de los *sídhe*, no sería capaz de comprender jamás.

—Claro que lo digo en serio —replicó Niall—. Y, si no me crees, puedes preguntarle a Aidan. Acaba de aparcar fuera.

Roi aguzó el oído y, en efecto, escuchó el suave ronroneo del Maserati de Aidan deteniéndose junto al camino principal, junto con las risas de Diana y unos cuantos murmullos apresurados que se esforzó en no descifrar.

Poco después, ambos aparecían en el salón, charlando entre ellos. La sonrisa de Aidan murió en sus labios al pasear la vista por el cuadro que conformaban Roi y el hada. Cruzó una mirada de entendimiento con su mujer, y ella dejó escapar una risita antes de ponerse de puntillas para besarlo con suavidad en los labios y desaparecer con un saludo apresurado.

El druida siguió contemplándola hasta que desapareció escaleras arriba y, con un hondo suspiro, se encogió de hombros y entró en la habitación.

—*Deartháir* —dijo Niall a modo de saludo—. Explícale que tengo razón en lo de Laura, anda.

—¿Laura? ¿Qué Laura? —preguntó Aidan, caminando hacia el sofá y sin mirar a ninguno de los dos—. ¿Quién es Laura? No conozco a ninguna Laura. No sé nada. Nunca he sabido nada. Es más —dijo, observándolos por primera vez antes de sentarse—, ¿quiénes sois vosotros y qué hacéis en mi casa?

—Siempre has sido un hombre sabio, O’Cleary —apreció Roi.

—¿En serio? —murmuró el druida con una sonrisa irónica—. Entonces, ¿qué diablos hago aquí escuchándoos? Si fuera un hombre sabio, no llevaría tanto tiempo metiéndome en líos por vuestra culpa. —Cruzó una mirada con el hada y suspiró antes de volverse de nuevo hacia Roi con aire resignado—. Vale, está bien. Nunca creí que fuera a decir esto, pero Niall tiene razón.

Roi dejó escapar un gruñido al escucharlo, aunque se esperaba esa respuesta. Conocía lo suficiente a sus amigos y las dinámicas del grupo como para saber, sin ninguna duda, que ya habían discutido el tema hasta la saciedad y se habían puesto todos de acuerdo. Aun así, y a pesar de estar convencido de que nada de lo que dijera podría hacerlos cambiar de opinión, se empeñó en seguir la discusión.

«Para convencerte a ti mismo, sobre todo», apuntó una vocecita molesta en su interior que se apresuró a acallar.

—No me puedo creer que le des la razón, O’Cleary —protestó—. A pesar de tus muchos defectos, siempre te he tenido por un hombre que, quizá por casualidad, acaba tomando decisiones sensatas.

—Ah, pero es que yo no tengo ninguna decisión que tomar —sonrió Aidan—. Yo voy a seguir trabajando en un ritual que pueda alejar, aunque sea en parte, el conjuro de ocultación, a ver si podemos encontrar alguna pista. El que tiene que tomar la

difícil decisión de llevarse a la cama a una mujer impresionante y dispuesta eres tú.

—¿A que, dicho así, suena absurdo que te niegues? —apostilló Niall.

—Es imposible razonar con vosotros —se quejó Roi. Abandonando sus buenos propósitos, se dirigió de nuevo a la licorera y rellenó la copa que había dejado abandonada minutos antes. Dio un largo trago y volvió a mirar a sus amigos, que lo observaban con una irritante mezcla de curiosidad y diversión—. No le veo la gracia —masculló.

—Porque nunca has tenido sentido del humor —replicó el hada.

Roi lo fulminó con la mirada.

—Tengo muchísimo sentido del humor, amigo mío —dijo—. De lo contrario, hace siglos que habría acabado contigo.

—Querrás decir que lo habrías intentado, *a'chara* —respondió Niall con una peligrosa sonrisa danzando en sus labios, al tiempo que se incorporaba despacio en su asiento con actitud amenazadora.

Él se apresuró a responder a su desafío, contemplándolo con expresión retadora.

—Basta —interrumpió Aidan sin molestarse en alzar la voz, más aburrido que alarmado—. Roi, haz lo que te dé la gana. Si quieres acostarte con la chica, hazlo, y si no quieres...

—Que sí quiere... —intervino Niall.

—Si no quieres —retomó Aidan con una mirada de advertencia—, no lo hagas. Encontraremos el modo de encajar vuestra situación en el esquema general. Las tríadas no lo son todo, y yo...

—Sí lo son —volvió a entrometerse el hada.

—¿Vas a dejar de interrumpirme? —protestó Aidan.

—No —replicó Niall sin alterarse.

Roi observó el intercambio con la serenidad de quien se ha enfrentado a situaciones similares una y mil veces. Llevaba tanto tiempo viendo cómo a Aidan se le escapaban las conversaciones de las manos cuando intentaba dirigirlas con seriedad que ya casi ni se irritaba cuando Niall se mostraba testarudo, infantil, absurdo, irritante o todas esas cualidades a la vez. Se dirigió a la licorera mientras sus amigos se observaban uno a otro —molesto el druida, sonriente el hada— y preparó una bebida que le tendió a Aidan sin decir ni palabra. Su amigo la aceptó con un breve gesto de asentimiento, y tomó un pequeño sorbo antes de hablar de nuevo.

—El caso es que estoy organizando algo para ver si podemos encontrar una pista fiable. Supongo que lo tendré listo en un par de días, si nadie me interrumpe con culebrones adolescentes. Veremos si funciona y si no... —empezó a explicar.

—Y si no, ¿podemos atar a Roi a la cama, encerrarlo con la chica y ver qué pasa? —sugirió Niall, fingiendo una exagerada ilusión infantil.

—No, no podemos —negó Aidan, que ya hacía mucho tiempo que era consciente de que responder a las provocaciones del hada era preferible a ignorarlas.

Roi tomó asiento en su sillón favorito, junto a la ventana, sin prestarle la más

mínima atención al intercambio de frases que siguió a la negativa del druida. En primer lugar, porque él también había aprendido mucho a lo largo de los siglos y sabía que era más práctico esperar a que retomaran la conversación, algo que ocurriría de forma inevitable cuando Niall perdiera el interés y se cansara de provocar a Aidan. Y, en segundo lugar, y muchísimo más preocupante, porque su imaginación maldita lo había traicionado de un modo muy ruin, y no dejaba de susurrarle al oído las infinitas posibilidades que se abrirían ante él si estuviera encerrado en una habitación con Laura, una cama, e incluso un puñado de cuerdas...

La discusión entre sus amigos continuaba, cada vez más y más absurda, aunque él apenas podía prestarle atención. En una ocasión, hacía ya mucho tiempo, alguien le había planteado un juego tonto: tratar de no pensar en los siguientes minutos en un elefante rosa vestido con patucos. Imposible. Solo por intentar no ver al estúpido bicho, la imagen aparecía una y otra vez en su cerebro, con más claridad a cada instante que pasaba, con cada segundo que intentaba concentrarse en otra cosa. El sexo con Laura era algo similar: cuanto más trataba de quitárselo de la cabeza, más explícitas eran las escenas que se representaban una tras otra, más precisos los detalles. Y el hecho de que ella lo detestara no parecía disuadir a su mente de mostrarse más y más creativa.

Tenía que sacársela de la cabeza o iba a volverse loco.

Se removió, incómodo, en su asiento y no fue hasta que sus amigos dejaron de hablar de golpe y se volvieron hacia él que se dio cuenta de que había dejado escapar un gruñido molesto.

O'Cleary, mucho más educado que el hada, trató de fingir, sin ningún éxito, que no se había percatado del motivo de su incomodidad. Pero Niall no iba a concederle ni el más ligero respiro. Sus labios dibujaron una sonrisa depredadora y maliciosa, como si se hubiera trasmutado de pronto en un enorme gato que acaba de encontrar a un indefenso ratoncito.

—¿Tienes algún problema, *a'chara*? —preguntó con una amabilidad tan falsa que ni siquiera Marta, en sus tiempos de mayor inocencia, habría podido tomar por auténtica—. ¿Algo que pueda solucionar cierta morena, quizá?

—No seas ridículo —masculló Roi, reacio a añadir nada que el hada pudiera utilizar como arma arrojada contra él.

—Niall... —suspiró Aidan a modo de advertencia.

Una advertencia inútil, por supuesto. Cuando el hada empezaba el camino de la burla, ni un batallón de asalto armado hasta los dientes podía detenerlo.

—¿Yo soy el ridículo? —rio Niall—. ¿Yo? No soy yo el que está retorciéndose en su asiento y a punto de reventar los pantalones.

—No, pero a lo mejor eres el que está a punto de que le revienten la cara, *sídhe* —amenazó Roi con un tono casi desinteresado.

Tratar de intimidarlo era tan fútil como atrapar humo entre los dedos, pero el protocolo no escrito de su amistad indicaba con claridad que él debía intentarlo y que

Niall debía salirse por la tangente si no estaba enfadado, o saltar sobre él si lo estaba. Y Roi se preciaba de respetar los protocolos.

—Si eso va a hacer que te sientas mejor, puedes intentarlo —aceptó Niall, sonriente—. A lo mejor con eso arreglamos algo. A mí siempre me ponen cachondo las peleas.

—Niall... —terció Aidan de nuevo.

—¿A ti no, *deartháir*? —inquirió, dirigiéndose hacia el druida—. Creo recordar que sí. De hecho...

—Basta, *sídhe* —lo frenó Aidan en tono autoritario—. Ya lo hemos hablado. No puedes meterte. Es algo que tienen que resolver ellos.

—Pero si les dejamos a ellos no lo resolverán jamás —protestó el hada—. Está claro que ella quiere irse a la cama con él, tríadas de por medio o no. Y él... —Señaló hacia Roi con un amplio gesto—. Míralo... Tiene tantas ganas de meterse entre sus piernas que apenas razona. Y puede funcionar, lo sabes —añadió, como si se le hubiera ocurrido en el último momento.

—Sí, claro que puede funcionar —reconoció Aidan—. Pero también puede funcionar el ritual.

—O podemos no encontrar nada porque el hechizo que oculta al pueblo está más allá de tus poderes —refutó Niall.

Roi, por su parte, era incapaz de pronunciar palabra. En cualquier otro momento habría apoyado los planes del druida por encima de las ideas alocadas de Niall, pero en ese instante las palabras de aquiescencia se habían estrangulado en su garganta, porque sabía muy bien que si abría la boca, como un colegial estúpido, lo que saldría de ella sería algo tipo «¿Tríadas de por medio o no?». Y era absurdo, porque sabía desde hacía mucho tiempo que Laura no lo apreciaba lo más mínimo. Es más, no podía soportarlo desde que se había enfrentado a ella, echándole en cara su falta de empatía y, sí, de inteligencia, por mucho que, incluso entonces, supiera que era una mujer muy, muy lista.

Nunca había sido capaz de medir sus palabras cuando se enfadaba, por eso trataba de hacerlo lo menos posible.

Pensar en la frialdad de la chica echó un jarro de agua fría sobre los libidinosos senderos de su mente y lo ayudó a centrarse en la conversación.

—Sé que es peligroso —estaba diciendo Aidan—. Pero si funciona, sabremos dónde está atado el poder de la traidora y podremos acabar con todo esto.

—¿Peligroso? —ironizó Niall—. *Anamchara*, peligroso es convencer a una mujer de que la pelirroja que está en tu cama ha venido para ayudarte con una contractura. Esto no es peligroso, es un suicidio.

—Y si esta criatura —intervino por fin Roi, señalando al hada, que aceptó el apelativo con la sonrisa habitual— cree que es un suicidio, no alcanzo a imaginar cómo podríamos definirlo los que tenemos un mínimo de sensatez, O'Cleary.

—¿Cuándo os habéis vuelto tan cobardes? —rezongó Aidan de mal humor—.

Hemos tenido contacto con los *mouros* mil veces. Esta no tiene por qué ser diferente.

—No, si no fuera porque esta vez intentarás manipularlos —replicó Niall—. Y ya sabes lo bien que les sienta.

—Insisto: ¿cuándo te has vuelto tan cobarde? —lo provocó el druida.

—No sé —exclamó Niall con evidente sarcasmo—. Déjame que piense... ¿Cuándo supe que mi mujer estaba embarazada?

Roi consideró el plan, del que apenas había llegado a captar nada más que la palabra «*mouros*», y tomó una rápida decisión.

—Yo estoy de acuerdo. ¿Cuándo lo hacemos?

«Uno, dos, tres, cinco, siete, once, trece, diecisiete...».

Los números primos se sucedían en la cabeza de Laura con lentitud exasperante, sin el efecto calmante que esa sucesión solía tener en su ánimo.

«Diecinueve, veintitrés, veintinueve, treinta y uno...».

No, no funcionaba. Por mucho que intentara concentrarse en la secuencia, las voces entre burlonas e irónicas de sus amigas, desgranando posibles escenarios, a cada cual más absurdo, seguían colándose en su consciencia. Era de lo más irritante, y ella aborrecía sentirse irritada y nerviosa. Por norma general, conseguía mantener la calma tras abstraerse unos instantes de las conversaciones que la rodeaban, pero, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, en esa ocasión su cerebro parecía estar traicionándola, más interesado en extraer algún dato sobre Roi y lo que podía pensar de ella que en tratar de serenarse y razonar con coherencia.

Al fin y al cabo, ¿qué más le daba la opinión que ese hombre tan exasperante tuviera sobre ella? Con que se diera cuenta de la brillantez de su plan y accediera a practicar sexo con ella, sería suficiente. Tampoco tendría por qué ser un sexo maravilloso, ni hacía falta que se esmerara en seducirla. Era un medio para alcanzar un fin, y no entendía cómo podía estar tan ciego como para no darse cuenta de ello.

Sin embargo, aunque Laura no tenía ningún reparo en mentir si lo consideraba necesario, jamás había sido capaz de mentirse a sí misma, así que no tuvo más remedio que atender a esa vocecita incómoda en el fondo de su mente, que le susurraba una y otra vez, con tono ronco y sensual, que el sexo con un ejemplar masculino tan bien formado como Roi podía tener sus compensaciones. Que podría, incluso, ser más que satisfactorio.

—Y eso es lo que más me fastidia.

Sus amigas detuvieron su diálogo para volverse a mirarla sin el más mínimo rastro de asombro, aguardando. Estaban acostumbradas a que cuando Laura llegaba al punto final de sus debates mentales, exponía la conclusión en voz alta y esperaba que los demás comprendieran todo el proceso que la había llevado hasta ahí.

—Creo que me faltan unas cuantas frases para entender qué te fastidia, Laura —dijo Diana con aire hastiado.

—En realidad, no —intervino Marta con una risilla traviesa—. Lo que le fastidia es que a ella le parece que Roi está para comérselo, pero él pasa mucho de ella.

—Eso no es... —empezó Laura, pero, al darse cuenta de que esa frase se aproximaba bastante a la realidad, cerró la boca al instante.

—¿Es eso? —rio Diana—. Bueno, yo no diría que «pasa». No exactamente, vamos.

—Es justo lo que ha dicho —la contradijo Laura—. Cuando le propuse que



lleváramos a cabo el ritual, se ofendió, como si no me encontrara atractiva en absoluto.

—Nena, no has entendido nada —sonrió Diana con una expresión afectuosa que, lejos de tranquilizarla, como era su evidente intención, la desquició aún más.

Su rostro debió de mostrar parte de esa irritación, porque sus amigas se miraron entre ellas y sonrieron, al parecer encantadas de la vida porque, por una vez, era ella la que no comprendía una situación.

—Laura, no es lo que le propusiste, sino cómo se lo propusiste —suspiró Marta—. Si en lugar de presentarlo como una visita al dentista, le hubieras dicho que te sentías atraída por él...

—Pero es que no me siento atraída por él —replicó Laura al instante.

—Demasiado rápido, bonita —se burló Diana—. No puedes darte tanta prisa a la hora de contestar si intentas engañar a alguien. Se nota mucho.

—¿Qué quieres decir con eso? No intento engañar a nadie. Yo...

—A ti se te caen las bragas con él —interrumpió Diana, para evidente regocijo de Marta.

—Por favor...

—Al suelo. Con gran estrépito —apostilló Marta.

—No seáis ridículas. Se trata nada más que de encontrar una salida a nuestro problema —argumentó, recuperando la dignidad gracias, en parte, al enfado que tanto se esforzaba en dominar—. A «su» problema, porque es más suyo que de nadie.

—Sí, claro. Pero Aidan ya tiene una posible solución, y a nadie le amarga un dulce, ¿verdad? —sonrió Diana, con ese tonito suyo, tan amable que sonaba como una burla letal.

—Pero el propio Aidan ha reconocido que no hay garantías. Puede salir bien, como puede salir fatal. —Miró hacia Marta, convencida de poseer el argumento definitivo—. Y a Niall no le gusta nada la idea. Dice que hacer tratos con los... —Se detuvo para buscar el nombre entre sus ordenados ficheros mentales—... Con los *mouros* puede traer problemas.

Para su sorpresa, lejos de estar de acuerdo con ella, su amiga se echó a reír, con una carcajada cargada de ironía en estado puro a la que Diana no tardó en sumarse. Enojada, Laura lanzó a su cerebro a analizar lo que había dicho y todos los datos de los que disponía sobre el tema para intentar imaginar a qué venían esas risas burlonas.

No había llegado todavía a ninguna conclusión satisfactoria cuando Diana dejó de reírse y la estudió unos instantes. Su expresión mezclaba a partes iguales el sarcasmo y una suerte de comprensión condescendiente que irritó a Laura mucho más de lo que se sentía capaz de controlar.

—¿Se puede saber qué os hace tanta gracia? —espetó de malos modos.

—Venga ya, Laura, en serio, ¿desde cuando le han importado los problemas a Niall? —preguntó Diana.

—Vive por y para ellos —afirmó Marta.

—Pero estás embarazada —intentó razonar Laura—. Hasta donde yo sé, le preocupa que...

—No le preocupa nada —sentenció Marta, acariciándose el vientre con un gesto inconsciente—. Solo tiene su propia agenda y el ritual de Aidan no entra en sus planes.

Laura reprimió un gruñido. Debería haberse dado cuenta de que el hada trataba de manipularla. Al fin y al cabo, era su naturaleza e intentaba siempre que todos bailaran al son que tocaban sus caprichos. Y no le quedaba más remedio que reconocer que era muy hábil en ello. Estudiando la charla que había mantenido con él, y analizándola a la luz de los nuevos datos —datos que ya poseía, pero que había ignorado—, se daba cuenta de que él había manejado el diálogo para apelar a sus emociones humanas, a los sentimientos de protección que cualquiera tendría por su familia o su descendencia.

Habría tenido que imaginar en su momento que esos sentimientos no encajaban con la personalidad de Niall. Adoraba a Marta y a ese niño no nacido con una devoción que incluso ella podía percibir, pero carecía de la sensatez necesaria para sentir temor. Era demasiado arrogante, confiaba demasiado en sus dones y en los de su compañera como para sentirse acobardado por un posible peligro. Más bien al contrario, él siempre consideraba las situaciones difíciles como una oportunidad, más que como un obstáculo.

¿Cómo podía haber sido tan idiota?

No tuvo que meditarlo demasiado. Había sido así de idiota, porque Niall le había dicho, ni más ni menos, lo que quería escuchar. Se había mostrado de acuerdo con su plan y lo había aceptado con los brazos abiertos, ofreciéndole argumentos para reforzar su convicción.

—Pero ¿qué diablos gana él con todo esto? —dijo en voz alta.

—Divertirse —sonrió Marta.

—Complicarle la existencia a todo Cristo —matizó Diana. Laura la miró aguardando más datos, incapaz de comprenderlo. Su amiga suspiró—. A ver, Laura, es Niall —dijo, como si eso lo explicara todo.

—Le pareció muy gracioso que quisieras acostarte con Roi para encajar una nueva tríada en el esquema —aclaró Marta, encogiéndose de hombros.

—Pero Aidan también lo encontró razonable —intentó argumentar Laura.

—Bueno, es que es razonable —concedió Marta—. El problema es, Laura, que lo razonable no siempre es lo mejor para todo el mundo.

—Pues debería serlo.

—¡Ó *carallo*, Laura! —exclamó Diana—. La que no está razonando ahora mismo eres tú. —Al ver que ella se disponía a contestar, su amiga alzó una mano para detener el torrente de palabras que se preparaba para escapar de sus labios—. No, no me digas que siempre razones, por favor. No lo estás haciendo. A ver cómo te lo explico... —Se pasó la mano por los rizos color fuego con aire exasperado—. Si te

hubieras insinuado a Roi sin decirle nada, sin explicarle el porqué, imagino que ahora mismo lo tendrías a tus pies. Pero tal y como se lo has expuesto, parece que vas a hacer un sacrificio heroico para salvarnos, y eso es un palo para su ego, ¿entiendes?

—Exacto —aprobó Marta—. Es como si te diera igual acostarte con él que con cualquier otro.

—Bueno, es que me da igual —replicó Laura—. Es un medio para alcanzar un fin, y...

Sus amigas la interrumpieron con sendos resoplidos, a mitad de camino entre la indignación y la exasperación.

—¡No puedes decirle eso a un tío! —protestó Diana—. Es como si lo estuvieras usando de vibrador, Laura, joder.

—Es evidente que mi objetivo al usar un vibrador sería muy diferente del que tengo en mente al mantener una relación sexual con Roi —la contradijo Laura con su tono más digno—. No busco satisfacción física, sino la solución a un problema.

Diana la miró, atónita, y volvió a resoplar de forma airada. Marta, en cambio, se limitó a contemplarla con los ojos entrecerrados y una sonrisita maliciosa.

—Ya. Pero las tres sabemos que eso no es cierto, ¿no es así? —dijo.

—No sé de qué me estás hablando.

—Sí, sí lo sabes —la provocó la peluquera, sin abandonar ese tonillo entre maligno y burlón.

—Hasta tú tienes que darte cuenta de que Roi está para comérselo empujando con los dedos —se unió Diana con idéntica malicia.

—Claro que se ha dado cuenta. Tendría que estar ciega —añadió su otra amiga.

—La primera vez que lo vi en la tienda de Encarna, casi me da algo —sonrió Diana, ignorándola y centrándose en Marta.

—Y yo cuando lo vi en la puerta de casa. Bueno, los tres están muy bien, pero Roi tiene algo... —vaciló, como si no encontrara las palabras—. Algo —concluyó.

—¿Algo? —rio Diana—. Lo tiene todo, nena. Y muy bien puesto, además. ¿Te has fijado en sus manos?

—¡Sí! —exclamó Marta, palmoteando entusiasmada—. Esos dedos tan largos, tan elegantes... Si todo está proporcionado... —añadió con picardía—. ¿Y cómo se mueve? ¿Te has fijado en cómo se mueve?

—Como un felino. Peligroso y seguro de sí mismo.

—Es muy *sexy*.

—Un auténtico «empotrador» —asintió Diana con aire solemne.

—De la cabeza a los pies —remató Marta.

Laura tuvo que hacer un gran esfuerzo para no participar en la conversación. Sus amigas estaban usando el método habitual cuando querían hacer hablar a una de ellas, y no estaba dispuesta a dejarse atraer por una táctica tan manida y de la que había formado parte mil veces en el pasado, por muy tentadora que le resultara la idea.

Sin embargo, por mucho que se empeñara en prestar oídos sordos a su

intercambio, este estaba empezando a hacer mella en sus defensas, obligándola a contemplar la situación que ellas presentaban, a analizarla bajo los dictados de su lógica implacable.

¿Se habría planteado esa solución si Roi fuera menos atractivo? Quería pensar que sí, pero no podía saberlo con seguridad, aunque eso no debería ser una variable en el esquema general. Al fin y al cabo, la realidad era la que era y no podía cambiarse. Roi no iba a volverse feo por la pura fuerza de su voluntad, como no iba a convertirse ella en una mujer irracional y entregada a los dictados de su instinto.

Lo único que debería preocuparla era que tenía una posible solución, y el elemento imprescindible para alcanzarla no se mostraba dispuesto a cooperar. Era un nuevo obstáculo en su camino y debía concentrarse en resolverlo, en lugar de en ponerle peros al remedio que ya había clasificado como satisfactorio.

—Es decir —empezó, poniendo en marcha sus nuevos planes—, que si convenzo a Roi de que lo encuentro aceptable como compañero sexual, se prestará a resolver todo este asunto, ¿no? Pues estoy dispuesta a escuchar vuestras sugerencias.

La sonrisa depredadora de sus amigas le provocó un escalofrío de incomodidad, pero decidió ignorarlo y escuchar sus propuestas. Al fin y al cabo, a ellas se les daba mucho mejor tratar con lo irracional.

Roi estaba huyendo y lo sabía. Él, que se enorgullecía de no haberle dado jamás la espalda a una pelea, había abandonado el frente sin siquiera presentar batalla, perseguido por las miradas burlonas de sus amigos y las especulativas de las chicas, que lo habían hecho sentirse como un carísimo traje de diseño en el escaparate más cotizado de la milla de oro de una gran ciudad.

Incapaz de soportar por más tiempo los susurros y lo que sabía que, de forma inevitable, iba a ser una cena repleta de indirectas, agudezas más o menos provocadoras y risitas ahogadas dignas de una fiesta de pijamas, había expresado una excusa absurda y había escapado a toda velocidad, decidido a perderse entre las sombras de la noche y a alejarse del ambiente de instituto de secundaria que parecía acrecentarse a cada instante.

Con un poco de suerte, al verse libres de su presencia, se dedicarían a trazar un plan que pudiera ser de auténtica utilidad, y no a alimentar las absurdas teorías de Laura y esa mente suya, demasiado lógica para su propio bien.

Aunque no tenía demasiadas esperanzas al respecto.

El aire fresco de la noche lo recibió con una caricia suave, atrayéndolo hacia el denso bosque, tentándolo para que se perdiera entre sus sombras. Caminó de forma inconsciente, siguiendo la llamada susurrada del viento entre las ramas, de la magia de la tierra húmeda, del peligro que acechaba expectante más allá de las protecciones que rodeaban el terreno del pazo.

No debía alejarse y, sin embargo, la tentación era demasiado fuerte para resistirla.

Supo el instante exacto en el que llegó a la sutil frontera que delimitaba el territorio más allá de la protección de Danu y se obligó a detenerse, a pensarlo dos veces antes de poner a prueba la magia de O' Cleary. Confiaba en el druida, sí, pero confiaba todavía más en la inmensa capacidad de los dioses para amargarle la existencia. Le habían dado sobradas pruebas de ella a lo largo de los años.

Y sin embargo...

Quería escapar de sus amigos y sus charlas de adolescentes con demasiadas hormonas, pero la compulsión que lo empujaba hacia el bosque era demasiado fuerte para tratarse solo de eso. Latía en su interior inundando sus venas, apretando su estómago en un nudo tenso, cantando a su instinto como una sirena con la voz aguda como la nota más alta de un buen violín.

Y Roi había vivido demasiado, y se conocía demasiado a sí mismo, como para no tener muy claras las consecuencias de ignorar su instinto.

Dio un paso.

Y otro más.

Atravesó la sutil demarcación que trazaba el terreno custodiado por la Diosa y

aguardó, expectante y alerta. Sin embargo, las protecciones que llevaba tatuadas en su piel, las que siempre daban la voz de alarma, incluso antes que sus bien desarrollados sentidos, permanecieron en silencio.

La idea de que ahora Laura también llevaba unos tatuajes gemelos en sus muñecas, idénticos a los que adornaban su espalda, cruzó por su mente, pero la apartó con decisión. Había salido para alejarse de ella y de sus amigos, y no tenía intención de permitirle al traidor de su cerebro —o a la traidora de su libido— que lo distrajera.

Dio un par de pasos más, adentrándose en la espesura, y continuó andando con todos los sentidos alerta mientras encerraba en lo más profundo de sus bóvedas mentales toda la absurda situación con la chica y el mal humor que le había provocado. Y si encontraba algo con lo que distraerse todavía más a fuerza de adrenalina y pelea, mejor que mejor.

Pero el bosque era un remanso de paz. Todas las criaturas mágicas que poblaban sus escondrijos parecían haberse tomado unas vacaciones esa noche, porque la serenidad que lo rodeaba era casi palpable. No sentía ni la más mínima tensión, ni el eco de una advertencia lejana. Nada.

Sí, todo era tranquilidad a su alrededor y, por algún motivo, eso lo hacía sentirse más inquieto que si estuviera en el centro de un pandemonio de seres decididos a devorarle las entrañas, porque no era normal. Nada normal. ¿Un bosque en tierras gallegas, poco después de una de las fechas de poder, y sumido en un hechizo conjurado por los dioses en total y absoluta calma? ¿En qué universo alternativo? En cualquier momento, la vida oculta del bosque, por muy insignificante y débil que fuera, habría dejado su rastro. Pequeños trasnos, diminutas ninfas, la magia de las flores, la vida que fluía a través de ciertas raíces...

Pero no había nada.

Solo el murmullo del aire entre las ramas, el crujido de sus suelas sobre las hojas, el rumor de la vida animal... Pero ni el más mínimo asomo de magia.

—Pero ¿qué demonios...? —murmuró, confuso.

Se detuvo y miró a su alrededor. Una lechuza alzó el vuelo, agitando las hojas del árbol en el que estaba posada; un pequeño roedor se escabulló entre unos tojos; una hilera de atareadas hormigas trepaba el tronco de un árbol como un ejército bien entrenado. La luz de la luna se filtraba entre las hojas, iluminando apenas su entorno, envolviéndolo con su frío resplandor.

Una noche cualquiera en un bosque cualquiera, que, en ese bosque en particular, parecía el peor de los presagios.

Por un momento se planteó dar la vuelta y avisar a sus amigos, pero ¿qué iba a decirles? ¿«En el bosque no pasa nada y eso me preocupa»? ¿«Tenéis que acompañarme porque está todo muy tranquilo»? Sí, podía imaginarse lo bien que iba a funcionar eso.

Sacudió la cabeza para alejar el torrente de burlas que estaba imaginando y, con un hondo suspiro, reanudó su camino a través de la espesura, dejándose guiar por el

instinto, sin plantearse ninguna dirección en concreto ni permitir que la lógica guiara sus pasos. Cuando quiso darse cuenta, su deambular lo había dirigido hasta el borde del pequeño acantilado que llevaba a una de muchas calas que salpicaban la costa. Una cala que no sería diferente a las demás de no ser porque, justo allí, meses antes, tres amigas habían celebrado una pequeña fiesta que había vuelto su mundo del revés.

Al igual que en el bosque, la serenidad de la cala era casi un ente físico que podía palpase, sentirse contra la piel como una caricia. El agua se deslizaba, pacífica, adentrándose y retirándose de la playa con un ritmo suave, sensual, dejando a su paso un encaje blanco de espuma que apenas era una fina cenefa. El mar mostraba su cara más amable, lejos del bravo rugido que lo acompañaba en sus días airados; seductor, coqueteaba con la arena, jugueteaba con las rocas y penetraba en la tierra con el erótico murmullo de un amante.

Incluso la bruma parecía estática, atenta, como si quisiera contemplar la voluptuosa danza de la tierra y el agua sin interrumpirlos, como...

«Un momento... La bruma».

Esa bruma no era normal.

Podía aceptar la calma del mar en los albores de la primavera, pero ¿una bruma estancada, inmóvil? ¿Una bruma que más parecía un manto?

Ahí había algo que no encajaba, y Roi aborrecía que un dato no cuadrara en el conjunto. Contemplar esa neblina era como ver una pieza colada de contrabando en la caja de un rompecabezas, como desmontar un mecanismo y que, al volver a montarlo, sobraran tornillos.

La tensión que había ido acumulando en el bosque alcanzó el punto de no retorno, corrió por sus venas y anudó sus entrañas en una apretada red de nervios. Aguzó la vista y el oído, olfateó el aire y probó su sabor a sal y a mar... Y sintió en su piel la caricia de la magia *fae*.

No fue como otras ocasiones. Al percibir la magia no sintió como si un río se hubiera desbordado, inundando sus sentidos. Fue un lento goteo, un fragmento de información aquí y allá, un boceto apenas detallado, un murmullo lejano de voces casi incomprensibles.

—... *has fallado.*

—... *quedan decisiones, quedan opciones.*

—*Él no estará satisfecho, no...*

—*Podemos hacerlo.*

—... *demasiado poder.*

—*Ella no debe recordar, no puede volver.*

—... *conjuro...*

—... *odio...*

—... *fuego...*

Por mucho que se esforzó en escuchar, no fue capaz de percibir más que palabras sueltas, voces distorsionadas que no conformaban un todo coherente al que dar

sentido. Y, sin embargo, todo su cuerpo respondía a ese susurro como si de un ataque se tratara, como si cada frase atentara contra su espíritu, cargada de maldad, repleta de odio.

Se concentró con todo su ser, pero fue inútil. El conjuro era demasiado fuerte; sus escasos poderes, muy débiles.

Necesitaba ayuda.

A regañadientes, se apartó unos metros de la cala y sacó el teléfono móvil. O'Cleary respondió al segundo timbrado. Podía imaginárselo sin mucho esfuerzo mirando la pantalla, esbozando una irónica sonrisa al ver su nombre reflejado en ella y mostrándosela a sus amigos con expresión burlona. Pero él no tenía tiempo para bromas.

—Roi —canturreó el druida, burlón—. Nos estábamos preguntando qué...

—Venid a la cala. Ahora —ordenó en un apresurado susurro.

No hacía falta decir qué cala. Su tono, que O'Cleary captó al instante, no dejaba lugar a dudas.

—¿Estás en problemas? —quiso saber, con una seriedad no exenta de preocupación—. ¿Qué haces en...?

—Ahora —repitió Roi antes de colgar.

No sabía si el conjuro funcionaba en los dos sentidos, si la niebla que le impedía escuchar con claridad a quienes hablaban en la playa lo protegería a él de ser oído, y no podía arriesgarse. Necesitaba a alguien capaz de atravesar esa ocultación mágica y lo necesitaba cuanto antes.

Guardó el teléfono y esperó a que llegaran los refuerzos, sin poder resistirse a intentar descifrar los murmullos que el aire traía hasta él, aun sabiendo que era inútil. Apenas captaba una palabra suelta aquí y allá, un tono airado, uno de disculpa...

Solo tenía clara una cosa: aquello era importante. No sabía por qué, no sabía cómo, pero cada fibra de su ser lo impelía a acercarse, a averiguar más, a tratar de comprender lo que ocurría en esa cala oculta por la magia feérica.

Se mantuvo quieto, esperando con más nerviosismo a cada minuto que pasaba, más furioso con cada palabra que no era capaz de descifrar. Transcurridos unos instantes que se le antojaron horas, aunque era muy consciente de que no había sido así, volvió a sacar el teléfono y tecleó un apresurado mensaje.

«¿Dónde diablos estáis?».

—Detrás de ti, imbécil —respondió risueña la voz de Niall.

Roi se volvió a toda velocidad, tratando de no demostrar su sobresalto. ¿Cómo habían podido acercarse sin que él los hubiera percibido? Si en algo no se molestaban jamás esos dos insensatos, era en ser discretos. Cada vez que se adentraban en el bosque, hacían el mismo ruido que debieron de causar los elefantes de Aníbal rumbo a las puertas de Roma.



—Te dije que no nos oiría —comentó O’Cleary con aire distraído, aproximándose al borde del pequeño acantilado que rodeaba la cala.

Roi miró hacia ambos, buscando una explicación. Niall sonrió, se encogió de hombros y le hizo un gesto para que lo acompañara junto al druida.

—A alguien se le ha ido la mano usando el poder del bosque para crear una ilusión —aclaró.

Aunque, en realidad, a Roi no le aclaraba nada. A pesar de llevar el equivalente a cientos de vidas humanas conviviendo con esos dos y con su magia, los aspectos prácticos a menudo se escapaban de su cerebro como si fueran humo. Los senderos de su mente eran demasiado lógicos para tratar con lo arcano, y lo que para los nacidos al Otro Lado resultaba obvio, para él era incomprensible y absurdo.

—¿Oís cómo...? —empezó, forzándose a no pedir más datos que, en realidad, no iban a servirle de nada.

O’Cleary lo hizo callar con un brusco siseo.

—Hay demasiadas capas en ese conjuro —murmuró para sí, concentrado en lo que ocurría en la cala—. No sé si podré deshacerlo a tiempo.

Poco después, cerró los ojos y comenzó un cántico apenas susurrado bajo la atenta mirada de Niall.

—Está levantando la primera capa —explicó este—. Pero no vamos a llegar a tiempo. Suena como si la conversación estuviera terminando.

—¿Puedes oírlos? —inquirió Roi. A él apenas le llegaba un murmullo y ya no podía captar ni las palabras y frases sueltas que había escuchado minutos antes.

—Muy poco —reconoció el hada—. Solo el tono. Es una discusión. —Inclinó la cabeza hacia un lado, como si con ese gesto pudiera seguir mejor el debate, y frunció el ceño en un gesto de profunda concentración—. Nada claro. Pero Aidan ya casi lo tiene.

El cántico del druida subió de volumen, se aceleró y culminó con una nota brusca. Las palabras que el aire trajo consigo desde la playa resonaron en sus bien afinados oídos, cargadas de odio y determinación.

—... *no pueden descubrirlo. Las chicas deben morir.*

A la ácida maldición de Niall se sumó la del propio Roi, mucho más furiosa. Una cosa era saber que corrían un grave peligro en ese pueblo y otra muy distinta, escuchar con todas las letras que había alguien —o algo— planeando la muerte de las chicas. El miedo se entrelazó con la rabia en su interior, y cada músculo de su cuerpo empezó a temblar y vibrar, buscando liberar esa rabia cegadora, tratando de despertar al monstruo en su interior.

—Tranquilo, *a’chara* —se apresuró a calmarlo el hada, aunque su voz, casi siempre alegre, sonaba distorsionada por el modo en que apretaba las mandíbulas, conteniendo su propia ira—. Tenemos que saber quiénes son. Aún quedan más capas en ese conjuro.

—Sí, pero no va a dar tiempo —masculló O’Cleary, volviéndose hacia ellos—.

Están a punto de irse y esto se va a convertir en un infierno cuando liberen todo el poder que estaban reteniendo.

—¿Qué quieres dec...? —empezó Roi.

No tuvo tiempo de terminar la frase. Apenas estaba pronunciándola cuando la respuesta le llegó desde la playa con el equivalente mágico de una bola de demolición que arrasaba todo a su paso. La energía los sacudió a los tres, zarandeándolos como hojas arrastradas por la tormenta, y el bosque a su alrededor dejó escapar miles de quejidos entrelazados en un rugido ensordecedor. La magia contenida se liberó con una explosión de poder puro, despertando hasta a la última criatura que habitaba entre sus lindes, y, de pronto, fue como si cientos de ojos miraran en su dirección.

—¡Joder! —bramó Aidan—. ¡Al pazo, rápido!

El instinto adquirido a lo largo de miles de años, cientos de luchas y decenas de retiradas para llegar vivo al siguiente amanecer y seguir batallando puso en marcha sus piernas casi antes de que su cerebro pudiera procesar la orden del druida.

Corrió como si sus pies tuvieran alas, sin detenerse ni mirar atrás; corrió como si fuera la proverbial alma perseguida por el diablo, aunque el mítico demonio cristiano parecería un bebé inocente junto a alguna de las criaturas que, de seguro, los habían fijado en su punto de mira; corrió por su vida, manteniendo a la bestia atada en su interior, con los tatuajes de protección ardiendo en sus hombros a medida que los conjuros que guardaban se consumían.

Sus amigos mantenían el ritmo y, al igual que él, ni se molestaban en volverse para comprobar quién o qué los perseguía. Habían escapado demasiadas veces como para cometer ese error de principiante. Huían por su vida, y los tres sabían que cuando eso ocurría jamás debían mirar atrás. Ya se enterarían de lo cerca que estaba lo que iba detrás de ellos cuando los alcanzara, si es que los alcanzaba. Mientras tanto, podrían sortear todos los estorbos que aparecían en su camino y poner tierra de por medio con mucha más facilidad.

Además, a juzgar por los sonidos que llegaban desde el bosque, aproximándose a gran velocidad, Roi estaba convencido de que era muchísimo mejor no mirar. Si en algún momento había pensado que podía comprobar si era cierta la frase «quedarse paralizado de horror», el momento tenía que ser ese. No veía lo que venía tras él, pero sonaba como si se hubieran abierto las puertas del infierno. De diez o doce infiernos.

Así que siguió corriendo, con O’Cleary y el hada pegados a sus talones, ganando metros y más metros a través del bosque, esquivando ramas, ignorando los golpes de las que no podían apartar de su camino y saltando un obstáculo tras otro. Cruzaron los jardines del pazo a la velocidad de una bala. Y, sin detener su carrera, arrastraron al interior a las chicas, que los estaban aguardando en la puerta.

Solo una vez que estuvieron a salvo tras los muros protegidos de la casa, se permitieron detenerse y descansar. Roi se dobló sobre sí mismo y apoyó las manos en las rodillas, buscando el aliento que había perdido durante la carrera. Aidan fue a sentarse, jadeante, en las escaleras, y el hada se dejó caer cuan largo era en el suelo,

con los brazos y las piernas extendidos y resoplando como una locomotora vieja y renqueante.

Tras recuperarse de la sorpresa, las chicas comenzaron a lanzar una pregunta tras otra, atropellando las palabras en sus ansias por conseguir respuestas. Respuestas que ellos todavía no podían darles porque apenas les quedaba aire en los pulmones para respirar, así que lo de hablar ya no les parecía ni remotamente factible.

Todavía estaba concentrado en recordar cómo se inspiraba de forma normal y en ignorar las preguntas cada vez más inquietas y molestas de las tres mujeres, cuando escuchó un sonido apagado que provenía del hada. Por un instante pensó que era una tos, pero al volverse para mirarlo no tardó en darse cuenta de que estaba riéndose. Sacudió la cabeza, reacio a dejarse arrastrar por el humor enloquecido de Niall, pero cuando sus ojos se cruzaron con los de Aidan, y este comenzó a reírse entre dientes, no pudo resistirse por más tiempo.

Segundos más tarde, los tres estallaban en carcajadas, no sabía muy bien si de celebración o de alivio, que se prolongaron largo rato ante la estupefacta mirada de las chicas.

Laura miró la escena que componían los tres hombres riendo a carcajadas frente a ellas sin ningún motivo aparente, considerando la posibilidad de que hubieran perdido la poca cordura que les quedaba de forma definitiva, o que sufrieran un síndrome de estrés postraumático muy peculiar. Tras la llamada de Roi habían salido corriendo sin apenas dar explicaciones y, tiempo después, habían vuelto también corriendo, aunque más rápido; habían cerrado la puerta como si los persiguiera el mismísimo diablo, se habían derrumbado, agotados y, de pronto, se echaban a reír como dementes.

No tenía ningún sentido, a no ser que los hubieran embrujado, o algo similar. Confusa, se volvió hacia sus amigas en busca de una respuesta, una aclaración, una pista que arrojara luz sobre esa extraña actitud, pero Diana parecía tan perdida como ella, y Marta... Bueno, Marta en los últimos tiempos tampoco estaba demasiado en sus cabales, como demostraba el que se hubiera acercado hasta Niall y ahora también estuviera riéndose con tantas ganas como los chicos.

—Pero ¿de qué os reís? —inquirió por fin, cansada de buscar la pieza que le faltaba a su rompecabezas mental.

Para su sorpresa, su pregunta solo consiguió que se rieran con más fuerza.

—Creo que se han vuelto locos —meditó Diana—. ¿Aidan? ¡Aidan! —insistió.

El druida se secó las lágrimas y la miró sonriente.

—No pasa nada, pelirroja —la serenó, aún riendo entre dientes—. Es solo que... —Soltó una risita—. ¡Menuda carrera!

—«¡Al pazo!» —rio Niall, provocando nuevas carcajadas.

—No le veo la gracia —masculló Laura, irritada—. ¿Podéis calmaros un segundo y decirnos qué ha pasado? Porque me temo que el médico no está para suministraros calmantes —ironizó tras dirigir la mirada hacia Roi.

Este sacudió la cabeza, rio unos segundos más y, por fin, se incorporó.

—Lo lamento, querida —dijo con su habitual tono engolado, aunque tras él bailaba la sombra de una sonrisa—. Me temo que es la típica y absurda reacción de alivio tras haber estado a punto de perder la vida.

—¡Perder la vida! —se espantó Diana—. ¿Qué demonios ha pasado ahí fuera, O'Cleary? —preguntó en tono autoritario, plantándose frente a Aidan.

—Lo de siempre, calabacita —respondió Niall en su lugar—. Salimos a resolver un problema y volvemos con otro más grande todavía —explicó entre risas.

—Aidan, no voy a... —empezó de nuevo su amiga.

—Tranquila, *a'chuisle* —suspiró el druida. Se puso en pie y recorrió la escasa distancia que los separaba para estrecharla entre sus brazos—. Alguien ha estado haciendo magia en la cala y, bueno, me temo que no ha medido las consecuencias. —

Besó a Diana con suavidad en la coronilla y se volvió hacia sus amigos—. ¿Quién va a ver qué nos hemos traído?

—Ya voy yo —aceptó Roi. Se recolocó la levita y miró por encima de su hombro hacia la ventana del recibidor—. Aunque imagino que la respuesta será «todo», teniendo en cuenta lo que arden los malditos tatuajes —murmuró, dirigiéndose ya hacia el ventanal.

Apartó la cortina, miró al exterior y dejó escapar una burda maldición en voz baja antes de dejarla caer de nuevo. Aunque era irracional, Laura no pudo evitar un estremecimiento al ver al siempre correcto Roi maldiciendo como un estibador portuario. Sin pensar en lo que hacía, se aproximó a él.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

Él se volvió con un brillo extraño en la mirada que Laura no supo muy bien si interpretar como furioso, resignado o despectivo.

—Creo que en este momento sería más preciso preguntar qué no ocurre. —Ignorándola, dirigió su vista hacia los chicos, por encima de su hombro—. ¿Cómo resumirlo? —meditó—. Sí, ya sé, por citar una de tus frases favoritas, O’Cleary, estamos jodidos.

Haciendo caso omiso de las preguntas que lanzaban Diana y Marta, Aidan y Niall se reunieron con ellos, con los rostros tan serios que, por un instante, Laura llegó a pensar que había imaginado las carcajadas que los habían sacudido momentos antes.

—¿Tan malo es? —quiso saber Niall. A pesar de lo inquietante de la pregunta, su tono era tranquilo, como si solo estuviera interesándose por el tiempo o la hora a la que se iba a servir la cena.

—Míralo tú mismo —concedió Roi, cediéndole su sitio ante el ventanal.

Druida y hada se situaron frente a ella, impidiéndole la visión. Aunque Laura quiso atisbar sobre sus hombros, ambos eran demasiado altos como para permitirse. Tras unos segundos, se apartaron, se miraron el uno al otro y se volvieron hacia ellas.

—Es mejor que vayamos arriba —declaró Aidan en un tono que ni con la mejor de las intenciones podía considerarse una sugerencia.

Diana frunció el ceño y se plantó delante de él con los brazos en jarras, en su mejor actitud desafiante. En el rostro del druida apareció la sombra de una sonrisa que se apresuró a disimular.

—O’Cleary, no pienso moverme de aquí hasta que me digas qué...

—Te lo explicaré arriba —replicó Aidan con decisión.

Antes de darle tiempo a Diana a replicar, la tomó por los hombros y la dirigió escaleras arriba. Niall no tardó en ir tras él, acompañado por Marta, sin volverse siquiera a mirar atrás.

Laura se debatía entre seguirlos y mirar por la ventana para ver de primera mano lo que a ellos, con las habituales interrupciones, les llevaría mucho más tiempo aclarar. La lógica le decía que mirar era muchísimo más práctico, además de más preciso, pero un miedo absurdo e irracional la mantenía anclada a su sitio. Cada vez

que sus ojos se deslizaban hacia la cortina ahora cerrada, su cuerpo se estremecía sin que su mente consciente se molestara en tomar cartas en el asunto, y por mucho que lo analizara, no le encontraba sentido. Sí, Roi había dicho —tanto con sus palabras como con su actitud— que lo que había al otro lado era algo muy malo, pero ¿cuánto peor podía ser que lo que ya habían visto o sufrido? Ella misma había estado a punto de morir, y no podía imaginar nada peor que eso, así que ¿a qué venía ese miedo ridículo?

Irritada con su falta de sentido común, inspiró hondo y recorrió la escasa distancia que la separaba de la ventana. Roi aguardaba ahí, en actitud paciente, como si se esperara esa reacción por su parte. Cuando llegó junto a él, esbozó una sonrisa amarga.

—Es mejor que confíes en tu instinto y no en esa sensata cabecita tuya, querida —advirtió.

—Jamás me he fiado de mi instinto, así que no encuentro el motivo para empezar ahora —replicó Laura en tono seco—. Déjame ver.

Él le sostuvo la mirada con expresión inescrutable durante unos segundos eternos. Por fin, se encogió de hombros y se apartó con un gesto elegante, separando la cortina para que ella pudiera ver lo que había al otro lado.

La escena era tan terrorífica, tan extraña a sus ojos, que su cerebro tardó unos segundos en procesarla, en captarla en toda su malévola amplitud. Y cuando eso ocurrió, pulsó el botón de pánico y todos sus procesos mentales se lanzaron a la carrera para apartarla de esa visión y de sus posibles consecuencias. El caos se hizo el dueño de su bien organizado cerebro, y Laura se sintió, por primera vez en mucho tiempo, como si no tuviera control alguno sobre sus actos.

Retrocedió, jadeando, cerrando los párpados como si, al no ver a las criaturas, el peligro fuera más lejano; su cuerpo se sacudió presa de temblores incontrolables, y su garganta se enredó en un nudo apretado que apenas la dejaba respirar, mucho menos articular una palabra coherente. De hecho, aunque sus músculos estuvieran relajados, sería incapaz de pronunciar una sola frase con sentido, porque el caos de su mente había dejado de lado asuntos tan irrelevantes como hablar o razonar.

Desde que conocía a los chicos se había enfrentado a muchas situaciones terroríficas y sin sentido: el descubrimiento de otra realidad, la existencia de criaturas mágicas —y de la propia magia—, temibles canes que casi acaban con su vida, horribles centauros que habían puesto cerco a la casa... Pero nada, nada la había preparado para lo que había al otro lado de esa ventana.

Las puertas del infierno —o quizá, tan solo, del Otro Lado de la realidad— se habían abierto de golpe y habían dejado escapar a todos los que habitaban tras ellas. La casa estaba rodeada hasta el último centímetro de seres horribles, de todos los tamaños, formas y colores, que miraban hacia el pazo como si pudieran atravesar las protecciones que lo rodeaban con la mera fuerza de su voluntad.

Y, dado lo absurdas que eran las reglas que regían el mundo mágico,

probablemente podrían.

Tras sus párpados cerrados, su cerebro enloquecido se dedicó a deshacerse de la pesadilla mostrándole imágenes aterradoras, que se superponían una tras otra, como un álbum de fotos salido de las profundidades del averno. Paralizada por el pánico, vio cómo la película de su mente le enseñaba horribles seres retorcidos, de manos como garras e inmensos colmillos; hermosas mujeres que exudaban maldad pura por cada uno de sus impecables poros; centauros, jinetes sin cabeza, espíritus de todos los colores que flotaban entre las demás criaturas, gritando sin control; quimeras con cabeza de serpiente y cuerpo de mamífero, que aullaban como lobos a la luna... Decenas, cientos, miles de seres terroríficos, deformes unos, aterradores en su malévola perfección otros y, con cada detalle que percibían sus ojos, con cada nuevo horror al que tenía que hacer frente su cerebro, Laura se sentía más y más fuera de su cuerpo, del universo lógico y coherente en el que siempre se había movido, del mundo bien estructurado en el que había construido su vida.

Por muy absurdo que fuera, por mucho que se hubiera resistido pocos segundos antes a concebir algo así, solo una palabra venía a la mente de Laura para definir ese horror: Mal. Mal en estado puro. La quintaesencia del Mal que se filtraba a través de las protecciones, se aferraba a su cuerpo y penetraba en sus poros, despertando un instinto atávico que, lejos de ayudarla a enfrentar el horror, se limitaba a paralizar su cuerpo, sus procesos mentales y hasta el errático ritmo de su corazón.

Garras, dientes, filos, maldiciones. Sangre y muerte.

El sonido apenas atravesaba los cristales —o quizá las protecciones de la Diosa—, pero entre las paredes de su cráneo reverberaba como una canción de muerte y destrucción, de sangre y horror. No podía escucharlo, no en realidad, pero a su cerebro aterrorizado no le costaba lo más mínimo interpretar los gestos y traducirlos en una melodía demoníaca que helaba sus venas y se clavaba en su corazón.

Cayó de rodillas, asaltada por las imágenes, por el terror, por esos sonidos tan solo imaginados que la obligaron a taparse los oídos y gemir de puro pánico. Una parte diminuta de ella, la que todavía conservaba la cordura y la esencia de la mujer que siempre había sido, intentó alzar la cabeza y explicarle que estaba siendo irracional, que las protecciones le impedirían a esos seres llegar hasta ellos, y que los chicos encontrarían una solución; que no iba a morir ahí, que nadie los estaba atacando en realidad. No todavía.

Pero, por primera vez desde que tenía recuerdos, Laura no podía pensar con lógica. Sintió la humedad en sus mejillas, y supo que eran sus lágrimas; percibió el frío en su cuerpo, y supo que la sangre huía hacia sus piernas preparándola para correr. Escuchó gritos, y supo que eran sus cuerdas vocales las que los emitían.

Y se habría quedado ahí, convertida en una masa babeante de llanto y pavor, si una mano tranquilizadora no se hubiera posado sobre su hombro, devolviéndola a la realidad. Alzó la vista para encontrarse con el rostro de Roi, que la contemplaba con preocupación, e intentó dibujar una sonrisa que dijera «estoy bien». Sin embargo,

algo debió de fallar en ese intento, porque él frunció el ceño en una mueca inquieta y se arrodilló frente a ella.

A la mano que ya descansaba sobre su hombro derecho se unió otra sobre el izquierdo. Sintió el calor del cuerpo de Roi, y su aliento cerca de sus labios.

—Tranquila —ordenó con voz clara y serena—. Laura, tranquila —insistió.

—Estoy tranquila —balbuceó ella, reconociendo apenas su propia voz en las sílabas entrecortadas y temblorosas que salieron de su boca.

—No, no lo estás —la contradijo Roi. Una de sus manos abandonó su hombro y acunó su rostro con suavidad—. Tienes que calmarte. No va a pasar nada. O’Cleary no los dejará atravesar las protecciones de Danu, ¿lo entiendes?

—Sí, sí —respondió Laura en automático, solo porque una parte de su cerebro sabía que eso era lo que tenía que decir.

—No lo pienses —insistió él—. Laura, no pienses en ello. Concéntrate en otra cosa. Mírame —la instó en un tono autoritario imposible de resistir.

—Te estoy mirando —tartamudeó.

Pero cuando hubo pronunciado esas palabras, supo que no era cierto. Sus ojos estaban a la altura correcta, sí, pero en realidad no lo estaba «viendo». Su cerebro seguía proyectando la película de terror que la había hecho perder el contacto con la realidad segundos antes y, como en una revelación, comprendió lo que él estaba contemplando: una mujer arrodillada, con el rostro cuajado de senderos negros de rímel corrido, y los ojos vidriosos, centrados en una realidad que él no alcanzaba a percibir.

Con un esfuerzo sobrehumano se obligó a mirarlo a él, a mirarlo de verdad, a concentrarse en los lagos dorados que eran sus ojos, que en ese instante intentaban transmitirle toda la calma que habitaba en sus profundidades.

Y se serenó. Un poco. Lo suficiente como para permitirle respirar con normalidad, porque hasta ese momento, aunque no se había dado ni cuenta, estaba a punto de hiperventilar.

—¿Estás mejor? —preguntó Roi con suavidad. Ella asintió, incapaz por el momento de añadir nada más. Sin embargo, su respuesta no pareció convencerlo—. Laura, tienes que tranquilizarte —insistió—. Eres la única sensata de este patético grupo que formamos. Si tú pierdes la razón, ¿qué va a ser de nosotros?

—Lo siento —se disculpó, tratando de recuperar la compostura—. Lo siento, no sé lo que me ha pasado, yo... —Su voz era más firme, pero incluso ella podía escuchar el filo de pánico que todavía la vestía como un manto. Inspiró con fuerza y volvió a intentarlo—. Estoy bien —musitó sin convicción.

Roi la estudió con calma, valorando la veracidad de sus palabras. Sus ojos se clavaron en los de ella y, poco a poco, descendieron por los planos de su rostro hasta alcanzar sus labios, donde se detuvieron como si hubieran quedado anclados a ellos. Por un instante, Laura pensó que iba a besarla. Que por fin había comprendido la lógica de sus argumentos y se iba a rendir, o, quizá, que se rendiría sin entenderla,



como si verla indefensa y fuera de control hubiera roto también sus cadenas. Expectante, suspiró y cerró los ojos. Sintió el cálido aliento de él a milímetros de su boca, y un escalofrío de anticipación incontrolable recorrió su cuerpo.

Y, de pronto, él se apartó.

Sus manos descendieron hasta sus codos y la ayudó a ponerse en pie. Laura abrió los ojos y estudió su cara, pero, para su irritación, no vio ninguna emoción en ella. Ni la ternura que la había maquillado mientras intentaba calmarla ni el deseo que percibió apenas un instante, cuando sus ojos se habían detenido en sus labios entreabiertos. Nada. Ninguna emoción, nada a lo que aferrarse, ningún hilo del que tirar para ver cumplidos sus propósitos.

Y, con la calma que estaba empezando a recuperar, le sorprendió descubrir que esa falta de emotividad le molestaba por algo más que porque su plan se retrasara de nuevo.

—Tenemos que reunirnos con los demás —expuso Roi, distante—. ¿Podrás subir las escaleras?

Por un momento, Laura valoró decirle que no, que sus piernas no la sostendrían, que necesitaba que la estrechara entre sus brazos y le diera su apoyo, pero su orgullo fue mucho más rápido que sus manipulaciones femeninas.

—Por supuesto —replicó con altivez.

La sonrisa burlona de él la hizo sentir como si pudiera leerle los pensamientos. Solo le faltaba entender si la burla iba dirigida hacia ella o hacia sí mismo.

—Las damas primero, entonces —dijo con una elegante reverencia, apuntando con la mano hacia las escaleras.

Laura clavó los ojos en él un instante, antes de volverse y seguir el camino que le señalaba. No la sorprendió demasiado encontrarse a Niall atendiendo a la escena con gesto divertido, apoyado con aire displicente en la barandilla de las escaleras. Al fin y al cabo, en esa casa siempre había alguien cotilleando pasara lo que pasara, y sus gritos, que ahora que se sentía de nuevo dueña de sí misma la avergonzaban hasta un punto difícil de soportar, tenían que haberse escuchado en toda la casa.

Cuando pasó por su lado, el hada se inclinó hacia su oído, sonriente.

—Bien hecho, cariño. Casi lo haces picar —susurró con sorna.

Para darse tiempo a recuperar el total control sobre sí mismo, Roi volvió junto a la ventana y echó un vistazo distraído al ejército de criaturas que los asediaba. Muchas de ellas, si no todas, desaparecerían antes del amanecer, pero la pregunta era si conseguirían resistir hasta entonces. Por muy fuertes que fueran las protecciones de Danu, nada permanecía para siempre.

Movió la cabeza de un lado a otro para tratar de deshacer los nudos de tensión que se habían acumulado en la base de su cuello. Ver a Laura de rodillas, despojada de sus barreras, de su lógica y su frialdad, había removido algo en su interior, algo profundo y dormido que no deseaba recuperar. Y, por un momento, casi había olvidado sus ofensas. Casi.

—Has estado a punto de besarla —se regodeó Niall tras él.

Roi apretó los dientes antes de encararlo, dispuesto a evitar el tema y a centrarse en el problema que aguardaba tras los muros de la casa, mucho más acuciante que su vida sexual. O su carencia de ella.

Sin embargo, su propia lengua lo traicionó.

—Y, suponiendo que eso fuera cierto, mi querido amigo, ¿en qué momento se convirtió en asunto tuyo? —preguntó con su tono más irónico.

El hada soltó una risotada y bajó las escaleras con un par de ágiles saltos.

—Todo es asunto mío, *a'chara* —replicó, sonriente—. Y esto es demasiado divertido como para no prestarle atención.

—Sin embargo, lo que hay ahí fuera no tiene ni la más remota gracia —masculló Roi, señalando con el pulgar hacia la ventana.

El hada se encogió de hombros.

—Las protecciones aguantarán.

—Lo dudo mucho —repuso de mal humor—. Mis tatuajes arden como brasas. Están atacando nuestras defensas mágicas.

Niall dejó su actitud burlona y desinteresada y la sustituyó por la máscara inexpresiva que siempre adornaba su rostro cuando se decidía a dejar las burlas y a poner el cerebro a funcionar. Y ojalá lo hiciera más a menudo porque, a pesar de su actitud de idiota despreocupado, Roi sabía que su mente era como una espada milenaria, mil veces templada al calor de un fuego mágico: igual de letal y casi tan afilada. Y ni las ganas que tenía de matarlo en ocasiones le impedían reconocerlo.

—Tienes razón —concedió Niall tras meditarlo un segundo—. Y eso le da una perspectiva nueva a toda esta mierda.

—¿A qué te refieres?

El hada sacudió la cabeza como si alejara un pensamiento incómodo, y Roi pudo percibir la furia en su interior.

—Es intencionado —respondió sin más, alejándose escaleras arriba como si hubiera perdido todo el interés en él.

Roi lo siguió, dándole vueltas a sus escasas palabras. Aunque sabía que no les llevaría nada reunirse con los demás, y Niall no tardaría ni dos segundos en explicarse —a gritos, si era necesario—, su mente lógica lo empujaba a cuadrar datos, a hallar un motivo a la furia del hada antes de encontrarse con el grupo y verse metido hasta las cejas en su falta de lógica y sus habituales preguntas sin sentido.

Recorrió tras su amigo el camino hasta la sala de juegos, demasiado ocupado extrayendo datos y conclusiones como para concentrarse en el trayecto o en lo que le aguardaba tras la puerta cerrada de la habitación. Y, pocos segundos antes de que Niall abriera esa puerta como una furia vengadora, lo supo.

Y tuvo que usar todo su autocontrol para mantener a la bestia en su interior, anclada a sus cadenas.

Niall se plantó en el centro de la sala de juegos convertido en la viva imagen de la furia. Tras los muros del pazo, los truenos resonaron en la distancia y los relámpagos alumbraron el cielo nocturno, segundos antes de que una lluvia feroz se derramara como calderos de agua sobre la tierra.

—*Anamchara*, cálmate —rogó Aidan, poniéndose en pie para llegar junto a él.

Marta se levantó también —tras apartarse de Laura, con quien había estado hablando entre susurros cuando entraron, observó Roi de reojo— y se acurrucó contra el pecho de Niall. No dijo nada. Solo se quedó ahí, estrechándolo contra su cuerpo y prestándole su silencioso apoyo, pero casi al instante, dejaron de oírse los truenos, los relámpagos se espaciaron, y el sonido de la lluvia dejó de ser atronador para convertirse en un rítmico golpeteo que tenía más de calmante que de tenebroso.

Roi se preguntó por un instante cómo habían sobrevivido hasta entonces sin el efecto tranquilizador que el vínculo que Niall compartía con su compañera ejercía sobre él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aidan, cuando debió de considerar que su amigo ya estaba lo bastante sereno como para razonar—. ¿Qué has visto?

El hada inspiró hondo y apartó a Marta un poco para tener libertad de movimientos, aunque sin dejar de mantenerla junto a él, bajo su abrazo protector.

—Antes deja que te haga una pregunta, *deartháir* —masculló, con un tono de voz que goteaba veneno en cada sílaba—. ¿Dónde están los dos hermanitos?

La comprensión que había sacudido a Roi, apenas unos minutos antes, inundó el rostro de Aidan. Sus ojos se tiñeron de rabia y sus puños se apretaron con saña mientras cruzaba con Niall una mirada de absoluto entendimiento.

—¿Qué pasa, Aidan? —intervino Diana, poniéndose en pie para llegar junto a ellos—. ¿De quién habláis? ¿Qué...?

—Ciara y Cathal —respondió Laura con frialdad—. Es eso, ¿verdad? —insistió, al ver que los demás se limitaban a contemplarla con distintos grados de incredulidad dibujados en sus rasgos—. Habláis de Ciara y Cathal. ¿Han sido ellos?

—¿Puedes comprobarlo, O’Cleary? —medió Roi, intentando controlar su furia y usar su sentido práctico para aclarar la situación.

Aidan dejó escapar un suspiro y negó con la cabeza.

—No —respondió de mal humor—. No ahora, al menos. Estoy usando todo lo que tengo para mantener las protecciones en pie. Pero si me haces apostar, diría que eran sus poderes.

—Y si fueron ellos, lo han hecho a propósito —apostilló Niall con rabia—. Es imposible que esos dos no sepan las consecuencias de ese conjuro de ocultación. Nos han echado encima a toda la puta escoria del puto bosque para ver si acaban con nuestras putas vidas.

—Dejando al margen tu escaso dominio de la adjetivación creativa, amigo mío, pienso que tienes toda la razón del mundo —intervino Roi.

—A ver si lo entiendo —meditó Laura, que una vez superado su arrebató de nervios había vuelto a envolverse en su habitual frialdad. Una parte de Roi echó de menos a la mujer a la que había intentado serenar minutos antes, a su humanidad y su descontrol—. ¿Estáis diciendo que todo lo que hay ahí fuera —su voz tembló un poco, apenas nada, pero sí lo suficiente como para que lo captaran los bien afinados oídos de Roi— es culpa de Cathal y Ciara? ¿Qué han sido ellos los que nos han puesto en esta situación a propósito?

—¡Lo sabía! —saltó Diana, indignada—. ¡La muy zorra!

—Pero ¿por qué? —pregunto Marta, en tono dolido—. Quiero decir, no me cae bien, pero...

—A saber —masculló Niall—. Ese mamón haría cualquier cosa por tener tu fuego, pajarito.

—Niall, no seas bobo —lo contradijo la meiga en tono paciente—. No va a querer matarnos a todos solo para llevarme a la cama. Además, está claro que...

—A todos no —interrumpió Roi, pensativo—. Solo a vosotras. —Al ver las caras de incompreensión que lo rodeaban, se apresuró a explicarse—. Lo oísteis igual que yo: «Las chicas deben morir». Fue lo último que escuchamos antes de que se desatara el conjuro.

—Voy a matarlos —anunció Niall en tono práctico, como si estuviera expresando su intención de prepararse un bocadillo para merendar, dirigiéndose ya hacia la puerta.

Un coro de voces se unió a su declaración, ofreciendo ayuda y colaboración, aprobando su decisión. Y la de Roi era la que sonaba más decidida. Sin embargo, apenas habían conseguido llegar a la puerta cuando la voz más autoritaria de O’Cleary los detuvo con una orden seca.

—Quietos —demandó—. No podéis salir ahora. No con lo que hay ahí fuera —aclaró, al ver que no parecían en absoluto dispuestos a acatar sus normas o a tratar de comprenderlas siquiera—. No puedo protegeros a todos. No, al menos, si tengo que mantener la casa a salvo.

—Pues deja caer la maldita casa —sugirió Niall en tono impaciente.

—Sabes que no puedo hacer eso, *anamchara* —suspiró el druida—. Necesitamos un refugio seguro al que volver si algo falla, y por ahora, el único lugar lo bastante protegido, el único que puede resistir decenas de ataques mágicos a la vez, es este. —Se volvió hacia Roi, quizá porque siempre había sido el más sensato del grupo, el que más se controlaba, el que siempre tenía sus emociones atadas con fuertes cadenas, aunque en ese instante su legendario dominio de sí mismo estaba a punto de quebrarse—. Roi, sabes que tengo razón. —Roi sacudió la cabeza, resistiéndose a su lógica—. Sabes que necesitamos la protección de la casa, y si uso mi magia para buscar a esos dos, no podré mantener la protección de Danu. Tomarán el pazo al asalto, y luego irán por nosotros donde quiera que estemos.

Una larguísima maldición de Niall quebró el silencio que siguió al alegato del druida. No parecía en absoluto satisfecho con la decisión, pero, a regañadientes, cruzó la sala y tomó asiento, con la meiga en su regazo y una expresión furiosa pintada en su cara.

—Entonces, ¿qué se supone que tenemos que hacer? —quiso saber Diana, encarándose a Aidan—. ¿Esperar aquí hasta el fin de los tiempos?

—No, *a'chuisle* —suspiró Aidan—. Pasaremos la noche aquí y, cuando amanezca y lo peor de esas criaturas haya vuelto a su refugio en la oscuridad, prepararemos un par de conjuros para ayudarnos.

—¿Qué clase de conjuros? —inquirió Laura en tono práctico, ya con su inseparable tableta en las manos, dispuesta a tomar notas.

—Uno para reforzar las protecciones, otro de búsqueda, para saber dónde están esos dos y si podemos acercarnos a ellos... —meditó el druida, casi como si hablara consigo mismo en un intento de poner sus pensamientos en orden—. También tendría que preparar algo para que podamos ir al pueblo a por provisiones y quizá un hechizo de visión, para tratar de entender las motivaciones de Cathal y Ciara... Suponiendo que no nos estemos equivocando y ahora mismo no estén en problemas por lo que se ha desatado en el bosque.

—No nos hemos equivocado —masculló Niall—. Hasta el último de mis huesos me dice que es cosa suya.

—Y el que quieras cargarte a Cathal desde la primera vez que intentó rozar el fuego de tu mujer no tiene nada que ver en tu presentimiento, ¿verdad? —ironizó O'Cleary.

—¡Joder, Aidan! —exclamó el hada—. No lo soporto y lo sabes, pero no necesito excusas para cargármelo. Si quisiera hacerlo, ya lo habría hecho. Te digo que son ellos —rumió, más sereno—. Nunca me he fiado de esos dos. Cathal estuvo meses observándonos sin darse a conocer, a pesar de todos los líos en los que nos metimos, y Ciara apareció de la nada para complicarnos la existencia a todos.

—Es cierto, Aidan. La muy puta ha intentado entrometerse entre todos nosotros una y otra vez —gruñó Diana.

El aludido la miró con una sonrisa a mitad de camino entre el encanto y la diversión.

—¿Te das cuenta de que le estás dando la razón a Niall, pelirroja? —inquirió burlón.

Diana se encogió de hombros con indiferencia.

—Ciara me cae peor que él —concluyó, como si su razonamiento fuera una obviedad que no precisara más aclaraciones.

—Un segundo —interrumpió Laura—. ¿Has dicho «provisiones»? Tenemos la despensa llena, lo comprobé ayer mismo.

En su tono había una pregunta implícita, y hasta podía percibirse que sabía la respuesta y que no le iba a gustar, como demostró su reacción a las siguientes palabras de O'Cleary.

—Por mucho que pueda reforzar las protecciones de la casa y mantenernos aquí a salvo, no puedo hacer nada con lo que hay ahí fuera. —Se encogió de hombros—. Vamos a tener que pasar mucho tiempo aquí, saliendo de uno en uno, de dos en dos como mucho, y solo cuando sea imprescindible.

—Estupendo —masculló Laura con evidente irritación—. ¿Y no puedes hacer nada? ¿Aunque sea más adelante, con más tiempo?

—No creo que pueda, cariño —terció Niall con expresión maliciosa. Roi se tensó solo al percibir su tono, sospechando lo que iba a venir a continuación—. A no ser que te presentes voluntaria para hacer un nuevo ritual que convenza a Danu —dejó caer, sonriente, mientras su mujer ahogaba una risita contra su pecho.

—Me temo, amigo mío —replicó Roi en el tono más controlado que pudo invocar—, que tus tonterías adolescentes están fuera de lugar ahora mismo. Quizá querrías dejar a los mayores que busquemos una solución apropiada, en lugar de...

—Si es necesario, yo... —empezó Laura.

—He dicho que no —la interrumpió él de forma abrupta.

—Pero...

Por mucho que sus amigos se burlaran de su retorcida forma de expresarse, Roi jamás iba a renunciar a ella, puesto que lo ayudaba a centrar su mente en algo diferente a las emociones que podían descontrolarlo. Se esforzaba en ser lo más cortés posible para contradecir a su incivilizada bestia interior, y se esforzaba también en redactar las frases con cuidado en su mente antes de permitirles escapar de sus labios, porque ese ejercicio lo serenaba y le impedía dejarse arrastrar por la furia o la inquietud. Así que meditó con cuidado lo que iba a decir a continuación y, sobre todo, cómo iba a decirlo, mientras acallaba a Laura con un gesto más propio de un director de orquesta que de alguien como él.

—Lo lamento mucho, querida, pero me temo que, dada nuestra situación actual y el peligro que nos rodea, tendría que estar mucho más interesado en tus propuestas de lo que en realidad estoy como para ceder a ellas. Dudo que pudiera... enderezar el asunto, con esas *banshees* gritando a todo pulmón. Esos berridos pueden hacer

estragos en la concentración de un hombre, y más en un hombre tan poco dispuesto como yo. Me temo que no es el momento más oportuno para un... —Hizo una pausa medida a la perfección para causar el mayor impacto posible, y continuó—: «ritual de apareamiento».

Un espeso silencio siguió a sus palabras, con toda seguridad porque la pandilla de iletrados que tenía por compañeros desgranaba su significado. Laura, sin embargo, parecía haberlo entendido a la perfección, a juzgar por el tono rosado que adquirieron sus mejillas. Un tono que Roi sospechaba que era debido más a la furia que a la vergüenza. Por fin, Niall rio con suavidad.

—¿«Ritual de apareamiento»? —dijo burlón—. Cariño, es lo más romántico que he escuchado en toda mi vida.

—Laura, te has pasado —gimió Diana.

—¿No había otro modo peor de decirlo? —preguntó Marta.

La morena, irritada, abrió la boca para contestar —con toda probabilidad, algo que iba a poner a Roi de nuevo al borde de un ataque de furia—, pero una explosión de ectoplasma, lazos y puntillas estalló en el centro de la habitación y, por una vez, él dio la bienvenida a la interrupción de las dos gemelas, por mucho que de forma habitual lo sacaran de sus casillas.

No trataba demasiado con esas dos criaturas, pero no tardó en darse cuenta de que los fantasmas no se comportaban como de costumbre. Las había visto divertidas, irritantes, necesitadas de atención, traviesas... Pero nunca histéricas, llorosas e indefensas como se mostraban en ese momento, mucho más próximas a lo que la tradición entendía por un alma en pena de lo que habían estado jamás. Y a punto de perder el control.

Y Roi sabía muy bien lo que esas dos criaturitas, en apariencia indefensas, podían provocar cuando dejaban escapar todo su malvado poder.

Niall y Marta corrieron junto a ellas, y el nivel de estrés de los fantasmas pareció descender un par de grados, como si fueran en realidad niñas perdidas que acaban de recuperar a sus padres adoptivos, aunque seguían llorando y gimoteando mientras de sus labios escapaban frases entrecortadas e incomprensibles.

—Niñas, tenéis que calmaros —las instó Marta con suavidad—. No os entendemos.

—Sí, despacio, princesas —la ayudó Niall, arrodillado junto a ellas—. Violeta, primero tú. ¿Qué pasa?

El fantasma se colgó de su cuello y lloró unos segundos antes de mirarlo con expresión agobiada.

—Es Carlitos —gimió—. Lo han atrapado unos malos.

—¡Tienes que ayudarlo, Niall! —intervino Margarita, hipando con violencia.

—¡Le van a hacer daño!

—¡Los malos lo tienen, Niall!

—¿Qué malos, *a'chuisse*? —intentó indagar el hada—. ¿Cómo son?

Esa pregunta causó un revuelo entre las gemelas, que mutaron en bolas de energía y dejaron de razonar, arrasando con todo lo que se encontraba a su paso en un baile desenfrenado de luz y violencia.

—¡No lo sé!

—¡Ayúdalo!

—¡Tienes que ayudarlo!

Con cada giro, a cada vuelta, algo caía al suelo, se rompía o se desmontaba. Todos los integrantes del grupo, a excepción de las hadas, se encogieron sobre sí mismos y se protegieron la cabeza con los brazos, intentando evitar el ataque descontrolado de las niñas fantasmas. Y en el epicentro del caos, Niall y Marta las miraban aturridos, abrazados y con expresión de sufrimiento.

—¡Basta! —chilló Marta—. ¡Basta, quietas! ¡Lo ayudaremos!

Las niñas se detuvieron al momento, materializándose frente a ellos.

—¿Sí? ¿Vais a ayudarlo?

Niall miró a Aidan, que los contemplaba con expresión resignada.

—No sabemos qué puede contarles, *fiordrhaoi* —respondió a la pregunta que el druida no había llegado a formular.

—Lo sé —suspiró O’Cleary en respuesta—. Iré yo.

—No, no puedes ir tú —se interpuso Niall—. Te necesitamos para sostener las protecciones. Iré yo.

—Ni de coña —protestó el druida—. No podremos controlar a Marta si se pone nerviosa y no tiene tu agua cerca —aclaró, mirando a la meiga con una sonrisa de disculpa que ella aceptó de buen grado.

—Pues las humanas no pueden salir —meditó Niall.

—Yo lo haré —decidió Roi, acercándose al grupo.

Sus amigos lo miraron dubitativos, pero él no se sintió ofendido. No eran dudas acerca de su capacidad para llevar a cabo su tarea, sino preocupación por su naturaleza y la maldición de los dioses, y lejos de molestarlo, lo hizo sentirse reconfortado.

—¿Estás seguro? —preguntó O’Cleary, más como si quisiera darle la oportunidad de volverse atrás que porque pretendiera asegurarse de su determinación.

—Es la opción más lógica —asintió él—. Aunque vas a tener que retocarme los tatuajes, porque ahora mismo arden como el infierno y dudo que me protejan lo más mínimo.

El druida asintió con expresión inescrutable antes de volverse hacia los demás.

—Niall, tú y tu mujer llevaos a las gemelas e intentad tranquilizarlas. —Miró a Diana y a Laura—. Necesito que se quede una de vosotras para ayudarme, pero ya os advierto que no va a ser bonito.

—Yo lo haré —se ofreció Diana al instante.

Aunque sabía que los unía una fuerte corriente de afecto, Roi no pudo reprimir una oleada de calidez al ver cómo la mujer de Aidan daba un paso al frente por él sin



detenerse a considerarlo ni un segundo.

—¿Va a haber sangre? —inquirió Laura—. Porque si es así, es mejor que me quede yo también. —Al ver que Diana la miraba con mala cara, se encogió de hombros—. La última vez que me acompañaste al hospital para que me dieran un par de puntos, te desmayaste —argumentó con serenidad.

—Cierto —reconoció Diana, apesadumbrada—. Pero no me voy. Como mucho, me aparto si hay sangre —dijo en un tono que no admitía discusión.

Aidan suspiró.

—Muy bien —asintió—. Te avisaré cuando tengas que apartarte.

Laura observó la escena que se desarrollaba a su alrededor con la curiosidad mal disimulada que siempre le provocaban las situaciones nuevas. A su mente inquisitiva había pocos temas que no le interesaran, al menos, hasta que ya los había diseccionado, analizado y estudiado desde todos los ángulos posibles. Después de eso, podían seguir manteniendo su interés, o podía olvidarse de ellos por completo.

Nunca había sentido la necesidad de marcar su cuerpo de forma permanente con un tatuaje —y, sin embargo, se había encontrado con dos símbolos celtas en las muñecas, sin poder decir ni una palabra al respecto—, así que jamás se había preocupado hasta entonces de saber cómo se hacían o cómo se desarrollaba el proceso. Sin embargo, por lo poco que sabía del asunto, no le parecía que fuera para tanto nerviosismo mal contenido, ni para la seriedad que mostraba la cara de Aidan o los dientes apretados en un gesto de resignación de Roi.

Marta y el hada se habían llevado a las gemelas a otra habitación y, desde ese momento, el druida había empezado una serie de preparativos que parecían más propios de una operación complicada que de un simple tatuaje. En la mesa de billar había extendido un paño y colocado encima de él un recipiente con agua —sobre la que había pronunciado unas palabras incomprensibles, como si la estuviera bendiciendo—, unos cuantos trapos de aspecto suave y una botella de coñac acompañada de una copa.

Junto a la mesa había situado un taburete que Roi miraba con la misma expresión con la que contemplaría un cadalso, y una toalla bajo él, cubriendo el suelo de madera.

—¿Es necesario todo esto? —preguntó Laura, incapaz de dominar ni un segundo más su curiosidad—. Quiero decir, nunca me he hecho un tatuaje, pero...

—Estos tatuajes son un poquito diferentes a los que te pueden hacer en un salón —respondió Aidan, distraído, sonriendo apenas. Observó con gesto crítico el resultado de sus esfuerzos y asintió para sí mismo—. Bueno, esto ya está —anunció hacia Roi, que dejó escapar un suspiro resignado.

Sin esperar más indicaciones, se deshizo de su sempiterna levita, dejando al descubierto una impecable camisa, blanca y amplia, adornada con encaje en sus mangas y cerrada con una fina tira de tela. Dejó la prenda sobre una silla y se detuvo en el centro de la sala como si aguardara algo.

—¿Estás esperando a que te desnude yo? —se burló Aidan—. ¿O quieres que les diga a las chicas que se den la vuelta para salvaguardar tu virtud?

—Vete al infierno, O' Cleary —masculló.

Si la mandíbula apretada y la expresión incómoda que adornaba su rostro no hubieran sido suficientes, la seca respuesta demostraba su inquietud y su mal humor

como si los llevara como una pancarta sobre su cabeza. Pero Aidan no parecía en absoluto afectado por su mal genio. Más bien al contrario, daba la impresión de que lo divertía.

—Vamos, ni que fuera tu primera vez —bromeó—. Te prometo que seré tierno contigo, cariño, pero desnúdate ya.

Roi volvió a suspirar antes de dedicarse, con una parsimonia que hizo que Aidan pusiera los ojos en blanco, a liberar la camisa de la cintura de sus pantalones. Cuando hubo terminado, la sujetó por el bajo y se la quitó por la cabeza.

Y los pensamientos de Laura se frenaron en seco para contemplar el espectáculo, jadeantes y excitados, mientras su encefalograma trazaba una línea plana en su monitor mental.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Diana—. ¿Tenías todo eso escondido debajo de la camisa y nadie nos lo había dicho?

Roi la miró atónito un segundo antes de estallar en carcajadas. La vibración de su risa agitó los músculos de su abdomen y su pecho, atrayendo la mirada de Laura sin remedio.

Si existía una palabra para describir la perfección masculina, tenía que ser el nombre de Roi. Cada músculo, cada fibra, parecía esculpida en mármol y cubierta de una piel pálida, salpicada aquí y allá de pequeñas cicatrices que, lejos de afearla, llamaban la atención sobre ella, sobre cada valle y cada plano de un cuerpo diseñado milímetro a milímetro para ser lucido y admirado. No eran los músculos de un deportista o de un culturista, de un hombre del siglo XXI, forjado a golpe de escritorio y gimnasio; eran los de un guerrero, de un cazador apenas civilizado que llevaba en su piel las señales de cada una de sus batallas. Y los ojos de Laura no podían detenerse, recorriéndolo de arriba abajo con avidez.

—Gracias, *miña dona* —sonrió Roi.

—No, no —replicó su amiga, con una histriónica expresión de adoración y un parpadeo coqueto que Laura juzgó sobreactuado—. Gracias a ti. A ti, sin duda.

—Pelirroja, se te está cayendo la baba —gruñó Aidan de buen humor. Al parecer, sus celos casi patológicos no aparecían cuando la atención de su mujer se centraba en uno de sus amigos.

—Me la pela —contestó Diana. Dejó de comerse a Roi con los ojos un instante y miró al druida—. Está muy bueno. —Se volvió de nuevo hacia Roi, sonriente—. Estás muy bueno —repitió en su dirección.

Aidan dejó escapar un resoplido despectivo y señaló el taburete frente a él.

—Anda, siéntate antes de que me la tenga que llevar al dormitorio y recordarle que yo también estoy muy bueno —ordenó burlón.

—Por mí puedes hacerlo —rezongó Roi, moviéndose hacia él para obedecer su demanda—. Así tendré más tiempo para prepararme. Aunque quince minutos no van a suponer una diferencia.

—Algún día voy a matar a Niall por la chorrada de los quince minutos —suspiró

el druida—. En fin, ¿preparado?

—No —replicó Roi—, pero hazlo.

Tomó asiento de espaldas a ellas, y Laura tuvo que reprimir un jadeo estrangulado. Diana ni se molestó. Dejó que un suspiro de admiración escapara de sus labios, que dibujaron una sonrisa apreciativa al tiempo que sus ojos devoraban los dorsales de Roi.

Su amiga se acercó a ella y se puso de puntillas para hablar en su oído.

—No me digas que esto no te inspira —susurró.

—Calla —gruñó Laura. Por algún motivo, se estaba sintiendo muy incómoda. La temperatura de la habitación parecía haber ascendido varios grados y tenía que luchar contra el deseo de quitarse la chaqueta y abanicarse.

—Pero ¿has visto qué espalda? —insistió Diana en un apresurado murmullo—. ¡Te puedes perder en ella!

—Está muy bien formado, sí —respondió, en un desesperado intento de acallar las exageradas muestras de admiración de su amiga.

—¿Bien formado? Dan ganas de pasar los dedos por cada centímetro de él. O la lengua. O las dos cosas.

—Sí, sí —concedió Laura, apresurada—. Es un cuerpo bonito.

—¿Bonito? —se ofendió Diana—. Imagínate todo eso moviéndose encima de ti mientras...

—Pelirroja, ¿eres consciente de que Roi tiene un oído excelente y que yo puedo oírlos cuando quiera? —la interrumpió Aidan, sin alzar la vista hacia ellas.

El druida se había inclinado sobre la espalda de Roi y estudiaba los dos tenues tatuajes que adornaban sus hombros, casi idénticos a los que estaban dibujados en las muñecas de Laura.

—Ah, estupendo. Así no tengo que molestarme en susurrar —respondió Diana en tono ligero.

—*Miña dona*, acabarás por avergonzarme —sonrió Roi.

—No parece avergonzado en absoluto —observó ella.

Y era verdad. Seguía pareciendo inquieto y preocupado, quizá un poco furioso, pero los comentarios de Diana no parecían causarle la más mínima timidez. Más bien al contrario, daba la impresión de estar tan acostumbrado a esas muestras de admiración que ya no lo afectaban en lo más mínimo. A saber cuántas mujeres antes de su amiga lo habían halagado, habían recorrido su cuerpo, maravillándose por su perfección, para que se mostrara tan indiferente a ella.

Por algún motivo, la idea le causaba a Laura una profunda incomodidad. Sin embargo, estaba demasiado concentrada estudiando el modo en que la escasa luz de la sala creaba sombras entre los bien definidos músculos de la espalda de Roi como para analizar la emoción, así que decidió aparcarla para mirarla a través de la lógica más adelante. Cuando pudiera volver a pensar con claridad.

Ignorándolos, Aidan canturreó unas palabras, y un cayado apareció en sus manos.

Cerró los ojos y, tras un par de murmullos más, deslizó el dedo por la retorcida madera, y una astilla de un palmo de longitud se desprendió de ella, afilada como una aguja. El druida abrió los ojos y el cayado desapareció sin más, dejando en sus manos la astilla, que él contempló con gesto crítico.

—Perfecto —aprobó.

Se volvió hacia la mesa de billar y vertió un dedo de coñac en la copa. Se aproximó a Roi, todavía con la botella en la mano, y se la tendió. Este miró la copa un instante antes de extender la mano hacia la botella y llevársela a los labios, apurando la mitad de un largo trago.

—Vale —suspiró Aidan, ignorando la mirada retadora que le lanzó su amigo—. Supongo que es más práctico así.

—Haz lo que tengas que hacer y hazlo rápido, O’Cleary —gruñó Roi, desaparecido ya su ánimo juguetón.

—A ver —empezó Aidan con una honda inspiración—. Los tatuajes que te quedaban están muy mal. Y desprenden calor, así que se pondrán peor muy pronto —comentó, deslizando los dedos por los dibujos de los hombros de Roi.

Por un momento, Laura imaginó sus propios dedos siguiendo ese recorrido en una leve caricia, y la temperatura de la habitación pareció ascender de nuevo hasta aproximarse a la de una jungla tropical.

—No me digas —ironizó Roi—. No me había dado cuenta. Llevo una hora preguntándome por qué me queman como el infierno. Llegué a pensar que tenía una alergia —gruñó Roi de malos modos—. O’Cleary, ¿qué estás esperando? ¿Una invitación formal?

—Sí, y un ramillete de flores para mi escote —dijo Aidan, acercándose a él—. Laura, estos tatuajes no son como los que sueles ver. Van a sangrar cuando empiece con los nuevos. Muchísimo, como si se tratara de cortes en lugar de punciones pequeñas —explicó ante el ceño fruncido de Roi—. Así que, cuando llegue ese momento, necesitaré que limpies cada vez que te lo pida, o no veré por dónde voy.

—De acuerdo —asintió ella con serenidad. La sangre nunca le había causado ninguna molestia, y solía ser siempre la que mantenía la cabeza fría ante cualquier herida o accidente.

Y la idea de tocar esos músculos, aunque fuera con un trapo húmedo y para algo tan desagradable, cada vez le resultaba más y más atractiva.

Aidan sujetó la astilla entre sus dedos y se inclinó de nuevo hacia Roi.

—Con todo lo que te está esperando fuera, voy a tener que trabajar un buen rato —aclaró con calma, en tono profesional—. Ya sabes que no va a llegar con retocar lo que ya tienes, así que voy a dibujar protecciones a lo largo de la columna, y quizá también hacia los lados.

A medida que hablaba, señalaba el sendero que pensaba dibujar con su tatuaje en la piel de Roi. Los ojos de Laura seguían con avidez ese camino, desde la nuca hasta los dorsales mientras intentaba, sin ningún éxito, considerar toda esa exhibición de

masculinidad en estado puro como un simple lienzo.

Los dedos del druida ascendieron hasta los dos tatuajes que ya adornaban los hombros de Roi, y los recorrieron despacio. Aidan frunció el ceño y sacudió la cabeza como queriendo apartar una idea incómoda que acabara de cruzar su mente.

—Están hechos polvo —declaró en voz baja—, pero no puedo dejarlos así. Voy a empezar por ellos, y va a doler.

—O’Cleary, deja de tratarme como una doncella virgen a la que le explicas lo que va a ocurrir para que no tenga un ataque de histeria en el momento más inoportuno —rezongó Roi—. Los dos sabemos que mi cuerpo está muy lejos de ser inmaculado, así que ponte a trabajar de una maldita vez y deja de intentar tranquilizarme, porque no funciona.

—De acuerdo —aceptó Aidan, encogiéndose de hombros.

Con la astilla entre sus dedos como si sostuviera un lápiz, trazó una pequeña línea sobre el tatuaje ya existente. Laura observó, atónita, cómo el dibujo parecía relucir al contacto con la madera, al tiempo que se iba tiñendo despacio con un color negro más intenso allí por donde la astilla se iba deslizando.

—¡Joder! —siseó Roi.

—¿Qué pasa, *a’chara*? —sonrió Aidan, sin dejar de trabajar sobre la piel de su amigo—. ¿Tu nada inmaculado cuerpo ha perdido la práctica? ¿Quieres que te dé un besito para que duela menos?

—Si necesitas voluntarias... —ofreció Diana en tono alegre.

—Pelirroja, estoy empezando a ponerme celoso —informó el druida, sin apagar su sonrisa ni un ápice ni detener su tarea.

—Oh, lo siento —se disculpó Diana, que no parecía en absoluto contrita—. Está bien. Nada de besos por mi parte. Pero Laura seguro que se ofrece, ¿verdad? —inquirió hacia ella.

«Ya lo creo», jadeó una parte de la mente de Laura que, hasta ese momento, nunca había conocido.

Sorprendida, parpadeó para alejar la imagen de sus propios labios recorriendo la columna de Roi que con tanta claridad aparecía en su mente, y se obligó a centrarse en la tarea que tenían entre manos, ignorando a su amiga y sus hormonas adolescentes.

—¿Cómo funciona esto? —inquirió, aferrándose a su curiosidad para distraer a su libido.

—Magia —respondió Aidan con una sonrisa de disculpa. Laura no contestó, en espera de una explicación más sensata, y el druida suspiró—. Utilizo el poder del roble sagrado del que está hecho el cayado para inyectar la protección en su piel. No puedo explicarlo de otro modo o, al menos, no de un modo que tú encuentres «lógico».

—Pero es una astilla —protestó Laura—. No tiene tinta, ni...

—Es lo que yo quiero que sea —la frenó Aidan. El dibujo sobre la piel de Roi se

iba definiendo, oscureciéndose. Ahora, la diferencia con su otro hombro era notable. El tatuaje en el que estaba trabajando el druida casi estaba completo, de un negro reluciente, mientras que el otro se mostraba apagado, difuminado, a pesar de la luz oscura que parecía manar de su interior—. Ahora mismo, quiero que dibuje su piel, y es lo que está haciendo.

—Su voluntad crea mundos y todas esas chorradas —apostilló Diana—. No intentes entenderlo.

Pero a Laura nunca le habían funcionado las palabras «No intentes entenderlo». Analizó lo que estaba ocurriendo ante ella, tratando de encontrarle algún sentido, y preparó varias preguntas más que pudieran distraerla del modo en que los músculos de Roi se contraían con cada trazo de la astilla sobre su piel.

—Pero, si tu voluntad es lo que manda, ¿no puedes desear que el tatuaje se dibuje y ya?

Aidan se apartó unos centímetros para estudiar su obra con el ceño fruncido, y volvió a inclinarse para hacer unos retoques antes de responder.

—No funciona así —aclaró, distraído—. Ya te expliqué que siempre hay que devolver algo de lo que se toma. En este caso, Roi puede tener sus protecciones, pero, a cambio, debe ofrecer su sangre y su dolor.

Ella lo meditó unos segundos y llegó a la conclusión de que, dentro de la enloquecida lógica de la magia, tenía cierto sentido. Así que escogió otra pregunta. Cualquier cosa que desviara la atención del extraño calor que la recorría y del absurdo latido que se había instalado en su bajo vientre.

—¿Y por qué se borran? Los tatuajes no se borran.

—Los que hacen los humanos con sus pistolitas y su tinta, no —sonrió Aidan—. Pero estos están creados con magia, y cuanto más se usan, más rápido se desvanecen.

—Pero los míos no se han borrado, y hemos pasado de todo —argumentó ella.

—Ya, pero los tuyos estaban para librarte de las sombras de muerte, y solo tienen que alejar ese peligro que, además, ya controla la bendición de Danu —explicó Aidan—. Pero los de Roi son más... específicos, digamos. Están para controlar su maldición, para evitar que cualquier criatura oscura que haya por ahí lo detecte a kilómetros de distancia. Y cuantos más seres hay, más rápido se borran.

—Se me han borrado más tatuajes de los que puedes llegar a ver visitando todos los bares de moteros del planeta —gruñó Roi, sobresaltándola—. No hay un maldito centímetro de mi piel que este irlandés sádico no haya torturado una y mil veces.

—Y te han salvado la vida una y mil veces —replicó Aidan—. Así que cierra la boca, que todavía no ha llegado lo peor. Este ya está —anunció, incorporándose—. ¿Quieres descansar un rato?

—No —respondió su amigo—. Quiero que acabes de una maldita vez.

—Todavía nos falta mucho para acabar —se lamentó el druida—. Pero iré lo más rápido que pueda.

Acercó un alto taburete y se sentó en él para trabajar en el otro hombro, en

silencio y con expresión de profunda concentración. Laura observaba cada movimiento intentando distanciarse, tratando de adoptar su aire más profesional, pero era inútil. Cada vez que Roi se movía, cada vez que sus músculos se contraían bajo el contacto de la madera, una oleada de calor la atravesaba de la cabeza a los pies.

Y, por supuesto, Diana se daba perfecta cuenta y no dejaba de mirarla con expresión burlona, y todo su repertorio de guiños y muecas de adolescente hiperhormonada, lo que no ayudaba en absoluto a concentrarse en la labor y considerarla como un trabajo más.

Cuando Aidan terminó el segundo tatuaje, se puso en pie y se apartó unos pasos. Roi estiró los brazos por encima de la cabeza para desentumecerse y la fría profesionalidad de Laura decidió que era un buen momento para tomarse unas vacaciones y dejarla contemplar a placer la marea de músculos extendiéndose y contrayéndose, mostrando ante ella una imagen de perfección masculina difícil de superar.

—Ojalá todos los problemas se pudieran solucionar con algo como eso, ¿eh? —la provocó Diana, devolviéndole las palabras que ella misma le había dicho horas antes, cuando se refirió a su intención de acostarse con Roi como el modo de resolver un problema.

Y Laura se sorprendió a sí misma conteniéndose para no responder a gritos que sí, que se había equivocado, que llevar a cabo sus planes no sería tan solo una obligación, sino un gran, gran placer.

Aidan la miró con una muda pregunta escrita en el rostro, pero, segundos después, sacudió la cabeza como si quisiera alejarla de su mente.

—Paso de preguntar —afirmó con decisión. Al ver que Diana abría la boca para, con toda seguridad, darle una explicación de todos modos, él alzó un dedo en demanda de silencio—. No. No quiero saberlo. Estoy seguro de que soy mucho más feliz sin saberlo. Y más tranquilo. No —repitió ante un nuevo intento de Diana de intervenir—. No, de ninguna manera. Hay cosas que un hombre no quiere saber sobre sus amigos. —Inspiró hondo y miró hacia Roi, que le devolvió el gesto con actitud impaciente—. Trabajo. Eso. Vamos a centrarnos en el trabajo. Pelirroja, ahora es cuando la cosa se va a poner sangrienta, así que...

—Me voy, me voy —se apresuró a responder Diana—. Voy a... —Echó un último vistazo al torso desnudo de Roi, y suspiró con aire malicioso—. Por favor, estás para comerte.

—Yo también te quiero, *miña dona* —aceptó Roi con una sonrisa divertida—. Pero es mejor que mantengamos esto entre tú y yo. Tu hombre es un celoso patológico, ya lo sabes.

—Por suerte, yo no —replicó Diana con un guiño antes de dirigirse hacia la puerta.

—Pelirroja —llamó Aidan. Ella se volvió para mirarlo—. Deberías ir junto a Marta y Niall. Y, no sé, hablarles de lo que estamos haciendo —añadió con un tono



intencionado que Laura no consiguió interpretar, ni deducir a qué venía.

Sin embargo, Diana lo debió de captar a la primera, porque apenas lo pensó unos segundos, y la maliciosa sonrisa que la había acompañado desde que Roi se había quitado la camisa se amplió hasta casi partir su cara en dos.

—Oh, claro —aceptó, con una expresión a la que solo le faltaban unos bigotes para hacerla parecer un gato relamiéndose ante un plato de nata—. Claro, ahora mismo.

Y sin añadir ni una sola aclaración, para disgusto de Laura, desapareció por la puerta, canturreando para sí. Aidan sonrió a su vez, y sacudió la cabeza con aire divertido para, a continuación, adoptar su mejor expresión de seriedad.

—Bien, ahora viene la parte más difícil del trabajo. Y se lo estoy explicando a Laura, no a ti —aclaró hacia Roi, que asintió y les dio la espalda sin más, apoyando los codos sobre sus muslos. Laura se felicitó a sí misma por haber echado tan solo una miradita superficial—. Coge el paño y quédate a mi lado. —Ella obedeció al instante. Aidan esperó hasta que se colocó junto a él, y asintió—. No va a ser bonito, ya te lo he dicho. Si necesitas una pausa, dímelo y paramos, ¿de acuerdo?

—No me impresiona la sangre —informó Laura, casi ofendida por su actitud.

—Mejor. Pero no va a ser solo eso —suspiró Aidan. Apoyó una mano sobre el hombro de Roi y se inclinó hacia él—. ¿Estás bien así? ¿No prefieres tumbarte?

—O' Cleary, no voy a desmayarme como una damisela —protestó este, indignado.

—Tú mismo —replicó el druida. Cogió el taburete que había dejado apartado minutos antes y tomó asiento frente a la espalda de su amigo—. Allá vamos —dijo, y Laura no supo muy bien si lo había hecho para tranquilizarlos o para serenarse él.

Su mano se apoyó junto a la columna de Roi, y trazó una complicada curva en paralelo a ella con un rápido movimiento de muñeca. Casi al instante, la sangre comenzó a manar y Laura se apresuró a limpiarla.

El primer roce fue como una corriente eléctrica que la sacudió con tanta fuerza que hasta sus piernas flaquearon. El segundo fue más suave, pero sus efectos no se disiparon con tanta rapidez. El calor inundó su rostro y su vientre, y permaneció ahí, convirtiendo su sangre en fuego líquido y sus nervios en pura necesidad. Los músculos de Roi se contraían a cada toque y su piel se estremecía cada vez que el paño se deslizaba por ella, y Laura supo que el contacto lo estaba afectando casi tanto como la afectaba a ella. Se obligó a centrarse en su tarea, limpiando con calma, perfilando cada hueso y cada fibra, hasta que la voz burlona de Aidan interrumpió su concentración.

—Creo que ya está limpio, ¿eh? —comentó con sarcasmo.

La voz le llegó como si acabara de despertar de un sueño. Parpadeó, sin comprender, y por fin su cerebro aturdido se decidió a darles un significado a las palabras del druida. Sobresaltada, se apartó de la espalda de Roi y reprimió el deseo de abanicarse con el paño.

—Sí —balbuceó—. Sí, sí, perdona.

Solo entonces se fijó en que la línea no tenía color. Se veía una finísima tira de piel junto a la columna que parecía tener una textura distinta, pero poco más. Sin poder detenerse, recorrió ese trazo con los dedos. Roi dio un pequeño brinco bajo su mano, para relajarse casi al instante tras un breve estremecimiento.

—No tiene color —susurró Laura—. ¿Por qué no tiene color?

—Lo tendrá —gruñó Roi—. Y no va a ser tan agradable como tus ded... —Se interrumpió de forma brusca y rehízo la frase—. No va a ser agradable.

—Os diría que si queréis os dejo solos, pero es que no puedo —se burló Aidan—. Así que vamos a seguir, que queda mucho por hacer y no tenemos mucho tiempo.

Sin darles ocasión de responder, volvió a dibujar el trazo que había hecho segundos antes. El cuerpo de Roi se contrajo al tiempo que un gruñido de dolor agónico escapaba entre sus dientes apretados, clavando los dedos en sus muslos.

En el rostro de Aidan apareció una expresión de angustia empática, pero continuó trabajando sin detenerse, sin hablar, llamando la atención de Laura de tarde en tarde para que limpiara la zona. Cada movimiento de la mano de Aidan provocaba un gemido de Roi que este se esforzaba por reprimir, y a medida que el diseño avanzaba, su cuerpo parecía estar más y más derrumbado.

El terrible sufrimiento de Roi la ayudaba a estar concentrada en su trabajo, y más cuando se dio cuenta de que el agua fría sobre su piel parecía aliviar, al menos un poco, el dolor que le causaba Aidan. Sin embargo, una pequeña y muy traidora parte de su mente no podía evitar fijarse en la forma de su cuerpo, en la magnífica imagen de sus dorsales bajo sus manos, en la uve que dibujaban cada vez que se incorporaba y se apoyaba más erguido sobre sus codos. La sangre se mezclaba con la tinta en un diseño único, surrealista, que se arremolinaba sobre la piel de la espalda de Roi, convirtiéndola en un óleo de macabra belleza. Y en esa habitación, cada segundo que pasaba, hacía más calor. Porque hacía más calor, ¿verdad? No era su imaginación, ni el fuego que ese cuerpo estaba despertando en el de ella de un modo más bien extraño.

—Vamos a hacer una pausa —anunció Aidan después de una eternidad. Apoyó la astilla sobre la mesa y tomó un trapo limpio para secarse el sudor de la frente.

«Ah, sí que hace calor», se tranquilizó Laura al observar el gesto.

—No —se opuso Roi entre dientes—. Acaba de una vez.

—*A'chara*, estoy agotado —se justificó el druida—. Necesito ponerme de pie e hidratarme, o voy a caer redondo.

—Si yo puedo aguantarlo, tú también —insistió su amigo en tono seco.

—Tú aguantas el dolor —se indignó Aidan—. Yo desgasto mi magia, mi esencia, mi yo. ¿O es que piensas que esto se hace solo? ¿Crees que no me dejo nada, que no pongo todo lo que soy en cada jodida línea, en cada puta curva? —Roi sacudió la cabeza de un modo que Laura interpretó como una negativa a sí mismo, y no a las palabras del druida—. ¡Me estoy dejando la piel para protegerte, joder!

—Lo siento —murmuró Roi, con la vista fija en el suelo, los hombros caídos en

actitud de derrota—. Discúlpame, O' Cleary. Es solo que...

—Lo sé —se apresuró a interrumpirlo Aidan—. Lo sé. Pero ya no falta nada. Voy a bajar a la cocina, me bebo dos litros de agua de un trago y acabamos, ¿te parece bien? —Roi asintió sin apenas levantar la cabeza. Su amigo posó una mano en su hombro y le dio un par de palmaditas de ánimo antes de apartarse—. Estírate un poco. El dolor no tardará en parar, no hace falta que te lo diga.

Con una última mirada, Aidan pasó junto a ella y salió por la puerta con actitud agobiada. Incómoda, Laura se quedó en su lugar, sin saber si ofrecerle consuelo al hombre que parecía derrotado sobre el pequeño taburete, o permanecer en su sitio, dándole unos momentos de intimidación. Para distraerse —y porque los nervios que la carcomían desde que él se había deshecho de su camisa no le permitían estar sin hacer nada—, se acercó a la mesa y escurrió el paño, limpiándolo como pudo en el líquido ya rosado. Él ni se movió, ni hizo el más pequeño gesto que indicara que sabía que estaba en la misma habitación. Y, por algún motivo que en ese momento no se detuvo a considerar, Laura se vio obligada a hablar, a llenar el silencio, ese silencio molesto y opresivo, como nunca lo había necesitado antes, porque siempre había adorado la falta de cháchara intrascendente a su alrededor.

—¿Cómo estás? —preguntó con suavidad, sin mirarlo, porque sabía que si lo hacía, se quedaría hipnotizada contemplando el brillo de su piel bajo la capa de sudor.

Él dejó escapar una risa amarga, sin el más mínimo rastro de humor.

—¿Cómo te parece que estoy? —replicó, irónico.

«Impresionante. Casi desnudo. Imponente», susurró una voz en el fondo de su mente, que Laura se apresuró a acallar.

—No muy bien, la verdad —reconoció en cambio—. ¿Necesitas algo? ¿Puedo...?

—Una playa tropical, un combinado con una horrible sombrillita apoyada en el borde y una mujer complaciente —enumeró de forma abrupta.

Antes de poder pensar en lo que hacía, Laura lo rodeó y se arrodilló frente a él. Quizá no podría seducirlo siendo lógica y razonable, pero sí podía usar esa recién descubierta atracción hacia él para conquistarlo con pura sinceridad. Porque si bien horas antes solo se había planteado resolver un problema, ahora mismo el deseo se había despertado en su interior y no veía el motivo para acallararlo.

—Yo soy una mujer.

Roi alzó la vista y clavó en ella sus iris teñidos de plata.

—Querida, sin ánimo de ofender, tú eres cualquier cosa menos «complaciente» —musitó—. Y no es una crítica —se apresuró a añadir cuando ella hizo ademán de levantarse.

Laura volvió a su posición, arrodillada entre sus piernas, ofreciéndole su silencioso apoyo, o intentándolo, al menos. La vista de Roi se deslizó hasta su boca y permaneció ahí, observándola. Sin darse cuenta, ella se pasó la lengua por los labios en un gesto inconsciente, y él se apresuró a apartar la mirada y elevarla de nuevo hasta sus ojos, con una brusca inspiración.

—¿Puedes bajar un poco el fuego? Me estoy abrasando aquí dentro —rogó.

Hechizada por esos ojos plateados, Laura tardó unos instantes en reaccionar. Por fin, cuando procesó la petición, asintió varias veces, como si así pudiera demostrar mejor su habitual eficiencia. Se puso en pie y se acercó a la chimenea, donde las llamas se alzaban airadas, haciendo crujir con fuerza los troncos que descansaban bajo ellas. Comprobó el tiro y, tras unos segundos, lo miró confusa, con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Roi.

—Yo... No tiene sentido —murmuró ella—. El tiro está bajo. No debería arder así. De hecho... —meditó unos instantes, intentando recordar—. No estaba así cuando entramos.

Roi dejó escapar un gruñido furioso y, por fin, por primera vez en mucho tiempo, se incorporó en su asiento.

—¡Niall! —bramó—. ¡No tiene la más mínima gracia! ¡Me estoy abrasando, y bastantes problemas tengo ahora mismo! ¡Déjalo ya!

—¿Niall? —se sorprendió Laura—. ¿Qué pinta Niall en todo eso? ¿Qué...? —Sintió una corriente gélida a su espalda y el fuego que crepitaba furioso en la chimenea disminuyó su intensidad hasta casi extinguirse.

Roi miró en su dirección con expresión irónica, como si lo que acababa de ocurrir lo explicara todo. Laura lo consideró unos instantes, reacia a demostrar su incompreensión y, por fin, la luz se hizo en su cerebro, sacudiéndolo con una oleada de ira que le sirvió para despejarse de la sensación de moverse entre las lindes de un sueño que llevaba dominándola un buen rato. Las hadas. Las malditas hadas habían subido la temperatura de la habitación para que ella se preguntara si ese calor lo estaba causando el cuerpo medio desnudo de Roi. ¿Cómo podían haberlo hecho? ¿Cómo se habían atrevido?

Irritada, tiró de las riendas de su mal humor, porque la respuesta era evidente. Lo habían hecho porque eran ellos, porque esa era su naturaleza. Porque lo único que les importaba era divertirse, y si esa diversión implicaba fastidiar a alguien, muchísimo mejor. Así que, con toda probabilidad, habrían visto la oportunidad después de que Diana fuera junto a ellos a cotillear —incitada por Aidan, recordó, anotando el detalle en su lista mental de agravios—, y Niall habría aprovechado el fuego de Marta para avivar las llamas. O había sido la propia Marta la que lo había hecho, porque en los últimos tiempos su malicia no tenía nada que envidiarle a la de su compañero.

—Qué graciosos —rezongó.

Roi dejó escapar una risa suave, teñida de ironía.

—No puedes culparlos —comentó—. De hecho, no puedes culpar a nadie más que a ti misma.

Se puso en pie y pasó junto a ella para abrir la ventana. Ajeno a la helada nocturna, se asomó apoyándose en el alféizar e inspiró hondo, como si el aire fuera su alimento después de días sin probar bocado. La escasa luz que ahora proyectaban las

llamas se reflejó en su espalda desnuda, trazando sombras y luces sobre ella. Era una obra de arte en movimiento, una estatua griega que había cobrado vida ante sus ojos, y, por muy racional que presumiera ser, el instinto no le permitía apartar los ojos de esa piel expuesta, de ese cuerpo perfecto, con sus perfectos hombros y sus perfectos abdominales. Con sus perfectos dorsales y su perfecta piel que deseaba acariciar con tanta intensidad que hasta le ardían los dedos.

El grupo de tatuajes nuevos que ahora adornaba su piel parecía creado para honrar toda esa fuerza, para destacar todos y cada uno de los planos de su espalda, de las curvas de sus músculos. Y eso que ella jamás se había sentido atraída por los hombres tatuados, por muy bellos que fueran los tatuajes, y esos sin duda lo eran, a pesar de su complicado diseño de runas célticas. Pero ese hombre tatuado en particular luciría hasta un tatuaje carcelario con forma de corazón, atravesado por una espada y un mensaje que pusiera sobre él «Hamor de madre», así, tal cual, con su falta de ortografía y todo.

Ajeno al inquietante rumbo de sus pensamientos, Roi cerró los ojos y dejó que la brisa acariciara su rostro, con expresión plácida.

Y Laura se encontró envidiando esa brisa que podía tocarlo a su antojo, a pesar de que sus palabras habían encendido una alarma en su interior y se preparaba ya para contraatacar.

—¿A mí? ¿Por qué iba a ser culpa mía? —preguntó con un toque de indignación muy inferior al que había esperado.

—Porque tú fuiste quien les metió en la cabeza la absurda idea de que deberíamos mantener relaciones sexuales para honrar a la tríada —contestó él de forma abrupta—. Y ellos no hacen más que lo que está en su naturaleza: provocarnos hasta volvernos locos porque la idea les divierte. —Se giró para mirarla, reclinándose sobre el alféizar. El gesto tensó los músculos de sus brazos y Laura perdió por un instante la concentración—. Y te advierto que esto es solo el principio. Si conozco a esa criatura un poco, y te aseguro que así es, las cosas no harán más que empeorar.

Laura, más motivada en ese momento que unas horas antes, solo tuvo que meditarlo un instante.

—Bueno —dijo, aproximándose a él—. Sabes de sobra cómo podríamos hacer que pararan.

Roi la miró con el semblante inexpresivo, pero el latido de un músculo en su mandíbula le indicó que sabía muy bien de lo que estaba hablando.

—¿Lo sé? —preguntó cuando ella se había acercado tanto que apenas los separaban unos centímetros.

—Sí —musitó. Indecisa, alzó una de sus manos y la posó sobre su pecho—. Solo tenemos que darles lo que quieren.

Él bajó la vista hacia esa mano. Su melena negra cayó sobre su rostro, impidiéndole a Laura ver su expresión, y permaneció así unos segundos eternos, sin mover ni un músculo, sin hacer la más mínima señal. Por fin, suspiró, y alzó la mano

para atrapar la de ella y apartarla. Y luego se apartó él, volviendo a su asiento.  
—Me parece que no —dijo en tono brusco.

Roi volvió a tomar asiento en el incómodo taburete donde habían estado torturándolo las últimas horas. Al dolor que le causaba O' Cleary con sus malditos tatuajes, tenía que sumar el de sus mandíbulas apretadas para intentar contener no solo los gritos de sufrimiento, sino también los gemidos de placer que amenazaban con escapar de sus labios cada vez que Laura acariciaba su espalda.

Y no estaba muy seguro de cuál de los dos sonidos había sido más difícil de controlar.

Si le obligaran a apostar, diría que el placer, y seguro que sus amigos estarían encantados de saberlo. Eso les ofrecería horas y horas de diversión a su costa. O, al menos, de una diversión mejor dirigida que la que ya tenían en ese momento.

No era el primer diseño que O' Cleary trazaba en su cuerpo —y mucho se temía que tampoco sería el último, si las cosas seguían tan mal como hasta entonces—, pero, hasta ese momento, siempre había asociado esa experiencia con un sufrimiento difícil de controlar. Ahora... Ahora no sabía qué iba a ocurrir, porque el dolor ya estaba desapareciendo, difuminándose, al igual que los tatuajes que lo provocaban se desvanecían con la magia, y lo único que permanecía grabado a fuego en su cerebro, y mucho se temía que de forma indeleble, era el placer de los dedos de Laura sobre su piel.

El primer contacto de esas manos había sido pura adrenalina. Una corriente de excitación que se anudó en su vientre y estalló en todas direcciones, inundando sus venas y ahogando, aunque solo fuera en parte, el sentimiento de ofensa que lo perseguía desde su propuesta. Darse cuenta de que ella, a pesar de toda su frialdad, no era tan indiferente con respecto a él como pretendía no había hecho más que colocar un clavo más en su ataúd. Porque, si bien no había reaccionado como Diana, con sus histriónicas muestras de admiración, que él reconocía como más amigables que sexuales, estaba muy claro que lo que la morena había sentido al ver su cuerpo medio desnudo no fue, ni de lejos, indiferencia.

Y eso había sido peor. Mucho peor. Porque si hasta ese momento, al pensar que no era para ella más que un medio para alcanzar un fin, alguien que ni siquiera le gustaba, había podido resistirse a sus propuestas y a sus más que evidentes encantos, ahora, al darse cuenta de que le resultaba atractivo físicamente, la tentación era muchísimo mayor. Y no tenía ni idea de si iba a poder resistirse.

«¿Y por qué demonios debería resistirme?», masculló para sus adentros.

Sí, ¿por qué? Estaba claro que no se llevaban bien, que ella lo toleraba a duras penas, pero cada vez que se tocaban, saltaban chispas. La tensión sexual entre ellos había crecido de forma exponencial en pocas horas, y solo porque ella había plantado la idea en su mente. Roi no quería ni pensar lo que podría ocurrir si, como había

sucedido minutos antes, ella se planteara en serio seducirlo. Todavía sentía el calor de esa mano pequeña y delicada sobre su pecho, y la caricia de su aliento demasiado cerca de sus labios para su salud mental.

Negarse a sus evidentes demandas y darse la vuelta había sido una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida, y aún no sabía si felicitarse por ello o darse cabezazos contra la pared, por imbécil. El jurado todavía estaba deliberando, pero todo parecía indicar que no iban a valorar de forma positiva su inteligencia.

Supo cuándo ella estuvo lista para el segundo asalto incluso antes de que llegara a moverse. Lo sintió en su piel, en sus células, hasta en el aire que los rodeaba, que parecía haberse cargado de una energía nueva. Por un instante, valoró la posibilidad de escapar de ese cuarto antes de que llegara junto a él. De buscar a O'Leary y decirle que ya era suficiente, que se arriesgaría con las protecciones que ya tenía y que no pensaba pasar ni un segundo más en su asiento, resistiéndose al placentero dolor de las caricias de Laura.

Sin embargo, no se movió. No consiguió convencer a sus piernas, ni a sí mismo, de que la huida era la mejor opción porque, a pesar de que siempre había sido un decidido defensor de la máxima «vive hoy para poder luchar mañana», mucho se temía que al día siguiente tampoco iba a estar preparado para lo que quiera que ella estuviera tramando, así que huir lo convertiría tan solo en un cobarde. Y si había algo que Roi se negaba a ser, era cobarde.

Aguardó con el cuerpo en tensión a que ella se acercara y, cuando por fin se plantó frente a él, se negó a levantar la vista. Cobarde, no. ¿Prudente? Hasta el infinito y más allá. Y ver sus magníficas curvas a escasos centímetros de su cuerpo no iba a llevarlo a ningún sitio donde le conviniera estar.

—¿No me encuentras atractiva? —preguntó la chica.

Roi podía haber respondido con algún sarcasmo o quizá con un halago envenenado, pero sus bien afinados oídos percibieron una nota de indecisión en el tono indiferente que ella había intentado utilizar, así que, imbécil como era —o como le obligaba a mostrarse el caballero que se esforzaba en ser—, alzó la vista y la deslizó con calma por el cuerpo de la chica en dirección ascendente. Apartar la mirada de esas curvas fue el mejor tributo que podía hacerle a su rostro perfecto y a sus hermosos ojos, en los que se adivinaba un suave deje de inseguridad.

—Eres muy atractiva —respondió con sinceridad—. Y lo sabes. —Como ella continuaba mirándolo, esperando una aclaración más, él suspiró y se obligó a continuar—. Ese no es el problema.

—Entonces, ¿cuál es? —protestó ella—. Explícamelo, porque yo no lo entiendo. —Roi se limitó a sacudir la cabeza en un gesto de negación, bajando la vista hasta sus pies—. Tú también me pareces atractivo. No veo el impedimento para que tengamos sexo.

«Sexo. Sexo, sexo, sexo...».

La palabra reverberó en su mente, acercándolo más al borde del precipicio de su



lujuria, pero ya había escuchado los pasos de O’Cleary en el pasillo, y supo que se había librado de responder en esa ocasión. Y gracias a la Diosa por los pequeños milagros, porque estaba convencido de que lo único que saldría de sus labios sería una única palabra. O dos: «Sexo sí».

—Voy a hacer como que no he oído lo que he oído —comentó el druida en tono ligero, adentrándose en la habitación.

—Pero no te vas a privar de comentarlo con los demás, por supuesto —rezongó Roi.

—Por supuesto —confirmó Aidan de buen humor. Dejó algo en la mesa, acercó el taburete a la distancia adecuada de la espalda de Roi, y tomó la astilla entre sus dedos—. En fin, vamos a terminar con esto. Laura, acércate, por favor. He traído agua limpia y un par de paños —indicó—. Ya no falta mucho.

—No te preocupes, no estoy cansada —lo serenó ella.

—¿A pesar de las ganas que tienes de acostarte? —la picó el adolescente funcional que tenía por compañero, en un claro intento de abochornarla.

Pero, al parecer, Laura no era de las que se avergonzaban con facilidad. Con toda seguridad, con su lógica implacable, consideraba esa emoción como un incómodo inconveniente que jamás se permitía.

—No he dicho «acostarme» —aclaró en tono aleccionador—. He dicho «tener sexo». Y estarás de acuerdo conmigo en que, a la hora de tener sexo, es preferible no estar cansado.

—Y menos si el sexo es de categoría olímpica —concedió O’Cleary, con la sonrisa bailando en cada nota de su voz—. Y, con lo que os está costando decidirlo, y las ganas que tenéis, seguro que lo es.

Ejecutó un rápido trazo sobre la piel de Roi y, despistado por la absurda charla, este dejó escapar un rugido de dolor. El maldito roce de esa astilla era como fuego en sus huesos y sus músculos.

—O’Cleary —rumió entre sus dientes apretados—. Te agradecería que te concentraras en lo que estás haciendo y no en tus hormonas. De lo contrario, mucho me temo que terminaré con un símbolo fálico tatuado en uno de mis costados.

—Si no llego a frenar a Niall a tiempo, ahora mismo tendrías uno tatuado en tu frente, así que ya puedes darme las gracias —replicó el druida.

Sin añadir nada más, continuó su trabajo, lo que libró a Roi de responder, además de darle la oportunidad de concentrarse en la agonía que se fraguaba en su espalda y no en la que llevaba un buen rato latiendo entre sus piernas.

Cada trazo, cada giro y cada línea enviaban fuego líquido a sus venas. El toque de esa madera bendita era como ácido sobre su piel, como miles de agujas cargadas de veneno que inyectaban en sus músculos una agonía insoportable. Apretó los puños, cerró los ojos y controló el temblor de su cuerpo. Reprimía los gritos porque, de algún modo, sabía que si empezaba a gritar no pararía hasta agotar su voz, hasta que su cuerpo desfalleciera y cayera al suelo desmadejado, envuelto en una bruma de

sufrimiento y llanto.

Y cuando el dolor cesaba, llegaban las caricias y un nuevo tormento se superponía al anterior. El frío aliviaba su piel y calmaba el ardor de la magia, pero el roce de los dedos de Laura provocaba más llamas y un calor distinto, sin dolor, pero más peligroso. La sangre corría enloquecida por sus venas, y la que no se derramaba de sus heridas se dirigía con decisión a su entepierna. A ese paso, sí terminaría desmayándose por falta de oxígeno en el cerebro, porque estaba convencido de que ni una gota de su sangre llegaba tan arriba.

El martirio continuó durante horas, o quizá tan solo minutos que parecieron horas, y cuando, por fin, O'Cleary anunció que ya había terminado su trabajo, Roi estaba más cerca de la locura de lo que había estado jamás. Y no era decir poco, con todo a lo que se había enfrentado a lo largo de su vida.

—Es precioso —susurró Laura en tono reverente.

«Y eso ayuda mucho también, sí», ironizó Roi para sus adentros, en una burla dirigida nada más que a sí mismo.

—Es lo que es —masculló, poniéndose en pie con un gesto brusco, y esquivando el trapo con el que ella limpiaba los restos de sangre de su espalda—. Un modo de protegerme.

—Pero es hermoso —insistió ella—. El diseño es magnífico. Nunca había visto nada igual.

—Gracias —sonrió Aidan, quizá para contrarrestar sus malos modales—. Si algún día dejo de ganarme la vida a este lado del Velo con las novelas, probaré a abrir un salón de tatuajes.

—Te iría muy bien. No reconozco la mayor parte de los símbolos, pero...

Roi sintió cómo ella se acercaba para estudiar el tatuaje, y se apresuró a buscar la camisa para impedirselo. Si uno solo de sus dedos volvía a tocarlo, ahora que no tenía el dolor para distraerse, no respondía de su autocontrol.

—Me voy —anunció sin más una vez que se hubo vestido—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Aidan mostró su conformidad con un breve asentimiento.

—Me parece bien, pero dame un momento —pidió.

—No tengo un momento. Y ese puñetero *biosbardo* seguro que tampoco lo tiene —se opuso Roi de malos modos, colocándose las solapas de la levita—. A saber lo que ha podido soltar ya por esa boquita.

—Sí, pero no servirá de nada todo esto si no consigues atravesar el cerco —refutó Aidan—. Niall ha tenido una idea, acompáñame —dijo, dándole la espalda en dirección a la puerta antes de que él pudiera oponerse.

Roi se encogió de hombros y echó a andar tras él. Al fin y al cabo, unos minutos más o menos no iban a suponer una diferencia, y cualquier idea que lo ayudara, por enloquecida que fuera, iba a ser bienvenida. No había tenido tiempo de cuestionarse la cordura de sus planes, pero sabía que no iba a ser sencillo atravesar ese cerco por

muchas protecciones que llevara encima, por no hablar de encontrarse cara a cara con lo que quiera que tuviera a Carlitos en su poder.

Laura apuró el paso para ponerse a su lado, y él no era tan inocente ni tenía tan poca experiencia con las mujeres como para no saber que ninguno de sus gestos ni de sus roces distraídos era casual. Cada vez que se apartaba el pelo y lo echaba tras sus hombros, cada vez que sus brazos rozaban su costado, o que pasaba la mano por su cuello para colocarse la camisa, sabía de sobra el efecto que quería causar. Y que estaba causando, porque parte de ser hombre era aceptar que por mucho que se diera cuenta que intentaban enredarlo en un truco de seducción, ese truco funcionaba de igual modo.

O'Cleary los guio hasta la habitación del hada y entró sin más. Sin embargo, Roi se detuvo en la puerta y le cedió el paso a Laura, en parte por caballerosidad, sí, pero también porque su cromosoma Y le decía a gritos que ella había pasado horas recreándose la vista con su cuerpo, y no estaba de más que él se recreara con el de ella unos segundos.

Y ojalá no lo hubiera hecho, porque esa falda se ceñía a sus caderas como un guante y dejaba muy poco a la imaginación. Algo que ella sabía de sobra, a juzgar por la sonrisa retadora que le dirigió segundos después.

Irritado con ella, con su falta de autocontrol y consigo mismo en general, Roi se obligó a centrarse en Niall, que se levantó del alféizar donde estaba sentado para acercarse a él, y en lo que quiera que se le hubiera ocurrido.

—¿Cómo estás? —preguntó el hada en un tono que ocultaba su preocupación, y que él agradeció sin reservas.

Porque, por mucho que se pasaran la vida discutiendo, por mucho que consiguiera sacarlo de sus casillas cada vez que abría la boca, en el fondo, muy en el fondo, escondido en un lugar al que ni él mismo lograba llegar sin esfuerzo, los dos sabían que darían la vida uno por el otro, y que el afecto que los unía tras tanto tiempo de luchas, de risas, de penas y alegrías y lealtad sin reservas era auténtico e inquebrantable.

—¿Cómo está? Buenísimo. Para mojar pan —bromeó Diana desde la cama donde estaba recostada junto a Marta.

—Pelirroja, en serio, vas a avergonzarlo —protestó Aidan.

—¡Qué va! Si le encanta —se defendió ella, risueña—. Pero no te celes, O'Cleary, ya sabes que yo solo tengo pan para ti.

—Y tortas —masculló el druida—. En fin, vamos al tema, que se va a hacer de día. —Miró hacia Niall e hizo un gesto de asentimiento que el hada imitó antes de aproximarse a Roi.

Extendió la mano y la abrió para dejar colgando de sus dedos un cordón de cuero del que pendía un pequeño símbolo forjado en plata, con el diseño de un intrincado laberinto circular.

—Cógelo —ordenó Niall, al ver que él dudaba, admirando el amuleto.

—No puedo —negó Roi, sacudiendo la cabeza—. Lo forjaste para tu mujer. Es suyo.

—Es mío y por eso te lo doy —intervino Marta, levantándose para situarse junto a él—. Es perfecto, y muy poderoso. Endereza caminos, cambia destinos aciagos, aparta la maldad...

—Y es tuyo —insistió Roi. Tomó la mano de Marta y la cerró sobre el amuleto—. Tu bebé estará más seguro si lo llevas. Esa fue la intención de Niall al forjarlo, y ese debe ser su cometido.

Marta se puso de puntillas para pasar el amuleto a través de su cuello. Una vez ahí, lo colocó sobre su pecho y lo miró con una sonrisa dulce, antes de alzarse de nuevo y besarlo con suavidad en la mejilla.

—Su cometido es proteger a nuestros seres queridos. No discutas —dijo con rapidez al ver que él se disponía a protestar—. Ve y trae a ese crío sano y salvo.

Roi asintió y tragó saliva para deshacer el nudo que se había formado en su garganta. La mujer de Niall siempre le había parecido adorable y, pese a todos sus temores, eso no había cambiado a pesar de lo mucho que ella se había transformado desde el momento en que liberó su magia. El afecto que compartían era un tesoro para él.

—Te ocultaremos hasta las lindes del bosque —intervino Aidan, devolviéndolo al presente—. Uniremos nuestros poderes para crear un hechizo de ocultación, para que puedas pasar sin problemas a través del cerco.

—Estás agotado —lo contradijo Roi—. No es necesario que...

—No seas imbécil, *a'chara* —interrumpió Niall—. Con el poder de la tríada, y lo bien que funcionan los hechizos de ocultación en este puñetero pueblo, no necesitará usar ni una minúscula parte de todo lo que tiene. Además, sabes que vamos a hacerlo de todos modos, así que no te sirve de nada protestar.

Todos sus amigos —los que llevaban con él mil vidas y aquellas a las que apenas conocía de unos meses, pero que ya se habían hecho un hueco en su corazón— se plantaron frente a él como un ejército defensor, dispuestos a no ceder ni un milímetro en su afán por protegerlo. El nudo en su garganta se apretó un poco más, y le llevó varios segundos recuperar el control de sus emociones.

—Me rindo. Es imposible discutir con tanta gente a la vez —aceptó por fin.

—Bien, era la opción más sabia —sonrió Aidan—. Vamos, es mejor que salgas por detrás. El cerco es menos denso ahí, y podrás atravesarlo sin problemas.

En silencio, bajaron las escaleras y se dirigieron a la sala del fondo. Niall se adelantó y abrió la ventana, apartándose para dejarlo pasar. Cuando llegó junto a él, y ya se disponía a salir, el hada lo sujetó del brazo, obligándolo a detenerse y mirarlo.

—*A'chara*, ten cuidado, ¿de acuerdo? —dijo con una seriedad que rara vez había visto reflejada en su rostro en todos los años que lo conocía.

—Siempre lo tengo, ya lo sabes —asintió, esbozando una sincera sonrisa de agradecimiento.

—Y tú sabes que daría cualquier cosa por acompañarte —masculló, incómodo.

Roi apartó las manos del alféizar de la ventana para posarlas en los antebrazos del hada, apretándolos en un gesto de camaradería.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente, *sídhe*. Tengo intención de volver y discutir contigo la bromita del fuego —sonrió.

La expresión torturada de Niall desapareció para dar paso a una sonrisa que podría haber clasificado de encanto infantil, de no ser por el brillo malicioso que bailaba en sus ojos.

—No me digas que no ha sido divertido —dijo burlón.

—Muy divertido. Mucho —ironizó Roi, apoyándose de nuevo en la ventana. Dio un ágil salto y, una vez en el jardín, se volvió para mirar a su amigo—. E imagino que se te habrán ocurrido muchas más ideas divertidas para mi regreso, pero ahórratelas, ¿de acuerdo? Ya tengo bastantes problemas.

—Ya hablaremos —replicó Niall. Su rostro se tornó serio de nuevo—. *Tha mi feitheamh riut, a'chara*.

«Te estaré esperando, amigo mío». Las palabras del hada lo acompañaron como lo hizo la protección que, con su mujer y el druida, tejió sobre él. Por momentos como ese, en el que Niall dejaba las bromas y demostraba su aprecio, negándose a reconocer que podía no volver, Roi olvidaba todas las ocasiones en las que quería matarlo y se sentía confortado con la fuerza de su amistad.

Miró a su alrededor y reprimió un gruñido. A pesar de que, como había señalado O'Cleary, en la parte posterior de la casa el número de criaturas que los rodeaban era más reducido, el escenario que se mostraba ante sus ojos era dantesco. Muchos de esos seres huirían con las primeras luces del alba, pero otros tantos podrían quedarse a pesar de que llegaran las horas del dominio de la luz. Y como las protecciones de Danu no aguantaran, no tenía ni idea de cómo iban a sobrevivir a eso.

Si podía confirmar que los dos hermanos habían causado ese pandemio, iba a matarlos con sus propias manos. O, mejor aún, con sus propias garras. Y no iba a ser rápido.

Perdido en sus pensamientos homicidas, buscó un hueco entre las criaturas que se apiñaban tratando de cruzar los límites de la bendición de la Diosa y se dirigió hacia allí, caminando con rapidez, pero con todo el sigilo del que era capaz. No lo verían con el conjuro de ocultación, pero quizá podrían oírlo. Al fin y al cabo, por mucho que el druida insistiera en que estaba lo bastante en forma como para usar más magia después de haberles prestado una gran cantidad a sus tatuajes, si algo había aprendido Roi a lo largo de los años era que si algo podía fallar, fallaba sin remedio y en el peor momento posible.

El tenue sonido de sus pasos sobre la hierba reverberaba en sus oídos como si estuviera caminando sobre un tambor, con casi la misma intensidad con la que escuchaba los sonidos de su corazón. Frente a él, un puñado de *banshees* y varios *trasnos* centraba su atención en la casa, como si pudieran atravesar las barreras por la

pura fuerza de su voluntad. Tras ellos, el bosque dibujaba sombras sobre el negro azulado del cielo cuajado de estrellas, recortándose en la distancia como un objetivo imposible de alcanzar.

Roi observó los movimientos de las criaturas frente a él y, cuando vio un hueco lo bastante amplio para desplazarse, echó a correr con toda la velocidad a la que podían llevarlo sus piernas. Podía sentir el poder de la tríada rodeándolo, ocultándolo, y el soportable calor de los nuevos tatuajes latiendo en su espalda. Pasó junto a un *trasno*, rozándolo apenas al pasar, y siguió corriendo sin detenerse, sin molestarse en comprobar si el ser iba a dar la voz de alarma o todavía se estaría preguntando qué era lo que había sentido a su lado.

Cuando por fin llegó al bosque, con el corazón en la garganta y la piel empapada en sudor, se dejó caer al abrigo de un *carballo* centenario, jadeante y cuestionándose la cordura de su plan.

Notó el instante en que el conjuro de ocultación se desvaneció, percibió la magia alejándose, el poder abandonándolo y, por un momento, se sintió más solo que nunca. Y era una sensación extraña, porque rara vez añoraba tener compañía. No era el más sociable de los hombres, y, aunque a la fuerza había conseguido aceptar a sus dos compañeros y sentirse cómodo junto a ellos, solía estar a gusto en los raros momentos en que cada uno se ocupaba de sus asuntos y podía disfrutar de unos instantes de tranquilidad. No echaba de menos el ruido de otras voces a su alrededor, y en muy contadas ocasiones prefería trabajar en equipo antes que solo. Pero, en ese momento, con el bosque latiendo como un ser vivo a su alrededor, solo un plan absurdo para rescatar al *biosbardo* y el final de su condena al alcance de los dedos, deseó tener a sus amigos junto a él.

—Debo de estar haciéndome viejo —suspiró, levantándose con un gruñido de su improvisado asiento.

Y como los dioses siempre habían tenido un sentido del humor digno de un pelotón de fusilamiento, las gemelas fantasmas aparecieron frente a él para aliviar su soledad.

—Vamos —lo apresuró una de ellas—. Vamos, te llevaremos junto a él.

Antes de que pudiera siquiera demostrar su acuerdo, las niñas mutaron en sendas bolas de energía y se movieron a través de los árboles como la luz de dos linternas puestas de anfetás hasta las cejas. Con un suspiro de resignación, Roi se apresuró a seguir el rumbo errático que trazaban a través del bosque, atento a cada sonido, a cada sombra a su alrededor.

Quizá por eso, porque estaba demasiado pendiente de cualquier peligro que pudiera acechar entre la espesura, no se percató de hacia dónde lo llevaban los fantasmas hasta que fue demasiado tarde.

—¿En serio? —murmuró, deteniéndose de golpe—. ¿El molino?

—¡No te pares! —susurró una de las gemelas—. ¡No va a aguantar mucho más!

Acicateado por la urgencia de su voz, Roi se lanzó a la carrera sin detenerse ni un

instante a pensarlo. Ahora que ya sabía cuál era su destino, no necesitaba del apoyo de los fantasmas para guiarse a través del bosque, y podía seguir su propio camino, mucho más directo. Cuando por fin alcanzó el claro, todos sus músculos —incluso su acelerado corazón—, se frenaron en seco un instante, paralizados por el macabro espectáculo que se abría ante sus ojos.

El molino, que en tiempos debió de ser una hermosa construcción cuando todavía tenía utilidad, hacía ya mucho tiempo que se había derrumbado, vencido por el paso de los años y el abandono. La naturaleza, tan osada como solía ser, se había abierto paso a través de la piedra, cubriéndola de hiedra y moho, penetrando en el interior del molino para extender sobre su suelo una alfombra de hierba y flores. Pero, a pesar de eso, a pesar de los esfuerzos de la vida por resucitar un edificio ya rendido, a esa tardía hora de la noche, los bordes derruidos del techo se recortaban contra el cielo presentando un aspecto tenebroso, oscuro y malvado.

Sin embargo, eso no lo habría detenido. Roi había visto demasiado como para arredrarse ante una vulgar construcción humana, por muy maldita que pudiera parecer.

No, lo que había frenado sus pies, su respiración y hasta sus latidos habían sido los cuerpos deformados y mutilados que yacían tendidos sobre el suelo salpicado de sangre que, a la luz irreal de la luna, parecía negra como la pez.

Dio un par de pasos tentativos en el claro, mirando a su alrededor, ignorando a las gemelas que lo flanqueaban como dos guardaespaldas espectrales, y dejó escapar una ácida maldición al ver a quién pertenecían los dos cadáveres destrozados.

Ciara y Cathal.

Casi irreconocibles, pero aun así...

Nervioso, miró a su alrededor buscando al *biosbardo*, negándose a considerar, al menos por el momento, todo lo que implicaba la muerte de las dos hadas. Recorrió la sangrienta escena a su alrededor, estudiando cada bulto, cada sombra y, por fin, un gemido apagado llegó hasta sus oídos, procedente del interior del molino.

—Cómo no —suspiró.

Con sigilo, se acercó hasta la puerta y pudo ver la pequeña figura de Carlitos, encogida sobre sí misma y gimoteando. No le dio tiempo a alegrarse al verlo con vida, porque su captor percibió su presencia casi en el mismo instante en que Roi lo vio a él.

Y, sin pensarlo siquiera, dejó escapar al monstruo en su interior.

El veneno de la maldición corrió por sus venas, por sus músculos, convirtiendo sus dedos en garras y afilando sus dientes en peligrosos colmillos. Dejó escapar un rugido y el ser saltó sobre él, intentando atraparlo entre los poderosos dedos de su única mano. Las plumas que conformaban la horrenda melena del *fachen* revolotearon a su alrededor, cegándolo por un instante, pero, con un rápido movimiento, se apartó de su camino, lanzando un zarpazo que alcanzó a la criatura cerca de su horrenda e inmensa boca.

Retrocedió sin apartar la vista de su enemigo, que ahora que había probado la fuerza de sus garras, parecía mirarlo con menos odio que cautela. Se movieron en círculos alrededor del *biosbardo*, tanteándose, midiéndose, buscando la oportunidad para atacar.

Había pocos seres sobre la faz de la Tierra más horribles que un *fachen*. La leyenda contaba que llegaban a matar de pánico a sus víctimas incluso antes de someterlas con su fuerza sobrehumana. Pero Roi estaba demasiado acostumbrado al horror como para impresionarse. Sin embargo, sí respetaba la fuerza del monstruo. No era la primera vez que se enfrentaba a un *fachen*, y había aprendido por las malas que los golpes de la cadena que usaba como arma podían partir a un hombre en dos. Y eso a pesar de ser solo la mitad de un cuerpo; un único brazo y una pierna solitaria, cubiertos de pústulas y verrugas que supuraban y hedían, vestidas de plumas y vellos afilados como las púas de un puercoespín.

El *fachen* volvió a saltar, y en esa ocasión fue más preciso en su ataque. La cadena golpeó los riñones de Roi, enviando una oleada de dolor que ascendió hasta su cuello y descendió hasta sus rodillas. Trastabilló y se alejó, pero no lo bastante rápido como para que el ser no aprovechara la oportunidad. Su único brazo se cernió sobre su garganta, y él apenas tuvo tiempo de sujetarlo por la muñeca para intentar evitar que llegara a estrangularlo.

El monstruo en su interior tomó el control.

Cualquier rastro de pensamiento racional, humano, que hubiera esperado albergar, huyó de su mente y dejó hablar al instinto. El ser civilizado que tanto se esforzaba en aparentar se escondió tras los muros de su mente, y lanzó al ataque a la bestia ávida de sangre que lo acompañaba desde su maldición.

Y la bestia atacó.

Atacó con sus garras y sus dientes, con sus rugidos, con su fuerza y su odio. Se libró de la mano del *fachen* que apresaba su garganta, y lo lanzó por el aire mientras se incorporaba de un salto, ansioso por probar su sangre. Por abrir en canal ese cuerpo informe y arrancar sus vísceras.

Y aun así, cuando saltaron uno sobre otro, bestia sobre bestia, las fuerzas estaban igualadas. Pero los fantasmas se incorporaron al ataque, cayeron sobre el *fachen*, paralizándolo, aturdiéndolo.

Y la bestia aprovechó para lanzar su ataque final.

Alzó el brazo y descargó un zarpazo con toda su fuerza. Las garras hendieron la carne, seccionaron los músculos, rompieron los huesos y, con un gemido de agonía final, el *fachen* cayó, partido en dos.

Roi quiso volver a tomar el control, pero la bestia era fuerte, y cada vez ansiaba más liberarse de sus cadenas. Lo poseía y lo seducía, haciéndolo olvidar el hombre que era, el que no sabía si deseaba volver a ser.

La lucha en su interior fue tan encarnizada como la que acababa de desarrollarse en el molino. El monstruo luchaba contra las cadenas de la voluntad de Roi, y este



sufría por él. Deseaba retenerlo, pero también lloraba el destino de esa criatura condenada, y el impulso de dejarla libre era cada vez más y más fuerte.

Fue un instante, un segundo suspendido en el tiempo, un momento de indecisión en que todas las posibilidades estaban ahí, indeterminadas, factibles, idénticas. Y, por fin, se impuso la civilización. El monstruo se rindió a la voz más fuerte de la razón, y Roi recuperó el control de su cuerpo y de su esencia.

Agotado, con los símbolos de protección en su espalda quemando como un hierro de marcar, se arrastró hasta el *biosbardo* y lo observó con ojo clínico. Lo habían torturado, no había duda. Pero había sobrevivido, y ya llegaría el momento de preguntarse qué había llegado a decir. Por ahora, honraría el sufrimiento del crío haciendo todo lo posible por salvarle la vida. Se puso en pie y lo tomó en sus brazos, con los fantasmas revoloteando a su alrededor, lloriqueando inquietas.

—¿Se va a salvar?

—¿Está vivo?

—Le duele, ¿puedes hacer algo?

—Tienes que ayudarlo.

—¡Silencio! —exigió con su tono más autoritario. Las gemelas se detuvieron al instante, mirándolo con su mejor cara de niñas buenas que, en realidad, no engañaba a nadie—. Haré lo que pueda, ¿de acuerdo? Pero ahora tenéis que guardar silencio, porque si no llego a casa sin que me vea nadie, no podré hacer nada por él. —Los fantasmas mostraron una expresión contrita y desaparecieron de su vista en una silenciosa explosión de luz. Roi salió del molino con Carlitos en brazos y miró a su alrededor—. ¿Y ahora qué hago con estos dos? —se preguntó.

Incapaz de dejarlos ahí, pero sabiendo que no podía llevar al *biosbardo* y a las dos hadas y atravesar con ellos el cerco, se decidió por una solución intermedia. Dejó a Carlitos en el suelo, con suavidad —y sonrió al ver que las gemelas aparecían al instante para custodiarlo— y se dirigió a los cuerpos sin vida de las hadas.

Perdió unos valiosos minutos arrastrándolos hasta el interior del molino, concentrándose en no mirar sus bellos rostros contraídos en sendas muecas de agonía. Quizá él mismo había pensado en acabar con ellos poco antes, pero ni siquiera en sus peores momentos habría sido capaz de tamaño salvajismo. Ni con la bestia en su interior tomando el control.

Terminó de meter los cuerpos en el molino y volvió junto al crío. Los fantasmas se apartaron al momento para permitirle arrodillarse junto a él. Y no le gustó nada lo que vio. Tenía que volver a toda prisa y reclamar la ayuda del druida, porque, de lo contrario, el *biosbardo* no conseguiría ver otro amanecer.

Laura comprobó una vez más el reloj, sorprendiéndose al ver que solo habían transcurrido tres minutos desde la última ocasión en la que se había visto en la imperiosa necesidad de consultar la hora. Incapaz de creérselo, sacó el teléfono móvil del bolsillo y encendió la pantalla, que, impertérrita, le devolvió la misma hora que mostraba su reloj de pulsera.

Era absurdo. La lógica señalaba que debería sentarse con calma a esperar, o quizá dormir un rato y pedir que la despertaran cuando Roi llegara con el *biosbardo*, porque por mucho que mirara por la ventana, o que consultara el reloj, el tiempo no iba a transcurrir con más velocidad, y quedándose ahí lo único que conseguía era perder unas valiosas horas de sueño. No era de ninguna utilidad en ese momento, y no sería de ninguna utilidad después si estaba agotada cuando Roi volviera.

Aunque lo que en verdad resultaba irracional era que ni por un momento había llegado a plantearse que no regresaría con el crío. O que no regresaría, sin más. Si conseguía un par de datos más acerca de a lo que podía enfrentarse Roi y dedicaba unos minutos a pensar en ello con detenimiento, sería capaz de calcular las probabilidades de éxito de su misión con un margen de error muy pequeño, e irse a la cama confortada por la objetividad implacable de las matemáticas. Sin embargo, y para su propia sorpresa, algo le impedía hacerlo.

No tenía ningún sentido, y Laura odiaba todo aquello que no tenía un sentido preciso y mensurable.

Sin darse cuenta de lo que hacía, volvió a comprobar el reloj y escuchó una risa suave a sus espaldas.

—No va a volver antes por mucho que mires la hora, cariño —se burló Niall.

Ella se dio la vuelta para encararlo —intentando olvidarse de que había pasado una hora mirando por la ventana como una adolescente esperando a su primer novio — con su mejor mirada amenazadora. El hada, tendido en la cama junto a Marta, se limitó a reírse entre dientes y a llevar las manos tras su cuello en un gesto displicente.

—¿No está tardando mucho? —preguntó antes de poder detenerse.

—No lo sé —respondió Niall sin dejar de sonreír.

Marta, acurrucada contra él, se incorporó sobre uno de sus codos y lo miró con reproche.

—Niall, está preocupada —lo riñó—. Y yo también, la verdad.

El hada resopló como si, en lugar de dirigirle dos simples frases, llevaran horas machacándolo con quejas. Irritado, abandonó su pose relajada y se sentó en la cama, apoyándose contra el cabecero con expresión molesta.

—Roi sabe cuidarse solo —dijo con brusquedad—. Y con esa actitud no estáis ayudando. Las palabras tienen poder, brujita —explicó, suavizando el tono al

dirigirse hacia su compañera, que lo miró con una sonrisa comprensiva—. Si pones en voz alta algo que no deseas que suceda...

—Eso no tiene ningún sentido —protestó Laura—. Si eso fuera cierto, todos los psiquiatras y psicólogos del mundo estarían en la cárcel.

—Que tú no lo veas no quiere decir que no ocurra, cielito —replicó Niall con sarcasmo—. Creía que a estas alturas ya habías aceptado que hay más realidades que las que tú percibes con tus limitados sentidos humanos.

—Y lo acepto —refutó Laura—. Pero...

—Calla —la interrumpió Niall. Apartó a Marta con suavidad y salió de la cama de un salto. En dos zancadas, atravesó la distancia que lo apartaba de la ventana y miró a través del cristal—. Ya viene.

Laura corrió junto a él y miró también, pero no consiguió ver nada más que decenas de criaturas que rodeaban la casa con actitud amenazadora. La sensación de pavor que la había poseído la primera vez que había visto el pazo asediado por esos seres había disminuido con el paso de las horas y con las muchas veces que había mirado a través de la ventana, pero en ese momento, un instinto dormido, un recuerdo de muchos años atrás, cuando era niña y escuchaba las leyendas de su tierra, le arrancó un estremecimiento y formó un nudo de pánico en su estómago.

—Esas luces... —murmuró, señalando con un dedo tembloroso una hilera bien ordenada de luces que salía del bosque en dirección a la playa—. Esto es demasiado absurdo —gimió, alejándose de la ventana como si estuviera en llamas.

Marta atisbó sobre su hombro.

—La Santa Compañía —musitó en tono reverente, santiguándose como había visto hacer una y mil veces a la gente del pueblo.

—Los muertos no me preocupan —masculló Niall—. Son los vivos los que nos pueden dar problemas. —Se apartó de ellas para asomarse a la puerta, con actitud decidida—. ¡Aidan!

Laura ni fue consciente del momento en que regresó junto a ellas. Un demonio masoquista en su interior, que hasta entonces no se había molestado en mostrar su fea cabeza, empujó su cuerpo de nuevo hacia la ventana. No quería mirar, pero tampoco podía evitar hacerlo, y sus temores infantiles chillaron con fuerza en su cerebro, dejándola paralizada y aturdida.

La Santa Compañía había salido del bosque y se dirigía hacia el camino que conducía a la cala. Frente a ellos, un hombre arrugado y envejecido sostenía la cruz y dirigía las almas de los muertos, descalzas y envueltas en blancos sudarios, que elevaban a los cielos un cántico incomprensible, en el que el latín y una mezcla de idiomas irreconocibles se enredaban en una melodía horrenda, aterradora, que consiguió incluso acallar las voces de los seres feéricos que los rodeaban. Los candiles que llevaban en las manos iluminaban la noche como si, de pronto, alguien hubiera encendido todas las luces del cielo.

La voz de Aidan la sacó del trance hipnótico en el que la había sumido la

procesión de almas, aunque el nerviosismo que mostraba no hizo nada por deshacer la pesada piedra de terror que se había instalado en su estómago.

—Joder —masculló el druida, pasándose la mano por el pelo revuelto—. Joder, lo van a ver.

—Pero ¿y el hechizo de ocultamiento? —inquirió Marta—. Lo protegió al salir, podemos...

—No, no podemos —refutó Aidan sin apartar los ojos de la ventana—. Necesitamos unos segundos para prepararlo y todos los ojos están puestos en el bosque, siguiendo el *enxamio*.

—Podemos intentarlo —insistió su amiga, retorciéndose las manos en un gesto de nervios incontenibles.

—Y podemos ir a ayudarlo —replicó Niall—. Cúbreme las espaldas, brujita.

Antes de que nadie pudiera decir una sola palabra en contra, el hada abrió la ventana y salvó la distancia que lo separaba del suelo con un salto imposible para un humano, rodando por la hierba húmeda hasta incorporarse, espada en mano.

—¡Joder, Niall! —exclamó el druida. Se volvió hacia Marta, la tomó de la mano y la acercó a la ventana. Su amiga se dejó guiar, aturdida—. Ya lo has oído, cúbrele las espaldas. Yo te apoyaré.

En el rostro de Marta apareció una expresión decidida que Laura no había visto nunca antes de que descubriera su auténtica naturaleza. Era el gesto de alguien muy consciente de su poder y más que decidido a hacer uso de él, cargado de orgullo y fiereza.

Laura volvió a mirar hacia el exterior, a tiempo de ver a Roi, que, precedido por las gemelas, salía de la protección del bosque y se detenía en seco al encontrarse con la procesión de las almas. Hasta ellos llegó el grito de Niall, apagado por la distancia.

—¡Llegas tarde otra vez, *a'chara*! —gritó, y riéndose como un demente se lanzó al ataque.

Los seres que rodeaban la casa tardaron apenas un segundo en reaccionar. Apartaron los ojos de la Santa Compañía, que ya se perdía en dirección al mar, y, tras unos breves instantes de vacilación, se dirigieron como un solo hombre hacia Roi.

—Marta, rodéalo de fuego —ordenó Aidan con urgencia—. Eso le dará tiempo a Niall a llegar junto a él.

—No creo que pueda —protestó—. No sin la ayuda de Niall. Pero puedo hacer otra cosa —añadió con una sonrisa cruel.

Al momento, dos *banshees* que se aproximaban a Roi, bramando su cántico de muerte, explotaron en llamas.

—¡Bien hecho, brujita! —gritó el hada, sin dejar de abrirse paso con su espada entre la marea de asaltantes, sin detenerse ni dudar, asestando golpes a izquierda y derecha como si sus brazos fueran las aspas de un molino infernal.

Laura suspiró de alivio cuando Niall llegó hasta Roi y se situó junto a él, ayudándolo a ganar terreno. Si llegaban a la zona protegida por el poder de la Diosa,

estarían a salvo. Y, por lo que ella podía deducir, apenas debían recorrer un puñado de metros.

Un puñado de metros repleto de seres dispuestos a arrancarles las entrañas, pero aun así... Para serenar a su cerebro matemático, hizo un rápido cálculo y comenzó una macabra cuenta atrás, metro tras metro.

Los dos hombres salvaban la distancia con una lentitud exasperante mientras luchaban espalda contra espalda, sin ceder terreno, pero avanzando apenas. Los golpes de Roi, que al sostener al *biosbardo* solo disponía de un brazo para atacar, no resultaban demasiado certeros, y aunque los seres que se lanzaban contra él caían al recibirlos, volvían a levantarse una y otra vez. Niall mantenía a raya a los que se acercaban por su flanco, pero no hacía falta ser un experto para darse cuenta de que empezaba a flaquear. Por suerte, Marta acertaba con su fuego a aquellos que se aproximaban demasiado, y los fantasmas hacían su parte, paralizando a los atacantes más furiosos.

La cuenta descendente que Laura llevaba en su mente fue reduciéndose, y su nerviosismo controlándose con cada cifra. Pero, cuando ya apenas faltaban un par de metros para alcanzar la zona protegida, las tornas se volvieron de nuevo en contra de los dos hombres. Los ruidos de la batalla atrajeron a más seres hacia la parte posterior de la casa y pronto se vieron sobrepasados por una marea infernal deseosa de acabar con ellos.

—Desde aquí no puedo hacer nada —concluyó Marta—. Están demasiado apiñados y podría herir a uno de ellos por error. Voy a bajar —anunció.

Y, sin esperar respuesta, tomó el mismo camino que su compañero había seguido minutos antes y aterrizó en el jardín con un ágil salto ante la mirada estupefacta de Laura y las sonoras maldiciones de Aidan.

—¡Ve con Diana! —ordenó en tono seco—. Está abajo, junto a la ventana. Abridnos y esperad ahí.

—¿Vas a bajar tú también? —se espantó Laura.

—¿Y qué coño quieres que haga? —gruñó el druida, encaramándose ya al alféizar—. Tú encárgate de que Diana no salga a *no* ayudarnos —ordenó antes de saltar.

Laura ni pestañeó. Las últimas palabras que Aidan pronunció antes de saltar guardaban una lógica implacable. Por mucho que no tuviera el más mínimo sentido, por mucho que no pudiera hacer nada más que estorbar, ella sabía de sobra que su amiga saldría a ayudar a su chico y a sus amigos sin detenerse ni un instante a pensar en su propia seguridad. Así que se sacó los zapatos con dos rápidas patadas y echó a correr escaleras abajo, dispuesta a atarla a una silla si era necesario.

Voló por el vestíbulo y alcanzó la habitación trasera, donde Diana aguardaba junto a la ventana con impaciencia mal contenida.

—¿Dónde está Aidan? —fue lo primero que preguntó al verla entrar.

—Ayudando —respondió ella sin comprometerse, dirigiéndose hacia la ventana, que abrió de par en par antes de volverse hacia Diana—. Me ha pedido que baje a

abrir. Ya no tardarán mucho.

Su amiga se abrazó a sí misma, inquieta, pero con una expresión decidida pintada en el rostro, dibujada con la confianza que tenía en el druida y en sus poderes.

—¿Cómo les...? —empezó. Se mordió el labio y rehizo la frase—. Les va bien, ¿verdad? Roi está pasando el cerco.

—Sí, está pasando —respondió Laura, escurriéndose una vez más de la conversación como una pastilla de jabón mojada.

Con la ventana abierta podían escuchar los sonidos de la batalla que traía el viento, que inundaban la noche de quejidos y gritos, de lamentos y gruñidos furiosos. Si se concentraba, Laura podía incluso escuchar el crepitar de las llamas de Marta y el cántico de poder de Aidan.

Por desgracia, Diana también estaba muy concentrada en el ruido del exterior, porque, de pronto, cuando llegó el sonido de una nota alta de la canción del druida, se abalanzó sobre la ventana y Laura apenas tuvo tiempo de sujetarla para evitar que saliera como una furia vengadora al exterior.

—¡Está fuera! —exclamó, tratando de librarse de la presa de Laura—. ¡Suéltame, joder, Aidan está fuera!

—¿Y qué vas a hacer? —intentó razonar ella—. No puedes ayudar, Diana, confía en él y espera.

—¡Suéltame! —exigió, debatiéndose entre sus brazos—. Laura, suéltame o...

—¿O qué? Quédate quieta o te voy a lastimar.

—¡Que me sueltes!

Laura era mucho más fuerte que Diana y bastante más alta, pero aun así, el miedo por la suerte de su compañero estaba dotando a sus músculos de una fuerza difícil de controlar. Durante unos minutos eternos, Laura peleó con ella con todo lo que tenía, sujetándola por la cintura contra su cuerpo y tirando como podía para impedir que se agarrara a la ventana. Y estaba empezando a dudar si sería capaz de retenerla aunque solo fuera un segundo más, cuando, tomando la esquina que llevaba a la parte posterior del pazo, sus amigos aparecieron a toda prisa, con el *biosbardo* en brazos de Marta y las gemelas abriendo camino ante ellos.

Su amiga fue la primera en alcanzar la ventana sobre la que ya se había abalanzado Diana. Le tendió al crío y se arrastró al interior con aspecto agotado. Uno a uno, los miembros de la comitiva fueron entrando, cubiertos de sangre de la cabeza a los pies, y salpicados por otras manchas que Laura prefirió no tratar de imaginar a qué eran debidas.

—Llévalo arriba, Diana, rápido —ordenó Aidan mientras Niall cerraba la ventana tras de sí, ahogando los gritos furiosos de quienes los asediaban, y Roi se dejaba caer desmadejado al suelo.

Su amiga obedeció al instante, apresurándose hacia la puerta con Aidan y Marta pisándole los talones. Niall se quedó rezagado, mirando a Roi con aire preocupado.

—¿Estás bien? —inquirió con un tono amable que muy rara vez se permitía.

—Estoy bien —respondió Roi con la voz teñida por el dolor—. Ve con ellos. Yo necesito un minuto.

—Esa herida tiene mala pinta —protestó el hada, señalando el brazo que su amigo apretaba contra el pecho.

—Pero el crío está peor —refutó Roi—. Sube. Aidan te necesita. Está agotado y no podrá darle nada. Yo iré en un momento para curarle las heridas y para hablar con vosotros. Tengo mucho que contaros.

—Puede esperar —se obstinó Niall.

—No, no puede —contradijo Roi de malos modos—. Ve arriba. Yo iré ahora mismo y hablaremos. Es importante.

—Pues dímelo y acabemos con esto para que puedas curarte esa maldita herida —exigió el hada.

—No. Primero el crío. Luego la charla —se opuso, lanzándole una mirada irritada—. Lárgate. Está en las últimas y lo sabes.

Niall todavía permaneció de pie junto a él unos segundos más, quizá intentando valorar si su amigo necesitaba su apoyo más que el *biosbardo*. Y por muy mal que se llevara con el hada, Laura sabía que si lo obligaran a ponerlos a los dos en una balanza, no lo dudaría ni por un segundo. Dejaría morir al crío por salvar a Roi sin detenerse siquiera a pestañear.

Y aunque no acababa de saber si esa era una decisión lógica o emocional, Laura concluyó que lo apreciaba un poco más por ello.

Por fin, Niall se apartó de Roi y echó a andar hacia la puerta. Pasó por delante de ella sin mirarla siquiera, pero, después de un par de pasos, se detuvo y se volvió para encararla, como si acabara de recordar algo o lo hubiera atravesado una idea peregrina.

—Ayúdalo —susurró, aunque ella sabía de sobra que Roi podía escucharlos—. Es un maldito cabezota, pero esa herida necesita atención. Cuando esté curado, podrá echarle una mano a Aidan.

Ella se limitó a asentir con una seca inclinación de cabeza a modo de respuesta, y esperó a que el hada hubo cerrado la puerta para aproximarse a Roi.

—No necesito ayuda —masculló este, sujetando el brazo herido con los dientes apretados por el dolor.

—Yo diría que sí. Déjame ver esa herida —pidió con tono autoritario.

—No es nada —protestó. Esquivando sus manos, se puso en pie con dificultad, apoyándose contra la pared—. Ve con ellos, yo no te necesito. Es solo un rasguño.

Laura sintió un leve latigazo de furia ante la incoherente reacción del hombre. Estaba herido y al *biosbardo* ya lo estaban atendiendo, así que lo más práctico, lo que dictaba el sentido común, era que ella se encargara de ese «rasguño» y que después, una vez restablecido, él se ocupara de los daños físicos que pudiera tener el niño.

—Deja de comportarte como un bebé —gruñó de mal humor—. Tu actitud es absurda. Es preferible que estés en buenas condiciones antes de atender a otra

persona..., ser..., lo que sea. Así que déjame ver esa maldita herida —ordenó alzando la voz con su actitud más despótica.

Roi la observó unos segundos con los ojos entrecerrados, midiéndola, y por fin, seguramente al ver que ella no cedía ni un milímetro, dejó escapar un suspiro sobreactuado y apartó la mano que cerraba sobre su bíceps para mostrarle la herida.

«Rasguño y un cuerno», masculló Laura para sus adentros. Un grueso corte, ancho y profundo, se extendía desde el hombro hasta el codo, manchando de sangre la tela desgarrada de la levita. Laura frunció el ceño y observó la herida, pero con la ropa y la sangre no podía valorar su gravedad. Así que tomó una rápida decisión. Sujetó a Roi por el brazo sano y lo arrastró hacia la puerta. Él se dejó guiar, mascullando entre dientes alguna grosería acerca de la testarudez de las mujeres en general, y de ella en particular, a la que Laura se esforzó en no prestar oídos.



El maldito cuarto de baño de la planta baja no solo era diminuto, también incómodo y tan inmaculadamente blanco que la luz que se reflejaba en sus azulejos hería sus sensibles pupilas. Pero, por encima de todo, era asfixiante. Nunca se había dado cuenta del calor que hacía en la dichosa habitación, pero apenas llevaba en ella dos minutos y ya sentía cómo el sudor resbalaba por sus sienes, a pesar de que Laura lo había obligado a desnudarse de cintura para arriba para poder examinar la herida y atenderla sin obstáculos.

O, quizá, porque lo había obligado a desnudarse y, debido al reducido espacio del baño, cada vez que se movía rozaba una y otra vez su cuerpo con el de ella.

—Los tatuajes están más claros —observó ella mientras lo rodeaba para buscar algo en el mueble bajo el lavamanos.

—Y si las cosas siguen así, no tardarán en desvanecerse —respondió con la vista fija en los azulejos frente a él—. Se van apagando a medida que la magia en ellos se agota —explicó, sabiendo que ella no iba a quedarse con la explicación a medias.

—Sí, algo así comentó Aidan —respondió, distraída. Se colocó junto a él y observó su brazo con absoluta concentración—. Voy a limpiar la herida y después te pondré unos puntos de presión. No van a solucionar gran cosa, con lo profunda que es, pero...

—Haz lo que tengas que hacer —gruñó Roi, reprimiendo un escalofrío cuando los dedos de ella rozaron con suavidad su brazo herido—. Me curo rápido.

—Bien. —Se agachó junto a él y acercó una gasa a la herida, limpiándola con gestos meticulosos. Roi dejó escapar un siseo—. ¿Arde?

Tuvo que morderse la lengua para no decirle que, en realidad, lo que estaba llevándolo al límite de su control no era la quemazón del alcohol en su brazo, sino el olor de su cabello y el modo en que sus dedos le erizaban la piel.

—No —contestó en cambio, en un tono mucho más brusco del que había esperado invocar.

Ella siguió trabajando en silencio, torturándolo con cada roce, con cada caricia distraída. El espacio entre las paredes pareció reducirse, encogerse hasta formar una burbuja agobiante en la que solo estaban los dos y las chispas que saltaban entre ellos.

Después de unos minutos, Laura dejó escapar un quejido y se incorporó un poco, llevándose la mano a los riñones. Para mantener el equilibrio, posó su mano sobre el muslo de Roi, y él respingó, sobresaltado ante la súbita excitación que le provocó ese contacto inocente.

Ajena a sus problemas de autocontrol, ella estiró la espalda —ofreciéndole una tentadora visión de sus pechos tensando la tela de su camisa— y volvió a su trabajo.

—Has dicho que tenías algo importante que contar... —dejó caer, y Roi quiso percibir en su voz un matiz de incomodidad, como si estuviera pasándolo tan mal como él y quisiera hacer cualquier cosa por romper el silencio cargado de tensión sexual que se había establecido entre ellos.

—Sí, pero esperaré a que estabilicemos al crío y nos reunamos con calma —contestó a regañadientes, más para distraerse él que porque tuviera ganas de dar una explicación—. Ya es bastante complicado informar de las noticias cuando solo hay que darlas una vez y estamos todos tranquilos, así que...

—Sí, eso tiene sentido —concedió ella. Dio un par de toques más con la gasa y observó el resultado de su trabajo—. Esto ya está —anunció—. Pero antes de ponerte puntos voy a limpiarte el brazo. Hay sangre seca y polvo.

—Puedo hacerlo yo mismo —replicó él.

Si tenía que aguantar sus manos sobre él, pasando una toalla por su cuerpo con infinita delicadeza, como había hecho con el tatuaje, no respondía de sí mismo, y bastantes problemas tenía ya con la furia que le causaban las absurdas reacciones de su cuerpo.

La chica siempre le había parecido guapa, sí, pero hasta que ella no había metido el sexo en la ecuación, exponiéndolo con esa frialdad aséptica tan propia de su carácter, ni siquiera se había planteado que tal cosa fuera posible entre ellos. Y lo peor era que seguía sin caerle bien y seguía sintiéndose ofendido por el modo en que había planteado el asunto.

Pero, al parecer, su libido carecía de orgullo.

Y a ella le sobraba cabezonería, porque ignoró su comentario y se dedicó a limpiarle el brazo con infinito cuidado mientras él clavaba la vista en la pared y se dedicaba a contar los azulejos, a seguir el camino de las juntas desde el suelo hasta el techo y, en general, a cualquier cosa que distrajera a su mente traidora de las manos de la chica.

Después de un par de minutos torturándolo —veintidós azulejos, infinitos caminos para llegar hasta el suelo—, Laura dejó la toalla y colocó unos cuantos puntos de presión para cerrar la herida. Se alejó todo lo que permitía el pequeño baño —más o menos medio paso— y observó su trabajo con gesto crítico.

—Listo —anunció. Roi miró su brazo por no mirarla a ella, que todavía estaba demasiado cerca para su salud mental—. No es perfecto, pero es todo lo que sé hacer.

—Está muy bien —aprobó él. Y era cierto. Laura, con su habitual meticulosidad, había limpiado la herida a la perfección y había colocado los puntos de la mejor manera posible.

—Pues ya puedes vestirme —sugirió, con un deje de tensión en su voz que los sobreestimulados sentidos de Roi se apresuraron a recoger y analizar.

Una vez más, comprobó que, al menos cuando no había demasiada ropa de por medio, la chica reaccionaba a su cuerpo. Y, aunque debería sentirse halagado, se sorprendió al darse cuenta de que a causa de eso su frialdad lo indignaba todavía más.

—Voy a mi cuarto a buscar una camisa limpia —dijo con un tono todavía más brusco incluso que el que había previsto usar—. Nos vemos arriba.

Esquivando su mirada una vez más, como el perfecto cobarde en el que se había convertido, recogió su ropa destrozada y se dirigió a su cuarto.

Una vez ahí, mientras sacaba una nueva camisa del cajón, obligó a sus dispersos pensamientos a centrarse en todos los problemas que tenían entre manos y en el modo en el que iba a comentar las novedades. Aunque, en realidad, lo mismo daba cómo las transmitiera, porque, por muchos rodeos que utilizara, en cuanto las palabras «las hadas están muertas» salieran de su boca, se iba a montar el habitual caos de exclamaciones cruzadas, maldiciones y preguntas sin sentido.

Terminó de vestirse y subió con calma las escaleras, dispuesto a enfrentarse a sus compañeros y su tradicional locura a duras penas contenida. Siguió el sonido de las voces hasta una de las habitaciones de invitados y, al asomarse a la puerta abierta, se encontró con un auténtico velatorio rodeando a la pequeña figura que apenas se distinguía bajo las mantas.

—¿Tan mal está? —preguntó, acercándose al *biosbardo* herido.

Diana le cedió su sitio junto a O’Cleary y retrocedió para apoyarse contra la pared con una profunda pena pintada en su rostro. El druida lo miró con expresión inescrutable.

—Está seco —explicó. Roi tradujo la frase en su cabeza y decidió que lo que pretendía decirle era que la magia que contenía el cuerpecillo del ser se había agotado hasta casi consumirlo.

El médico que vivía en su interior, con su estricta mente científica, se retorció por la falta de lógica de la situación, pero Roi llevaba demasiado tiempo conviviendo con el pensamiento y la extraña naturaleza de los nacidos al Otro Lado como para no saber que cuando perdían toda la magia la vida se les escapaba como agua que se escurre entre los dedos.

—¿No podéis darle nada? —inquirió, observando al chico con gesto crítico.

—Le hemos dado todo lo que hemos podido —replicó Niall. Acurrucada contra su pecho, Marta lloraba en silencio. Esas lágrimas calladas que se deslizaban por sus mejillas sin que ella se molestara en limpiarlas se clavaron en las entrañas de Roi como afilados puñales. El llanto sincero, el que salía del corazón y no de la rabia o el interés, siempre removía algo en su interior—. Pero después de lo que Aidan puso en tus tatuajes, y de lo que nosotros ofrecimos para la ocultación, apenas ha llegado para mantenerlo con vida.

—Por lo que he entendido —intervino Laura en tono práctico pero apenas susurrado, como si quisiera compensar su falta de empatía provocando el menor ruido posible— está en una especie de coma mágico. Y seguirá así hasta que... —Se detuvo un instante y bajó todavía más la voz—. Seguirá así hasta morir si no pueden recuperar su propio poder para compartirlo con él.

Había una pregunta implícita en su tono que nadie se molestó en contestar. Sin

embargo, él sabía muy bien lo odioso que podía ser para una mente lógica no encontrar respuestas, así que, mientras se inclinaba sobre el niño para atender sus heridas físicas, se dispuso a dar una explicación.

—Niall y Marta necesitan el contacto con la naturaleza para reponer fuerzas, y con todo lo que hay fuera, no es posible. —Apartó las mantas y frunció el ceño en un gesto de sufrimiento empático al ver los innumerables cortes que recorrían el pequeño cuerpecito. Alzó la vista y se dirigió a las hadas—. ¿Podéis ir a mi habitación y traer el botiquín? No solo ha perdido magia, y tengo que atender estos cortes.

Niall le dedicó un breve gesto de agradecimiento, comprendiendo su intención. En realidad, las heridas no necesitaban atención médica y su amigo lo sabía muy bien, pero su compañera, dotada con el don de la empatía, estaba sufriendo demasiado en esa habitación, y le vendría muy bien alejarse unos minutos de la dramática escena.

La breve interrupción sirvió también, tal y como él esperaba, para darle tiempo a Laura a analizar su explicación. Así que, en cuanto las hadas salieron, no tardó en lanzar una andanada de preguntas.

—Pero ¿Aidan no recupera la magia sin necesidad de salir? ¿Y por la mañana? Habíais dicho que por la mañana sería más fácil que pudiéramos salir al pueblo. ¿No pueden hacer nada entonces? —Lo pensó un segundo y dijo justo lo que Roi se estaba temiendo desde el mismo instante en que empezó a preguntar—: ¿Y Ciara y Cathal? ¿No pueden ayudar? —Miró a su alrededor como si en los últimos segundos los dos hermanos se hubieran materializado dentro de la habitación sin que nadie se diera cuenta—. ¿Dónde están, por cierto? ¿No los has encontrado fuera?

Roi maldijo para sus adentros y decidió contestar a la parte menos comprometida del inquisitivo discurso de la chica.

—Aidan se recuperará, sí, pero, y corrígeme si me equivoco, O’Cleary, está usando su magia para mantener las protecciones de la casa, y, después de lo que se ha dejado en mis tatuajes, dudo que esté en forma a tiempo para ayudar a Carlitos.

Estaba hablando demasiado y demasiado rápido, era muy consciente de ello, pero lo hacía para intentar, de un modo bastante burdo, que ella no se preocupara del resto de sus preguntas y se centrara en encontrarles lógica a los pocos datos que, en realidad, le había dado.

Y funcionó en parte, porque la chica permaneció en silencio, con expresión concentrada, analizando sus palabras. Sin embargo, O’Cleary captó al instante lo que él no había dicho. Alzó la vista y lo miró a los ojos, interrogándolo con tanta claridad como si hubiera expuesto sus dudas en voz alta. Él le devolvió la mirada sin alterarse, confiando en que entendería la necesidad de esperar al momento oportuno para recibir respuestas. Pero algo debió de ver en su expresión, porque maldijo en voz baja antes de ponerse en pie.

—Dejemos trabajar a Roi —ordenó, acercándose a Diana para dirigirla hacia la

puerta—. Hay demasiada gente en esta habitación y nada más que podamos hacer nosotros por ahora. —Dejó pasar a las chicas y, antes de atravesar la puerta, se volvió para mirarlo—. Yo te traeré el botiquín.

No era una sugerencia que admitiera réplica, así que Roi se limitó a asentir con sequedad antes de volver a concentrarse en el *biosbardo*.

Las heridas no eran graves, aunque parecían causadas con toda la intención de provocar el mayor dolor posible. La pobre criatura estaba cubierta de la cabeza a los pies de lesiones diminutas —a veces pinchazos, a veces cortes de apenas unos milímetros—, que hablaban de una tortura que se había prolongado durante varias horas. Los tajos no eran lo bastante profundos como para causarle una muerte rápida, pero, dadas las circunstancias, eso no aliviaba en lo más mínimo la furia que lo estaba poseyendo. Quien había hecho eso sabía muy bien lo que se traía entre manos, aunque, a juzgar por el sinnúmero de laceraciones, el *biosbardo* tenía que haber aguantado sin responder al interrogatorio hasta que su frágil magia ya no pudo sostenerlo más.

O'Cleary volvió acompañado de Niall y le tendió el botiquín sin decir ni palabra. Más por tomarse un tiempo para serenarse que porque en realidad pensara que sus conocimientos médicos iban a servir de algo, Roi dedicó unos minutos a atender los cortes más profundos mientras sus amigos aguardaban en silencio, mirándolo con sendos gestos inexpresivos que, él lo sabía de sobra, escondían con eficacia la tormenta que se fraguaba en su interior.

Cuando un trueno resonó en la distancia y la lluvia golpeó con saña los cristales, supo que la paciencia del hada había llegado al límite y se apresuró a terminar su trabajo. Aun así, dedicó unos segundos más a arropar al crío y a mirarlo unos instantes en una muda señal de respeto a su valor antes de encarar a sus compañeros.

—Ciara y Cathal están muertos —anunció sin más preámbulos.

Niall maldijo en voz alta, encadenando un juramento con el siguiente hasta que dio la impresión de que había conseguido dominar su temperamento. O'Cleary se limitó a asentir, como si ya esperara ese anuncio, y tomó asiento a los pies de la cama.

—¿Cómo? —preguntó en tono neutro.

Roi se encogió de hombros.

—Algo o alguien los atacó y acabó con ellos. Estaban destrozados —informó.

—¿Dónde? —continuó el druida mientras Niall se paseaba por la habitación en una explosión de furia mal contenida.

En el exterior, el cielo nocturno se incendió con una poderosa tormenta eléctrica que llenó el aire de olor a lluvia y ozono.

—En el molino —respondió Roi, para, a continuación, tomar aire en una profunda inspiración y disponerse a narrar su historia.

Apenas le llevó unos minutos. No era mucho lo que podía decirles, ni había tenido tiempo de buscar alguna pista que aclarara lo que había sucedido en ese

bosque antes de que él llegara. Cuando terminó, un pesado silencio cayó sobre la reunión mientras cada uno de sus integrantes meditaba sobre su aventura y se esforzaba en llegar a una conclusión.

—No tiene sentido —decidió Aidan, por fin—. A no ser que no fueran ellos a quienes escuchamos en la cala.

—¡Vamos, no me jodas! —se enfureció Niall—. ¡Me niego a creer que hay más gilipollas escondidos por ahí! Tiene que haber otra explicación.

—Pues, mi querido amigo, si hay otra explicación, estoy más que dispuesto a escucharla y valorarla como se merece —ironizó, volviendo a refugiarse, tras el momento de furia mal contenida, en las infinitas revueltas que utilizaba en sus frases para serenar su mente.

—¿Estás seguro de que estaban muertos? —exigió saber el hada.

Roi enarcó una ceja, ahogado hasta el cuello en puro sarcasmo.

—No, claro que no. Entiéndelo, es la primera vez que veo un cadáver, y encontrarme con tanta sangre y vísceras me ha alterado muchísimo —ironizó—. Estuve a punto de desmayarme, pero debo decir en mi honor que mantuve el tipo.

—Muy gracioso, Roi. Me parto, en serio —gruñó Aidan. A pesar de que, de los tres, era el que siempre solía mantener una actitud ecuánime, en ese instante estaba demasiado furioso como para disimularlo—. Pero es una pregunta legítima. Esos dos ya han demostrado ser muy hábiles con las ilusiones y...

—O' Cleary —interrumpió él—. Te garantizo que ninguna ilusión, por buena que fuera, podría recrear lo que yo vi. Y lo que toqué con mis propias manos —dijo, mirando esas manos como si todavía pudiera encontrar en ellas restos de la sangre de las hadas—. Estaban muertos, no hay duda. Pero si no me crees, puedes buscar la forma de acercarte al molino y comprobarlo por ti mismo. Arrastré sus cadáveres hasta su interior para resguardarlos de las inclemencias del tiempo y de los depredadores. Y te garantizo que no se movieron, se quejaron o respiraron. ¡Estaban muertos, maldita sea! —terminó, alzando la voz, algo que rara vez se permitía, pero que en esa ocasión no fue capaz de controlar.

—Está bien —aceptó Niall, aproximándose a él para posar una mano sobre su hombro—. Está bien, *a'chara*, confiamos en ti. Si tú dices que estaban muertos, es que lo estaban.

Roi sacudió los hombros de malos modos para librarse de su muestra de afecto, más por la fuerza de la costumbre que porque no apreciara el gesto. El hada tenía un carácter de mil demonios, pero siempre solía ser el primero en contemporar. Por qué motivo era capaz de cambiar de opinión de un instante a otro, de mostrarse primero intransigente y luego comprensivo sin mediar ni un segundo era algo que no llegaría a comprender jamás, pero había aprendido a aceptarlo y a vivir con sus constantes cambios de rumbo.

—Gracias —rumió entre dientes, aunque la sonrisa del hada le demostró, por enésima vez, que sabía muy bien que usaba ese tono desabrido solo por guardar las

apariencias.

—Muy bien —masculló Aidan—. Si habéis acabado con el «momento exaltación de la amistad», quizá queráis aportar algo que ayude con nuestro problema.

—Estoy demasiado cansado para aportar nada —reconoció Roi tras unos segundos meditándolo—. Está a punto de amanecer y todos necesitamos dormir un rato y reunirnos otra vez cuando tengamos la cabeza más despejada.

Sus amigos parecieron dispuestos a discutir, pero sabía que no tardarían en rendirse. Al fin y al cabo, estaban tan agotados como él mismo, y unas horas de reposo no iban a suponer una diferencia insalvable. El *biosbardo* estaba en las últimas, pero, por el momento, se mantenía estable, y si los seres mágicos de la casa se tomaban un respiro y encontraban la manera de recuperar sus fuerzas, quizá podrían ayudarlo tras unas horas a sobrevivir un poco más.

—Tienes razón —concedió O’Cleary tras varios minutos en un evidente debate consigo mismo—. Yo estoy en las últimas. —Miró hacia Niall, que se encogió de hombros con indiferencia. El orgullo podía haber hecho que negara necesitar reponerse, pero si era otro el que pedía un respiro, no tenía problema en aceptarlo—. Muy bien, voy a avisar a las chicas y me piro a la cama —anunció, poniéndose en pie con aire decidido—. Y vosotros también —ordenó.

Roi abrió la boca para decir que todavía podía quedarse un par de horas más, retirarse poco antes de que el sol despuntara en el horizonte, pero el druida lo interrumpió alzando un dedo frente a él.

—No. Sé lo que me vas a decir, pero las gemelas pueden quedarse velándolo —respondió a la objeción que él no había llegado a formular—. Si hay algún cambio, nos avisarán. Dormiremos unas cuantas horas, y volveremos a hablar cuando anochezca.

Tenía toda la razón del mundo, y, sin embargo, la compasión le impedía alejarse del crío y marcharse a dormir como si no pasara nada, como si no estuviera en esa cama, desvalido y al borde de la muerte sin una mano amiga junto a él.

—*A’chara*, si tú no te vas, yo no me voy —anunció Niall—. Y los dos sabemos que mi mujer no se acostará hasta que yo llegue.

—Y está embarazada, necesita descansar —apostilló Aidan.

Roi miró sus caras, que mezclaban a partes iguales la inocencia y la astucia, y no pudo por menos que sacudir la cabeza y reír entre dientes.

—¿Alguna vez os he dicho que sois unos manipuladores emocionales de manual? —inquirió, burlón, dirigiéndose ya a la puerta tras una última mirada al herido.

—¿Manipulador yo? —fingió escandalizarse Niall—. Me ofendes.

—Solo es manipulación si no funciona —objetó O’Cleary—. Si lo hace, se llama «negociación exitosa».

—Y los dioses piensan que todavía no he cumplido mi condena —protestó, más divertido que indignado—. Como si aguantaros a vosotros no fuera suficiente castigo.





Laura pasó la mano por el espejo para limpiar el vaho que le impedía ver su reflejo y se observó con gesto crítico. Unas profundas ojeras acunaban sus ojos hundidos y su piel mostraba el color de la triste tortilla que había cenado la noche anterior: una palidez amarillenta y enfermiza que acentuaba todavía más, si eso era posible, los cercos oscuros junto a su nariz.

No había maquillaje ni experto estilista en todo el planeta capaz de arreglar el desaguisado que la falta de sueño había dejado en su aspecto, pero aun así no podía evitar intentarlo. Con un resoplido de impaciencia, abrió su neceser y se dispuso a llevar a cabo lo que Diana llamaba «una sesión de chapa y pintura» que, al menos, la hiciera parecer humana, lo que, visto lo visto, no iba a ser una tarea fácil.

Aunque tenía tiempo de sobra, porque era tan temprano que hasta las gallinas la habrían mirado mal si se la hubieran encontrado de camino al baño. Lo peor era que, además de dormir poco, había dormido mal. Por mucho que se esforzara, era incapaz de recordar qué demonios había soñado, pero se había levantado empapada en sudor, incómoda y con la sensación de que su cabeza no había descansado ni un solo minuto. Se sentía como si fuera víctima de una resaca especialmente perniciosa o...

Dejó de maquillarse y se quedó unos instantes en blanco, mirando al espejo como si fuera la bruja de *Blancanieves* y este pudiera darle todas las respuestas, porque la voz sensata que siempre resonaba en su cabeza no dejaba de llamarla a gritos, exigiéndole que fuera sincera consigo misma. Y Laura nunca había sido capaz de negarle nada a esa voz, así que respiró hondo y puso en voz alta lo que había encerrado en lo más profundo de su cerebro nada más despertarse, bajo una docena de candados y varias medidas de seguridad de última generación.

—Vale —suspiró, apoyándose sobre el lavabo y sin apartar los ojos de su reflejo en un estúpido intento de infundirse ánimos retándose a sí misma—. No me siento como si tuviera resaca. Me siento como si hubiera pasado toda la noche practicando sexo salvaje.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Ya había conseguido reconocer ante sí misma la cruda verdad, sin tapujos. Lo que no sabía era por qué se sentía así. E intentar rebuscar en sus recuerdos para averiguarlo no iba a servir de nada, porque nunca recordaba sus sueños y tenía la fundada sospecha de que ellos habían sido los causantes de su estado.

«O pasar horas mirando la espalda desnuda de Roi», le sugirió una vocecita maléfica en el fondo de su mente.

—En realidad —respondió a esa voz—, lo lógico es suponer que la espalda desnuda de Roi ha sido la que ha provocado mis sueños, que, a su vez, han causado esta sensación. No tiene nada de raro. Es solo una prueba de que mi reloj biológico

funciona. —Contempló su reflejo unos segundos más y dejó escapar un bufido de indignación antes de reanudar su ritual de maquillaje—. Y tenemos cosas más importantes en las que pensar.

O no, porque, por lo poco que había podido explicarles Aidan antes de mandarlas a dormir —una sugerencia que Laura, al contrario que sus amigas, había aceptado sin discutir, ya que era lo más sensato que podían hacer en ese momento—, volvían a estar en un punto muerto, sin saber hacia dónde dirigirse para encontrar respuestas y con un cerco alrededor de la casa que solo les permitiría salir en breves excursiones y siempre a la luz del día. Y ella seguía pensando que su idea de las tríadas era una opción razonable, con la que no perdían nada, pero que podía hacerlos ganar mucho.

Terminó de arreglarse y se estudió con cuidado, luchando contra la oleada de irritación que se formó en su estómago y ascendió como un río de incomodidad hasta su garganta. Había hecho todo lo que había podido, pero los milagros no entraban dentro de su área de competencia. Así que aunque cuando se había levantado parecía una figurante del reparto de *The Walking Dead*, ahora asemejaba lo mismo, pero maquillada de un modo más elegante.

Con un poco de suerte, y dado que, de todos modos, no podían salir de la casa, quizá podría tomarse una breve siesta reparadora antes de que cayera la noche y Roi apareciera para... Para negarse una vez más a sus planes.

—Qué hombre más testarudo —protestó en voz alta mientras guardaba con gestos mecánicos y eficientes sus artículos de belleza en el neceser.

Dedicó un par de minutos a elegir un conjunto favorecedor, se vistió y se encaramó a lo alto de unos tacones y, tras un último vistazo desmoralizado a su aspecto, bajó a desayunar.

Cuando llegó a la moderna cocina —cuyo diseño, distribución y elección de electrodomésticos aprobaba sin reservas—, se sorprendió al encontrarse al druida y a Diana recogiendo las tazas del que, con toda seguridad, era su quinto café del día, ya que ninguno de esos dos adictos a la cafeína era capaz de moverse a una velocidad razonable si no había ingerido un par de litros nada más levantarse.

—Buenos días —saludó, dirigiéndose a la cafetera.

Observó el nivel del café, lo que demostró su teoría acerca del número de tazas que habían consumido esos dos, y un delicioso aroma se filtró en sus fosas nasales. Por algún motivo, desde *Imbolc* la calidad de los desayunos había mejorado de forma considerable. Y aunque no era capaz de comprender la razón, no iba a protestar de ninguna de las maneras.

—Buenos días, Laura —respondió Diana. Aidan se limitó a dedicarle un breve gesto con su habitual sonrisa burlona mientras colocaba las tazas en el fregadero, esperando sin duda que, por alguna extraña conjunción de planetas, se metieran solas en el moderno lavavajillas—. Vamos al pueblo a por provisiones. ¿Quieres que te traigamos algo?

Para Laura, ese tipo de preguntas que la gente hacía por pura educación en la

mayor parte de las ocasiones eran algo que se tomaba muy en serio. Hizo un rápido recuento mental de todo lo que se había llevado al pazo y de todo lo que podía necesitar más adelante si tardaban algún tiempo en poder salir de nuevo.

—Laura, era una pregunta de cortesía —aclaró Diana—. No vamos a poder pasar dos horas en tu casa buscando lo que necesites, así que si es algo urgente, dilo y punto.

—¿Podrías acercarme la agenda pequeña? ¿La que guardo en el primer cajón de mi despacho? —dijo por fin, presionada por la urgencia de su amiga—. Almaceno lo más urgente en el iPad, pero tengo un *planning* de los próximos meses y me gustaría...

—No me lo expliques —la interrumpió Diana al momento, con gesto exasperado—. Te la traigo y punto.

—Pelirroja, tenemos que irnos ya —intervino Aidan, pasándole un brazo por los hombros—. Quiero estar de vuelta antes del mediodía.

Ella se dejó guiar hasta la puerta, pero antes de atravesarla se volvió de nuevo para mirar a Laura con una mueca maliciosa.

—Laura, te voy a traer también el camisón que te regalamos por tu cumpleaños. Por si acaso y eso —comentó con un guiño travieso antes de desaparecer acompañada por la risa de su compañero.

Ella sacudió la cabeza y se sentó en la pequeña barra para beber su café. ¿El camisón? ¿Para qué iba a necesitarlo? Llegados al punto en el que tuviera que ponerse un camisón mono, era de suponer que ya habrían pasado el momento de la seducción, con lo que cualquier prenda de ropa no sería más que un estorbo.

Una vez terminado el desayuno, decidió que ya era hora de hacer algo de utilidad. El trabajo se amontonaba en su ordenador, agrupado en ordenadas carpetas, y las alarmas de su teléfono no dejaban de avisarla de que llevaba cierto retraso y la situación no iba a mejorar mientras dedicara el tiempo a lo místico en lugar de a lo real, tangible y laboral.

Se sirvió un nuevo café y se dirigió con él en la mano hacia el salón, donde habían establecido hacía ya tiempo una caótica «sala de operaciones», evitando con decisión mirar hacia cualquiera de las ventanas. Se dijo a sí misma que esa no era una actitud irracional, sino más bien todo lo contrario: no saber cuántos de esos seres de pesadilla permanecían rodeando la casa no iba a hacer que desaparecieran, pero ignorarlo la ayudaría a concentrarse y a no pensar en cómo iban a poder salir de esa. Y, por supuesto, el que ella mirara por la ventana no iba a mejorar en nada su situación, así que ya se enfrentaría a esa visión después, cuando hubiera trabajado un rato.

Se adentró en el salón y tomó asiento en la mesa de comedor, donde había construido su pequeño y ordenado refugio a salvo de la entropía que se adueñaba de cada espacio disponible de la estancia. Puso en marcha su portátil y se sumergió en el trabajo. Primero, la parte desagradable: atender a los clientes. Respondió a los

correos, envió un par de presupuestos, contestó un par de preguntas —que juzgó bastante absurdas— y comprobó que se hubiera efectuado el pago de la factura que había remitido la semana anterior. Y, por fin, llegó el momento de disfrutar. Abrió su último proyecto y se hundió hasta las cejas en su universo de lenguaje de programación.

Adoraba su trabajo. Los ordenadores eran lógicos, su idioma preciso y sin matices, y por mucho que la mayoría de la gente que conocía los maldijera cuando no hacían lo que ellos esperaban, Laura jamás había tenido ese problema. Si un ordenador no respondía como ella quería, si un programa no hacía aquello para lo que había sido diseñado, el error estaba siempre en el humano, nunca en la máquina. Los humanos eran falibles, ilógicos e imprevisibles. Las máquinas no. Una máquina siempre respondía a las órdenes que se habían inscrito en ella. Un humano... Bueno, un humano era capaz de hacer cualquier cosa inesperada en cualquier momento.

Aunque el proyecto ya estaba casi terminado, todavía le quedaban unos cuantos retoques, de esos que a ella más le gustaban: detalles pequeños, casi insignificantes, pero que suponían un reto de precisión, donde el más mísero error podía hacer que toda la estructura se derrumbara. Así que trabajó durante horas, en absoluto silencio y con total concentración, y no se detuvo hasta que hubo hecho todas las comprobaciones necesarias, y decidido que estaba en orden.

Se enderezó en su asiento y reprimió un gruñido al estirarse y sentir el inevitable pinchazo en las lumbares. Esa silla no era la más adecuada para trabajar, y en el poco práctico coche de Aidan no había forma de traer el asiento ergonómico que tenía en su despacho. Comprobó la hora y enarcó las cejas al darse cuenta de que ya era cerca de la una. Había trabajado toda la mañana sin que nadie la interrumpiera, y eso era un hito en la historia de esa casa. Algo raro estaba pasando, y quizá había llegado el momento de ponerse al día.

Con un suspiro de añoranza, cerró el portátil y pasó por la cocina a colocar su taza —y, de paso, las que habían dejado los demás en el fregadero— en el lavavajillas y se dirigió al piso superior. No se escuchaban las habituales risas y conversaciones en voz alta, así que no tenía ni idea de hacia dónde ir. Por pura lógica, dedujo que lo más probable era que se encontraran junto al *biosbardo*, y encaminó hacia allí sus pasos.

Sin embargo, en la habitación solo estaba Marta, descalza como era habitual en ella en los últimos tiempos y ataviada con un ligero vestido de verano, mirando por la ventana con expresión triste y apagada. Si bien no entendía qué la llevaba a no ponerse un par de zapatos, no le quedó más remedio que aprobar su elección de vestuario, porque la temperatura de la habitación se aproximaba a la de una caldera funcionando a pleno rendimiento, lo que no era de extrañar, porque la chimenea estaba encendida. En pleno mes de mayo.

En la cama, el crío seguía sumergido en su especie de «coma mágico» y no movía ni un músculo. No hacía mucho tiempo que Laura lo conocía, y era, de todo el grupo, la que menos había hablado con él, con lo que no debería sentirse demasiado

afectada, ya que no había tenido ocasión siquiera de desarrollar cierta simpatía hacia él, pero aun así, su lógica implacable parecía derrumbarse cuando se trataba de niños. Y, al parecer, también de seres que, como el *biosbardo*, tenían apariencia de niños. Así que verlo ahí, quieto, con la vida colgando de un frágil hilo que lo mantenía sobre el abismo de la muerte, la apenaba e incomodaba a partes iguales.

A pesar de la elevada temperatura, el crío no sudaba, ni se removía inquieto. De hecho, no parecía haber ni un hálito de vida en su interior, salvo por el casi imperceptible movimiento de las sábanas al elevarse y descender con su respiración.

—Sigue igual —musitó Marta, sin apartar la vista del ventanal—. Le he dado todo lo que he podido, hasta he encendido la chimenea para alimentar mi magia, pero sigue igual.

—Ah, por eso está encendida —meditó Laura, aferrándose a la única parte del discurso de su amiga que podía aceptar—. ¿Y Niall?

—En el tejado —respondió con una brevísima sonrisa—. Dice que va a llover dentro de poco.

Laura miró hacia la ventana y frunció el ceño al ver un sol radiante en lo más alto del cielo.

—No tiene pinta —comentó desde el otro lado de la cama, sin aproximarse más.

Tarde o temprano tendría que acercarse a Marta y comprobar por fin cómo estaba el cerco que los rodeaba, pero cuanto más tarde mejor.

—Si Niall dice que va a llover, es que va a llover —replicó Marta con el mismo tono que ella emplearía para expresar un enunciado científico: con total seguridad y convencimiento.

A Laura ni se le ocurrió contradecirla. La magia parecía tener sus propias reglas, que en nada se asemejaban a las leyes que regían el universo humano, y hasta que no aprendiera lo suficiente sobre ellas, ya había comprobado que era inútil discutir. Más que nada, porque solía equivocarse. Y odiaba equivocarse.

—Cuando vuelva, ¿podrá ayudarlo? —preguntó, señalando al niño, a pesar de que su amiga seguía con los ojos fijos en lo que quiera que estuviera viendo al otro lado del cristal.

Marta se encogió de hombros con aire apesadumbrado.

—No lo sé —reconoció—. Cuando yo estuve alimentando a Niall con mi magia, podía darle todo lo que tenía, restaurarla y volver a empezar. Y aun así, tardó una semana en recuperar fuerzas. Ahora, que no podemos salir... —Volvió a encogerse de hombros una vez más, como si ese gesto fuera suficiente para dar a entender todo lo que las palabras no alcanzaban a explicar.

—Sé que yo no soy como vosotros, pero si hay algo que pueda hacer para ayudar, yo...

Marta se volvió por fin y la encaró con expresión decidida.

—Mira, sí, lo hay —dijo—. Eres justo la persona con la que necesito hablar. Pero aquí no. Vamos a mi habitación. Mientras Niall esté esperando la lluvia, no nos

interrumpirán ahí.

Y sin decir ni una sola palabra más, echó a andar en dirección al pasillo como si, en lugar de mantener una charla, fuera a enfrentarse a lo que quiera que las esperara fuera. Y, por cierto, quizá era el momento de echar un vistazo y comprobar cómo estaban las cosas. Aunque era la opción más sensata, tuvo que llevar a cabo un auténtico esfuerzo de voluntad para dirigir sus pasos hasta la ventana y asomarse al exterior. Y, aun así, el corazón le latía a ritmo de salsa dos segundos antes de obligar a sus ojos a abandonar el cielo y posarse sobre la hierba.

La primera e innecesaria información que aportó su cerebro fue que, a pesar de lo que dijera el hada, hacía un día precioso. Apenas se veían un par de nubes en la distancia, y el sol brillaba con esa palidez primaveral que parecía indicar que se estaba preparando para vestirse con sus mejores galas de verano.

Fue al tomar nota de que una brisa suave agitaba la hierba mal cortada, cuando se dio cuenta con notable alivio de que apenas un par de seres rondaban por el exterior, con aspecto confuso y distraído, como si la luz del día los cegara, o les causara algún tipo de intoxicación. Sin embargo, sobre esa hierba todavía podían percibirse las señales del infierno que había sido la noche anterior: en lo que apenas un día atrás había sido una perfecta alfombra de un verde brillante, ahora aparecían grandes zonas de un vivo color marrón, allí donde los pies habían hollado con más ganas, y estas áreas llegaban hasta donde alcanzaba la vista, comenzando justo en el punto en el que terminaba la protección de la Diosa.

—Laura, ¿vienes? —la llamó Marta desde el pasillo.

Con un gesto automático, Laura cerró la cortina y se apresuró a seguir a su amiga sin molestarse en mirar atrás. Marta la guio en silencio por el pasillo hasta llegar a su habitación, donde se dejó caer con aire descuidado sobre la cama. Después de dedicar unos segundos a estudiar el caos que esos dos llamaban «dormitorio», se decidió por la única silla que no estaba abarrotada de ropa, libros, platos o lo que quiera que hubieran dejado ahí.

—Bueno, dime —la animó a hablar tras un momento, al ver que Marta parecía perdida dentro de su cabeza.

Su amiga aún permaneció en silencio un instante más, contemplando las manos que tenía entrelazadas sobre el regazo. Por fin, suspiró y alzó la vista.

—Eres la persona más lógica que conozco —comenzó. Laura demostró su acuerdo con un breve asentimiento, porque no veía qué comentario podía hacerse a una conclusión tan obvia—. Y yo creo que tenemos demasiada información y no la estamos estructurando como debemos.

—Es muy posible —valoró ella—. Vamos solucionando los problemas a medida que se presentan, y no acabamos de verlos en su conjunto, porque...

—¡Sí, exacto! —se entusiasmó Marta—. Los árboles no nos dejan ver el bosque.

—Y me necesitas a mí para que ordene todo lo que sabemos —dedujo Laura, con su mente ávida de problemas que resolver ya corriendo a toda velocidad,

apresurándose en sus archivos—. Bien, pero ya hice algo parecido para presentárselo a Roi y...

—No, no, no —la interrumpió su amiga, poniéndose en pie—. No, con eso hiciste lo mismo que llevamos haciendo todo el tiempo: tomar un pedazo de información, el que te interesaba, y ordenarlo. —Mientras hablaba, se paseaba por la habitación en un gesto que parecía haberle copiado a Niall. Y que Laura encontraba irritante en grado sumo—. Necesitamos todo. Todo lo que hemos averiguado, todo lo que nos ha pasado. Todo el conjunto.

—Muy bien —aceptó ella—. Pero ¿por qué ahora? ¿Qué sospechas? Porque esto no se te ha ocurrido así como así.

Marta se dio la vuelta para mirarla con expresión astuta.

—Qué lista eres —se admiró—. Qué lista.

Ella rechazó su comentario con un lánguido gesto de su mano.

—Sí, pero eso no responde a mi pregunta —replicó, inclinándose un poco en su asiento en un gesto casi inconsciente de atención—. Cuéntame cuál es tu teoría, y yo me encargo de recopilar los datos.

Marta volvió a la cama y se sentó a los pies, imitando su actitud de concentración.

—Creo, y si te parece una estupidez me lo dices —empezó. Era una petición absurda. Laura jamás se molestaba en callarse cuando alguien decía una estupidez—, que todo lo que nos está ocurriendo está relacionado con la historia de Roi de algún modo.

—No te entiendo —meditó ella—. Por supuesto que está relacionado. Es la historia de Roi la que...

—¡No, no! —volvió a interrumpir Marta—. No me refiero a eso. Me refiero a... —Agitó las manos en un gesto de frustración, incapaz de encontrar la forma de explicarse—. Quiero decir que el pasado... Mierda. Es tan difícil de...

—A ver, cálmate —la instó ella—. Crees que todo lo que nos está ocurriendo está relacionado con... —Se detuvo. Como solía ocurrirle, al poner las palabras en voz alta, su subconsciente encajó las piezas que faltaban en la conversación, las que Marta no había sido capaz todavía de exponer con claridad. Y se echó hacia atrás en su asiento, sorprendida—. Con la historia pasada. Como una repetición —dijo, en un murmullo reverente.

—¡Eso es! —aplaudió Marta—. Pero no como una repetición. Como una lucha de opuestos. Eso. Como si se estuviera repitiendo frente a un espejo.

—En un negativo —la corrigió, distraída—. Tiene sentido. Tiene muchísimo sentido —se asombró—. Cuando hablamos por primera vez con los chicos, Aidan nos dijo que había que repetir el conjuro con los mismos parámetros para deshacer el que no sellamos. Recuerdo que en ese momento pensé que lo lógico sería hacerlo al revés, como si lo plantearas con una ecuación y formularas su opuesta.

—No te entiendo —dijo Marta, a millones de kilómetros de sus pensamientos, que ya habían emprendido una carrera enloquecida para buscar datos en su

subconsciente y atraerlos hacia su consciencia para que ella pudiera ordenarlos y estudiarlos—. Creo que hablamos de lo mismo, pero...

—En matemáticas todo tiene su opuesto —la interrumpió Laura, poniéndose en pie. Alisó su falda con gestos mecánicos y continuó—. Todo. Muchos de esos opuestos son especulaciones teóricas que no existen en la realidad, pero se formulan y... Tengo que trabajar en esto —decidió—. Si necesito algo, te aviso.

—Muy bien —aceptó Marta con una expresión satisfecha que ella apenas llegó a ver porque salió a toda prisa de la habitación.

De camino al salón, escuchó la lluvia que golpeaba con fuerza contra los cristales y decidió que no volvería a menospreciar a las hadas sin motivo aparente.



Mientras se dirigía hacia el salón, Roi intentaba no pensar en qué podía haber ocurrido para que la casa se hubiera sumido en un silencio sepulcral, solo interrumpido por el sonido de unos dedos repiqueteando sobre un teclado. Si algo estaba seguro de saber de sus compañeros —y ahora de sus mujeres— era que jamás perdían la oportunidad de hablar hasta hartarse, aunque no tuvieran nada que decir.

Así que ese profundo silencio tenía que deberse a algo muy, muy malo. Y no estaba seguro de que el mal humor con el que se había acostado, y del que no había podido librarse a pesar de las horas de sueño, aguantara una sola noticia más. Por un breve momento, valoró subir y comprobar cómo se encontraba el *biosbardo*, pero lo rechazó casi al instante. Al fin y al cabo, lo que le ocurría al crío estaba en manos de las criaturas mágicas de la casa y más allá de sus capacidades, así que poco o nada podría hacer por él. Y si le había ocurrido algo, se enteraría nada más entrar en el salón.

Abrió la puerta, acallando el sentimiento de inquietud aposentado en su estómago como una roca, y se sorprendió al encontrarse a todos los habitantes de la casa haraganeando en los sofás mientras Laura, en su rincón de la mesa del comedor, tecleaba como una posesa. Todos, salvo ella, alzaron la vista cuando se adentró en la habitación y los miró en demanda de una explicación a tan extraña estampa.

Acurrucada en el regazo de Niall, Marta fue la primera en hablar, en un tono tan bajo que incluso él tuvo que esforzarse para escucharla.

—Hemos tenido una idea —susurró—. Y Laura la está desarrollando.

Roi se volvió para mirar a la chica, que seguía enfrascada en su trabajo sin detenerse ni alzar la vista.

—¿Ha comido? —preguntó el médico que a veces se molestaba en ser.

—Ha tomado unas galletas a media tarde —contestó Diana al momento, y algo en su tono le dijo a Roi que era la única preocupada por la actitud obsesionada de su amiga, y que eso la indignaba.

—Eso no es suficiente —protestó él. Se volvió de nuevo hacia Laura y acortó la distancia que los separaba un par de pasos—. Laura —llamó. Ella ni siquiera levantó la cabeza—. Laura —intentó de nuevo con igual éxito.

—Ni te molestes —comentó O’Cleary, ganándose una mirada de reproche de su compañera—. Ya lo hemos intentado, pero lo más que conseguimos es que diga algo tipo «Ajá» o «Después» y pase de nosotros.

—¿Habéis probado a desenchufarle el ordenador? —inquirió, irritado por la actitud irresponsable del grupo.

—¿Estás loco? —sonrió Marta—. Eso la sacaría de sus casillas.

—Estoy preocupadísimo por su mal genio —ironizó Roi. Sin esperar más

comentarios, se acercó a la mesa y, con un golpe seco, cerró la tapa del portátil.

Tal y como esperaba, Laura respingó y lo miró con una expresión a medio camino entre la irritación y el asesinato ritual.

—¿Qué haces? —gruñó.

—Ya ha anochecido. Tienes que comer, hidratarte y estirar las piernas —enumeró con autoridad—. Y no me digas que es importante o que solo tardarás un momento —respondió a la objeción que la chica no había llegado a plantear. Y con acierto, porque ella cerró al momento la boca que acababa de abrir—. Si caes rendida sobre el teclado, no podrás continuar.

Sostuvieron un duelo de miradas que se prolongó durante varios segundos, hasta que Laura suspiró y miró con nostalgia su ordenador ahora cerrado.

—Tienes razón —reconoció—. Necesito un respiro. La voluntad es fuerte, pero el cuerpo es débil, ¿no? —aceptó con una breve sonrisa.

—Hay *pizza* en el congelador —sugirió Diana—. Niall se ha comido las dos que tenían piña, pero te quedan un par de cuatro quesos.

—Y hay croquetas —añadió Niall con expresión entusiasmada—. Muchas croquetas de casi todo. Me encantan las croquetas.

—También hemos traído un par de lasañas. Y un montón de latas.

Roi suspiró.

—¿Hay algo que no sea precocinado, susceptible de ser freído o, directamente, insano? —preguntó.

—La comida sana no tiene gracia —protestó el hada, provocando a su alrededor un coro de opiniones aprobando su comentario y sugiriendo alimentos que, por sí mismos y solo con mirarlos, podían elevar los niveles de colesterol de una concentración de deportistas adictos a la vida sana.

Incapaz de prestarse a formar parte de esa conversación, Roi acompañó a Laura a la cocina, en parte para ayudarla, pero también porque estaba seguro de que ella le daría todas las respuestas que necesitaba de forma breve, concisa y expuesta a la perfección.

Esperó hasta que la chica eligió un filete, colocó una sartén en la vitrocerámica y, tras poner en ella una ínfima cantidad de aceite, se dispuso a hacerlo a la plancha. Entonces, sospechando por dónde iban sus gustos, él abrió la nevera y le tendió un tomate.

—Tú corta el tomate —dijo, buscando una lechuga entre todo el batiburrillo de botes de crema de cacao, yogures de sabores, natillas y un sinfín de golosinas digno de una fiesta infantil—. Yo me encargo de la lechuga. Pero, por favor, no me pidas que busque cebolla. Dudo que siquiera hayan pensado en ella.

Laura sonrió. Una sonrisa auténtica, que le iluminó el rostro y que apartó las sombras de cansancio que dibujaban sus ojos.

—No importa —comentó, colocando una tabla para cortar el tomate—. Odio la cebolla.

—Mejor, entonces —respondió Roi en tono distraído—. Dime, ¿qué te tenía tan abstraída que hasta te has olvidado de comer?

—Me pasa mucho más de lo que crees. —Terminó su tarea y se estiró para alcanzar un plato del estante superior. Roi llegó junto a ella y la apartó para coger el plato él mismo, con muchísima menos dificultad. Laura agradeció el gesto y colocó el tomate en el plato antes de volverse a atender el filete—. Cuando algo me atrapa... —Hizo un gesto de indiferencia con la mano—. Puedo ser muy obsesiva.

—Sí, sé lo que es eso —reconoció Roi. Terminó de lavar la lechuga y la puso sobre la tabla que ella había dejado para cortarla—. Pero no me has contestado.

—Cierto —sonrió Laura—. Verás, a Marta se le ha ocurrido que estamos centrándonos demasiado en resolver cada problema a medida que se presenta, y eso nos hace perder la visión de conjunto.

Roi asintió, más para sí mismo que para aprobar las palabras de la chica, y se dirigió a la isleta central para tomar asiento.

—Sí, yo lo he pensado en alguna ocasión —meditó—. También es algo que suele pasarnos mucho más de lo que crees —bromeó para animarla, repitiendo sus palabras.

—Me he dado cuenta. —Durante unos segundos Roi la observó trabajar en silencio, hasta que ella terminó, metió los útiles que había ensuciado en el lavavajillas y, tras coger unos cubiertos, se sentó frente a él con su comida—. El caso es que Marta me ha sugerido poner todo lo que sabemos en orden, porque piensa que lo que nos está ocurriendo ahora es un reflejo de tu historia pasada.

—Tiene muchísimo sentido —dijo, tras pasar unos segundos valorando el asunto y sorprendiéndose por la astucia de la chica—. Como en un negativo.

—¡Exacto! Eso mismo he pensado yo.

Y, tras eso, se lanzó a una rápida explicación de lo que había hecho, de cuántos datos había conseguido reunir y de qué tenía en mente para encajar pasado y presente en un esquema que tuviera coherencia y fuera comprensible.

Pero Roi la escuchaba solo a medias.

En primer lugar, porque los recuerdos lo estaban asaltando con la fuerza de una galerna, y su propio cerebro analítico ya estaba lanzado a tumba abierta buscando relaciones y contradicciones. Y, en segundo lugar y no menos importante, porque el movimiento de los labios de la chica al ceñirse sobre el tenedor, el de su garganta al tragar y el de sus manos al acercarse a la servilleta, o a apartarse el pelo de la cara con descuido, lo tenían fascinado.

Pasado y presente se entremezclaban en una maraña que lo aturdía, que lo llevaba de los brazos de la mujer que había sido todo, y de la que ya no recordaba ni su rostro, a la inconsciente sensualidad de la que ahora mismo estaba frente a él, hablando entusiasmada, sin fingimientos, sin la frialdad que solía rodearla como si fuera la capa de la princesa de las nieves.

Hacía ya mucho, muchísimo tiempo que había superado la muerte de su esposa,

que pasaba días y más días sin dedicarle ni un solo pensamiento. Mucho tiempo que era para él como un recuerdo lejano que despertaba ciertas emociones ya olvidadas. Pero ahora, con el esfuerzo de esa parte de su mente que se empeñaba en resucitar los momentos previos a su muerte, y Laura sentada frente a él, hermosa, magnífica, su imaginación le estaba jugando una mala pasada.

La deseaba, sí. No era tan imbécil como para no reconocerlo ante sí mismo, aunque se condenaría antes de decirlo en voz alta ante los demás. Pero nunca la había sentido próxima, cercana, como algo hacia lo que, en realidad, podía extender la mano y alcanzar cuando quisiera. Hasta entonces. Y el ansia de hacer realidad ese pensamiento era tan intensa que hasta sentía cómo le picaba la yema de los dedos por rozar la piel de la chica.

Incómodo e irritado consigo mismo, cerró los puños bajo la mesa para contenerse y se obligó a prestar atención a las palabras de Laura, y no al modo en que la desordenada melena rozaba su clavícula.

—... y por eso necesito tu ayuda. No tengo apenas datos sobre el pasado —estaba diciendo.

Roi analizó la frase y rellenó los huecos hasta hacerse una idea de lo que le estaba pidiendo en realidad. Cuando lo logró, asintió.

—Muy bien —aceptó—. Pero no será hoy. —Cuando ella se dispuso a protestar, él alzó una mano en demanda de silencio—. Estoy seguro de que has trabajado todo el día y apenas has dormido. Unas horas más no significan nada, y ya has hecho bastante por ahora.

—Pero cuanto antes...

—No. Se acabó por hoy. Deja a los demás que teoricen, que discutan o que no hagan nada. Tú vas a distraerte —dijo, suavizando la autoridad de su voz con una leve sonrisa.

—Me distrae trabajar —protestó ella.

—Trabajar te evita el aburrimiento —la contradujo Roi, poniéndose en pie—. Pero el cerebro también necesita diversión. Y vas a proporcionársela, quieras o no. —Tendió una mano en su dirección, que ella miró como si no entendiera el significado del gesto—. Vamos —la animó, abriendo y cerrando los dedos. Por fin, tras un suspiro de rendición, ella aceptó esa mano tendida.

—Muy bien, pero solo un rato.

—Ya veremos —replicó Roi, guiándola hacia la sala de juegos, demasiado concentrado en la suavidad de su mano entre la de él como para añadir nada más.

Una vez allí, se apartó de ella a regañadientes para colocar el triángulo sobre la mesa de billar.

—Nunca he jugado al billar —reconoció ella.

—Te gustará. El billar es matemática pura, querida —sonrió—. Cálculo de trayectorias.

Cuando terminó de colocar las bolas y situar la blanca en el punto indicado, tomó

un taco y se lo tendió. Ella lo miró como si fuera un objeto extraterrestre.

—Ya te digo que nunca he jugado —protestó—. No sé cómo se sujeta, ni cuáles son las reglas.

Y, de pronto, lo que había parecido una idea estupenda para distraerla, se demostró como la peor ocurrencia que había tenido jamás. No era la primera vez que enseñaba a jugar al billar a una mujer, y siempre lo había hecho como parte de un aceptado y compartido juego de seducción. Los cuerpos se inclinaban juntos sobre la mesa, las manos se rozaban, su aliento acariciaba el cuello de la chica en cuestión... Todo dispuesto en una danza calculada al milímetro, estudiada al detalle para dejar volar la imaginación y prepararse para el juego final.

Pero, idiota como era, lo único que había tenido en mente al proponer una partida de billar había sido apartarla de su trabajo. Ni por un instante se había planteado que ella no supiera jugar y tuviera que acercarse a su cuerpo mucho más de lo que sería oportuno para su salud mental a fin de enseñarle.

—Podemos probar otro juego, si quieres —ofreció a la desesperada.

—No —respondió ella, todavía estudiando el diseño del taco como si así pudiera extraer de él todo el conocimiento acerca del juego—. No, quiero jugar. Me gusta eso del cálculo de trayectorias.

La inocencia que había en la sonrisa que le dedicó lo hizo sentir todavía peor, pero ya era demasiado tarde para negarse. Sin embargo, podía minimizar los daños enseñándole el movimiento sin tocarla, solo haciéndole una demostración. Así que se inclinó sobre el tapete y le presentó la postura que debía adoptar.

—Mira, es así, ¿ves? Con el cuerpo inclinado de este modo, deslizas el taco entre los dedos índice y anular con suavidad... —«¡No lo pienses!»—. Apuntas y...

La blanca chocó contra el bien ordenado triángulo y el resto de las bolas se distribuyó por la mesa, salvo tres que rodaron hasta caer en las troneras. Roi se incorporó y observó el resultado de su tiro.

—Han caído dos lisas y una de rayas —explicó—. El que rompe elige, así que elijo lisas. Ahora solo se trata de ir metiendo las bolas del color que has elegido, dejando la negra para el final. Cuando fallas, el turno pasa a tu contrincante.

Ella observó el tapete con atención, y Roi tuvo una súbita imagen de su cerebro calculando líneas y trayectorias en un orden preciso. Cuando pareció satisfecha con los resultados de su análisis, alzó la vista y lo miró con una sonrisa burlona.

—Muy bien, pero ¿no se supone que eres un caballero? —dijo en un tono en el que jugueteaban la crítica y la burla.

Él enarcó una ceja y se apoyó contra la mesa de billar, mirándola con curiosidad.

—Por supuesto —asintió—. ¿Por qué lo dudas en este momento?

—Porque las damas van primero, ¿recuerdas? —replicó ella al instante.

—Pero tú no sabes jugar.

—Por eso. Está claro que el que rompe tiene ventaja —expuso con ese tono aleccionador tan suyo—. Posiciona las bolas, es el primero en meterlas y puede elegir

el color que le resulte más favorable.

—Los dioses nos libren de las mujeres lógicas —suspiró Roi.

Pero, sin molestarse en discutir, recogió y volvió a colocar el triángulo en el centro y la bola blanca en su lugar, más que decidido a dejar que la chica rompiera e hiciera su primer tiro de la forma que fuera. No pensaba acercarse ni corregir su posición aunque estuviera a punto de desgarrar el tapete, por mucho que a O’Cleary le diera un ataque de nervios si eso ocurría.

Cuando terminó de disponer la mesa, hizo un elegante gesto con la mano en dirección a ella para que se aproximara. Laura sonrió y se inclinó sobre el tapete, agarrando el taco de un modo que casi le arrancó a Roi un estremecimiento de pavor. Con el ceño fruncido, la chica intentó deslizar el taco entre sus dedos, y su mueca se amplió todavía más al darse cuenta de que el movimiento no era fluido, sino torpe. Confusa, alzó la vista hacia él.

—¿Qué estoy haciendo mal? —preguntó.

A diferencia de otras mujeres que habían jugado con él, su gesto no tenía nada de seductor o coqueto. No pretendía que la tocara o se aproximara a ella con intención de seducirla, tan solo pedía una explicación que dejara satisfecho a su espíritu perfeccionista. Y, ¿cómo podía él no rendirse?

Por mucho que se hubiera propuesto no tocarla, sabía que no podía dejarla así, con esa postura forzada y esa mueca que disimulaba el desamparo de su mirada. Inspiró hondo, obligó a su mente a no centrarse en el olor de su cabello ni en sus formas apretadas contra su cuerpo y se inclinó junto a ella, pasando un brazo sobre sus hombros para ayudarla a colocarse.

—Relájate —dijo. Había intentado un tono neutro, pero su cuerpo traidor obligó a sus cuerdas vocales a pronunciar un susurro—. No sujetes el taco como si fuera a caerse de tus manos. Debe ser una prolongación de tu brazo, agárralo de forma firme pero delicada y deslízalo entre tus dedos.

«Malditos dobles sentidos», se lamentó.

Ella concentró toda su atención en la mano de él, que colocaba sus dedos de la forma adecuada, y Roi se forzó a imitar su actitud. Pero, cuando de forma casi inconsciente, ella modificó su postura y su cuerpo rozó el de él, ciñéndose a sus caderas, tuvo que reprimir un gemido.

—¿Así? —inquirió Laura sin apartar la vista de su objetivo.

—Sí. Así. Justo así —murmuró él, deseando que la situación fuera otra y esas palabras se pronunciaran en un tono bien distinto.

El taco se deslizó entre los dedos de Laura y golpeó la bola blanca con bastante menos fuerza de la que era necesaria. Sin embargo, la trayectoria no había sido mala, así que deshizo un poco el apretado triángulo y un par de bolas rodaron por el tapete. Ella se incorporó, mirando la mesa como si acabara de ofenderla.

—No he metido ninguna —se quejó.

—Eres demasiado delicada —se forzó a sonreír él—. Pero como no voy a

permitir que me acuses de nuevo de falta de caballerosidad... —En lugar de hacer un tiro que le habría permitido colar una bola rayada en las troneras, lanzó contra el grupo en el centro de la mesa, desperdigando las bolas para facilitar el siguiente tiro.

Era un buen jugador, pero en un tiro así, al azar, no podía asegurar que no fuera a colarse ninguna, tal y como ocurrió, por mucho que eso quizá desmoralizara a la chica. Sin embargo, él estaba encantado de seguir tirando. Si se concentraba, si medía con cuidado cada jugada, no tendría que volver a inclinarse sobre ella para enseñarle cómo apuntar.

Observó el tapete, calculó su siguiente tirada y lanzó, logrando un nuevo acierto. Ella estudiaba sus gestos con absoluta concentración, analizando la postura, el movimiento, el modo en que calculaba la fuerza y la orientación. Y cuando la segunda bola se deslizó en su tronera, suspiró.

—No debe de tener ninguna gracia jugar con alguien como yo —se lamentó—. Es como jugar solo.

Roi maldijo para sus adentros. Tanto presumir de caballerosidad y su libido y su espíritu competitivo se habían aliado para acabar con la partida cuanto antes solo para evitar ponerle un dedo encima, cuando su objetivo al subir a esa sala había sido distraer a la chica y apartarla por un tiempo de sus preocupaciones. Irritado consigo mismo, erró a propósito el siguiente tiro y se incorporó.

—Tu turno —anunció.

—Has fallado a propósito —protestó ella, cruzando los brazos en un gesto de obstinación—. No quiero que me dejes ganar.

El espíritu competitivo de Roi volvió a aparecer para luchar de nuevo contra el caballero que se obstinaba en ser y venció por K.O. a los tres segundos del primer asalto.

—No vas a ganar —replicó con una sonrisa retadora—. Pero si no hay un mínimo de competencia, me aburro.

Laura entrecerró los ojos y lo estudió unos segundos con una mirada entre irritada y decidida. Al parecer, él no era el único que buscaba vencer a toda costa. La vio estudiar la mesa con absoluta concentración, rodeándola y fijándose en la posición de cada bola. Por fin, pareció tomar una decisión e intentó estirarse en una postura demasiado forzada para llegar a la bola blanca. Sin embargo, Roi ya no estaba para corregir su postura ni darle ningún consejo. Sus ojos traidores se habían deslizado sin su consentimiento hacia las curvas de la chica, que se marcaban tentadoras bajo la ceñida falda; en sus piernas, que imaginó por un instante rodeando su cintura; en el modo en que...

—No llego —protestó ella, incorporándose de mal humor.

Roi parpadeó, alejando las imágenes que su lujuria estaba recreando para él, y se forzó a descender a la tierra, al aquí y ahora.

—Tienes que hacerlo desde el otro lado —explicó él, resistiéndose a acercarse—. Pasando el taco por detrás de tu espalda. —Ella lo miró con cara de no tener ni la más

mínima idea de lo que quería decirle, así que, antes de volver a poner las manos sobre su cuerpo, él se sentó sobre una pierna en la mesa para demostrarle el movimiento. Pasó el taco por la espalda y se reclinó sobre el codo.

Ella lo observó y, tras unos momentos valorando la posición, imitó su postura. Y lo que parecía una idea estupenda dejó de serlo cuando la falda se deslizó hacia arriba por sus piernas, dejando a la vista gran parte de sus muslos. Roi tuvo ganas de darse con el taco en la cabeza. Con eso, cumpliría dos objetivos: primero, perdería el sentido y no tendría que derrochar todas sus fuerzas en no alterarse por la visión. Y, segundo, el hematoma le recordaría en los días posteriores que debía medir mejor las consecuencias de sus decisiones.

Ella se inclinó todavía más, tratando de imitar el movimiento que él le había enseñado, pero, como a pesar de los tacones era unos cuantos centímetros más baja que él, perdió el equilibrio y braceó en el aire tratando en vano de recuperarlo. Roi se abalanzó sobre ella y evitó por milímetros que la cabeza de Laura golpeará contra la mesa.

También evitó que le diera tiempo a golpearse y volver a su ser antes de ponerle las manos encima a la chica. Los dos primeros segundos estaba demasiado preocupado pensando que podía haberse hecho daño, pero al darse cuenta de que no le había pasado nada, su cuerpo reaccionó a la velocidad del rayo al sentir cómo ella echaba los brazos alrededor de su cuello y quedaba bajo él, con los labios a escasos centímetros de su boca.

Si fuera un hombre dado a la poesía, diría que el tiempo se detuvo por un instante mientras sus miradas se entrelazaban y sus corazones latían al unísono, entonando el prelude de una danza ancestral. Pero como, pese a las revueltas infinitas que solía usar en sus comentarios, prefería llamar a las cosas por su nombre aunque solo fuera para sus adentros, lo que apareció en su mente era bastante más breve y tenía muchas menos sílabas. Y sonaba más o menos como: «O me la llevo a la cama ahora mismo, o reviento». Y lo peor era que ella no parecía menos afectada: su respiración se había acelerado, sus pupilas estaban dilatadas y se acababa de humedecer los labios entreabiertos en lo que, con toda seguridad, era un gesto inconsciente.

La mirada de Roi consiguió apartarse de sus ojos para deslizarse hasta esos labios húmedos, que pedían a gritos ser besados. Una de las manos que la sujetaban a la altura de los omóplatos se deslizó traidora hasta su cintura, estrechándola más contra él.

«Recupera la cordura. Recupera la cordura. Recupera...».

Estaba a punto de seguir su propio consejo cuando ella alzó la cabeza y rozó los labios con los de él. Fue apenas una tenue caricia, una tímida invitación a que él tomara la iniciativa..., y a punto estuvo de hacerlo. Sin embargo, aunque se moría por aceptar lo que le ofrecía, no estaba dispuesto a rendirse. No, al menos, sin recibir antes una disculpa por su parte que pusiera un bálsamo en su orgullo herido.

Con delicadeza, porque, por mucho que su ego le pidiera una reparación, no



quería ofenderla como ella lo había ofendido a él, apartó los brazos que rodeaban su cuello —después de demorarse un segundo más de lo necesario, tuvo que reconocer— con infinito cuidado, y la ayudó a ponerse en pie.

—Creo que el billar no es nuestro juego —dijo Roi en tono seco.

Y se dio cuenta de lo mal que había elegido sus palabras cuando un relámpago de triunfo atravesó el rostro de la chica antes de desaparecer para dejar a su paso una falsa expresión de timidez.

—Entonces, ¿qué sugieres? —preguntó, aproximándose a él.

Quizá, si no hubiera visto el fuego de la victoria que había destellado en sus ojos, se habría rendido. Quizá habría caído de nuevo en la tentación de sus labios, habría recuperado el sentimiento de abandono que lo había poseído al sostenerla entre sus brazos. Pero ese fuego apagó sus propias llamas con más eficacia de lo que podría haberlo hecho el equipo de extinción de incendios forestales de la zona en pleno. Así que ignoró el ofrecimiento implícito en su pregunta, y se limitó a responder a las palabras y no a la intención.

—¿Qué tal una partida de cartas? ¿Sabes jugar a algo?

Ella captó la frialdad de su tono y retrocedió un par de pasos, recomponiéndose al instante.

—No me gustan los juegos de azar —replicó, encogiéndose de hombros—. Así que no, no sé jugar. ¿Qué tal ajedrez?

—Se trataba de hacer algo divertido que te ayudara a relajar la mente —protestó Roi.

—El ajedrez es divertido si sabes jugar —refutó ella con una sonrisa de superioridad que Roi juzgó insultante—. Y mi mente está más relajada cuando se entretiene con algo. No puedo apagarla, así como así, ¿sabes? No tengo un interruptor. Claro que jugar con alguien que no tiene nivel es bastante tedioso, y...

—Deja que yo me preocupe por mi nivel, querida —la interrumpió antes de que saliera alguna afrenta todavía peor de esa boquita maliciosa. Se dirigió al armario y rebuscó hasta encontrar el tablero y la caja con las piezas—. Si decides que te aburres, pararemos —ofreció, colocando todo sobre la mesa y acercando un par de sillas.

Laura consideró la oferta unos instantes antes de encogerse de hombros y tomar asiento frente a él.

—¿Quién lleva blancas? —inquirió, con su mejor expresión de «soy una dama y tú me vas a dar toda la ventaja».

Pero Roi no iba a volver a caer en ese juego. Tomó un peón de cada color de la caja y, tras golpearlos entre ellos, llevó las manos a la espalda para esconder cada uno en una mano.

—Hagámoslo a la manera tradicional, ¿de acuerdo? —sugirió, presentando sus puños cerrados ante ella.

La chica lo miró con mal disimulado asombro antes de extender su mano derecha

para rozar la de él. Roi abrió el puño y le mostró el pequeño peón negro. Colocó las piezas con rapidez y movió.

—Peón cuatro rey —comentó Laura—. Habría apostado a ello. —Avanzó su propio peón y lo miró con una sonrisa retadora—. A lo mejor piensas que la pobre muchachita inocente no va a tener narices para meterse en la apertura española, ¿verdad?

—De hecho, yo también habría apostado a ello —replicó con total sinceridad.

Jugaron en silencio, con total concentración. Los dos eran buenos jugadores y conocían los movimientos de apertura, así que estos se sucedieron a velocidad de vértigo. A medio juego, ambos dedicaron más tiempo a pensar, espaciando sus jugadas, estudiando el tablero con detenimiento, tratando de anticiparse a la estrategia del otro. Por fin, Laura levantó la vista durante su turno.

—¿Tablas? —ofreció.

Roi rio entre dientes, divertido.

—Voy a ganar —sonrió—. Así que puedes rendirte, o puedes esperar a que te dé mate, lo que, ambos lo sabemos, sería humillante para ti y ofensivo para mí.

Ella todavía lo observó unos segundos más, como si tratara de averiguar si esa seguridad era real o un farol por su parte. Por fin, dejó escapar un hondo suspiro y, con la punta del dedo índice, hizo caer su rey.

Mientras bajaba las escaleras seguida por Roi, Laura no sabía si sentirse indignada o maravillada. Por una parte, él la había rechazado —una vez más— y, para más humillación, después de que ella lo besara. Pero, por otra, le había ganado al ajedrez y Laura no recordaba haber perdido contra nadie desde hacía mucho más tiempo del que era capaz de recordar. Quizá para cualquiera eso sería un motivo de indignación, pero para ella era algo digno de admiración. Eso no quitaba que quisiera la revancha —y en esa ocasión procuraría no menospreciarlo— y que estuviera más que dispuesta a vencer, pero su aprecio por el hombre había crecido un poco. Y no debido a sus músculos, aunque sin duda también era algo para tener en cuenta.

—No me has dado la revancha —le echó en cara cuando alcanzaron el vestíbulo—. Eso no es cortés.

Él hizo un exagerado gesto de dolor, llevándose la mano al pecho.

—Por favor, no me juzgues con tanta dureza —se lamentó—. Quería retirarme como vencedor por una vez, ya que estoy seguro de que, en nuestra próxima partida, cuando ya no te confíes creyendo que apenas sé mover las piezas, me ganarás.

—Estaba pensando justo eso —reconoció ella con una sonrisa, deteniéndose para mirarlo.

—Lo sé —replicó él antes de rodearla y dirigirse al salón, donde ya se escuchaban las voces de sus compañeros discutiendo a gritos sobre quién sabía qué.

Al abrir la puerta, el volumen de la discusión los golpeó como si el sonido hubiera adquirido una cualidad física tangible y adoptado la forma de un mazo. Ambos cruzaron una mirada de resignación antes de adentrarse en la sala para tratar de participar en el debate. Las voces se entremezclaban y se superponían, sin que nadie se molestara en explicarles qué sucedía, en detener la trifulca para ponerlos al día o, tan siquiera, en reconocer su presencia.

—¡Es una locura!

—... atravesar el cerco y...

—... lo que faltaba, como si no tuviéramos ya bastantes...

—... hablar con mi madre.

Laura captó la última frase de Aidan al vuelo y alzó la voz para intentar intervenir en la conversación.

—¿Has pensado en hablar con tu madre? ¿Otra vez? —inquirió.

Algo en su tono, en su actitud o quizá tan solo una conjunción astral compleja en extremo hizo que todos se volvieran en su dirección y la miraran como si tuviera un problema de oído o no fuera demasiado lista.

—A este idiota... —empezó Diana.

—Gracias, pelirroja, yo también te quiero —ironizó Aidan.

—... se le ha ocurrido que Niall cruce al Otro Lado —continuó como si la interrupción no hubiera tenido lugar— y localizar a su...

—Al Limbo —puntualizó Niall—. Cruce hasta el Limbo.

—Lo que sea —replicó Diana irritada—. El caso es que, como no puede dejarnos aquí sin protección, ha pensado que Niall puede ir en su lugar. Pero como Niall —siguió con un tono engolado que pretendía ser burlón— no puede cruzar por sí mismo...

—Sí que puedo, pero no puedo localizar a su madre sin ayuda —volvió a interrumpir el hada, con un punto de indignación en su voz—. Por eso tenemos que salir y Aidan tiene que dejarme en el lugar preciso.

—¿Es que no entiendes que no puedes jugarte la vida? ¿Que Marta está embarazada y te necesita? ¿Qué...?

—Pues ofrece tú una solución —replicó Niall sin alterarse.

—No creo que esa sea una solución —decidió Laura.

—¡Gracias! —exclamó Diana, palmeando sus muslos para remarcar su afirmación.

—Pero no por lo que tú dices, sino porque cuando estuvisteis en el Limbo la otra vez, Aidan intentó que su madre le diera respuestas y ella se negó —explicó con calma—. Así que no sé por qué en esta ocasión va a ser distinto. Es demasiado riesgo para tan pocas posibilidades de obtener una ganancia.

—En resumen, un mal negocio —aprobo Roi—. ¿Tú estás de acuerdo, O’Cleary?

El druida sacudió la cabeza en un gesto que no era tanto negativo como de indecisión.

—No. Y sí —dijo de forma absurda—. Sé que hay muy pocas posibilidades de que mi madre nos dé alguna respuesta, pero tal y como estamos ahora no podemos hacer gran cosa.

—Pero quizá mi trabajo nos dé alguna pista —sugirió Laura.

—Es posible —replicó Aidan—. Pero aunque así fuera, no podríamos hacer gran cosa porque estamos rodeados y atados de pies y manos. Ya me ha costado ocultarnos a Diana y a mí para bajar al pueblo, y era por la mañana.

—Y diles lo que has visto, *deartháir* —ordenó Niall.

El druida tomó una profunda inspiración, como si se estuviera preparando para otra ronda de gritos todavía peor que la anterior.

—Creo que algunas de las criaturas se van a ocultar en el pueblo. No las más peligrosas, quizá, pero sí *trasnos*, *tardos*... Quizá algún *lobisome*. No los he visto, pero me ha parecido percibir alguno de sus rastros.

—Y no podemos permitir que la gente del pueblo sufra las consecuencias de los actos de... Bueno, iba a decir de los hermanos, pero ahora no sabemos si ha sido culpa suya —meditó Roi.

—Eso es otra cosa que tendremos que discutir —aceptó Aidan, en lo que parecía una nota mental hacia sí mismo.

Pero Laura ya llevaba algún tiempo pensando en ello, y había simplificado el problema y reducido las posibilidades a las más aceptables.

—Tal y como yo lo veo —comentó, lamentando no tener su tableta a mano para consultar sus notas—, en este preciso momento no es necesario que sepamos si fueron ellos los causantes del cerco o no.

—¿Cómo puedes decir eso? —se indignó Diana—. Si fueron ellos... —Se detuvo en seco, dudando—. Si... Quiero decir...

—Exacto —replicó Laura—. Si fueron ellos, ¿qué? Ya ni siquiera podemos buscar venganza, porque ¿qué vamos a hacer? ¿Matarlos otra vez?

—Te sorprenderías —masculló Niall.

Laura pensó que, por el bien del debate, era mejor ignorar ese comentario. Las infinitas posibilidades que abrían esas dos simples palabras eran demasiado complejas como para considerarlas como una variable susceptible de ser aceptada.

—Pero si fueron ellos, deberíamos al menos saber por qué lo han hecho —expuso Roi, pensativo.

—No es relevante en este momento —insistió Laura, negando con la cabeza, decidida—. Tenemos un problema: encontrar a la mujer que se esconde a este lado del Velo y averiguar lo suficiente como para elaborar un ritual que nos permita solucionar todo el asunto. Si ellos trabajaban con el *fomore*, en contra de él, o con una tercera parte de la que no sabemos nada, no altera eso. Al fin y al cabo, como he dicho, están muertos. Ya no deberían causarnos más problemas.

—En parte, tiene razón —suspiró Diana al cabo de un momento.

—Vale, así que seguimos haciendo lo mismo que hasta ahora y corriendo hacia delante como pollos sin cabeza —masculló Marta, de mal humor—. Lo siento, pero sigo diciendo que hay algo que se nos escapa en todo este asunto.

—¿Algo como qué, pajarito? —inquirió Niall, sorprendido.

Laura disimuló una sonrisa ante esa sorpresa. Al parecer, Marta había aprendido a guardar sus pensamientos y sus pequeños secretos con tanta eficacia como lo hacía el hada, y después de haber sufrido una y otra vez por las maquinaciones de Niall, saber que no podía controlarlo todo era hilarante.

—No lo sé —reconoció Marta, frustrada—. Pero tengo la sensación de que algo no encaja, de que se nos está escapando un dato importante. —Miró hacia Laura—. Y ahí es donde creo que tú puedes ayudar. Si tú no eres capaz de poner en orden todo lo que ha ocurrido, dudo que ninguno de nosotros lo sea.

Ella asintió, sin sentirse siquiera un poco orgullosa por la confianza. Al fin y al cabo, su amiga se había limitado a exponer un dato que, desde su punto de vista, no admitía réplica: era la más organizada y la más lógica de todo el grupo, y se le daba bien buscar información y esquematizarla formando un todo coherente que cualquiera pudiera comprender.

—Lo haré lo más pronto que pueda —aceptó—. Sin embargo, tengo un problema —reconoció a regañadientes—. Creo que tengo todos los datos del presente. O casi

todos —añadió tras un titubeo—. Pero estoy segura de que me faltan muchísimos detalles del pasado. —Miró hacia Roi con aire de disculpa—. Lo siento, pero no fuiste demasiado preciso y...

—Te contaré todo lo que necesites saber —la interrumpió él al momento—. Si alguien está interesado en que esto se termine de una vez, ese debo ser yo.

—Muy bien —aprobó Laura—. Pero, como comprenderás, no podemos hacerlo si no me dejas trabajar —apostilló, suavizando lo contundente de su advertencia con una sonrisa.

—Ya discutiremos eso cuando llegue el momento. Pero ten en cuenta que, en ocasiones, distanciarse de este tipo de tareas ayuda a encontrar la pieza que falta —replicó él, ajustándose las solapas de su levita con un gesto elegante.

—Déjame decidir eso a mí, ¿de acuerdo? Puedo pasarme toda la mañana trabajando y...

—Deberías pasar toda la *noche* trabajando —intervino el hada—. Al fin y al cabo, tú puedes adaptar tus horarios, pero Roi no.

Laura se volvió para mirarlo e intentó leer en su rostro qué había ocultado bajo esa sugerencia en apariencia inocente. Ya hacía mucho tiempo que había aprendido que Niall no dejaba nada al azar, y que bajo esa imagen de estúpido bonachón había una mente calculadora en extremo y manipuladora hasta la desesperación. Y cuanto más beatífica parecía su expresión, peor era la magnitud de la conspiración que se traía entre manos.

Sin embargo, por mucho que se esforzó, no consiguió ver nada más que una afirmación muy lógica. Si Roi tenía limitadas sus horas útiles a aquellas en las que no había luz, lo más razonable era que ella alterara sus costumbres para adaptarlas a las de él, así aprovecharían mejor el tiempo y avanzarían más rápido en su investigación. Por otra parte, no le vendría mal contar con su ayuda, porque, a pesar de que en algunos temas sus reacciones le parecían irracionales, estaba claro que era el más sensato del grupo aparte de ella. No solía trabajar en equipo, pero debía reconocer que era nueva en todo ese mundo mágico y lleno de reglas absurdas que ni conocía ni comprendía, así que sus aportaciones serían muy de agradecer.

—Tienes razón —aceptó por fin—. Es lógico que sea yo la que reorganice su horario, ya que él no puede hacerlo.

Una rápida sonrisa cargada de una malicia infinita atravesó el rostro del hada, para desaparecer y dejar a su paso una expresión de absoluta seriedad. Laura no se sintió demasiado reconfortada por haber acertado en sus suposiciones acerca de las manipulaciones de Niall, pero como poco podía hacer para evitarlas, se limitó a apartarlas de su mente y de sus propios planes y a seguir adelante.

—Al fin y al cabo, tú no duermes demasiado —comentó Marta. Y ese comentario, expresado con la misma actitud inocente que la de su compañero, aumentó su inquietud de un modo muy irracional pero inevitable.

—Cierto —dijo, porque no sabía qué más apuntar para hacer desaparecer esas

sonrisas inquietantes de los rostros de las hadas—. Y, mientras tanto, ¿no se podría hacer nada por reforzar las protecciones de la casa?

—Yo ya estoy haciendo todo lo que puedo —confesó Aidan, con aire derrotado—. Pero si esto no cambia, no sé cuánto tiempo podré seguir haciéndolo y manteniendo a Carlitos con vida a la vez. Necesitamos otra idea y estoy trabajando en ella.

—¿Y cómo está el crío? —se interesó Laura. No tenía ni idea de por qué se preocupaba tanto por un niño que apenas conocía, pero tenía asuntos más urgentes que analizar, así que, sin más, se dejaba llevar—. ¿No debería haber alguien con él?

—Sigue igual. Y Violeta y Margarita están junto a su cama —explicó Niall—. También hacen por él lo que pueden, pero la energía de los fantasmas no puede mantenerlo por mucho tiempo. Si hay algún cambio, nos avisarán.

—Yo podría estar con él —rezongó Diana, y su tono le dio a entender a Laura que esa discusión ya la habían mantenido antes, y su amiga no había salido victoriosa de ella.

—Ya lo hemos hablado, pelirroja —comentó Aidan, irritado—. Es peligroso para nosotros estar demasiado tiempo en esa habitación. La magia agotada del *biosbardo* busca la nuestra y, sin querer, puede acabar drenándonos.

—¡Pero yo no soy un ser mágico! —protestó Diana—. A mí no puede quitarme nada. Y me siento fatal aquí abajo, cuando...

—Tú tienes la magia de Aidan, Diana —explicó Marta con aire paciente—. Aunque no puedas cedérsela, Carlitos...

—¡Ya, ya, ya! —la interrumpió Diana de malos modos—. Ya me lo ha explicado este.

—¿Este? —dijo su compañero con una sonrisa cargada de sorna—. Qué cosas más bonitas me dices, pelirroja.

Como de costumbre, sus amigos empezaban a discutir y a alejarse del tema importante de la reunión. Y, en esa ocasión, y teniendo en cuenta que la vida de todos podía correr peligro, Laura decidió que la mejor opción era ignorar sus inacabables cruces de pullas ingeniosas y volver a centrarse, como si no hubieran tenido lugar.

—¿Y no hay algún ritual? No sé, volver a tratar con la Diosa, hacerle una nueva ofrenda o algo similar —preguntó.

Niall, que en ese momento parecía dispuesto a acuchillar a Diana con uno de los muchos puñales que lanzaba su lengua maliciosa, se volvió de pronto hacia ella, sonriendo con picardía.

—Ya no sabes qué más hacer para convencer a Roi de que se meta en la cama contigo, ¿eh? —se burló.

—Niall —llamó Roi en voz baja y, sin embargo, con un tono tan amenazador que la propia Laura, que rara vez se sentía afectada por los matices en el habla, sintió un estremecimiento que ascendió, helador, por su columna. El hada, sin embargo, se limitó a mirarlo con una sonrisa expectante—, sabes que tolero a duras penas tu

sentido del humor y tu costumbre de hablar sin pensar. Pero esto ya me parece excesivo y sin gracia. Te ruego... No, te exijo que le pidas disculpas a Laura y que le expliques, con esa paciencia que no tienes, por qué no es posible realizar un nuevo ritual.

—Bueno, tanto como que no es posible... —refutó Niall en tono ligero, ignorando la velada amenaza que flotaba en la voz de Roi.

—Niall —suspiró Aidan.

—¿Qué? —fingió molestarse el hada—. No hay nada que impida un nuevo ritual.

El druida le sostuvo la mirada unos instantes y, por fin, pareció decidir que era mucho más práctico aclararlo él mismo que seguir intentando que Niall se comportara como un adulto más o menos responsable. Se volvió hacia Laura con ese rostro inexpresivo que solía adoptar cuando estaba a punto de dar una explicación irracional, absurda e ilógica, que ella había aprendido, a la fuerza, a no cuestionar.

—La Diosa no admitirá otra vez la misma dádiva por el mismo favor —explicó, hablando muy despacio, como si quisiera darle tiempo a Laura para librarse de su natural incredulidad y aceptar sus palabras.

—Quieres decir que Niall y Marta no pueden volver a hacerlo porque no serviría de nada —meditó ella—. Pero si...

—A Danu le da igual que sean ellos o el mismísimo Lug con una ninfa y siete hadas —la interrumpió Aidan, con cierto apresuramiento, tras enviarle una nueva mirada de advertencia a Niall—. Es la misma petición y se entrega el mismo acto de vida. Da igual quién lo haga.

—Eso no fue lo que me dijiste —protestó Laura en dirección al hada controlando a duras penas el mal genio que rara vez demostraba—. Cuando te comenté mi idea, dijiste que Danu se sentiría satisfecha.

—Y así es —replicó Niall sin alterarse—. Danu siempre se siente satisfecha cuando la gente celebra la vida.

—Pero eso no significa que nos conceda lo que le pedimos —insistió Laura, intentando seguir la lógica de las truncadas respuestas del hada—. Me mentiste —lo acusó.

Niall se encogió de hombros ante la mirada de resignación de Marta, que sacudió la cabeza como queriendo borrar de la discusión la falta de ética de su compañero.

—Ya sabes cómo es —lo justificó—. Tú le expusiste tu idea y a él le pareció que tenía sentido la parte de las tríadas. —Lo miró un instante y él le devolvió una falsa sonrisa de inocencia, que provocó una de afecto en Marta a modo de respuesta—. Y cuando sugeriste que el ritual podía ser en una fecha mágica para complacer a Danu, él te dijo que no era necesario, que ese tipo de dádivas no requerían de las fechas de poder y complacían a la Diosa de igual modo.

—Lo que tú entendiste ya no es mi responsabilidad —apostilló Niall.

—Algún día, no muy lejano —expuso Roi en tono neutro—, voy a matarte.

—Será divertido ver cómo lo intentas, *a'chara* —replicó su amigo, risueño.



—Ya tenemos bastantes problemas ahora mismo —gruñó Aidan, interrumpiendo el ritual de machos entre los dos hombres—. Si queréis mataros, por mí, perfecto, pero esperad a que todo esto acabe.

—No me importa esperar, O’Cleary —replicó Roi, atusándose las mangas de la levita—. Llevo demasiado tiempo aguardando ese momento. Unos días más no van a suponer una diferencia.

Laura dejó de prestar atención al absurdo intercambio, y meditó unos segundos antes de acusar al hada de falta de sinceridad, de ética o de un mínimo de humanidad. Al fin y al cabo, los nacidos al Otro Lado —y cuánto le costaba reconocer que había tal cosa como «Otro Lado»— tenían su propia ética, para él no decir toda la verdad no era mentir y..., bueno, lo de la humanidad estaba fuera de cuestión, dado que no era humano ni se esforzaba demasiado por comprender a quienes sí lo eran.

La había engañado y eso la molestaba, pero, en realidad, la culpa había sido solo suya. Se había dejado llevar por su propia interpretación de la situación y había escuchado solo lo que quería oír, sin indagar más en el asunto. Había sido un error, sí, pero uno que no volvería a cometer en el futuro. Además, eso no negaba el resto de su interpretación: las tríadas podían ser la clave en la resolución de su problema, y los únicos que no encajaban en ese conjunto eran Roi y ella. Quizá no podrían conseguir más protección, pero tal vez avanzarían en sus investigaciones si mantenía relaciones sexuales con ese hombre testarudo e imposible de manejar.

—Muy bien —aceptó con frialdad—. Pero ¿hay alguna otra solución? ¿Podemos romper ese cerco? ¿Espantar a las criaturas?

—Quizá —respondió Aidan en tono cansado—. Pero tengo que pensar en ello. No quiero que añadir más magia a una situación que la propia magia ha creado pueda empeorar las cosas.

—Tienes que dormir —le susurró Diana, mirándolo con preocupación—. Estás agotado.

—Es cierto, *deartháir* —intervino Niall con una seriedad que, por una vez, no parecía fingida—. Las protecciones no caerán esta noche, lo sabes. Mañana... ¿Quién puede decir lo que pasará mañana? Nuevo día, nuevo ciclo, nuevas decisiones —comentó. Empujó a Marta con suavidad fuera de su regazo, y se puso en pie—. Es mejor que nos vayamos todos.

—Tienes razón —aceptó Aidan—. Las cosas se ven mejor a la luz del día. Dejemos la noche para las criaturas que reinan en ella. —Miró a Roi con una sonrisa de disculpa—. Ya sabes que no lo digo por ti.

—Lo sé, O’Cleary —aceptó este con una inclinación de cabeza—. Descansad y mañana hablaremos. Yo...

—Tú puedes echarme una mano —propuso Laura—. Al fin y al cabo, si voy a tener que seguir tu horario, es mejor que empiece cuanto antes.

—Y ahora sí, es cuando nos vamos todos —apresuró Niall a los demás con la más maliciosa de sus sonrisas.

Y como el grupo estaba formado por adolescentes funcionales, más preocupados por sus hormonas y sus cotilleos que por la posibilidad de una muerte inminente, todos se levantaron al instante para dejar solos a Roi y a ella, con idéntica sorna pintada en todos sus rostros.

Los dioses lo odiaban.

A muerte.

Era algo que Roi había sospechado toda su existencia, pero en los últimos tiempos parecía que los muy desgraciados habían redoblado sus esfuerzos por amargarle la vida y estaban alcanzando sus objetivos con gran éxito.

No era asocial, no del modo en que la gente solía entenderlo, al menos. Apreciaba la compañía de sus amigos y, cuando no se comportaban como perfectos irracionales incapaces de tomarse nada en serio, hasta disfrutaba de sus charlas con ellos; no le gustaba verse rodeado de gente, pero podía manejarse en esas situaciones sin demasiada incomodidad; se sentía bien en cualquier grupo, podía hablar con cualquiera, y no le molestaba renunciar al silencio para resolver un problema o, sin más, pasar el rato.

Sin embargo, apreciaba sus momentos de tranquilidad, cuando todos se retiraban a dormir y lo dejaban a solas con sus pensamientos. A pesar de las disculpas de O'Cleary, las sombras eran su tierra y su reino. Los dioses —malditos fueran mil veces— lo habían convertido en una criatura de la oscuridad, y era en ella donde se sentía en paz, fuera de la vista del mundo, fuera del alcance de los que vivían en la luz.

Y esa paz acababa de verse alterada por una decidida morena, dispuesta a quebrar sus defensas y su cordura, con el total apoyo de aquellos que se llamaban sus amigos.

«Trabajo —se dijo con decisión—. Nos centraremos en el trabajo y así no habrá problemas».

A pesar de que era el mejor consejo que podía darse a sí mismo, no terminaba de estar satisfecho con su decisión. En primer lugar, porque dependía de que ella estuviera dispuesta a centrarse en el trabajo y no en esa seducción extraña que se traía entre manos; en segundo lugar, porque sabía que, aunque así fuera, recordar tiempos pasados no iba a ser ni fácil, ni bonito. Y Laura no tendría la empatía suficiente como para darse cuenta de si la situación podía superarlo y hundirlo en un mal humor peligroso.

Con toda seguridad, cuando ella empezara a rebuscar en su memoria —y no le cabía ninguna duda de que sus preguntas serían precisas e hirientes—, estaría una docena de pasos más cerca de aceptar cualquier sugerencia sexual que ella quisiera hacerle antes de seguir abriendo puertas en su mente que llevaban mucho tiempo cerradas. Y su cuerpo saltaba de alegría solo de pensar en esa posibilidad.

Así que, antes de poder meditar acerca de su propia cobardía, se dirigió a la chica con el tono más neutro que pudo invocar.

—¿Estás segura de esto, Laura? —inquirió, tratando de parecer indiferente—. No

tenemos por qué empezar ahora mismo. Puedes ir prolongando tus horas de vigilia de forma...

—Cuanto antes mejor —lo interrumpió ella. Se puso en pie, alisó su falda en un gesto que acarició sus curvas y a él le secó la boca, y se dirigió hacia el pequeño refugio que había construido en la mesa del comedor—. Solo necesito cafeína y concentrarme en el trabajo. Estaré unos días atontada y fuera de lugar, pero no durará mucho. Y esto es urgente.

—Aún hay tiempo hasta *Lughnasadh*, y estamos...

—Tan lejos de la solución como al principio —lo frenó Laura, tomando asiento frente a su portátil. Tecleó un par de comandos y observó la pantalla—. A ver, la relación más evidente que he encontrado es la de Marta y Niall.

Lo miró como esperando aprobación de su parte, o quizá tan solo queriendo ver si él era lo bastante rápido como para seguir sus procesos mentales. Conociéndola un poco, la segunda opción era la más probable. Roi reprimió un suspiro de irritación y tomó asiento junto a ella.

—Sí —aceptó, acodándose sobre la mesa para poder atisbar las notas de la chica—. Niall es agua, como el *fomore*, y Marta, fuego, como deseaba ser la traidora.

—Exacto —asintió Laura con expresión pensativa—. Un enlace con el pasado muy concreto, pero de distinto signo. Por decirlo de una manera que los... —hizo una pausa, como si intentara encontrar el modo de expresarse— los nacidos al Otro Lado no van a entender, el *fomore* y la mujer serían «los malos» —sonrió con una voz en la que se podían hasta leer las comillas— y Niall y Marta representarían a los buenos.

—Si quieres una terminología más *sídhe*, te sugiero «luz» y «oscuridad» —ofreció Roi—. Nuestros amigos pertenecen a la luz. Los otros dos son del reino de la oscuridad.

—Me parece bien —aceptó ella, mirando sus notas—. Sí, muy bien. —Corrigió un par de frases y se volvió para mirarlo—. Pero hay algo que no me acaba de convencer en este trabajo... —dijo, insegura, dejando la frase en unos claros puntos suspensivos, como si la incomodara reconocer su imperfección y necesitara de los ánimos de Roi para continuar.

—Adelante, continúa. ¿Cuál crees que es el problema? —inquirió Roi, siguiéndole el juego. Aunque él tenía muy claro cuál era el problema: le estaba costando un universo y varias galaxias muy lejanas concentrarse en la conversación en lugar de en la curva de su cuello y del modo en que, cuando se sentía incómoda, se mordisqueaba el labio inferior, apenas un instante, un gesto inconsciente que él se descubrió esperando con ansiedad.

—Los *sídhe* piensan en tríadas —meditó ella, observándolo con atención, estudiando la respuesta a sus palabras—, pero aquí solo veo una lucha de opuestos. En teoría, si debemos imitar el ritual a la inversa, deberemos hacerlo con su forma de pensar, adaptándonos al modo en el que construyen el mundo. Y aquí no hay tres fuerzas unidas e inseparables, solo dos.

Roi no pudo reprimir una sonrisa comprensiva. Laura se aferraba a su lógica, a su modo de ver el mundo, pero el pensamiento lineal era algo casi imposible de evitar y, por mucho que ella se esforzara, no iba a conseguir sustraerse a la educación de toda una vida, al modo en que se habían desarrollado sus estructuras mentales. Para ella resultaba más sencillo creer que los seres no humanos desarrollaban un tipo de pensamiento distinto al suyo, pero estaba equivocada, y si alguien podía sacarla de su error, era él.

—Eres tú la que lo ve como una dualidad —explicó, paciente—. Es solo el modo en que has aprendido a razonar.

Ella lo pensó unos segundos. Roi respetaba y valoraba esa capacidad tan suya: nunca apresuraba una conversación. Siempre meditaba sobre todo lo que le decían y lo analizaba con ese cerebro hiperactivo hasta encontrar la respuesta y buscar una nueva pregunta.

—Me estás diciendo que, en realidad, hay una tríada aunque yo no la vea —decidió por fin—. Pero no sé dónde.

—No se trata de que la haya o no la haya —suspiró Roi. Era un concepto casi imposible de explicar para alguien que había pasado su vida pensando en luchas de contrarios—. Los celtas pensaban en tríadas y no concebían lo que los rodeaba como algo que comienza y termina, sino como un ciclo continuo: vida, muerte y renacimiento. El ciclo no tiene fin, es perpetuo. La Rueda gira, pero no se detiene.

—Has dicho los celtas —comentó ella, tal y como Roi esperaba—. Yo pensé que era algo de los nacidos al Otro Lado, pero estás hablando como si...

—El pensamiento trino es típico de la cultura celta —la interrumpió una vez más—. Pero los *Tuatha dé* y los *sídhe* son mucho más precisos con esos términos, porque su naturaleza es la mismísima esencia de la creación.

—Pero tú eres celta, ¿no es así?

—Así es —confirmó con una sonrisa.

—Y en todo este tiempo, no has dado muestras de pensar como ellos —protestó Laura, como si se sintiera indignada por su falta de coherencia.

—Y no pienso como ellos.

—Pero has dicho...

Roi alzó una mano entre ellos para frenar el inevitable torrente de palabras de la chica. En lugar de detenerse de golpe, ella fue bajando el tono de voz hasta que se convirtió en un susurro casi inaudible y, por fin, en un suspiro.

—Para ellos, el poder de las tríadas es algo palpable. No solo piensan en tríos, son la esencia de esas formaciones. En ellos, la tríada es la fuerza de creación, su voluntad construye mundos. Para mí, solo es una manera de ver el mundo.

—Es decir, que tú ves una tríada en lo que te estoy contando, aunque no puedas usarla para modelar la realidad a tu antojo —decidió ella después de un largo silencio.

—Algo similar —reconoció Roi—. Yo no veo un antes y un ahora, como lo estás

planteando tú. Veo el ciclo: el ritual inicial, el cambio, el próximo ritual con el nuevo renacer. —Miró su ceño fruncido y no pudo evitar sonreír de nuevo—. No lo entiendes —afirmó, reclinándose en su asiento para mirarla con diversión.

—No —reconoció Laura. Se apartó el cabello de los hombros con un gesto decidido y volvió a concentrarse en sus notas—. Pero si tú sí lo entiendes y me puedes ayudar, creo que será suficiente. Al fin y al cabo, el ritual es un trabajo que tienen que hacer otros.

—Pero eso no evitará que te pongas a buscar toda la información posible sobre el pensamiento céltico, ¿verdad? —la provocó.

—Por supuesto —respondió ella, esbozando una media sonrisa sin apartar los ojos de la pantalla.

—Pues continúa, entonces —la animó Roi, apoyándose de nuevo en la mesa, demasiado cerca del cuerpo de la chica para su salud mental, pero sin poder resistirse a ello—. Tenemos un primer enlace.

—¿Y necesitaríamos tres? —sugirió Laura, en tono de broma—. No, deja, ya sé que no. Sigo: otro enlace tendría que ser el de Diana y Aidan.

—Sí, resulta lógico pensarlo —meditó Roi—. Aidan es druida, como el druida original.

—Y el druida original no tenía suficiente poder para detener al *fomore* —se animó Laura, añadiendo unas cuantas notas a sus esquemas—. En el caso de Aidan, ese poder lo guardaba Diana.

—Como representación de las mujeres sabias a las que acude el druida de mis tiempos a pedir ayuda —aprobó Roi—. Creo que esto puede funcionar —comentó, sorprendido.

—Por supuesto que puede funcionar —replicó Laura, indignada—. Cuando todo esté cuadrado, veremos la pieza que no encaja, te lo aseguro. Vamos, sigamos trabajando. Tenemos que ver el papel de cada uno, y después organizar los hechos de forma cronológica y relacionarlos con el pasado. Ya tenemos un «espejo» para los demás. Y ahora...

—Y ahora, es cuando empiezan los problemas —suspiró Roi, resignado—. Oh, disculpa, querida, ¿lo he dicho en voz alta? —ironizó al ver su expresión de reproche.

Ella le sostuvo la mirada durante unos segundos eternos, sin que Roi pudiera leer nada en su expresión. Si algo bueno se podía decir de ella, dejando al margen su analítico cerebro, era que sabía cómo componer una cara de póquer. Estaba a punto de romper el silencio con cualquier galantería —él, que se preciaba de fulminar a la gente con una sola mirada o uno solo de sus silencios—, cuando ella suspiró y se apartó de nuevo el cabello con un gesto que denotaba una clara incomodidad.

—Roi —vaciló, apartando la vista de sus ojos, que seguían cada uno de los movimientos de ella con absoluta atención—, yo... Si he sido, no sé, ofensiva o... demasiado agresiva o... Quiero decir, mi intención... —Volvió a detenerse y, quizá porque el ego herido en su interior necesitaba una reparación, él se mantuvo en

silencio, esperando—. En fin, supongo que lo que quiero decir es que lo siento —dijo por fin, elevando la barbilla en un gesto orgulloso, como si lo desafiara a no aceptar sus disculpas.

«Estoy perdido», se lamentó Roi para sus adentros.

Hacía ya varias horas que sabía que iba a perdonarla. Hacía ya varias horas que se había dado cuenta de que ella se había comportado, ni más ni menos, como le ordenaba al dictado su lógica mente. Y hacía ya varias horas que se había dado cuenta de que el deseo no era algo que solo lo atormentara a él, y saberlo había sido un bálsamo para su orgullo. Sin embargo, se había atrincherado tras su indignación para evitar caer en las redes de ese cuerpo y esos ojos que ahora lo miraban con una mezcla de indecisión y desafío. Quizá porque toda esa historia había comenzado por una seducción y un engaño, y no se sentía con fuerzas de ser él quien cayera en algo similar una vez más, repitiendo el pasado como una marioneta en manos de los malditos dioses.

Pero el pasado siempre regresaba. El ciclo era eterno y ahora mismo estaban buscando las pruebas de ello, así que nada podía hacer para detenerlo. La Rueda giraba, y él estaba a punto de rendirse a sus demandas. Las del ciclo ininterrumpido del tiempo, y las de la chica.

—Está bien, Laura —aceptó por fin—. No pasa nada.

—No pretendía ofenderte, lo digo en serio —insistió ella, como si no acabara de creerse su rápida rendición.

—Lo sé —reconoció en tono ligero—. Solo intentabas buscar la solución a un problema y yo me convertí, digamos, en un daño colateral —añadió en un intento de diluir la tensión con una chanza.

Pero, aunque ella había demostrado en más de una ocasión que era capaz de bromear, y que podía tener un sentido del humor un tanto negro y bastante sarcástico —muy parecido al suyo propio, tuvo que reconocer Roi—, en esa ocasión no captó el chiste. O, tal vez, no le pareció oportuno hacerlo.

—No, no es eso —lo contradijo, echándose hacia atrás en su asiento como si pretendiera escapar de sus palabras—. No, no eras un daño colateral, yo no quería causar daño alguno, yo... —Su tono tenía un filo de pánico que espantó a Roi y lo obligó a reaccionar.

Sin pensar en lo que hacía, o en las posibles consecuencias, tendió la mano para alcanzar una de las de ella y la miró con intensidad.

—Laura, lo sé —la frenó—. Sé que no pretendías herirme. Reaccioné mal, eso es todo. No es culpa tuya.

—Sí, sí que lo es —se lamentó la chica. Inspiró hondo y volvió a cubrir su rostro con ese velo de inexpresividad que no le permitía atisbar ni un pensamiento. Cuando volvió a hablar, su voz tampoco demostraba ya nerviosismo, sino frialdad—. A veces, me cuesta saber qué puede ser o no ofensivo. La gente... —Sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—No es lógica —completó Roi por ella—. Y yo no lo fui, me temo —reconoció—. Soy lo que soy ahora mismo porque los dioses me manejaron a su antojo. Reacciono mal cuando la gente intenta manipularme o utilizarme, nada más. Por usar un cliché muy manido, no eres tú, soy yo. —Sonrió, burlándose de su propio mal chiste.

Ella volvió a concentrar en Roi toda su atención y la mirada de esos ojos que parecían leer en su interior. Después de unos instantes, asintió, como si acabara de probar para sí misma una teoría.

—También reaccionas mal cuando el manipulado es otro —meditó, acariciando la mano que él le sostenía todavía en un gesto inconsciente—. Por eso golpeaste a Niall tras el ritual a Danu. Y por eso te pasas la vida discutiendo con él. Es un manipulador nato.

—Y, sin embargo, al igual que acabo de hacer contigo, termino por perdonar sus actos —suspiró Roi. Con esa inspiración sobreactuada, pretendía ganar tiempo para volver a colocar el universo en su eje, porque la súbita comprensión de la chica lo había afectado mucho más de lo que creía posible, y la inocente caricia, que su cuerpo estaba interpretando como cualquier cosa menos inocente, no estaba ayudando en nada a serenarlo—. Al fin y al cabo, es su naturaleza. Y si de naturalezas hablamos, yo soy el menos indicado para lanzar la primera piedra.

La mirada de ella se suavizó y se enredó con la suya en una danza que Roi conocía muy bien. Sabía cuál era la música, cuál era el ritmo y dónde iba a llevarlos con absoluta precisión. Por un instante, un brevísimo momento de cordura, pensó en apartarse, en introducir una nota que rompiera esa naciente melodía, pero su autocontrol optó por ejecutar una cobarde retirada y cederle el puesto al deseo. Al suyo y al que leía con claridad en la chica. Así que, vencido por fin, se dejó llevar y se inclinó con lentitud hacia los labios de Laura, que ella abrió, expectante.

Y una explosión de luz, puntillas e histeria quebró el momento sin remedio.



Laura no era capaz de comprender ni una simple palabra de lo que estaban diciendo las gemelas, aunque era más que capaz de captar el pánico en sus voces. Respondiendo a un instinto atávico fuertemente arraigado en su código genético, se puso en pie contagiada de esa histeria en absoluto contenida, empujada por el tono agudo de sus voces y sus llantos. Junto a ella, Roi la imitó al instante y, con su calma y autoridad habituales, se dirigió al epicentro del torbellino de energía.

—Quietas —ordenó con voz serena—. Calma.

En honor a Roi, Laura debía decir que las gemelas intentaron cumplir su orden. Se detuvieron frente a él, pero no con sus formas habituales, tan detalladas que casi podía tomárselas por niñas reales, sino como imágenes que parpadeaban enloquecidas, a saltos, como una vieja película de los primeros tiempos del cine. Casi al momento, como si esa energía nerviosa que las recorría fuera excesiva para sus pequeños cuerpos, se lanzaron a girar por la habitación, ahora como niñas, luego como pequeñas bolas de energía.

—Algo debe de pasarle a Carlitos —sugirió Laura mientras intentaba en vano no dejarse arrastrar por el ambiente que estaban conjurando las dos niñas.

—¡Carlitos! —chillaron las gemelas al unísono.

Roi reaccionó al momento. Pasó de ser el hombre sereno y controlado que siempre se presentaba ante el mundo a convertirse en un torbellino de actividad, aunque mucho más controlado y efectivo que el de las niñas. Sin dudar ni un segundo, volvió junto a Laura, la agarró de la mano y la arrastró fuera del salón y escaleras arriba, hacia la habitación donde descansaba el *biosbardo*, con paso rápido, sin correr pero sin perder ni un momento.

Los fantasmas los siguieron, flotando sobre el suelo, sin molestarse en fingir, como solían hacer, ninguna apariencia de humanidad. Sus voces agudas, afiladas por el miedo, los perseguían como una maldición.

—¡Está despierto!

—¡No está bien!

—¡Ayúdalo!

—¡Ayúdalo!

Esa palabra se repitió como un cántico que las gemelas enunciaron una y otra vez, empujándolos con él, con cada sílaba, con cada entonación. Laura trató de serenarse, de racionalizar el absurdo terror que se estaba tejiendo en torno a sus pulmones como un corsé demasiado apretado que le impedía respirar.

No tenía sentido. No era lógico. No había nada que temer.

Pero lo había.

Era un niño, o al menos lo parecía. Un niño que los había ayudado, que había

estado con ellos desde el principio del camino y que los había seguido muy de cerca de cada paso. Y, por mucho que intentara ser lógica, racional y adaptarse a los dictados de su mente, que siempre la ayudaban a mantener sus emociones en la zona de confort, ahí donde podía manejarlas y controlarlas, miles de años de evolución luchaban en su contra. Los niños eran el futuro, la siguiente generación que aseguraría la permanencia de la especie, y debían ser protegidos a toda costa.

Aunque podía mantener la cabeza fría en cualquier situación, aunque hacía uso de su lógica matemática para poner cada emoción en su sitio, para tomar el control ante cualquier crisis, cuando se trataba de niños, todo su bien organizado sistema se venía abajo sin remedio. Y por mucho que su mente le dijera que, a lo mejor, ese niño había vivido mil vidas como la suya, sus ojos no podían escaparse a la imagen que mostraba, inocente, indefensa, con esos enormes ojos de muñeco que miraban a su alrededor con confianza y dulzura.

Desde que habían llegado con él, herido y roto, había luchado contra su instinto para doblegar el miedo que le causaba plantearse siquiera que el chaval podía morir. Había conseguido mantenerse alejada de esa idea, verla como una posibilidad remota y poco probable, como algo que nadie iba a dejar que ocurriera. Las pocas veces que se permitía pensar en ello, trataba de convencerse de que apenas lo conocía, de que su vida no iba a alterarse en exceso con su desaparición. Y lo había logrado hasta entonces.

Ahora, mientras seguía a Roi escaleras arriba, asfixiada por los gritos de las gemelas, todas sus bien construidas defensas se estaban resquebrajando sin remedio. Y cuando la nota aguda del llanto de las *banshees*, anunciando una muerte inminente, se unió a las voces de los fantasmas en un contrapunto macabro, sus muros cayeron por fin, dejándola indefensa y temblorosa, sin ninguno de sus pilares cerca para ofrecerle seguridad.

El niño parecía tan pequeño en el centro de esa cama enorme, con los ojos vidriosos moviéndose sin cesar en ese rostro redondo. Tan indefenso. Tan inocente.

—Laura, avisa a los demás —ordenó Roi con frialdad.

Pero sus piernas no respondían. Estaban atadas por hilos invisibles a su mirada, que no podía apartarse de la imagen del *biosbardo*. Este, al verlos, había empezado a balbucear con voz débil, tratando de explicarse pero sin terminar de lograrlo, moviendo sus bracitos frente a él como si quisiera atraerlos junto a su lecho. Roi se aproximó sin dudar y tomó asiento junto al cabecero. Solo entonces, debió de darse cuenta de que ella seguía ahí.

—Laura —repitió con más suavidad que en su orden anterior—. Necesito a los demás aquí. No queda mucho tiempo. —Al ver que ella no respondía, endureció su mirada—. ¡Corre, maldita sea!

Obedeció. Corrió por el pasillo como si fuera ella a quien perseguían los gritos de las *banshees*, como si su vida dependiera de localizar a Aidan y Niall y arrastrarlos a ese cuarto. No tuvo que buscar demasiado: quizá atraídos por los gritos, o por alguna

suerte de instinto, los dos hombres se apresuraban ya pasillo arriba seguidos por sus amigas, con aspecto de haberse levantado de golpe de la cama, a medio vestir y con el cabello revuelto, pero con una expresión decidida y severa pintada en sus rostros por norma habitual alegres.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Aidan, sin detenerse ni ralentizar su paso a llegar junto a ella.

—Es el *biosbardo* —explicó ella, sorprendiéndose por el temblor de su voz—. Se ha despertado, pero Roi... —No añadió nada más porque el druida la adelantó sin molestarse en esperar más aclaraciones, como si, en realidad, su pregunta hubiera sido retórica.

—No va a aguantar —susurró Niall tras ellos en tono lúgubre.

—¡No digas eso! —se espantó Marta, parándose en el centro del pasillo, con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

Niall se volvió hacia ella y la tomó por los hombros, estrechándola contra él.

—Lo siento, pajarito —le pareció escuchar a Laura antes de entrar de nuevo en la habitación del niño.

Lo que ocurrió a continuación fue una sucesión borrosa de imágenes que, como en un mal sueño, no parecían tener relación entre sí. Las hadas y Aidan apresurándose junto a la cama; la energía, tan poderosa que incluso Laura pudo sentirla como una caricia eléctrica en la piel, fluyendo desde ellos hacia el niño; Roi refrescando su frente, tomándole el pulso; Diana acercándose a ella y abrazándola mientras lloraba en silencio; las gemelas flotando sobre la cama, sin dejar de gimotear; el mundo alrededor de Laura difuminándose como si abriera los ojos bajo el agua, porque ni parpadeando podía espantar las lágrimas que rodaban sin control por su rostro...

Y por fin, cuando los primeros rayos de sol empezaban a asomar con timidez a través de las cortinas, hubo un cambio.

Un cambio a peor.

Aidan cruzó una larga mirada con Niall y, por fin, se levantó de la cama con expresión fúnebre. El hada no tardó en imitarlo, ayudando a Marta a incorporarse para estrecharla entre sus brazos. Su amiga rompió a llorar como si el cuerpo se le estuviera partiendo en dos, estremecida por unos sollozos incontenibles, mientras su compañero la abrazaba con fuerza, con el rostro inexpresivo, mirando algún punto lejos de la cama y del niño moribundo.

—No se puede hacer nada más —musitó Aidan—. El ciclo vuelve a empezar.

—¡No! —protestó Diana—. No, Aidan, tenéis que ayudarlo, tenéis que...

—Lo siento, *a'chuisse* —susurró el druida. Diana se resistió a los brazos de su compañero que pretendían serenarla, revolviéndose en ellos como una gata que peleara contra la muerte que, de puntillas, se había colado en la habitación dispuesta a llevarse al niño.

Mientras su amiga seguía gimoteando «no, no, no» como un mantra mientras se

rendía despacio al abrazo tranquilizador de su compañero, Laura escuchó un sollozo cargado de dolor, de los que parecen salir del fondo del alma, desgarrado y sentido. Y no fue hasta que Roi se acercó a ella y le limpió las lágrimas que supo que había salido de sus labios.

—*Fiordrhaoi* —llamó una vocecita quebrada desde la cama.

Aidan se apresuró a acercarse e inclinarse sobre el niño. Escuchó en silencio lo que este le susurraba al oído y frunció el ceño en un gesto de incompreensión. Después, su rostro se cubrió con una dulzura infinita, acarició el revuelto cabello del *biosbardo* y susurró a su vez unas palabras en gaélico que Laura no conocía, pero que interpretó como una sentida despedida.

Segundos después, se levantó de la cama y hundió las manos en los bolsillos de sus vaqueros, en un gesto de derrota.

—Ya está —anunció—. Ha seguido su camino.

Las gemelas emitieron un chillido de infinito dolor antes de mutar en sendas bolas de energía incontrolable que rebotaron por toda la habitación entre gemidos antes de desaparecer, sumiéndola en un silencio todavía más luctuoso que el sonido de sus gritos de dolor.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber Niall.

—¿Tenemos que hablar eso ahora? —se indignó Diana, aferrándose a la ira, como siempre que se veía superada por las emociones—. ¿No podemos darle ni unos minutos de respeto?

Y, por primera vez desde que lo conocía, el hada pareció rendirse a sus necesidades humanas de duelo. Tras unos segundos de claro debate interno, asintió con gesto brusco en dirección a Diana.

—Está bien —aceptó—. Hablaremos mañana, después de haberlo llevado a su lugar.

—¿A su lugar? —inquirió Laura. Sabía que su voz sonaba aguda y entrecortada, pero no conseguía encontrar su refugio interior ni su fuerza para evitarlo.

—Me da igual lo que haya ahí fuera —replicó Niall con gesto altivo—. Debe volver con los suyos y yo lo llevaré. Y después voy a cargarme a quienquiera que le haya hecho esto. Para siempre —masculló.

—Iré contigo —se unió Aidan sin dudarlo.

—Yo no puedo acompañaros, pero contad conmigo para el momento de la venganza —apostilló Roi con el veneno de la revancha burbujeando en su voz.

—Mañana será el tiempo de la venganza —intervino el druida con suavidad—. Ahora es el tiempo de la despedida, de celebrar la vida y desearle suerte en su nuevo camino.

—Hablaremos al anochecer —anunció Niall. Sin añadir nada más, cogió en brazos a Marta, que seguía llorando de forma incontrolable, y se marchó sin volverse a mirar atrás.

—¿Y ya está? —protestó Diana sin demasiada convicción—. ¿No vamos a

velarlo? ¿No vamos a...?

—Él sigue su camino, *a'chuisle* —susurró Aidan, empujándola con suavidad fuera de la habitación—. Nosotros seguimos el nuestro y celebramos su nueva vida. Ven, yo te enseñaré. No podemos... —Su voz se fue apagando, desvaneciéndose a medida que se alejaban. Y, de pronto, Laura se encontró en esa habitación, más sola de lo que se había sentido jamás e incapaz de controlar esas emociones que la asfixiaban, que no sabía cómo contener porque rara vez se enfrentaba a ellas.

Tenía la vista fija en algún punto de la habitación, pero su cerebro, aturdido por ese sentimiento extraño que no comprendía ni podía comprender, se negaba a procesar lo que veía. Estaba ciega, muda y sorda a nada que no fuera su dolor, y no sabía cómo romper el ciclo, cómo volver a encontrar su lugar en el mundo, cómo recuperar la paz.

Sintió unas manos que se deslizaban con suavidad por su rostro y, con un esfuerzo de voluntad que no había creído posible segundos antes, enfocó la vista para encontrarse con la mirada preocupada de Roi.

—¿Cómo estás? —preguntó en un susurro tan bajo que, más que escucharlo, Laura lo sintió en su piel.

—No lo sé —reconoció con un gimoteo—. No tiene sentido, no puedo... no sé... Yo...

Sin decir ni una palabra más, Roi la estrechó entre sus brazos e intentó ofrecerle el consuelo de su cuerpo, sólido y firme como una roca, como lo eran el propio hombre y su carácter. Le acarició el pelo como a una niña pequeña y perdida y, para su propia sorpresa, Laura supo que eso era justo lo que necesitaba: olvidarse de su lógica, olvidarse de la mujer que era y refugiarse por unas horas en la niña que había sido un día, que necesitaba el apoyo de alguien con más fuerza y más mundo que ella. Alguien capaz de detener su vida por un instante para que ella recuperara el timón y volviera a empezar con más fuerza.

Así que se rindió al abrazo del hombre y a su silencioso apoyo, y dejó que, por primera vez en años, las lágrimas corrieran sin control por sus mejillas y los sollozos sacudieran su cuerpo. Y, por fin, alzó la vista para encontrarse con la mirada comprensiva de Roi.

—No puedo estar sola. No ahora —reconoció con un hilo de voz—. No me dejes sola.

¿Cómo podía negarse? Y lo que era más, ¿por qué debería? Como casi todos los seres con un cromosoma Y, Roi era incapaz de enfrentarse al llanto de una mujer y a su indefensión. Sí, era lo bastante frío como para no sentirse obligado por las típicas lágrimas de cocodrilo, de esas que ellas usaban en ocasiones para intentar manipular a un hombre y conseguir lo que buscaban. Pero estaba claro que Laura se sentía afectada en lo más profundo, y él no podía negarle un poco de consuelo.

Le había mostrado su lado más humano y ahora le tocaba a él recoger el guante y ponerse a la altura de su dolor, por mucho que le fuera a costar.

—No voy a dejarte sola —dijo. Ella suspiró y se estremeció entre sus brazos, como si esperara un rechazo por su parte—. Pero tenemos que ir a mi habitación. El sol... —Dejó la frase a medias, confiando en que ella entendería la situación y, quizá, se serenaría al pensar en otra cosa.

Tal y como esperaba, Laura se tensó un segundo y luego alzó la cabeza para mirarlo. Su maquillaje, siempre impecable, estaba hecho un desastre. El rímel recorría sus mejillas, formando negros hilos que se extendían hasta su barbilla y rodeaban sus ojos como sendos puñetazos. Tenía los labios hinchados, los ojos y la nariz enrojecidos. Y a pesar de eso, estaba tan guapa como siempre. O quizá era tan solo la imagen de fragilidad que demostraba la que lo removía por dentro, y despertaba todos sus instintos de protección.

—Claro —respondió Laura con una voz que pretendía ser firme—. Claro, no lo he pensado. Yo... Sí... Deberíamos...

—Vamos —la animó Roi al darse cuenta de que la pobre trataba por todos los medios de hacerse con el control de la situación a pesar de que, a todas luces, no estaba preparada para ello.

La tomó de la mano y la guio por el pasillo hasta su habitación, situada al fondo, orientada al oeste y protegida por toda la magia del druida. Abrió la puerta, encendió la luz y le cedió el paso con elegancia. Ella dudó un segundo en el umbral y, por fin, entró despacio, estudiándolo todo a su alrededor mientras él cerraba la puerta tras de sí.

Ella paseó por la habitación con calma, tocando un mueble aquí, observando un cuadro allá; deslizó la mano por el edredón de brocado y acarició las cortinas con expresión indescifrable. Roi aguardó el veredicto, apoyado contra la pared con los brazos cruzados y una sonrisa que pugnaba por abrirse paso a través de su rostro.

—Me gusta —decidió Laura por fin—. Es muy... muy tú. Anticuado, pero en perfecto orden.

—No sé bien si tomarme eso como un halago, querida —sonrió Roi, sin acercarse, permitiéndole a la chica seguir su propio ritmo y dar el siguiente paso.

—Supongo que lo es —respondió ella, devolviéndole una sonrisa más triste y cansada de la que él había ensayado segundos antes—. Gracias, yo... —titubeó—, no suelo portarme así, lo sabes, pero...

—No hay nada que agradecer —la interrumpió Roi. Se apartó de la puerta para dirigirse por fin a ella y posó las manos sobre sus hombros—. Mira, ¿por qué no te das una ducha y te relajas un poco? Puedo preparar un té, o una copa, si quieres, mientras lo haces —ofreció, señalando una pequeña nevera al fondo de la habitación, junto a un mueble alto sobre el que había colocado un microondas.

—Un té estaría bien —aceptó ella con un hilo de voz—. Roi, si te molesto... Ya estoy bien, puedo ir a mi habitación y... Ha sido un momento de debilidad, no sé bien por qué, pero ya ha pasado.

Quizá ella pensara que había pasado, pero la tristeza y la fragilidad, dos palabras que nunca habría asociado a esa mujer hacía unos días, parecían seguirla y rodearla como un aura, como un perfume que infectara su esencia. Y no pensaba dejarla sola, no cuando era tan evidente que lo necesitaba. Aunque iba a ser una tortura tenerla en su habitación y no tocarla. Porque no iba a tocarla. No era lo que necesitaba, y ese momento era para ella, no para satisfacerlo a él.

—Ve a la ducha —dijo, ignorando sus excusas—. Cuando salgas, tendré listo ese té.

Ella dudó todavía unos instantes antes de obedecer y desaparecer dentro del baño. Roi se dirigió a preparar la infusión, confiando en que la repetición de gestos mecánicos —calentar el agua, preparar la bandeja con leche y azúcar, abrir la lata del té, preparar la carga— consiguieran apartar su mente del sonido de la ducha y su imaginación de la visión del agua derramándose sobre el cuerpo perfecto de la chica. Pero, por el modo en que temblaban sus manos al colocar la taza en la bandeja, era evidente que no lo estaba consiguiendo en absoluto.

Inquieto, y maldiciéndose para sus adentros por su momento de debilidad y su caballerosidad, llevó la bandeja a la mesilla, y movió el sofá en el que solía sentarse a leer los días en que no conseguía atrapar el sueño. Entonces fue cuando se dio cuenta de que no disponía de nada más que un sofá, así que tendría que sentarse en la cama si no quería quedarse de pie como un imbécil, mirando a la chica desde arriba mientras se tomaba su infusión. Y, por supuesto, pensar en la cama le recordó que solo tenía una cama. Que no podían, bajo ningún concepto, compartir.

El sonido de la ducha cesó y, pasados unos momentos, ella volvió a salir envuelta en su albornoz. Le quedaba gigantesco y escondía con absoluta eficacia todas y cada una de sus magníficas curvas, pero, por algún motivo que se escapaba a su lógica, eso era todavía peor. Y empeoró todavía más cuando Laura apartó el pelo húmedo de su cara y le regaló una sonrisa de disculpa, que brilló como un diamante en su cara lavada. Hasta ese momento, siempre había pensado que prefería a las mujeres que se arreglaban, que cuidaban su aspecto y usaban un maquillaje inteligente y discreto —«como ella», apuntó una vocecita malvada en su mente—, pero debía de estar

equivocado, porque su imagen limpia y sin afeites fue como un puñetazo en el estómago que envió una corriente de insoportable deseo a través de sus venas.

—He cogido tu albornoz, espero que no te importe —comentó ella. Roi tragó saliva, demasiado aturdido para responder con algo que no fuera un movimiento negativo de su cabeza. Laura miró a su alrededor y localizó la bandeja con el té—. ¿Eso es para mí? —preguntó con timidez.

La pregunta lo sacó por fin de su ensoñación. Se apresuró a acercarse y llevarla hasta el sofá, donde ella se sentó con aire coqueto. Acercó la bandeja y la colocó sobre su regazo, felicitándose para sus adentros por haber conseguido no echar una rápida mirada a su escote.

Ella bebió en silencio, evitando mirarlo, concentrada en algún punto en el interior de su té, o quizá solo en algún lugar dentro de su cabeza. Cada vez que soplaba con suavidad su bebida, a Roi le fallaban las piernas. Por fin, decidió que lo más sensato era sentarse, y esperar a que ella terminara para ver cómo podía plantear el momento en el que deberían meterse en la cama y él tendría que dormir en el sofá. O en el suelo. O en el maldito sótano, a ser posible, aunque quizá aun así estaría demasiado cerca de ella.

—Gracias —susurró Laura mientras posaba la taza en la bandeja—. Siento todo esto, sabes que no suelo comportarme así, pero... —Jugó con la servilleta que Roi había colocado con cuidado junto a la taza, pellizcando la tela con gestos nerviosos—. Los niños. Lo que les pasa a los niños, no sé por qué, me afecta. Mucho. Lo siento.

—Nunca te disculpes por ser humana —la riñó Roi con suavidad. No la contradijo comentándole que, en realidad, el *biosbardo* estaba muy lejos de ser un niño, porque estaba seguro de que ella misma se había planteado el mismo argumento y, como podía ver, no había servido de nada—. Ha sido duro para todos.

—Pero tú mantienes la calma —dejó caer ella a modo de pregunta indirecta.

—Yo he visto demasiado —reconoció Roi antes de poder detenerse a sí mismo—. Pero no pienses ahora en eso —se apresuró a cambiar de tema—. ¿Quieres un libro? Mi biblioteca está bastante bien surtida. Es cierto que la mayoría son clásicos, pero hay varios trabajos de O'Cleary, y creo que dispongo de una buena colección de novela negra.

Laura lo miró largo rato antes de contestar. Y, por supuesto, cuando lo hizo fue para poner su mundo cabeza arriba una vez más.

—¿Vamos a seguir fingiendo que no iba a pasar algo antes de que nos interrumpieran las gemelas? —inquirió.

—No finjo nada —replicó Roi, que llevaba un buen rato esperando una pregunta similar y sabía que no iba a poder evitarla—. Fue un momento. El momento pasó. No hay mucho más que pueda añadir.

Al parecer, ella debía de estar recuperando el control sobre sí misma, porque meditó su respuesta un largo rato, tal y como solía hacer, sin preocuparse de que él



estuviera aguardando, o parecer interesada por nada más que sus propios pensamientos.

—¿Y ese momento va a volver? —preguntó por fin.

—No lo sé —mintió él con absoluto descaro—. ¿Quién puede decir lo que pasará mañana?

Era un buen mentiroso, pero supo al momento que la chica no se había tragado su farol. Una fugaz sonrisa atravesó su rostro para desaparecer tan rápido como había surgido, arrastrada por su habitual expresión inescrutable. Apuró su infusión, volvió a dejar la taza en la bandeja y se estiró para colocarla de nuevo sobre la mesilla. Roi se apresuró a ayudarla, y, al rozar sus dedos, sintió el habitual escalofrío de deseo puro ascendiendo por su columna. Sin embargo, se forzó a ignorarlo.

Se había rendido ya, y lo sabía. Se había rendido hacía un buen rato, en el salón, cuando ella se había disculpado, cuando se había establecido esa corriente de entendimiento, sin movimientos calculados, sin indiferencia. Solo dos personas que, de pronto, comprenden que tienen más en común de lo que piensan. Si no los hubieran interrumpido, quizá ahora mismo estarían en esa cama, desnudos y sudorosos, y las tríadas, la magia y las dádivas a los dioses no estarían entre ellos, separándolos y desconectándolos de lo único que de verdad importaba: la irresistible atracción que los unía.

Pero sí los habían interrumpido, y estaba claro que Laura no era ella misma en ese instante. Quizá había conseguido controlar sus emociones, esconderlas bajo su habitual fachada de lógica implacable, pero todavía estaban ahí, acechando bajo la superficie, dispuestas a clavarle sus garras en el momento en que se distrajera. Seducirla en ese instante no sería inteligente, y él se preciaba de ser un hombre inteligente. Ella podría sentirse después, y con razón, como si él la hubiera utilizado, como si se hubiera aprovechado de su breve debilidad para arrancarle mucho más de lo que le quería dar.

Y por los dioses que se lo daría. Porque una vez que la metiera en su cama, no dejaría que escondiera ni una brizna de sí misma. No le permitiría tener el control, ni esconderse bajo sus muros de sensatez, ni mostrarle nada más que la mujer desnuda en cuerpo y espíritu. Sin fingimientos, sin poses, sin lógica. Sin barreras. Y ese no era el día indicado. Odiaba las manipulaciones, y no iba a hacer a la chica objeto de una de ellas, por mucho que la deseara. Se había acabado el juego de Laura, y ahora empezaba el suyo, pero era un hombre paciente. Sabía esperar, y esperaría. Y la tendría tal y como la quería, según sus normas y no las de ella.

—Deberías acostarte —sugirió por fin—. Ha sido un día difícil, y mañana será peor. Quédate con la cama. Yo dormiré en el sofá.

—Puedo irme a mi habitación, de verdad —insistió, recuperando en parte su habitual frialdad—. Estoy bien. Solo ha sido un momento y ya ha pasado. —Se puso en pie, como si la decisión ya estuviera tomada y no fuera a permitir ni un solo segundo más que él le echara una mano.

Podía dejarla marchar. Confiaba lo bastante en su fortaleza como para saber que estaría bien. Que podría recomponerse sola y volver a alzar sus mecanismos de protección sin necesidad del apoyo de Roi. Era fuerte y sanaría. Encontraría el modo de enfrentarse al dolor y a la pérdida, de racionalizarla y seguir adelante. Pero él había vislumbrado a la mujer tras los muros y no estaba dispuesto a dejarla ir con tanta facilidad. Aunque fuera a costa de su cordura.

—Quieta —ordenó sin mirarla siquiera cuando ella pasó por su lado, rumbo al baño, sin duda para recoger su ropa.

Sintió, más que vio, cómo ella se detenía tras él. Escuchó su suspiro irritado, y percibió su mal humor. De hecho, casi podría haber jurado que notó el aire helado que volvía a recubrir su corazón, congelando las emociones que la habían embargado pocos segundos antes. Y escuchó con claridad cómo daba un nuevo paso ignorando su demanda.

—He dicho «quieta» —repitió.

Al ver que Laura no hacía el más mínimo caso y ni tan siquiera se molestaba en contestar o en discutir, se volvió en su dirección y, con un gesto veloz, la atrajo hacia él. Antes de que tuviera tiempo de revolverse entre sus brazos, y estaba convencido de que eso era justo lo que iba a hacer, se inclinó hacia sus labios y se apoderó de ellos con el beso que llevaba fraguándose en su interior desde hacía una eternidad.

Estaba preparado para que ella se resistiera, y más que dispuesto a alejarse si ese era el caso, pero la reacción de la chica no tuvo nada que ver con una retirada, y la ferocidad de su respuesta lo sorprendió hasta a él.

¿Fría? ¿Había llegado a pensar que era fría? Pues acababa de borrar esa impresión de golpe, con sus labios, con sus brazos rodeándolo y con su cuerpo ceñido al de él como si temiera perderlo. El fuego que estaba prendiendo en su interior era algo más que una chispa. Se trataba de un incendio declarado, de los que arrasan hectáreas de monte y afectan a tres Comunidades Autónomas.

Y, por primera vez en mucho tiempo, él estuvo a un soplo de perder el control, porque ella ya había perdido el suyo.

Laura se entregaba al beso con total abandono, cediéndole el mando, sin retirarse, sin apresurarse, dispuesta a dejar que él la llevara donde quisiera. Sin preguntas, sin lógica, sin más demandas que las de la piel y el deseo. Sus manos exploradoras recorrían la espalda de Roi, acariciando sin exigir, incitando y provocando, y él encontró que, sin que su sentido común se hubiera molestado en protestar, sus propios dedos buscaban ya un camino hacia la piel desnuda de la chica.

Pero los argumentos que se había dado a sí mismo minutos antes todavía eran válidos. No era el momento. No cuando, aunque se empeñara en disimularlo, ella todavía estaba en una situación vulnerable; no cuando podía arrepentirse; no cuando, al despertarse, podía decirse a sí misma que lo había hecho para cuadrar sus malditos esquemas.

No.

Cuando por fin la tuviera en su cama —y ya era un «cuando», y no un «si»— iba a ser por los motivos correctos: porque lo deseaba tanto como él a ella, sin dudas, sin nada más entre ambos que el sudor de sus cuerpos.

Tenía que apartarse cuanto antes, o ya no podría hacerlo. Su sabor lo estaba enloqueciendo, la danza de su lengua con la de él lo hacía perder el sentido. Su cuerpo estaba en llamas y la sangre —«la sangre»— abandonaba su cabeza a toda velocidad, despertando a la bestia en su interior, incitándola a la conquista, a la seducción, al placer. Aun así, podía esperar unos segundos más. Podía recrearse en la caricia de sus labios, en su entrega, en los gemidos que bebía de su boca y que ya no sabía si eran suyos o de ella. Solo un segundo más, un instante más, una locura más.

«Tómala. Ahora».

La voz de la bestia le devolvió la cordura. Un último roce, una caricia robada más para probar la suavidad de su piel y, por fin, se apartó, deshaciendo el beso.

—Hora de ir a la cama, *meu ben* —susurró contra su boca, empujándola ya en esa dirección. Ella abrió los ojos nublados por la pasión para observarlo, y de nuevo Roi tuvo que hacer uso de todo su autocontrol para no dejarse convencer por esa mirada de entrega absoluta—. A dormir —aclaró.

Laura parpadeó, confusa, como si quisiera encontrarle sentido a un chiste demasiado estúpido para comprenderlo o él hubiera hablado en un idioma extraño que jamás hubiera escuchado. Y esas manos, todavía aferradas a su cuello, enredadas con su pelo, no estaban ayudándolo en nada a encontrar unas palabras más precisas que le permitieran explicarse.

Así que, con suavidad, se apartó de ella y abrió la cama, indicándole con un gesto que se acercara. Laura obedeció y él la acostó y la arropó como a una niña pequeña y perdida, que era justo lo que parecía en ese instante.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Roi, tras depositar un suave beso en sus labios porque, sin más, no podía resistirse a probarla de nuevo.

—A ti —musitó ella, confusa.

—Estaré aquí, a tu lado, no te preocupes. No es como si pudiera dejarte sola para salir a dar un paseo bajo el cálido sol de primavera —intentó bromear.

—Pero yo pensé...

—No —la interrumpió con dulzura—. Ese es el problema. Que ninguno de los dos estábamos pensando. —Al ver la cara de incompreensión de la chica, tomó una honda inspiración en busca de algo de aire fresco que bajara la temperatura de su cuerpo y se forzó a sonreír—. Si mañana, cuando lo que acabamos de vivir hoy ya no esté entre nosotros —susurró, retirándole el oscuro cabello de la frente—, sigues pensando lo mismo, te arrastraré hasta esta cama y te daré todo lo que me pidas y más aún, ¿de acuerdo?

—Pero me deseas —afirmó ella tras unos segundos meditando.

—Esa nunca fue la cuestión —sonrió Roi antes de apagar la luz.



*Sangre.*

*El mundo a su alrededor se había convertido en sangre. Manaba de su pecho, de su vientre, entre sus piernas. Se escurría por sus dedos, mancillaba el immaculado vestido, la tierra bendecida.*

*Sangre.*

*Una gota y otra y otra más. Un hilo, un río, un torrente rojo y cruel que se llevaba su vida. Su vida y la otra vida, arrancándose con puñales de sufrimiento, llevándose con el dolor, el dolor infinito.*

*Sangre.*

*Agonía y muerte. Y sangre y más sangre. La suya y la que ya no era solo suya. Sueños rotos, esperanzas truncadas, el olvido de la muerte y la muerte que sería olvidada.*

*Y la sangre seguía manando, como sus lágrimas, como su lamento. Como esa vida que no era y ya no sería, como el ciclo que se rompía y no podría volver a empezar. No todavía, no sin más sangre.*

*El dolor no importaba. El sacrificio no dolía. La traición sería vengada.*

*Solo lamentaba esa sangre.*

Laura se despertó con un grito estrangulado en la garganta, con el corazón acelerado, el pulso errático y el sudor empapando su piel. Con las manos aferradas al vientre y el recuerdo de un dolor indecible agitando su cuerpo como un cascarón en el centro de un temporal.

Sin poder controlar su respiración jadeante ni el temblor de sus manos, buscó a tientas el interruptor de la luz. Moriría si no conseguía apartar la oscuridad. Luz. Necesitaba luz. Necesitaba ver. ¿Dónde estaba el maldito interruptor? ¿Dónde?

Gimió sin poder reprimirse, aterrorizada y sin poder conseguir ni un gramo de su habitual serenidad.

Luz. Luz. Luz. Necesitaba luz.

—Luz —gimoteó.

Unas manos se posaron en sus hombros, sobresaltándola. ¡La habían atrapado! No sabía quién, no le importaba. Solo quería huir, encender la luz, escapar, perderse, esconderse...

Braceó desesperada, tratando de librarse de la presa de esas manos implacables. Escuchó un grito y apenas fue consciente de que salía de sus labios.

Luz. Si encendía la luz...

—Laura, tranquila —ordenó una voz firme y serena. Una voz amiga—. Ha sido una pesadilla, estoy aquí, estás bien.

—Luz —lloriqueó, incapaz de ordenar a su cerebro que buscara algo más coherente.

Una súbita claridad hirió sus pupilas, obligándola a parpadear. Cuando por fin consiguió enfocar la vista a través de las lágrimas que no recordaba haber derramado, vio el rostro preocupado de Roi, con los ojos fijos en ella.

—Ya está, ya he encendido la luz. Ha sido una pesadilla —repitió—. Un sueño, ¿entiendes? Ya pasó. Estoy contigo. Respira.

Su tono de voz, suave y calmo, fue calando en ella, deshaciendo el hielo de su pánico con su calidez, con su seguridad. Despacio, muy despacio, su respiración se fue normalizando. El aire ya no escapaba de sus pulmones en jadeos entrecortados, el pulso se ralentizaba en sus venas, y el corazón, agitado hasta entonces, recuperaba su ritmo. Pero la sensación de angustia no cesaba, y por mucho que se esforzara en controlar sus lágrimas, estas manaban libres por su rostro.

Si antes jadeaba, luchaba por conseguir cada molécula de aire a su alcance, ahora sollozaba sin poder detenerse. Y, por mucho que lo intentara, no conseguía que su cerebro tomara el control, que iniciara uno de sus análisis y la ayudara a comprender qué le estaba ocurriendo.

Roi dejó escapar una maldición entre dientes y la estrechó entre sus brazos, susurrando incoherencias en su oído para tranquilizarla. No la presionó, no insistió para que le contara lo que había soñado y ni siquiera la apresuró a serenarse. Solo se quedó ahí, junto a ella, prestándole el callado apoyo de sus brazos y de su cuerpo, firme como una roca, paciente como un *carballo* centenario.

Poco a poco, Laura fue recuperando el control. Todavía se sentía extraña, como si flotara, como si la droga de la adrenalina hubiera alterado todas sus funciones vitales y se viera a sí misma como una extraña desde fuera de su cuerpo, pero ya casi podía razonar con lucidez. Sin embargo, el cálido abrazo de Roi era demasiado confortable, y algo en ella le impedía abandonar el abrigo de su cuerpo y de su apoyo.

—¿Estás mejor? —susurró él por fin. Laura asintió contra su pecho, preparada para que la apartara, pero incapaz de hacerlo por sí misma—. ¿Quieres contarme lo que has soñado? ¿Lo recuerdas?

Lo pensó unos momentos. No recordaba el sueño, solo imágenes perdidas, breves retazos y, por supuesto, la sensación de terror absoluto, de muerte inminente. Había una mujer, o quizá esa mujer era ella. Había dolor, llamas, gritos...

Negó con la cabeza.

—¿No? ¿No lo recuerdas o no quieres? —musitó Roi.

—No lo recuerdo —contestó, avergonzándose del temblor de su voz—. Tenía mucho miedo —reconoció—. Y dolía. Dolía mucho.

—¿Quieres un poco de agua? ¿Una tila? —sugirió él.

—No, no. —Si iba a prepararle una infusión, se alejaría de ella, y no estaba segura de que no fuera a romperse en mil pedazos si eso ocurría—. No te vayas. Lo siento —añadió cuando él se tensó de forma casi imperceptible—. Lo siento, me

estoy portando como una niña imbécil. No sé qué me pasa hoy. No me siento como yo misma.

—Es normal —aceptó él con voz suave—. No te disculpes. Todos tenemos un mal día.

—Seguro que tú no —protestó ella—. Tú siempre estás tranquilo.

Él dejó escapar una ronca carcajada que tenía muy poco de humorística.

—Laura, te aseguro que yo he tenido decenas de días mucho peores que el tuyo. Y peores pesadillas —añadió tras un titubeo de indecisión.

—¿Y qué haces para controlarlas? —inquirió.

Roi volvió a sonreír. No era su habitual sonrisa, cargada de ironía. Ni siquiera la amenazadora que solía dedicarle a Niall, ni la dulce que a veces dirigía hacia Marta. Era una sonrisa divertida, traviesa, y Laura supo que lo siguiente que iba a escuchar de él iba a ser un chiste muy poco propio del hombre al que creía estar empezando a conocer.

—Mejor no te lo digo, o volveremos al momento anterior a meterte en esta cama, y ya no tengo fuerzas para discutir más —replicó con picardía.

—Pues no discutas —coqueteó ella. Y fue la primera sorprendida al darse cuenta de que, a pesar del miedo que todavía le cosquilleaba en la columna vertebral, era capaz de bromear. O quizá bromear no era la palabra precisa.

—Ya veo que estás lo bastante bien como para volver a dormirte —replicó él, acomodándola con delicadeza sobre la almohada. Ignoró su mohín y la arropó de nuevo—. ¿Estás bien? —preguntó, ya serio.

Ella se encogió de hombros en un gesto que podía ser tanto un asentimiento como una negativa. Pero cuando la mano de él se aproximó al interruptor de la luz, el corazón se aceleró de nuevo en su pecho y su cuerpo se tensó bajo las sábanas. Y, cómo no, Roi lo percibió.

—No te preocupes —dijo Laura con la voz más serena que pudo componer. Su reacción era irracional, pero sin duda se debía a la adrenalina que todavía corría por sus venas. En cuanto se enfrentara al primer momento de oscuridad, se calmaría. Seguro—. Estaré bien.

Roi la contempló con el rostro inexpresivo, pero todo en su lenguaje corporal, en el modo en que los músculos se tensaban bajo su camisa, en que la mano que había apoyado en la mesilla se aferraba a la madera le decía que estaba debatiendo algo consigo mismo. Y era algo que le estaba costando mucho decidir. Por fin, bajó la cabeza en lo que parecía un gesto de rendición, y volvió a alzarla para mirar a Laura a los ojos.

—¿Te sentirás mejor si me acuesto a tu lado? —ofreció.

Laura quiso decir que no. Quiso encontrar a la mujer madura, responsable y serena que siempre había sido y decirle que no hacía falta, que podría dormir sin su ayuda, que ya no tenía miedo, que había recuperado el control. Pero no pudo. Primero, porque no estaba segura de lo que podía pasar si apagaba la luz y la

pesadilla volvía a atraparla; y segundo, y no menos importante, porque deseaba con todas sus fuerzas sentir el cuerpo del hombre contra ella, abrazándola y reconfortándola. Y, quizá, si jugaba bien sus cartas, podría tenerlo por fin. Y, aunque tendría que pensar más en ello, estaba convencida de que no iba a ser solo porque deseara encajar su relación en una tríada.

—Por favor —aceptó en un susurro.

Con un seco asentimiento, él se deshizo de las botas y se tumbó en la cama tras ella. Se estiró por encima de su cuerpo, y apagó la luz. Laura esperó el mordisco del pánico, pero el firme brazo de él sobre sus costillas, estrechándola contra su pecho, ahuyentó las sombras y la sumió en un apacible sueño pocos minutos después.

No sabía si había dormido una hora o diez cuando la puerta de la habitación se abrió de par en par y un charco de luz regó la densa oscuridad del interior. Una figura familiar se recortó en el umbral, y antes de que su cerebro consiguiera encajar las piezas del rompecabezas y devolverle un rostro y un nombre, sintió cómo Roi se apartaba de ella para sentarse en la cama.

—¿Ya estáis listos? —preguntó sin siquiera molestarse en saludar. O, lo que sería incluso más propio de él, en preguntar por qué no habían tenido la cortesía de llamar.

—Sí —respondió la voz de Niall desde la puerta—. Bajad cuando podáis —añadió antes de entornar la puerta.

—Bueno, eso sí que ha sido extraño —meditó Laura, frotándose los ojos para espantar los últimos restos de sueño. Cuando Roi la miró, enarcando una ceja en una muda pregunta, ella se encogió de hombros—. Es Niall. Nos ha visto en la cama juntos y no ha hecho ni un mal chiste.

—A veces, incluso él pierde las ganas de bromear —respondió él con una media sonrisa—. Pero, tranquila, las recuperará. Y será peor que si hubiera dicho algo ahora.

—Estupendo —se lamentó Laura—. Apenas puedo esperar.

—Lo mismo me ocurre a mí —replicó Roi, y algo en su mirada le dijo que no estaba hablando precisamente de las pullas del hada. Sin embargo, tan pronto como había aparecido esa expresión de deseo en su rostro, desapareció sin dejar rastro, y volvió el hombre práctico y tranquilo—. ¿Quieres ducharte?

—Sí —asintió ella—. Sé que ya me duché antes de acostarme, pero todavía tengo sueño, y la pesadilla me ha dejado sudorosa y agotada.

—Adelante —ofreció, alzando la mano en una de sus habituales florituras—. Tú primero.

—No —contestó Laura—. No, primero tú. A mí me va a llevar más tiempo, y a ti te necesitan más que a mí. Lo más lógico es que tú vayas delante.

Era una sugerencia de lo más razonable expresada así, pero Laura no le estaba cediendo su puesto solo por eso. Los últimos acontecimientos la habían dejado descolocada, y necesitaba unos minutos a solas antes de enfrentarse a los demás. E incluso antes de enfrentarse al propio Roi. Por unas horas, había perdido su habitual serenidad, y era imprescindible que la recobrarla, porque algo había cambiado y era



preciso que lo estudiara con calma antes de verse arrastrada de nuevo por las emociones. El descontrol era algo que no podía permitirse y ya se lo había permitido bastante.

Él lo meditó un instante y, por fin, después de unos segundos observándola con expresión inescrutable, asintió. Se dirigió hacia el baño y, antes de traspasar la puerta, se volvió como si acabara de recordar algo.

—Por cierto, querida —comentó con ligereza—. Por si te lo estás preguntando, esta noche no vamos a trabajar en tus esquemas.

—¿No? —preguntó con tono neutro. Algo en el modo en que se dirigía a ella le provocaba un aleteo de expectación en el estómago y, aunque no estaba segura de querer reprimirlo, necesitaba tiempo para estudiarlo al detalle antes de mostrarlo ante él.

—No —refutó él—. Esta noche vamos a ser ilógicos. Y, si me apuras, también vamos a tratar el tema del sudor y el agotamiento. En profundidad —añadió con un guiño antes de encerrarse en el baño, dejándola confundida y, quizá, un poco ansiosa.

«Mantén la cabeza fría».

La frase se repetía una y otra vez en la mente de Roi, como un mantra al que aferrarse con uñas y dientes, aunque quizá, si tenía que ser sincero consigo mismo, debería añadir un par de partes más de su cuerpo que mantener frías hasta que llegara el momento oportuno. Y podía hacerlo. Solo tenía que centrarse en lo que estaba ocurriendo, en lo que podía suceder, y en las caras largas que sin duda lo esperaban tras la puerta cerrada del salón. Solo tenía que recordar el sufrimiento del pobre *biosbardo*, solo tenía que centrarse en el dolor que había provocado su paso a una nueva existencia.

«Concéntrate en eso», le susurró la parte más racional de sí mismo, con el tono un poco indignado, quizá, por su pérdida absoluta de control horas antes.

Sí, no solo podía, sino que debía concentrarse en eso. Él era el contrapunto de cordura en ese grupo de locos, y aunque no estaba en su mejor momento, debía cumplir con su parte. Así que apartó con decisión todos los recuerdos de lo que había sucedido en su habitación, y se preparó para escuchar lo que fuera que O'Cleary tuviera que contarles.

Aun así, antes de atravesar la puerta se detuvo unos instantes para tomar un par de hondas inspiraciones, atusar su levita y recolocarse los puños de la camisa. Sabía que estaban perfectos, pero esos pequeños rituales serenaban la bestia en su interior. Y los dioses sabían que necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir para calmarla, porque llevaba muchos días exigiendo que atendiera a sus demandas, y ahora se le habían complicado mucho las cosas para satisfacerla.

Con un nuevo suspiro abrió la puerta y observó la escena —o más bien el cuadro estático— que se presentaba ante sus ojos.

Lo primero que captó su atención fueron los fantasmas. Las dos niñas se acurrucaban contra Niall y Marta, silenciosas y apenas tangibles, vibrando como un diapason, como si no fueran capaces de reunir la energía suficiente para mostrar una imagen definida. Esa quietud apenas contenida, cargada de dolor, lo afectó de un modo difícil de explicar. Si bien no solía soportar los gritos y el nerviosismo de las pequeñas, los prefería a esa calma herida mil veces. Las dos pequeñas ya habían sufrido bastante en su vida humana. No era justo que también tuvieran que sentir dolor en su siguiente etapa.

Sus amigos parecían contagiados de esa tristeza y también permanecían encerrados en un hosco silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Las bromas volverían, sin duda. Las pullas, los comentarios más o menos ingeniosos y el habitual caos en el que solían derivar sus reuniones, pero en ese momento solo había lugar para el duelo. Y, por muy poco caballeroso que le pudiera parecer a un extraño,

el de sus amigos le preocupaba bastante más que el de las chicas. Al fin y al cabo, ellos sabían que la muerte no era el final, que lo que había ocurrido no era más que un ciclo que debía cumplirse, que la vida no tenía fin, que la existencia era una rueda que no dejaba de girar. No deberían estar tan afectados por lo que, para ellas, era la muerte de un ser querido y, sin embargo, lo estaban.

Sabía el motivo, por supuesto. No era lo que había ocurrido, sino cómo había ocurrido. De alguna manera, todos se sentían un poco responsables del *biosbardo*, todos lo habían tomado bajo su ala protectora. Y habían fallado de la peor manera posible, condenándolo al dolor y la tortura. Y después habían vuelto a fallar al no poder repararlo.

Y, por supuesto, estaba lo que fuera que el niño le hubiera susurrado a O’Cleary en sus últimos momentos, y que, sin duda, estaba poniendo esa expresión en su rostro, entre pensativa y torturada.

Se adentró en la sala y se dirigió hacia su sillón. Si quería una prueba de que el humor no estaba a la altura de lo habitual, que el hada no hubiera intentado robárselo ya sería suficiente. En cuanto hubo tomado asiento, el druida alzó la vista hacia él.

—¿Laura? —inquirió.

—No tardará —respondió en el mismo tono brusco y desabrido.

—Esperaremos —anunció O’Cleary, sin añadir nada más.

Pero Roi tenía un mal presentimiento y sabía que no se debía tan solo al silencio incómodo de la reunión, ni a sus horas de sueño robadas, ni a los quejidos de su monstruo interior. Ni siquiera a lo que había ocurrido con el *biosbardo*. Se había levantado con esa sensación incómoda que lo perseguía a veces, como un cosquilleo en la nuca, como unos dedos fantasmales que recorrieran su columna, y por más que intentaba comprender el motivo, acercarse a desentrañar el nudo de nervios que le provocaba, la solución se escurría entre sus dedos. Necesitaba poner sus pensamientos en voz alta o iba a terminar por volverse loco.

—¿Alguien más tiene la sensación de que algo va muy, muy mal? —preguntó—. Aparte de lo obvio, quiero decir.

—¿Aparte de lo obvio? —refunfuñó Diana, acurrucada contra Aidan—. ¿No te parece suficiente «lo obvio»?

—Calla. Tiene razón —intervino Niall, cortante—. Algo va muy mal, y no tengo ni puta idea de qué es.

—¿Vosotros también lo sentís? —se sorprendió Marta.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —masculló al mismo tiempo Aidan en tono furioso.

—¿Soy la única que no sabe de lo que habláis? —preguntó Diana, con una expresión que mezclaba a partes iguales la confusión y la irritación.

—Eres la única que no tiene una naturaleza mágica, pelirroja —explicó el druida—. Innata o adquirida —aclaró en dirección a Roi, que aceptó la puntualización con un breve asentimiento.

—Vale —aceptó la chica, sin pedir más aclaraciones. La mujer de Aidan había aprendido muy pronto que buscar más información solo servía para estar más confundida, así que saltaba de revelación en revelación sin detenerse demasiado a analizarlas. Encajaba a la perfección en la forma de actuar de sus amigos—. ¿Y no sabéis qué es?

—Si lo supiéramos, no estaríamos tan cabreados, calabacita —gruñó Niall—. Deberíamos hacer algo, *deartháir*, porque los dos sabemos que lo que quiera que nos tenga así vendrá a mordernos en el culo en cualquier momento —exigió en dirección a Aidan.

—Tengo demasiado en mi plato ahora mismo, *sídhe*. Pero siéntete libre de colaborar cuando te parezca oportuno —ironizó el druida de malos modos.

—Excelente —intervino Roi, sabiendo que el intercambio, dado el mal humor general, podía convertirse en una batalla campal en menos tiempo del que se tardaba en decir «te voy a dar dos hostias»—. Aidan puede trabajar en las protecciones y en un hechizo que levante en parte la ocultación, y tú deberías concentrarte en lo que nos está poniendo a todos los nervios de punta.

—¿Y en qué vas a trabajar tú, *a'chara*? —preguntó Niall con agresividad—. O, mejor dicho, ¿a quién te vas a trabajar?

La fría calma que solía poseerlo cuando el hada se mostraba infantil e hiriente amenazó con no hacer su aparición. Pero la costumbre adquirida de muchos siglos de bregar con sus salidas de tono le dio un empujoncito a su sentido común y lo ayudó a controlarse. Dejó que la fría lógica lo envolviera, empujó al fondo de su mente el discurso airado que estaba dictándole su honor herido y se concentró en el ritmo y la cadencia de cada una de las palabras que iban a salir de su boca, modelándolas con cuidado.

—Mi querido amigo —replicó con su tono más engolado, aun a sabiendas de que sacaría de quicio al hada. O quizá por ello—, dejando al margen que mi vida privada no es en absoluto asunto tuyo, me gustaría que me dijeras en qué momento, en todo el tiempo que hace que nos conocemos, he dejado de lado mis obligaciones o me he negado a colaborar porque tenía entre manos algo distinto a nuestra misión.

Niall abrió la boca para soltar, con toda probabilidad, algún comentario hiriente acerca de su incapacidad de expresarse con claridad, pero la meiga lo frenó colocando una manita pequeña y suave sobre sus labios.

—Ha dicho que no te metas en sus asuntos y que él siempre hace su parte. Y sabes que tiene razón —tradujo con una sonrisa apacible que serenó a Niall de inmediato, convirtiendo su expresión de agresividad en simple sarcasmo. Y el sarcasmo del hada era algo muy fácil de manejar.

—Pues a ver si la hace de una vez, porque tanta tensión sexual no resuelta también me está poniendo los nervios de punta a mí —protestó, irritado.

Pero Roi sabía que el momento de rabia había pasado, y que, como si de un hechizo se tratara, la magia del grupo había vuelto. Si seguían vivos y cuerdos

después de todo lo que habían visto, era por ese humor negro, por esa facilidad para enfrentarse al horror con una broma, una salida de tono y una sonrisa. Y aunque el hada era único creando ese ambiente relajado dentro de la tragedia, él sabía muy bien cómo seguir sus chanzas.

—¿«Tensión sexual no resuelta»? ¿Cuándo has aprendido a usar una frase tan compleja, amigo mío? —bromeó Roi—. Nuestro niño está creciendo, O’Cleary. Ya sabe usar palabras de dos sílabas.

—Se las copio a Aidan, que cuando se pone en «modo escritor» es tan gilipollas como tú —replicó el hada, ocultando su sonrisa tras la coronilla de la meiga, que, adaptada como estaba a las dinámicas del grupo, se acurrucó satisfecha en el regazo de su compañero—. Y sé muchas palabras de dos sílabas.

—Claro, casi todos los tacos son bisílabos —sonrió O’Cleary con afecto—. Ahora en serio, tenemos que ponernos las pilas. A ver si baja Laura y puedo contaros...

Como si la hubiera invocado con sus palabras, Laura bajó en ese momento. Roi pudo oler el aroma de su champú, que cayó como un mazazo en su libido, y escuchar el repiqueteo de sus tacones en la madera del recibidor.

—Ahí viene —anunció.

—Como un perro en celo —susurró Niall al oído de la meiga, sabiendo de sobra que, por muy bajo que hablara, Roi podía escucharlo.

Se negó a responder a la provocación. Primero, porque el momento de las bromas ya había cumplido su objetivo y debía terminar. Y, segundo y no menos importante, porque ¿qué iba a replicar? Aunque expresado con la vulgaridad habitual del hada, el comentario había dado justo en el clavo. No solo la sensación de que algo no funcionaba como debía tenía a Roi con los nervios de punta y el humor alterado. La chica, y el irreprimible deseo que sentía por ella, tampoco estaba haciendo nada por mantenerlo tranquilo. Aunque eso iba a cambiar muy, muy pronto.

Laura entró en la habitación con paso firme, y Roi supo al instante que la tregua que se había concedido a sí misma para portarse como un ser humano con sentimientos había terminado. Su rostro mostraba esa frialdad tan típica suya, tan indiferente y controlada. Estaba maquillada a la perfección y no tenía ni un solo cabello fuera de su sitio. Y, cómo no, en las manos llevaba su inseparable tableta, en la que, sin ninguna duda, se pasaría toda la reunión tomando notas.

Antes, esa actitud desinteresada solía irritarlo, pero ahora que sabía lo que se escondía bajo esa fachada estudiada al milímetro, lo único que le provocaba era una subida de temperatura de lo más molesta. Y las ganas de seguir haciendo caer sus barreras, una detrás de otra.

Ella tomó asiento en uno de los sofás, junto a Diana y el druida, y los miró con una expresión que decía con claridad que no estaba dispuesta a perder el tiempo y que podían empezar a explicarse cuanto antes. Aidan carraspeó y se apoyó sobre los codos, enlazando las manos frente a sí, con la vista clavada en el suelo.

—Vale, vamos a ver —dijo a modo de introducción—, tal y como debíamos sospechar todos, Ciara y Cathal torturaron al *biosbardo*.

Como había dicho el druida, todos lo sospechaban ya a esas alturas, pero aun así un soplo de indignación recorrió la reunión en forma de gruñidos y maldiciones apenas susurradas. Las gemelas dejaron escapar un aullido aterrador, y su energía hizo temblar los cristales, abrió y cerró los cajones y dejó caer varios libros de sus estantes. Pocos segundos después, el salón parecía estar en el epicentro de un terremoto, con los muebles temblando y los cuadros derrumbándose desde las paredes; las luces parpadeaban, la ventana se abrió de golpe, estrellándose contra la pared, y las cuidadosas notas de Laura volaron de la mesa, arremolinándose en el aire y girando en un torbellino enloquecido sobre sus cabezas.

—Niall, o las calmas tú o te juro que llamo al exorcista de guardia —protestó Aidan, alzando la voz para hacerse oír sobre el caos que había provocado la demostración de dolor de los fantasmas.

Fueron unos tensos minutos de caos mientras las hadas negociaban con los fantasmas y los demás trataban de fingir que la habitación no estaba a punto de caer sobre ellos. Por fin, el *poltergeist* llegó a su fin y las gemelas desaparecieron de la estancia, aunque sus aullidos seguían reverberando de tanto en tanto desde el exterior.

—Nos encargaremos de esto —prometió Aidan tras cruzar una mirada cargada de significado con Niall—. Tienes mi promesa. Cuando todo acabe, nos encargaremos de esto.

Roi cerró los ojos y asintió. Sabía a lo que se refería el druida, y no podía por menos que estar de acuerdo, pese a los malos recuerdos que removía en su interior. El paso a un nuevo plano de existencia era un castigo demasiado bueno para los dos hermanos, y solo la Muerte Verdadera satisfaría las ansias de venganza del grupo. Era una decisión difícil, extrema y, en cierto modo, antinatural para gentes para las que el ciclo sin fin era la base de su existencia, y más para él, que había perseguido ese camino durante mucho tiempo hasta que sus amigos le devolvieron la razón, pero ciertos actos no podían ni debían disculparse.

Antes de que nadie pudiera preguntar por el motivo de ese comentario, Aidan volvió a retomar el rumbo de la reunión y continuó hablando.

—Querían saber qué había pasado en el Otro Lado y cuánto sabíamos —explicó. Alzó la vista y miró hacia Roi—. Me alegro de que me convencieras de ocultárselo.

—Ya sabes que mi capacidad de confiar en extraños, y más en extraños que vienen del Otro Lado, es muy limitada, O’Cleary —replicó él a modo de reconocimiento.

—Y por una vez tengo que darte la razón, porque sabían mucho más de lo que les habíamos contado. —Inspiró hondo y clavó la vista en Niall, con una expresión que demandaba calma—. Sabían lo de vuestro hijo. Le preguntaron por él al *biosbardo*. No les dijo nada —se apresuró a aclarar. Y antes de que el hada pudiera soltar toda la rabia que estaba conteniendo en su interior, continuó—: y añadió solo una frase más.

No sé lo que significa, pero se aferró a mí como si el futuro del mundo dependiera de que yo la escuchara. Traducido es más o menos esto: «Conoce el secreto del germen de fuego».

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Diana.

—Supongo que habla del *fomore* —meditó Niall—. Usó el poder del fuego para negociar.

—Pero eso ya lo sabíamos —protestó Roi—. Es algo que se sabe desde siempre. No es tan importante como para que se desesperara porque lo supieras.

—Sí, pero nunca hemos sabido cómo pudo hacerlo, porque, de hecho, le otorgó el secreto del fuego a la traidora —intervino Aidan—. Sí, ya sé —se anticipó a la siguiente protesta de Roi—. Es un *fomore*. Aunque sea agua, puede conocer conjuros de fuego. Pero creo que hay algo más. Algo importante.

—Buscaré en mis recuerdos —aceptó Niall por fin—. Pero hemos estudiado los caminos de la maldición una y mil veces. Dudo que encontremos algo nuevo.

—¿Puedes escribirme lo que te dijo en gaélico? Porque supongo que hablasteis en gaélico, ¿no? —intervino Laura después de unos segundos en los que el grupo se sumió en un pensativo silencio.

—Sí, por supuesto que puedo, pero ¿de qué va a servir? La traducción es esa y tú no hablas gaélico... —Se frenó en seco y la miró con los ojos entrecerrados—. Porque no lo hablas, ¿verdad?

—Ni una palabra —reconoció ella mientras daba un par de toques en su tableta y se la tendía a Aidan, que la aceptó con el mismo gesto de prevención con el que manejaría a un cachorro de *urco* furioso—. Pero sí hablo otros tres idiomas y sé de sobra lo que es perder detalles en la traducción.

—¿Me estás diciendo que he traducido mal la frase? —inquirió el druida, con todo el aspecto de no saber muy bien si sentirse ofendido o divertido.

—Te estoy diciendo que puede haber algún matiz que no has visto —aclaró Laura sin alterarse ni lo más mínimo.

—¿En mi propia lengua? —insistió O’Cleary.

—Sí, en tu propia lengua —replicó la chica con una brusca inspiración como única señal de que estaba perdiendo la paciencia—. Mira, sé de lo que hablo: soy bilingüe en gallego y castellano. Y hay expresiones en gallego que no soy capaz de traducir al castellano sin perder algún matiz. Y viceversa.

—Tiene razón, *anamchara* —medió Niall, subrayando el término gaélico en una clara demostración de lo difícil que podía ser traducir una simple palabra—. Déjala que lo mire, total, ¿qué podemos perder?

El druida pensó en ello durante largo rato antes de asentir muy despacio, como si le costara aceptarlo, tamborileando con sus dedos en la parte posterior de la tableta. Por fin, suspiró y tecleó durante unos segundos antes de devolvérsela a Laura, que la aceptó con una breve sonrisa satisfecha. Para su propia vergüenza, Roi se descubrió pensando que tenía que hacer todo lo posible para evitar que se pusiera a trabajar de

inmediato en la traducción, porque esa noche el que quería pintar una sonrisa en el rostro de la chica era él.

¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Cuándo se había dejado llevar por sus instintos en lugar de por su lógica? ¿Cuándo, hasta que la había conocido, había dejado el trabajo de lado por una mujer?

La respuesta era muy sencilla: nunca.

Sus amigos no tenían reparos a la hora de buscar un poco de diversión aunque estuvieran metidos hasta las cejas en uno de sus habituales problemas, pero él siempre respetaba los momentos de ocio y de trabajo y jamás, bajo ningún concepto, mezclaba lo uno con lo otro. Quiso disculparse a sí mismo diciéndose que los primeros en romper la norma de «nunca con los humanos a los que ayudamos» habían sido sus amigos, pero eso también había ocurrido en el pasado y tampoco se había sentido tentado de imitarlos.

Pero esa mujer... Esa mujer lo hacía perder el sentido de la realidad. Y si bien había podido controlarse cuando pensaba que no era más que un frío montón de datos bajo el que no se escondía ninguna emoción, ahora que sabía que había un ser humano debajo de las operaciones matemáticas y las tablas de Excel, y un ser humano con esas curvas magníficas, además, le estaba resultando imposible dominarse.

Y menos con su monstruo ansiando sangre.

Todavía no había hablado con O'Cleary del problema añadido que suponía el sitio a la casa, pero no iba a poder retrasarlo mucho más si no encontraban una solución en los próximos días. En una semana, a más tardar. Estaba sumergido en sus problemas —y en la inminente solución de, al menos, uno de ellos— cuando escuchó su nombre pronunciado en una voz demasiado alta como para ser la primera llamada.

—¡Roi! ¿Dónde diablos estás, hombre? —estaba preguntando Aidan.

—Perdona, O'Cleary —se disculpó—. Pensaba en... —vaciló.

—Deja, no me lo digas —lo interrumpió el druida, con un tono que combinaba a la perfección la desesperación y la burla—. Estoy convencido de que soy mucho más feliz sin saberlo. Te decía que vamos a salir ahora.

—Muy bien —aprobo Roi de mal humor, sobre todo consigo mismo, por haberse puesto de nuevo en una situación que facilitaba las pullas de sus amigos—. Y qué quieres, ¿mi permiso por escrito?

—No, quiero que estés atento a las ventanas —replicó O'Cleary, irritado—. No vamos a estar mucho tiempo fuera, y no saldremos de las protecciones para cruzar, pero aun así, no me fío nada.

—Pero has reforzado la casa, ¿verdad? —Al ver la expresión inquisitiva de su amigo, Roi sonrió—. Mis tatuajes —explicó—. Ya no arden como ayer. Imagino que has restaurado las protecciones, ahora que puedes volver a usar toda tu magia.

—Es una solución temporal —comentó el druida, poniéndose en pie. Niall lo imitó de inmediato, serio como pocas veces lo había visto y con la impaciencia por



llevar a cabo la tarea dibujada en cada trazo de su cuerpo—. Pero mañana será otro día. Tú quédate aquí y permanece atento a nuestra vuelta. Marta nos acompañará, así que no tienes que preocuparte por su fuego. —Eché a andar hacia la puerta y se detuvo un segundo junto a él—. Pero controla a Diana. Ya la conoces. Si tardamos demasiado y tienes que atarla a las vigas para que no haga alguna tontería, adelante. No me molestaré.

Roi reprimió una carcajada que delataría a su amigo ante su mujer y asintió con toda la seriedad de la que era capaz en ese instante. Que, para qué negarlo, era muy poca.

—Muy bien, pero tú te entenderás con ella a tu regreso. Yo no quiero saber nada —exigió, sonriente.

—¿No lo hago siempre? —masculló el druida con un suspiro resignado antes de salir por la puerta, seguido por las hadas.

A pesar de que adoraba a sus amigas, y que siempre habían sido para ella su familia, mucho más que la consanguínea, a la que rara vez veía y con la que solo hablaba en Navidades y cumpleaños, en esos momentos Laura sentía un incontrolable y muy poco racional deseo de amordazar a Diana y atarla a una silla. Y mucho se temía que como el grupo que había ido a llevar al *biosbardo* a su lugar de origen tardara solo cinco minutos más, ese deseo se convertiría en unas ganas feroces de estrangularla. Con su propio nerviosismo, a ser posible. Muy despacio. Y de forma muy dolorosa.

Apenas habían transcurrido cinco minutos desde que Aidan había guiado a las hadas al exterior, cuando su amiga empezó a quejarse. Era como un niño irritante, sentado en el asiento trasero de un coche en un viaje largo, que no dejaba de preguntar una y otra vez variantes de las frases «¿Falta mucho? ¿Cuándo llegamos?». Y con cada pregunta, con cada paseo y con cada gruñido que emitía Diana cada vez que consultaba el reloj, la paciencia de Laura disminuía un poco más. Podía entender que estuviera preocupada, pero ¿era necesario que se lo recordara a Roi y a ella diez veces por minuto?

Roi. Él sí que parecía tranquilo. Apartar la vista de las exageradas muestras de inquietud de Diana y fijarla en él era el mejor tranquilizante del mundo. Y no solo porque mirarlo fuera una ocupación agradable, que lo era, sino porque parecía tan inalterable, tan capaz de mantener la calma en cualquier situación, sentado ahí, en su sofá favorito, sin moverse apenas, con los brazos reposando sobre el vientre y las piernas extendidas y cruzadas por los tobillos, en la viva imagen de la relajación.

—¿Y tú por qué estás tan tranquilo? —se exaltó Diana por enésima vez—. ¿No deberías estar mirando por la ventana o algo?

—*Miña dona*, es la tercera vez que te lo explico, pero no me importa aclararlo de nuevo: en cuanto regresen, lo sabré —dijo en tono melifluido, sonriendo apenas—. No necesito estar pegado a los cristales para escucharlos. Pero siéntete libre de hacerlo tú, si así te encuentras mejor.

—No me voy a encontrar mejor hasta que no vuelvan —replicó Diana, antes de dejarse caer desmadejada en el sofá con un resoplido de rabia.

—Diana, te lo ha dicho mil veces —intentó razonar Laura—. No tienes de qué preocuparte. Entrar y salir, ya está.

—Entonces, ¿por qué no están aquí? —exclamó su amiga, airada—. Entrar y salir, pero ya han pasado...

—Veintitrés minutos exactos —la interrumpió Roi—. Que son cuatro minutos más que la última vez que protestaste sobre lo mucho que estaban tardando.

—¡Y seguiré protestando! —rugió Diana—. A ver si ahora no voy a poder quejarme en mi propia casa.

Enfurrñada, cruzó los brazos sobre el pecho con un gesto brusco y se dejó caer contra el respaldo del sofá, hinchando los carrillos como una niña caprichosa. Laura cruzó una mirada cargada de ironía con Roi, que le devolvió un gesto idéntico y equiparable en diversión.

Laura reprimió un suspiro y se dirigió a la mesa, aunque sabía muy bien que no iba a poder trabajar con Diana interrumpiéndola cada pocos minutos con sus quejas. Y como su cerebro no estaba en absoluto acostumbrado a la inactividad, y ya había comprobado su correo y actualizado todas las tareas que no requerían de demasiada concentración, se dedicó a vagar libre por sus recuerdos, analizándolos a la luz de los nuevos datos que había reunido en los últimos días.

La incomodaba mucho haber perdido el control de sí misma en varias ocasiones y en un periodo muy breve de tiempo, pero ya no podía hacer nada para solucionarlo, así que era mejor no pensar demasiado en ello. Sabía cuál había sido la causa en cada caso —el *shock* de verse rodeada de seres que no había creído que existieran primero, la muerte de un niño después y una pesadilla espantosa para terminar— y no contaba con volver a verse en esas situaciones, así que no merecía la pena perder el tiempo. Pero quizá podía dedicar unos segundos a meditar sobre su cambio de actitud hacia Roi.

Si un mes antes le hubieran dicho que iba a desarrollar una corriente de simpatía hacia él, se lo habría tomado como un mal chiste. Si le hubieran dicho que podía llegar a desearlo, quizá lo habría pensado con calma, porque aunque habían empezado con mal pie, estaba claro que el hombre reunía todas las características necesarias para ser atractivo y un aceptable compañero de cama. Pero ahora mismo sentía algo muy parecido al afecto, y Laura no era de esa gente que solía desarrollar afecto hacia alguien con facilidad, así que agradecía esos breves momentos para estudiar el tema y encontrar un motivo válido para esa emoción.

Era un hombre inteligente, algo que no había empezado a sospechar hasta hacía poco, y ella apreciaba la inteligencia por encima de otras cualidades más volátiles, pero conocía a más gente brillante y no sentía ninguna emoción positiva por ellos, más allá de valorar sus opiniones o sugerencias profesionales. Era sereno y lógico, lo que facilitaba hablar con él, pero también testarudo, irritante y demasiado obtuso en sus convicciones, y ella prefería a la gente flexible y adaptable. Y también era demasiado autoritario y exigente, algo que solía sacarla de sus casillas, pero que en su caso, por algún motivo que todavía se le escapaba, le parecía casi un rasgo atractivo.

«Y está para comérselo, claro», le susurró una vocecita maligna que se parecía de forma más que sospechosa a la de Diana cuando se ponía a dar la tabarra sobre hombres.

Sí, bien. Estaba para comérselo, aceptó para sí misma, pero se tenía por lo bastante racional como para separar los dictados de su instinto de los de su lógica. Su aspecto podía cantarles a sus hormonas todo lo que le diera la gana, pero eso no podía tener nada que ver con el extraño sentimiento de conexión que estaba desarrollando

hacia él.

«Momentos compartidos de tensión emocional», le sugirió su archivo mental.

Eso sí podía ser. Él había estado ahí en cada uno de los momentos en que ella había perdido el control y la había ayudado a recuperarlo, lo que podía haber creado una corriente de unión entre ambos provocada por la química cerebral. Los humanos eran animales de manada y sus cerebros, por mucho que hubieran evolucionado...

—¿Ocurre algo? —inquirió Roi, interrumpiendo el lógico curso de sus pensamientos—. Pareces mucho más perdida dentro de tu cabeza que de costumbre. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Laura maldijo entre dientes al darse cuenta de que, entregada a su análisis, llevaba un buen rato mirándolo fijamente y, por supuesto, él tenía que hacérselo saber con esa sonrisa torcida y concedora, que decía bien a las claras que se había dado perfecta cuenta del rumbo de sus pensamientos.

Si fuera de esas mujeres que se sonrojaban, ese habría sido el momento perfecto, pero Laura no se había sonrojado en la vida y no iba a empezar a su edad.

—Me preguntaba por qué estás empezando a caerme bien —soltó a bocajarro.

—¡Laura! —se espantó Diana, abandonando por un instante sus lamentaciones. Ella se había olvidado por completo de que su amiga estaba ahí.

Roi, sin embargo, lejos de ofenderse, soltó una carcajada cargada de auténtica diversión.

—Tranquila, Laura. Pensaré que se debe al cansancio y no me lo tomaré como algo personal —replicó en tono ligero—. Cuando vuelvas a ser tú misma, quizá no tardes en odiarme de nuevo. O no, porque debo reconocer que tú también empiezas a caerme bien.

—¡Roi! —chilló de nuevo Diana.

—Diana, deja de gritar —protestó ella—. Es muy molesto.

—Pero esa no es forma de decir las cosas —replicó su amiga, confusa—. Y menos delante de alguien más.

Al menos, dejó sus absurdos paseos y se sentó muy despacio en el sofá, sin dejar de mirarlos como si en cualquier momento pudieran estallar, o volverse locos sin remedio.

—No veo por qué —sonrió Roi, sacudiendo una inexistente mota de polvo de las solapas de su siempre impecable levita—. Es de dominio público que no podíamos estar en la misma habitación sin sentir un irrefrenable deseo de estrangularnos el uno al otro. Sin embargo, en las últimas horas eso ya no sucede.

Levantó la vista para mirarla a los ojos. No había forma de que Laura se resistiera a esa mirada directa, resuelta y cargada de significado. Se miraron en silencio, no sabía muy bien si porque ambos estaban estudiándose, tratando de encontrar el motivo de ese nuevo sentimiento de aprecio que había surgido entre ellos, o porque, en realidad, él estaba haciéndole una promesa con su forma de mantenerla atrapada en esa silenciosa comunicación y ella estaba aceptando el desafío.

«Después, más tarde», creyó leer en sus ojos.

«Estoy esperando», habría respondido ella.

—Esto... ¿cómo era eso que nos dijiste a Aidan y a mí, Roi? —intervino Diana, en tono burlón, interrumpiendo la extraña conversación privada que, Laura lo sabía, no había llegado a salir de su mente—. ¿Deberíais buscaros un recinto más privado? ¿Algo así?

—Justo eso, *miña dona* —replicó Roi sin volverse hacia ella ni permitirle a Laura apartar la vista de él, manteniéndola cautiva con las promesas que leía en su mirada.

—Pues no sé a qué estáis esperando —replicó su amiga con evidente sorna.

—A que regrese O’Cleary con las hadas, por supuesto —contestó Roi sin inmutarse—. No me perdonaría jamás que te dejara sola.

—Ah, estupendo —aplaudió Diana—. Así no seré la única que esté deseando que vuelvan de una dichosa vez.

Roi apartó la vista para volverse por fin a mirar a Diana y dedicarle una divertida sonrisa. Laura parpadeó, como si acabara de despertar de un largo sueño y su cerebro todavía no tuviera muy claro en qué lugar se había vuelto a conectar con la realidad ni en qué condiciones se encontraba el resto de su cuerpo.

¿Qué demonios le estaba pasando? Nunca, en toda su vida, había jugado a las miraditas con hombre alguno. Era tan práctica en sus relaciones como en todo lo demás y no solía perder el tiempo con las típicas tonterías románticas que sus amigas parecían adorar. Prefería el enfoque directo y, hasta ese momento, nunca le había fallado.

Pero con este hombre nada parecía salir como ella esperaba. Por una vez no era ella la que tenía el control absoluto, la que marcaba el ritmo y medía cada situación, y eso la estaba poniendo más y más nerviosa. Sabía que era una adicta al control. Lo había aceptado hacía muchísimo tiempo, y su modo de enfrentarlo era... bueno, teniendo el control siempre, en todo momento, lugar y situación. Pero Roi la desarmaba con solo una mirada y eso no tenía ningún sentido.

Necesitaba pensar en ello. Pensarlo con detenimiento.

«A ver, Laura, céntrate —se ordenó—. Sí, está claro que quiere acostarse contigo, pero eso es justo lo que querías. Que ahora quieras hacerlo porque te apetece, y no solo para resolver el problema, no significa...».

—No pienses —interrumpió la voz de Roi con una nota risueña bailando entre sus sílabas—. Puedo oír desde aquí el sonido de tu cerebro y estoy seguro de que no jugará a mi favor, así que déjalo ya.

—No puedo dejar de pensar —replicó con su aire más digno—. Nadie puede.

—Por supuesto que puedes. —Fue una frase apenas susurrada, que él alargó al final como si le quedara algo por añadir, pero no fuera el momento oportuno para hacerlo. Y un escalofrío de puro e inexplicable deseo atravesó la columna de Laura, estallando hacia sus riñones y deslizándose hasta su vientre—. Déjame encargarme a mí. Después.

—Oh, vaya —exclamó Diana, con un silbidito admirativo—. Vaya, vaya, vaya. Eso ha sonado muy *sexy*, Roi.

—Gracias —replicó él sin parecer en absoluto intimidado por la falta de discreción de Diana—. Eso pretendía.

—Pues lo has conseguido, sin duda —aprobó su amiga—. Yo diría que hasta hace más calor.

—No hace más calor —refutó ella mientras su mente corría enloquecida en un intento desesperado de recuperar el ritmo coherente de sus pensamientos.

—Lo hará, lo hará —rio Diana. Pero casi al instante, pareció recordar que unos segundos antes no había estado de tan buen humor. Consultó el reloj y dejó escapar un gruñido inquieto—. ¡Son casi las diez! ¿Cuánto más van a tardar?

Se puso de pie y reanudó sus paseos por la habitación, como si la breve tregua que se había ofrecido a sí misma para bromear un rato no hubiera existido jamás.

Eso dejó a Laura perdida de nuevo en sus pensamientos. Para disimular y no volver a verse envuelta en un cruce absurdo de agudezas, fingió mirar la pantalla de su ordenador. Puso la mano sobre el ratón y lo movió de forma distraída, abriendo y cerrando pantallas sin ningún objetivo real. Se ordenó a sí misma dejar de comportarse como una adolescente idiota, pero, al parecer, sus procesos mentales no estaban por la labor. Era incapaz de concentrarse en el problema, y cada vez que quería pensar en Roi con su habitual método científico y racional, su cerebro se ralentizaba, se sumergía en una absurda melaza de emociones sin sentido que no podía controlar.

Era deseo, lo sabía. Reconocía el deseo y sus signos externos. Su pulso se había acelerado, de forma ligera pero evidente, y estaba segura de que si se mirara en un espejo en ese momento, vería que sus pupilas estaban dilatadas, oscureciendo sus ojos. Había sentido deseo antes, por supuesto. ¿Quién no? Por mucho que la clasificación como animales llevara la inseparable coletilla de «racionales», los seres humanos estaban sometidos a los instintos reproductivos, como todos los animales sobre la faz de la Tierra, y ella no era una excepción.

Aceptaba el sexo como aceptaba tener hambre o sed. Era algo natural, una necesidad biológica que servía a una finalidad concreta, por mucho que la civilización hubiera olvidado el objetivo primordial en aras del placer. Había salido con unos cuantos hombres y se había acostado con ellos para satisfacer su deseo, pero siempre lo había mantenido en un plano lógico, sin dejarse llevar hasta el punto de no razonar, como solía pasarle a Diana antes de Aidan, o sin darle tanta importancia como solía otorgarle Marta.

No conocía a la mujer que se había quedado mirando a Roi como si interpretara una mala escena de película romántica, en la que los protagonistas se descubren en extremos opuestos de la habitación, sin apartar la vista uno de otro, con la realidad desapareciendo a su alrededor para conjurar un mundo privado en el que solo se encuentran ellos dos. Era absurdo, y ella odiaba lo absurdo.

Y lo peor era que, cuantas más vueltas le daba al tema, menos sentido le encontraba. Lo mejor que podía hacer era aparcar el análisis del problema y centrarse en hallar una solución, aunque fuera un parche temporal que poner a sus emociones hasta que fuera capaz de racionalizar el esquema completo. Pero no sabía cuál podía ser esa solución, porque, aunque intentara mostrarse fría y reservada, como solía hacer, él derrumbaba sus defensas sin esforzarse.

Tendría que reforzarlas, y el único modo que se le ocurrió fue recordar todas sus afrentas pasadas, todos los motivos por los que no podía soportarlo, y enumerarlos en una lista a la que poder recurrir cada vez que perdiera el control.

«Primero, me llamó idiota al poco de conocerme. Delante de todos».

Cierto, pero, en honor a la verdad, debía reconocer que se había comportado como una idiota. En aquel momento todavía era incapaz de reconocer que existía la magia y todas las absurdas consecuencias de esa realidad, y había actuado de un modo ciego y casi insultante del que todavía se arrepentía en algunas ocasiones.

«Se ha pasado meses tratándome con frialdad».

Lo que era muy normal, teniendo en cuenta que la primera en alzar una barrera de hielo entre ellos había sido ella misma. Ahora se daba cuenta de que él se había limitado a adaptarse y a responder a su actitud con más desdén de su propia cosecha. Cuando ella se había portado con más amabilidad, él se la había devuelto con creces.

«Es un mandón».

Muy cierto. Le encantaba dar órdenes —«quieta, come, descansa, así no, así sí...»— y no perdía oportunidad de mostrarse autoritario e intentar asumir el mando en cualquier situación. Y Laura detestaba que le dieran órdenes. De hecho, trabajaba para ella misma porque era incapaz de soportar la idea de tener un jefe. Pero también tenía que aceptar que Roi no solía dar directrices sin sentido, sin una explicación coherente. Siempre que asumía el mando era de forma razonable, y ella obedecía porque... Bueno, porque era lo que ella misma habría hecho.

—Ya vienen —anunció Roi, apartándola de su análisis.

Algo que agradeció, porque cuantas más razones se daba a sí misma para recuperar la antipatía que había sentido hacia él, más motivos encontraba para reforzar la extraña corriente de afecto que empezaba a dominarla. De seguir así, terminaría por no comprenderse ni a sí misma, y eso la sacaba de quicio.

Se levantó para reunirse con sus compañeros, que ya estaban en la ventana, y procuró mantenerse a una cómoda distancia en la que pudiera ver el exterior, pero sin aproximarse demasiado. Para evitar los saltitos de impaciencia de Diana, se dijo a sí misma.

Parte del aire en el exterior pareció adquirir una cualidad diferente, volverse más denso, más brillante, como si, de pronto, se hubiera transformado en plasma, en una gelatina traslúcida y vibrante del tamaño de una amplia puerta. Pocos segundos después, las hadas y el druida la atravesaban, saliendo de la nada para adentrarse en el jardín, y el portal se cerró tras ellos al instante.

—¡Aidan! —chilló Diana—. ¡O’Cleary, llegas tarde!

—Pon una *pizza* en el horno, pelirroja, me muero de hambre —replicó el druida, indicando por señas la puerta principal.

Diana corrió hacia la entrada, ignorando la petición, pero Laura vio en ella la oportunidad de pasar unos minutos a solas con sus pensamientos.

—Ve con ella —pidió a Roi—. Yo voy a preparar la cena.

Él la observó unos instantes con esa sonrisa que Laura estaba empezando a aborrecer, y que parecía dar a entender que sabía con toda exactitud lo que estaba pasando por su mente y lo divertía muchísimo. Estaba a punto de contestarle de malos modos, cuando él se inclinó hacia sus labios y los acarició con un suave roce, apenas una insinuación de lo que debía ser un beso.

Pasó un dedo con suavidad por su mejilla y volvió a sonreír.

—Apúntalo como alegato en mi defensa en el juicio que estás haciendo en esa atareada cabecita tuya —musitó antes de marcharse sin mirar atrás.



—Y, lo mejor de todo, es que tenemos un par de ideas nuevas —estaba explicando Aidan mientras dejaba caer sobre su plato el borde quemado de un trozo de *pizza*.

«Estupendo. Otra idea más. A ver en qué lío nos metemos ahora», pensó Roi, reprimiendo un suspiro de exasperación.

Había sido una de las cenas más largas que podía recordar, aunque sus amigos apenas habían tardado diez minutos en dar buena cuenta de las *pizzas*. Roi había escuchado solo a medias las explicaciones que Aidan había dado a modo de respuesta a los miles de preguntas que Diana lanzaba una tras otra y sin apenas dejarle un momento para responder. ¿Por qué habían tardado? En realidad, no habían estado fuera ni diez minutos, pero ya sabían todos cómo funcionaba el tiempo en el Otro Lado. ¿Había salido todo bien? Sí, sin problemas. ¿Carlitos descansaba? Carlitos había iniciado su nueva etapa, sí. ¿Quién se lo iba a decir a las gemelas? Seguro que ellas ya lo sabían.

Y así una pregunta tras otra y tras otra, que Aidan respondía con infinita paciencia mientras las hadas devoraban la *pizza* como si no supieran si mañana iban a poder llenar el plato de nuevo, acompañando cada porción con trozos de chocolate, nubes, gominolas y la nueva adicción de Niall en cuestión de comida basura: croquetas congeladas, fritas hasta que el rebozado tenía un tono que se acercaba más al marrón oscuro que al dorado.

El médico en su interior se estremecía de pavor cada vez que los veía comer, por mucho que supiera que todo ese colesterol y esa glucosa no podían afectar en lo más mínimo a su biología sostenida por magia.

Laura, sin embargo, apenas había probado bocado, y fingía estar más que atenta a la conversación, aunque todo en su lenguaje corporal parecía indicar que estaba a mil kilómetros de esa sala. Y Roi estaba convencido de que cada minuto que pasaba meditando la confundía más y más, lo que obraba muy en su favor. Apenas podía aguardar al inevitable momento en que sus amigos, con esa capacidad tan suya de comportarse como adolescentes graciosillos, anunciaran que era hora de irse a la cama. Por supuesto, acompañando ese anuncio de guiños, indirectas más que directas y unas cuantas burlas más o menos hirientes que él se limitaría a ignorar, como siempre hacía cuando el mundo a su alrededor se volvía infantil e imposible de dominar. Algo que sucedía muy a menudo, teniendo en cuenta quiénes eran sus compañeros.

Pero si O’Cleary anunciaba con ese aire de satisfacción que había un nuevo camino que podían tomar, merecía la pena perder unos minutos más atendiendo a sus explicaciones, porque, a pesar de todo, en cuestión de soluciones mágicas, el druida

sabía muy bien lo que se hacía.

—Y, por supuesto —ironizaba Diana—, serán peligrosas, absurdas, terminarán con alguno de nosotros hecho polvo y no nos acercarán ni un paso a la solución final, ¿a que sí?

—¿Dónde estaría la gracia si no, calabacita? —bromeó Niall, metiéndose en la boca un puñado de gominolas que masticó con una expresión de placer absoluto.

—Hemos pensado que, al igual que un conjuro liberó a todas esas criaturas y las atrajo hasta nosotros —explicó Aidan mientras se limpiaba con cuidado los dedos con una de las servilletas de papel que habían dejado en el centro de la mesa. Roi apenas dedicó un segundo a lamentarse por la falta de servilletas de hilo antes de volver a dedicarle su atención al druida—, un conjuro puede alejarlas y llevarlas en otra dirección.

—Solo tenemos que hacer algo lo bastante gordo como para revertir el hechizo —aclaró Marta.

—No tiene ningún sentido —protestó Laura. Por mucho que se enfrentara a esas conversaciones, no parecía ser capaz de aceptar que la magia no tenía sentido. O, al menos, no tenía el sentido que era natural para ella—. Lo lógico sería que algo igual nos trajera más problemas, no menos.

—No, no —la contradijo Aidan—. Sería como el conjuro que tenemos que preparar para cerrar la ruptura del Velo. Algo de signo opuesto. Y como lo que prepararon Ciara y Cathal fue un conjuro de ocultación e ilusiones, nosotros aprovecharemos para llevar a cabo uno que nos ayude a desvelar en parte lo que rodea al pueblo.

—Aprovechando la ocasión —meditó Roi—. Por una vez, y sin que sirva de precedente, me parece una idea muy inteligente.

—Bueno, es que somos muy inteligentes, *a'chara* —replicó Niall con una sonrisa malévola que no anunciaba nada bueno—. Aunque algunos lo son más, por lo que parece.

—No tengo ni la menor idea de qué me estás hablando, amigo mío, pero, como tú mismo sueles decir, deja, ya me lo explicarás en otro momento. —Ignorando al hada, se volvió hacia O'Cleary, que observaba el intercambio con una sonrisa burlona—. ¿Cuándo podréis tenerlo listo?

—Oh, tranquilo. Tendrás tiempo de... solucionar tus asuntos pendientes —dijo, imitando la sonrisa malvada del hada—. Y hablando de eso, ¿no os parece que es hora de irnos a la cama?

—Para unos más que para otros —replicó Marta con un tono cargado de malas intenciones, mirando de forma alternativa a Roi y Laura.

—Marta, ¿tú también? —se lamentó Roi—. Ese ser es una mala influencia para ti. Deberías abandonarlo ahora que todavía estás a tiempo.

—No puedo —sonrió ella. Se incorporó un poco y le dio un rápido beso a su compañero, que este aceptó con una complacida sonrisa—. Entiéndelo, estoy

embarazada, y algo me dice que ahora no te tengo a ti para que hagas de mí una mujer honrada y esas cosas.

—*Touché* —aceptó él de buen grado.

—Bueno, pues nos vamos, ¿no? —se impacientó Diana. Se puso en pie y tiró de Aidan para obligarlo a acompañarla—. Nos vamos a... —Señaló la puerta con el dedo, dubitativa—. Nos vamos a... a perdernos por ahí, y tal. A hacer... algo. Sí, algo... urgente y eso.

Niall se incorporó con su bruja en los brazos, ignorando las poco entusiastas protestas de ella, y se dirigió hacia la puerta.

—Nos vamos a dejarlos solos, a ver si echan un polvo de una vez, calabacita —dijo, esquivando por milímetros la cabeza de Laura cuando pasó junto a ella—. Las cosas claras. Y yo apuesto a que no va a ser hoy, ¿alguien se apunta?

—Yo creo que sí —lo contradujo Diana, echando a andar tras él al tiempo que arrastraba a O' Cleary del brazo—. No has visto cómo se miraban hace un rato.

—Perdonad, pero ¿no tenéis nada mejor en lo que perder el tiempo? —intervino Laura sin alterarse—. ¿No os ha dicho nadie que cotillear no es educado?

—Lo van a hacer de todos modos... —suspiró Roi.

—A mí no me importa que cotilleéis —replicó Niall ya desde el vestíbulo—. Igual aprendéis algo que os sea útil.

—¿Es que no tienes el más mínimo sentido del pudor? —protestó Diana.

—¿Sentido del qué? —respondió la voz del hada, amortiguada por la distancia.

Aidan se volvió para guiñarles un ojo antes de cerrar la puerta, y la cháchara absurda de sus amigos se apagó hasta desaparecer. Laura alzó la vista hacia él y, para su sorpresa, no había en su mirada ningún rastro de incomodidad o timidez. Había esperado, quizá, una cierta vergüenza, un poco de ese pudor que el hada presumía de no tener. O, tal vez, irritación por los malos modales y el infantilismo de sus amigos, pero lo único que veía en sus ojos era una serenidad absoluta.

Ella debió de captar la sorpresa en su rostro, porque sacudió la cabeza y sonrió.

—Son así —dijo, encogiéndose de hombros—. Absurdos, irracionales, infantiles y bastante irritantes. Pero a ellas las conozco de toda la vida y ellos son los hombres que las hacen felices. Y son mi familia. A la familia que escoges la aceptas como es.

—Con sus virtudes y sus defectos, sí —aceptó Roi, sirviéndose un poco más de agua para darse tiempo a pensar—. ¿No tienes familia? Biológica, quiero decir.

Un rápido relámpago de irritación cruzó el rostro de la chica, y Roi lamentó no haber pensado antes de hablar. Entre los abogados había una máxima que decía que no se debía hacer una pregunta cuya respuesta no se conociera, y él había actuado sin meditarlo. Solo esperaba que eso no le hiciera perder el juicio que la chica estaba llevando a cabo en su mente, todavía no sabía muy bien si actuando en su defensa o en su contra.

—No me trato demasiado con ellos desde hace años —contestó en un tono que daba a entender de forma muy clara que no estaba en absoluto dispuesta a comentar

el tema—. ¿Quieres que trabajemos un rato? —ofreció sin darle tiempo a contestar.

—¿No te he dicho que hoy no íbamos a trabajar? —sonrió, rezando para que esa sonrisa no fuera la del gato que acaba de encontrar su almuerzo en la nevera de sus amos—. ¿Has creído que no lo decía en serio? —Por primera vez desde que se había despertado esa misma tarde, la casi inquebrantable confianza en sí misma de la chica pareció flaquear y Roi aprovechó el momento—. ¿Subimos a mi habitación? —ofreció con un tono que se acercaba más al desafío que a la seducción, convencido de que funcionaría mucho mejor con ella. Era un riesgo, pero calculado, y al contrario que a ella, a Roi no le importaba jugar con el azar si las probabilidades estaban a su favor.

«Por enésima vez, ¿qué diablos me está pasando?», se lamentó Laura para sus adentros, con los nervios a flor de piel y el corazón latiendo acelerado en su pecho. Desde que había aceptado la propuesta de Roi, un nudo de anticipación se había empezado a formar en su vientre, y no había hecho sino empeorar con cada segundo que pasaba, convirtiéndose poco a poco en esos nervios absurdos que, en ese instante, la tenían a punto de saltar al más mínimo roce.

Él había recibido su asentimiento con una breve sonrisa y, desde ese momento, no había vuelto a abrir la boca. La había tomado de la mano y la había guiado escaleras arriba, hasta su dormitorio, con paso lento y sin mirarla siquiera. Una vez ahí, había abierto la puerta para ella y le había cedido el paso con una de sus habituales florituras de anticuada caballerosidad.

Y cuando Laura se encontró sola en el centro de ese cuarto, de espaldas a él, la anticipación se convirtió en un leve pulso de inquietud mientras aguardaba a que el hombre se aproximara a ella. Entendía esa inquietud: era familiar y comfortable, y se debía al breve momento de indecisión en el que no sabía con exactitud cómo se iba a comportar el hombre junto a ella y cómo iba a tener que reaccionar. No era una sensación desagradable, sino un mero aleteo de mariposas en el estómago que siempre asociaba a la promesa de un placer futuro.

Esperó a que él se acercara, a que la estrechara entre sus brazos o, quizá, apartara el cabello que cubría su espalda para besarla con suavidad en el cuello. Tal vez sería más decidido, la haría volverse y se apoderaría de sus labios con voracidad. Había decenas de posibilidades, y todas le resultaban atractivas, todas se enredaban en esa apretada maraña de excitación que se esforzaba por controlar.

Pero él se limitó a pasar junto a ella y dirigirse al diminuto espacio que hacía las veces de cocina con paso lento y firme, sin rozarla siquiera.

—Prepararé una copa —anunció—. Tengo una botella del *licor café* de tu amiga, si te apetece. O puedo ofrecerte un *whisky* o un coñac. No bebo mucho alcohol, así que las opciones son limitadas.

Laura sintió un súbito ramalazo de irritación. Llevaban dos días orbitando el uno en torno al otro y a ese deseo mutuo que había surgido entre ellos y, ahora que ya estaba todo dicho, no veía la necesidad de prolongar la danza de seducción ni un segundo más. Sin embargo, al volverse para mirarlo, se dio cuenta de que él estaba dispuesto a llevar la situación con toda la calma del mundo y ella no estaba segura de cómo jugar a ese juego.

Por un momento, se planteó conducirse como solía hacerlo, directa al grano y sin revueltas innecesarias, pero ya lo había ofendido una vez actuando de ese modo y no estaba dispuesta a perder terreno una vez más por culpa del anticuado sentido del

honor de Roi, así que decidió que, al menos en esos primeros minutos, sería mejor dejarle la iniciativa y permitir que él marcara el ritmo. Él había demostrado que podía adaptarse, así que ella también sería capaz de hacerlo.

—*Licor café* está bien —dijo, sorprendiéndose a sí misma con la poca firmeza de su voz—. Pero no mucho.

—Bien —aprobó Roi mientras abría la pequeña nevera para sacar la botella—. Pero toma asiento, por favor. No tardaré.

Laura miró a su alrededor y dirigió sus pasos hacia el cómodo sillón orejero en el que había estado sentada la vez anterior, pero una vocecita malvada en el fondo de su mente le susurró que los hombres eran criaturas simples, así que, tal vez, si se descalzaba y tomaba asiento en la amplia cama, encendería una bombilla en el testarudo cerebro de Roi.

Sin embargo, cuando él se volvió con las dos copas en la mano, ni siquiera enarcó una ceja al verla sentada en el lecho, con los pies recogidos bajo el cuerpo y en lo que Laura consideraba su mejor expresión de «estoy esperando a que hagas algo divertido». Le tendió el licor y dejó el suyo sobre la mesilla con una parsimonia desconcertante.

—Veo que te has puesto cómoda —comentó con un tono en el que había diversión y aprobación entremezcladas a partes iguales—. Así que espero que no te importe si hago lo mismo.

Sin esperar respuesta por su parte, se quitó la levita con la misma lentitud con la que llevaba actuando desde hacía ya demasiado tiempo para la salud mental de Laura. Se dirigió hacia el armario y la colgó con cuidado, ajustando bien los hombros de la prenda tras sacudirla para espantar a cualquier arruga que hubiera tenido la desvergüenza de aparecer en tan impecable prenda. A continuación, se quitó las botas y las guardó en el lado del ordenado armario destinado a zapatero. Descalzo y en mangas de camisa, volvió junto a ella —después de pasar por el baño a dejar los calcetines en el cubo de la ropa sucia— y, contra todo pronóstico, tomó asiento en el sillón orejero, frente a la cama.

Aflojó las tiras de tela que mantenían ajustados los puños y el cuello de la camisa, que se abrió en una uve hasta el esternón, dejando entrever parte de su pecho. Se estiró para alcanzar su copa y la hizo girar con calma en su mano antes de llevársela a los labios para dar un breve sorbo.

—No sé si es por el fuego de su magia, pero tu amiga hace un licor que arde como el infierno —comentó con aire distraído—. Eso sí, es delicioso.

—Sí, está muy bueno —respondió Laura en automático.

¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Lo había malinterpretado? ¿Cuándo le había dicho que subieran a su habitación, se refería a... a otra cosa distinta a la que parecía evidente? Porque desde que había cerrado la puerta a sus espaldas, Laura no entendía nada. Sí, de acuerdo, comprendía el ritual social de tomar unas copas, relajarse un poco, crear cierto ambiente... Pero no después de dos días con una tensión sexual

vibrando entre ellos que podía hacer saltar las alarmas de un sismógrafo.

¿Debía tomar ella la iniciativa? No le molestaba hacerlo, pero no parecía ser lo que él pretendía. Más bien daba la impresión de estar jugando a un juego cuyas reglas Laura no conocía. Y si algo la ponía de los nervios era no tener el control de la situación, no saber cómo actuar o qué se esperaba de ella. Dio un sorbo a su licor porque no sabía qué más hacer, y se sobresaltó al percatarse del temblor de sus manos.

—Estás nerviosa —comentó él, mirándola con una sonrisa indescifrable.

Era una afirmación clara y contundente que no precisaba de una aclaración por su parte, pero, aunque él tenía razón, ella tenía su ego.

—No, en absoluto. No es la primera vez que estoy a solas en un dormitorio con un hombre —replicó con aire desinteresado—. ¿Por qué debería estarlo?

—Y, sin embargo, lo estás —insistió Roi sin alterarse lo más mínimo—. Y es justo así como te quiero: insegura, sin saber qué esperar, preguntándote qué va a pasar y, sobre todo, cuándo va a pasar.

—Creía estar bastante segura de lo que iba a pasar —respondió irritada, aunque el tono ronco de la voz del hombre le provocó un estremecimiento de excitación—. Y, de verdad, agradezco toda la parafernalia, pero no necesitas relajarme con una bebida, ni crear ambiente, ni...

—Cuanto más hablas, más necesario me parece todo eso —la interrumpió él. Dejó la copa de nuevo sobre la mesilla, y cruzó los brazos sobre el vientre en actitud relajada—. Estás acostumbrada a llevar la voz cantante. A decidir cómo, cuándo y bajo qué premisas. Quieres tener el control absoluto de la situación, mantener las emociones alejadas de lo que estás haciendo, con tus barreras bien altas para que ningún pobre incauto pueda atravesarlas. Directa a lo que te parece importante, y sin perder ni un segundo.

—¿Y dónde está el problema en eso? —masculló ella, de mal humor—. Los dos sabemos lo que queremos. No veo la necesidad de perder el tiempo.

—Tú no, pero yo sí —sonrió Roi—. Y, *miña rula*, si esta noche acabamos sudando juntos en esa cama, será porque has entendido que el sexo es algo de dos y que las decisiones no solo las tomas tú.

—¿Qué quieres decir con «si esta noche»? —se enervó Laura, respondiendo solo a la parte de su frase que podía controlar. Porque si se dedicaban a discutir sobre su forma de ser, o sobre sus expectativas o su necesidad de mantener siempre la situación bajo control, de seguro ese «si esta noche» se iba a convertir en «si en algún momento, antes del fin de los tiempos»—. ¿Quieres decir que es posible que no lo hagamos?

—Incluso es posible que sí —replicó Roi, sin apagar esa sonrisa irritante, entre comprensiva y divertida que, sin embargo, a ella no le hacía la más mínima gracia—. Hasta probable, diría yo.

Podía seguir discutiendo con él hasta el infinito, pero era absurdo. Ni siquiera

sabía lo que estaban debatiendo ni por qué motivo. Se sentía como pez fuera del agua, sin comprender la actitud pausada de Roi, sin saber qué quería y, sobre todo, sin saber cómo conseguir lo que ella quería. La idea de saltar sobre él le parecía, cada segundo que pasaba, a la vez más atractiva... y menos. Estaba empezando a enfadarse, como se enfadaba siempre que no comprendía lo que ocurría a su alrededor, y, pese a lo que él pudiera pensar, ese no parecía el estado de ánimo más indicado para una noche de sexo.

—No entiendo nada —se rindió por fin, con un quejido molesto.

La sonrisa de él se amplió, se hizo más maliciosa cuando, de forma inesperada, se levantó del sofá con los ademanes perezosos de un enorme felino y se aproximó a ella para quitarle la copa que sujetaba, olvidada, entre sus dedos. La depositó con cuidado en la mesilla, junto a la que él mismo había dejado ahí minutos antes, y tomó asiento junto a ella.

—Y eso es justo lo que quería oír —susurró en su oído.

Los dedos de Roi apartaron con suavidad su pelo, retirándolo tras su hombro para poder alcanzar su cuello. Se inclinó hacia ella y deslizó los labios desde su mandíbula hasta su clavícula, con infinita calma, apenas un roce delicado, solo una frágil caricia que finalizó en un leve beso en el hueco de su garganta.

—¿Querías oír que no entiendo nada? —inquirió ella.

No la sorprendió percatarse de que su voz, que pretendía ser firme, había escapado de su boca como un gemido estrangulado. Apenas la había rozado, pero la inquietud y la expectación se habían confabulado con el nudo de nervios que latía de anticipación en su vientre para arrebatarse el control de sus cuerdas vocales.

—Ese es el primer paso —respondió Roi.

Se apartó un poco y colocó sus manos sobre el cuello de Laura, mirándola a los ojos. Los pulgares de Roi acariciaban su mandíbula mientras la contemplaba como si quisiera leer en su mirada la respuesta a todas las preguntas que no se molestaba en formularle a viva voz.

Ella tragó saliva para tratar de suavizar la presión de la ansiedad en su garganta. Odiaba esa situación. Odiaba no entender lo que estaba ocurriendo, lo que él quería decirle. Odiaba pensar que ya había vencido, pero que podía fallar en cualquier momento y él se alejaría de nuevo. Y lo peor era que una parte de sí misma sabía que, con cualquier otro hombre y en cualquier otro momento, ya se habría marchado tras un comentario desabrido y sin mirar atrás. Pero una parte de sí misma, una que, para su propia sorpresa, ni siquiera conocía, no cesaba de advertirla de que había algo, algo en lo que él intentaba probar que merecía la pena descubrir. Y, por mucho que intentara resistirse, el cuerpo de Laura se obstinaba en seguir los dictados de esa voz extraña, en quedarse ahí y descubrir qué iba a pasar a continuación.

—¿Y cuál es el segundo? —se arriesgó a preguntar en un murmullo.

Sus ojos, traidores, se deslizaron hasta los labios de Roi, quizá buscando que su respuesta fuera un beso, quizá solo esperando atraparla antes de que él dijera alguna



locura más.

—Justo ese —dijo, antes de inclinarse para rozar sus labios con los de ella.

Fue uno de los besos más lentos, perezosos y, sí, enloquecedores que había recibido jamás. Por lo que conocía al hombre, Laura había deducido que sería un amante generoso pero exigente, bastante controlador y decidido a marcar el ritmo y tomar el mando. Pero si todo lo que iba a suceder en esa cama iba a ser como ese beso, tendría que reconocer que, una vez más, había fallado de forma miserable al intentar analizarlo.

No había nada de implacable o agresivo en su avance. Los labios de Roi sobre los suyos la acariciaban con calma, sin exigencias, sin apremio alguno. Tentaban, provocaban y prometían, pasando de un nivel al siguiente con tal sigilo que, cuando se quiso dar cuenta, Laura estaba entregada en cuerpo y alma, sin querer anticiparse ni hacer nada más que seguirlo en su juego, en cada roce de su boca, en cada movimiento de su lengua, dejándose llevar, enredándose con él en una danza compleja de exploración en la que no había nada de torpeza, ni un solo segundo de duda, de indecisión, como si, en lugar de ser su primer beso, llevaran besándose desde el principio de los tiempos.

Solo cuando él se apartó para volver a mirarla a los ojos como si quisiera medir su respuesta, Laura se dio cuenta de que ni siquiera se habían tocado. Él había apartado las manos de su cuello en algún momento, y el roce entre sus cuerpos se había limitado a sus labios y sus lenguas. Y, sin embargo, ella se sentía jadeante, excitada y ansiosa como si ya hubieran llegado infinitamente más lejos.

Sin dejar de mantenerla atrapada en la red que tejía su mirada, una de las manos de Roi descendió hasta alcanzar el primer botón de su blusa. Con dedos firmes, pero con esa exasperante lentitud que Laura estaba empezando a dejar de odiar, lo deslizó fuera del ojal antes de pasar al siguiente. Repitió el gesto de nuevo. Y otra vez, y otra más. Apenas rozaba su piel con los nudillos al pasar de un botón a otro, pero, con cada paso, su respiración se agitaba un poco más y sus latidos se aceleraban de forma inexplicable.

¿Cuántos botones tenía la maldita camisa? Era incapaz de recordarlo, pero sabía que si la tortura duraba un solo segundo más, iba a ponerse a gimotear. Pero ¿por qué? Si no la estaba tocando, si ni siquiera la besaba o...

Él se detuvo.

—Estás pensando otra vez —la reprendió—. Deja de pensar.

—No puedo dejar de pensar —dijo ella, y, más que una protesta, fue un quejido.

—Sí puedes —la contradijo con tono suave, pero firme—. Deja de analizar por qué funciona, solo disfruta de ello.

—Pero necesito... —empezó a decir, sin saber muy bien cómo iba a continuar.

—No necesitas hacer nada —la interrumpió Roi. Uno de sus dedos se deslizó por su garganta hasta alcanzar la unión entre sus pechos y volvió a ascender, dejando un reguero de piel erizada a su paso—. Solo dejarte llevar. Es el modo de aprender a

jugar a este juego: dejarse llevar, perder si es necesario. Dejarse enseñar. Déjame enseñarte —susurró antes de depositar un suave beso en sus labios y seguir afanándose con sus botones.

Cuando llegó a la cintura de su falda, sacó la blusa con exquisito cuidado, rozando casi por casualidad su piel ávida de más. Desabrochó los dos últimos botones y solo entonces la liberó del embrujo de su mirada para contemplar su cuerpo. Las manos de Roi ascendieron hasta sus hombros y separaron los extremos de la blusa sin llegar a quitársela.

—Eres tan preciosa como imaginaba —murmuró.

A pesar de que Laura sabía de sobra que la encontraba atractiva, esas palabras apenas musitadas despertaron una oleada de poder femenino en su interior, alejando en parte la inseguridad y los nervios que la habían dominado desde el instante en que había entrado en esa habitación.

—¿Me habías imaginado así? —preguntó, y, aunque en su cabeza había imaginado un tono de ronca sensualidad, su voz surgió de sus labios demasiado baja, afectada y un poco aguda.

Él sonrió, sin apartar la vista de su cuerpo como antes no la había apartado de sus ojos. Alzó una de sus manos y la colocó bajo su cuello, con los dedos extendidos en abanico, como si deseara alcanzar la mayor cantidad de piel posible.

—Sabes que sí —dijo, deslizando esa mano exploradora hacia el valle entre sus pechos—. ¿Quieres que te diga qué más he imaginado?

—¿Qué? —preguntó ella con la voz estrangulada cuando la mano de Roi volvió a ascender para detenerse a jugar con una de las tiras de su sujetador.

—A ti en esta cama, desnuda y debajo de mí. Con la piel en llamas después de que haya adorado cada milímetro de ella con mi lengua, con la mente desconectada de todo lo que no sea la siguiente caricia, el siguiente beso... —Sus manos ascendieron de nuevo y la camisa de Laura se deslizó por sus brazos, formando un charco de seda sobre la cama, todavía enganchada a sus muñecas—, la siguiente embestida de mi cuerpo en tu interior.

—Sí —musitó ella sin poder reprimirse.

Esa afirmación —o quizá súplica— apenas susurrada pareció activar un interruptor secreto en el interior de Roi. Dejó de acariciarla con pereza y se apoderó de sus labios con un beso lánguido, pero cargado de lujuria. Sus manos buscaron la cintura de Laura y, con un gesto rápido, la arrastró hasta su regazo, sin dejar de explorar su boca ni un instante, estrechándola contra su cuerpo. Ella se peleó con las mangas de su camisa, intentando con gestos torpes arrancarlas de la presa que los puños ejercían sobre sus muñecas, pero las manos de Roi abandonaron su espalda y se deslizaron despacio por sus brazos hasta llegar a esas esposas de tela que le impedían abrazarlo. Sin vacilar ni un segundo, sus dedos firmes desabrocharon los botones y dejaron caer la blusa, y ella se descubrió dejando escapar un gruñido de aprobación antes de echar las manos sobre sus hombros y aferrarlo con fuerza para

obligarlo a profundizar en ese beso enloquecedor.

Una vez más, él se apartó.

—Tranquila —susurró con voz calma—. Tenemos toda la noche.

—Quiero tocarte —exigió Laura, apartándose de su cuello para aferrar el bajo de su camisa.

Las manos de él se movieron hasta sujetar las suyas con suavidad, pero con firmeza. Aguardó un instante hasta que ella dejó de debatirse, en un intento desesperado de recuperar el control, y después la ayudó a levantarse de su regazo para ponerse él en pie a continuación.

—Calma —insistió. Desató el lazo del cuello y los de las mangas, que antes solo había aflojado y, con esa parsimonia que Laura todavía no sabía si encontraba excitante, exasperante, las dos cosas juntas o ninguna, llevó las manos al bajo de su camisa y se la quitó con calma por la cabeza.

Si el cerebro le funcionara todavía, quizá podría disertar acerca de la simetría de su cuerpo, de la obvia perfección de sus músculos, del hombre de Vitruvio o de la importancia de la atracción física en el instinto reproductivo. Pero como su mente racional se había quedado paralizada, y le había cedido al instinto el control de su cuerpo, el único pensamiento un poco coherente que pudo invocar fue algo acerca de lo mucho que deseaba poner las manos encima de esos músculos, sentirlos contra su cuerpo, acariciarlos con su boca...

—Creo que esa línea de pensamiento me gusta mucho más —comentó él, divertido—. Consévala, por favor —pidió antes de volver junto a ella e inclinarse para besar su cuello.

Deseosa de sentir piel contra piel, Laura llevó las manos a la cremallera de su falda, pero, una vez más, él la detuvo.

—No.

—Pero...

—No. Yo lo haré... Cuando llegue el momento oportuno —añadió con malicia.

—¿Mi opinión no cuenta? —se enfurruñó Laura. Y aunque había querido usar un tono un poco irritado, lo que surgió de sus labios fue un evidente coqueteo que él aceptó con una sonrisa torcida.

—Por supuesto, pero ya te he dicho que las decisiones no las vas a tomar solo tú —replicó él, jugando con sus dedos en el pulso de Laura en una caricia que resultaba mucho más provocadora de lo que debería ser.

—Pero tampoco puedes tomarlas todas tú —protestó.

—Ah, pero lo haré —sonrió, inclinándose de nuevo hacia ella hasta que sus labios casi se rozaron—. Aunque será porque tú querrás que lo haga.

Y, sin añadir ni una sola palabra más, volvió a besarla con intensidad, con más fuego del que había demostrado hasta entonces, con más abandono, y más pasión. Sin deshacer el beso, se inclinó hasta que sus dedos rozaron las corvas de Laura, la levantó en sus brazos y la llevó de nuevo a la cama, donde la acostó con delicadeza

antes de tumbarse junto a ella, sin apartarse de sus labios ni por un instante.

Solo entonces, cuando ya estaban por fin acostados en esa cama mullida, abrazados y devorándose a besos, él se alejó de su boca para trazar un húmedo reguero hasta su vientre. Despacio, muy despacio, descendiendo con calma, adorando, tal y como había prometido, cada milímetro de la piel de Laura.

Deliciosa. Exquisita. Perfecta.

Era tal y como la había imaginado Roi mil veces y todavía mejor. Su piel era suave e inmaculada, un fino satén dorado que cubría un cuerpo creado para el placer, desde los plenos pechos, pasando por la pronunciada curva de su cintura, hasta la redondez de sus caderas, que se adivinaba rotunda bajo su falda.

Olía a vainilla, a nervios, a mujer excitada y expectante, y su piel tenía el sabor del pecado, el tacto de la pasión. Pero lo mejor de todo era que no se había equivocado: bajo esa fachada de frialdad y desinterés, había una criatura más que dispuesta a dar y recibir placer, a gozar del momento y abandonarse a sus caricias. Quizá Laura se esforzara en mantener la calma, en conservar ese control que tanto parecía necesitar, pero su cuerpo comenzaba a traicionarla, y ese era solo el principio, porque no tenía pensado levantarse de esa cama hasta que a ella no le quedara una pizca de autodominio, hasta que no pudiera pensar, hasta que no permaneciera en pie ni una sola de las barreras que levantaba frente al mundo y sus locuras.

Su lengua jugó con el ombligo de ella, saboreando su piel y el modo en que se estremecía bajo sus caricias. Laura dejó escapar un gemido y volvió a bajar las manos hasta la cremallera de su falda, impaciente. Pero, aunque se moría por verla desnuda, por tener toda esa piel cremosa a su disposición, no podía permitirle aún que tomara la iniciativa. Era demasiado fuerte, y se la robaría en cuanto pudiera. Entonces, el sexo se convertiría en una batalla de estrategias para mantener el control, en una lucha de voluntades que ninguno de los dos podía ganar. Y aunque ese era un juego tentador del que sin duda podría disfrutar, no era lo que Roi tenía en mente. No para esa primera vez, en la que lo único que buscaba era la total y absoluta rendición de la chica, en la que quería demostrarle que su voluntad no era la más firme ni su control el más implacable.

Quería que ella supiera que podía ganar esa guerra aunque perdiera todas las batallas, que no siempre tenía que pensar, que también podía sentir. Que podía ceder el control a alguien capaz de asumirlo, y el mundo no se iba a detener por ello.

¿Por qué? No tenía ni idea, pero cada célula de su cuerpo le exigía que así fuera, que tras esos muros de hielo que ella había levantado alrededor de sus emociones, había un tesoro, como la olla de oro al final del arcoíris, y él se moría por descubrir los secretos que escondía.

Pero prefería no plantearse lo que le estaba costando a él.

Su propio cuerpo aullaba de frustración, de deseo, de pasión insatisfecha. Se moría por hundirse en ella y rendirse entre sus brazos, por perder su propio control por fin. Pero no iba a hacerlo.

Sin dejar de jugar con su lengua en la piel del vientre de Laura, le sujetó las

manos a los costados para no permitirle llegar a la cremallera, para robarle esa iniciativa que ella se esforzaba por ganar a toda costa.

—Déjame tocarte —suplicó Laura después de debatirse contra su agarre durante largo rato.

—Después —gruñó él.

Ascendió de nuevo por su cuerpo hasta alcanzar los suaves montículos de sus pechos. Lamió la piel que quedaba expuesta bajo el delicado encaje negro del sujetador y se deleitó un instante contemplándolos, disfrutando del momento de anticipación antes de soltarla para poder deslizar un dedo entre la tela y su piel, acariciando uno de los fruncidos pezones, que se endureció aun más bajo su roce.

Laura volvió a gemir, a retorcerse bajo esa caricia que él sabía insuficiente, pero no protestó. Sus manos seguían donde él las había dejado, flácidas a sus costados, como si se hubiera olvidado del resto de su cuerpo y toda su mente se concentrara tan solo en el punto que él acariciaba.

Era un primer paso, así que, por fin y gracias a los dioses por los pequeños milagros, podía avanzar un poco más. Se apartó de su cuerpo, ignorando las protestas del suyo propio y, cuando ella parpadeó como si acabara de conectar sus neuronas adormecidas, se puso de rodillas y la tomó de las manos.

—Levántate —susurró, tirando de ella hacia sí.

Aunque se esforzó por no demostrarlo, le sorprendió ver cómo obedecía sin vacilar, incorporándose en la cama frente a él, sin discutir, sin nada más que una mirada expectante que parecía aguardar por fin a que decidiera el siguiente paso, que él se apresuró en avanzar.

El sujetador desapareció en un susurro de seda, dejando a la vista unos pechos firmes, tan dorados como el resto de su piel, con los pequeños pezones fruncidos en dos apretados botones que Roi se moría por saborear. Sin decir ni una palabra, la ayudó a arrodillarse para poder deshacerla así por fin del resto de la ropa que le impedía llegar a su piel. Pero antes, por complacerla y complacerse a sí mismo, sopesó esos pechos con sus manos, acariciando los pequeños brotes con sus pulgares mientras se inclinaba para reclamar sus labios.

Una vez más, la reacción de ella lo tomó por sorpresa por su intensidad, por el modo en que se rindió al beso sin apresurarse, sin exigencias, dejándose saborear, dejándose llevar. Sin darse tiempo a pensarlo, Roi bajó por fin esa cremallera y deslizó la falda despacio por las caderas de la chica, recreándose con cada curva, deleitándose un segundo al pasar con el encaje de su ropa interior. Deshizo el beso y la empujó con delicadeza hasta volver a tumbarla sobre las almohadas, vestida solo con ese minúsculo triángulo de encaje entre sus piernas, y una expresión perdida en sus ojos vidriosos.

Incapaz de resistir un solo instante más sin sentirla piel contra piel, se puso en pie para deshacerse de los pantalones y volvió a la cama junto a ella, acomodándose entre sus muslos. Laura lo recibió sin reservas, alzando los brazos para posarlos sobre sus

hombros.

—Bésame —suspiró ella.

Y como era un ruego y no una exigencia, él se apoderó de su boca, más que dispuesto a complacerla. Deslizó la lengua entre sus labios entreabiertos y ella se apresuró a salir a su encuentro, enredándose con él en una danza enloquecedora, con el ritmo perfecto, con el pulso ideal para arrebatarse a ambos el sentido.

Besar era un arte, y al parecer ambos lo dominaban a la perfección. Por un instante, su inquieto cerebro volvió a activarse, a apartarse de esa cama y de ese deseo que lo estaba llevando, lento e implacable, al punto de no retorno. Sí, besar era un arte, pero ese beso era demasiado perfecto, si algo así podía pecar de exceso de perfección. No había dudas, no había vacilación alguna. Era como si llevaran besándose toda la vida, como si hubieran compartido mil momentos como ese y conocieran al detalle todos los senderos de su mutuo deseo. Sin errores, sin pruebas fallidas, sin vueltas atrás.

Era tan extraño que, por un instante, perdió el sentido del tiempo y de la realidad, entregándose a las caricias y la magia del momento sin poder refrenarse, sin poder hacer nada más que disfrutar.

Pero los gritos de su mente racional lo detuvieron de nuevo, gritándole que se frenara, que analizara.

«Al infierno con eso —gruñó él para sus adentros—. Pensar, después».

El monstruo en su interior rugió con aprobación, ansioso y satisfecho, mientras tomaba el control por un minúsculo segundo y lo obligaba a arrancar la ropa interior de la chica de un tirón. Roi maldijo para sus adentros antes de volver a contener los instintos de la bestia en su interior con un esfuerzo digno de una película épica. Sabía que había perdido parte del terreno ganado con ese acto de irreflexión, y tuvo la confirmación absoluta cuando una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Laura.

—Esas bragas me habían costado una fortuna —bromeó ella, de nuevo dueña de sí misma.

—Te compensaré —contestó mientras dejaba un reguero de besos en su cuello, obligándose a recuperar el ritmo calmado que tan bien le había funcionado hasta ese momento.

—Eso espero —replicó Laura, divertida—. ¿Vas a empezar ya, o quieres que te ayude?

¿Parte del terreno ganado? Había vuelto a la casilla de salida, perdido dos turnos y no podría volver a empezar hasta que sacara un seis. Maldito fuera mil veces el espíritu brutal que habitaba en su interior, y malditos los dioses por ponerlo ahí. Podía seguir desde ese punto e intentar ganar de nuevo el control como si nada hubiera pasado, lo que ya no estaba seguro de que fuera a funcionar... O podía tragarse las ganas, la ansiedad y el dolor de su miembro más que dispuesto y retroceder para volver a construir el ambiente que se había esfumado por su irreflexión.

«¡Sigue!», exigió la bestia en su interior.

«No», respondió el hombre racional.

Con un suspiro de resignación, y una sentida disculpa a la parte de su cuerpo que ahora mismo aullaba de frustración, decidió tomar el camino difícil. Pero pasado un momento, después de concederse un premio a sí mismo por haber tomado la decisión correcta. Se apartaría, sí, pero no sin antes emplear unos segundos para saborear los pezones que se erguían enhiestos suplicando su atención. Laura dejó escapar un suspiro que sonó más a «qué agradable es esto» que a «no te pares nunca», y ese nuevo golpe a su ego lo ayudó a apartarse con mucha más eficiencia que cualquier recriminación que se dedicara.

Se separó por fin de ella, tumbándose a su lado, apoyado sobre un codo, rozándola apenas con su mano libre, que jugaba con sus costillas, descendía hasta su cadera y sus muslos y volvía a ascender hacia su esternón, dibujando espirales y curvas distraídas sobre su piel. Ella lo miró, confusa, y en sus ojos se dibujó una pregunta que él no era lo bastante tonto como para responder.

Iba a perder la paciencia, Roi lo sabía con la misma certeza que sabía que el sol volvería a salir por la mañana, y apostó consigo mismo cuánto tiempo tardaría en hacerlo. No demasiado, apenas un minuto o dos, y entonces intentaría hacerse cargo de la situación, volver al instante en que él había estado a punto de perder el control y arrastrarlo con ella para que se apresurara de una vez.

Y, tal y como había esperado, Laura no tardó en acercarse más a él, deslizando la mano entre sus cuerpos. Roi la detuvo antes de que pudiera alcanzar su objetivo, retándola con la mirada para que intentara escapar de su presa. En sus ojos pudo leer la duda, la incomodidad y, después de unos segundos, una cierta irritación.

—¿Qué pasa? —preguntó, y él supo que, aunque había intentado mostrarse desagradable, su voz la había traicionado, escapándose en un murmullo casi inaudible.

Sonrió. Quizá no había perdido tanto terreno, al fin y al cabo. Sin decir ni palabra, algo que ya había comprobado que la sacaba de sus casillas, se alzó sobre el cuerpo de ella, mirándola a los ojos, distrayéndola para que pensara que iba a empezar donde lo había dejado minutos antes y no viera cómo su brazo se estiraba para alcanzar una de las copas. Volvió a su lugar y, cuando ella parpadeó, confusa, tomó un breve sorbo, sin dejar de observarla ni molestarse en disimular su diversión ante la ahora evidente irritación que mostraba ella.

—¿Me estás tomando el pelo? —gruñó, incorporándose con brusquedad para mirarlo en igualdad de condiciones—. Oye, si esto es una especie de venganza por lo que te dije, ya me he disculpado, y...

—Calla —ordenó en voz baja y autoritaria.

El enfado no era la mejor de las emociones posibles de cara al sexo, pero sin duda era una emoción y eso era mejor que nada. Y una que, además, Laura no sabía controlar. Cualquier grieta en su impecable armadura jugaba a favor de Roi, y estaba dispuesto a llevar el juego todo lo lejos que hiciera falta.



El torrente de palabras de Laura se frenó en seco, mientras ella lo miraba atónita, con los ojos abiertos de par en par y una expresión de furia apenas contenida en su rostro perfecto.

—¿Que me calle? —exclamó, indignada. Al ver que él tampoco respondía a eso, dejó escapar un resoplido y le dio la espalda, con la evidente intención de salir de la cama a toda prisa—. Mira, no sé qué...

—Quieta —ordenó de nuevo, sin moverse siquiera.

Ella se volvió de nuevo para encararlo.

—Pero ¿tú de qué vas? —bramó mientras agitaba sus rizos oscuros en una negación incrédula y furiosa—. Mira, no pienso...

Suficiente. Roi abandonó de golpe su pose relajada para levantarse en un solo movimiento y colocar una de sus manos sobre el hombro de la chica. Bajó la cabeza hasta su cuello y la mordió con suavidad, deleitándose con la inevitable reacción de su cuerpo.

—Exacto —susurró antes de atrapar el lóbulo de su oreja con los dientes—. No pienses.

Laura se resistió un instante, solo un breve momento antes de que su furia se entremezclara con su deseo y terminara por diluirse en él. Dejó escapar un gemido ahogado, como si hubiera tratado de reprimirlo antes de que saliera de su garganta y, por fin, volvió a rendirse a sus caricias. Giró el cuerpo, tratando de encararlo, y llevó las manos a su rostro, incitándolo para que alzara la cabeza y la besara. Él todavía tardó unos segundos en obedecer, pero para cuando lo hizo, ya había recuperado todo el terreno perdido y ganado más aún.

Ni se molestó en volver a posar la copa en su lugar. Estiró el brazo y esta cayó al suelo sin que le importara lo más mínimo el ruido que lo advirtió de que el cristal acababa de quebrarse en mil pedazos.

Cayeron de nuevo sobre la cama, a cámara lenta, sin dejar de besarse ni por un instante, sin detener el rumbo errático de sus manos, que exploraban el cuerpo de otro con impaciencia, con ansiedad. Permitted que ese ritmo frenético durara unos momentos más, antes de serenarla con besos suaves y medidos, con caricias más lentas, más provocadoras. Y cuando ella se rindió por fin entre sus brazos, descendió por su cuerpo, adorando cada poro de su piel con sus labios, con su lengua, con sus dientes...

Cuando llegó a la unión entre sus muslos, ella jadeaba sin control, con los ojos cerrados y las manos aferradas a las sábanas, los labios entreabiertos y húmedos y las mejillas arboladas por la pasión.

Y el juego no había hecho más que empezar.

Depositó un beso suave en su pubis antes de esquivarlo y dedicar toda su atención a sus piernas. Deslizó la lengua por uno de sus muslos, acarició su rodilla, cubrió de besos tenues su pantorrilla, pasó los dientes por su empeine, acarició los dedos de sus pies y volvió a comenzar en sentido contrario con la otra pierna, mientras ella gemía

y susurraba palabras incoherentes que él ni se molestaba en intentar entender. Sabía lo que le estaba pidiendo, pero todavía iba a esperar para tenerlo. Un poco más, solo un poco más, después de que besara su vientre, jugara con su ombligo y saboreara la piel de su cintura.

Cuando se hundió por fin entre sus piernas, el lloriqueo de alivio que escapó de los labios de Laura le supo a pura victoria, aunque no sabía cuánto tiempo más podría mantener el control. La tenía, ahí, al borde de caer por el precipicio, de deshacerse de todas sus barreras, de entregarse por fin a las emociones y al sexo como se había entregado poco antes a su rabia. Solo faltaba un pequeño empujón final y podía concederse un respiro, perderse por fin en su interior y dejarse llevar él también.

La besó entre las piernas como había besado su boca, con calma, sin apresurarse, haciendo crecer cada sensación hasta el límite antes de probar algo distinto, enloqueciéndola y enloqueciéndose con cada caricia de su lengua, con cada pequeño roce de sus dientes, de sus dedos, de sus labios. Y, una vez más, esa sensación. Ese *déjà vu*, esa impresión lejana de familiaridad, de saber qué hacer en cada momento, a cada paso; de no dudar sobre cómo acariciarla, qué ritmo imprimir, qué iba a causarle más placer. El cuerpo de Laura parecía no tener secretos para él, a pesar de que era la primera vez que se adentraba en ellos, pero viendo cómo reaccionaba, cómo se retorció sin control sobre las sábanas, rogando más y más, con las manos aferradas a los cabellos de Roi y las caderas agitándose bajo sus caricias, no iba a lamentarse por ello.

La llevó al borde una y otra vez para volver a descender y volver a elevarla, hasta que sus gemidos de placer se convirtieron en un lloriqueo de súplica desesperada. Solo entonces hundió un dedo en su interior y aceleró sus caricias hasta que ella estalló por fin en un clímax arrollador, gritando su nombre. Yació rendida y saciada sobre las sábanas, y él supo que había llegado al mismísimo límite de su resistencia.

Incapaz de soportar esa deliciosa tortura ni un solo instante más, trepó por el cuerpo exhausto de Laura hasta colocarse entre sus muslos, y se deslizó en su interior con infinita calma, saboreando cada instante. Y cuando por fin estuvo profundamente hundido en ella, tuvo que permanecer quieto, con los ojos cerrados y el cuerpo en llamas, orando en silencio para conservar la serenidad que se escapaba por sus poros con cada suspiro de la chica, animando a la bestia en su interior.

Cuando creyó recuperar el dominio de sí mismo, se retiró para volver a hundirse con una brusca embestida que les arrancó a ambos un grito de agónico placer. Ella parpadeó y abrió los ojos adormilados, nublados por el éxtasis, para clavarlos en los de él. Y en ellos no había rastro alguno de frialdad o control. Solo la mujer sin sus muros de hielo, con sus emociones tan desnudas como lo estaba su cuerpo.

Se movió en su interior con un ritmo lento, enloquecedor, al que ella no tardó en unirse, siguiéndolo sin apresurarlo, acompañándolo en el camino en lugar de tratar de guiarlo a través de él. Sus cuerpos se acompasaban en un tempo perfecto, como se habían acoplado sus labios desde el principio, construyendo el momento sin prisas,

navegando sobre la ola del placer sin tratar de bracear hasta la orilla.

El cerebro de Roi se desconectó como supo que se había desconectado el de ella. Se limitó a sentir, a sentir como no había sentido en años, a disfrutar de ese placer infinito que amenazaba con convertirlo en esclavo de ese cuerpo y esos besos, de las caricias de Laura, de sus uñas clavadas en sus costillas, de sus muslos aferrándose a sus caderas; de su descontrol y su pasión.

Aumentó el ritmo, incapaz de detenerse, incapaz de saciarse y a punto de hacerlo. Incapaz de apartar los labios de la piel de ella, las manos de su cabello, los ojos de los suyos. Cada embestida era una ola que rompía contra su control, contra su corazón y sus propias defensas, que cayeron derrumbadas sin remedio cuando ella estalló por fin entre sus brazos, gritando su nombre.

Por un instante, deseó pasar la eternidad enterrado en ella, gozando de ese placer infinito, olvidando quién y qué era, hasta morir de inanición entre sus brazos. Pero el instante pasó, su cuerpo tomó el control y aceleró sus embestidas hasta alcanzar un éxtasis arrollador, que lo dejó agotado, rendido y preguntándose quién había ganado en realidad la batalla.

Laura no podía ni pensar. Lo de moverse ya ni siquiera estaba en debate, porque tardaría horas en volver a tener el control de sus músculos, y solo lo recuperaría después de un largo, larguísimo descanso. Una parte de sí misma, esa en la que siempre había confiado, la que solía guiar cada uno de sus pasos, se empeñaba en analizar lo que había ocurrido en esa habitación, en entender cada cómo y cada porqué. Pero, por primera vez en muchos años, estaba demasiado agotada como para prestarle atención. Su cerebro se había tomado unas vacaciones cuando Roi había empezado a acariciarla, y no parecía dispuesto a volver al trabajo de momento.

Y, para su propia sorpresa, no le importaba ni un poco. Como diría Scarlett O'Hara, ya lo pensaría mañana, porque esa noche, para su propia sorpresa, no quería pensar en nada.

—¿Cómo estás? —preguntó él, con la cabeza enterrada en su cuello—. ¿Peso demasiado?

—Sí —reconoció Laura, sonriente—. Pero no me importa —se apresuró a añadir cuando él hizo ademán de levantarse.

Aun así, no consiguió evitar que él se incorporara sobre sus codos y la librra de parte de su peso. Y no le costó reconocer ante sí misma que, por un instante, lo echó de menos. Al menos, hasta que él llevó una mano a su rostro y le apartó con delicadeza el cabello húmedo que se había pegado a su frente.

—¿Ha merecido la pena dejarse llevar, *meu ben*? —susurró tras posar un leve beso sobre sus labios.

—No lo estropees —rio ella—. Ya lo reconoceré mañana.

—¿Cuándo te permitas pensarlo? —insistió con dulzura. Apoyó el dedo índice en su frente y presionó sobre ella—. Piensas demasiado. A veces no hace falta pensar.

Estuvo a punto de darle la razón. A una caricia de tirar por tierra uno de los mantras a los que se llevaba aferrando toda su vida y de reconocer que, aunque solo fuera alguna vez y muy de tarde en tarde, sí merecía la pena desconectar la mente. Pero todavía no estaba preparada para tanto.

—¿Sabes lo que estoy pensando ahora? —musitó con un tono cargado de sensualidad. La sonrisa irónica de Roi le dijo que no se lo había creído ni por un instante, así que se apresuró a terminar la frase en lugar de seguir con un juego en el que él no iba a caer—. Que me muero de hambre.

—No me sorprende lo más mínimo. Apenas has probado bocado durante la cena —sonrió.

—¿Siempre te fijas en todo?

Hablaban en voz baja, susurrantes, como si supieran que elevar el tono de voz rompería la burbuja en la que estaban, la frágil conexión que se había creado entre

ellos.

—Siempre —reconoció él. Jugó unos instantes más con su pelo y, por fin, dejó escapar un suspiro de resignación y se incorporó, sentándose en el borde de la cama—. ¿Por qué no te das una ducha? Yo voy a bajar a la cocina, a ver si las hadas han dejado algo comestible.

—Si las hadas lo han dejado, será porque de verdad es comestible y hasta puede que sano —replicó Laura, estirándose en la cama como un gato perezoso.

—Yo no apostarí a ello nada a lo que le tengas cariño —comentó Roi. Se puso en pie, y le ofreció una estupenda visión de su espalda y de sus nalgas, que Laura saboreó como si, de verdad, se hubiera visto poseída por el espíritu de un gato. Solo que, en ese momento, en lugar de sentirse perezosa, se encontraba delante de un enorme plato de nata listo para ser devorado—. Si sigues mirándome así —dijo en tono distraído mientras se agachaba para recoger sus pantalones—, voy a volver a esa cama y no vas a comer hasta dentro de mucho, mucho tiempo.

—No puedes ver si te estoy mirando o no —protestó ella sin apartar la vista de su cuerpo.

—Pero los dos sabemos que lo estás haciendo. —Con la misma parsimonia elegante con la que parecía hacer todo, desde sentarse hasta el sexo, se puso los pantalones y se giró para mirarla mientras se los abrochaba—. Y si quería un motivo más para acostarme otra vez... —susurró, devolviéndole con creces el homenaje de su mirada.

Contempló su cuerpo de la cabeza a los pies, sin molestarse en disimular su deseo, y Laura sonrió, satisfecha, disfrutando del escrutinio. Nunca había sido una mujer pudorosa, de las que se envuelven en las sábanas e intentan esconderse avergonzadas, pero si así hubiera sido, la expresión de admiración en el rostro de Roi la habría arrancado de las garras del recato al instante. Él se acercó a la cama y se inclinó para darle uno de esos besos apenas insinuados. Uno de los dedos de Roi se posó entre sus pechos y descendió muy despacio por su vientre, trazando una línea de fuego hasta su ombligo, donde jugó por un instante hasta detenerse antes de rozar su pubis.

—Me voy —anunció, incorporándose con una brusca inspiración. Se dirigió a la puerta y, antes de llegar a abrirla, con la mano ya en la manija, se volvió a mirarla como si acabara de recordar algo—. Dime una cosa: en una escala de uno a diez, ¿cómo estás de dispuesta a ignorar la norma «con las cosas de comer no se juega»... si te prometo que será divertido?

—Diez —afirmó sin dudarle, tras atragantarse con el súbito deseo que esa simple frase despertó en su adormecida mente.

—Perfecto —aprobó él.

Con apenas un último vistazo distraído, Roi se apresuró a salir, cerrando con un portazo urgente tras de sí. Laura se encontró sola entre las sábanas revueltas, y una sensación de alegría absurda comenzó a burbujear en su vientre, ascendiendo hasta su

pecho y explotando en una carcajada estúpida que no se molestó en comprender ni controlar. Se estiró en la cama una vez más, disfrutando del tacto de la seda sobre su piel sensibilizada y por fin se decidió a levantarse con lo que sabía que era una sonrisa bobalicona pintada en el rostro.

Se dirigió desnuda hasta el baño y preparó la ducha en automático, mientras su cerebro, por una vez, se había convertido en una cadena de televisión con un personal mínimo, y en lugar de preparar un informativo que mostrara un concienzudo análisis de la situación, se limitaba a transmitir en automático una película con los mejores momentos del tiempo que había pasado en esa cama con Roi. Y Laura estaba disfrutando de cada fotograma sin molestarse en meditarlo y, lo que era todavía más raro, sin preocuparse por ello.

Su idea era darse una ducha rápida, pero su cuerpo parecía haberse rendido al hedonismo del momento, así que permaneció bajo el agua durante un largo rato, recordando, disfrutando de la caricia del agua sobre su piel. Todos sus sentidos parecían haberse agudizado, como si despertaran de un largo sueño, y el recuerdo de las manos de Roi sobre su cuerpo desnudo, cumpliendo su promesa de mirarlo hasta la última de sus curvas, la predisponían a seguir en automático, dejando que su instinto tomara el control por una vez.

Cuando escuchó la puerta del dormitorio, decidió que ya había llegado el momento de apartarse del placer de esa ducha cálida y comprobar qué nuevos placeres la aguardaban en la habitación. Se secó la larga melena con una toalla y, tras pasar un peine apresurado por ella para deshacer los nudos, salió del baño vestida tan solo con una invitadora sonrisa.

Esperaba que estuviera de pie, preparando la comida, o quizá sentado en el sillón, así que le llevó un confuso segundo localizarlo acucillado junto a la cama. Pero él ya la había visto y contemplaba su cuerpo desnudo con expresión hambrienta.

—He traído algo de fruta —comentó como si estuvieran en el medio de una fiesta, rodeados de gente y sin poder tocarse, a pesar del deseo que mostraban sus ojos, y, por primera vez en su vida, Laura, que siempre se había sentido orgullosa de su autocontrol, sintió envidia del de Roi por un instante—. En cuanto acabe de arreglar este desaguisado...

—¿Qué ha pasado? —preguntó, porque un automático en su mente le indicó que era lo correcto.

La sonrisa de Roi se amplió, se volvió mucho más maliciosa.

—¿No te acuerdas? La copa se... cayó de mis manos. No sé cómo. A saber qué estaría haciendo —bromeó.

—A saber —le siguió la corriente—. Quizá después de la cena podemos intentar recordarlo. Si te sientes con fuerzas.

—¿Si me siento con fuerzas yo? —gruñó Roi, fingiendo un tono de orgullo masculino herido que ella sabía falso. Si algo le sobraba a ese hombre, era confianza en sí mismo—. Querida, en cuanto acabe con esto vamos a discutir esa actitud tuya

tan condescendiente.

—Excusas para ganar tiempo —lo provocó.

—Qué más quisiera yo —suspiró él, concentrándose de nuevo en su tarea—. Pero el suelo está lleno de cristales y tú estás descalza. Y cuento con que lo estés toda la noche, así que es mejor que los recoja antes de que tengamos un problema.

—Deja, te ayudaré —se ofreció ella, acuclillándose a su lado. Era un auténtico desastre. La copa se había hecho mil añicos y los cristales formaban un charco de pequeños diamantes regados con licor que él se afanaba en recoger, aunque lo único que conseguía era extender más el diseño brillante de los cristales sobre la madera del suelo—. Los estás esparciendo.

—Lo sé —gruñó entre dientes—. Pero son demasiado pequeños y mis manos, demasiado grandes.

—No te metas con tus manos. Tus manos son perfectas —lo riñó Laura, apartándolo de un empujón—. No tengo ni la más mínima queja de ellas —anunció con coquetería.

—Bueno es saberlo —sonrió él—, porque pienso volver a usarlas muy pronto —susurró.

Una de esas manos se dirigió de forma casi distraída hasta su brazo y la acarició con la punta de los dedos en un roce casual, apenas intencionado, pero que envió una corriente eléctrica a través de los nervios de Laura, llenándola de deseo. Sus propios dedos temblaron de impaciencia, y uno de los cristales se clavó en la yema de su índice.

—Mierda —masculló mientras se llevaba el dedo a la boca.

—¿Te has cortado? —inquirió él, en ese tono entre nervioso y recriminador que solían usar algunos hombres cuando estaban preocupados—. Déjame ver —ordenó.

—No ha sido nada —le quitó importancia ella al tiempo que extendía la mano hacia él.

Solo había sido un diminuto corte, apenas un pinchazo del que solo manaba una mísera gota de sangre roja y brillante. Pero cuando los ojos de Laura cayeron sobre ella, el mundo se difuminó a su alrededor.

*Sangre.*

*Sangre roja, espesa, latiente.*

*Sangre.*

—¿Laura? —La voz de Roi llegaba a ella con un punto de histeria, de preocupación infinita, pero ella estaba a kilómetros de allí, ciega y casi sorda, incapaz de responder—. Laura, ¿qué diablos te pasa? ¡Laura!

Las manos de Roi se aferraron a sus hombros y la sacudieron con brusquedad.

*Manos de hombre. Manos fuertes, hábiles, callosas por el trabajo, por la*

*empuñadura de una espada.*

*Manos firmes, manos delicadas.*

*Manos que mataban. Manos que amaban.*

*Manos que adoraban su piel y su espíritu, que conocían sus senderos y sus atajos, que eran las dueñas de su placer.*

A millones de kilómetros, Roi la levantó del suelo y la tendió sobre la cama, pero ella apenas podía respirar, pensar, vivir.

*Manos que la recorrían por entero, manos que la conocían, que la hacían vibrar.*

*Manos de hombre, de su hombre, de su amante. Manos que se entrelazaban con las suyas en la oscuridad.*

*Y sangre.*

*Sangre en sus manos.*

*Sangre en las manos del hombre.*

—Despierta, Laura. —La voz apenas conseguía atravesar su consciencia. La oía, pero no la entendía. Hablaba en un idioma extraño, le hablaba a alguien que no era ella—. ¡Despierta, maldita sea! ¡O’Cleary! ¡Niall!

*Manos que se cubrían de sangre, que se empapaban de la esencia de la vida que habían compartido, que se limpiaban con sus lágrimas.*

*Sangre de sacrificio, sangre de traición. Sangre para destruir una vida, sangre para devolver la esperanza.*

*Manos malditas, sangre maldita, llanto maldito.*

*Manos firmes, delicadas, que amaban, que odiaban.*

*Las manos del esposo. La sangre de la esposa.*

*Sangre.*

*Sangre, esposo mío, mi sangre.*



Cuando Roi abrió la nevera, se dio cuenta de que sus manos todavía temblaban sin control. Apretó los puños un instante para intentar dominar sus músculos, pero fue en vano; su cuerpo había decidido no serenarse, conservar el recuerdo de lo que acababa de ver y nada de lo que él hiciera iba a servir para tranquilizarlo. Cogió un botellín de agua y lo apuró de un trago antes de tomar otro y cerrar la nevera de golpe.

Tras él, Niall y O’Cleary lo miraban con prevención, como si pudiera estallar en cualquier momento y hacer volar por los aires toda la maldita cocina. Y no estaba muy seguro de que su inquietud no fuera justificada. No se había sentido tan impotente desde hacía mucho, mucho tiempo, y prefería no pensar en la última ocasión en la que eso había ocurrido, porque los paralelismos con el momento actual podían acabar con la poca cordura que le quedaba en ese instante.

Sabía que debería ser el primero en hablar, pero no se sentía con fuerzas. La escasa energía que restaba en su interior la estaba usando para controlar sus nervios y a la bestia que rugía insatisfecha, debatiéndose contra sus cadenas, exigiendo alimento. Y, por supuesto, sus amigos lo conocían demasiado bien como para no darse cuenta.

—Necesitas salir —observó O’Cleary con expresión preocupada—. Esta noche no creo que sea posible, pero no puedes tardar.

—¿Crees que no lo sé? —replicó él de malos modos, incapaz de reunir ni una brizna de su habitual cortesía—. Te aseguro que soy muy consciente de ello.

—Tranquilízate, *a’chara* —intervino Niall—. Ya buscaremos el modo. Y, si no, yo te cubro las espaldas, ya lo sabes.

La lealtad del hada, inquebrantable como siempre a pesar de lo mucho que discutían y se enfrentaban, logró serenar un poco sus mal templados nervios. Asintió a modo de disculpa y dio un nuevo trago, no porque tuviera sed, sino porque no sabía qué más hacer, qué más artimañas usar para distraer su mente de la angustia que lo había poseído y que esta se empeñaba en analizar.

—No ha sido un sueño —anunció después de unos segundos de pesado silencio en los que sus amigos parecieron aguardar para ver por dónde iba a ir el rumbo de la conversación.

—No lo creo —aceptó el druida al cabo de unos instantes—. Pero tampoco parecía un ataque del *fomore*, como el que sufrió Diana en Navidad.

—No lo era —medió Niall—. Cuando el *fomore* intentó atrapar a Diana, me costó la vida traerla de vuelta. —Pasó junto a Roi y abrió uno de los armaritos de la cocina para coger un bote de galletas saladas, que abrió con aire distraído. Se metió un puñado en la boca y masticó a dos carrillos antes de continuar—. Laura volvió solo con la demanda de la Voz.

—Entonces, ¿qué? Porque normal no fue —meditó Aidan.

El hada se encogió de hombros y volvió a meterse un puñado de galletitas en la boca. Un brillo de malicia en su mirada le dijo a Roi que, como de costumbre, estaba a punto de salirse por la tangente para aligerar el incómodo momento de indecisión.

—A lo mejor nos estamos preocupando sin motivo —comentó con la más perversa de sus sonrisas—. A lo mejor solo fue que perdió el conocimiento por culpa de que Roi la dejó para el arrastre.

—Si es que llevaba muchas ganas acumuladas, y claro... —se unió O’Cleary a la fiesta, dedicándole una mirada especulativa.

—Sois tan graciosos que no sé por qué no estoy riéndome a carcajadas ahora mismo —protestó Roi en tono irritado, más porque era lo que se esperaba de él que porque no apreciara las buenas intenciones de esos dos payasos.

—Riéndote no sé, pero relajadito no me cabe duda —replicó Niall, divertido—. En serio, *a’chara*, me quito el sombrero. Reconozco que tenía mis dudas, pero te has portado.

—Quién lo iba a decir, ¿verdad? Parecía tan fría... —comentó el druida, pensativo.

—Fría de las que te da miedo que se te congele al met...

—Suficiente —interrumpió Roi—. No es fría en absoluto, os lo garantizo. Pero soy un caballero y no pienso daros detalles.

—Bah, como si nos hicieran falta —contestó el hada con indiferencia, engullendo más galletitas.

Ni siquiera se tomó la molestia de enfadarse. Llevaba demasiado tiempo compartiendo sus miserias con esos dos y sabía muy bien cómo eran. O los aceptaba así, o ya los habría matado hacía muchos años. El hada carecía por completo del más mínimo sentido de la intimidad y el pudor, y aunque O’Cleary era más adaptable y fingía mejor una apariencia humana, en el fondo tampoco había demasiadas diferencias entre ellos. No en vano se llamaban «*anamchara*» uno al otro.

Así que, a la fuerza, Roi había tenido que aprender y aceptar que los límites que ponían a la vida privada de los demás eran muy livianos. Sabía de sobra que no habían estado escuchando —o viendo, que era muy consciente de que también podían hacerlo si lo deseaban— todo lo que había ocurrido en su habitación, pero también sabía que habían prestado oídos lo suficiente como para poder hacerlo objeto de unas cuantas burlas maliciosas llegado el momento.

En una cosa tenían razón: Laura parecía muy fría, muy controlada, siempre serena y sensata, siempre lógica e incapaz de dejarse llevar por la pasión. Pero él había podido atisbar a la mujer tras la máscara y no cesaba de felicitarse por ello, porque, una vez libre de sus barreras, ella había superado todas sus expectativas. Cuando paraba de pensar, de analizar cada detalle, era puro fuego, capaz de consumir a cualquier hombre en sus llamas. Y pese a su preocupación por ella, una parte de Roi no podía evitar pensar en cuándo podría volver a meterla en su cama, ahora que ya le

había demostrado lo que se podía disfrutar de un poco de descontrol.

Pero no había sido solo el sexo y la entrega, había sido algo más, algo extraño. Un momento de conexión imposible de entender en dos personas que nunca habían compartido más que un par de saludos educados y frases de cortesía. A pesar de su ego masculino, Roi se daba cuenta de que no solo su experiencia con las mujeres, su paciencia y su control lo habían ayudado a liberar a la mujer ardiente que Laura escondía en su interior. Era como si la conociera, como si supiera con exactitud qué teclas pulsar, cómo interpretar la melodía de su cuerpo, cómo llevarla al éxtasis con absoluta precisión.

Recordó haberse sentido en sus brazos como si le fueran familiares, como si lo hubieran estrechado mil veces antes. Como si ya hubieran bailado esa danza hasta el agotamiento, hasta aprender de memoria todos sus pasos. Podía ser solo una sensación, pero con lo que acababa de ocurrir...

—Me ha pasado algo extraño cuando estaba con ella —anunció.

Sus amigos lo miraron un instante, como si no supieran muy bien cómo tomarse sus palabras. Y, como cada vez que no sabían cómo tomarse algo, se lo tomaron a broma.

—No quiero saberlo —protestó O’Cleary—. Os lo digo siempre: hay cosas que un hombre no quiere saber de sus amigos.

—Si necesitas algún consejo, *a’chara*, estoy dispuesto a hablar contigo de hombre a cachorrito —se burló el hada—. Pero ten en cuenta que tus limitadas capacidades no...

—Dejadme a mí en paz con mis capacidades, limitadas o no, que os aseguro que me llegan y me sobran —los interrumpió—. Hablo en serio —dijo, tratando de imprimir la mayor seriedad posible a su voz—. Pasó algo extraño y creo que es importante.

—Te escucho —aceptó Aidan después de enviarle una mirada de advertencia a Niall, que el hada recibió con indiferencia entre bocado y bocado de sus dichas galletitas.

Roi se apartó de la encimera en la que había estado apoyado y caminó hasta la isleta central de la cocina, poniendo en orden sus pensamientos. Se acodó en ella, mirando hacia sus manos entrelazadas, y se esforzó por recordar.

—Tuve la sensación de que ya la conocía —murmuró—. Como un *déjà vu*.

Aidan enarcó las cejas y acercó el taburete para sentarse frente a él con actitud interesada. Incluso Niall dejó su inseparable paquete de galletitas y le concedió toda su atención.

—¿Qué clase de *déjà vu*? —inquirió el druida—. ¿Fue una visión auténtica, o más bien una sensación?

Roi sacudió la cabeza, incómodo. Era difícil de explicar, y no estaba seguro de que no fueran más que paranoias suyas, provocadas por la sed, el cansancio y las endorfinas de un sexo fantástico.

—No fue una visión —dijo por fin. De eso sí estaba seguro—. Pero fue algo más que una sensación.

—Vas a tener que concretar más, *a'chara*, porque con esos datos no estás ayudando demasiado —protestó Niall, impaciente.

—Ni siquiera sé si todo esto sirve para algo —resopló Roi, molesto—. A lo mejor solo son tonterías mías. Estoy preocupado por ella, no sé cómo se va a encontrar cuando despierte. Debería subir. —Se incorporó, ya dispuesto a obedecer a su propia idea, cuando la mano de Aidan cayó sobre la suya, reteniéndolo.

—Las chicas nos avisarán si pasa algo. Y tardará horas en despertar. La hemos dormido a conciencia, ya te lo he dicho. Así que vuelve aquí, siéntate y habla con nosotros —ordenó en tono seco.

Roi se obligó a ignorar la irritación inevitable que siempre le provocaban las órdenes directas, porque era lo bastante racional como para reconocer que el druida tenía razón. Así que buscó otro de los taburetes que sus amigos dejaban siempre fuera de lugar y desperdigados por toda la cocina, y tomó asiento frente a ellos. Se dio unos segundos para poner en orden sus pensamientos y para pensar cómo podía plantear la situación sin que lo tomaran por idiota y comenzaran de nuevo las burlas.

—Es difícil de explicar —empezó en voz baja, perdido en sus recuerdos de las primeras horas de esa noche—, así que paciencia.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, Roi —lo serenó Aidan—. Ve a tu ritmo.

—Lo decía por Niall —replicó él, porque necesitaba unos segundos más para adentrarse en su propia mente.

—Claro que sí. La culpa siempre es de la pobre hada —protestó Niall con un bufido sobreactuado—. A ver, *a'chara*, déjame ayudarte, ¿de acuerdo?

Roi asintió sin mirarlo. Conocía lo bastante bien a ese hombre como para saber cuándo bromeaba por pura malicia y cuándo, a pesar del tono ligero de su voz, estaba dispuesto a poner su cerebro a funcionar. No lo hacía muy a menudo, pero cuando se centraba en ello, podía ser de mucha ayuda. Si conseguías terminar la charla sin tratar de matarlo, por supuesto.

—Has tenido la sensación de que ya habías vivido esa situación antes —intentó Niall con un tono que era más una pregunta que una afirmación—. Pero es imposible, porque te aseguro que si te hubieras acostado antes con la chica, yo lo habría sabido. Y te habría puteado mucho.

—No, no era exactamente eso —lo contradijo Roi, ignorando la burla. Abrió sus manos entrelazadas como si así pudiera atraer la explicación hacia ellas y volvió a enlazarlas, exasperado—. A ver, cuando te acuestas con una mujer por primera vez...

—Espero que te refieras a «por primera vez con esa mujer», porque si no me voy a poner a gritar. En serio, no lo superaré —lo interrumpió el hada.

—Niall —advirtió Aidan.

—Yo qué sé, *deartháir*. Es tan rarito...

—Silencio, *sídhe* —gruñó el druida—. Déjalo seguir. Cuando te acuestas con una

mujer por primera vez, ¿qué, Roi? Sigue.

—Siempre falla algo, siempre tienes que... —titubeó—, cogerle el pulso, saber qué funciona y qué no. No todas las mujeres son iguales ni les gusta lo mismo o del mismo modo.

—Hasta ahí, estamos de acuerdo —aceptó O’Cleary.

—Cada una tiene su ritmo —aprobo Niall.

—Bien, pues con Laura no me pasó nada semejante. Sabía qué hacer, cómo y cuándo hacerlo en cada momento. Casi podía leer lo que pensaba y lo que sentía. No hubo, no sé, ¿torpeza?, ¿indecisión? —dudó, alzando la vista para asegurarse de que lo entendían.

—Bueno... —reflexionó O’Cleary, dubitativo—. A lo mejor solo es una sensación que tienes ahora mismo. Os moráis por poner os las manos encima y todos sabemos la cara de imbécil que se le queda a uno después de un buen polvo y por qué.

—O igual es que eres mejor en la cama de lo que pensábamos —bromeó Niall.

—Amigo mío, te aseguro que soy bueno, pero no tanto —reconoció con una sonrisa irónica—. No, esto era distinto. No tiene nada que ver con que me muriera de ganas de llevármela a la cama...

—¡Hombre! Por fin lo reconoces —interrumpió de nuevo el hada.

—Nunca lo he negado —replicó Roi, que, al igual que todos los que pasaban tiempo con el grupo, sabía de sobra que era mejor responder a las provocaciones de Niall que ignorarlas—. Pero, y corrígeme si me equivoco, lo que suele suceder cuando hay tantas ganas y tanto tiempo acumulado es justo lo contrario a lo que me ha pasado a mí.

—Estás tan salido que te apresuras —comprendió Aidan—. Quieres que vaya todo de puta madre, que ella lo pase genial y te diga que eres la leche... Y la cagas porque tienes los nervios de punta y te mueres por ir al grano.

—Eso es —aprobo Roi.

—A mí nunca me ha pasado —meditó Niall, volviendo a tomar la caja de galletas. Estudió el fondo y eligió una con expresión resignada. Al alzar la vista y verlos mirándolo con incredulidad, se encogió de hombros—. ¿Qué? Es cierto. Nunca he tenido que esperar.

—Por mucho que me moleste reconocerlo, el guapito dice la verdad —refunfuñó Aidan—. Él no ha tenido que aguantar nunca lo de «no en la primera cita».

—Qué va —se lamentó Roi—. El muy imbécil consigue hacerlo incluso antes.

—¿Qué puedo decir? Tengo un don —replicó el hada sonriente.

—Y después de esto, creo que deberíamos irnos todos a dormir —bufó O’Cleary. Al ver que Roi se disponía a protestar, continuó hablando en tono razonable—: Es lo mejor, *a’chara*. Tú estás preocupado, todos estamos cansados y esto es demasiado raro. Es mejor meditarlo con calma y ver qué nos trae el nuevo ciclo. —Se levantó del taburete y se dirigió a la puerta, no sin antes darle una palmada de camaradería en

la espalda—. Vuelve con la chica y si nos necesitas, estaremos ahí antes de que acabes de decir nuestros nombres. Lo sabes.

—Pero solo si no se trata de sexo —apostilló el hada en tono ligero. Se dirigió hacia la nevera y rebuscó en ella hasta encontrar un trozo de tarta que sacó con expresión satisfecha—. Yo te aprecio, pero no tanto. Tus mujeres, tus problemas.

—No dijiste eso cuando me ligué a esas dos gemelas pelirrojas en Dublín —comentó Aidan ya en el vestíbulo.

—Eran demasiado para ti, *deartháir*. Estaba preocupado. Si no hubiera...

La puerta al cerrarse ahogó el resto del discurso del hada, algo que Roi agradeció sin duda alguna. Por un momento, pensó en quedarse en la cocina y meditar acerca de lo que había pasado, pero al fin decidió que el druida había hecho una sugerencia razonable. Demasiado cansancio, demasiadas emociones y demasiada preocupación no eran buenas consejeras a la hora de pensar con lógica. Así que puso el tapón a su botella de agua y se dirigió hacia su habitación, preparándose para lo que iba a ocurrir cuando Laura se recuperara del hechizo de la Voz.

La oscuridad en la habitación era absoluta. Ni un mísero rayo de sol se atrevía a colarse en ese refugio para trazar al menos los contornos de los muebles, las dimensiones de la estancia, la tenue línea de luz bajo la puerta. Y, sin embargo, Laura sabía muy bien dónde estaba, a pesar de que sus pupilas no podían adaptarse a esa negrura densa como la pez, a pesar de que su mente consciente, todavía adormilada, no había conseguido ponerse a funcionar en condiciones, y avanzaba a la velocidad de un tractor viejo, renqueando a trompicones por los senderos de su cerebro.

No tenía ni idea de qué hora era ni de cuánto había dormido, pero sentía el cuerpo relajado y descansado como si hubiera hecho una cura de sueño. Su cabeza ya era otra cosa. Recordaba muy bien lo que le había ocurrido y necesitaba levantarse e ingerir una dosis de cafeína o, casi mejor, inyectársela en vena y empezar a poner en orden sus pensamientos.

—¿Cómo estás? —susurró la voz de Roi tras ella.

Ese tono ronco, adormilado y apenas musitado corrió por su sistema nervioso, despertando recuerdos de la noche anterior, apartando las sombras de su mente. Su cuerpo respondió al instante a la caricia de esa voz, aunque su cerebro permaneció expectante, inquieto, deseoso de sentarse con calma y estudiar la situación.

—Bien —contestó, distraída y dividida entre la respuesta de su cuerpo a la plácida caricia de las manos de Roi en su cintura y las exigencias de información de su mente—. ¿Qué hora es?

—Temprano hasta la indecencia —respondió él, acurrucándose contra su espalda—. Puedes dormir un poco más. O no dormir, incluso —sugirió, provocador.

Era tan tentador dejarse llevar... Pero el nudo de ansiedad en su estómago no paraba de crecer, exigiendo que se pusiera en marcha, que despertara y abandonara de una vez la calidez de esa cama y de los brazos del hombre y empezara a poner un poco de orden en sus recuerdos.

—Necesito café —anunció. Su idea había sido apartarse, pero algo en su interior la obligó a acurrucarse más contra él—. Y pensar. Sobre todo, pensar.

Esperaba una protesta por parte de Roi, que intentara convencerla para quedarse en esa cama, para que se olvidaran por unas horas de los problemas, del peligro, de todo lo que necesitaba y exigía ser analizado y reparado. Esperaba, quizá, que la ignorara y tratara de seducirla, y, para ser sincera consigo misma, no tenía muy claro que no fuera a rendirse si lo hacía, aunque también era consciente de que más tarde o más temprano iba a lamentarlo.

Pero él se limitó a inspirar con fuerza, besarla con suavidad en el cuello y apartarse de su espalda para sentarse en la cama.

—Bien, pues voy a preparar ese café —aceptó—. Aún falta bastante para que

anochezca y prefiero no salir, pero podemos hablar aquí. Y pensar —explicó con lo que parecía la sombra de una sonrisa en su voz.

—Gracias —musitó Laura, sorprendida. No había recriminación alguna en el tono de Roi. Parecía comprender su necesidad de tener sus pensamientos ordenados y bajo control, y, en lugar de echárselo en cara, como solía hacer todo el mundo, se limitaba a aceptarlo y actuar en consecuencia. Y Laura lo apreció un poco más por ello—. Es...

—Justo lo que necesitas, lo sé —la interrumpió él.

Y sin añadir ni una palabra más, ni una queja ni una súplica, se levantó de la cama y se dirigió hacia la cafetera. Por un instante, Laura se preguntó si el que no se hubiera vestido y le estuviera regalando una magnífica imagen de ese cuerpo perfecto era una estrategia solapada para convencerla de dejar el análisis para más tarde, pero terminó por decidir que solo era naturalidad. Ya había comprobado que, al igual que le ocurría a ella, Roi se sentía cómodo con su desnudez, así que no debía de ver la necesidad de cubrirse para preparar un simple café.

Ella aprovechó para estirarse en la cama, desperezando sus músculos, mientras se esforzaba por recordar lo que había ocurrido la noche anterior cuando su cerebro había decidido escindirse, dividirse en dos realidades bien diferenciadas que luchaban por hacerse con el control.

Se había visto a sí misma desde fuera y, al mismo tiempo seguía ahí, en esa habitación, dentro de su cuerpo y sin comprender por qué la minúscula gota de su sangre se había convertido en un manantial que brotaba de su pecho y de su vientre. Las manos de Roi en sus hombros trataban de serenarla y, al mismo tiempo, era él quien no podía mantener la tranquilidad, empapándose en esa sangre que estaba y a la vez no estaba.

—No tiene sentido —masculló.

—Se lo encontraremos, no te preocupes —replicó él.

Laura se sobresaltó ante su rápida respuesta, porque su intención no había sido poner las palabras en voz alta y no esperaba una contestación a sus dudas. Roi terminó de preparar el café y se sentó en la cama, junto a ella, tendiéndole una de las dos tazas que llevaba en las manos.

—Sin leche y con azúcar —anunció.

—Perfecto —suspiró Laura tras dar un sorbo tentativo—. No debería sorprenderme, pero reconozco que estoy impresionada. ¿Cómo sabías de qué forma tomo el café?

—Ya te lo he dicho, me fijo en todo —reconoció él con una sonrisa torcida—. Bien, hablemos. ¿Qué pasó anoche?

Si fuera otro hombre, podía haberlo tomado por un coqueteo, por una insinuación velada, pero tratándose de él, Laura sabía que no había dicho, ni más ni menos, que lo que ella quería oír y que lo que había pasado entre ellos había quedado en un segundo plano, aunque estaba segura de que hablarían de ello más tarde o más temprano.



Agradecida, se dispuso a responder, a pesar de que era muy poco lo que podía decirle en realidad.

—Ojalá lo supiera —suspiró Laura. Se recolocó en la cama para poder apoyar la espalda en el cabecero y lo miró, esperando algo de ayuda—. Fue como si mi cabeza se desconectara —meditó ante la atenta mirada de Roi—. Estaba aquí, y al mismo tiempo no lo estaba.

—¿Como si te arrastraran a otra realidad? —intentó ayudar él, mirándola con los ojos entrecerrados, como si se esforzara en encontrar un hilo del que tirar entre la maraña de sus pensamientos.

—No —decidió ella por fin—. Sabía que estaba aquí, te oía hablar. Pero al mismo tiempo, sabía que no lo estaba. Parecía un recuerdo, pero sé que no lo era.

—¿Qué era entonces? —insistió Roi cuando ella calló, intentando poner orden en el caos de sus recuerdos.

—Era como si habitara en dos tiempos a la vez. Como si viviera dos momentos, pero potencialmente en el mismo instante. —Frustrada, dio un nuevo sorbo a su café y lo dejó sobre la mesilla para llevarse las manos a las sienes, incómoda.

—Si vamos a hablar de física cuántica, necesito bastante más café para superarlo —comentó él en tono ligero, con la clara atención de animarla.

—Te aseguro que no soy un gato metido en una caja, vivo y muerto a la vez —replicó ella con una sonrisa divertida, aunque estaba convencida de que él no captaría su referencia. Sus amigas nunca lo hacían.

—Schrödinger era un sádico. Nunca he entendido por qué usó un pobre gato como ejemplo. Podía haber usado una araña, sin ir más lejos.

—Las arañas son desagradables —sonrió Laura, entusiasmada por poder seguir, por una vez, una broma que nadie entendía—. Todo el mundo preferiría pensar que estaba muerta y se habría perdido el sentido de la metáfora. —Al ver que él reía entre dientes, algo en su mente se serenó y se vio capaz de volver al objeto original de la conversación—. No creo que fuera cuántica. Creo que era magia. Y te juro que jamás creí que fuera a decir algo así —reconoció con una sonrisa irónica dirigida a su propia incredulidad.

—Pero aceptarlo te honra —dijo él al tiempo que alzaba una mano para deslizar una suave caricia desde su hombro hasta su codo—. ¿Puedes recordar algo? ¿Algo de lo que veías en ese otro tiempo?

Laura cerró los ojos y sacudió la cabeza en un gesto negativo, no tanto para responder como para demostrar su incomodidad. Veía imágenes, imágenes difusas que a duras penas llegaban a componer una minúscula escena con sentido. Recordaba la sangre, sí, pero había algo más. Manos. Unas manos que la habían abrazado y después...

—Tus manos —murmuró sin abrir los ojos por miedo a que ese recuerdo se escapara entre los recovecos de su mente—. Eran tus manos.

—¿Veías mis manos? Te sujeté por los hombros, quizá...

—No —lo interrumpió ella—. Tus manos estaban conmigo todo el tiempo. En los dos tiempos. —Resopló frustrada, obligando a su cerebro a perseguir el recuerdo, a analizarlo y clarificarlo—. Era como... Como si las conociera de siempre, como...

Sintió la tensión en el cuerpo de Roi sin necesidad de abrir los ojos. La mano que acariciaba su brazo se detuvo un instante, apenas un segundo antes de reanudar su camino, pero fue suficiente para que ella captara su inquietud y lo mirara por fin.

—¿Qué ocurre? —Él no contestó. Se limitó a seguir ahí, con la atención centrada en su brazo, como si el destino del mundo dependiera de que continuara con esa caricia—. Roi, ¿qué ocurre? Te has sobresaltado, ¿por qué?

—Te va a parecer una locura.

Laura lo interrumpió con una risa seca.

—¿Más locura que averiguar que la magia existe? ¿Más locura que vivir con un dios y dos hadas? —ironizó—. Te aseguro que mi concepto de lo que es una locura ha cambiado mucho en los últimos tiempos.

Él esbozó una sonrisa torva, abandonó sus caricias para sujetar la taza con las dos manos e inspiró y espiró con lentitud antes de comenzar a hablar con la vista fija en el café que humeaba ante él.

—Sé que esto va a sonar como el típico discurso ñoño de comedia cursi de sobremesa, pero te garantizo que no es mi intención, ¿de acuerdo? —inquirió. Alzó la mirada y la enredó con la de ella, exigiendo una respuesta.

—De acuerdo.

—Anoche, cuando estábamos en la cama, tuve varias veces la sensación de que conocía tu cuerpo incluso mejor que el mío. De que sabía lo que necesitabas, lo que deseabas cada momento. —Se interrumpió un segundo y en su rostro se dibujó una ácida sonrisa que Laura no supo cómo interpretar—. Lo siento —dijo, cuando ella permitió que la indecisión asomara a sus ojos—. Me reía de mí mismo. Pensaba que si fuera un poco más inteligente, cerraría la boca y te dejaría creer que soy el mejor amante sobre la faz de la tierra, pero los dos sabemos que...

—Que por muy bueno que seas, fue demasiado perfecto para ser cierto. —Sin pensarlo siquiera, imitó su sonrisa—. Tienes razón, suena a película cursi.

—Te lo advertí —replicó él—. Y, bueno, no quiero parecer grosero, pero...

—Pero somos lo bastante mayorcitos como para no caer de rodillas y declararnos nuestro mutuo amor después de un ratito de sexo estupendo, sí, no te preocupes —completó la frase por él.

—Eh, yo no diría «un ratito» —fingió indignarse Roi.

—¿Ah, no? —sonrió Laura, siguiéndole el juego—. ¿Y qué dirías tú, entonces?

—No sé, algo que satisfaga mi ego. Horas de pasión y desenfreno, una noche de lujuria sin medida... Alguna frase en esa línea.

—Muy bien —aprobo ella, componiendo a duras penas una expresión de seriedad—. Sea como sea, los dos tenemos claro que no fueron nada más que unas horas de pasión, ¿verdad?

Pero, cuando esas palabras estaban abandonando sus labios, supo que no eran ciertas. Algo había cambiado entre ellos, algo sutil, indefinido, que podía ser la semilla de algo más como podía no serlo, pero ya no eran solo dos desconocidos que se habían sentido atraídos en el plano físico, sin compartir nada más. No estaba todavía preparada para analizar esa sensación, pero sabía que era algo más que sexo y algo distinto a una amistad. Quizá camaradería, quizá otra cosa. Pero él ya no era solo ese hombre irritante del que había intentado mantenerse alejada durante meses, y todavía tenía que decidir en qué se había convertido.

—¿Verdad? —repitió él al cabo de un instante, poniendo todas las dudas que Laura estaba valorando en esa simple interrogación.

—No lo sé —reconoció ella por fin—. Pero sí sé que ahora mismo no tenemos tiempo para pensar en ello.

—Si algo me gusta de ti, *meu ben* —susurró él, depositando un beso tenue sobre su mejilla—, es que nunca dices ni más ni menos que lo que piensas. —Su boca descendió hasta alcanzar la comisura de sus labios y, por fin, se apoderó de ellos en uno de esos besos lánguidos y suaves, que deshizo con tanta delicadeza como lo había empezado—. Creo que deberíamos esperar a ver qué dicen los demás. Ya he hablado con O’Cleary y Niall de esto. Después podemos comentarles tu versión de la historia, a ver si se les ocurre algo. Al fin y al cabo, la magia es su terreno, no el nuestro.

—Eso tiene sentido —aceptó Laura. Pero la última frase de Roi puso a funcionar una alarma insistente en su cerebro, separando un par de sus archivos mentales para que les prestara atención inmediata—. Un momento. Espera un momento.

Él aguardó en silencio, sin interrumpirla ni apresurarla como solía hacer todo el mundo. De un modo instintivo, parecía reconocer su necesidad de apartarse, de perderse dentro de su propia mente sin cuestionarlo. Laura se puso en pie y paseó por la habitación, incapaz de mantenerse quieta, como si al mover sus piernas, su cerebro se acelerara también.

Le llevó unos segundos cuadrar los datos en su cabeza, pero cuando por fin lo consiguió, la recorrió una inevitable sensación de triunfo que se apresuró a controlar.

—Tiene que ser importante —dijo.

Roi enarcó una ceja, como queriendo indicarle que le faltaban frases para comprender esa afirmación.

—Discúlpame, *meu ben*, pero he perdido el hilo —comentó con su habitual tono displicente—. Quizá porque tu cabeza va más rápido que tu discurso, o, más probablemente, porque estás desnuda delante de mí, y ni siquiera yo soy capaz de fingir que no me afecta.

—Luego hablaremos de eso —sonrió Laura, que tampoco veía la necesidad de discutir el tema de la desnudez, dado que la de Roi también le afectaba a ella—. Pero, ahora, tiene que ser importante, porque... —Se frenó en seco y se mordió el labio, dubitativa. De pronto, por una de esas extrañas asociaciones que hacía su cerebro de

vez en cuando, se dio cuenta de que él podía ofenderse con sus conclusiones.

Roi la estudió con calma, valorando sin duda todo su lenguaje corporal. Y por fin asintió, como si le acabaran de dar una noticia que, aunque temía, ya se esperaba.

—Ya veo por dónde vas. Y no voy a enfadarme —la serenó—. Nunca he negado el poder de las tríadas, solo me sentí molesto por tu desinterés, por la frialdad con la que lo planteaste. Y sí, es posible que esto sea una consecuencia de nuestro «ritual de apareamiento».

—¿En algún momento vas a dejar de echarme a la cara esa frase? —sonrió Laura, ablandada por su lógica implacable.

—No lo creo probable —replicó él.

—¿Y si vuelvo a la cama? —ofreció.

En cualquier otra circunstancia, quizá se habría empeñado en seguir estudiando la situación, en seguir buscando datos que encajaran con su teoría, en intentar llegar más allá, en elaborar un todo coherente al que pudiera enfrentarse y que pudiera resolver. Pero él tenía razón en una cosa: no era una cuestión de lógica, sino de magia, y le faltaban demasiados conocimientos en esa área como para poder continuar sin unas cuantas aclaraciones. Así que, ¿por qué no aprovechar el tiempo mientras tanto? Era lo más lógico.

—Por probar no perdemos nada —sonrió Roi, tendiendo los brazos hacia ella.

Roi sabía que lo último que debía hacer era quedarse en esa cama, con Laura, arriesgándose a perder el control. Tendría que levantarse, renunciar por el momento a sus besos, a sus caricias y alejarse lo más rápido que fuera capaz hacia algún sitio en el que pudiera dedicar todos sus esfuerzos a dominar al espíritu sediento en su interior. La bestia rugía en sus entrañas, amenazando con escapar de las férreas cadenas de su voluntad en cuanto él se distrajera un solo segundo.

Y por la Diosa que la chica era una auténtica distracción.

Si había creído conocer todos los secretos de su cuerpo la noche anterior, esa tarde ella estaba demostrando estar al tanto de los suyos. Cada caricia hacía arder su piel, cada roce de sus labios lo alejaba un poco más de la consciencia, cada toque de su lengua era, a la vez, un tormento y una delicia. Con el ritmo perfecto, en el lugar perfecto, del modo perfecto.

No debería haberse rendido, no, al menos, sin tratar de presentar batalla, pero le costaba lamentarse por ello. Si solo pudiera dominar al monstruo, mantenerlo atado un poco más, unos minutos, unas horas...

Unos bruscos golpes los sobresaltaron a ambos, y Roi no supo si agradecerlos o maldecir a gritos. Laura, sin embargo, parecía tenerlo muy claro. Se incorporó, a horcajadas sobre el cuerpo de Roi, y dejó escapar un resoplido de frustración.

—Esta casa está demasiado llena —protestó, frustrada.

Él le dedicó una irónica sonrisa de comprensión antes de gritar hacia la puerta cerrada.

—¿Quién es?

—¿Quién va a ser, *a'chara*? —replicó burlona la voz del hada—. Estamos todos abajo desde hace una hora, y tenemos que hablar. Aidan ha tenido una idea.

—Vamos en un minuto —se resignó Roi.

—Un minuto —bromeó Niall, fingiendo indignación—. Está claro que el único que mantiene el pabellón en alto en esta casa soy yo. Un minuto, dice. —Su voz se iba alejando a medida que el hada se perdía por el pasillo—. Si es que no saben tomarse las cosas con calma.

—Creo que, de un modo muy irónico, ha llegado el que sabe de magia para romper la magia del momento —suspiró Laura. Se apartó de él y bajó de la cama con aire resignado—. Es mejor que bajemos.

—Sí —aceptó Roi—. Es lo más sensato.

Y él se preciaba de ser un hombre sensato, aunque en las últimas horas no lo estuviera demostrando. Dejó que ella lo precediera en la ducha, felicitándose por no haber aceptado la invitación implícita en su sonrisa, y dedicó esos minutos a volver a atar a la bestia en su interior con las pocas y oxidadas cadenas que le restaban.

O' Cleary tenía razón. Tenía que salir, que encontrar alimento cuanto antes o las cosas se iban a poner muy feas, y más si no dejaba de poner a prueba su autocontrol con la chica. Debería evitarlo. Debería volver a mantenerse a distancia de ella, a no meterla más en su cama, a... Pero no podía. Que la Diosa lo ayudara, no se sentía capaz de mantenerse alejado de ella, aunque cada célula de su cuerpo le gritaba que era lo lógico y lo más correcto.

Como la propia Laura diría, tenía que meditar acerca de ello, pero más tarde. En ese momento, con la bestia ya controlada en su interior, debía concentrarse en las soluciones a otros problemas quizá menos inmediatos, pero más importantes.

Cuando ella salió de la ducha, impecable y revestida con su habitual fachada impenetrable de calma y frialdad, Roi no estuvo seguro de si se sentía irritado o deseoso de arrancarle el disfraz a besos, y no tardó en decidirse por la segunda opción. Ahora que sabía lo que escondía bajo esos muros, ya no le molestaban tanto como antes. Es más, una parte primitiva y muy poco aceptable de sí mismo se alegraba de haber sido el único capaz de atisbar bajo esa ilusión de indiferencia que ella componía con tanta eficacia.

Sin cruzar nada más que una breve mirada, se metió en el baño y se arregló lo más rápido que pudo, convencido de que, al bajar, se encontraría a todos sus amigos metidos hasta las cejas en el habitual caos que eran sus discusiones. Le llevaría un buen rato enterarse de qué iba la conversación, y otro tanto conseguir intervenir en ella para encauzarla hacia algo razonable. Mientras tanto, Laura se habría perdido ya en su universo de datos y estaría con la nariz hundida en su ordenador, tomando notas que solo ella podría entender.

Resignado, salió del cuarto y se quedó un instante paralizado al verla a ella aguardando con calma junto a la estantería que había a un lado de la puerta, estudiando un libro con expresión concentrada.

—¿No has bajado? —preguntó de forma bastante absurda antes de poder controlarse.

—Parece ser que no, ¿verdad? —sonrió ella. Cerró el grueso volumen y lo volvió a dejar en su sitio con exquisito cuidado—. He pensado que les costaría más hacer chistes si bajamos juntos.

Él rio entre dientes, abrió la puerta, le cedió el paso y, tras atravesarla él mismo, le ofreció el brazo en un gesto de anticuada caballerosidad que ella aceptó con una sonrisa.

—Subestimas su infinita capacidad de ser infantiles y absurdos —ironizó—. Pero, aun así, confío en nosotros para presentar un frente unido ante ellos.

—¿Sabes? —comentó ella en tono distraído a llegar a lo alto de las escaleras, como si hubiera pasado los últimos meditando sobre algo y hubiera llegado por fin a una conclusión—. No sé por qué, pero ya no me caes mal.

—Es un alivio saberlo, porque a mí me ocurre lo mismo —aceptó Roi con una sonrisa.

De parte de cualquier otra mujer, eso sería casi un insulto. Viniendo de Laura, era la mera exposición de un hecho, e incluso se aproximaba a un halago. Todavía tenía que averiguar a qué se debía esa frialdad suya, por qué había levantado esos muros alrededor de sus emociones, pero no tenía prisa. Su instinto le decía a gritos que desvelar todos los secretos de la chica podía ser demasiado peligroso para su salud mental, y ya tenía demasiados problemas en ese momento como para añadir uno más.

Sin embargo, como comprobó nada más abrir la puerta del salón y contemplar las expresiones de sus amigos, supo que no iba a tardar demasiado en añadir otra línea más a la columna de dificultades. Y no porque hubieran tenido mucho tiempo para planear todo su habitual repertorio de bromas y pullas más o menos ingeniosas, sino más bien por todo lo contrario. Parecían dispuestos a burlarse, sí, pero conocía lo bastante bien a O'Cleary como para saber que su burlona alegría se debía a algo más. Había dado con una solución, con una respuesta y, si se cumplía al pie de la letra la costumbre de largos siglos, eso terminaría por meterlos en un lío de proporciones épicas.

—Veinte minutos —comentó Niall en tono jovial mientras él dejaba a Laura en su habitual sitio junto a su ordenador antes de dirigirse a su sillón—. Te gana, *deartháir*.

—Bueno, se ha duchado —replicó el druida—. Eso le ha debido de llevar, por lo menos, quince de los veinte minutos, viendo lo que se acicala.

—A lo mejor lo han hecho en la ducha —meditó Niall—. ¿Lo habéis hecho en la ducha, *a'chara*? —preguntó dirigiéndose a Roi con una sonrisa que lo retaba a irritarse en lugar de contestar.

Roi no estaba dispuesto a dejarse arrastrar. Pensaba responder con cualquier ironía, quizá con una frase larga y complicada que llevara al hada a una de sus típicas quejas sobre su vocabulario, cuando Laura intervino en tono aburrido desde su rincón.

—No nos habría dado tiempo —dijo con indiferencia, sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador—. Así que quizá podríamos ir al grano por una vez, y de ese modo, Roi y yo podemos terminar lo que tú interrumpiste hace un rato.

—Caray —silbó Marta, entre divertida y sorprendida.

—Está recuperando el tiempo perdido —aplaudió Diana—. Bien hecho —añadió en dirección a Roi, que aceptó la broma con un gesto distraído.

—¿Podrías exponer esa idea que has tenido antes de que esto se nos vaya de las manos, O'Cleary? —inquirió con sorna.

—Sí, va a ser lo mejor —respondió el druida, con una sonrisa divertida en el rostro—. Verás, he pensado en, digamos, unir todos nuestros problemas en uno. Ya que se nos había ocurrido utilizar un conjuro que empleara tanta fuerza como el de Ciara y Cathal, pero de signo contrario, podemos aprovecharlo para resolver unas cuantas cosas de golpe.

—¿Y cuáles serían esas «cosas»? —intervino Laura, dejando bien claro con su tono lo poco satisfecha que estaba con la elección de la palabra.

—Bueno, está el cerco, por supuesto, que es lo más urgente —enumeró Aidan—. Pero también el conjuro de ocultación, las criaturas que se están adentrando en el pueblo y... —Miró hacia Roi, reacio a continuar.

Este agradeció su discreción, pero ya había llegado demasiado lejos en sus confesiones al grupo como para detenerse en ese instante.

—Y yo tengo que salir. Necesito alimento y lo necesito con urgencia —dijo en el tono más neutro que fue capaz de invocar.

—Te alimentabas de la sangre de los humanos, ¿no es así? —inquirió Laura, inexpresiva.

—Así es —reconoció Roi, tratando de imitar su tono neutro.

La última vez que habían tratado el tema, ella se había asustado y había arremetido contra él y, a pesar de que no había tardado en calmarse, no le apetecía lo más mínimo volver a tentar a la suerte, ahora que las cosas parecían funcionar entre ellos.

—Entonces, aunque el conjuro de Aidan no resuelva nada, no veo dónde está el problema —comentó, con ese mismo tono frío y monocorde que pocos días antes Roi odiaba a muerte—. Yo soy humana.

—No pienso alimentar a la bestia con tu sangre, Laura. Eso está fuera de toda cuestión —se obstinó.

—¿Y puedes explicarme el motivo? —respondió ella, apelando a toda la frialdad que le había dedicado en el pasado e incluso aumentándola un poco de nivel.

Roi apretó los dientes y se forzó a razonar. Si había algo que esa mujer detestaba por encima de todas las cosas era quedarse sin respuestas. O que esas respuestas fueran un «porque sí» o «porque no». Laura precisaba entender los verdaderos motivos que se escondían detrás de todo, diseccionarlo y analizarlo para poder actuar con lógica, y recurría a esa firme calma para no reconocer que estaba perdiendo el control de la situación, con todo lo que eso suponía para ella. Pero maldito fuera si quería explicarse en ese momento.

—Ahora no —contestó para ganar tiempo.

Debió imaginar que no funcionaría.

—¿Cuándo? —insistió ella.

—Cuando sea necesario. Y dado que todavía no sabemos si el conjuro de O'Cleary va a funcionar o no, ahora mismo no lo es —respondió, forzándose a mantener un tono razonable—. No insistas —dijo cuando ella abrió la boca para responder—. Vamos paso a paso o esto se convertirá en un caos.

—Esto suele ser un caos, hagamos lo que hagamos —masculló Laura. Pero inspiró hondo, como si intentara enterrar con el oxígeno de sus pulmones las preguntas que estaban acudiendo a su mente, y asintió con aire de disgusto—. Está bien. Esperaremos a ver qué pasa con ese ritual. Pero quede claro que esto no me gusta —añadió, fulminando a Roi con la mirada—. Y deberías entender por qué.

—Lo entiendo —aceptó él, resistiendo el fuego de los ojos de Laura sin alterarse



ni apartar los suyos—. Pero hay un tiempo y un lugar para todo, *meu ben*.

—A mí me parece el tiempo indicado y el momento oportuno.

—Y, sin embargo, no lo es.

—La confianza es una calle de dos direcciones, Roi.

—Soy muy consciente de ello, Laura, pero insisto en que ahora es tiempo de hablar con todos y de algo más importante.

Ella mantuvo el duelo de miradas un instante, trasmitiéndole no su rendición, sino su promesa de volver más adelante sobre el tema. Roi aceptó ambas con una inclinación de cabeza y una sonrisa cargada de sorna que Laura no le devolvió.

—¿En serio? ¿Hay algo más importante? —intervino Marta con expresión interesada—. Porque ahora mismo este tema me estaba pareciendo apasionante. No el tema en sí, vamos, pero...

—Pero es la leche ver cómo se comunican ahora sin palabras, sí —intervino Diana. Roi apartó la vista de Laura para centrarla en ella, dejando entrever cierta recriminación—. ¿Qué? Es la verdad. Llevo como una pelota de *Ping-pong* desde que habéis empezado a hablar y a miraros así, saltando de uno a otro, y no tengo ni idea de lo que estáis diciendo, pero está claro que vosotros os entendéis.

—Y a lo mejor ha llegado el momento de que lo entendamos los demás —intervino Aidan, en su papel muy asumido, pero poco efectivo, de voz de la razón—. ¿Habéis hablado de lo que pasó anoche? Y antes de que alguien haga el consabido chiste fácil —puntualizó con una media sonrisa en dirección a Niall—, me refiero a la «crisis de ausencia» de Laura, por llamarlo de alguna manera. En cuanto al resto de la noche, ya sabéis lo que opino sobre el exceso de información acerca de la vida sexual de mis amistades.

—Sí, que te encanta comentarla con Niall —replicó Marta fingiendo una indignación que parecía muy lejos de sentir.

—Cierto, pero solo cuando no estáis los demás para ofenderos por sus salidas de tono —sonrió Aidan, sin alterarse. Apartó la vista de la meiga y miró de forma alternativa a Roi y Laura—. ¿Y bien?

—No te va a gustar, O'Cleary —respondió Roi tras unos segundos meditando cómo enfocar el tema.

—¿Y dónde está la novedad en eso? —masculló el druida—. Sigue, anda.

—¿Recuerdas lo que os comenté anoche? ¿La sensación que tuve? —Cuando Aidan asintió, continuó—: Pues ella se vio a sí misma como si habitara dos tiempos. Y reconoció mis manos. En ambos. Como si estuviera con ella.

Esperaba incredulidad, o quizá duda. Pero no estaba preparado para la brusca inspiración de Niall y la repentina cara de póquer del druida. Y no sabía cuál de las dos reacciones le preocupaba más.

—¿Tenías la sensación de estar en otro momento en el tiempo? —inquirió Niall en dirección a Laura, con un tono despreocupado que no engañó a los bien afinados oídos de Roi.

—No —respondió Laura después de meditarlo unos instantes—. Estaba aquí, y era consciente de estar aquí. Pero también me vi... No sé, era otro momento, estaba viviendo algo distinto. Y sí, sus manos estaban ahí —añadió de pasada, señalando a Roi.

—Tenéis alguna teoría —dijo él. Y no era una pregunta, sino una afirmación que sus amigos se apresuraron a esquivar.

—Yo tampoco diría tanto como una teoría en concreto —contestó Niall.

—Barajamos unas cuantas —replicó O’Cleary, evasivo—. Pero ya sabes que no me vas a sacar ni una palabra hasta que no lo sepa con certeza.

—Pues no sé qué demonios estamos haciendo aquí perdiendo el tiempo —protestó Laura en tono seco—, porque parece que nadie está dispuesto a hablar. —Se puso en pie y recogió su tableta y la carpeta en la que guardaba sus notas—. Y yo tengo mucho trabajo que hacer, así que buenas noches.

Y, sin decir ni una palabra más, ni volverse para comprobar el efecto que había causado, se marchó agitando la espesa melena oscura con los aires de una reina ofendida.

Roi se quedó mirando hacia la puerta que acababa de atravesar hasta que el sonido de sus tacones se perdió escaleras arriba y, solo entonces, se volvió para enfrentarse al grupo que, de pronto, pareció estar muy interesado en sus uñas, en la pared, en alguna mancha en el techo...

Disimulaban de pena.

Salvo Niall, que, por supuesto, ni siquiera se molestaba en disimular. Silbó por lo bajo con expresión divertida y le dedicó una sonrisa burlona.

—Me parece que hoy no vas a terminar lo que interrumpí hace un rato, *a’chara* —bromeó.

—¿Hay algo más que queráis discutir esta noche? —preguntó, ignorando la salida de tono del hada.

—Creo que no —respondió O’Cleary—. Voy a ponerme a trabajar cuanto antes en el ritual, y supongo que lo tendré listo para mañana por la noche, en la Hora Indeterminada.

—Bien —aprobó Roi. Dedicó unos instantes a poner en orden sus pensamientos y lanzó su siguiente pregunta—. Si insisto, ¿voy a conseguir que me expliquéis qué os ha inquietado tanto de lo poco que ha contado Laura?

—No —contestaron hada y druida al unísono.

—En ese caso —anunció Roi incorporándose en su asiento—, yo también me voy. Nos veremos mañana.

—Roi, a Laura es mejor dejarle espacio cuando está enfadada —advirtió Diana con amabilidad.

—Sí, nosotras siempre le dejamos tiempo para que se calme y razone —añadió Marta.

—Y ese ha sido siempre vuestro error —replicó él antes de abandonar la

habitación.

Mientras se deshacía de su ropa para ponerse el pijama, Laura se repetía a sí misma una y otra vez que no estaba enfadada. No podía estarlo, porque, en realidad, no tenía ningún motivo. Y, sin embargo, un frío torrente de furia helada corría por sus venas sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. Y cuanto más se decía a sí misma que no había ninguna razón por la que se debiera sentir así, más caudal añadía a ese río de rabia absurda.

—Cálmate, Laura, y piensa en ello —se ordenó.

Obligándose a actuar con tranquilidad, con movimientos precisos y medidos, dejó sus notas y su tableta sobre la mesilla de noche. Acomodó las almohadas, separó las mantas y se sentó apoyada contra el cabecero, dispuesta a analizar su estado de ánimo antes de ponerse a trabajar.

Con calma, fue recorriendo los recuerdos de la reunión. Estaba de buen humor cuando se unió al grupo. Sintió cierta preocupación cuando Roi explicó sus problemas. Y se preocupó todavía más cuando él se negó a aceptar su solución. Pero hasta entonces, tenía la situación controlada. Sin embargo, cuando él se negó a explicarse, algún extraño interruptor se había activado en su interior y su preocupación se había convertido en un enfado que no había hecho sino empeorar, hasta que todo lo que deseaba era salir de esa habitación y encontrarse a solas para poder pensar.

¿Por qué? Esa era la verdadera pregunta, la que debía esforzarse en responder. ¿Porque no había obtenido una respuesta? Quizá, pero no era la primera vez que se encontraba con cientos de preguntas sin respuesta y, aunque le molestaba, tampoco le provocaba ese nerviosismo que iba creciendo como si miles de hormigas recorrieran su cuerpo. ¿Porque Roi había vuelto a actuar como si pudiera tomar decisiones por todos? Bueno, sí, pero ella ya había aceptado que, como se trataba de algo que le afectaba a él, la decisión debería ser suya.

¿Entonces? ¿Por qué? ¿Qué la había puesto de tan mal humor?

«La confianza es una calle de dos direcciones».

Eso era. Ahí estaba. Sin percatarse, sin que su cerebro se molestara en advertirle del cambio, Laura se dio cuenta de que, poco a poco, había ido entregándole su confianza a ese hombre. Había confiado en él para que la tranquilizara, había confiado en él mostrándole su lado vulnerable, del que solía avergonzarse. Había confiado en él mostrándole una Laura que muy poca gente había llegado a ver y él había respondido a esa confianza negándole la suya.

«Pero eso no es todo, ¿verdad?», insistió la parte más implacable de su lógico cerebro.

¿No lo era? ¿La falta de confianza de Roi no era suficiente para sentirse molesta?

Apenas tuvo que pensar un instante su respuesta: no, no era suficiente. La confianza era algo que se otorgaba libremente, y Laura no podía culpar a Roi por necesitar más que ella para entregarla. Y mucho menos teniendo en cuenta toda su historia. ¿Cómo confiar en alguien cuando sus propios dioses lo habían traicionado y manejado como a una marioneta? Así que no, no podía estar enfadada por ello. Pero dado que seguía enfadada —y que sus enfados solían desaparecer cuando los racionalizaba—, tenía que haber algo más. Algo que no estaba viendo.

Un suave toque en la puerta la apartó de su análisis, y su irritación ascendió varios grados de golpe. ¿En esa casa no había manera de estar solo y tranquilo? Necesitaba tiempo, necesitaba calma. Necesitaba pensar. Así que, por muy poco cortés que fuera, se negó a responder. Y tampoco respondió cuando los golpecitos se repitieron, más fuertes, más insistentes. Con un poco de suerte, quienquiera que estuviera al otro lado de esa puerta pensaría que se había dormido y se marcharía por donde había llegado.

A no ser que ese alguien fuera un hombre testarudo, controlador y muy cabezota, pensó irritada cuando la puerta se abrió y Roi apareció tras ella, con un plato en las manos y una expresión ilegible en el rostro.

—No has cenado —anunció mientras se adentraba en la habitación.

—No tengo hambre —respondió ella, aunque sus tripas rugieron ante la mención de la comida, negando esa afirmación malhumorada.

—Sí la tienes —sonrió Roi, ignorándola. Se sentó a los pies de la cama y le tendió el plato. Obstinada, Laura cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los labios con fuerza, como si él hubiera intentado meterle la comida a la fuerza en la boca—. No seas cría —dijo en tono de decepcionado reproche—. Come. Y después hablaremos de lo que te ha puesto de tan mal humor.

—No estoy de mal humor —replicó de forma bastante estúpida, pues hasta alguien ciego, sordo y no demasiado listo vería la falsedad de esa aseveración.

—Por supuesto que estás de mal humor. Y hambrienta. —Volvió a tender el plato hacia ella y lo mantuvo ahí, esperando a que ella descruzara los brazos y se rindiera por fin—. Puedo estar así toda la noche.

Con un resoplido airado, Laura arrancó el plato de las manos de Roi y lo colocó sobre sus muslos. Lo miró con desgana... y se le hizo la boca agua mientras su estómago protestaba a gritos.

Trocitos de queso y fruta fresca. Un puñado de nueces. Un yogur natural —una rareza en esa casa—, un par de lonchas de fiambre de pavo y unas tostadas.

Justo lo que habría escogido ella misma si se le hubiera ocurrido pasar por la cocina antes de encerrarse a solas con su enfado y su irritación.

Y la luz se hizo en su cerebro de golpe, con una revelación que llegó de forma tan súbita que la dejó casi sin aliento.

Eso era. Eso era lo que le había sentado tan mal. Y no era culpa de él, sino de sus propias y absurdas expectativas.

—Dime lo que estás pensando —exigió Roi con suavidad—. No puedo disculparme si no sé qué he hecho mal. Y creo que necesitas una disculpa.

—No, ya no —reconoció Laura a regañadientes—. No ha sido culpa tuya.

—¿No lo ha sido? —insistió. Ella negó con la cabeza, reacia a explicarse. Tomó un trozo de queso y, de pronto, ya no le pareció tan apetecible. Lo dejó sobre el plato de nuevo antes de rebuscar entre la fruta, apartando pedacitos con la punta del dedo. Él le sujetó la mano, eligió una fresa y la puso frente a sus labios. Después de un instante de duda, ella la cogió de sus dedos—. Entonces, ¿de quién ha sido culpa?

Laura inspiró hondo. Tenía que decírselo porque no merecía quedarse sin respuesta. Quedarse sin respuestas era algo odioso, y si alguien lo entendía, tenía que ser ella.

—Es difícil de explicar —empezó, dubitativa. Tomó otra fresa y se la llevó a los labios. No le sorprendió descubrir que las fresas eran justo lo que le apetecía. Él lo había adivinado, como siempre—. Es solo que no me gusta no tener respuestas. Y tú siempre... Tú... Cada vez que yo... —Vaciló. Por algún estúpido motivo, aunque la explicación estaba muy clara en su cabeza, le parecía más y más absurda con cada intento de ponerla en voz alta.

—Yo siempre... ¿qué? —la presionó con esa calma tan suya.

—Tú siempre parece saber lo que necesito, ¿vale? —soltó a bocajarro, exasperada. Y que él no pareciera alterarse por su arrebato, la exaltó todavía más—. Nunca me había pasado. Casi nadie me entiende. Oh, claro, Diana y Marta dicen que sí, pero creo que la mayoría de las veces solo me siguen la corriente. Pero tú no —dijo en un tono que era más una acusación que un halago—. Tú sabes cuándo necesito pensar, cuándo necesito descansar. ¡Hasta sabes lo que me apetece comer! —exclamó, ultrajada.

—A ver si lo he entendido —sonrió Roi cuando ella consiguió dominar su arrebato—. ¿Estás enfadada conmigo porque te conozco y sé cómo tratarte?

—¡Sí! ¡No! —Dejó escapar un resoplido de frustración—. No, no es eso —dijo, después de varias inspiraciones destinadas a serenarse, que solo consiguieron calmar su voz, pero no los acelerados latidos de su corazón—. Supongo que me he sentido... frustrada —reconoció.

—¿Porque necesitabas una respuesta y no te la he dado? —aventuró Roi después de meditarlo unos segundos.

—Sé que es absurdo e injusto —se defendió ella, incapaz de contestar de forma directa a esa pregunta.

Roi lo meditó con calma. Si fuera otro hombre, Laura apostaría a que estaba esperando a que se le pasara el enfado para cambiar de tema, o quizá decirle de forma más o menos sutil que no importaba que se hubiera puesto histérica, cargando las culpas sobre ella. Pero en su caso, sabía que él estaba pensando sobre lo que había dicho e intentando encontrar la respuesta más indicada. Quizá no la que ella deseaba oír, pero sí la más precisa, la que definiera la situación de modo que ella pudiera

comprenderla, asumirla y analizarla si era necesario.

Después de unos momentos de pesado silencio, él pareció tomar una decisión. Agarró el plato, se puso en pie y le tendió una mano.

—Vamos —la instó—. Esto nos va a llevar tiempo, y prefiero hablar en mi habitación.

—Estoy bien aquí —protestó Laura, solo porque estaba segura de que debía protestar—. Hablar es hablar, no veo qué diferencia hay entre una habitación u otra.

—Te lo aclararé —dijo él. Bajó la mano que le tendía y la miró con calma, sin dar muestras de sentirse molesto por tener que dar una explicación ni aparentar la más mínima impaciencia—. Hay dos posibilidades: o esta conversación sale bien y llegamos a un entendimiento, o acabas más enfadada todavía. En ese caso, estoy convencido de que preferirás poder marcharte cuando gustes, porque si esperas que me marche yo... —Esbozó una sonrisa de disculpa—. En fin, como ya has podido comprobar, soy muy testarudo.

—Esa es una buena razón —aceptó Laura—. Pero somos dos personas razonables. Es más lógico suponer que acabaremos por entendernos.

—Cuento con ello —aproboó Roi, tendiendo de nuevo la mano hacia ella—. Y en ese caso, tengo la esperanza de convencerte para que pases la noche conmigo, con lo que ambos preferiremos no tener prisa porque se acerca el amanecer —añadió con una maliciosa sonrisa.

Laura miró esa mano que aguardaba, paciente, frente a ella. Si bien apenas cinco minutos antes había estado demasiado molesta como para plantearse siquiera hablar con él —ni pensar en pasar la noche juntos—, ahora se sentía preparada para, al menos, escuchar lo que tenía que decirle. Así que colocó su propia mano sobre la de él y se dejó guiar hasta su dormitorio.

Las sábanas revueltas la llevaron de regreso a la noche anterior, y se esforzó por disimular la sonrisa satisfecha que pugnaba por asomar a sus labios. Por mucho que hubiera aceptado llegar a ese cuarto, todavía quedaba mucho camino por recorrer antes de decidir si había posibilidades de repetir esos momentos, aunque su cuerpo no parecía tener demasiadas dudas.

—Siéntate, por favor —rogó él—. ¿Quieres tomar algo? —Cuando ella negó con la cabeza, Roi se dirigió a la neverita, sacó una de sus inseparables botellas de agua y se apoyó en la puerta, frente a ella, marcando una clara distancia entre ambos—. No era mi intención molestarte —dijo a modo de introducción.

—Lo sé —reconoció ella—. Pero, primero, me ha irritado la falta de confianza. Sé que no tengo derecho a...

—Por supuesto que tienes derecho —la interrumpió con aire ofendido—. Dejando al margen otras consideraciones en las que no voy a entrar ahora mismo, yo te pedí que confiaras en mí y, como bien dijiste, es una calle de dos direcciones.

—Me refiero a que... —Laura rebuscó entre los archivos de su mente alguna frase poco comprometida que hubiera escuchado en algún momento, algo inofensivo,

que no convirtiera esa conversación en un camino plagado de minas antipersona—. Me refiero a que esto no es una relación. No tenemos derecho a exigirnos nada el uno al otro. Es...

El sonido de la honda inspiración de Roi le hizo alzar la vista y mirarlo, confusa por la interrupción. Él había cerrado los ojos en lo que parecía un gesto para buscar algo de calma. Laura maldijo para sus adentros. Una vez más, había elegido las palabras equivocadas. ¿Cómo era posible que nunca acertara con él? De acuerdo, era muy habitual que la gente se ofendiera cuando ella se mostraba práctica y directa y, aunque no entendía el motivo, al final había acabado por aceptarlo, pero con él parecía fallar siempre, y eso tampoco era normal. Por pura estadística, alguna vez tenía que darle una respuesta acertada.

—Ya hablaremos de eso después —dijo Roi por fin—. El caso es que te dio la impresión de que yo no respondía a la confianza que depositaste en mí, y eso te molestó.

—Bueno, es que no respondiste —murmuró ella, reacia a añadir algo más.

—No, no lo hice porque no era el momento, no porque deseara guardar un secreto. Recordarás que, poco después, O’Cleary y el hada se negaron a responder a mis preguntas, y puedo asegurarte que entre nosotros no hay ningún problema de confianza —explicó con calma, aunque Laura creyó escuchar un matiz de impaciencia en lo que, hasta ese momento, había sido una voz controlada a la perfección—. Como te dije, hay un tiempo para cada cosa.

—Y lo entiendo —reconoció Laura—. Pero, como te dije, tú siempre pareces saber lo que necesito. Y necesitaba que confiaras en mí.

La expresión de Roi se suavizó, sus rasgos perdieron dureza y llegaron a componer casi una mirada dulce. Se apartó de la puerta y avanzó hasta tomar asiento en la cama, junto a ella.

—Laura, confío en ti —dijo, en voz baja y serena de nuevo—. Pero no te engañes: no soy un animal doméstico al que puedas poner una correa y llevarlo de ella donde te apetezca. Siempre haré lo que considero mejor para ti, para todos, pero eso no significa que vaya a plegarme a tus caprichos. Me gusta darte lo que necesitas, pero no pienso olvidarme de lo que necesito yo. —Su expresión se endureció un tanto, al igual que su voz cuando continuó—. Y si no puedes aceptar esto, es mejor que vuelvas a tu habitación ahora mismo y que nos mantengamos alejados el uno del otro todo lo que nuestra situación nos permita, porque, por muy razonables y civilizados que nos estemos mostrando, los dos sabemos que lo de ayer fue algo más que un polvo de una noche.

—¿En serio has dicho «un polvo de una noche»? —intentó bromear ella, ablandada por su aclaración, con una exagerada expresión de incredulidad.

—Llevo demasiados siglos con esos dos. A veces me contagio —se defendió él, fingiendo sentirse herido.

Laura se rio en silencio, aceptando la broma y, con ella, que el ambiente se



relajara, se volviera de nuevo amigable, confortable. Sin embargo, todavía quedaba algo más en el tintero, y era incapaz de quedarse con ello o sabía que la carcomería por dentro.

—¿Y cuándo va a llegar el momento? —preguntó en un susurro, como si elevar la voz rompiera la frágil tregua que habían establecido—. ¿Cuándo me vas a contestar?

—En cuanto termines la cena —respondió él al instante.

Laura enarcó las cejas, sorprendida, mientras buscaba en el rostro de Roi las señales que indicaran que estaba bromeando. No halló ninguna, pero como no confiaba en su capacidad de leer el lenguaje corporal, que ya le había fallado en más de una ocasión, decidió insistir.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto —respondió Roi. Se incorporó y se aproximó a la cocina, a recoger el plato que había dejado ahí al entrar, para tenderse a continuación con una breve sonrisa—. No quería hablarlo delante de todos, porque soy muy consciente de lo que podía haber pasado, pero no tengo ningún inconveniente en explicártelo a ti.

Ella eligió un par de pedazos de queso y se los llevó a la boca, masticando con calma para darse tiempo a pensar. Pero si algo había aprendido de Roi era que seguía su propio ritmo y no se dejaba influenciar por presiones ajenas, así que optó por un enfoque indirecto que le permitiera, al menos, seguir manteniendo viva la conversación.

—¿Lo que podía haber pasado? ¿Te refieres a caos y frases sin sentido cruzadas de un extremo de la habitación al otro? —inquirió.

—Algo parecido —sonrió él. Tomó un sorbo de agua y se perdió unos instantes en sus pensamientos. A Laura no le molestaba ese silencio pensativo, así que siguió comiendo con calma, esperando a que él estuviera listo para hablar—. Es un tema que suele sacar lo peor de mis amigos —dijo por fin.

—¿Y puedo preguntar por qué, o tengo que esperar a después de cenar? —inquirió. Solo después de que la frase hubo escapado de sus labios, se dio cuenta de que podía tomarse por sarcasmo, pero esa no había sido su intención. Solo quería saber algo más, las migajas que él pudiera darle hasta que le aclarara por fin a qué se debía tanta testarudez y tanto misterio—. Lo siento, no quería que sonara así.

—Tranquila, lo he entendido y no ha sonado mal —replicó Roi. Una vez más, Laura buscó en su expresión un rastro de burla, pero, una vez más, no lo encontró—. Supongo que es porque son mis amigos, y porque ninguno de los dos está muy de acuerdo con esta maldición.

—Bueno, porque no es justa —intervino Laura con sinceridad. Había meditado una y otra vez sobre lo que les había contado Roi en la noche de *Beltane*, y cuanto más pensaba en ello, más entendía su resentimiento contra las hadas y los dioses.

—Es lo que es —contestó él con un encogimiento de hombros—. No merece la pena mirar atrás. La vida sigue. La Rueda no deja de girar.

—Te lo tomas con mucha calma —se extrañó ella.

—He tenido mucho tiempo para aceptarlo —aclaró con una sonrisa cansada—. Y no siempre ha sido así. Pero eso te lo contaré después de cenar.

—¿Y por qué no me lo cuentas mientras ceno? —contraofertó Laura.

Para demostrar su compromiso, eligió un pedazo de queso y se lo llevó a la boca con rapidez. Él sacudió la cabeza y pareció meditar su sugerencia. Por fin, cuando ella ya estaba segura de que no se iba a dejar convencer, Roi bajó la mirada hasta sus manos, esquivando la de ella, y asintió.

—Está bien —aceptó. Sin embargo, transcurrieron unos segundos y ni una palabra más salió de sus labios—. No sé por dónde empezar —reconoció al fin con una risa amarga.

—Por el principio suele ser una buena opción —sugirió ella con suavidad.

—El principio —musitó Roi. Alzó la vista y la clavó en algún punto indefinido frente a él, como si pudiera ver el guion de su charla impreso en la pared—. Al principio, yo era un idiota —empezó con una irónica sonrisa pintada en el rostro.

—Me cuesta creerlo —comentó Laura, más para animarlo a continuar que porque pensara que él necesitaba de esa reafirmación.

—Pues lo era —afirmó él en tono rotundo—. Joven, arrogante y estúpido. Estaba convencido de que solo cargaría con la maldición un puñado de meses, un año a lo sumo. Lo arreglaría todo y podría volver con mi pueblo a llorar a mi mujer, con el problema resuelto y la venganza cumplida.

—Está claro que no fue así —susurró Laura. Por algún motivo que aparcó para estudiar más adelante, la mención a esa mujer, muerta hacía quién sabía cuántos siglos, la incomodó de un modo incontrolable.

—No, está claro que no —confirmó Roi con una brusca inspiración—. También estaba seguro de que iba a ser fácil controlar a la bestia. —Dejó escapar una carcajada angustiada, que, de algún modo, más parecía un lamento—. Lo dicho: era un maldito idiota.

Volvió a bajar la vista hasta el suelo y sacudió la cabeza, como queriendo borrar sus recuerdos. Tras unos segundos de indecisión, Laura apartó la bandeja con la comida y se aproximó más a él. Nunca sabía qué decir ni qué hacer en las situaciones emocionalmente incómodas, pero con el paso de los años había aprendido que la gente solía apreciar el contacto de una mano amiga, así que eso fue lo que le ofreció a Roi. Tomó una mano de él entre las suyas y la apretó con suavidad. Al ver que él se relajaba de forma casi imperceptible, apreciando el gesto, se decidió a hablar.

—¿No fue fácil? —preguntó en apenas un susurro.

—Al principio sí —respondió él tras una larga pausa—. Estaba demasiado ocupado regodeándome en mi venganza y... —Se encogió de hombros—. Siempre he sido bueno dominando mis emociones, así que controlar al monstruo en mi interior solo era un poco más complicado. Pero fue pasando el tiempo y tuve que hacer frente a la realidad. Me di cuenta de que cargaría con esto mucho tiempo y...

—Y te viniste abajo —trató de adivinar Laura.

—Eso es decir muy poco —replicó Roi con otra de esas carcajadas secas y carentes de humor—. Primero me enfurecí. —Su rostro se contrajo en una mueca de incomodidad y Laura volvió a apretar su mano, instándolo a continuar—. ¿Recuerdas las Navidades pasadas, cuando O’Cleary se metió en todos los líos posibles para no pensar en Diana? —Ella asintió, intentando sin ningún éxito imaginar a Roi presa de un descontrol semejante—. Pues mil veces peor. Usé de la habilidad que me concedieron los dioses para ver los cambios de energía en el Velo con el propósito de atacar a cualquier criatura que hubiera tenido la desfachatez de asomar su nariz a este lado. Buscaba pelea como fuera, del modo que fuera. Todo con tal de deshacerme de esa rabia absurda.

—Quizá no es una reacción racional, pero es comprensible. La furia es una emoción improductiva, pero es difícil librarse de ella —trató de animarlo Laura tras unos instantes de indecisión, porque estaba acostumbrada a que nadie se sintiera reconfortado con sus intentos.

Sin embargo, a Roi pareció servirle. Posó la mano que tenía libre sobre las que ya estaban entrelazadas junto a su muslo y le dedicó una sonrisa cansada.

—Es lo que suelo decirme a mí mismo en las escasas ocasiones en las que recuerdo ese tiempo —confesó.

—Lo superaste, está claro. Eso es lo que importa —continuó ella, alentada por su reacción.

—Oh, todavía tardé bastante —replicó Roi—. Fue una época terrible. Peleas, alcohol, mujeres... Cualquier emoción fuerte me servía. Me aparté de mi misión y me dediqué a hacer el imbécil. Y la bestia se volvió cada vez más difícil de controlar, porque yo mismo estaba descontrolado.

El analítico cerebro de Laura aprovechó el breve receso que siguió a esa confesión para cuadrar una serie de datos que, con toda seguridad, ya estaban aparcados en algún lugar, aguardando el momento oportuno para ser procesados. Y una súbita revelación ascendió hasta su mente consciente.

—Por eso te comportas así —susurró. Él alzó la vista con una muda pregunta reflejada en sus ojos—. Cuanto más controlado, cortés y educado eres, mejor puedes someter a ese monstruo.

—Sí y no —sonrió él—. Es cierto que mi autocontrol ayuda, pero también es una declaración de principios: la bestia en mi interior es tan incivilizada, tan ávida de sangre, que yo me esfuerzo en ser todo lo contrario para marcar una diferencia importante.

—Y lo haces —aprobó Laura—. Lo haces —repitió al ver que él parecía dudar—. Eres el hombre más lógico y sereno que he conocido. Y sensato, y no sé qué sería de este grupo de locos si tú no pusieras paz de vez en cuando. Porque...

Se detuvo, porque esa línea de pensamiento estaba empezando a incomodarla. Y el problema no era que estuviera mintiendo o exagerando la realidad para que él se sintiera mejor, algo que había aprendido a hacer a la fuerza. No, el problema era que

creía cada palabra que había salido de su boca y el camino que abría eso era demasiado oscuro e incomprensible como para empezar a recorrerlo en ese momento.

Por supuesto, y como de costumbre, él se dio perfecta cuenta del curso de sus pensamientos.

—Cuidado, querida, cualquiera que te oiga diría que empiezas a sentir afecto por mí —bromeó.

Por un instante, Laura consideró seguir la broma, pero su lado práctico la empujaba siempre a decir toda la verdad, fría, pura y sin tapujos en cualquier asunto más o menos complicado, porque hacía mucho tiempo que había descubierto que era mucho más trabajoso aclararlo *a posteriori*. Y eso fue lo que hizo.

—Es que empiezo a sentir afecto por ti —reconoció sin ambages.

Había esperado una cierta expresión de sorpresa por parte de Roi, pero quizá debió de pensarlo mejor, porque el hombre parecía capaz de leer su mente y adelantarse incluso a sus propios pensamientos. Así que, en lugar de mostrarse pasmado por su declaración, se limitó a esbozar una sonrisa de reconocimiento.

—Lo sé. A mí me ocurre lo mismo —aceptó.

Durante unos momentos que encerraban una eternidad de confesiones apenas reconocidas, se miraron a los ojos en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos o quizá en sus emociones. La charla quedó olvidada, las confesiones aparcadas y entre ellos solo flotaba la promesa de un futuro incierto, pero quizá esperanzador. Él se inclinó y rozó los labios de Laura con infinita ternura, para apartarse a continuación despacio, muy despacio, como si no fuera capaz de acostumbrarse a la ausencia de ese contacto apenas insinuado.

—Lo primero es lo primero —susurró Roi mientras alzaba una mano para acariciar la mejilla de Laura—. Necesitas una respuesta, y apenas he empezado a dártela. Después, cuando ya lo sepas todo...

Dejó la frase inacabada, dándole la oportunidad de fingir que no la había entendido, pero ella jamás huía de sus propios pensamientos.

—Hablaremos, sí —concluyó por él—. Pero no creo que nada de lo que me cuentas me vaya a hacer cambiar de opinión.

—Ya veremos —sonrió Roi. Tomó aire y se apartó de ella un poco, como si su contacto no le permitiera concentrarse en su relato—. ¿Por dónde iba? —meditó.

—Me estabas contando tu etapa de rabia —aclaró Laura, aunque estaba convencida de que él solo se estaba dando tiempo para poner en orden sus pensamientos.

—Sí —asintió él—. Cada vez me hundía más hasta que, un día, estuve a punto de perder el control. —Se detuvo un momento. Cuando volvió a hablar, su voz era apenas un susurro que Laura se tuvo que esforzar en descifrar—. Casi mato a la mujer de la que había decidido alimentarme. Me faltó tan poco... Tan poco... —musitó, derrotado.

—Pero te dominaste —dedujo Laura—. Y eso es lo que importa.

—Me dominé casi de casualidad —replicó en tono seco—. Si creyera en los milagros, diría que fue uno de ellos. —Alzó la vista y enfrentó su mirada, desafiante—. Y, además de arrancarme de mi etapa autodestructiva, esa experiencia me sirvió para descubrir algo. Sangre y sexo son una combinación peligrosa.

En esa ocasión, a Laura no le costó lo más mínimo deducir lo que se escondía tras sus palabras.

—Por eso no quieres alimentarte de mí —expuso en voz alta—. Temes perder el dominio de ti mismo porque nos relacionamos sexualmente.

Roi esbozó una sonrisa cargada de ironía pura.

—Como hemos decidido dejar ese tema para el final, no voy a criticarte la elección de la frase, pero que sepas desde ya que lo de «relacionarnos sexualmente» no es en absoluto preciso —comentó con sorna.

—Es preciso a efectos de la discusión actual —refutó Laura, devolviéndole la sonrisa—. Pero no me has contestado. ¿Es por eso?

—En parte sí —respondió él—. Pero hay más motivos. —Ella aguardó, mostrando su expresión más neutra para así animarlo a continuar sin sentirse juzgado. Roi volvió a sonreír y miró hacia la mesilla—. No estás comiendo.

Laura ni se molestó en discutir. Recogió el plato, lo colocó sobre sus piernas y se llevó un bocado de queso a la boca. Masticó y enarcó una ceja en un claro reto: «¿Y ahora qué?». Él rio entre dientes antes de continuar.

—Ya he reconocido que siento afecto por ti, y esa es la segunda parte de todo esto. No solo el sexo anima a la bestia —explicó.

—¿También el afecto? —intentó Laura.

—De alguna manera. Pero déjame seguir con mi lamentable historia, a ver si así puedo aclararlo —dijo él. Tomó una profunda inspiración antes de continuar—. Después de lo que ocurrió con esa mujer, me aislé. Busqué la muerte —reconoció a regañadientes—. Si no alimentaba a la bestia, a lo mejor moriría en mi interior y me arrastraría a mí en el proceso. Pero los dos somos más duros de lo que parece, o quizá es que los dioses nos hicieron de ese modo a propósito, así que pasó el tiempo y me sentía hambriento y débil, pero la muerte no llegaba ni a rozarme. —Esquivó la mirada de Laura y se concentró en algún punto entre sus pies—. Clamé a los dioses pidiendo ayuda o quizá pidiendo la muerte.

—Y nadie escuchó —sospechó Laura cuando él se detuvo.

—Sí, Ona lo hizo.

—La madre de Aidan —recordó ella con tono precavido.

—Imagino lo que te habrá contado Diana —sonrió Roi—, pero te garantizo que es una gran mujer. Si estamos aquí hablando ahora mismo, es en gran parte gracias a ella.

—Pero no porque te librara de la maldición —refutó Laura, reacia a concederle una oportunidad a la reina después de lo que su amiga le había explicado.

—Ni siquiera Ona tiene el poder de contradecir a todos los dioses —contestó él

con una sonrisa cansada—, aunque es lo bastante astuta como para encontrar un atajo entre sus mandatos. Vino a mí y me recordó mi deber, mi compromiso. —Calló y se perdió de nuevo en sus recuerdos. Laura apenas se atrevía a respirar, ansiosa por comprender por fin qué lo había llevado a ser el hombre que era—. No sirvió de nada —reconoció—. Estaba demasiado furioso, demasiado deprimido y ofendido.

—No creo que hubiera servido conmigo tampoco —comentó ella para animarlo a continuar cuando Roi volvió a sumirse en un silencio meditativo.

—Es de suponer que no —aceptó él. Bajó la vista hasta sus manos, esquivando la mirada de Laura, y continuó—: Pero ya te he dicho que es una mujer astuta. Cuando no pudo conseguir nada por sí misma, trajo a O’Cleary y a Niall con ella.

—No parece muy buena idea —replicó Laura—. Un hada y un dios. Justo las dos especies que te habían llevado a donde estabas.

—Y, sin embargo, fue la mejor idea posible —la contradijo Roi, elevando la mirada de nuevo para clavarla en su rostro. Laura se sintió atrapada en ella, en la serenidad que transmitía. Se perdió en sus ojos y se forzó a mantener la calma y seguir escuchando, aunque, de una forma muy irracional e impropia de ella, por unos segundos llegó a pensar que sería feliz si pudiera pasar horas así, en silencio, leyendo lo que decían esos iris de color imposible—. Ya conoces a esos dos, y aunque los siglos han templado un poco su carácter, no eran muy distintos cuando Ona los hizo acompañarme. Ni te imaginas las veces que nos peleamos hasta caer rendidos. —Sonrió, como si las peleas fueran un buen recuerdo, y Laura se esforzó por comprender cómo podía considerarlas así.

La luz no tardó abrirse paso en su cerebro, y le devolvió la sonrisa, encantada no solo por poder comprenderlo un poco más, sino también por su propia percepción de la realidad. Entender a los seres humanos —o de apariencia humana, reconoció— no era su especialidad.

—Volviste a sentir —expuso en voz alta—. La ira no es la más productiva de las emociones, pero es una emoción, al fin y al cabo. —Él no hizo ningún comentario. Permaneció en silencio, con esa sonrisa sabia y bastante irónica pintada en sus labios, como si aguardara algo más, una conclusión más, un paso más. Laura lo meditó unos segundos y, por fin, dejó escapar un grito que no sabía muy bien si contenía rabia o admiración—. ¡Por eso me enfureciste cuando estábamos a punto de tener sexo!

—Quería una emoción de tu parte —reconoció él, sin parecer en absoluto contrito—. Que fuera positiva o negativa me parecía lo de menos.

Otra mujer quizá se habría ofendido. Diana, sin duda. Marta tal vez se habría sentido dolida —al menos antes. Ahora, con Niall a su lado, ofenderla era una tarea casi imposible—, pero Laura no pudo por menos que analizar y, en consecuencia, apreciar la astucia de su plan. Y como su cuerpo todavía palpitaba con el recuerdo de ese encuentro, no tenía más remedio que aceptar que había sido la mejor opción posible.

—Tiene sentido —aceptó. Las líneas de inquietud apenas visibles que habían

adornado la frente de Roi mientras aguardaba su respuesta desaparecieron. Enarcó una ceja en un gesto más divertido e inquisitivo que displicente, como si estuviera pidiendo un poco más de información que Laura se apresuró a ofrecerle—. En ese momento tuve ganas de matarte, pero reconozco que tiene sentido.

—Y reconoce también que funcionó a la perfección —se regodeó él con expresión maliciosa—. Pero hemos quedado en hablar de eso después —se apresuró a añadir.

Laura sonrió ante su apremio, porque era lo que había estado pensando. No porque no le interesara mantener esa conversación, sino porque estaba convencida de que podría afrontarla mucho mejor después de conocer la historia de Roi y lo que lo había llevado a ser el hombre que era.

—Y hablaremos, no te quepa duda —respondió ella—, pero sigue contándome. ¿Cómo conseguiste llevarte bien con esos dos?

—¿Acaso crees que me dejaron otra opción? —sonrió Roi. Su expresión se fue apagando poco a poco a medida que se perdía en sus recuerdos—. Nunca tiraron la toalla, nunca se rindieron por más que yo me portara como un imbécil. Estuvieron a mi lado en cada paso del camino y, de pronto, un día me di cuenta de que ya no me importaba su naturaleza, como a ellos parecía no importarles la mía.

—Me pregunto por qué —meditó Laura—. Al fin y al cabo, ellos son un dios y un hada, y tú eras un humano maldito. No me malinterpretes —añadió con rapidez—, no te estoy menospreciando, solo...

—No, lo entiendo, no te preocupes —la interrumpió él con esa sonrisilla concedora que siempre le daba a Laura la absurda sensación de que podía leer sus pensamientos—. Supongo que en un principio yo pensaba igual que tú, pero con el tiempo me di cuenta de que, a su modo enloquecido y un poco infantil, los dos deseaban ayudarme de verdad, y no solo porque Ona se hubiera entrometido.

Laura dejó el plato sobre la mesilla para darse unos instantes que le permitieran meditar. Antes de volverse de nuevo hacia Roi, cogió un par de nueces y se las llevó de forma distraída a la boca, masticándolas con calma mientras pensaba en las pruebas que los tres hombres habían dado de la amistad que los unía durante todo ese tiempo.

—Por lo poco que los conozco, no me sorprende demasiado —decidió por fin—. No son muy...

—¿Sensatos? —ofreció Roi, sonriente.

—Bueno, no. Vamos, que sensatos tampoco son, pero me refería más a... No hacen lo que se espera de ellos solo porque, bueno, porque es lo que se espera. Imagino que consideran injusto lo que te han hecho y...

—No —la frenó él. Su sonrisa había desaparecido para esconderse detrás de la habitual máscara de inexpresividad. Pero, pese a que Laura siempre se había considerado bastante inútil interpretando el rostro de los demás y que la cara de póquer de Roi era impecable, supo ver el dolor antiguo que se escondía bajo ese gesto

desapasionado—. No, olvídate de términos como «justo» e «injusto». Son demasiado humanos para ellos. Quiero decir —se apresuró a explicarse al ver que ella se disponía a preguntar— que la justicia emana de los dioses. Nada de lo que ellos hagan puede ser injusto, porque son ellos quienes definen la mismísima naturaleza del término.

—La teología se me escapa, Roi —masculló Laura de mal humor—. Entiendo lo que dices, pero no tiene sentido. Para mí, lo que te ocurre es una injusticia. Me da igual que no pueda serlo desde el punto de vista de un ¿sófisma?

—Intentaré explicártelo de otro modo menos paradójico —respondió él. Cerró los ojos y lo pensó unos instantes—. Al igual que en la magia hay que devolver lo que se toma, el universo tiene su propio equilibrio. Creo que tanto Ona como su familia piensan que, de algún modo, nuestro castigo, porque no puedo olvidarme de la maldición que también pesa sobre mi pueblo además de la mía propia, ha alterado ese equilibrio.

—E intentan restablecerlo —comprendió Laura—. Por eso Ona maquina al margen de los demás dioses e intenta ayudar. Pero no lo entiendo. ¿No se supone que es la reina? ¿No debería...?

—Me llevaría mucho más tiempo del que dispongo explicarte la «política» divina, Laura —masculló Roi, esquivando su mirada—. Y aun así tampoco creo que la entenderas, porque ni yo mismo, que llevo gran parte de mi vida conviviendo con gente relacionada con ella, soy capaz de comprenderlo. —Al ver que Laura parecía dispuesta a replicar, alzó una mano entre ellos para detener el inevitable torrente de palabras—. No, en otra ocasión. Déjame terminar con el resto de mi historia. Ya no falta demasiado.



De algún modo, confesarse ante ella le estaba resultando a Roi mucho más sencillo de lo que había imaginado. Muy pocas veces había hablado de su pasado, de esos primeros tiempos conviviendo con la bestia en su interior, con el peso de su maldición y, en cada una de esas contadas ocasiones, solo estaban presentes sus amigos. Jamás se había sincerado ante nadie que no fuera O'Cleary o Niall, y jamás había imaginado que iba a llegar el momento en que tuviera que hacerlo. Y aunque en un principio se había visto casi obligado a explicarse ante Laura, ahora ya no se trataba de una obligación, sino de una necesidad.

Necesitaba contarle todo; necesitaba que ella lo comprendiera casi tanto como ella sentía esa compulsión por comprender todo lo que la rodeaba. Deseaba mostrarle la realidad tal y como era y, para su propia sorpresa, su intención no era alejarla, sino lograr su aceptación.

Ni siquiera era capaz de recordar cuándo había sido la última vez que había deseado que alguien lo aceptara, y prefería no detenerse a pensar por qué le parecía tan importante en ese instante. Sospechaba que la respuesta iba a traerle demasiados problemas a los que no podía permitirse todavía hacer frente.

Aunque, conociéndola —y en los últimos días, para su propia sorpresa, había llegado a conocerla y comprenderla bastante bien—, lo más probable era que, con ese estilo tan desapasionado y cerebral tan suyo, Laura no tardara en obligarlo a enfrentarse a todas las respuestas que se estaba negando a ofrecerse a sí mismo.

—Está bien —aceptó Laura después de unos instantes en silencio, valorando sin duda si era mejor intentar saciar su curiosidad a cada paso de la historia o esperar a otro momento y satisfacer la más acuciante—. Doy por hecho que saliste de esa espiral autodestructiva y continuaste tu misión con la ayuda de Aidan y el hada, ¿no?

—Así es —aprobó Roi—. Y, pese a que la mayor parte del tiempo me sacan de mis casillas, su ayuda resultó inestimable y entre nosotros terminó por forjarse una amistad inquebrantable.

—¿Incluso con Niall? —inquirió Laura con una sonrisa malvada.

Roi no pudo por menos que corresponder con una breve risa. Para cualquier observador casual, el hada y él parecían enemigos irreconciliables, pero cualquiera que los conociera bien, como O'Cleary, sabía que, pese a sus diferencias, darían la vida uno por el otro sin detenerse a considerarlo ni un instante. Era mucho lo que Roi le debía al hada, aunque, hasta entonces, había pensado que mataría antes de reconocerlo en voz alta.

Ahora, en cambio, estaba a punto de hacerlo porque sabía que con ello le daría a Laura la pieza de información que le faltaba.

—Te contaré algo sobre Niall —empezó despacio, estudiando cada palabra de esa

historia que jamás pensó que iba a narrarle a nadie—. Cuando ya llevábamos algún tiempo recorriendo nuestro camino juntos, las alteraciones en el Velo nos llevaron a un pequeño pueblo no muy lejos de aquí. Pasamos mucho tiempo en ese lugar y se nos complicaron mucho las cosas.

—Como de costumbre, ¿no? —interrumpió ella.

—Peor que de costumbre —sonrió Roi—. De hecho, creo que fue una de las peores aventuras de nuestra vida, mejorando lo presente, por supuesto. Estuvimos más de cinco años en ese sitio.

Laura abrió los ojos de par en par y se echó hacia atrás en la cama, como si la aclaración de Roi la hubiera golpeado como un puñetazo bien dirigido.

—¿Cinco años? —se espantó—. ¿Quieres decir que esto puede prolongarse cinco años?

—No lo creo probable, pero, en teoría, es posible —reconoció a regañadientes—. Muchas de nuestras misiones han durado más de un ciclo completo. —La ácida maldición de Laura lo obligó a centrarse de nuevo en la historia y terminar de una vez con la tortura de los recuerdos, porque si seguía atendiendo a los inacabables afluentes de sus preguntas, el amanecer los encontraría en esa cama y con toda la ropa puesta. Inaceptable—. El caso es que nos adaptamos a la vida en ese pueblo. Y yo... yo me adapté de más. —Laura enarcó una ceja en un gesto interrogante—. Me... —dudó, buscando las palabras precisas mientras lo inundaban los recuerdos— me encariñé con una chica.

Ella asimiló la información con serenidad y asintió, animándolo a continuar. Pero Roi había llegado a la parte más complicada de su historia, a la que afectaba a Laura de forma directa y la que explicaba sus negativas y respondía a las preguntas de ella. Y la que le diría a esa mente inquisitiva mucho más de lo que le apetecía reconocer en ese instante.

Sin embargo, ya no podía retroceder.

—Bríxida era meiga —narró, sumido en los recuerdos—. Y muy perceptiva, así que no tardó demasiado tiempo en comprender que había algo diferente en esos tres hombres que intentaban integrarse en el pueblo. Después de un tiempo, nos ofreció su ayuda y aceptamos. Era poderosa y la situación, muy difícil.

—Y el roce hizo el cariño —interrumpió Laura con un cierto deje de ironía que Roi se negó a interpretar como celos.

—Algo así —reconoció él, sin querer entrar en más detalles—. Tuvimos un problema. Ella y yo quedamos atrapados en el bosque durante varios días. Encontramos un refugio, pero yo estaba al límite de mis fuerzas y necesitaba alimentarme. Bríxida se ofreció. —Se detuvo, incapaz de continuar, aturdido por el peso de las emociones que se había negado a sí mismo durante siglos.

—Y volviste a perder el control —concluyó Laura.

—En absoluto —respondió él—. No estuve cerca de matarla por perder el control, pero mi bestia interior se obsesionó con su sangre, con su sabor cuando...

Bueno...

—Cuando hacíais el amor —dedujo ella. Roi asintió y esperó a que ella siguiera ese hilo mental hasta sus últimas consecuencias, como hizo tras unos instantes de profunda concentración—. Por eso no quieres alimentarte de mí —musitó—. Temes que ocurra lo mismo. Tú... Tú piensas que el afecto que está surgiendo entre nosotros es suficiente para que la bestia se obsesione.

—Y acabe matándote a la larga, porque eso fue lo que casi ocurrió con ella —se lamentó Roi—. No podía tocarla sin desear catarla. La fui drenando poco a poco. Lo veía, veía los signos, pero me negaba a reconocerlos mientras ella se debilitaba más y más. Hasta que Niall intervino. Él... —Sacudió la cabeza y sonrió a pesar de la angustia que le provocaban los recuerdos—. Ni te imaginas la paliza que me dio. Casi me mata, y te aseguro que no es sencillo vencerme y ya te he explicado que tampoco soy fácil de matar. Me alejé de ella a la fuerza y, durante mucho tiempo, no me dejé ni a sol ni a sombra. Cuando por fin me permitió verla de nuevo, si yo le juraba que podía controlarme y le pedía que me dejara estar con ella a solas, se limitaba a encogerse de hombros y decir que no le importaba que hiciéramos lo que quisiéramos delante de él. El muy imbécil...

—Puedo imaginármelo a la perfección —apostilló Laura en tono irónico—. Y seguro que lo decía en serio.

—Completamente en serio —sonrió Roi—. Carece del más elemental sentido de la moral o la intimidad. Pero salvó a Bríxida y me salvó a mí. Desde entonces, siempre que me ve alterado y sabe que necesito alimento, me acompaña. Y es algo que nunca podré agradecerle lo suficiente.

—Por eso sale corriendo detrás de ti cada vez que estás enfadado —recordó ella—. Pero ¿por qué no lo hace Aidan? Él parece mucho más centrado.

—Porque, como él mismo reconoce, no puede hacer frente a las consecuencias de la maldición sin querer cambiarla. Y es algo que podría hacer. Niall, en cambio, no tiene bastante poder para ello.

—¿Puede cambiarlo? —saltó Laura, indignada—. ¿Y por qué no lo hace?

—Porque que pueda hacerlo no significa que deba. Eso complicaría mucho las cosas para todos. Incluso para mí. Sería peor el remedio que la enfermedad. Además, todos sospechamos que Ona tiene sus propios planes, y los de ella suelen ser mejores. —Inspiró hondo y la miró con prevención—. ¿Lo entiendes ahora?

Ella asintió, pero todo en su expresión, en su lenguaje corporal le decía a gritos que estaba a mil kilómetros de ahí, sacando más conclusiones, deduciendo más consecuencias, estudiando cada inflexión, cada palabra y cada sílaba para formarse una idea precisa de quién y qué era. Y Roi apenas podía esperar al veredicto.

—Lo entiendo —dijo tras lo que había parecido una eternidad encerrada en un breve instante en el tiempo—. Pero sigo sin ver el problema. Ha pasado mucho tiempo y estoy segura de que te dominas mejor que antes. Además, si no me equivoco, creo que fue lo que le pasó a Bríxida lo que te empujó a ser médico, así que

reconocerás los síntomas y te frenarás a tiempo. O te frenaré yo.

—No podemos saberlo, y no quiero arriesgarme —masculló él—. Y menos cuando tenemos que estar aquí encerrados y puedo tenerte siempre que quiera.

—No soy idiota. Si me siento mal, buscaré a Niall y me ayudará —gruñó Laura de mal humor.

Si ella supiera...

—No lo harás —respondió Roi, esbozando una sonrisa triste—. Compartir sangre y sexo es adictivo. La lujuria nublará tu lógica, y eso es lo último que quiero tratándose de ti. Tu lógica me fascina.

—Eres la primera persona que me dice algo parecido —reconoció Laura con apenas un hilo de voz, que vibraba con una emoción profunda—. Pero aun así creo que te equivocas. Creo que, llegado el momento, entre los dos podríamos controlar la situación. —Roi negó con la cabeza, más para apartar la idea de su mente que para oponerse a lo que ella decía. Sería tan fácil dejarse llevar que casi podía imaginarse en esa cama, con Laura desnuda y ofreciéndole no solo su cuerpo, sino también su sangre y su vida. Sacudió la cabeza una vez más para apartar la imagen—. Como tú mismo me dirías —murmuró ella con la sombra de una afectuosa sonrisa bailando en su voz—, deja de pensar.

—Y como tú misma me dirías —replicó él con el tono más ligero que pudo invocar—, no puedo dejarlo. Pero sí —reconoció al instante con una brusca inspiración—, ya tienes todos los datos, así que no merece la pena seguir perdiendo el tiempo con recuerdos del pasado que no llevan a ninguna parte.

—No creo que no lleven a ninguna parte —meditó Laura—. Nuestras experiencias nos convierten en las personas que somos, y estoy aprendiendo más de ti esta noche que en todos los meses que llevo metida en esta locura.

Un breve relámpago de irritación atravesó a Roi. No estaba dirigido a la chica, no en concreto, pero sin quererlo, había tocado uno de sus puntos sensibles y, antes de poder detenerse, la respuesta surgió de sus labios, malhumorada.

—¿Piensas que nuestras experiencias nos definen? —gruñó con un sarcasmo teñido de rabia—. Me niego a creerlo. Soy quien soy porque he decidido ser así. El ciclo es eterno y el pasado no va a volver, como yo me niego a volver a él. ¿De qué me serviría seguir anclado a esas cadenas y permitir que guiaran mis actos? —La voz de Roi se iba elevando sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Sin embargo, Laura no parecía afectada por su arrebato. Lo miraba con curiosidad, pero sin reaccionar de ningún modo, como si tan solo estuviera esperando el momento oportuno para intervenir—. No soporto a la gente que utiliza su pasado como excusa para comportarse mal en el presente. Hay que seguir, hay que avanzar, hay que...

—Superarlo —interrumpió ella con un breve asentimiento de aprobación—. Acéptalo, corrige lo que puedas y progresa. Supera tus problemas y punto. No hay más.

—Exacto —aceptó Roi, serenado por su comprensión—. No se puede arrastrar un

trauma durante mil años. Es improductivo y absurdo.

—Pero aun así —continuó ella, como si él no se hubiera molestado en intervenir—, tus experiencias siguen definiéndote —suavizó su expresión y su voz antes de proseguir, mientras su rostro se iluminaba con una afectuosa sonrisa—, aunque en tu caso, te definen para bien. Me dicen que eres un hombre capaz de superar las dificultades y seguir adelante. Que tienes la fortaleza para aceptar lo que te ha ocurrido, lo que hayas podido hacer, y no seguir torturándote de forma innecesaria, aunque hagas todo lo necesario para no caer en los mismos errores. Me dice que...

Roi salvó la distancia que los separaba e interrumpió su alegato con un beso feroz al que no habría podido resistirse ni por intervención divina. No había sido un acto meditado ni había tras él ninguna intención oculta. Sin más, cada célula de su cuerpo se lo había pedido. Cada fibra, cada nervio, le habían gritado que se apoderara de sus labios, de su cuerpo, de su piel. Necesitaba sentirla, necesitaba sus manos y sus caricias con tanta desesperación como había necesitado su comprensión segundos antes.

Antes de poder detenerse a sí mismo, sus dedos encontraron el camino hasta la piel desnuda de Laura, y le arrancaron la camiseta del pijama de un tirón. Por un breve instante de lucidez pensó en detenerse a sí mismo, en calmar la intolerable urgencia que lo empujaba cuesta abajo por los senderos del placer, pero no fue capaz, y menos cuando la impaciencia de ella aparentaba ser peor aún que la suya.

Sin despegar los labios de los de Laura, intentó deshacerse de su propia ropa, de todas las capas de tela que le impedían sentir el calor de su cuerpo, el roce de la piel contra la piel. Se peleó con las mangas de su levita mientras ella luchaba con las cintas de su camisa, tratando de deshacer los lazos con dedos nerviosos. La parte de su cerebro que todavía era capaz de razonar, aunque fuera de manera muy básica, le decía que todo ese proceso resultaría mucho más eficiente y se llevaría a cabo mucho más rápido si dejaba de besarla y se apartaba el tiempo justo para que ambos se quitaran el resto de la ropa. Uno al otro o cada uno la suya, lo mismo le daba a esas alturas.

Pero por mucho que la lógica intentara imponerse a los dictados del instinto, era una batalla perdida de antemano. Por mucho que supiera que no iba a morir si se separaba de ella unos minutos, su cuerpo no parecía creerlo. Su boca se empeñaba en seguir devorando la de ella, su lengua se negaba a dejar de explorarla y las manos atrapadas en los puños de su levita le ardían por la pura necesidad de tocarla.

Y la bestia aguardaba en su interior, expectante y ávida, aunque, por primera vez en mucho tiempo, Roi ni siquiera podía prestarle atención.

Consiguió librarse por fin de la presión del terciopelo y atrapó el rostro de Laura entre sus manos para profundizar en ese beso enloquecedor, con el cerebro desconectado y el corazón palpitando enloquecido en su pecho. Ella gimió contra sus labios y su mente dio un paso más en el camino de la locura.

Los dedos de Laura tiraron de su camisa, arrancándola sin miramientos de la

cinturilla de sus pantalones. Solo cuando fue inevitable, Roi deshizo el beso y levantó los brazos para ayudarla a liberarlo de la prenda, y cada célula de su cuerpo protestó a gritos por el breve instante en que perdieron el contacto. Pero cuando la camisa cayó al suelo, donde se desparramó como un níveo charco a los pies de la cama, Laura se abalanzó de nuevo sobre su boca, aferrándose a sus hombros como si temiera perderlo, y el frío que había sentido al separarse de ella se convirtió en un fuego que los consumió a ambos.

Él la estrechó entre sus brazos y la empujó sobre la cama, acomodándose entre sus muslos y sin dejar de besarla ni un instante. De su boca pasó a su cuello, a sus hombros, a sus pechos, a su vientre, mientras ella se retorció bajo sus labios y no dejaba de apremiarlo ni un instante con sus gemidos y sus dedos nerviosos, que recorrían su espalda, ascendían hacia su cabello y bajaban de nuevo en una caricia tan impaciente como impacientes eran los besos de Roi.

Mientras su lengua probaba de nuevo el sabor de la cremosa piel de su vientre, las manos de Roi se aferraron a sus pantalones y los arrastraron por sus piernas. Cuando llegaron a los pies de Laura, ella pateó para liberarse antes de apresarlos entre sus muslos, entrelazando sus tobillos tras la espalda de Roi.

—Te quiero dentro de mí. Ahora —jadeó Laura.

—Calma —masculló él en un vano intento de recuperar la cordura.

—No —gimió ella al tiempo que clavaba las uñas en sus hombros. El dolor era tan grato que Roi casi se sintió tentado a prologar esa deliciosa tortura unos minutos más. A negarles a ambos lo que tanto necesitaban. Pero su cuerpo lo traicionó ascendiendo sobre ella hasta alcanzar de nuevo sus labios—. No, ahora —lloriqueó Laura. Sus manos descendieron hasta la cremallera de los pantalones de Roi y, por un terrorífico instante, cuando sus dedos liberaron su miembro en una caricia enloquecedora, temió no poder dominarse—. Por favor, ahora, ya...

—Calma —repitió una vez más entre sus dientes apretados—. Tenemos toda la noche, no...

—Toda la noche, después —protestó ella. Intentó guiarlo hacia la entrada de su cuerpo y a Roi le costó la vida contenerse y evitar que ella lo llevara hacia donde, sin ningún género de duda, ansiaba estar.

—Por la Diosa, Laura, para —rogó—. No pienso hacerte el amor a medio vestir, como si fuera un niño incapaz de dominar...

—Hazlo —suplicó Laura—. Hazlo. Por favor, por fav...

Sin poder resistirse ni un instante más a sus demandas, a las de su propio cuerpo que aullaba de pura necesidad, y a las de la impaciencia que reconocía en cada gesto y cada jadeo de ella, se dejó llevar por fin, hundiéndose en su interior.

Y si en algún momento de esa enloquecida escena había llegado a albergar alguna esperanza de recuperar el control, en ese instante supo que había sido tan solo un espejismo y que, quizá, jamás volvería a recobrar la cordura.

Una ola de placer infinito ascendió por su columna y rompió en el centro mismo

de su mente, arrastrando con ella toda la consciencia, toda la sensatez y hasta todos los principios en los que había basado su vida. Solo quedaban los dictados de la piel y el instinto, la locura de la pasión que los arrastraba a ambos y esa sensación; esa sensación abrumadora de estar justo donde debía estar, como si el universo hubiera encontrado por fin su lugar y su propósito. Y, por primera vez en su existencia, Roi dejó de pensar.

Fue solo un momento, un breve instante. Apenas unos segundos.

Pero eso era todo lo que la bestia necesitaba. Libre por fin de las cadenas del raciocinio, el monstruo salió a la superficie, enloquecido por las caricias de Laura, ávido de alimento. Antes de que Roi pudiera recobrar la cordura, distanciarse de ese placer infinito que solo le permitía pensar en la siguiente caricia, en el próximo beso, en el inmediato embate de su cuerpo en el interior de Laura, su maldición tomó el control.

Para cuando pudo razonar, la sangre inundaba ya su boca, acariciaba su paladar y se deslizaba por su garganta como el más delicioso de los manjares, como la más potente de las drogas. Su universo, hasta entonces estable, dio un salto mortal y lo convirtió en un esclavo del placer. Su sabor era tan delicioso como la bestia había esperado. Su vida le daba vida, recobraba recuerdos perdidos, emociones asfixiadas bajo el pesado acero de su voluntad. Su cuerpo era el paraíso, y sus gemidos la música que marcaba el ritmo de su corazón. El mundo se deshizo a su alrededor, se quebró en mil pedazos de éxtasis y se volvió a forjar de nuevo al calor del fuego que latía en su interior. Solo estaba ella, su sangre, su sabor. Sus gritos de pasión exigiendo más y más, y sus uñas desgarrándole la piel.

El monstruo, satisfecho, volvió a su lugar, pero el hombre ya estaba más allá de toda redención. No podía esperar albergar ni un ápice de cordura, no cuando ella estallaba entre sus brazos, enloquecida y febril, rendida y aun así rogándole que continuara. Incapaz de resistirse a sus demandas, aceleró el ritmo ya abrumador de sus embestidas mientras sus manos se saciaban con el tacto de la piel de Laura, y su lengua saboreaba su sangre y su sudor.

La liberación les llegó a ambos en un arrebato arrollador, aderezado con sus voces gimiendo sus nombres, agónicas y enronquecidas.

Fue solo un momento, un breve instante. Apenas unos segundos.

Pero, en ocasiones, unos segundos eran todo lo que se necesitaba para tirar abajo los cimientos que sostenían toda una vida.

La cordura fue regresando poco a poco, apartando con su luz las sombras que oscurecían el raciocinio de Roi. Y así como el placer había quebrado sus defensas hasta casi destruirlo, la acometida de su conciencia le hizo abrir los ojos de golpe e incorporarse para mirar a Laura, aun sabiendo que no había palabras en el mundo suficientes para expresar sus disculpas y que, según su experiencia, ella tampoco querría escucharlas ni pensaría que eran necesarias.

Pero cuando vio su rostro anegado en lágrimas y percibió la vibración de sus

sollozos, el pánico le atenazó la garganta, convirtiéndolo en una masa balbuceante de nervios e histeria mal contenida.

—¡Laura! —llamó, sin que ella diera muestras de reconocerlo o escucharlo siquiera—. Laura, ¿te he hecho daño? Que la Diosa me proteja, Laura, por favor, contesta.

—Lo siento —gimió ella. Alzó la vista hacia él y en sus ojos brilló un destello de reconocimiento y una lástima infinita, pero ni rastro de dolor. Sin embargo, Roi apenas puedo serenarse—. Dios mío, lo siento, Roi, lo siento tanto... —balbuceó antes de deshacerse de nuevo en lágrimas.

Aturdido como estaba por el pánico, por la preocupación y por los restos de un orgasmo que lo había sacudido hasta la médula, Roi se sentía incapaz de traducir sus palabras. ¿Ella lo sentía? ¿Ella? Era él quien debía sentirlo, una y mil veces. ¿A qué venía eso? ¿A qué venían sus lágrimas?

—Laura, no lo sientas —rogó, acariciando su rostro para limpiar esas lágrimas incontrolables—. Soy yo quien debe sentirlo. No debí... ¡Maldita sea! Perdóname, por favor, no volverá a ocurrir, yo...

—No lo entiendes —lo interrumpió ella con un gimoteo desgarrador—. No lo entiendes. El niño. Dios mío, el niño —tartamudeó antes de romper a llorar de nuevo, con unos sollozos que agitaban su cuerpo sin control.

—¿Qué niño? —Un oscuro presentimiento se abrió paso a través de él, enfriando sus nervios y apartando a codazos toda su culpabilidad—. Laura, ¿de qué niño me estás hablando?

—Ella estaba embarazada —respondió ella entre lloros tras unos segundos eternos—. No solo la mataron a ella, mataron al niño. Mataron a tu hijo.



## **Parte II**

### El último giro de la Rueda

Laura se aferraba a la taza que le había tendido Aidan como a una amarra en el medio de un temporal. Solo el aroma de la infusión ya la serenaba y calmaba ese frío helador que se había metido en sus huesos, en su sangre y en su piel y que le impedía pensar con claridad. Dio un sorbo tentativo y una cálida sensación de bienestar y tranquilidad se deslizó a través de su garganta, inundando al poco todo su cuerpo.

Un segundo más. Solo un segundo más permitiéndose ser débil, y después exigiría saber qué había pasado en realidad, por qué la habían alejado de Roi, dónde estaba y qué estaba ocurriendo.

Un segundo más.

O quizá un minuto.

Tomó un nuevo trago y el ritmo acelerado de su corazón se ralentizó un poco. Las imágenes inconexas que bombardeaban su mente fueron ordenándose, conformando un todo comprensible, desde el momento en que Aidan y Niall habían entrado en tromba en su habitación y el hada la había arrastrado fuera del cuarto mientras ella se deshacía en lágrimas, hasta el punto en el que estaba ahora mismo, con Aidan sentado frente a ella, observándola como si fuera el mecanismo de una bomba de relojería a punto de marcar un brillante cero en rojo sangre.

—¿Puedes contarme lo que ha pasado? —inquirió el druida con suavidad.

—Como no me lo cuentes tú... —replicó Laura con una voz tan débil que apenas pudo escucharse a sí misma. Bebió un poco más, carraspeó para intentar recuperar el uso de sus cuerdas vocales y se forzó a construir una frase coherente—. ¿Dónde está Roi? ¿Cómo está?

—Está bien —respondió Aidan—. Pero me preocupa más cómo...

—Quiero ir con él —interrumpió ella, haciendo ademán de incorporarse.

Aidan la sujetó del brazo y la obligó a sentarse de nuevo con una expresión autoritaria en el rostro que Laura jamás le había visto.

—No —dijo, sin añadir ni una palabra más.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer, Aidan —intentó razonar con su tono más altivo—. Quiero saber cómo está y quiero que me lleves con él. Ahora.

El druida no pareció en absoluto impresionado ni por su tono, ni por su exigencia.

—Primero quiero saber qué ha ocurrido y con todo detalle —contestó con severidad—. Después ya veremos. Por ahora Niall está con él y supongo que está todo lo bien que puede estar, dadas las circunstancias. Es todo lo que necesitas saber.

—Ni de lejos —protestó ella. Pero al ver la cara decidida de Aidan, que no dejaba ni el más mínimo resquicio para protestar o atacar sus defensas, decidió que perdería menos tiempo si respondía a sus preguntas que si intentaba convencerlo para cambiar de idea—. Está bien —suspiró—. ¿Qué quieres saber?

—¿Todo? —replicó el druida. Y por una vez, debía de estar demasiado preocupado como para hacer el chiste fácil acerca de la vida sexual de sus amigos. Se llevó los dedos al puente de la nariz en lo que parecía un gesto característico suyo para concentrarse, o quizá para calmarse, y dejó caer las manos enlazadas entre sus piernas—. Está bien, empecemos por el principio. Asumo que... —vaciló un instante, como si estuviera esperando a que las palabras se presentaran frente a él y pudiera seguir un guion que no había preparado—... que solucionasteis vuestras diferencias.

Laura inspiró hondo, dispuesta a contestar sin entrar a valorar, ni siquiera para sí misma, lo mucho que habían solucionado todas sus diferencias. Esa parte de la conversación había quedado pendiente y no pensaba discutirla con nadie más que con Roi.

—Sí, las solucionamos —dijo en tono brusco—. Me contó su historia, toda su historia —añadió, mirándolo con intención. Aidan alzó las cejas en un gesto de sorpresa, pero no hizo ningún comentario—. Me contó lo de Bríxida.

—Entiendo —aceptó él después de unos segundos en silencio, tal vez decidiendo hasta dónde podía llegar—. ¿Y qué pasó después?

Laura vaciló un instante. Lo que había sucedido a partir de ahí se componía de decenas de imágenes sueltas en su mente, enredadas en una maraña que tenía más de memoria emocional que de recuerdos lógicos. Solo tenía clara una cosa, Roi estaba en lo cierto: lo que había ocurrido entre ellos podía convertirse en una adicción. Miró la taza que todavía sostenía entre las manos y la llevó con calma hasta sus labios para beber un pequeño sorbo. Para distraerse, quizá, o para obligarse a poner en orden sus pensamientos.

—Laura, no necesito detalles —insistió Aidan, malinterpretando su silencio—. Quiero decir, yo...

—Hay cosas que no quieres saber de tus amigos, sí —lo interrumpió, felicitándose para sus adentros por haber conseguido, aunque solo fuera en parte, reconstruir sus defensas y recuperar el tono aséptico de su voz.

Aunque, en su interior, la preocupación por Roi apenas la dejaba respirar.

—Sí, exacto —musitó él, esbozando apenas la sombra de una sonrisa cansada—. Pero necesito..., es decir, no quiero que me cuentes... Entiendo que...

—Aidan —volvió a interrumpir—, si necesitaras detalles, no tendría problema en dártelos. No es eso. Es que es difícil poner en orden lo que ha pasado. —Se llevó la mano a la frente, incómoda—. Es confuso.

Él se echó hacia atrás en su asiento con una brusca inspiración. Cerró los ojos un instante y, cuando volvió a abrirlos, su mirada reflejaba una engañosa serenidad.

—A ver si puedo ayudar —sugirió—. Doy por hecho que..., bueno, que se alimentó de ti. Durante el sexo. —Cuando ella asintió, el druida imitó su gesto y continuó—: Pero algo pasó después, ¿no es así? No solo —vaciló de nuevo. Si seguía tartamudeando, no iban a terminar jamás, y Laura ya empezaba a impacientarse—... No solo la conexión que se produce con la sangre, ¿verdad? Hubo algo más.

—Vi algo —confirmó ella—. Como el otro día, algo parecido a una visión, o un recuerdo. Su mujer —suspiró—. Su mujer estaba embarazada cuando murió. —Si no hubiera sospechado ya que Aidan sabía más de lo que decía, su cara de póquer le habría dicho todo lo que necesitaba. La miró, inexpresivo, e hizo un gesto con la mano, como instándola a continuar. Pero ella no se dejó enredar—. Y tú lo sabías —acusó—. Lo sabías —insistió, airada, cuando él no contestó.

—Sí —reconoció por fin—. Pero eso no es la mitad de interesante que el que tú lo hayas sabido. ¿Te has planteado lo que está pasando, Laura?

—No sé de qué me hablas.

—¿En serio? —insistió él—. ¿No lo sabes? ¿No has intentado cuadrar todo esto en tus esquemas?

—¿Te parece que estaba como para cuadrar esquemas, Aidan? —replicó, irritada—. Apenas era capaz de pensar con coherencia. O de dejar de llorar —añadió, más indignada consigo misma que con la situación—. No tengo ni idea de qué está pasando.

Pero las palabras habían calado en su subconsciente, y acostumbrada como estaba a encajar datos en un todo, a darle un sentido coherente y lógico a la información que iba recogiendo, su cerebro ya estaba lanzado a tumba abierta, barajando posibilidades y descartándolas con la misma velocidad.

Y así habría seguido, perdida en su universo de datos hasta conseguir una respuesta que pudiera explicarlo todo, si Aidan no se hubiera puesto en pie de golpe, con una inquietud más que evidente.

—Espera aquí —ordenó, antes de salir por la puerta como si lo persiguieran todas las criaturas que se arracimaban fuera de las protecciones de la casa.

—Y un cuerno —masculló Laura entre dientes mientras se ponía en pie y se apresuraba tras el druida.

—¡Te he dicho que esperes! —gritó Aidan, sin volverse, con ella pisándole los talones escaleras arriba.

Las palabras más desperdiciadas de la historia de la humanidad: «Espera aquí», «No te muevas del coche», «No intervengas». ¿Acaso no veía la televisión, o qué? Nadie, jamás, obedecía a esas órdenes. Y mucho menos iba a hacerlo ella, que estaba convencida de que la inquietud de Aidan tenía todo que ver con Roi. Si algo le ocurría, no quería mantenerse al margen, dijera él lo que dijera.

—*Codladh*.

La voz de Niall llegó con claridad hasta el pasillo, reverberante, profunda. Laura llevaba el tiempo suficiente con los chicos como para aceptar —aunque no para entender— que ese tono, esas cadencias, contenían una orden imposible de desobedecer. Se trataba de uno de los trucos que el druida y el hada utilizaban de tanto en tanto, y saber que, hasta ese momento, ese «de tanto en tanto» significaba «siempre que el lío era demasiado gordo para manejarlo sin magia» hizo que sus pies se aceleraran hasta sobrepasar a Aidan en el estrecho pasillo. No le sorprendió

encontrarse a sus amigas frente a la puerta cerrada, con expresiones que iban desde la incomodidad a una cierta angustia. Pero no tenía tiempo de preocuparse por eso. Necesitaba ver a Roi y necesitaba verlo cuanto antes, o perdería la conexión con el finísimo hilo de cordura al que se aferraba desde hacía ya un buen rato. Desde su visión. Desde...

Se frenó en seco y recibió el impacto del cuerpo de Aidan en su espalda. Trastabilló, pero apenas fue consciente de ello. Su cerebro había encontrado la pieza que faltaba y todo su universo lógico y bien construido amenazaba con derrumbarse como las pilas de libros que se acumulaban en el salón esperando a ser leídos y desentrañados.

—No —susurró.

La puerta se abrió de golpe y en su umbral apareció Niall. Su cerebro registró el dato, pero estaba demasiado ocupado con la revelación que acababa de descifrar como para prestarle la más mínima atención.

—¿Qué coño es esto, *deartháir*? —inquirió el hada en tono brusco—. ¿Una puta manifestación? Largo.

—No pienso marcharme de aquí —se obstinó Diana—. No sin que me...

—O te largas o te largo, calabacita.

—*Sídhe*...

—Niall, por favor, estamos preocupadas y...

La cacofonía de voces se enredaba a su alrededor sin que su significado hiciera la más mínima mella en Laura. Las revelaciones la asaltaban, la golpeaban como látigos que quisieran derribar sus bien construidas defensas, y el universo que recreaba su mente era mucho más real para ella que todo lo que estaba ocurriendo frente a sus ojos, ciegos a todo lo que no fueran sus pensamientos.

—Dios mío —musitó cuando el último dato encontró por fin su lugar—. Dios mío —repitió en un susurro reverente.

Como en un sueño, como si el mundo real y tangible estuviera envuelto en brumas, fue consciente de que los murmullos se apagaban poco a poco. Percibió cómo todos los ojos se clavaban en ella. Presintió, más que vio, cómo la mano de Niall se posaba en su mejilla, en un gesto de cariño que parecía impropio de él.

—Por fin —murmuró el hada. Y una parte del aturdido cerebro de Laura comprendió el significado de esas palabras que habían sonado más a oración que a declaración. Y su cordura retrocedió en los senderos de su cerebro un poco más, un paso más, un golpe más—. *Anamchara*...

El apelativo con el que hada y druida se llamaban uno al otro resonó en el aplastante silencio que se había establecido en el pasillo. Laura parpadeó y se forzó a descender a la realidad, al cuadro estático que ahora mismo componían sus amigos frente a ella.

Aidan y Niall se comunicaban en silencio, con uno de esos cruces de miradas que decían más que infinitas palabras expresadas en voz alta. Marta se aferraba al brazo

del hada como si en el roce de su piel pudiera encontrar las respuestas a todas las preguntas que se dibujaban en su rostro, y Diana parecía sobrecogida por el poco habitual silencio.

Y, en la habitación, Roi emitió un grito prolongado, un lamento que desgarró las entrañas de Laura y sacó a los demás de su estado cercano a la catatonia.

—Tengo que ir con él —dijo, y se sorprendió al percatarse de que su voz había sonado con la firmeza habitual, en lugar de con el temblor que había esperado, dado su estado de ánimo—. Tengo que ir —repitió, mirando de forma alternativa al hada y al druida.

—No, Laura, no es... —empezó Aidan en tono razonable.

—Déjala, *fiordrhaoi* —lo interrumpió Niall—. Es el momento.

—Niall, has usado la Voz —refutó Aidan—. El hombre no puede calmar a la bestia y, cuando su hechizo pase, Roi estará fuera de combate duran...

—Es el momento —repitió Niall sin alterarse.

Una vez más, los dos hombres sostuvieron un debate eterno con sus miradas; serena la del hada, preocupada la del druida, mientras Laura esperaba el veredicto con absoluta serenidad. Dijeran lo que dijeran, decidieran lo que decidieran, nada la iba a mantener alejada de esa habitación, pero prefería esperar unos segundos hasta ver si podía contar con el apoyo de alguien más.

—Lo sabe —comprendió Aidan por fin.

—Lo sabe —asintió su amigo.

El druida todavía dudó unos instantes más hasta que, por fin, dejó escapar un profundo suspiro y se volvió hacia Laura.

—Entra —ordenó con voz firme—. Pero deja la puerta abierta. Si se abalanza sobre ti, te sacaremos antes de que...

—No se va a abalanzar sobre mí —lo contradijo ella con absoluta convicción, dirigiéndose ya hacia la puerta. Aidan se interpuso en su camino.

—Laura, no te...

—No lo va a hacer, *fiordrhaoi*, lo sabes —medió Niall.

—No lo sé —refutó, ofendido—. Solo tengo la esperanza, igual que tú.

—Y solo hay un modo de comprobarlo —replicó el hada. Tomó las manos de Laura entre las suyas y la miró con una expresión en la que se entremezclaban a partes iguales la esperanza y la determinación—. Puedes hacerlo. Puedes traerlo de vuelta.

Laura solo asintió antes de retirar las manos y volverse hacia la puerta. Colocó la mano sobre el pomo, respiró hondo y entró sin mirar atrás.

El rugido de la bestia la saludó en el mismo instante en el que traspasó el umbral, sin embargo, Laura no se arredró a pesar de la cacofonía de protestas que oía tras ella.

—¿Os habéis vuelto locos? Sacadla de ahí.

—Niall, esto...

—Tranquila, pajarito, sé lo que hago.

—Pero...

—La va a destrozar.

Laura hizo oídos sordos a todo lo que no fuera el hombre que caminaba alrededor de la habitación destrozando todo lo que se encontraba a su paso. Los ojos, todos los sentidos, le decían que esa bestia furiosa no era Roi —«Mi Roi», resonó en su mente —, pero, por una vez, decidió hacer caso a su corazón y no a su lógica. Dio un paso más, y el monstruo se volvió en su dirección con un gruñido aterrador.

Parecía más grande e imponente de lo que ya era, con el rostro contraído en una mueca de furia y los ojos convertidos en dos gotas de plata líquida que brillaban con la rabia más pura. Pero tras esos ojos lo vio a él. Vio al hombre y su dolor, y dio un paso más.

Solo una parte de su cerebro registró las advertencias de sus amigas, los gemidos de pánico, la respiración entrecortada de los chicos. El resto estaba concentrado en la figura que se alzaba sobre ella como la sombra del cadalso, como si no tuviera muy claro por dónde empezar a devorar a esa humana estúpida que se había interpuesto entre él y su furia destructora.

—Roi —musitó.

La bestia avanzó en su dirección con las garras apuntando hacia su cuello, pero ella no cedió. De las profundidades de su mente surgieron unas palabras largo tiempo olvidadas, y a punto estaba de pronunciarlas cuando las manos de la bestia se ciñeron en torno a su garganta.

Dolía. Dios, cómo dolía.

Pero se forzó a mantener los ojos fijos en él, en los de él, explorando esas profundidades argentinas en busca de un hilo de humanidad al que aferrarse.

Cayó de rodillas y percibió más que vio cómo sus amigos entraban en tromba en la habitación mientras el mundo a su alrededor se convertía en un tapiz negro, difuso, en el que brillaban miles de diminutos puntos de luz.

De pronto, sintió una corriente de energía atravesándola, débil, muy débil, pero suficiente para permitirle tomar un poco de aire, apenas un breve suspiro.

—¡Esperad! —oyó el grito de Aidan—. ¡Dilo! —añadió, y Laura supo que esa última increpación iba dirigida a ella.

—Vamos, cariño, dilo —la instó Niall con suavidad—. No podemos mantenerlo mucho más.

El cerebro de Laura, que trabajaba a medio gas por culpa de la falta de oxígeno y, sí, de contacto con la realidad y la lógica que siempre le habían servido de apoyo, tardó unas décimas de segundo en encontrar las palabras que habían acudido poco antes a su consciencia. Pero, aun así, llegó a tiempo.

Usó el poco aire que había conseguido reunir, y miró a Roi a los ojos.

—*Fear céile* —dejó escapar en un ronco susurro.

Durante un instante eterno, no pasó nada. Las manos del monstruo seguían aferradas a su cuello. En su mirada no había rastro de humanidad ni de cordura. Ni

rastro del hombre que había adorado su cuerpo hasta hacerlo vibrar, renacer. Y, por fin, el brillo de la maldad y la furia parpadeó en las profundidades de sus ojos hasta apagarse. La presa sobre su garganta aflojó, y el dorado volvió a apoderarse de la mirada de Roi. Tras la apariencia de la bestia, resurgió el hombre.

—*Bean chéile* —respondió antes de caer de rodillas frente a ella y estrecharla con ternura entre sus brazos.

—Está hecho —sentenció Niall.

Laura solo tuvo tiempo de maldecir el tono satisfecho de su voz apenas un segundo antes de desmayarse.



A través de los ojos de la bestia, Roi vio cómo unas manos rematadas por afiladas garras recogían el cuerpo de Laura con actitud reverencial. Vio su rostro, y supo que el monstruo en su interior no podía apartar los ojos de él, como no podía haberlos apartado el propio Roi. Vio cómo, con infinito cuidado y delicadeza, la tendía en la cama antes de acurrucarse junto a ella como un animal herido, como habría hecho él mismo.

No tenía el control de su cuerpo, el dominio sobre el monstruo, pero, por primera vez desde que la pesadilla había comenzado, no le importaba lo más mínimo, porque bestia y hombre estaban en perfecta sintonía y ambos habrían tomado las mismas decisiones.

Escuchó las protestas de Diana y de Marta, las suaves réplicas de sus amigos, pero no le importaron. Estaba ahí, tumbado, junto a ella, y el resto del universo podía esperar. Hasta que cayeran los muros entre los mundos o llegara el fin y, con él, el nuevo comienzo. Lo que fuera que ocurriera antes.

No habría podido retomar el control aunque quisiera, de todos modos. Niall lo había calmado a conciencia, y tardaría mucho en poder encadenar a la bestia de nuevo. Pero no importaba. No importaba porque parecía tan fascinado por Laura como lo estaba él mismo.

«Laura».

El sentimiento era el correcto; la emoción, la que cabría esperar, pero el nombre no. No, ese no era el nombre. Inquieto, recorrió los senderos de su memoria, buscando, desesperándose. Y ahí estaba. Brillante y sereno, tal como había sido siempre.

Sorcha.

Había recuperado a su Sorcha.

A pesar de la calma inducida por la magia, se sentía inquieto. Tenía preguntas, miles de preguntas que necesitaban ser respondidas, pero sabía que aún tendría que esperar para plantearlas. Así que se limitó a disfrutar de las caricias que su monstruo le prodigaba a la mujer entre sus brazos, y a intentar extraer alguna explicación de las atolondradas frases de sus amigos.

—¿Veis? —estaba diciendo el hada con su habitual tono burlón—. No se la ha comido ni tiene pinta de ir a hacerlo.

—Al menos, no de manera literal —replicó O’Cleary con evidente sorna cuando la bestia se inclinó sobre el cuello de la chica para olisquearlo y cubrirlo de besos mucho más delicados de lo que cabría esperar en una criatura así.

Roi aprobó su comportamiento sin reservas.

—Es mejor que vayamos a...

—No —intervino Diana—. No me voy a ninguna parte hasta que Laura despierte y Roi... —Hubo una breve pausa y Roi imaginó a la perfección a la expresiva mujer del druida gesticulando como un molino lleno hasta las aspas de cafeína pura—. Bueno, vuelva a ser Roi o... Lo que sea.

—Niall, necesitamos respuestas —medió Marta con su dulzura habitual—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué Roi no despierta? ¿Y Laura? ¿Qué le pasa a Laura? ¿Qué...?

—Tranquila, pajarito. —La voz de Niall sonaba alegre, pero los oídos de Roi estaban mucho mejor afinados y pudo percibir la nota de preocupación que se escondía tras sus palabras—. Si te alteras, tu fuego se altera. Keegan se altera.

—¿Keegan? —gimió O’Cleary—. Qué apropiado.

—Significa «pequeño de ojos de fuego» —aportó Marta, sin duda a modo de explicación para Diana—. Es niño.

—Estupendo. Vamos a morir todos —lloriqueó el druida.

—Me encanta el nombre —replicó Diana—. Pero quiero respuestas —añadió en tono de disculpa.

—Roi se va a despertar cuando llegue el momento. Laura también. Ha pasado lo que tenía que pasar —simplificó Niall.

—Perfecto —gruñó Diana—. Pero no llega. O’Cleary, necesito...

El hondo suspiro del druida arrancó una sonrisa a Roi, aunque no supo si llegó a los labios de la bestia.

—Es difícil de explicar, pero...

—Pero Laura es la mujer de Roi —lo frenó Niall, directo a lo importante, como de costumbre.

Aunque el propio Roi había llegado a esa conclusión, aunque esa era una de las preguntas que no necesitaba respuesta, oírlo así, en voz alta, en el tono crudo e impaciente de Niall, avivó las llamas de la inquietud en su interior. El monstruo dejó escapar también un gruñido nervioso y se acurrucó más aún contra el cuerpo de Laura. SORCHA. Ambas.

—Vale, muy bien —masculló Diana—. Porque tú lo digas. Esto es el siglo XXI, hada. Porque una mujer duerma con...

—No lo entiendes, *a’chuisle* —la interrumpió O’Cleary—. No se trata de que sean pareja, o lo que sea que hayas entendido. Se trata de que Laura es SORCHA, la esposa de Roi. Es la fuerza vital, el espíritu de SORCHA el que vive en su interior, el que la alienta.

—Entonces, lo que se dijeron antes... —dudó la meiga.

—Esposo y esposa —tradujo Aidan—. Los recuerdos debieron de traer esas palabras a la mente de Laura. Y de forma muy oportuna, visto el resultado.

—Pero no puede ser —protestó Marta—. Laura es Laura. No...

—Laura es Laura y es SORCHA, pajarito. Oculta, como lo está todo en este maldito pueblo, pero es así desde siempre —intentó razonar Niall.

Y esa Laura, esa SORCHA, se removió inquieta entre sus brazos. Roi quiso

retenerla, hacer que siguiera durmiendo, que siguiera ajena a todo, que tardara un poco más, solo un poco más en enfrentarse a la realidad, en analizarla a la luz de su lógica implacable y llegar a un veredicto que pudiera apartarla de él. Pero el monstruo no razonaba, no sabía lo que el hombre sabía, no temía lo que el hombre temía, y la dejó incorporarse un poco junto a él.

—Y vosotros lo sabíais —acusó.

La bestia abrió los ojos, quizá alentado por el tono agresivo de Laura, y miró al grupo con lo que Roi sintió en su interior como muy malas intenciones. Pero él sabía que no atacaría. No lo haría porque su mujer no parecía indignada, sino curiosa. No parecía ofendida por la mentira, solo necesitada de confirmación. Así que Roi dejó de luchar y aguardó, analizando con más diversión que enfado las caras de póquer de sus amigos.

—Lo sabíais —repitió Laura. Su mano se deslizó en una caricia distraída a través del brazo de Roi y este sintió deseos de ronronear.

—No todo —replicó Niall con indiferencia al cabo de unos segundos—. Y antes de que te pongas a insultarme —añadió al ver cómo Laura inspiraba con fuerza—, no lo sé desde siempre. Empecé a sospecharlo hace unas semanas.

—¿Aidan? —intervino Diana en tono exigente—. ¿Tú?

—Niall me lo dijo —reconoció el druida a regañadientes—. Pero no estuve seguro hasta que tuvo el primer recuerdo.

—Qué bonito —ironizó su mujer—. ¿Y no podías habérmelo contado? Esto es cosa tuya. Manipulando a todo el mundo, como siempre —añadió en dirección a Niall, que recibió el exabrupto con su habitual indiferencia. Se limitó a tomar asiento en el suelo, contra la pared, y atraer a la meiga hasta sus brazos. Ella se dejó llevar y suspiró, como si se preparara para el inevitable combate verbal.

—Diana.

—No, Aidan —protestó la chica—. Estoy harta de tantos secretos. Estoy harta de que ese imbécil nos oculte información. ¡Estoy harta de que lo sepa todo y no diga nada!

—Soy el maldito *Díonach*. El Guardián de las profecías de mi pueblo —masculló Niall—. Claro que lo sé todo. Y como lo sé todo, calabacita —añadió, apañándose las para que el apodo, que en su origen había sido cariñoso, sonara como el peor de los insultos—, también sé que no se pueden tomar decisiones precipitadas.

—Tú siempre tomas decisiones precipitadas, *anamchara* —sonrió O’Cleary—. Son tu sello personal.

El hada se encogió de hombros.

—Es posible —reconoció—, pero ya tomamos una decisión precipitada sobre esto una vez. Y no salió bien, ¿recuerdas?

—Bríxida —dedujo Laura—. Pensaste que Bríxida era Sorcha —murmuró en lo que parecía una explicación dirigida tan solo a sí misma.

—Sí —aceptó Niall—. Pero la auténtica Sorcha cautivaría a la bestia. No por su

sangre, sino por ella. Como la tienes cautivada tú ahora —apostilló con un gesto burlón en dirección al abrazo posesivo de Roi.

Laura permaneció en un silencio reflexivo durante unos segundos. Para sorpresa de Roi, el grupo respetó esos momentos de análisis y, por una vez, no interrumpió con insultos, acusaciones o exigencias de información más o menos furiosas.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó por fin—. Llevo toda mi vida siendo la persona que soy, comportándome como... como yo. Y ahora mismo —dejó escapar un jadeo casi imperceptible, y la bestia reaccionó hundiendo el rostro en sus cabellos y acariciándola con los labios y la nariz—... ahora mismo me siento... desbordada. —La última palabra pareció huir de sus labios como si le diera miedo ser pronunciada. Laura se estremeció y pareció forzarse a continuar—. Necesito pensar. Yo soy yo. Yo siempre he sido...

—Pero los dos sabemos que eso no es cierto, cariño —la interrumpió Niall—. ¿Verdad? —insistió al ver que no respondía.

—No sé de qué me hablas —replicó Laura con un leve tinte de desesperación en su voz.

—¿No lo sabes?

—No, no lo sé —se exaltó Laura—. Y no sé por qué ahora. Hace meses que lo conozco.

—El sexo —aclaró el druida—. El sexo —repitió al ver que las chicas lo miraban con incompreensión, tras enviarle una mirada de muy necesaria advertencia a Niall, que ya estaba dejando escapar su irritante risita traviesa—, la atracción sexual y su conclusión activaron los recuerdos. La sangre los fortaleció y el compartirla con él los atrajo a la superficie.

Laura inspiró hondo y se escabulló del abrazo que la mantenía anclada a la cama para tomar asiento. Roi —el ser monstruoso que habitaba en él— no tardó en imitarla, acomodándola contra su cuerpo en un gesto de silencioso apoyo.

—Por eso me incitaste a acostarme con él —razonó, irritada—. Por eso apoyaste mis planes. Por eso me manipulaste —hizo una breve pausa para reconstruir la frase—, nos manipulaste para que todo encajara en tu maldita agenda.

El hada se encogió de hombros ante la evidente furia de la chica. Pero Roi no estaba furioso y, al parecer, el ser que había nacido de su maldición tampoco. Por una vez, las manipulaciones del hada habían obrado a su favor, y no iba a perder ni un mísero segundo en lamentarse por ello.

—Hice lo que tenía que hacer —repuso Niall con serenidad—. Y sigo pensando que tenía sentido, fueras tú Sorcha o no. Era lo que había que hacer y ya está hecho. Y no me lo echas en cara, porque los dos sabemos que te lo has pasado genial —añadió con un guiño.

—Muy gracioso —ironizó Laura.

—¡No tiene ninguna gracia! —se exaltó Diana—. Ya tenemos bastantes problemas como para que, encima, el puto bebé psicótico se dedique a hacer de

alcahueta.

—Me encanta hacer de alcahueta —canturreó el hada.

—Cierto, le encanta hacer de alcahueta —sonrió Marta, acariciando la mejilla de su pareja en un gesto cargado de ternura—. Eres muy malo.

—Yo diría que esta vez he sido muy bueno —replicó Niall antes de volver a fijar su atención en Laura—. Ahora ya has liberado todos los recuerdos. No deberías intentar reprimir lo que falta —dijo en tono severo.

—No la presiones, *sídhe* —intervino Aidan, irritado—. Los recuerdos llegarán.

—No se trata de que lleguen cuando a la señorita le parezca bien, *fiordrhaoi*, y lo sabes. Tenemos que hacer ya el maldito ritual. Ya —insistió con firmeza al ver que el druida parecía dudar.

—¿Ya? —inquirió la meiga, removiéndose inquieta en brazos de Niall—. No estamos preparados.

—Estamos lo bastante preparados —refutó el hada—. Y, mientras, tú puedes pensar —añadió con sarcasmo en dirección a Laura.

Y, sin molestarse en añadir nada más, se puso en pie, como si ahora que había tomado la decisión, como de costumbre sin tener en cuenta la opinión de nadie más, ya no pudiera esperar para ejecutarla.

Las criaturas mágicas del grupo habían trasladado la discusión al piso inferior, pero Laura no tenía ninguna intención de seguirlos. No había nada constructivo que pudiera aportar a ese debate y necesitaba de un tiempo muerto para volver a colocar el mundo sobre su eje, aunque mucho se temía que nada volvería a ser igual después de todo lo que había descubierto. Ni siquiera era capaz de pensar por dónde empezar a analizar la información, aunque la parte de su mente que todavía conservaba la lógica y el raciocinio le decía que ahora sus esquemas encajarían muchísimo mejor en el conjunto total.

Dejó escapar una risa entre dientes que, incluso a sus propios oídos, sonó a desesperación. Teñida con una pizca de locura. Y decorada con un tanto de histerismo. Habían hablado de recuerdos, pero ella apenas había recordado su vida anterior. Guardaba imágenes en su cerebro, sí, imágenes que hasta ese momento no habían estado ahí, que horas antes habría dicho que no le pertenecían, pero que, en ese instante, sabía que eran tan suyas como las que atesoraba de su primer beso, del día de su graduación... O de la primera noche con Roi.

Aunque ahora tenía dos primeras noches con Roi y esa esquizofrenia la estaba matando.

Si al menos lo tuviera a él para ayudarla... Roi siempre encontraba el modo de serenarla, de llevarla al lugar en que debía estar y empujarla a partir de ahí. Y tampoco quería considerar qué significaba eso, y no lo haría hasta que el efecto de la orden mágica se disolviera por completo y pudiera tenerlo frente a frente y hablarlo con él. Y eso no sucedería hasta que despertara de una maldita vez.

Al poco de marcharse los demás, había vuelto a quedarse dormido, abrazado a su cintura, y no había movido ni un solo músculo desde entonces, salvo para gruñir y aferrarse a ella cada vez que intentaba levantarse y hacer algo productivo. Una parte de sí misma estaba irritada por la inactividad, pero otra, mucho más insistente, no dejaba de repetirle que, en realidad, no había ningún otro sitio en el que quisiera estar, nada más que hacer que acurrucarse entre sus brazos y, para su propia sorpresa, fue a esa última a la que terminó atendiendo. Porque, ¿qué más podía hacer?

Siguió los dictados de esa voz irracional y debió quedarse dormida en algún momento, algo de por sí sorprendente, dada la actividad que debía haber desarrollado su cerebro con toda la información nueva que necesitaba ser clasificada y catalogada. Los brazos de Roi seguían rodeándola y supo, por el ritmo de su respiración, que seguía dormido.

Dejó escapar un profundo suspiro. Había perdido quién sabía cuánto tiempo, y no había avanzado nada. Con todo el trabajo que había por hacer. Con todo lo que necesitaba.

—Estás despierta —dijo Diana a modo de saludo mientras se adentraba en la habitación.

—Sí —respondió de forma innecesaria—. Roi sigue durmiendo —añadió, porque empezaba a preocuparse y quería que alguien más le confirmara que era normal ese sueño pesado y larguísimo.

—Niall dice que va a tardar en despertar. Al parecer, no pueden usar la Voz otra vez para espabilarlo. —Su amiga se encogió de hombros con una actitud que parecía más de disculpa que de indiferencia—. Es algo que tiene que ver con su maldición y su doble naturaleza o... o yo qué sé. Chorradas mágicas —concluyó.

Tomó asiento frente a ella y la estudió durante unos instantes.

—Menuda locura, ¿eh? —Como Laura no consideró que esa pregunta precisara en realidad de una respuesta, se limitó a esperar. Diana no necesitaba de un interlocutor para seguir hablando hasta el agotamiento—. Eres... —vaciló, gesticulando, como si lo que iba a decir fuera demasiado extraño como para abandonar sus labios sin más.

—Su mujer, sí —ayudó, porque quizá decirlo en voz alta lo haría más lógico y más real.

—Su mujer —repitió Diana—. ¿Y cómo te sientes con eso? —preguntó al cabo de unos instantes.

Laura le agradeció el gesto. Desde que había empezado toda esa locura, su amiga había sido la única que se había molestado en saber cómo se sentía ella, qué pasaba por su cabeza. A nadie más se le había ocurrido que no todo giraba en torno a Roi y su maldición. Y no podía culparlos por ello, pero todos parecían olvidar que había una actriz más en ese vodevil y que estaba a punto de perder la razón. O de darse a la bebida.

Eso último no sonaba mal de todo.

—Como si necesitara beberme hasta la última gota de *licor café* de las reservas de Marta —reconoció.

Diana dejó escapar una carcajada ronca que más sonó a alivio que a diversión.

—Le hemos pegado un buen meneo a esas reservas estos meses. —Sonrió, poniéndose en pie—. Pero sé que Roi guarda una botella escondida en algún sitio.

—Está en la segunda puerta del armario, abajo, a la derecha —comentó Laura, ganándose una sonrisa maliciosa de su amiga—. He pasado bastante tiempo aquí estos días —añadió con otra sonrisa idéntica.

Con infinito cuidado fue deslizándose entre los brazos de Roi, muy despacio, escabulléndose poco a poco. Y, por fin, consiguió sentarse en la cama para aceptar el chupito que Diana le tendía, aunque el hombre no tardó en acurrucarse de nuevo contra ella, pasando un brazo alrededor de su cintura. Su amiga contempló toda la maniobra con expresión irónica.

—Algo me dice que tu marido va a ser de los posesivos —comentó, risueña.

—¿Dónde están los demás? —preguntó, esquivando todas las posibles

consecuencias y conclusiones de ese simple comentario.

Diana hizo un gesto vago con la mano antes de apurar el licor de un trago.

—Preparando el ritual para esta noche —respondió por fin—. Y me he largado porque si me quedaba un solo minuto más, me iba a morir de preocupación y Aidan terminaría por encerrarme en una habitación sellada con magia. Otra vez.

—¿Roi estará despierto para esta noche? —preguntó Laura, intentando un tono indiferente y fracasando de forma estrepitosa.

—No lo sé —contestó Diana—. Pero da igual, porque han decidido que solo la tríada de seres mágicos va a participar. Los humanos nos quedamos calladitos y tranquilos dentro de la casa —añadió en un gruñido malhumorado—. Dicen que es porque no hay necesidad, que no es peligroso, pero conozco a Aidan lo suficiente como para saber que es justo lo contrario.

—Genial —suspiró ella—. Y Roi fuera de juego.

Diana miró su vaso, miró de nuevo hacia Laura e inspiró hondo.

—En serio, Laura, ¿estás bien? —preguntó con mal disimulada preocupación—. Te ha caído de todo encima.

—No lo sé —reconoció tras unos segundos debatiéndose entre decir la verdad o mentir con absoluto descaro para que la dejara tranquila—. No tengo ni idea —suspiró—. Tengo mucho en lo que pensar y... y yo no... No lo sé, Diana.

Su amiga la miró con compasión y, por primera vez en la historia de su amistad, con auténtica comprensión. Extendió un brazo, tomó la mano de Laura en la suya y le dedicó un apretón que, supuso, pretendía trasmitirle ánimos.

—Bueno —decidió por fin—. Ya lo pensarás. Dentro de un rato. O mañana, cuando haya acabado toda la tontería esta del ritual y ya nos hayamos quitado algo de encima.

Laura quiso responderle que ella no era así, que necesitaba tenerlo todo medido, meditado, bajo control. Que no se conseguía nada postergando lo inevitable, que siempre resolvía los problemas cuando se presentaban, porque era el modo correcto de hacerlo. Pero antes de que pudiera construir ese pensamiento con palabras y expresarlo en voz alta, se percató de que ya no lo creía como antes. Que, en realidad, no necesitaba pensarlo en ese momento, que toda la absurda situación seguiría esperándola al día siguiente, o al siguiente, o hasta que ella se sintiera con fuerzas para enfrentarse con ella Y, para su sorpresa, no le importaba lo más mínimo.

«Deja de pensar».

Las palabras de Roi resonaron risueñas en su mente y, por una vez, Laura obedeció sin cuestionamientos.

—Tienes razón —reconoció.

La cara de sorpresa de Diana le dijo que lo último que había esperado era esa sumisa aceptación. Con toda seguridad, ya había empezado a preparar argumentos para rebatirla, para obligarla a tomarse un respiro, esperando que ella se opusiera con decisión, como solía hacer. Pero la estupefacción duró tan solo un instante: tras



apenas un segundo, dio paso a una sonrisa maliciosa que podía competir en intensidad con cualquiera de las de Niall.

—¿Sabes? —empezó, arrastrando las palabras como si quisiera prolongar la satisfacción del momento—. No hay nada mejor para no pensar en un tema que centrarse en otro más divertido. Uno que exija atención, a ser posible. Así que, dime, ¿qué tal es en la cama? —preguntó, señalando a Roi con la cabeza.

—Único —respondió al instante—. Increíble. Alucinante.

—¡Lo sabía! —exclamó Diana, dándose una palmada en los muslos—. Tanto perfeccionismo... —añadió con auténtica picardía.

—Ni te lo imaginas —murmuró Laura, más que dispuesta a seguirle el juego mientras los recuerdos la asaltaban como una marea de imágenes que amenazaban con ahogarla en su propia lujuria—. Le da un nuevo significado al adjetivo «meticuloso».

—¡Oh! —chilló—. Oh, oh, oh. ¡No puedes dejarme así! ¡Detalles! ¡Quiero detalles! —exigió—. ¡Necesito todos los detalles y no te dejes nada en el tintero!

—Pues, verás... —Extendió la mano y se sirvió un nuevo chupito. Ni Diana ni ella eran la viva representación del pudor, pero sabía por experiencia que ese tipo de conversaciones fluían mucho mejor, y eran mucho más divertidas, cuando estaban un poco achispadas—. La primera vez duró... ¿horas?, ¿días?, ¿semanas? No sé, una eternidad.

—Bien por ti, cielo —musitó Diana, alzando su vaso en un brindis dirigido al hombre que dormía de manera apacible tras ellas, con un gesto de fingida reverencia.

—Fue impresionante. —Laura se abanicó con ambas manos, en un gesto que siempre había considerado metafórico, pero que en esa ocasión casi era una necesidad. Los recuerdos la ahogaban, sí, pero en agua caliente—. Dijo que iba a adorar cada centímetro de mi cuerpo, y vaya si lo hizo —explicó. Y apuró el licor de un trago en un fútil intento de bajar la temperatura de ese cuerpo.

—¿Incluidas todas las partes interesantes?

—Y alguna que ni siquiera sabía que lo era, sí —apostilló.

—Vaya —susurró Diana, y en esa ocasión sí parecía haber auténtica reverencia en su tono de voz—. Me lo esperaba —dijo al cabo de un rato en el que ambas se perdieron en sus elucubraciones—. La verdad es que me lo esperaba. Siempre parece tan contenido, tan formal... Pero hay algo. Algo ahí, bajo la superficie. Como si no estuviera civilizado del todo e intentara disimularlo con sus modales.

—Lo hay. Hay una auténtica fiera —suspiró Laura—. Y no estoy hablando de su maldición. Es tan...

—¡No lo digas! —resonó la voz de Aidan desde el pasillo—. No quiero saberlo. No necesito saberlo.

—Pues no escuches a escondidas, O'Cleary —masculló Diana. Los tres seres mágicos del grupo se adentraron en la habitación con distintas actitudes: desde la falsamente agobiada de Aidan hasta la cargada de sorna de Niall, pasando por el

fingido reproche de Marta.

—No dejes que te engañen —dijo esta última en un tono ofendido que no conseguía ocultar la auténtica diversión que le provocaba todo el tema—. Lo de escuchar a escondidas no solo lo hacen con vosotras, ¿verdad? —añadió con una mueca de censura hacia Niall.

Por supuesto, su compañero ni se inmutó.

—Teníamos que asegurarnos de que Laura estaba bien —se justificó.

—Exacto —aprobó Aidan—. No sabíamos si iba a despertar a la bestia.

—Ya. ¿Y cuánto tiempo os llevó aseguráros? —intervino Laura.

—Oh, bueno, el suficiente —sonrió Niall—. Y no te engañes. La rabia es una emoción estupenda para el sexo —replicó hacia Laura, que se limitó a poner los ojos en blanco. El falso pudor nunca había sido lo suyo. Marta chascó la lengua y Diana volvió a abrir los ojos en una expresión que pedía a gritos más detalles, olvidando sentirse indignada por la falta de respeto a la intimidad de sus amigos—. Lo que no sabía era que él podía usarla tan bien —añadió, mirando al druida.

Aidan correspondió a su malévola expresión de picardía, pero casi al instante apagó la sonrisa e intentó componer un gesto de seriedad.

—Bueno, vamos a dejar el tema —sugirió—. Ya tenemos todo listo para el ritual —añadió antes de que nadie pudiera replicar y llevar la conversación por unos derroteros que no los iban a conducir a nada bueno.

Por un momento, pareció que el grupo iba a mantener su habitual actitud irresponsable y continuar con las chanzas, pero al final se impuso la cordura. O quizá tan solo la necesidad de cerrar temas de una vez.

—¿Saldréis esta noche? —preguntó Diana—. ¿O vais a esperar a que Roi despierte?

—No podemos esperar y no lo necesitamos —respondió Aidan—. Es un ritual sencillo, no esperamos problemas.

—Ya lo has dicho —suspiró su compañera—. Estamos perdidos.

Desde ese momento, Laura pudo comprobar de primera mano las teorías de Einstein, porque por mucho que los relojes anduvieran al mismo ritmo de siempre, por mucho que la Tierra girara a la misma velocidad de costumbre sobre su eje, por mucho que un minuto siguiera conteniendo sesenta precisos segundos, el tiempo pareció ralentizarse en ocasiones y acelerarse hasta la locura al instante siguiente. Todo dependía del maldito punto de referencia: si le daban algo que hacer, los minutos volaban; si le pedían que esperara, parecían acumularse, amontonarse unos sobre otros y no avanzar jamás.

Fueron las horas más largas y a la vez más breves de toda su vida.

Y por fin cayó la noche y, con ella, llegó lo que los nacidos al Otro Lado, con esa forma tan suya de ser precisos e imprecisos a un tiempo, llamaban la Hora Indeterminada.

Mientras los seres mágicos de la casa salían al jardín, Laura se debatía entre

contemplar el ritual y asegurarse de que Diana no hacía ninguna locura —a pesar de las severas advertencias de Aidan, que, estaba segura, contenían algún tipo de conjuro — o quedarse velando a Roi hasta que todo hubiera terminado o hasta que se despertara, si eso ocurría antes.

A pesar de las demandas de cada célula de su cuerpo, que le exigían que no se apartara de él, se obligó a ser razonable. Roi no corría peligro alguno, y ella estaría mucho más tranquila si pudiera ser testigo de lo que ocurría en el jardín. Y Diana la necesitaba mucho más de lo que podía necesitarla un hombre dormido.

Así que la acompañó al salón y se situó junto a ella, frente a los ventanales, con una extraña sensación de ansiedad, de catástrofe inminente anidando en su pecho.

—No me gusta —masculló Diana.

Y a pesar de que ella pensaba lo mismo, se forzó a serenarla.

—Aidan ha dicho que, y cito, «es pan comido» —comentó, intentando imprimir a su voz un tono de indiferencia.

—Y siempre que Aidan dice que algo es pan comido, alguien termina en una cama, al borde de la muerte —refutó su amiga.

Laura se encogió de hombros y apartó un poco más las cortinas para tener mejor vista, aunque no era en absoluto necesario.

—No puedes pensar eso. Como diría Niall, las palabras tienen poder. Llama a la desgracia y... —Dejó la frase colgando en el aire, como un mal presagio, esperando que Diana rellenara los huecos.

Pero lo que hizo fue volverse a la velocidad de la luz para dedicarle una mirada incrédula.

—¡Pero cómo has cambiado! —exclamó—. ¿Ahora citas a Niall? ¿Algo que no es lógico y científico? —Laura cambió el peso de un pie a otro, incómoda. Sí, eso era lo que había hecho, pero, de algún modo, ahora tenía mucho más sentido que... que horas antes—. Dioses, sí que debió de ser la leche el polvo.

—Ni te lo imaginas —murmuró—. Mira, ya están ahí —señaló, agradeciendo en silencio la oportunidad que se le brindaba para cambiar de tema.

El trío caminaba despacio por el jardín envuelto en el manto nocturno. A su alrededor, las criaturas oscuras que asediaban el pazo se removieron inquietas, y el aire se pobló con sus gemidos, gruñidos y lamentos. La luna llena derramaba su luz sobre el místico escenario, proyectando ominosas sombras sobre la escena que componían sus amigos, y hacía relucir el immaculado vestido blanco de Marta y la ajada camiseta de su compañero. Junto a ellos, Aidan parecía esculpido en pura oscuridad: piel morena, pelo negro, ropas negras. Y, sin saber por qué, esa imagen más que familiar del druida avivó el fuego de la inquietud en su interior.

Formaron un diminuto círculo en la inmensa extensión del jardín y, al poco, el druida comenzó a entonar su cántico. Las notas de su canción se superpusieron a las voces de las criaturas, bailaron entre las sombras de la noche y parecieron extenderse como un manto de luz sobre los tres.

Había poder en ese canto, un poder infinito, incomprensible, inabarcable.

Laura no tenía ni idea de dónde había salido esa idea, pero sentía hasta en los huesos que era verdad, que nunca había sentido una magia como esa, que el druida jamás había usado tanto de sí mismo. O de su compañera, comprobó al ver que Diana jadeaba junto a ella y se apoyaba en el alféizar como si sus piernas a duras penas pudieran sostenerla.

Las notas de la canción druídica aumentaron en intensidad. Se elevaron, se hicieron más vivas, más potentes y, por fin, terminaron en una última frase aguda, breve y al mismo tiempo infinita, que sacudió hasta el más recóndito recoveco de su cuerpo.

Y todo estalló frente a ella.

Durante unos segundos, el día poseyó a la noche. Una luz que surgía de ninguna parte y de todas a la vez estalló en el centro mismo del jardín y se apresuró hacia el bosque, como la nube de una explosión nuclear. Laura pudo ver cómo las protecciones de la Diosa se convertían en brillantes cortinas de luz dorada, para estallar a continuación y seguir el camino del resplandor que el druida había conjurado. Como un millón de luciérnagas enloquecidas, se extendieron hasta donde alcanzaba la vista y cayeron después sobre la hierba húmeda y las ramas de los árboles, parpadeando de forma tenue.

Cuando el resplandor se apagó, no había ni un solo ser en todo el claro. Estaban solo sus amigos y los restos de la magia que brillaban como diminutos diamantes a su alrededor.

Marta y Niall se abrazaron sonrientes y se volvieron hacia la ventana para saludarlas. Todo parecía haber salido a la perfección y, sin embargo...

—Algo va mal —dijo, porque fue incapaz de mantener las palabras a buen recaudo en su interior.

—No. Algo va muy mal —dijo Diana con un gemido, antes de caer al suelo, abrazándose a sí misma.

Paz. Desde hacía horas, desde las revelaciones, desde lo que parecía una eternidad pero suponía un suspiro en su larga existencia. Tranquilidad, serenidad, calma. Por fin, después de tantos años, de tantos siglos, Roi se sentía en paz.

Sabía que la Voz lo había adormecido, obligado a mantenerse relajado, pero no se trataba solo de eso. Era algo mucho más profundo, algo mucho más sorprendente. Era la bestia. Su bestia. Por primera vez desde su maldición, dormía serena, acunada por el ritmo constante de su respiración, sin debatirse, sin intentar librarse de las cadenas de su voluntad. No la controlaba, pero tampoco era necesario, porque no pretendía escapar, ni hacerse con el dominio de su cuerpo.

No se había sentido tan relajado desde hacía cien vidas humanas.

—Roi.

Una voz femenina resonó preocupada en sus oídos, alterando esos momentos impagables de quietud. Pero estaba demasiado relajado como para prestarle atención.

—Roi —volvió a llamar.

El sonido de esa voz alteró el lago de serenidad en el que estaba sumergido su cuerpo, creó olas concéntricas en su superficie que arrastraron hasta el centro de su conciencia una leve espuma de temor. Conocía esa voz. ¿De quién era esa voz? Sumergido como estaba en ese remanso, apenas podía encontrar un motivo para tratar de recordarlo.

—*Fear céile* —rogó la voz.

«Sorcha».

«¡Laura!».

El pánico que se percibía en ese ruego lo arrancó de golpe de su momento de relajación. Su cerebro envió las órdenes correctas a los músculos correctos sin que él tuviera tiempo de procesarlo, y se encontró sentado en la cama, en actitud defensiva y alerta, mirando a su alrededor para intentar discernir de dónde provenía el peligro que prestaba el tono del miedo a la voz de su mujer.

Y las lágrimas a sus ojos, comprobó aterrorizado cuando por fin pudo fijar la vista en ella.

—Laura, ¿qué pasa? —exigió saber, preocupado hasta la locura.

—El ritual, Roi. Algo va mal. Diana... Hay... Aidan —balbuceó, incoherente—. No sé qué hacer. No sé —exclamó antes de que su voz se quebrara en un sollozo acongojado.

Largos años de luchas y problemas imprevistos pusieron sus músculos en marcha al instante, aunque una parte de sí mismo desfallecía por volver a esa cama y dedicar su tiempo a serenar a Laura, a conseguir que volviera a ser ella misma, tranquila, controlada, tan en paz como él se había sentido minutos antes.

Pero obedeció los dictados de toda una vida en lugar de a ese instinto de protección largo tiempo adormecido y se levantó de la cama de un salto, convirtiéndose en un apresurado torbellino de actividad.

Poco después salía corriendo escaleras abajo, vestido solo con unos pantalones y una gruesa capa de temor, arrastrando a Laura junto a él. Se adentró en el salón para descubrir a Diana inconsciente en el suelo, acurrucada sobre sí misma y con el rostro contraído en una expresión de agonía. Se arrodilló junto a ella y comprobó el pulso, flotando en una nube de irrealidad. Firme. Gracias a la Diosa, la sangre latía con fuerza en sus venas. Se puso en pie y miró a través del ventanal, dispuesto a enfrentar el siguiente problema inmediato.

Y la maldición que escapó de sus labios fue tan ácida que incluso arrancó un jadeo de la inalterable Laura.

—Voy a ayudar. Tú quédate aquí —dijo mientras abría la ventana—. Cuida de Diana. Está bien. O se pondrá bien cuando esto acabe —se corrigió.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Qué son esos seres?

—*Mouros* —gruñó Roi, encaramándose al alféizar—. Y están muy cabreados.

Y sin esperar una respuesta, saltó al exterior, conjurando a la bestia en su interior. Esta respondió al momento, preparada para el combate, pero dispuesta a acatar sus órdenes, más como un perro guardián que como un lobo enjaulado, presto a morder la mano que le daba de comer. Sentía al monstruo en su interior. Sentía su sed de sangre, de violencia, pero esperaba el dictado de su voluntad en lugar de intentar imponerse a ella.

Por un instante, se sintió tan confundido que casi se detuvo, pero un chillido de Marta lo hizo centrarse de nuevo y reanudar su carrera.

La luz de la luna iluminaba una escena que poco tenía de esperanzadora. La pareja de hadas luchaba espalda contra espalda, Marta con su fuego, Niall usando la espada y su magia, conjurando rayos y pequeños tornados que apenas podían contener a los seres que los rodeaban. Y Aidan... Aidan yacía en el suelo, tras ellos, vacío e inerte, sin poder prestar ayuda.

Y extendiéndose por todo el jardín, como una marea negra, los *mouros*, tan oscuros en su fría belleza que parecían absorber la luz a su alrededor. Uno de ellos consiguió atravesar el cerco de fuego y agua que protegía a las hadas y descargó un relámpago de puro poder que desequilibró a Niall, arrojándolo al suelo junto con la meiga. Roi aceleró su carrera y consiguió detener el puñal que se dirigía al vientre del hada cuando apenas estaba a unos milímetros de su garganta. Giró sobre sí mismo y hundió una de sus garras en el vientre del *mouro*, que se deshizo en una explosión viscosa, del mismísimo color del petróleo y tan densa como él.

—¿Qué diablos ha pasado? —gritó mientras esquivaba otro golpe dirigido en su dirección.

Niall se puso en pie de un salto y Roi tomó el lugar de Marta a su espalda. Esta retrocedió unos pasos, al abrigo de la casa, sin dejar de conjurar una muralla de fuego

protector que cada vez parecía más pequeña y más débil.

—Ni puta idea —gritó Niall. Paró con su espada un golpe y lanzó un relámpago contra la criatura que lo había atacado. Pero su asalto mágico se estrelló contra una defensa idéntica, dispersándose en una espiga de luz—. Algo ha fallado en el ritual. Las defensas han caído.

—Sí, ya lo veo —gruñó Roi con la voz de la bestia, sin dejar de lanzar zarpazos a un lado y a otro, sin detenerse ni a pensar en colocarlos.

Más que un asalto, parecía una manifestación. Los *mouros* los rodeaban sin dejar ni un resquicio y, cuando uno caía, otro más surgía de las profundidades de la tierra para reemplazarlo, más terrorífico y furioso que el anterior.

No aguantarían mucho más. El druida seguía inconsciente y la magia de las hadas era finita. De hecho, estaba empezando a agotarse, y, aunque Niall todavía mantenía el tipo, Marta era demasiado nueva como para dosificar sus fuerzas. Lanzaba su fuego sin detenerse a pensar, con todo lo que tenía y, aunque eso hacía mella en el cerco de sus atacantes, no tardaría en quedarse seca.

Y entonces estarían perdidos.

Un golpe de poder puro impactó en su hombro y la bestia rugió de dolor, reprimiendo el instinto de aferrarse el brazo y bajar así sus defensas. Pero comprobó que apenas podía mover el miembro herido, y eso hizo avanzar la desesperanza en su interior un poco más.

Estaba a punto de gritar una rendición que, conociendo a los *mouros*, podía salvarlos o condenarlos de forma definitiva, cuando una brecha se abrió entre el ejército de asaltantes, casi a la altura de las lindes del bosque. Los gritos de dolor poblaron la noche y el ataque perdió un poco de intensidad.

—¡Son las gemelas! —chilló Marta.

Roi aprovechó la oportunidad para redoblar sus ataques. El respiro que les habían dado los fantasmas no duraría mucho, pero podía aprovechar para ganar un poco de tiempo, una cierta ventaja. Los *mouros* no tardarían en comprender la magia que animaba los ataques de las niñas y pronto podrían rechazarla. Luz contra oscuridad, replicarían su poder en sentido inverso, anulándolo, como ya hacían con el de Niall. El fuego de Marta, quizá porque era una rareza, les estaba costando un poco más, pero pronto comprenderían los entresijos de su fuerza y podrían combatirlos.

Un caído entre los enemigos, dos, tres.

Un nuevo golpe, esta vez en su pierna.

Un gemido de Niall, sangre en su rostro.

Un grito de Marta, un ataque más, una herida más.

Agonía y dolor.

Perdían terreno de forma lenta e inexorable. La magia de las hadas apenas servía para contener a los atacantes y las gemelas ya solo podían crear un cerco de energía a su alrededor, desviando los golpes de sus enemigos. Y su bestia comenzaba a rendirse al agotamiento.

Estaban perdidos.

Por un breve instante, maldijo su suerte y a los dioses por su depravado sentido de la ironía. Ahora que por fin estaba al final de su condena, ahora que había recuperado a su mujer y estaba a punto de terminar con su maldición, iba a morir ahí, en ese jardín, a manos de unas criaturas que ni siquiera deberían estar peleando contra ellos.

Niall dejó escapar un grito desgarrador cuando un relámpago de energía golpeó contra su pecho y cayó de rodillas junto a él, rendido.

Uno de los *mouros* atravesó las defensas de Marta y la lanzó por los aires con un fuerte puñetazo.

Un puñal se clavó en su brazo y un doloroso empujón de poder lo lanzó al suelo. En silencio, oró a los Dioses a los que tanto despreciaba para que, en el nuevo comienzo, le permitieran encontrarse de nuevo con Laura. Con Sorcha. Con ese amor antiguo y a la vez recién descubierto. Y, en lo que creía que serían sus últimas palabras, sus nombres escaparon como una plegaria de sus labios mientras la sangre cegaba sus ojos.

—¡Os devolveremos lo que era vuestro! —gritó una voz cargada de magia y poder en la distancia.

Roi esperaba el golpe final, que no llegó. Agradeció en silencio esos segundos de gracia, aunque ya se había resignado a su suerte.

Pero sus atacantes retrocedieron, empujados por un poder invisible que los alejaba de él y de sus amigos, trastabillando, con los negros rostros contraídos en una mueca furiosa.

Y, tras ellos, envuelta en un huracán de viento y poder puro, una figura de mujer brillaba como si atrajera hacia ella toda la luz de la serena luna y la reflejara como un espejo animado por el mismísimo origen de la magia.

—Ha sido un error —dijo. Y aunque su voz era solo un susurro, se extendió por el claro y reverberó en sus oídos con la fuerza de mil decibelios—. Volveremos a esconderos.

—Venganza. —El grito surgió de las gargantas de todos los *mouros* al unísono y su sabor era el de una condena.

La mujer extendió los brazos y la fuerza de su aire envió a buena parte de ellos al suelo, donde quedaron retorciéndose de dolor.

—Perdonad o morid —amenazó.

Una de las criaturas se acercó a ella, amenazadora. Su figura parecía esculpida en el mismo granito que cubría las paredes de los túmulos que habitaba. Negra, imponente, dolorosamente perfecta. Su pétreo rostro mostraba furia, apenas contenida, pero también precaución. Avanzó un paso, dos, y se detuvo a unos metros de la mujer, con los puños apretados como si intentara contenerse.

—Nuestros conjuros se han esfumado, meiga —espetó—. Nos han dejado indefensos.

—Los reconstruiremos —replicó ella. Alzó la barbilla en un gesto orgulloso y lo



miró sin amedrentarse—. Me conoces. Conoces mi estirpe. Muchos años han pasado desde la última vez que nos vimos, pero si rebuscas en tus recuerdos sabrás que no te engañaría.

El serladeó la cabeza en lo que parecía un gesto de curiosidad. La espesa melena, de un negro tan puro que parecía estar formada por sombras que se entretejían con la noche, cayó sobre su frente y él la apartó con un gesto impaciente tras sus orejas puntiagudas.

El dolor insoportable de su brazo y de su hombro adormecía el cerebro de Roi, que contemplaba la escena como en un sueño, como si estuviera envuelto en bruma. En una bruma roja del color de la sangre que se escapaba de sus heridas y se llevaba su vida con ella.

—*Baisleac* —dijo por fin el *mouro* en tono de reconocimiento. «Bruja del pueblo». Un título que conllevaba un gran honor.

—Así es —asintió la mujer—. ¿Tenemos un trato?

—¿Reconstruiréis nuestras defensas? —insistió el ser.

—En cuanto recuperemos lo que nos habéis quitado.

—Tenemos un trato.

Y con un grito dirigido a sus huestes, los *mouros* se replegaron y retrocedieron de nuevo hacia las profundidades del bosque, sumiéndolo en su densa oscuridad, como se sumió Roi en la de su mente.

Paralizada por el terror.

Laura jamás había comprendido por completo la verdad que encerraban esas palabras, pero cuando había visto a Roi caer al suelo, cubierto de sangre, supo lo que significaban más allá de toda duda.

Se había quedado, de forma literal e irreprimible, paralizada por el terror.

Sus piernas querían sacarla fuera de esa casa, llevarla junto al hombre que, en un inoportuno momento de epifanía, había reconocido como suyo, pero su cerebro había pulsado el botón de pausa y rehusaba enviar las órdenes precisas a sus músculos.

Si eso era lo que suponía rendirse a las emociones, abandonar la lógica, entregarse a alguien, no le gustaba demasiado, aunque sabía que ya era muy tarde para impedirlo. Roi había conseguido meterse bajo su piel, antes incluso de que llegaran los recuerdos, antes de saber que, en otro tiempo, miles de vidas antes, habían estado juntos. Y había tenido que esperar a verlo a las puertas de la muerte para saberlo.

Por suerte, esa mujer les había dado una nueva oportunidad.

Cuando las criaturas se retiraron, dejando el jardín de nuevo arropado por la plateada luz de la luna al privarlo de su oscuridad, saltó por la ventana sin poder obligarse a dedicarle una segunda mirada a Diana, que gemía tras ella, y corrió junto a Roi, arrodillándose a su lado.

—Laura —llamó la mujer.

Ni siquiera se sorprendió al comprender que sabía su nombre. Después de tantas revelaciones mágicas, ilógicas, carentes de sentido, que lo que aparentaba ser una poderosa bruja supiera cómo se llamaba era un dato insignificante que no merecía ni un segundo pensamiento. Así que se volvió hacia ella, no tanto para responder a su llamada como para pedirle una muy necesaria ayuda. Y, una vez más, se quedó paralizada e incapaz de reaccionar.

—Hay que llevarlos dentro —dijo la mujer con suavidad, como si entendiera que hasta la más leve elevación en el tono de su voz pudiera sobresaltarla—. Vamos, Laura, ayúdame. Intenta mover a Marta mientras yo despierto al druida.

—Pero ¿Sara? —gimió—. ¿La madre de Marta?

La mujer se detuvo un instante y luego reanudó su camino hacia Aidan.

—Sí —dijo mientras se arrodillaba junto a él—. Pero ahora no hay tiempo de explicaciones. Ayúdame con esto y, cuando los hayamos atendido, te lo contaré todo.

Sin añadir ni una sola palabra, ni una explicación más, fue hacia el druida y colocó las manos sobre su pecho y una brisa suave se alzó a su alrededor. Laura quiso reaccionar, pero se sentía dividida entre la orden de la mujer y los dictados de su cuerpo, que la incitaban a permanecer junto a Roi a pesar de que poco podía hacer en

ese momento y en ese lugar para atenderlo.

La brisa se convirtió en un fuerte viento que envolvió a la meiga y al druida y poco después este abrió los ojos y se incorporaba sobre sus codos, maldiciendo en voz baja.

—¿Qué demonios...?

—Luego —ordenó la mujer—. Hay que llevar dentro a los heridos. —Alzó la vista y miró a Laura con gesto crítico—. Déjalo. Ayúdame con Marta. Tú encárgate de su compañero y que él te ayude con el maldito —ordenó en dirección a Aidan.

—¿Quién eres tú? ¿Y dónde está Diana? —Miró a su alrededor como si esperara verla plantada frente a él con su típica expresión amenazadora—. ¿Qué ha pasado?

—Está dentro. Se estaba recuperando cuando yo salí —explicó Laura, recuperando en parte el dominio de sí misma—. Y ella... —Vaciló, confundida—. Ella es la madre de Marta.

Aidan la miró y después volvió de nuevo su atención hacia la mujer, que aguardaba con mal disimulada impaciencia.

—Que los dioses nos protejan —masculló antes de dirigirse hacia Niall.

Después de unos breves momentos de indecisión, Laura fue junto a Marta y miró a su madre, que, con los ojos cerrados, pasaba las manos con delicadeza sobre su vientre. Una oleada de comprensión, acompañada de un súbito terror, golpeó a Laura con la fuerza de una galerna.

—¡El niño! —exclamó, al borde de la histeria—. ¿Está bien?

—Está bien —sonrió Sara—. Y la madre también, aunque necesita descansar. Vamos, ayúdame a meterla en la casa —ordenó.

Aún tuvo que esperar unos minutos más para ver cumplidas sus órdenes, porque cuando Aidan consiguió devolverle la consciencia a Niall, este no estaba en absoluto dispuesto a hacer nada sin haberse asegurado antes por sí mismo de que tanto la madre como el pequeño estaban en perfectas condiciones. Después de que se acercara a comprobarlo, después de unos cuantos gruñidos desabridos por parte del druida, y después de que se recreara unos instantes más acariciando con ternura el rostro de su compañera —con toda seguridad para dejar claro que a él nadie le daba órdenes, valoró Laura—, al fin se dispuso a ayudar al traslado de los heridos, gruñendo en su lengua natal lo que, sin ninguna duda, eran una sarta de maldiciones encadenadas.

Cuando por fin, y tras darle unas apresuradas explicaciones a Diana, Marta y Roi estuvieron acomodados en sus respectivas camas, Sara se volvió hacia Aidan.

—Tenemos mucho de qué hablar, *fiordhraoi* —dijo.

—Sí —asintió Aidan con gesto severo—. Pero ahora mismo te quiero fuera de mi casa.

—¡Aidan! —se espantó Diana—. Es la madre de Marta. Y nos ha ayudado.

—Me importa una mierda, *a'chuisle* —replicó el druida—. No la conozco y ha aparecido justo en el momento oportuno para que confiemos en ella. Y sí, quizá es de fiar. Pero eso lo decidiremos mañana. Ahora mismo, quiero que se vaya.

—Aidan, quizá... —intentó razonar Laura.

Sara se mantenía al margen de la discusión, esperando con actitud serena a que por fin tomaran una decisión. No parecía ni extrañada ni ofendida por la actitud del druida, y tampoco parecía importarle demasiado cuáles iban a ser las consecuencias del debate. Solo por eso, y porque conocía a esa mujer de toda la vida, Laura estaba inclinada a tomar partido a su favor, pero también reconocía que, con dos de los suyos heridos y los otros dos mostrando todos los signos de un agotamiento absoluto, si resultaba no ser digna de confianza, estarían perdidos.

Como si pudiera leer en ella todo el debate interno, Aidan se encogió de hombros y se dirigió despacio hacia la puerta. Ella se dio cuenta de que ese caminar pausado se debía más al cansancio que a una actitud regia y desinteresada por su parte y, cuando por fin abrió, dejando que la brisa nocturna se deslizara como una caricia en el interior del pazo, pudo ver el ligero temblor de sus manos.

—Lo siento —dijo, y aunque parecía una disculpa sincera, no había en ella rastro de indecisión—. Ahora no hay peligro en los bosques, o no debería haberlo, así que puedes salir sin problemas. Vuelve mañana al anochecer y hablaremos.

Sara hizo un rápido gesto de aceptación con la cabeza y se reunió con el druida en la entrada.

—Me parece justo —consintió—. Mi hija está en buenas manos —añadió con una sonrisa, atravesando el umbral. Pero cuando Aidan ya había empezado a cerrar tras ella, se volvió de nuevo hacia él—. Sé que vas a sellar la entrada con la poca magia que te queda, y no me ofenderé por ello. Pero si piensas hacer otro ritual antes de que yo vuelva, acuérdate de tener en cuenta el poder del nuevo ser.

Aidan abrió la boca de par en par y, a continuación, dejó escapar una ácida maldición mientras cerraba la puerta.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Laura.

El druida todavía dedicó unos segundos a sellar la puerta, tal y como había vaticinado Sara, y se volvió hacia ellas con todos los signos de un agotamiento letal danzando en su rostro.

—El bebé —masculló—. Sus poderes se han despertado y no los he tenido en cuenta a la hora de valorar el poder del conjuro.

—¿El bebé? —exclamó Diana—. ¿Quieres decir que...?

—Ahora no, *a'chuisle* —interrumpió Aidan—. No puedo dar un paso más. Mañana hablaremos. —Miró a Laura con una expresión interrogante—. ¿Puedes...?

—Yo me encargo de Roi —respondió sin dudar—. Niall está con Marta, no sé si...

—No es necesario —aceptó Aidan—. Encárgate de Roi. Ellos dos pueden cuidarse uno a otro.

Y, ayudado por su compañera, ascendió con lentitud las escaleras, dejando a Laura sola y con el cerebro bombardeado por tantas preguntas que ni siquiera sabía por dónde empezar a analizarlas.



Roi se sentía como si una apisonadora se hubiera dedicado a pasear por su cuerpo, adelante y atrás, una y otra vez, exprimiendo sus entrañas y convirtiendo sus huesos en polvo. Las heridas le hormigueaban con el dolor de la curación y sentía todos los músculos pesados y adormecidos. Al menos, tan adormecidos como estaba su cerebro, que parecía haber pasado por una batidora.

Se removió inquieto y sintió un cuerpo acomodado frente a él. Después de unos segundos de duras negociaciones con sus párpados, consiguió ver una melena oscura desparramada sobre la almohada, y una sonrisa perezosa se dibujó en su rostro al reconocer las ya familiares formas de Laura.

Extendió una mano y la posó sobre la cintura de la chica, atrayéndola hacia él.

—Aún es muy temprano —susurró ella con voz ronca—. No ha anochecido.

—¿Has dormido? —preguntó al percibir el cansancio en su voz.

—Unas horas —respondió Laura—. Pero llevo despierta un rato. ¿Recuerdas algo de lo que pasó ayer? —inquirió tras un titubeo.

—¿Cuánto quieres que recuerde? —replicó con una sonrisa irónica, estrechándola un poco más contra su cuerpo. Quizá para serenarla, quizá solo para complacerse a sí mismo.

Ella se retorció en sus brazos hasta quedar frente a él. Sentía el aroma de su champú, el perfume a vainilla de su piel, y aunque sabía que tenía cien preguntas, casi tantas como tenía él mismo, no pudo resistirse a depositar un beso suave sobre sus labios.

Y no fue hasta que ella cerró los ojos, entregándose al beso, que se dio cuenta de cuánto había temido que lo rechazara. Deshizo el beso y la sonrisa que bailaba en los labios de Laura terminó de devolverle la serenidad.

—Recuerdo esto —dijo, besándola de nuevo, esta vez en la mejilla—. Y esto —añadió, con un nuevo beso junto a sus labios.

—Y si sigues recordando, no podremos hablar —replicó ella en un tono que mezclaba a partes iguales diversión, disculpa y exigencia.

Roi dejó escapar un suspiro sobreactuado y se incorporó despacio en la cama, valorando el estado de sus heridas. Se habían librado por los pelos —tan por los pelos que ni siquiera recordaba cómo había ocurrido—, pero estaba mucho mejor de lo que cabría esperar, dadas las circunstancias.

—Entonces es mejor que nos sentemos como personas civilizadas —comentó con el tono más ligero que pudo invocar para esconder la preocupación que todavía latía en su garganta—, porque si seguimos en esta cama...

—Sí —sonrió Laura, levantándose a su vez—. Esa es otra de las cosas de las que tendremos que hablar —añadió, dedicándole una mirada cargada de intención.

Él meditó unos segundos su respuesta, dispuesto a no decir, ni más ni menos, que la pura verdad, pero intentando encontrar un modo de que su sinceridad no la espantara.

—Eres mi mujer. Y sé que es aterrador —se apresuró a añadir— y que dinamita todas tus creencias. Acerca del mundo, acerca de ti misma. Pero estoy seguro de que encontraremos un modo de sobrellevar esto. Y, por supuesto —se obligó a puntualizar—, no voy a exigirte nada, ni a apresurarte. Tienes que hacerte a la idea, y si después de eso no quieres saber nada de esta unión que se forjó hace mil vidas, lo entenderé. No tienes nada que temer.

Laura asintió en silencio, valorando su alegato como valoraba cualquier dato, cualquier problema que le presentaran, y él tuvo que reunir toda la paciencia adquirida a lo largo de los siglos mientras esperaba su respuesta, orando en silencio a los dioses que nunca lo escuchaban para que en ella hubiera, aunque solo fuera, un atisbo de esperanza.

—No tengo miedo de nada —dijo por fin. Y él dejó escapar el aire que había estado reteniendo—. Tenías razón.

—Suelo tenerla —bromeó él para aligerar el momento y diluir un poco las sombras de su rostro—. Pero, dime, ¿en qué tenía razón esta vez?

—Hay algo más que sexo entre nosotros —respondió tras unos segundos eternos—. Bastante más. Y lo había antes de que... —vaciló, entrelazando y separando las manos frente a ella—... antes de que recordara, antes de... No lo supe hasta que pensé que te había perdido. Hasta que vi cómo caías. Pero sé que es así. Y, como tú has dicho, no necesito que me correspondas, no necesito que te sientas responsable por un matrimonio que...

—Oh, por la Diosa, cállate ya —rogó Roi antes de frenar la inevitable riada de palabras con un nuevo beso en el que se empeñó en poner todo el sentimiento que todavía no había sido capaz de expresar con palabras.

Había mucho que hacer. Mucho en lo que pensar. Muchas explicaciones y muchas decisiones que tomar. Pero podían esperar aún unos minutos. Al fin y al cabo, había pasado toda su existencia cargando con su castigo, cargando con su maldición y se merecía aunque solo fueran unos instantes recreándose en el olvido que conjuraban sus labios.

Pasó una eternidad enjaulada en unos breves instantes aprendiendo su sabor, recordándolo, memorizando todas las texturas de su boca, de su lengua, de sus caricias y, cuando el beso se convirtió en el prelude de algo más intenso, ralentizó el ritmo y se apartó a regañadientes de su hechizo. Apoyó la frente en la de ella, las manos a los lados de su cuello, acariciando su mandíbula, y tomó un profundo aliento.

—No es por responsabilidad, quiero que lo entiendas —dijo, mirándola a los ojos, todavía vidriosos por la pasión—. No es porque te haya conocido en otra vida, en otro tiempo, cuando era otro hombre. Es por ti. Por quien eres ahora, por lo que despiertas

en mí. Es por tu lógica, por tu manera de volverme loco con ella. Es por tus preguntas, por tus respuestas, por tus razonamientos. Es por ese hielo que se derrite con el fuego de tus besos. Es por ti —repitió—. Solo por ti. Y me da igual que no tenga ninguna lógica.

Ella suspiró y esbozó una leve sonrisa, cargada de sabiduría femenina. Posó las manos sobre las de él y las estrechó con ternura.

—¿Sabes qué? —preguntó en un murmullo—. Que a mí también me da igual que no sea lógico. —Sonrió una vez más y, tras unos segundos, se apartó con un nuevo suspiro—. Pero tenemos que hablar de más cosas. Muchas más.

—Lo sé —aceptó Roi. Apartó las sábanas y se sentó junto a ella, echando un vistazo al estupendo vendaje que cubría su brazo. Tan meticuloso que seguro que lo había hecho ella.

—También tendré que echarle otro vistazo a esa herida —comentó al ver la dirección de su mirada.

—Está bien, no te preocupes. Como ya te dije, me curo rápido —la detuvo. Al ver el gesto de reproche que le dedicó, rio entre dientes y decidió ceder, aunque solo fuera porque podía ver la preocupación burbujeando bajo la superficie—. Luego, cuando me hayas puesto al día, puedes mirarla. Ahora necesito respuestas.

Y como si algo podía entender esa mujer era la necesidad de información, cerró los ojos unos segundos, con toda seguridad para disponer los datos en un discurso lógico y bien estructurado, y empezó a hablar.

Roi escuchó en silencio, sin interrumpir, sin alterar el hilo de su narración, analizando él mismo cada frase, cada posible consecuencia, cada dato. Y cuando llegó al final, cuando le explicó cómo Aidan había echado de su casa a la mujer que los había salvado, asintió para sí mismo.

—¿Te parece bien? —preguntó Laura, confundida.

—Sí. La confianza es algo frágil, *meu ben*. Cuesta construirla y apenas lleva unos instantes perderla. Quizá esa mujer sea quien dice ser, quizá esté de nuestro lado, pero es una muy oportuna casualidad y odio las casualidades. Ya sabes lo que dicen de ellas: hay que planearlas muy bien —explicó, y Laura esbozó una tenue sonrisa de conformidad—. Si esta noche sigue demostrando estar a la altura, y no me cabe ninguna duda de que O’Cleary tendrá preparado algo para asegurarse, te garantizo que yo seré el primero en darle las gracias.

—Supongo que tiene sentido —aceptó tras meditarlo unos minutos—. Pero ahora todo encaja —dijo, volviéndose a mirarlo con expresión encantada—. Ya está todo en su lugar, ¿te das cuenta?

—¿Lo dices porque ya no somos «el calcetín desaparejado»? —bromeó Roi.

—Sí, también por eso, pero fíjate. —Se estiró hacia la mesilla de noche y cogió su tableta. Pulsó un par de botones y sus esquemas de colores aparecieron en ella como un revuelto arcoíris—. Tú y yo somos, bueno, tú y yo —simplificó, pulsando en la pantalla—. Y el hijo que... —Sacudió la cabeza como queriendo apartar la



tristeza y Roi tragó saliva, apartando también esa emoción. Casi había conseguido volverlo loco horas antes, no podía detenerse ahora a pensar en ello. Después, cuando todo estuviera resuelto, dedicaría un tiempo al duelo, pero no ahora. Ahora era tiempo de esperanza.

—El hijo que no tuvimos está representado por la criatura de las hadas —completó por ella—. Y la madre de Marta...

—Supongo que representa a Ona. Ella fue quien acudió a la llamada del druida. Y es poderosa, Roi. Mucho. Podría sernos de ayuda —decidió. Él se limitó a afirmar con la cabeza, esperando, porque estaba seguro de que había más datos—. Tenemos enlaces para todos y para todo. Incluso Ciara y Cathal, que no encajaban en el conjunto, ahora tienen su papel.

—Los padres de Niall —comprendió Roi—. Sí, es una traición similar. Tenemos al druida y a su magia, el fuego, las hadas, a Ona, al niño. Y no tenemos al *fomore* y a la traidora porque ellos todavía están aquí.

—Todo encaja, por fin —sonrió Laura—. ¿Crees que le servirá de utilidad a Aidan?

—Estoy convencido de ello —la serenó Roi, y el peso de las consecuencias, de las maravillosas, gloriosas consecuencias, cayó sobre su pecho como una roca, privándolo del aire por unos segundos. Laura se volvió hacia él, preocupada, y le apartó el cabello del rostro, como si quisiera leer en él lo que le estaba ocurriendo—. Estoy bien —musitó—. Estoy bien —repitió, más para convencerse a sí mismo que para tranquilizarla—. Es solo que por fin puede acabarse todo esto. Por fin puedo cumplir mi destino. —La tomó de las manos y la miró con intensidad—. Y te he recuperado. No —se corrigió—. Te he encontrado y después te he recuperado. No puedo tener tanta suerte.

—Ya era hora de que tuvieras un poco de suerte —masculló ella, irritada—. No hubo justicia en las decisiones de los dioses.

—¿De verdad quieres discutir eso ahora? —sonrió Roi—. Aún falta un rato para el anochecer y hay mejores cosas en las que ocupar nuestro tiempo.

Laura lo pensó un instante antes de dibujar en su rostro una expresión cargada de malicia.

—Está bien —aceptó, poniéndose en pie para situarse entre sus muslos—. Creo que tenemos tiempo para complacer a Danu.

—¿No me estarás proponiendo un ritual de apareamiento? —fingió ofenderse Roi.

—No —respondió con suavidad—. Te estoy pidiendo que me hagas el amor hasta el anochecer. O hasta que llegue *Lughnasadh*, si tienes fuerzas. Te estoy pidiendo que me hagas sentir otra vez, que...

No fue capaz de dejarla terminar. Aunque adoraba verla indefensa, con sus barreras derrumbadas por la fuerza de unos sentimientos que apenas era capaz de asimilar, mucho menos de reconocer en voz alta, se moría por tenerla otra vez entre

sus brazos; por, como ella misma había dicho, hacerla sentir de nuevo, que sintieran los dos. Así que la atrajo hacia su pecho y puso en su beso todo lo que tenía, todo lo que era capaz de dar de sí mismo y mucho más aún.

En su interior, la bestia se retiró, satisfecha y tranquila, dejándole al hombre el control o, mejor dicho, todo el descontrol.

No habría juegos esa vez. No eran necesarios. Ella ya sabía cómo dejarse llevar, cómo dirigir y cómo ceder si era preciso. Sabía que solo habría entrega de su parte, como solo la habría por parte de él. Y, como siempre debió ser, entre ellos no habría nada más que pasión y piel desnuda, nada más que sudor y emociones vivas.

Se obligó a desnudarla despacio, adorando su piel, tan familiar y a la vez tan desconocida, recordando sus senderos y sus atajos, bebiéndose sus gemidos y sus palabras de apremio, dejando que ambos expresaran con sus cuerpos lo que no eran capaces de razonar con sus palabras.

Pronto la tuvo desnuda bajo su cuerpo, exigiendo y entregando, rindiéndose y, a la vez, tomando el control.

Pronto él estuvo desnudo también, maravillándose del roce de la piel contra la piel, de la pasión sumándose a la pasión, del deseo creciendo y multiplicándose.

Y cuando por fin sus cuerpos se unieron, cuando por fin se permitió dejarse llevar, fue como el regreso al hogar y, al mismo tiempo, como el primer paso de una nueva aventura. Excitante, desconocida, única e imprescindible.

Manos entrelazadas, gemidos entrelazados, palabras apenas susurradas que no decían nada y, a la vez, lo decían todo. El mundo, su mundo, el mundo de los dos encontraba por fin su comienzo y su final, cerraba un ciclo que nunca debería haber comenzado y del que nunca podrían haber prescindido. La Rueda había girado de nuevo, y ambos habían encontrado su lugar en los brazos del otro.

Besos tímidos, osados, ansiosos. Caricias, susurros, jadeos. Promesas no expresadas en voz alta, selladas con la tinta de sus corazones.

La última oleada de ese placer arrollador llegó poco a poco, por sorpresa, en un golpe de efecto final que los dejó enlazados cuerpo a cuerpo, como lo habían estado en el pasado, como volverían a estarlo. Como nunca debieron dejar de estar.

Y, por primera vez en una eternidad, Roi se dejó arrastrar por el cansancio, por las emociones y se sumió en un sueño tranquilo, sin pesadillas, sin temor, sin incertidumbre, porque por fin alguien lo acompañaba en su camino.

Un estridente tono de móvil arrancó a Laura del sueño y de los brazos de Roi. Sobresaltada, se sentó en la cama y miró a su alrededor, intentando captar la procedencia de esa música, aunque demasiado adormilada para reconocerla, por mucho que un cierto revuelo en sus archivos mentales le dijera que sabía cuál era el título de la canción que el teléfono perpetraba sin reparos.

Localizó el terminal lejos de la cama, parpadeando al ritmo de ese tema familiar sobre la encimera de la minúscula cocina. Y cuando por fin su adormilada mente pulsó las teclas correctas para abrir la bóveda de su memoria, enarcó una ceja con incredulidad.

—¿*Mi gran noche*? ¿En serio? —masculló.

—No voy a criticar tus elecciones musicales, *meu ben* —sonó la voz adormilada de Roi junto a ella—, pero debo reconocer que me esperaba cualquier cosa menos Raphael.

—Es el tuyo —replicó Laura con cierta sorna que no se molestó en disimular.

Roi abandonó su lánguida postura para sentarse junto a ella y mirar en la dirección en la que el teléfono seguía emitiendo la voz de Raphael atacando las notas de *Mi gran noche*.

—Ese no es mi tono —contestó, negando la evidencia de una forma bastante absurda, ya que el móvil seguía subiendo el volumen hasta casi dificultar la conversación—. Yo tengo el que viene por defecto.

—Muy práctico —aceptó Laura, puesto que eso mismo hacía ella—, pero ¿entonces?

Roi compuso una mueca irónica antes de apartar las mantas de un tirón y ponerse en pie con una fluidez de movimientos que Laura siguió con auténtico placer. Lo contempló mientras se acercaba desnudo hasta la encimera y cogía el móvil, dejando escapar un sobreactuado suspiro antes de volverlo en su dirección.

—Ahí tienes tu respuesta —dijo con sarcasmo. En la pantalla, el nombre de Niall relucía en caracteres blancos sobre fondo negro, parpadeando como si quisiera reírse de su propia broma. Laura dejó escapar una risa entre dientes y Roi sacudió la cabeza en un gesto de negación, no sabía muy bien si dirigido a ella o al humor depravado del hada—. ¿Te puedo ayudar en algo, amigo mío? —Escuchó la respuesta antes de asentir—. Precioso. Me ha parecido precioso. Sí, muy adecuado. —Una pausa—. No, no pienso contarte hasta qué punto ha sido una gran noche. —Otra más—. No creo parecerme en nada a él, y jamás he llevado la levita sobre el hombro. Eso arruinaría su hechura. ¿Algo más? —insistió, y Laura pudo jurar que había escuchado las carcajadas del hada al otro lado de la línea. Y si no las había escuchado, se las imaginaba a la perfección—. Está bien, bajamos en cinco minutos —respondió, y

colgó antes de que Niall pudiera añadir algo más.

Mejor, porque con toda seguridad sería otra de sus repetitivas bromas con doble sentido sobre el tiempo necesario para según qué actividades.

—¿Las hadas? —preguntó Laura, divertida a su pesar.

—¿Quién si no? —contestó él, resignado—. Nos están esperando en el salón. La madre de Marta acaba de llegar.

Laura se sacudió la pereza que se había adueñado de su cuerpo y hasta del último de sus procesos mentales y se puso de pie junto a la cama. Extendió los brazos sobre su cabeza, con las manos entrelazadas para desentumecer sus músculos, y no pudo reprimir una sonrisa repleta de poder femenino al ver la mirada hambrienta y apreciativa de Roi deslizarse sobre su cuerpo.

—No tenemos tiempo para esto —murmuró él, en lo que parecía una orden más dirigida hacia sí mismo que hacia ella.

—No. Has dicho cinco minutos —replicó ella, encogiéndose de hombros—, y no creo que...

—No perdemos nada por probar —gruñó Roi antes de acercarse a ella con un par de veloces zancadas y arrastrarla hacia el baño.

Con toda seguridad, habían perdido mucho más que cinco minutos, pero, por una vez, a Laura no le preocupaba nada llegar con la discusión empezada. Se sentía demasiado relajada como para que eso le importara lo más mínimo. Aceptó con una sonrisa el gesto de Roi abriendo la puerta para ella e invitándola a entrar y, tras una breve inspiración para recuperar la compostura, se adentró en el salón.

Fueran cuales fueran las dudas que el druida había albergado sobre Sara, parecían haberse solucionado con el nuevo anochecer, porque no se percibía la más mínima tensión en el ambiente. Marta, escondida bajo el abrazo protector de Niall, estrechaba las manos de su madre, emocionada, y mantenía con ella una conversación apenas susurrada a la que los demás fingían no prestar atención. Diana, sobre el regazo de Aidan, sonreía ante la felicidad de su amiga y solo la alegría del reencuentro parecía flotar en el grupo.

Niall comenzó a canturrear por lo bajo cuando Roi entró tras ella y Marta apartó unos instantes la atención de su madre para dejar escapar una risita traviesa.

—Marta, no me esperaba esto de ti —comentó. La única respuesta de la chica fue una nueva risita y un encogimiento de hombros, así que dedicó su atención a Niall—. Aunque estoy seguro de que ha sido idea tuya. Qué gracioso eres, amigo, de verdad —masculló, acompañando a Laura a tomar asiento en el sofá.

—Lo sé —sonrió el hada, sin inmutarse—. ¿Te ha gustado nuestro regalo?

—Casi tanto como me gustó la bromita del fuego —replicó. Se volvió hacia Aidan, ignorando las risas maliciosas de las hadas—. O’Cleary, si lo único que vamos a hacer es comentar el sentido del humor de esta pareja, preferiría...

—No, no —se apresuró a interrumpir el druida, disimulando su propia risa perversa bajo una fingida expresión de seriedad—. Estábamos esperando a que

llegarais, pero ahora que ya estáis aquí —empezó con un gesto amplio dirigido al grupo antes de mirar a Sara—, es hora de hablar.

—Y como ya has usado tu magia conmigo, y sabes que soy de fiar, todo irá mucho más rápido de lo que yo había esperado —replicó esta con un cierto tono de crítica.

Aidan se limitó a encogerse de hombros en actitud indiferente.

—Los dos sabíamos que lo iba a hacer, así que no sirve de nada ofenderse por ello. Si no, ¿por qué esperar hasta hoy?

—Pensé que era porque preferías que estuviéramos todos —se sorprendió Laura, maldiciéndose para sus adentros por no haber considerado antes las argucias del druida.

—Eso nos ahorraría algo de tiempo, sí —contestó Aidan—, pero prefería recuperar mis poderes y asegurarme su sinceridad. Eso nos ahorrará todavía más. En fin —decidió antes de que Laura pudiera hacer otra pregunta más—, es tu turno, meiga. ¿Qué te ha traído de manera tan oportuna hasta nosotros?

Sara se irguió en su asiento y dejó pasar unos segundos antes de contestar, como si estuviera meditando el orden de su discurso.

—El momento oportuno lo creaste tú, *fiordhraoi* —dijo por fin—. Yo regresé hace varios días, pero las protecciones de la casa y el conjuro de ocultación no me permitieron acercarme antes. Solo cuando llevasteis a cabo el ritual pude llegar hasta vosotros.

Aidan asintió, valorando su explicación.

—Tiene sentido —aceptó tras unos instantes—. Y supongo que no sabes por qué has vuelto justo ahora —dejó caer, aguardando una respuesta que completara esa afirmación.

—Sé para qué he vuelto —puntualizó Sara—. Y tú también. Y ha sido ahora, porque es ahora cuando tenía que volver. Yo no discuto las encomiendas de los dioses, me limito a aceptarlas.

—¿Y por qué desapareciste? —intervino Marta, en tono herido—. Me dejaste sola. Ni siquiera la abuela sabía dónde estabas.

—Lo sé —susurró la meiga en tono de disculpa—. Lo sé, mi niña, pero eso no fue culpa mía. Necesitaba respuestas. Respuestas que no he conseguido —añadió, contrita—. Pero sabía que en algún momento mi tiempo terminaría y me obligarían a regresar, como así ha sido. Solo siento no haber podido...

—Espera —interrumpió Niall, impaciente—. De verdad que cuando no habláis claro me sacáis de quicio. ¿Por qué cojones no empiezas por el principio, a ver si podemos seguirte desde ahí?

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, me siento inclinado a darle la razón al *sídhe* —medió Roi.

—Y yo —apostilló Aidan—. Empieza por el principio. Toda historia tiene un comienzo, todos los comienzos enlazan con el final. No sirve de nada dar vueltas en

la Rueda sin sentido.

—Está bien —aceptó Sara con un hondo suspiro. Lo pensó unos instantes y continuó—: Supongo que todo empezó cuando los poderes de Marta se revelaron. No os podéis imaginar lo que sentí cuando me di cuenta de que su marca era el fuego. No sabía cómo había sido posible y...

—¿Que no lo sabías? —ironizó Niall—. ¿En serio? ¿Será porque por mucho que hables de las encomiendas de los dioses te las pasaste por el forro y te emparejaste con quien no debías?

—¡Eso no es cierto! —protestó Sara, indignada—. ¡Siempre he obedecido! ¡Siempre estuve entregada a mi misión!

—Eso no es posible —refutó Aidan sin molestarse siquiera en demostrar incredulidad, como si, sin más, pusiera sobre la mesa una verdad irrefutable.

—Y sin embargo, lo es —lo contradijo la madre de Marta—. El hombre que elegí tenía la aprobación de los dioses. Mi hija no debería poseer poderes de fuego.

El hada y el druida se lanzaron a sendas diatribas, contradiciendo la apasionada defensa de la mujer, pero el cerebro de Laura estaba lanzado también, y a tumba abierta, dándoles vueltas al alegato y a sus recuerdos. Dejó de atender a lo que la rodeaba, a las explicaciones, a las voces, a todo su entorno y se perdió dentro de su mente, engarzando un dato tras otro, siguiendo la senda que marcaba una insistente alarma entre sus bien organizados archivos. Habían hablado de eso antes. Habían tratado sobre los poderes de fuego no hacía mucho tiempo. Cerró los ojos y se obligó a retroceder en el tiempo, en la línea de su memoria hasta dar con la clave.

Lejos, muy lejos, a un millón de años luz de donde estaba su consciencia, alguien la agarró de la mano en un gesto de silencioso apoyo. Y, aunque no abrió los ojos para comprobarlo, supo que era Roi, que, como era costumbre en él, se había dado cuenta de que ya no estaba en esa habitación, con ellos, y la apoyaba sin forzarla.

Evitó analizar la sensación de calidez y afecto que la envolvió de golpe, y siguió estudiando y descartando, buscando la conexión. Hasta que, por fin, la luz se hizo en su mente y abrió los ojos de par en par.

—¡El germen de fuego! —exclamó.

El habitual caos de comentarios, pullas más o menos ingeniosas y preguntas con y sin respuesta cesó a su alrededor, y seis pares de ojos apuntaron hacia ella con distintos grados de curiosidad.

—Sí, de eso hablábamos —comentó Diana en tono de hastío—. ¿Dónde estabas?

—Has deducido algo —afirmó Roi. Y ella lo apreció un poco más por ese tono de absoluta seguridad, sin preguntas, sin dudas—. ¿Qué es? —preguntó con suavidad.

—Te dije que se podía perder algo en la traducción —acusó a Aidan—. Te dije que a veces...

—Sí, me lo dijiste —respondió el druida sin alterarse—. Lo recuerdo de sobra. Pero ¿a qué viene eso ahora?

—El germen, la semilla, ¿entiendes? —Al ver la cara de incompreensión de Aidan,

resopló y se forzó a serenar el acelerado ritmo de sus pensamientos y de su discurso—. La simiente —dijo, recalcando la palabra—. La simiente de fuego. Conoce el secreto...

—Del germen de fuego —murmuró Niall. Se puso en pie y comenzó a caminar por el abarrotado salón, esquivando un libro aquí, apartando de una patada una montaña de papeles allá. Mientras los relámpagos incendiaban el cielo nocturno, se volvió hacia ella en lo que casi parecía una actitud acusadora—. ¿Me estás diciendo que mi brujita es fuego porque el *fomore* la hizo así? —Laura no respondió, aguardando a que diera un paso más en sus deducciones. Y supo el momento preciso en que lo hizo porque una lluvia repentina y feroz golpeó con saña los ventanales—. ¿Qué ha hecho que mi hijo sea fuego?

—*Anamchara*, cálmate —rogó Aidan.

Marta se apartó de su madre para estrechar entre sus brazos a su compañero, en uno de sus gestos tranquilizadores.

—Me da igual lo que sea y por qué sea —murmuró—. Es tu hijo. Nuestro hijo. Y si es fuego, que así sea. Y si es porque el *fomore* lo hizo ser así, no me importa. Ahora es nuestro, no de él.

Niall tardó todavía unos segundos en dejarse serenar. Le devolvió el abrazo a Marta, pero la lluvia todavía tardó en apagarse y los truenos resonaron en la distancia, uno tras otro, durante un largo rato.

—¿Es posible, O’Cleary? —preguntó Roi cuando lo peor del arrebato del hada hubo pasado.

—Supongo que sí —respondió este, aturdido—. Desde luego, encaja. Lo que quiere decir... —Se detuvo de golpe, como si quisiera retener unas palabras que, aunque se mostraban con claridad en su mente, no debieran jamás abandonar el refugio de sus labios.

Roi esperó a que continuara, ajeno al razonamiento que lo había llevado a detenerse, instándolo en silencio con un gesto que el druida ignoró. Pero Laura ya había encajado los datos y no pudo evitar un estremecimiento que, por supuesto, él captó. Se volvió en su dirección y la miró en busca de una aclaración. Ella apenas dudó unos segundos. Tenía derecho a saber. Tenía derecho a saberlo todo y, aunque oró en silencio por estar equivocada, porque, al poner las palabras en voz alta, el druida las desechara al momento, sabía que sus conclusiones eran las correctas, y que solo añadirían una afrenta más a las muchas que Roi ya acumulaba.

—Lo que quiere decir que el bebé que murió en el pasado también habría manejado la magia de fuego —susurró.

Fue como si todas las capas, todos los caminos que contenía esa frase, todas las posibles consecuencias, tardaran aún en llegar a su cerebro. Durante unos instantes, la contempló sin pestañear, como si le hubiera hablado en otra lengua. Y, por fin, su rostro se tiñó con los colores de la furia, mientras sus ojos se inyectaban en plata líquida.

—¿Es así? —inquirió hacia el grupo de seres mágicos, acusador, a pesar de que debían tener tan pocas respuestas como él—. ¿Es así? —bramó.

—Cálmate, Roi —rogó Aidan. Una petición que él ignoró, poniéndose en pie para encarar al druida. Este no movió un músculo, preocupado por él, pero no asustado—. ¿Cómo quieres que lo sepa? No tengo ni idea.

—¡Pero sabías que ella estaba embarazada! —acusó—. Lo sabíais —repitió en dirección a Niall.

—Sí, lo sabíamos —respondió este—. Pero antes de que digas algo de lo que te arrepientas, entiende que contártelo en ese momento no te ayudaría en nada.

—Tenía derecho a saber —gruñó, apretando los puños con tanta fuerza que sus nudillos adquirieron el color de las velas que Marta siempre encendía sobre la chimenea—. ¡Tenía derecho!

Laura se levantó despacio y se acercó a él, aferrándose a su brazo en un gesto tranquilizador. Y, para su sorpresa, funcionó. La tensión en sus músculos se redujo. No mucho, apenas lo suficiente para que estuviera convencida de no habérselo imaginado, pero sí lo necesario para no temer un ataque inminente. Sin apartar la vista del hada y el druida, él estrechó la mano que se posaba sobre su antebrazo, y la apretó con suavidad, como si así pudiera encontrar la fuerza suficiente para no saltar sobre ellos.

—*A'chara* —murmuró Aidan—. Si en esos tiempos te lo hubiéramos dicho, no podríamos haberte ayudado y lo sabes. Y no, no teníamos ni idea de que la criatura era fuego.

—Pero ahora que lo sabéis, todo encaja, ¿verdad? —masculló, derrotado.

Aunque no entendía la línea que seguían sus razonamientos, Laura supo que era el momento de llevarlo de nuevo al sofá, de sentarlo y serenarlo, porque parecía que sus piernas no podrían sostenerlo mucho más. Él se dejó guiar, sin oponer resistencia, como si hubiera perdido ya todas las ganas de luchar. Laura iba a preguntar qué quería decir todo eso cuando Diana se le adelantó.

—No entiendo nada —dijo, desconcertada y tal vez con una cierta nota de angustia—. ¿Qué encaja?

Nadie parecía dispuesto a hablar. Niall y Aidan sostenían una de sus conversaciones silenciosas, y sus amigas estaban tan confundidas como ella. Y Roi... Roi estaba recomponiéndose. Laura estaba segura de ello. Solo necesitaría unos momentos para recobrar la cordura, para valorar los nuevos datos, fueran los que fueran, y asumirlos como había asumido todo hasta entonces. Con resignación y un cierto sentido del humor negro.

Y así fue. Transcurrieron unos instantes eternos y, por fin, tomó una honda inspiración, le dedicó a Laura una mirada de agradecimiento y se dirigió al grupo, que aguardaba su reacción y sus conclusiones, expectante.

—La muerte de mi hijo no fue casual —explicó, calmado—. Ona llegó justo a tiempo, sí, pero a tiempo de que el fuego no naciera entre los míos. ¿No es así? —



preguntó hacia Aidan.

—No lo sé, *a'chara* —respondió en tono de disculpa—. Sabes que mi madre elige entre todas las decisiones posibles la que le parece más oportuna. Y que no se prodiga dando explicaciones. Pero sí, encaja. Y lo siento.

—Está bien —aceptó Roi después de unos infinitos segundos de evidente lucha interna—. Está bien —repitió, quizá más para convencerse a sí mismo que a los demás—. ¿Por qué nunca dejará de sorprenderme la increíble capacidad de los dioses para jugar con nuestros destinos? —rió sin humor.

Un pesado silencio se instaló sobre el grupo mientras cada uno parecía perdido en sus pensamientos. Incluso Sara, a la que toda esta información debía llegarle de nuevas, se mantuvo al margen, esperando a que estuvieran dispuestos a continuar.

Y, por fin, Marta rompió la tregua.

—No importa —decidió—. Como he dicho, nuestro hijo es nuestro. Y si yo soy fuego por el *fomore*, o lo es Keegan, me da igual. Vamos a acabar con él, a terminar lo que tus antepasados no pudieron resolver, Roi. Y a seguir a partir de ahí, ¿de acuerdo? —Al ver que nadie, salvo Niall, que la contemplaba con una sonrisa de orgullo, parecía dispuesto a reaccionar, insistió—. ¿De acuerdo?

—Me parece lo más lógico —aceptó Laura.

Roi sonrió como si disfrutara de un chiste privado y, por fin, asintió también. Poco a poco, todos fueron dando su aprobación y Sara carraspeó para llamar su atención.

—Supongo que algún día entenderé todo esto —sonrió—. Mientras tanto, es tarde y todavía me queda algo por contar.

Un giro más. Una vuelta más de la Rueda y, de nuevo, un golpe del destino más. Roi se forzó a centrarse en el presente, en el futuro, en el ciclo que parecía ya concluir. Intentó olvidarse de afrentas pasadas que no lo conducirían a ningún sitio en el que debiera estar. Intentó seguir avanzando.

Y, para su sorpresa, no le llevó demasiado tiempo conseguirlo. A pesar del dolor del descubrimiento, a pesar de saber que la manipulación de los dioses había llegado mucho más allá de lo que había sabido hasta entonces, ahora ya no importaba. O no tanto como había importado, al menos. Ahora tenía un futuro esperándolo y a la mujer con la que compartirlo a su lado, brindándole su silencioso apoyo, su comprensión y su fuerza.

No, ya no tenía sentido seguir lamentándose. Era el momento de caminar con paso firme hacia el final del ciclo, hacia el futuro. Y eso era lo que iba a hacer. Así que, aunque no era un hombre dado a demostraciones públicas de afecto, y sabía que ella tampoco las valoraba demasiado, pasó un brazo sobre los hombros de Laura y la estrechó contra él. Darse cuenta de que no se resistía ni por un instante a su gesto le dio las fuerzas que todavía necesitaba para mantenerse anclado a la cordura y a la conversación.

—¿Por dónde iba? —estaba preguntando la madre de Marta—. Ah, sí. Para qué he vuelto. —Paseó la vista por el grupo, como si quisiera asegurarse de que tenía toda su atención, y continuó—. Para ayudar, por supuesto. Sé que habrá un ritual. Sé que aún quedan hilos por tramar, secretos por descubrir. Y estoy aquí para ofreceros mi ayuda.

—Bueno —decidió O’Cleary tras meditarlo unos instantes—. Ya nos has ayudado después del fiasco de ayer. —Miró a la pareja de hadas con un gesto crítico que Roi supo dirigido a aligerar el ambiente—. Conste que fue culpa de ese niño vuestro, que ya empieza a dar problemas antes de nacer.

—Es igualito a mí —aceptó Niall con una sonrisa encantada.

—Sí, eso es lo que llevo temiéndome desde que supe que estaba embarazada —gruñó—. Muy bien —dijo cuando Niall dejó de reírse—, pues como ya has demostrado ser de ayuda...

—Más de lo que te crees —interrumpió Sara. Sonrió ante las cejas alzadas del druida, demandando más información—. Yo fui quien acabó con los *sídhe*. No podía acercarme a vosotros, pero sí podía cuidar de vosotros fuera de las protecciones de la casa.

Como Roi esperaba, después de unos momentos de indecisión, Niall fue el primero en reaccionar.

—Bien hecho —aprobó—. Pero no es suficiente.

—No, no lo es —lo apoyó Aidan, ante la mirada serena de la madre de Marta—. Pero nos encargaremos de eso cuando terminemos con lo que tenemos entre manos, ya te lo he prometido y así se hará.

—Y yo sigo sin saber a qué os referís —intervino Laura.

Por supuesto, sonrió Roi para sus adentros. Ya llevaba demasiado tiempo sin intervenir ni preguntar, sin darle más alimento a ese ávido cerebro suyo, siempre necesitado de un dato más, de un reto más. Y como sabía que las criaturas mágicas no se sentirían demasiado inclinadas a responder a sus dudas, él se encargaría de resolverlas.

—Nadie muere para siempre —explicó—. El ciclo es eterno: vida, muerte y renacimiento. Pero un nuevo ciclo, una nueva oportunidad, es demasiado generoso para esos dos.

Ella lo miró sin comprender, pero Roi esperó. Esperó porque sabía que las respuestas que encontraba por sí mismas le eran mucho más preciadas que las que los demás le facilitaban. Y, por supuesto, no lo decepcionó.

—Me estás diciendo que hay una manera de matarlos de forma definitiva —dijo, con la mirada perdida, como si solo estuviera poniendo en voz alta sus pensamientos—. Y que ellos pueden hacerlo —añadió, señalando al druida y al hada. Roi asintió—. Me parece bien —decidió por fin.

—Y a mí —masculló Diana—. Casi nos matan a todos.

Marta permaneció en silencio y, tras unos instantes, al ver que no daba su aprobación, como el resto del grupo, alzó la vista y su mirada encerraba una infinita tristeza.

—Lo entiendo —aceptó—. Pero me duele. Cumplían su papel en esta historia. Como lo cumplieron tus padres —añadió en dirección a Niall.

Este apretó la mandíbula y dejó escapar un gruñido irritado.

—Y también tuvieron su castigo —apostilló—. No es culpa mía que los dioses sean más compasivos que yo.

—Meditadlo —intervino Sara—. Después. Cuando todo esté hecho. Quizá en ese momento os sintáis más inclinados a la compasión.

—No sé yo —rezongó el hada—. Pero tampoco me importa pensarlo después. Ahora prefiero hablar de lo que vamos a hacer para descubrir lo que nos queda por saber.

—¿Puede ser mañana? —rogó Marta en un hilo de voz—. Todavía no estoy recu...

Antes de que pudiera terminar la frase, Niall la tomó en brazos y se encaminó a la puerta sin volver la vista atrás.

—Hasta mañana —se despidió antes de desaparecer con su meiga en brazos.

O'Cleary esbozó una afectuosa sonrisa, poniéndose también en pie.

—Y supongo que no tenemos más opción. —Ayudó a Diana a incorporarse y se volvió hacia Sara—. Si vienes con nosotros, te mostraré tu habitación. Ahora que ya

no hay dudas sobre tu lealtad, puedes quedarte con nosotros.

—Gracias, *fiordhraoi* —sonrió ella—. No me vendrá mal dormir en una cama, para variar.

El druida se volvió entonces hacia ellos.

—Estoy seguro de que ya has cuadrado todos tus esquemas —dijo hacia Laura—. Y no, no es una broma sexual.

—Aunque podría serlo —rio Diana. Su compañero le dedicó una mirada de falsa admonición antes de proseguir, divertido.

—Mañana hablaremos de eso. Yo intentaré descifrar el resto del libro de la abuela de Marta, con la ayuda de Sara —comentó hacia la meiga, quien asintió a modo de aprobación—. Y, con suerte, tendremos por fin las cosas claras. Y no sabes cuánto me alegro, *a'chara*.

—Y yo, amigo mío, y yo —sonrió Roi, permitiendo por primera vez en siglos que la esperanza se apoderara de él.

Sin embargo, cuando los tres se retiraron, creyó captar una mirada subrepticia de Sara hacia Laura y una extraña inquietud se adueñó de su ánimo, hasta ese momento optimista. Así que, en cuanto cerraron la puerta tras ellos, se acercó con sigilo y concentró sus bien afinados oídos en la conversación que tenía lugar en las escaleras.

—¿Qué ocurre? —inquirió Laura, aproximándose a él.

La hizo callar con un gesto que ella aceptó sin cuestionamientos y la confianza le calentó las entrañas a pesar de la incómoda sensación de nervios que se había apoderado de él.

O'Cleary parloteaba sobre el pazo, una charla intrascendente que la meiga acogía en silencio, hasta que, por fin, interrumpió su perorata, diciéndole que tenía algo que comentarle que había preferido no tratar frente al grupo. Tras unos instantes, el druida anunció que podían charlar en la sala de juegos, y Roi abrió la puerta con infinito cuidado, dispuesto a no perderse ni una sílaba de esa conversación.

Llevó un dedo sobre sus labios en el gesto universal para pedir silencio, mirando hacia Laura, y esta asintió con aire preocupado. Ni se molestó en pedirle que esperara en el salón porque sabía que su paciencia tenía un límite —uno muy escaso— y no quería arriesgarse a romperlo. Así que se limitó a susurrarle que fuera sigilosa y se encaminó hacia las escaleras.

Esperaría en el primer tramo. Aunque contaba con que el druida percibiera su presencia, no quería darle ninguna oportunidad a la meiga de hacer lo mismo, y desde ahí captaría sus palabras sin demasiados problemas.

Se concentró en la charla y la primera frase que captó avivó su malestar.

—... *se trata de Laura* —estaba diciendo Sara.

Roi se obligó a mantener las emociones fuera de su rostro, en un intento bastante desesperado por evitarle a Laura una preocupación que quizá se demostrara innecesaria.

—¿Qué pasa con Laura? —interrogó O'Cleary, entre molesto y preocupado.

—Hace años, ocurrió algo —explicó, en tono precavido—. Y tuve que intervenir. Borrar sus recuerdos. No sé si ha recordado y...

—¿Tú borraste sus recuerdos? —se escandalizó el druida. Roi se contuvo a duras penas. Solo la necesidad de saber más, de tener más datos, lo obligó a mantenerse quieto y en silencio, porque los dioses sabían que si entraba en la sala de juegos en ese instante, no iba a poder conservar el control de sí mismo—. ¿Y por qué, en el nombre de todos los dioses, hiciste semejante cosa?

—¡No lo entiendes! —exclamó la meiga, asustada. Bien. Roi la quería asustada—. La estaban volviendo loca. ¡No podía soportarlos!

—Eso no tiene sentido —la contradijo—. Nunca se les permiten más imágenes de las que pueden soportar. No es la primera vez que veo un alma en otro cuerpo, meiga.

—Y así fue —respondió, con un matiz de desesperación en la voz—. Pero eso era antes de que los poderes de mi hija se despertaran. Fue antes de...

Suficiente. La bruja estaba dispuesta a hablar y Laura merecía conocer la verdad. No la mantendría al margen. Si alguien sabía lo que era recibir la información con cuentagotas y vivir en sombras su propia vida era él. Y no permitiría que a ella le ocurriera lo mismo. Sin detenerse ni un segundo a pensar en las consecuencias de su decisión, la agarró de la mano y la arrastró escaleras arriba, hasta la sala de juegos, empleando todo lo que tenía para controlar su mal genio, sin responder a ninguna de las susurradas preguntas que ella le lanzaba, preocupada.

Abrió la puerta de golpe y recibió una mirada asustada de Sara y una sonrisa resabiada del druida, que le confirmó que sabía de sobra que había estado escuchando toda la conversación.

—Si vas a hablar de algo que la afecte, será delante de ella —dijo en un tono que no admitía réplica.

O'Cleary rio entre dientes ante la escena que componían él y su furia, la atónita Laura y la aterrorizada meiga, y se dirigió al sofá, donde se dejó caer en una postura a la que solo le faltaban un paquete de palomitas y un refresco para ser la viva imagen de un espectador entretenido.

—¿De algo que me afecte? —intervino Laura, sin alterarse. Solo su tono práctico habitual, directo a lo importante—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué pasa?

—Esta mujer sabe algo de tu pasado —explicó Roi, mirando a la bruja con expresión amenazante—. Y te lo va a contar ahora mismo, ¿verdad?

—Yo lo haría —canturreó O'Cleary—. Ni Niall puede controlarlo cuando se pone así.

—Pero no puedo —protestó la mujer—. La otra vez... Las consecuencias...

—Esto no es la otra vez —replicó Roi—. Habla. Ahora —añadió en un bramido.

—Sara, por favor —rogó Laura—. Tengo derecho a saber.

La mujer la contempló unos instantes, debatiéndose en silencio, y, por fin, dejó escapar un hondo suspiro y fue a sentarse en el taburete, con actitud derrotada.

—Está bien —aceptó. Volvió a suspirar y comenzó su relato—. Cuando erais niñas, antes de que yo descubriera la marca de sus poderes, antes de que se escapara y convirtiera la arena de la cala en vidrio con su fuego, mi hija encontró el libro de su abuela, y os convenció para llevar a cabo uno de sus conjuros.

—Lo recuerdo —interrumpió Laura, con el ceño fruncido en un gesto de intensa concentración—. Tendríamos unos ocho o nueve años. Lo había olvidado. ¿Cómo pude olvidarlo? —murmuró en lo que era una pregunta dirigida tan solo a sí misma. De pronto, sus ojos se abrieron de par en par, en una expresión que contenía tanta sorpresa como miedo—. Fuimos a la cala —musitó—. Fuimos a la cala y... —Lo pensó un instante—. ¿Enfermamos?

—Sí —confirmó Sara—. Marta no sabía lo que hacía. Algo falló, no sé bien qué fue, pero las tres enfermasteis. Estuvisteis unos días inconscientes y os recuperasteis sin más. Todo el mundo pensó que era un virus, pero yo sabía que tenía que haber algo más. Y lo que pasó a continuación me lo confirmó —añadió, sacudiendo la cabeza en un gesto de tristeza.

—No recuerdo nada —se lamentó Laura—. No lo recuerdo —repitió, agobiada. Roi pasó un brazo por sus hombros y la estrechó contra él, prestándole el silencioso apoyo que sabía que necesitaba—. ¿Por qué no lo recuerdo?

—No sabía qué hacer —dijo la meiga en tono de disculpa—. Cuando recuperaste la consciencia, no eras la misma niña.

—¿Qué quieres decir con eso? —masculló Roi, agresivo.

—Estaba descontrolada —explicó Sara—. Supongo que serían las imágenes de su pasado. El conjuro de mi hija debió de liberarlas, romper las protecciones, y su mente no pudo soportarlo. Te quebraste —añadió en dirección a Laura—. Vivías entre este mundo y el de tus recuerdos. Las dos almas competían por prevalecer. Enloqueciste.

—Sigo sin recordar —gimió Laura. Sin decir palabra, O' Cleary se puso en pie, la condujo al sofá y la ayudó a tomar asiento. Roi le agradeció el gesto con una breve inclinación de cabeza y se acomodó en el reposabrazos junto a ella—. No lo recuerdo. Siempre he sido así, siempre...

—Lo único que lamento es no haber llegado antes hasta ti —dijo la meiga en tono retador—. Tu familia te llevó a Coruña, te alejó de mi alcance. Y después de visitar a todos los especialistas, sin ningún éxito, al final te internaron.

—Me... ¿Dónde me internaron? ¿Creyeron que era, no sé, esquizofrénica? —preguntó, aturdida.

—Algo así, sí —respondió—. No sabían cómo controlarte. Los ataques eran cada vez más fuertes. Temían que te lastimaras a ti misma. Le dijeron a todo el mundo que estabas con unos familiares, y yo mantuve el secreto mientras intentaba averiguar cómo llegar hasta ti. Y por fin lo conseguí, pero tardé más de un año —dijo en tono de profunda tristeza.

—Y me borraste los recuerdos —concluyó Laura, que ya había conseguido, aunque solo fuera en parte, recuperar el dominio de sí misma.

—Intenté recuperarte —se justificó Sara—. Pero no había forma. No podía deshacer lo que mi hija había hecho, y fue lo único que se me ocurrió para ayudar. Y no los borré. Solo los encerré hasta que llegara el momento. Como así ha sido —añadió, dirigiéndole una mirada de astucia a Roi, que este aceptó sin dejar que ninguna emoción aflorara a su rostro.

—Entiendo —aceptó Laura por fin—. Eso explica muchas cosas.

Y las explicaba, consideró Laura mientras Roi la guiaba con la misma precaución con la que manejaría material radioactivo hasta la cama. Sin decir ni palabra, respetando su necesidad de silencio, de estar a solas con sus pensamientos, se dirigió a la pequeña cocina y pudo oír cómo se afanaba en ella, preparando algo, tal vez una infusión, porque, aunque no se lo había dicho, era justo lo que necesitaba en ese instante.

No tenía muy claro cómo se sentía. O cómo se suponía que debía sentirse. En los dos últimos días su mundo había dado varias volteretas y un par de saltos mortales, y ella todavía no tenía muy claro dónde estaba el suelo. Desde luego, no bajo sus pies, porque estos parecían muy poco dispuestos a sostenerla. Las revelaciones de la madre de Marta solo habían sido otra pirueta más, pero, al parecer, su cerebro había decidido que ya era suficiente. Que necesitaba ordenar los datos cuanto antes, o acabaría colapsando.

Y mientras Roi seguía ocupado en la cocina, se dedicó a analizar todos los acontecimientos con calma, a ponerlos en orden y a decidir cómo reaccionar ante cada uno de ellos.

Dato: había sido la mujer de Roi en otra vida y la habían asesinado, a ella y al hijo de ambos, como parte de un ritual para salvar a su pueblo.

Conclusión: no podía hacer nada al respecto. El pasado no iba a volver y no había forma de modificarlo o alterarlo. Solo le quedaba aceptar esa premisa y seguir avanzando.

Dato: sentía algo por ese hombre, y por mucho que el druida las Navidades pasadas hubiera tenido mil dudas sobre si quería a Diana por sí misma o porque contenía su magia, Laura no sentía ninguna vacilación al respecto. Lo que había entre Roi y ella formaba parte de su presente, no de ese pasado que no podía considerar como suyo aunque quisiera.

Conclusión: ya que él también había reconocido los mismos sentimientos, no había mucho más que hacer que aceptarlos y ver dónde los llevaba ese camino. A partir de ese momento, y hasta que las circunstancias cambiaran, si es que cambiaban, estarían juntos con todas las consecuencias. Y reconoció, como una nota al margen, que se alegraba por ello.

Dato: había perdido la razón al recuperar sus recuerdos y su familia la había internado en quién sabía qué institución psiquiátrica. No podía culparlos por ello y, sin embargo, sabía que, de un modo inconsciente, se había pasado toda la vida haciéndolo. No se llevaba bien con ellos, apenas tenían relación, y Laura se conocía lo bastante a sí misma, y era lo bastante sincera, como para reconocer que era en gran parte culpa suya. Aunque se hubieran borrado sus recuerdos de esos tiempos, algo en



su interior seguía rechazándolos por haberla alejado de su lado, por no haberla ayudado o apoyado.

Conclusión: su familia había hecho lo más lógico. Había actuado como lo habría hecho ella misma, como dictaba el sentido común, y si de algo se preciaban los suyos era de actuar siempre bajo los dictados de la razón pura e implacable. Así que, tal vez, ahora que poseía todas las variables, debería reconsiderar el problema a la luz de ellas y actuar en consecuencia, pero eso podía esperar a que solucionaran todos los temas mágicos. De todas formas, tampoco se sentía demasiado unida a ellos, y quizá fuera imposible recuperar los años perdidos. Ahora eran unos extraños con los que apenas cruzaba frases de cortesía, y así estaba bien.

Dato: aunque su familia se parecía a ella a la hora de valorar un problema y tomar el camino más sensato, al margen de las emociones, ella era la que más lejos llegaba en esa forma de actuar. No parecía demasiado aventurado deducir que esa doble naturaleza que no le habían permitido conocer la obligaba a ello. No podía volver a perder el control, porque podría acabar encerrada de nuevo, sin consciencia y sin recuerdos, y una parte de sí misma debía darse cuenta de ello, aunque solo fuera de forma subliminal.

Conclusión: no podía negar los dictados de toda una vida, pero ahora sabía que, en determinadas circunstancias, permitir que las emociones intervinieran en su día a día no iba a perjudicarla. E incluso podía ser muy gratificante, reconoció cuando Roi volvió junto a ella con una humeante infusión y una expresión precavida pintada en el rostro.

—¿Cómo estás? —se atrevió a preguntar por fin cuando ella aceptó la taza, agradecida.

—Bien —dijo con voz firme. Él enarcó una ceja, quizá de sorpresa, quizá solo en demanda de más explicaciones—. Estoy bien —sonrió—. No puedo hacer nada para cambiar lo que ya ha sido. Y sí, quizá soy como soy por culpa de ello, pero frente a eso tampoco hay nada que hacer.

—Así que solo queda aceptarlo y seguir adelante —afirmó Roi, con una sonrisa torva—. Me suena.

—Sí, te suena —confirmó ella—. No te preocupes, no voy a volverme loca.

—No lo esperaba —replicó él, tomando asiento en la cama, frente al sofá donde se había acomodado ella—. Siempre espero de ti que lo medites todo, que actúes con lógica. Pero...

—¿Pero? —lo animó Laura, confusa. ¿Qué «pero» podía haber en eso?

—Pero tampoco quiero que crees una coraza y lo apartes sin más. Si necesitas llorar, gritar o tan solo ser humana, estoy aquí para ti.

—Lo sé —asintió, tomando la mano que él le tendía—. Pero no voy a ponerme histérica. No es necesario. Y no estoy escondiendo nada. Entiendo lo que ha pasado y lo acepto.

—Es lo más lógico —bromeó él.

—Sí, es lo más lógico —repitió ella, sonriente.

Tomó un sorbo de té —con la cantidad exacta de azúcar, comprobó— y dejó que la infusión terminara de serenarla. Había sido demasiado para procesar en un espacio muy breve de tiempo, y algo le decía que, aunque todavía les faltaba atar cabos sueltos para que el druida pudiera preparar el ritual, los datos estaban ahí, esperando a que ella los descifrara, a que extrajera las conclusiones, a que lo pusiera todo en orden. Y la pesadilla, por fin, habría acabado.

—¿Dónde estás? —susurró Roi—. Has vuelto a perderte dentro de tu cabeza y me gustaría ayudar. Pero si necesitas estar sola, puedo bajar a la biblioteca a leer un libro. O aprovechar para traer tus cosas hasta aquí.

Laura enarcó una ceja en un gesto que era a la vez burla y pregunta.

—¿Mis cosas?

El rostro de Roi no mostró ninguna emoción, aunque algo le decía que en su interior se estaba fraguando una de esas tormentas de mal humor que solo demostraría con una frase retorcida y cargada de ironía pura.

—Podemos discutirlo, si quieres —dijo tras unos instantes—. Pero te advierto ahora mismo que no me vas a convencer. Quiero que esta sea también tu habitación.

Ella se forzó a no sonreír, a no darle la satisfacción de decir que sí sin más, quizá porque por mucho que él tuviera su carácter y quisiera controlarlo todo, ella no le iba a la zaga.

—Tengo mi propia habitación.

—Pero vas a pasar mucho tiempo aquí, y estoy convencido de que querrás tenerlo todo a mano. Es lo más práctico —negoció.

—Sí, tal vez —aceptó ella—. Pero necesito mi propio espacio.

—Que yo siempre he respetado —replicó él. Y en ese momento, se dio cuenta de lo bien que había empezado a conocerlo, porque, a pesar de su tono neutro, fue muy consciente de que estaba impacientándose.

—Lo sé —capituló, porque su intención no era iniciar una discusión, solo dejar claro que no iba a poder manejarla a su antojo—. Pero sigo necesitando mi espacio.

—Puedes seguir usando esa habitación como despacho cuando necesites estar sola —concluyó después de meditarlo unos instantes—. Pero luego vuelve aquí. —Al ver que ella seguía dudando, inspiró hondo y su expresión severa se dulcificó—. No es solo porque sea más práctico, Laura. No es solo por comodidad. Aunque me he prometido a mí mismo darte tiempo para asimilar la situación, te quiero a mi lado. Quizá no es justo que te encuentres de golpe y sin haberlo pedido con un marido, pero es lo que soy. Y soy un hombre anticuado. Quiero estar con mi familia.

—¿Eso quiere decir que cuando esto acabe piensas mudarte a mi casa? —replicó ella, intentando componer un tono de crítica y fracasando de forma miserable cuando una sonrisa se coló de contrabando en su rostro.

—Intenta impedírmelo —masculló él.

Lo pensó durante unos minutos en los que él tuvo la astucia suficiente como para

no interrumpir. Si hubiera dado más argumentos, si hubiera intentado negociar o exigir, ella se habría cerrado en banda. Pero él era demasiado inteligente, y ella tendría que andarse con mucho cuidado o acabaría manipulándola sin esfuerzo. Así que meditó con cuidado sus siguientes palabras y, cuando creyó tenerlo todo atado, dejó la infusión y le concedió toda su atención.

—Tienes razón en una cosa: no he pedido un marido. Ni lo buscaba, ni creo haberlo deseado nunca —empezó. Él se mantuvo en silencio, aguardando—. Y entiendo cómo te sientes. Y sí, aceptaré que vengas a mi casa porque me parece lo mejor para los dos, pero entiende que es una prueba y que yo tendré mi propio espacio y tú el tuyo. Si no funciona, me da igual lo que hayamos jurado ante los dioses hace eones. Te irás y tan amigos.

—Me parece justo —aceptó de inmediato. Laura enarcó una ceja ante su rápida capitulación y él dejó escapar una suave risa entre dientes—. Cuento con convencerte —explicó.

—Eres demasiado arrogante —resopló—. Ya veremos si estás a la altura de tanta soberbia.

—Por supuesto que lo estoy —replicó con una sonrisa resabiada—. Espero que la casa sea lo bastante grande, porque ya sabes que... —De pronto, la mente de Laura volvió a encender una alarma. Una de esas que resonaban por todo su cráneo cuando su hiperactivo cerebro cuadraba datos al azar. Perdió el hilo de lo que Roi le estaba diciendo y se esforzó en seguir la llamada de esa conexión mental—. ¿Qué? Tienes algo, ¿qué es? —preguntó con urgencia.

—Mi casa —musitó ella con los pensamientos dando vueltas a la velocidad de la luz.

—Como de costumbre, no te sigo —lamentó Roi—. ¿Qué ocurre con tu casa?

Ella se puso en pie y caminó por la habitación intentando atrapar el curso de sus pensamientos, que parecían querer huir de su cabeza en todas direcciones.

—Hemos mirado en el bosque, en el molino, en la casa de la abuela de Marta —enumeró sin detener sus paseos, bajo la atenta mirada de Roi—. Hemos mirado en la cala, en los alrededores del pazo, cerca de la antigua ermita.

—Y en mil sitios más, sí —intervino Roi, con todo el aire de querer que ella siguiera hablando, que no volviera a perderse en sí misma, dejándolo en la oscuridad.

Laura se detuvo frente a él cuando el último dato encontró su lugar en el conjunto y suspiró, aliviada.

—Todos tienen un reflejo en la historia pasada. Cada personaje en esta obra tiene su antagonista, su opuesto —explicó.

—Sí, y ahora todos encajan, lo comprobamos hace...

—Menos nosotros —concluyó. Al ver que él no parecía comprender, se apresuró a continuar—. Nosotros somos los mismos. Sí, quizá en mi caso es otro cuerpo, pero se supone que tú y yo estábamos en la maldición original.

—Exacto —musitó Roi, y Laura supo que él empezaba a ver dónde quería llegar.

—Mi casa está a las afueras, en la parte más antigua del pueblo. Y según cuentan las malas lenguas, se construyó sin permiso sobre unas ruinas que el constructor no declaró —añadió, y se mantuvo a la espera, a ver si él confirmaba sus impresiones.

—Así que piensas que el refugio de la traidora debería estar en tu casa, porque es otro elemento que tampoco ha variado. —No le llevó demasiado tiempo y, como de costumbre, su respuesta fue cautelosa, pero Laura sabía que lo había convencido, así que se reafirmó en sus conclusiones—. Tenemos que decírselo a O’Cleary. —Al ver que ella se dirigía ya hacia la puerta, se puso en pie para detenerla—. No. Mañana.

—¿Para qué esperar? —preguntó, molesta—. Cuanto antes, mejor.

—Aunque no lo diga, Aidan está agotado —explicó en tono paciente—. El ritual ya ha consumido gran parte de su magia, pero además ha tenido que ayudar a Niall a recuperarse. Déjalo descansar esta noche. Aún falta mucho para *Lughnasadh* y unas horas no van a suponer una diferencia.

Laura maldijo para sus adentros. Ese tipo de cosas siempre le pasaban desapercibidas. Por eso la mayoría de la gente la consideraba fría e insensible, y aunque tenía que reconocer que sus emociones no estaban tan a flor de piel como podían estarlo, por ejemplo, las de Diana, cuya temperatura era más baja y más comfortable, no descartaba temas como el del cansancio o la tristeza por falta de consideración, sino porque, sin más, no se le ocurría pensar en ellos. Su cabeza encontraba la solución a un problema y no paraba de dar vueltas en círculo hasta que la ponía en práctica, sin importar el resto de las variables que no intervenían de forma directa en él.

A la fuerza, y gracias a sus amigas, había aprendido a considerar esos asuntos antes de actuar, pero todavía se le escapaban muy a menudo, como acababa de demostrar. Así que asintió y volvió a su asiento, inquieta.

—Tienes razón, por supuesto —concedió—. No lo he pensado.

Para su sorpresa, Roi rio con suavidad y se sentó junto a ella.

—Para eso estoy yo —sonrió—. Para pensarlo por ti. Pero como yo no voy a dormir hasta el amanecer, y te conozco lo bastante bien como para saber que no estarás en el mundo real hasta que no hables con el druida, ¿qué te parece si te ayudo a crear uno de esos esquemas tuyos para que puedas darle toda la información bien estructurada y colocada? —ofreció.

El rostro de Laura se iluminó con lo que, estaba segura, era la más brillante de sus sonrisas.

—Me parece que a lo mejor te dejo dormir en mi cuarto cuando todo esto acabe —replicó.

Roi disimuló una sonrisa que Laura no habría apreciado cuando O’Cleary sacudió la cabeza una vez más, mirando la tableta como si no terminara de creerse lo que mostraban sus anotaciones esquematizadas a la perfección con brillantes colores.

—Tiene mucho sentido —reconoció por fin—. Tiene todo el sentido del mundo —añadió.

—Y, de todos modos, no perdemos nada por probar —apostilló Niall.

—Muy cierto —aceptó el druida.

Solo Roi, de entre todo el grupo reunido en torno a la mesa del salón, captó el suspiro de alivio de Laura al ver que por fin habían entendido sus razonamientos e iban a actuar conforme a lo que a ella le parecía más lógico.

No le había concedido a O’Cleary ni un minuto. Apenas había escuchado voces en el pasillo —y él ya llevaba un buen rato oyéndolas en el dormitorio del druida, aunque decidió callar para permitirle pasar un poco de tiempo en paz—, había salido de la habitación como un huracán calzado con tacones de aguja y dispuesto a arrasar toda la tranquilidad de la casa, con sus apuntes en una mano, la tableta en la otra y una expresión decidida en el rostro. Y aunque el sol ya estaba alto en el horizonte, a él no le había quedado otro remedio que ignorar el dolor de sus huesos, que clamaban por volver a su refugio y seguirla escaleras abajo.

Y ahí estaba, confiando en que esos dos irresponsables tuvieran la sensatez suficiente, o lo conocieran lo bastante, como para actuar como él quería.

—Tenemos que comprobarlo —insistió Niall, y Roi contuvo el aliento hasta que sus amigos le dirigieron una rápida mirada antes de comunicarse en silencio unos instantes. De nuevo, reprimió una sonrisa, esta vez satisfecha—. Iremos al anochecer.

—¿Qué? —se espantó Laura—. ¿Por qué? ¿Por qué esperar tanto? Solo es ir ahí y... —Detuvo su perorata unos instantes, consciente de que, en temas de magia, no era la más indicada para dar consejos. Pero continuó. Cómo no. La paciencia no se contaba entre sus virtudes—. Y hacer lo que sea que hagáis en estos temas, ¿no? ¿Por qué no resolverlo ya?

—Tiene razón, Aidan —medió Diana—. Cuanto antes nos quitemos esto de encima, mejor.

O’Cleary miró hacia Roi con su mejor expresión de «me debes una» y se volvió hacia las chicas.

—Ya sabes cómo es esto —empezó con un tono aleccionador que le ganó una mueca de fastidio de Laura—. Siempre es mejor usar los momentos en que la magia está más disponible, así que lo lógico, lo más eficaz, es intentarlo en la Hora Indeterminada.

—Y Roi querrá venir —susurró Marta, con su habitual empatía, al ver que Laura

parecía no decidirse. Él le dedicó una inclinación de cabeza a modo de agradecimiento, que ella aceptó con expresión plácida.

El gesto de Laura, entre testarudo y ofendido, se convirtió de golpe en una comprensión que él solo había soñado obtener. Y que le gustó mucho más de lo que era sensato.

—Oh, claro —dijo, mirando hacia él—. Lo siento, no lo he pensado. No puedes salir durante el día. —Y en ese momento pareció darse cuenta de qué hora era en realidad—. ¿Qué haces aquí? Hay mucha luz y...

—No te preocupes —sonrió, sin poderse resistir a levantar una mano y acariciar con suavidad su mejilla—. Soy lo bastante viejo como para poder aguantar un poco de luz indirecta.

—Pero duele de cojones —intervino el hada con un gruñido—, así que mejor te largas a tu habitación y ya nos veremos por la noche.

—Y, mientras tanto, yo intentaré quitar las últimas protecciones del libro de la abuela de Marta —comentó O' Cleary, poniéndose ya en pie, como si hubiera perdido todo el interés por el resto de la conversación.

—Yo iré contigo —dijo Marta—. A lo mejor puedo ayudar.

—Y donde va mi brujita, voy yo —anunció Niall.

Laura y Diana permanecieron en su sitio, dubitativas, mientras los demás abandonaban la cocina sin más dilación. Estaba claro que la mujer del druida no tenía el menor interés en pasar el día enredada en asuntos arcanos —y no solo por el modo en que miraba de forma obstinada su taza de café, como si pudiera hacer que se llenara de nuevo por la fuerza de su voluntad— y Laura se debatía entre su interés por ver resuelto el problema y su escaso conocimiento del protocolo social, que debía estar diciéndole que quizá debería acompañarlo.

Y, puestos a ser sinceros, él habría preferido que lo acompañara, pero entendía su necesidad de respuestas y de espacio, así que acalló los gritos del demonio egoísta que no había sido consciente de poseer hasta ese momento y se acercó a la nevera para coger una botella de agua, más por retrasar un poco el instante de marcharse que porque la necesitara de verdad.

—Bueno —empezó en el tono más ligero que pudo invocar—. Pues, con vuestro permiso, voy a seguir el consejo del hada por una vez, y me voy a dormir un rato. Os veré al anochecer —informó, aproximándose a Laura para darle un ligero beso de despedida en los labios.

—Eh, eh, un momento —protestó Diana. Dejó la taza de café en la isleta de la cocina y se puso en pie, con los brazos en jarras y una expresión decidida en el rostro—. A mí no me engañas, listillo.

Roi enarcó una ceja, fingiendo sorpresa, aunque sabía muy bien por dónde iban los procesos mentales de la pelirroja.

—Discúlpame, *miña dona*, pero no te sigo —dijo, más divertido que molesto.

Diana resopló y su flequillo color sangre se elevó sobre su frente para volver a

descender, desordenado, sobre ella.

—Lo siento, pero voy a aprovechar que estáis los dos aquí y que no hay nadie más que nos interrumpa, y los dos sabemos que tú —añadió, señalándolo con un dedo amenazador— puedes quedarte sin que te «duela de cojones» —remató, imitando con más bien poco éxito el tono burlón de Niall.

—Diana —medió Laura—, no puede estar al sol y yo necesito...

—¡Y un cuerno no puede! —protestó su amiga—. Hace unos meses lo encontré en la puerta, bajo el tejadillo, y Aidan dijo que era lo bastante viejo como para poder estar fuera siempre y cuando no le diera el sol de forma directa. Lo que pasa es que está intentando escabullirse.

—¿Es eso cierto? —preguntó Laura, sin parecer ofendida por el engaño. Como de costumbre, lo único que le preocupaba era tener toda la información.

—Más o menos —respondió él, encogiéndose de hombros—. Era enero. El sol tenía menos fuerza. Y sí, estaba fuera, pero... ¿cómo era, *miña dona*? —inquirió hacia Diana.

—Dolía de cojones —afirmó esta con aire solemne.

—Exacto —aceptó él, sin molestarse en repetir la frase—. El caso es que puedo estar aquí sin demasiados problemas, aunque sí me siento incómodo. Y, con franqueza, necesito descansar.

—Pues ya está todo dicho —aproboó Laura—. Tú vas a dormir y Diana y yo vamos a ver si...

—Ah, no, no, no, qué va —gruñó su amiga—. No será más que un minuto y, total, no vamos a entender nada de lo que estén haciendo los otros, así que... —Volvió a su asiento junto a la isleta y los miró con una expresión que decía bien a las claras que no se iba a dejar convencer. Roi dejó escapar un suspiro resignado y se apoyó contra la encimera, aguardando—. ¿Habéis pensado en qué vais a hacer cuando todo esto termine?

Roi se sintió muy tentado a contestar, pero estaba convencido de que lo que saldría de sus labios sería una afirmación directa y decidida, y no tenía demasiadas ganas de volver a discutir con Laura sobre el tema, así que esperó a que ella tomara la iniciativa. Sabía que podría convencerla de que permaneciera a su lado, pero también era muy consciente de que, si la presionaba, podía salir corriendo en dirección contraria, y ya había pasado demasiado tiempo en una búsqueda infinita como para empezar una nueva. Así que calló, sabiendo que no iba a tener que esperar demasiado tiempo.

—Diana, de verdad —protestó Laura al cabo de unos segundos—, me parece genial que quieras cotillear, pero podemos hablar esto en cualquier otro momento. —Al ver que su amiga no parecía dispuesta a ceder, suspiró—. Vale, si tanto te interesa, Roi vendrá a mi casa y probaremos a ver qué...

—No. No me has entendido. No es por cotillear —interrumpió Diana con brusquedad. Roi enarcó una ceja, sorprendido, y vio cómo, a su lado, Laura hacía lo

mismo. La mujer del druida volvió a resoplar, como si estuviera indignada por su falta de comprensión—. Marta se irá al otro lado, con Niall. Y yo me iré con Aidan, porque, al fin y al cabo, estoy hasta las narices del bar y de este pueblo —enumeró—. ¿Y vosotros? No quiero que... —Vaciló cuando su voz se quebró de forma casi imperceptible. Tomó una honda inspiración y continuó—: No quiero perder a una de mis dos mejores amigas. Y el tiempo no es el mismo en los dos lados y yo... —su voz se iba acelerando, ganando en volumen y rapidez a medida que ponía sobre el tapete sus temores— yo no quiero perder contacto con ninguno de los dos. No quiero que...

—*Miña dona* —se apresuró a intervenir Roi, inquieto, y maldiciendo para sus adentros su falta de previsión—, eso no tiene por qué pasar.

—¡Pero pasará! —interrumpió Diana—. Los tres sabemos que pasará.

—Diana, estoy segura de que... —trató de intervenir Laura, aunque él sintió un filo de pánico en su voz y volvió a insultarse mentalmente por no haber pensado antes en ese problema.

—No —interrumpió otra vez, alzando una mano frente a ella a modo de improvisada barrera—. No, no me vale. Necesitamos una solución. Y vosotros —dijo, señalándolos con un gesto amplio— sois las dos personas más lógicas que conozco, así que ya podéis ayudarme a encontrarla, porque no pienso perderos. No voy a... —Vaciló un instante y una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla. Una lágrima que ella se secó con un gesto brusco, como si la ofendiera su propia demostración de debilidad—. Buscad una solución. Cuanto antes —ordenó antes de salir por la puerta en un revuelo de rizos rojizos.

Tras el fuerte portazo, el silencio cayó a plomo sobre ellos. Roi tomó un sorbo de agua mientras ponía en orden sus pensamientos, tratando de adelantarse a lo que Laura iba a necesitar. Porque, sí, él sabía de sobra que el momento de las despedidas llegaría, y había dispuesto de muchos años para prepararse, pero apenas podía recordar cómo se había sentido la primera vez que se había dado cuenta de que su amistad con esos dos tendría una fecha de caducidad. Y, en una actitud muy poco propia de él, había dejado el problema para más adelante, imaginando que estaría tan feliz por haber llegado al final de su condena que no le resultaría tan difícil apartarse de O' Cleary y del hada. Y que tal vez habría una solución que no vería hasta el final, hasta que el momento llegara.

Pero, por una vez, había cometido un error de cálculo garrafal, porque ahora que se acercaba el día, notaba un pinchazo agudo a la altura de la quinta costilla que se agravaba cada vez que tenía que descartar una posible solución.

Apenas era capaz de pensar en lo que supondría para Laura, que no había tenido tanto tiempo como él para aceptarlo.

—No lo había pensado —susurró ella, por fin, con un hilo de voz que tuvo que esforzarse en descifrar—. No sé cómo no lo había pensado.

Roi suspiró, sin saber muy bien qué podría decir para serenarla.



—Es normal —musitó, aproximándose a ella para estrecharla entre sus brazos. El que no se apartara ni se tensara, más que alegrarlo, le preocupó—. Con todo lo que teníamos entre manos, es normal que no te dieras cuenta.

—Pero tú sí lo habías pensado —afirmó con un tono casi inaudible. Alzó la vista para encontrar sus ojos y la bestia se agitó inquieta en el interior de Roi al percibir la tristeza que nadaba en ellos—. ¿Verdad? —insistió.

—Sí —contestó después de unos segundos—. Pero hay demasiados caminos, demasiadas decisiones.

—No me mientas, Roi —dijo, irritada, recuperando parte de su fuerza y compostura—. Tú no.

—Nunca te he mentado, y no voy a empezar ahora —masculló, controlando a duras penas su irritación—. Lo pensé hace mucho tiempo. No por ti, porque aún no te conocía, pero sí por mí. No eres la única que va a perder amigos.

—Lo siento —concedió ella tras unos instantes.

Roi tomó aire en una brusca inspiración y miró al techo como si pudiera encontrar la respuesta a todas las inevitables preguntas dibujada con magia en su superficie.

—Laura —comenzó, sin saber muy bien lo que iba a decir a continuación—. Siempre he sabido que en algún momento llegaría el final y, con él, las despedidas. Cuando me libere, se liberará también mi pueblo y, aunque sé que necesitarán mi ayuda, no tengo ni idea de cómo va a ocurrir. Tampoco tengo ni idea de los planes de Ona que, créeme, lo ve todo, todos los infinitos caminos del tiempo, todos los posibles giros de la Rueda mucho antes que cualquiera de nosotros. Ni tengo ni idea de cuáles son los planes de los dioses o de si seguiremos vivos en el amanecer que seguirá a *Lughnasadh*. Y no puedo enfrentarme a un problema con tan pocos datos y tantas variables —añadió en una aclaración que ella podría asimilar—. Y tú tampoco.

El silencio que siguió a su discurso se le presentó como una auténtica eternidad. Sabía que ella estaba cuadrando todos los datos en su atareada cabeza, descartándolos y encajándolos con la más pura lógica. La bestia y el hombre querían intervenir, ayudarla, solucionar los problemas para ella, allanarle el camino, pero la razón debía imponerse. Laura necesitaba su espacio, su tiempo para tomar una decisión por sí misma, y a él no le quedaba más remedio que concedérselo, por mucho que cada segundo de silencio fuera un dardo que se clavaba en su cuerpo, incitándolo a intervenir.

—Tienes razón —aceptó Laura por fin, apartándose un poco de él—. Pero eso no quiere decir que vaya a dejar el tema así. Necesito una solución, y la tendré —añadió con un tono que lo desafiaba a contradecirla.

—Y yo estaré a tu lado para ayudarte a encontrarla —sonrió, aliviado.

Había sido un día difícil. De los más difíciles que Laura podía recordar, y eso que su memoria funcionaba con la precisión de un reloj suizo. A pesar de lo que le había dicho Roi, cada célula de su cuerpo la impulsaba a encontrar una solución al problema porque eso era lo que ella hacía, lo que ella era. Resolvía problemas. Y lo hacía en el momento en el que se presentaban, porque había comprobado que, cuanto más se esperaba, peor se volvía la situación.

Sin embargo, no había tenido ocasión de hablar con el druida, que había pasado el día encerrado con las hadas en el salón, enfrascado en el libro de la meiga y sin darle ni la más mínima oportunidad de interrumpir. Solo habían apartado la vista del texto el tiempo suficiente para coger un par de trozos de *pizza* que Diana había dejado sobre la mesa y habían vuelto al trabajo, hasta que Laura no pudo soportarlo más e, incapaz de ponerse a trabajar ella misma, había ido al piso superior con la intención de echar una siesta en su habitación.

Pero, en lugar de dirigirse hacia ahí, sus pies la condujeron al dormitorio de Roi. Se había quedado ahí, preguntándose cómo había llegado y qué pretendía, y a punto estaba de dar media vuelta y marcharse cuando la puerta se había abierto y Roi había aparecido frente a ella, desnudo y adormilado, y, sin darle ni un minuto para reaccionar, la había arrastrado con él a la cama.

Y, durante algún tiempo, Laura se permitió no pensar, aunque tampoco él le había dejado mucha más opción.

Ese hombre podía ser muy convincente cuando se lo proponía, y se lo había propuesto con ganas.

Sin embargo, ahora que se dirigían al pueblo —caminando, porque en el poco práctico coche de Aidan no cabían los seis—, la ansiedad estaba regresando, de forma lenta, pausada, pero implacable.

—Deja de pensar —susurró Roi, que paseaba en silencio junto a ella en actitud relajada, como si en lugar de dirigirse a lo que podía ser un gran paso para solucionar sus problemas, hubieran salido solo a airearse un rato—. No puedes hacer nada ahora mismo, así que déjalo para otro momento.

—Sabes que no puedo —protestó en voz baja—. Necesito...

—Lo que necesitas es tranquilizarte —la interrumpió con severidad—. Espera a mañana y te prometo que iremos los dos a comentárselo a Aidan. Nosotros no tenemos forma de arreglarlo. Él... Bueno, si él no puede, entonces no hay solución.

Laura inspiró hondo, dispuesta a replicar, pero una vocecita desconocida en el fondo de su mente le dijo que él tenía razón, que la magia y sus senderos no eran un tema de su competencia. Que, una vez más, tendría que ceder el control a alguien más preparado para asumirlo, y que solo le quedaría esperar y ayudar en lo que pudiera, y

solo si se lo pedían. Y aunque esa voz tenía toda la razón del mundo, y ella se preciaba de tomar siempre el camino más sensato, no le resultó fácil ceder y aceptar los planes de Roi.

Irritada, y sin saber muy bien si consigo misma, con la situación o con el druida y el hada por no haberlo considerado antes, alzó la vista hacia el cielo y dejó escapar un hondo suspiro.

Caminaron en silencio, rodeados por la serenidad de las horas nocturnas, recibiendo la caricia del aire fresco de la noche en el rostro, hasta que, por fin, las primeras casas del pueblo se recortaron en la distancia, aliviando la monotonía del negro manto que los rodeaba.

A esas horas, casi al filo de la medianoche, Mancñeirras estaba en total y absoluta calma. Hasta los muchísimos gatos que rondaban por sus calles parecían haberse tomado un respiro en sus quehaceres nocturnos, dejando el pueblo con un aspecto de ciudad fantasma, abandonada y solitaria.

Cruzaron la calle principal y, al pasar por la casa del boticario, Laura no pudo reprimir un escalofrío al recordar el punto en el que todo su mundo había empezado a desmoronarse a su alrededor.

El sonido de sus pasos, de los pasos del grupo, resonaba en el empedrado de la acera, con un eco que atronaba en las calles de la villa dormida. De forma casi inconsciente, todos ralentizaron el paso, sin ponerse de acuerdo, sin comentarlo, como si no quisieran arrancar a los habitantes de su bien merecido descanso.

Y, por fin, tras unos minutos de oscuridad y silencio opresivo, cruzaron el pueblo y su casa se recortó orgullosa frente a ellos. Era una construcción amplia, de una sola planta, levantada en sólida piedra gallega, que Laura había ido restaurando y arreglando poco a poco a lo largo de los años, después de que su familia se trasladara a Coruña con un beso distante de despedida y un comentario poco emotivo sobre mantener el contacto. Durante esos días, la naturaleza se había liberado de las cadenas con las que la sometía gracias a unas buenas tijeras de podar y una segadora, y unas cuantas plantas trepadoras habían invadido las escaleras de la entrada y reptado por la superficie de la fachada como si pretendieran animar su sobriedad.

Porque, sí, adoraba su casa, pero en ese momento, no supo por qué, tuvo que reconocer que era un fiel reflejo de su personalidad: práctica, sensata y con los ornamentos justos para resultar bella. Era hermosa, pero, quizá por la escasa luz, por el momento o porque, por mucho que quisiera negarlo, se estaban produciendo algunos cambios en su interior, le pareció fría. Sin identidad propia. Triste.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos absurdos y la voz del druida, hablando en susurros con Niall, la devolvió a la realidad.

—¿Lo sientes? —estaba preguntando.

—¿Estás de coña? —replicó el hada, incómodo—. Lo que no sé es cómo no lo notamos antes. Llevo desde que entramos en el pueblo con los nervios de punta.

—La ocultación —respondió Aidan, como si eso lo aclarara todo.

Y así debía de ser, porque Niall se limitó a asentir y a seguirlo hasta la puerta.

—¿Estáis seguros de que sigue atada? —preguntó Marta en un susurro.

—Me encanta la confianza que tenéis en mí —masculló el druida. Pero, al ver que la chica seguía esperando, dejó escapar un suspiro de rendición—. Sí, está atada. Pero eso no quiere decir que tengamos todo el tiempo del mundo, porque estoy seguro de que todavía se pueden sacar algún truco de la manga.

—Es la hora —interrumpió Niall.

Y, como en una mala película de terror, las nubes aprovecharon para darle más énfasis a su anuncio, ocultando la luna tras un velo gris que anunciaba un próximo aguacero.

Aidan abrió la puerta y dio un único paso hacia el interior. Cerró los ojos y murmuró algunas palabras en un tono casi inaudible mientras las hadas aguardaban tras él, en una actitud de fuerte concentración.

De pronto, el aire pareció cargarse con una energía nueva, con estática, con una vibración que solo se percibía con una parte adormecida o quizá olvidada del cerebro. Laura sintió cómo se erizaba el vello de sus brazos, sintió cómo un frío que no parecía venir del ambiente exterior la envolvía, sintió cómo, a su alrededor, todo empezaba a difuminarse, a desvanecerse, a perder su esencia.

*Y, de pronto, todo era negrura e infinito, todo silencio.*

*Todo agonía.*

*Flotaba en una nada atestada, repleta de nada, cubierta de nada, dibujada en nada. Flotaba en el vacío y, al tiempo, nadaba en eternidad. Sentía el rechazo, sentía la llamada, sentía el desdén y la atracción.*

*Lo sentía a Él.*

*Nuevos recuerdos, viejos recuerdos, creencias antiguas y nuevas convicciones. En la nada había todo, y en el todo estaba ella.*

*Ella de antes, ella la que no era, la que había sido.*

*Ella sintiendo cómo la vida volvía tras haberse escapado, tras haber perdido, tras haberse rendido.*

*La vida vieja y la nueva vida, y el infinito como mudo testigo de un cambio que no podía ser, que no había sido, que si los dioses no mediaban, sería de nuevo.*

*Él la llamaba y su voz era dolor.*

*Quería pensar, quería huir, quería correr, pero no podía. Estaba atada al vacío, atada a la nada, atada al pasado que era a un tiempo su presente y su futuro.*

*Él la tentaba y su llamada era fuego.*

*Quería aferrarse a sus recuerdos, pero no los distinguía de la realidad. Quería recuperarse, pero estaba perdida.*

*Él la amaba y su amor era la muerte.*

*Alfa y omega, principio y fin, infinito y eternidad. Lo era todo. La quería. Había fallado, pero no se rendía. Sin fuerzas, sin poderes, sin nada más que la voluntad que en un tiempo lo había podido todo, intentaba atraerla.*

*—Libérame.*

*—No.*

*—Te daré todo. Te daré fuego. Te daré eternidad.*

*—No.*

*Y su voz es un gemido de angustia, agónico, doliente. Pero los recuerdos la anclan, el pasado la sostiene, lo que ha sido y es de nuevo le da fuerzas. Su murmullo se convierte en una exclamación, la exclamación en grito, y el grito en un aullido que la atrae de nuevo a la realidad.*

*Y los brazos del hombre, sus manos, firmes y seguras.*

*Manos que matan, manos que aman. Manos que acogen y dan refugio.*

*Las manos del esposo, su salvación.*

—Me ha dado un susto de muerte —dijo Roi antes de apurar su coñac de un trago.

Sin pensar muy bien en lo que estaba haciendo, solo por mantenerse ocupado, volvió a llenar la copa y tomó asiento en el sillón, ignorando las miradas preocupadas que le lanzaban sus amigos. Le importaban un infierno. Necesitaba recomponerse, recuperar la cordura. Cuando había visto a Laura caer derrumbada al suelo, junto a él, incapaz de recobrar la consciencia, los recuerdos habían caído sobre él como una inmensa ola que contuviera en su interior toda la fuerza del océano. Se había visto arrastrado por ella, por las escenas que se repetían como la marea en su cerebro, mostrándole a otra mujer, en sus brazos, en un pasado muy lejano. Y se había quedado ahí, estrechándola, sin poder ayudar, sin poder reaccionar. Solo cuando ella había parpadeado y le había dedicado una frágil sonrisa antes de desvanecerse de nuevo, había conseguido poner en marcha sus músculos. La había cogido en brazos y había regresado al pazo, sin importarle lo más mínimo las preguntas de las chicas, las demandas de sus amigos o el resultado de su maldita excursión.

Solo importaba ella.

—Está bien —lo serenó O’Cleary—. Solo necesita descansar.

—Es muy fuerte, *a’chara* —medió Niall—. Volvió ella sola, sin que nosotros interviniéramos.

—Lo sé —susurró él, solo por mantenerse anclado a la realidad y alejado de los recuerdos—. Lo sé —repitió.

—Y tú la ayudaste —dijo el druida.

—¿Yo? —se indignó—. ¡No hice nada! ¡No pude ni moverme! ¡Jamás me había sentido tan inútil! —Tras el exabrupto, hundió la cabeza entre las manos, derrotado.

—Claro que la ayudaste —insistió—. ¿No la escuchaste al volver?

Roi alzó la mirada, sin comprender. ¿Escucharla? Apenas había sido capaz de reconocer sus propios gritos llamándola. ¿Cómo iba a oír nada más?

—Dijo «Tus manos» —explicó Niall, con una sonrisa que, por una vez, no contenía ni un ápice de ironía—. Fueron tus manos las que la sacaron de donde quiera que estuviera. Bueno, eso, y el par de cojones que tiene. No te la mereces —se burló.

—Créeme, lo sé —rezongó, dándole vueltas a lo que acababa de revelar.

¿Había dicho eso? Era incapaz de recordarlo y, sin embargo, tenía sentido. Cuando los recuerdos habían llegado a ella, lo que había visto eran sus manos en los dos planos de la realidad, ayudándola, apoyándola. Y si así había sido en esa ocasión, eso podría confortarlo. Saber que, aún sin querer, había colaborado en su lucha, que la había ayudado a salvarse a sí misma, que ella había buscado su apoyo y se había servido de él para volver a su lado...

Bueno, le llevaría mucho tiempo comprender todo lo que significaba y todo lo que le hacía sentir.

—Venga, hombre, dale un respiro —estaba diciendo O’Cleary.

—Ya, ya —replicó Niall, con un gesto displicente que decía lo poquito que le importaban sus sentimientos frente a la posibilidad de disfrutar de una buena burla—. Pero, tío, es verdad, lo sabes. Me vuelven loco las mujeres fuertes. Y la tuya es de las más duras, *a’chara*.

—Digna de tu pueblo —aprobó el druida—. Y sí te la mereces, diga este imbécil lo que diga.

—Ahora mismo no me siento como si fuera así —reconoció a regañadientes—. Me siento como si no estuviera a la altura, como si no me necesitara, como...

Para su sorpresa, el druida rio con suavidad entre dientes.

—Y te pasará muchas más veces —dijo, burlón—. Acostúmbrate.

Él lo miró, ofendido. ¿Dudaba de su capacidad para defender a su mujer, a su familia? ¿Cómo diablos se atrevía?

—No te cabrees, hombre —rio Niall—. Nos pasa a todos. Quieres protegerla, y lo entiendo, a mí me pasa lo mismo. Y a él —añadió, señalando a O’Cleary, que le devolvió una sonrisa de compañerismo cargada de ironía—. Pero son demasiado fuertes como para permitirlo. Y está bien, porque, reconócelo, no la querrías de otro modo. Lo único que puedes hacer es estar ahí por si necesita tu ayuda, y aguantarte el resto del tiempo.

—Y dejando que haga lo que le dé la gana, porque lo va a hacer de todos modos —sonrió el druida.

—Y rezando a todos los dioses para que ella no se entere de que es así —apostilló Niall.

—¿A qué dioses? ¿A él? —masculló Roi señalando a O’Cleary—. Pues estoy apañado.

—Como todos —contestaron sus amigos a dúo, antes de estallar en carcajadas.

Roi sacudió la cabeza, reacio a dejarse arrastrar por el buen humor general aunque solo fuera por pura cabezonería. La impotencia que había sentido al tenerla inconsciente entre sus brazos, como la había tenido cuando su alma habitaba el cuerpo de Sorchá, lo había dejado hecho un guiñapo. Estaba agotado, con ese agotamiento emocional al que siempre intentaba resistirse y necesitaba hacer algo útil que le devolviera, aunque solo fuera en parte, un poco de su orgullo.

Por supuesto. Eso era lo que tenía que hacer.

—O’Cleary —llamó, ignorando el intercambio de pullas entre él y el hada.

—Dime, *a’chara* —respondió y, quizá al ver la expresión de Roi, se esforzó en componer un tono serio e interesado—. ¿Ocurre algo?

—¿Has pensado en qué va a ocurrir cuando todo esto termine?

—Pues una de dos: estaremos muertos o seremos libres —replicó Niall en tono alegre, antes de que el druida pudiera contestar.

—No se refiere a eso —lo frenó, mirando a Roi con astucia—. ¿Verdad?

—No, no me refiero a eso —confirmó él, incómodo.

Porque por mucho que se dijera a sí mismo que iba a tener esa conversación por Laura, por asegurarse de que pudiera seguir viendo a sus amigas, de que no perdiera una parte importante de su vida, en el fondo, muy en el fondo, no le quedaba más remedio que reconocer que también lo hacía por él, por ellos. Porque, sin querer y a regañadientes, habían terminado por convertirse en su maldita familia.

—Mira que eres gilipollas —replicó Niall, ofendido.

—¿Perdona? —dijo en tono amenazador ante el insulto gratuito del hada.

—He dicho que eres gilipollas —repitió y, por una vez, no parecía estar bromeando—. ¿En serio crees que no hemos pensado en eso? ¿Que no hemos buscado una solución? —Roi enarcó una ceja en un gesto tanto de incredulidad como de incompreensión—. Venga, no me jodas. Me gusta demasiado cabrearte como para dejar que te vayas así como así —rezongó, irritado—. Imbécil —añadió, como si se hubiera dado cuenta tarde de que necesitaba un nuevo insulto para redondear su discurso.

—Pero yo pensé... —intentó justificarse. Y se esforzó en apagar la estúpida llama de esperanza que estaba naciendo en su pecho porque, al fin y al cabo, tener esperanza nunca le había servido de nada.

—No pensaste una mierda —masculló el hada.

—Y pese a que no esté de acuerdo con cómo lo ha dicho, sí que estoy de acuerdo con lo que dice —replicó Aidan. Sacudió la cabeza en un gesto de incredulidad y alzó la vista hacia él. Su expresión, casi siempre serena y burlona, mostraba una seriedad fuera de lo común—. Hay un camino —confesó, tras lo que pareció un cierto debate interno—. No es fácil, no respeta la tradición, ni las reglas, ni...

—Ni ninguna de esas chorradas que nunca nos han preocupado —interrumpió Niall, sonriente.

—Exacto —aceptó el druida con una sonrisa malvada—. Pero puede funcionar. Y no, no voy a contártelo, porque ya bastantes normas me voy a cargar, pero quiero que sepas que sí lo hemos pensado. Y que hasta me ofende un poco que creas que no lo habíamos hecho.

—Lo siento, pero pensé que volveríais a vuestra vida y... —Se encogió de hombros, incómodo—. Bueno, yo seré humano y vosotros...

—Imbécil.

—Gilipollas.

—Eso, insultadme —protestó Roi—. Es justo lo que necesito en este preciso instante.

—Te jodes —replicó O’Cleary—. Eres un imbécil y un gilipollas. —Su expresión se suavizó y esbozó una leve sonrisa—. Pero eres nuestro imbécil y nuestro gilipollas, y ya nos hemos acostumbrado a ti.

—Y da mucha pereza encontrar a otro, la verdad —meditó Niall—. Aunque no sé



yo, porque a lo mejor cambias mucho después de *Lughnasadh*. Al fin y al cabo, ahora tienes sexo a menudo, y eso le mejora el humor a cualquiera.

—No parece haber hecho gran cosa por el suyo —reflexionó el druida—. Parece tan cabreado como de costumbre.

—¿Verdad? Y no lo entiendo. Tendría que estar de lo más relajado. —Al escuchar el bufido despectivo de Roi, Niall se volvió hacia él, sonriente—. No seas así, *a'chara*. Lo digo en serio, deberías estar de mejor humor. Y no solo por el sexo —se apresuró a aclarar—, sino porque por fin vamos a resolver todo esto. Vas a liberar a tu pueblo. Vas a liberarte tú.

—Se acabó, Roi —intervino Aidan en un susurro que parecía casi incrédulo—. Después de tanto tiempo, esto está a punto de terminar.

—Sí, ¿verdad? —sonrió él—. Os juro que no me había permitido pensarlo. Hemos fallado tantas veces, hemos seguido tantas pistas falsas... No sé, supongo que todavía tengo que asimilarlo.

—Pues asimíllalo de una vez, porque cuando llegue *Lughnasadh*, serás libre.

—O estaremos muertos —dijo Niall, burlón—. Así que tampoco tendrás de qué preocuparte.

Roi recogió la frase como la salida de tono habitual del hada, pero una voccecita en su cerebro, la de ese duende que siempre ordenaba la información cuando su mente descansaba y que luego se la presentaba en un esquema lógico, le advirtió de que era la segunda vez que hacía ese comentario acerca de estar muertos, y que él nunca solía preocuparse ni considerar siquiera que eso fuera posible, así que quizá debería profundizar un poco más en ese asunto.

—Es la segunda vez que dices que podemos morir —dijo, pensativo—. ¿Esperáis problemas?

—Bueno... —vaciló el druida. Observó a Roi como esperando que dejara correr el tema, pero él le sostuvo la mirada, impertérrito. Esos dos ya guardaban bastantes secretos y no iba a dejar pasar por alto uno que era cuestión de vida o muerte—. Siempre espero problemas. Pero es que esta vez sé que va a haberlos.

—¿Qué clase de problemas? —insistió.

Aidan lo pensó durante tanto tiempo que él llegó a creer que tendría que arrancarle una confesión a golpes. Y cada segundo que permanecía en silencio, la sensación de catástrofe inminente crecía un poco más, ascendiendo por su garganta hasta anudarse ahí, impidiéndole respirar con normalidad. Cuando por fin pareció decidirse —con toda seguridad después de haber filtrado a conciencia todo lo que iba a explicar—, lucía su mejor expresión de jugador profesional de póquer. Impertérrita, inexpresiva, vacía de toda emoción.

—Tenemos que replicar el conjuro original. Y en él, el *fomore* y la traidora estaban libres —dejó caer, esperando que él comprendiera lo que significaba ese adelanto.

Y lo comprendía. Vaya si lo comprendía. Y el nudo en su garganta se estrechó un

poco más.

—Vas a liberar sus ataduras —musitó—. Se nos van a echar encima con todo lo que tengan.

El druida asintió, sereno, y Roi reprimió una maldición que casi era un rezo.

—Va a ser divertido —decidió Niall, colocando los pies sobre la mesa en la más viva representación de la indiferencia.

Y otra reunión más. Laura había pasado por más reuniones en los últimos cinco meses que en toda su vida profesional. Pero, claro, eso solo si uno se atrevía a clasificar como «reunión» el revuelo de incoherencias, gritos, acusaciones, pullas maliciosas, salidas de tono, etcétera, que siempre tenía lugar cuando todos coincidían en la misma habitación.

Había pasado casi todo el día entre el sueño y la vigilia, incapaz de hacer nada más que estar tumbada, sospechaba que por culpa de algún tipo de influencia externa, ya fuera mágica o química, y todavía sentía la cabeza embotada y aletargada, como si sus procesos mentales estuvieran nadando en un espeso charco de melaza, y, aunque había dispuesto de tiempo más que suficiente para analizar lo que le había ocurrido en su casa, cada vez que trataba de concentrarse en ello, su mente se obcecaba en buscar otro tema menos agobiante.

Lo único que persistía en ella era una sensación de opresivo terror, ya difuminada, y un montón de imágenes absurdas, demasiado surrealistas y complejas para poder analizarlas. Y la voz, claro. Esa voz que la llamaba y la tentaba, que la incitaba a acercarse y adorarla, a rendirse a sus demandas. A punto había estado de hacerlo, de liberarla, de entregarse, pero algo en su interior, quizá un instinto dormido que podía ser suyo o podía ser de la mujer que había sido en el pasado, de Sorchá, la obligó a reaccionar, a luchar.

Y había luchado. Con todo lo que tenía y con todo lo que ni siquiera era consciente de poseer. Había luchado y había vencido, y el dolor de la criatura que la llamaba, encerrado en un grito de rabia y agonía, le había sabido a pura gloria.

Pero ahora estaba pagando las consecuencias de su valentía: un agotamiento que apenas le permitía mantenerse atenta a la conversación. Roi había insistido en que se quedara en la cama, le había ofrecido hasta grabarle la charla y comentarla con ella. Cualquier cosa con tal de que descansara. Pero ella se había negado con toda la rotundidad que le permitían sus escasas fuerzas, porque no estaba dispuesta a dejarse vencer. Un paso detrás de otro, una palabra tras otra y pronto volvería a ser ella misma. Además, a saber qué podía hacer ese grupo de chalados irresponsables si ella no estaba ahí para reconducirlos a lo importante.

Así que ahí estaba, escuchando solo a medias cómo Aidan explicaba que el libro de la abuela de Marta había confirmado lo que, desde el punto de vista de Laura, ya no necesitaba confirmación: la traidora estaba en su casa, protegida por sus conjuros, aguardando su momento.

Para su sorpresa, la conversación parecía fluir sin demasiadas interrupciones. Al parecer, ella no era la única cansada, y todo el grupo parecía dispuesto a terminar cuanto antes con los hilos sueltos y a ponerse a trabajar en cuanto hubieran repuesto

fuerzas.

La madre de Marta solicitó la ayuda de las criaturas mágicas para devolverles a los *mouros* los conjuros de ocultación que Aidan les había arrebatado sin pretenderlo con su ritual y entre los cuatro acordaron que sellarían los túmulos a la noche siguiente.

—Y podíamos intentar ganarnos su apoyo para *Lughnasadh* —sugirió Niall.

—Sí, claro, como son tan cooperativos... —ironizó Aidan.

Ese breve intercambio provocó una sacudida en la adormecida mente de Laura y se obligó a plantear la duda que la estaba rondando.

—¿Por qué?

Todos se volvieron a mirarla como si acabaran de darse cuenta de que estaba ahí, y ella se preguntó cuánto tiempo llevaría en silencio, sin participar, para que se mostraran tan sorprendidos.

—¿Por qué tratar con los *mouros*? —intentó concretar Aidan. Cuando ella asintió, dejó escapar un suspiro que, a pesar de su aturdimiento, Laura identificó como una de sus típicas reacciones a un tema que no quería tratar.

—No nos vendrá mal su ayuda —respondió, impreciso—. Son poderosos, ya los has visto. Y también cuento con tu ayuda —dijo en dirección a Sara, que asintió a modo de conformidad—. Y con las niñas —dijo a regañadientes, dirigiéndose a las hadas.

—¿Dónde están, por cierto? —intervino Diana—. Aparecieron solo para el ritual y no las he vuelto a ver. ¿Están bien?

—Pasando el duelo —musitó Marta—. Lo de Carlitos las ha afectado mucho.

—Pero lo superarán —dijo Niall con absoluta confianza—. Hablaré con ellas, de todos modos, pero estarán ahí para ayudar. Solo están pasando una mala racha, es todo.

—Ten en cuenta el poder de mi nieto, *fiordhraoi* —medió Sara—. Ya hemos tenido bastantes sustos por culpa de esa criatura.

—Es hijo de Niall —rezongó Aidan—. Su misión en esta vida es amargarme a mí la mía. Pero sí —aceptó con una honda inspiración—. Lo tendré en cuenta. No volverá a pillarme desprevenido.

—Pues si ya hemos terminado —intervino Roi, en tono impaciente—, Laura necesita comer algo y...

—Espera un momento —lo frenó el druida antes de que ella pudiera protestar por esa actitud sobreprotectora. Y calló, porque algo en su tono le dijo que lo que iba a venir a continuación era importante—. Hay algo más. —Miró a Roi con prevención y Laura se acercó más a él, intentando ofrecerle algo de apoyo—. Ya te dije que desciframos el libro...

—Sí, ya lo habéis dicho. Y ya era hora —gruñó Roi, agresivo.

—Tranquilízate un poquito, ¿quieres? —replicó Aidan, irritado—. Ya sé que quieres terminar con esto y que ella descanse, pero es importante. —Al ver que su

amigo no replicaba, continuó—: Creo, y digo creo porque a pesar de tener aquí a su hija, no conseguimos entender lo que la meiga quería decir...

—Esa maldita mujer usa más metáforas que un puto poeta —interrumpió Niall—. La mitad de las veces no sé si está hablando del *fomore* o de mi polla.

—Ya te gustaría —bromeó el druida—. El caso es que creemos...

Laura no había dedicado demasiado tiempo a pensar en ese dichoso libro. Por mucho que, a la fuerza, hubiera terminado por admitir que había otra realidad que ella no podía percibir, que la magia era algo real que se regía por sus propias reglas —unas que no era capaz de comprender por mucho que lo intentara—, un libro indescifrable, dentro de todo ese caos de situaciones incomprensibles, era algo de lo que podía prescindir. Sin embargo, como solía ocurrirle, su cerebro encajó un par de datos al azar cuando Aidan anunció que por fin iban a resolver ese tema, y una pregunta a la que no pudo resistirse, surgió en su mente y tuvo que plantearla en voz alta.

—Espera un momento. —Aidan la miró con una mueca de fastidio, pero ella ya estaba perdida dentro de su cabeza y solo podía concentrarse en su nueva duda, así que lo ignoró—. Lleváis dándole vueltas a ese libro desde diciembre. ¿Por qué no le preguntasteis a la abuela de Marta?

—Eso no funciona así, cariño —replicó Niall con aire aburrido.

—Cuando alguien pone su memoria en un libro sellado con conjuros como los que protegen a este, su memoria se borra, el libro se escribe —explicó el druida tras una larga pausa en la que, con toda seguridad, estuvo maldiciendo a Laura por su inoportuna interrupción y planteándose cómo contestarle sin que la conversación se le fuera de las manos.

—Vale. Pues no lo entiendo —intervino Diana, y Laura se limitó a asentir, porque estaba más que conforme con esa apreciación—. Voy a aceptar que se le borró de la memoria lo que puso ahí, pero ¿por qué estos dos no se llevaron el puñetero libro al Otro Lado cuando pasaron antes de *Beltane*?

—Porque no habría servido de nada —dijo Aidan, despacio, como si quisiera darles tiempo a asumirlo—. Una vez que se sella el conjuro, solo la persona elegida puede abrirlo. Y solo cuando sabe lo suficiente.

—No tiene lógica —protestó Laura.

—No lo pienses, cariño —intervino Niall, burlón—. Deja la magia para los que saben.

Diana se volvió hacia él a la velocidad del rayo y le dedicó una mirada que, de tener poderes mágicos, podría haberlo fulminado en ese mismo instante.

—¿Te refieres a los que saben tanto de magia que piensan que el libro hablaba de su polla? —masculló en tono hiriente.

El hada ni se inmutó. Esbozó una sonrisa perversa y cruzó las manos tras su nuca.

—Eh, decía «magnífica y poderosa»...

—Suficiente —protestó Aidan—. *A'chuisle*, ¿en serio piensas que si llevar el

libro al Otro Lado fuera a solucionar algo, no se nos habría ocurrido ya? —Diana se encogió de hombros con una expresión que, de haberla recibido Laura, se habría sentido ofendida. Parecía poner en duda la inteligencia de los dos hombres hasta el punto de lo insultante.

—Sí se les habría ocurrido. —La voz de Roi sonó tensa junto a ella—. Y como lo que iba a contar creo que me afecta, me gustaría terminar con este absurdo intercambio de insultos e ir a lo importante, si no es demasiada molestia.

—Tienes razón —suspiró Diana—. Tienes razón, perdona. Sigue, Aidan, ¿qué ibas a contar?

Su compañero asintió y dejó escapar un hondo suspiro.

—Como os decía, desciframos el libro y creemos... —hizo una pausa dramática que Laura consideró demasiado larga, y que casi puso a Roi en el mismísimo límite de su paciencia— creemos que hay más almas en otros cuerpos aparte de la de Laura. Las de todo tu pueblo, para ser exactos.

Roi se tensó junto a ella y se irguió en su asiento, como si así pudiera entender mejor lo que estaban intentando contarle.

—Creemos que el castigo no fue literal. Que tu pueblo está encerrado, sí, pero en un cuerpo ajeno. Y que, como Laura, solo se liberará cuando llegue el momento. En este caso, cuando se cumpla la maldición —intentó explicar Niall.

A Laura no le resultaba una explicación lógica, ni fácil de asimilar, pero había terminado por aceptar, por las malas, que había cosas que, sin más, eran así. Al menos, en asuntos mágicos.

—¿Y no podéis hacer algo para...?

—No —lo frenó Aidan antes de que pudiera formular la pregunta—. No podemos intervenir y lo sabes. Solo son unos días, *a'chara* —dijo, al ver que Roi parecía dispuesto a seguir replicando y oponiéndose—. Unos días hasta *Lughnasadh* y todo habrá terminado. Sabes que es mejor no meterse en las decisiones de los dioses.

—Tú eres un maldito dios —gruñó Roi.

—Pero me mantengo al margen del consejo. Y para ayudarte a ti —contestó Aidan, indignado—. Así que no me lo echas en cara, porque los dos sabemos...

—Tiempo muerto —medió Diana—. Basta. Tú —dijo en dirección a Aidan—. Haz el favor de no ofenderte. Y tú —añadió hacia Roi— has esperado siglos. Puedes esperar hasta la fecha de poder. Y no me toquéis las narices.

Los arrebatos de su amiga no solían tener el más mínimo efecto, pero en esa ocasión sí funcionó. Quizá porque los dos hombres se daban cuenta, aunque solo fuera de manera subconsciente, de que esa discusión no los llevaría a ningún lado. Quizá por el cansancio, quizá por todo lo que habían pasado esos días, pero funcionó. Permanecieron en silencio unos segundos, como debatiéndose entre su mal humor y su deseo de tranquilidad y, por fin, cruzaron unas rápidas disculpas y unas cuantas palabras de cortesía, sin ninguna utilidad real, antes de que el grupo se dispersara.

—Nos ha dicho mil veces que no puede intervenir —dijo Laura en voz baja, sin

saber qué más hacer, porque Roi permanecía callado, sumido en sus pensamientos, y ella no sabía muy bien cómo arrancarlo de ellos.

Él tardó tanto en contestar, que llegó a pensar que no lo haría. Pero, por fin, después de lo que parecieron horas, dejó escapar un suspiro, sacudió la cabeza en un gesto que semejaba una rendición y se puso en pie.

—Ya lo sé —reconoció—. Y no, no estoy enfadado con él. Pero, a veces... —Se acercó a ella y la tomó de la mano, guiándola hacia la puerta—. A veces me canso de esperar.

—Bueno, ya no tendrás que esperar mucho más. Y, en el fondo, esto no debería ser una mala noticia, ¿no?

La escasa luz de las escaleras apenas conseguía iluminar sus rasgos, pero incluso así Laura fue capaz de ver una expresión de sorpresa y cierta curiosidad en el rostro de Roi.

—¿Ah, no? —dijo, sonriendo apenas.

—Eso significa que, cuando recuerden, como recordé yo, estarán aquí —explicó—. Y tú estarás aquí para ellos.

Él siguió caminando, sin responder, pero Laura sabía que estaba dándole vueltas a sus frases, analizándolas y decidiendo en consecuencia. No dijo ni una sola palabra hasta que llegaron a su habitación. Roi abrió la puerta y le cedió el paso, y aunque se había propuesto no dejar que la avasallara, hasta ella sabía que no era el momento adecuado para discutir con él sobre dónde dormir, así que se adentró en el dormitorio sin más cuestionamientos mientras su cabeza daba vueltas planeando la inevitable conversación.

Para darle tiempo y espacio, anunció que se iba a dar una ducha, y él recibió el comentario con un gesto distraído, como si en realidad no la hubiera escuchado.

Se demoró mucho más de lo necesario, aunque una tensión desconocida en su interior la empujaba a apresurarse y volver junto a él. Sin embargo, no quiso escucharla, porque, aunque se moría por ayudar, también sabía que él necesitaba tiempo antes de poder aceptar su ayuda. Así que permaneció bajo el agua caliente durante un buen rato, dejando que relajara sus músculos, tensos por toda la presión de los días pasados, y lamentó por unos instantes no haberle hecho caso a Roi al ver que no podía perder más tiempo, ya que no tenía ni sus cremas, ni su secador, ni nada que la distrajera durante unos minutos más. Así que se envolvió con calma en la toalla y salió del baño.

Lo encontró casi en la misma postura que lo había dejado, sentado en el sofá, aunque debería haberse movido en algún momento, porque se había deshecho de su levita y sus botas. Sumido en la penumbra y con la vista fija en algún punto de la pared.

—Voy a preparar un té —anunció Laura—. ¿Quieres algo?

—No, muchas gracias —respondió en voz baja—. ¿Necesitas...?

—No —interrumpió—. Quédate ahí. Sé dónde está todo.

Preparó la infusión, recreándose en todo el ritual para poner en orden sus pensamientos, para darse tiempo a preparar la charla que tenía prevista, pero antes de que hubiera acabado, lo sintió acercándose a sus espaldas. Las manos de Roi se posaron en sus hombros antes de que la besara con suavidad en el cuello y ella dejó lo que tenía entre manos para apoyarse contra él.

—Deja eso —susurró él, dándole la vuelta para poder encararla—. Laura, esto es difícil —empezó.

—Lo sé —asintió ella, porque ya había analizado todas las posibles alternativas y los motivos del silencio incómodo que se había establecido entre ellos y tenía muy claro lo que podía esperar. Así que cuando él abrió la boca para empezar a explicarse, no se lo permitió—. Llevas mucho más tiempo del que soy capaz de concebir buscando liberarte y liberar a tu pueblo —dijo. Roi abrió la boca para replicar y ella lo interrumpió—. No, déjame acabar. —Se apartó de su lado, dándole la espalda, porque estaba segura de que se concentraría mucho mejor sin el calor de su cuerpo distrayéndola—. Yo aparecí en tu vida hace nada, y al principio ni siquiera podíamos soportarnos. —Se volvió hacia él, que aguardaba apoyado contra la encimera, en silencio—. Y no es justo que te haga elegir entre tu pueblo y yo, suponiendo que Aidan encuentre una solución para que no perdamos el contacto con ellos.

—Laura —empezó él—, he hablado con O’Cleary y el hada, y aunque no me han dicho qué están tramando, creen tener una solución para que no pierdas a tus amigas, y dudo que sea quedarnos todos aquí, en amor y compañía.

—Sí, yo también lo dudo —sonrió—. Echan de menos su hogar, y lo entiendo.

Roi continuó, como si ella ni siquiera hubiera intervenido en la conversación.

—Tú no quieres que elija entre mi pueblo y tú, y yo no deseo que elijas entre tus amigas y yo. No por generosidad, créeme —rio sin humor—. Es porque eso estaría siempre entre nosotros. Y acabaría por hundirnos.

—Lo superaríamos —protestó ella.

—O no —refutó él con calma.

—Entonces, ¿qué hacemos? —murmuró Laura después de unos instantes en los que, por primera vez, no conseguía saber lo que era más lógico, más racional.

Se sentía dividida, como si tiraran de ella en direcciones opuestas y con la misma fuerza. Nada la inclinaba en un sentido o en otro, nada aparecía para empujarla y ayudarla a decidirse. Nada pesaba más, ni menos.

Por un lado, deseaba quedarse con él, con su trabajo y con su vida y ver dónde los podía llevar ese sentimiento nuevo o ese matrimonio más antiguo que el tiempo. Por la otra, sus amigas eran su familia, mucho más de lo que lo había sido jamás la de sangre. ¿Y tenía que decidir? ¿Por qué no podía tenerlo todo?

—No tienes que pensarlo ahora —susurró Roi, acercándose de nuevo a ella—. Disfrutemos del presente, ¿de acuerdo? El mañana ya vendrá y con él las nuevas decisiones. Además —añadió con una sonrisa torva—, podemos estar muertos la mañana después de *Lughnasadh*.



Y aunque odiaba no tomar decisiones, no tenerlo todo pensado, planificado, medido, Laura optó por la que entonces sí se presentaba como la mejor opción: sonrió, aceptando la broma, y decidió disfrutar del tiempo que tuvieran sin pensar en nada más.

El paseo por el monte en esas calmas horas nocturnas, rumbo a los túmulos de los *mouros*, era justo lo que Roi necesitaba para aclararse la mente. La suave brisa que traía consigo humedad y frescor parecía filtrarse a través de sus poros y despejarle por fin la cabeza.

O'Cleary y él caminaban en silencio, entre pinos y *carballos*, con los pies hollando el espeso verdor de la naturaleza sin domeñar, apartando un *toxo* aquí y una rama perdida allá. A su alrededor, la vida del bosque volvía a latir con fuerza. Criaturas terrenales y mágicas se alejaban de su camino, acechantes unas, curiosas otras y prudentes la mayoría. La brisa susurraba entre las ramas, paciente, como si quisiera acompañar su ritmo al tranquilo caminar de los dos hombres. En lo alto, más allá de las copas de los árboles, el cielo anunciaba calma, un próximo amanecer brillante y libre de nubes, y un pálido halo cremoso rodeaba la luna, apenas un gajo etéreo que colgaba de la negrura tan solo interrumpida por el titileo de las estrellas.

Roi inspiró hondo y a su olfato llegó el aroma de la hierba húmeda por la helada nocturna, de hierbas, flores y hojas caídas y sin vida que alimentarían la tierra para la nueva vida que crecería en ella. Era un olor que le recordaba el ciclo infinito de la naturaleza y el eterno renacer, que lo serenaba y lo ayudaba a centrarse en el siguiente paso, en el siguiente minuto, sin intentar ir más allá. La Rueda giraba sin detenerse, y él solo podía esperar a ver dónde los llevarían las decisiones que estaban tomando.

O'Cleary se detuvo y miró a su alrededor. Después de unos instantes, eligió un rumbo que a cualquier observador casual le habría parecido fruto de una decisión al azar, pero Roi sabía que el druida se guiaba por los dictados de su magia, por la energía que lo dirigía a través del bosque hacia los túmulos, siguiendo la marca de los poderes de los *mouros*. Ese instinto era mucho más preciso que cualquier brújula que pudieran poseer.

—Ya estamos llegando —anunció—. Es mejor que aguardemos aquí. No tardarán en venir a buscarnos.

—Eso espero —rezongó Roi.

Aidan se volvió a mirarlo con expresión comprensiva.

—Ya lo hemos hablado, *a'chara* —dijo con suavidad—. Yo no podía venir solo, y Niall y Sara sobran para proteger la casa.

—Podía haberme quedado yo —masculló, aunque sabía que el druida tenía razón.

O'Cleary esbozó una sonrisa resabiada y sacudió la cabeza, como queriendo alejar el chiste que estaba a punto de deslizarse de sus labios.

—Sí, claro —sonrió—. Y yo podía traerme a Niall a un encuentro con los *mouros*, con el sentido del humor tan fabuloso que tienen. Seguro que les iba a caer fenomenal.

Roi dejó escapar un resoplido malhumorado, pero no le siguió el juego. No le preocupaba un posible ataque. Las hadas se bastarían solas para proteger la casa, o al menos podrían resistir hasta su regreso, pero no le hacía ninguna gracia dejar a Laura sola en ese momento. A pesar de que mantenía el tipo, todo su mundo había dado una vuelta de campana en apenas unos días, y quería estar ahí, brindándole su apoyo, a pesar de que sospechaba que no lo necesitaba. O precisamente porque sospechaba que no lo necesitaba.

—¿Vamos a aprovechar el paseo para ver a las hadas? —preguntó, solo porque necesitaba pensar en otra cosa.

El rostro burlón de Aidan se contrajo en una mueca de furia.

—No —decidió en tono brusco. Roi enarcó las cejas con curiosidad y el druida se encogió de hombros—. Me importa una mierda lo que les pase. Ahora ya sabemos quién acabó con ellos, y me da igual que los animales se coman sus cadáveres o si se pudren sin más.

Él asintió, demostrando su acuerdo, pero todavía había algo que le daba vueltas en la cabeza.

—¿Te fías de ella?

—¿De Sara? Sí. No solo porque haya ayudado, porque sea la madre de Marta o porque haya acabado con esos dos. —Sonrió—. Me he asegurado de que dice la verdad. Aunque tú eso ya lo sabías.

—Sí —reconoció Roi—. Pero yo fui el primero en llegar ahí, y ella no estaba por ningún lado. Y dejó a Carlitos abandonado a su suerte.

—Pensó que estaba muerto —explicó Aidan—. Quedó agotada tras acabar con las hadas, y no podía enfrentarse al *fachen*. Tuvo que irse, sanar sus heridas y recuperarse. No es una guerrera, *a'chara*.

—Pues quién lo diría —replicó con una sonrisa torva—. Si no llega a ser por ella, ahora mismo estaríamos muertos.

Aidan se encogió de hombros con indiferencia absoluta, sin siquiera un parpadeo de alivio o una expresión pensativa. Puro *Tuatha dé*: lo que no ha sido ya no es y el ciclo es eterno, o cualquiera de esas máximas de los nacidos al Otro Lado que él se esforzaba para no recordar.

Un leve crujido a unos pasos de distancia hizo que ambos hombres se irguieran, alerta. De las profundidades del bosque surgió una figura imponente, envuelta en silencio, magia y oscuridad. El *mouro* caminó con calma hacia ellos. Su piel como ébano parecía brillar desde el interior, alumbrar el lugar que ocupaba con una magia que sembraba al mismo tiempo luz y penumbra.

Por un instante, Roi agradeció que Niall no estuviera con ellos, porque a pesar de la solemnidad con la que la criatura se conducía, una parte muy malvada de su cerebro, quizá la que había estado más atenta a las salidas de tono del hada, no podía dejar de imaginárselo como una figurilla de los Oscar de tamaño gigante, negra en lugar de dorada.

—Seguidme —dijo sin más antes de volver a adentrarse en la espesura.

O’Cleary y Roi cruzaron una rápida mirada, más divertidos que indignados, y siguieron al ser, que caminaba ante ellos sin hacer ni el más mínimo ruido. Hasta las ramas parecían apartarse de él, esquivar la sobrenatural negrura de su piel. Después de una caminata extraña, en la que Roi tuvo la sensación de que el bosque se ampliaba y se contraía, se abría a una realidad distinta y pasaba de un plano a otro, como si el mundo se plegara en una maraña que Laura habría definido como cuántica, pero que tan solo era mágica. Por fin, el paisaje se fue despejando, aclarándose, hasta llegar a una amplia extensión que con la escasa luz lunar parecía un inmenso lago en calma, donde solo las elevaciones de tierra que señalaban los túmulos rompían la gris monotonía del paisaje.

El *mouro* se detuvo y se volvió hacia O’Cleary, que contempló el lugar con expresión preocupada y un poco incómoda.

—Lo siento —dijo al cabo de unos segundos—. Fue un error de cálculo, no pensé que esto pudiera pasar. —Se volvió hacia Roi para explicarse—. No queda ni una gota de magia de protección. Están a la vista de cualquiera que llegue hasta aquí.

—No es fácil llegar hasta aquí —meditó Roi.

—No para los mortales —masculló el *mouro*, irritado—. Pero no son ellos los que nos preocupan.

—Cierto —reconoció Roi—. Mis disculpas.

La criatura asintió a modo de reconocimiento antes de volverse hacia el druida de nuevo.

—Arréglalo y podremos olvidar.

O’Cleary tomó aire en una inspiración profunda y caminó hacia el centro del claro, con los brazos extendidos a sus costados y los ojos cerrados. Al contrario que en otras ocasiones, su canción apenas era un murmullo, una melodía suave, susurrada, pero repleta de poder. El cayado apareció en sus manos y se iluminó con una luz tenue, vibrante de magia pura. La energía brillante del druida se enredaba con la oscura de los *mouros* y tejía un conjuro que iluminaba brevemente los túmulos antes de desaparecer en la tierra, protegiéndola y bendiciéndola.

El druida paseó despacio, concentrado, bajo la atenta mirada del *mouro*, que parecía no perder detalle de cada nota de la canción, de cada movimiento del cayado. Por fin, regresó al punto de partida, alzó los brazos y el cielo se iluminó un instante con la luz de su magia para volver a apagarse al instante. La sensación de paz que inundó el claro casi podía palparse.

—Está hecho —anunció el druida, volviéndose de nuevo hacia ellos.

La criatura, oscura, inexpresiva, asintió.

—Estamos en paz —concedió a su vez.

—Hay algo más que quiero tratar con vosotros —dijo O’Cleary, aproximándose al *mouro*. Este aguardó, impasible, pero Roi creyó percibir una tensión sutil en sus músculos, en ese cuerpo que parecía tallado en puro azabache—. Necesitamos

vuestra ayuda.

—Estamos en paz —repitió el ser con un tono que no denotaba emoción alguna—. Volved a vuestro lugar y dejadnos en el nuestro.

—No puedo —replicó Aidan—. El Velo se rasga. La frontera entre los mundos se difumina. Tenemos que sellarlo y no será fácil. Habrá lucha y somos pocos.

—No es nuestro problema —contestó el *mouro* después de unos instantes contemplándolos en silencio—. Estamos protegidos.

—Estáis protegidos por ahora —apostilló Roi, incapaz de mantenerse al margen del debate ni un minuto más—, pero no lo estaréis si caen los muros. Nadie lo estará.

—No intervenimos en asuntos ajenos —dijo el *mouro*—. Nuestro pueblo no es tan fuerte como lo fue un día. Nos escondemos. Aguardamos. Protegemos nuestra magia y nuestros secretos. Es mucho lo que se ha perdido ya, y no pensamos perder más.

—Muy bien —aceptó O’Cleary, irguiéndose con arrogancia frente al ser—. Pero cuando los muros caigan y el *fomore* y sus huestes invadan vuestro espacio, los dioses recordaremos este momento.

Por primera vez en toda la charla, el *mouro* pareció reaccionar, mostrar alguna emoción. Parpadeó, como si las palabras del druida lo hubieran confundido, se inclinó hacia él y lo miró con una expresión indescifrable, en la que parecían entremezclarse la confusión y la curiosidad. O’Cleary asistió a su escrutinio sin apartar la mirada de los dos ónices que tenía por ojos. Por fin, la criatura se enderezó y tomó aire, inquieto.

—Y si todo un dios necesita ayuda, ¿qué podemos hacer, más que escondernos? —dijo, y en su tono parecía bailar una súplica.

—Luchar —respondió Aidan al instante—. Sé lo que os jugáis —añadió, empático, cuando el *mouro* no respondió—. Pero os necesitamos. Y si nosotros perdemos, vosotros perderéis también. La Rueda está girando y ya no podemos detenerla.

Roi observó el cuadro que componían los dos seres, inquieto. O’Cleary se elevaba en toda su estatura y, aun así, apenas llegaba a alcanzar la clavícula del *mouro*. Sin embargo, y a pesar de la diferencia de tamaño, el poder que parecía irradiar, y que estaba seguro de que le estaba costando un gran esfuerzo después de todo lo que habían pasado, lo hacía parecer más imponente que la criatura que estaba ante él.

—No puedo decidirlo solo —dijo por fin.

—Lo entiendo —aceptó Aidan—. Esperaremos. Pero no tardéis. *Lugnasadh* está a las puertas.

—Os llevaré de vuelta al lugar en que os recogí —respondió el *mouro*.

—No es necesario —sonrió O’Cleary con una mueca que tenía tanto de suficiencia como de diversión—. Puedo regresar con mi propia magia.

—Nuestros senderos están protegidos, lo sabes. Trabajamos todo el día para...

—No para mí —lo interrumpió el druida—. No para un dios. Y quizá eso os

ayude a elegir bando. Esperamos vuestra respuesta —añadió antes de echar a andar hacia la espesura, bajo la mirada confusa del *mouro*.

—¿De verdad sabes volver? —preguntó Roi cuando estuvieron a una distancia prudencial de los túmulos.

O’Cleary apretó la mandíbula en un gesto de testarudez que él conocía muy bien. Y que no auguraba nada bueno.

—Sé volver —dijo en tono brusco—. He dejado señales a lo largo de cada cambio de plano y cada giro del camino. Lo que no sé es si podré volver —masculló.

Roi se frenó en seco, maldiciéndose por su falta de concentración. Si hubiera estado más atento a su amigo en lugar de a la conversación y a las reacciones del *mouro*, habría visto los signos del agotamiento en su cuerpo y en su rostro. Estaba pálido, y una fina pátina de sudor perlaba su frente. En los últimos minutos toda la dignidad y el poder que había mostrado en la reunión habían desaparecido, y la fragilidad parecía haberse adueñado de cada uno de sus gestos.

—Maldita sea, O’Cleary —gruñó, aproximándose a él para ofrecerle el apoyo de su brazo, que el druida rechazó de malos modos—. ¿Tenías que hacerlo? Menudo momento para mostrarte arrogante.

—Los *mouros* aprecian el poder puro —susurró Aidan—. Era la manera de convencerlos y ya está hecho. Camina. No sé cuánto aguantaré y necesitamos salir de la red de protección.

Roi no llegó a saber cuánto tiempo caminaron por el bosque, de vuelta al pazo, aunque sí estaba seguro de que se había hecho infinitamente más largo que la ida. Después de un rato, el druida se rindió por fin a la evidencia y permitió que lo ayudara a mantenerse en pie. Cada paso era una hazaña y cada obstáculo en el camino semejaba una montaña infranqueable. Poco a poco, metro a metro, salieron de la trampa mágica de los *mouros* y alcanzaron terreno conocido. Solo entonces, O’Cleary se derrumbó y cayó al suelo, vencido y roto, casi vacío de la magia que lo sostenía.

—¡No se os puede dejar solos! —chilló Diana por enésima vez en los diez minutos que habían transcurrido desde que Roi había aparecido en el pazo con Aidan en brazos.

Laura se limitó a aguantar el grito con mal disimulada impaciencia, mientras las hadas rodeaban al druida, ya tendido en su cama, e intentaban reanimarlo.

—Se pondrá bien —susurró Roi junto a ella, ignorando las histriónicas muestras de preocupación de Diana.

Laura asintió, porque no sabía qué más podía hacer. Por mucho que lo intentara, no había forma de que llegara a comprender cómo ni por qué funcionaba la fisiología de los seres mágicos, y no soportaba la impotencia que empezaba a adueñarse de todos sus procesos mentales. Sin embargo, parecía que lo que fuera que estuvieran haciendo los demás para ayudar a Aidan estaba funcionando, porque después de unos minutos de histeria mal contenida —sobre todo por parte de su compañera— abrió los ojos y los miró con expresión confusa. Su mirada recorrió el grupo para centrarse por fin en Roi.

—¿Me has traído hasta aquí? —dijo con voz ronca.

—Si prefieres salvaguardar tu orgullo, puedo decir que has venido por tu propio pie y que incluso me has llevado en brazos parte del camino —replicó Roi en tono melifluo.

—No, no es necesario. No estoy de humor para jugar a ver quién la tiene más larga —masculló, intentando incorporarse en la cama. Diana soltó un resoplido de indignación y lo obligó a tenderse sobre las almohadas. Él se dejó hacer, sonriendo apenas—. Ya estoy mejor, pelirroja.

—Debiste decirnos lo que ibas a hacer —rezongó Niall—. Te habríamos acompañado.

—¿Y dejar la casa sin protección? ¿Para qué? —refutó Aidan—. ¿Para agotarnos todos? No seas ridículo, *anamchara*, sabes que en cuanto descanse un poco estaré bien. Hice lo que tenía que hacer para asegurarnos el apoyo de los *mouros* y no hay más que decir.

—¿Han aceptado, entonces? —preguntó Laura, esquivando todos los datos sobre magia y poderes que subyacían en el intercambio de frases.

—No, pero lo harán —respondió Aidan antes de volverse hacia Niall de nuevo—. Sabes que tengo razón. Si no hubiera hecho un despliegue de poder, se habrían vuelto atrás.

—Son unos malditos indecisos —protestó el hada, indignado.

—Se protegen. Es normal —defendió el druida.

—¿Normal? —se exaltó Diana—. ¡Esto los afecta tanto como a cualquiera! ¡Y no

se lo pensaron mucho para atacarnos a nosotros! Si fueran tan valientes para...

—Es normal, *a'chuisle* —la frenó Aidan—. Los *mouros* tienen que elegir muy bien sus batallas.

Antes de que Diana pudiera seguir despotricando, y parecía tener toda la intención de hacerlo, la mente analítica de Laura captó al vuelo las palabras de Aidan y vio un dato escondido entre ellas que debía de ser importante. Así que avanzó hacia la cama donde estaba tendido y lo miró con curiosidad.

—¿Por qué? —preguntó. Al ver que el druida se limitaba a mirarla con una expresión dubitativa, insistió—. Creo que hay algo ahí, algo que no nos cuentas. ¿Por qué son tan prudentes?

—*Meu ben*, esto nos va a llevar a una explicación arcana que no la vas a encontrar lógica —intervino Roi—, y Aidan necesita descansar.

Ella lo consideró un segundo, debatiéndose entre su necesidad de información y la del druida de descanso. Por fin, con esa nueva Laura que estaba aprendiendo a descubrir, decidió que podía esperar un poco para tener todos los datos.

—Niall... —susurró Aidan. Su voz era apenas un murmullo, quebrada y agotada, como su cuerpo. Parecía estar caminando sobre una línea finísima que apenas lo apartaba de la inconsciencia. Y tal vez de la muerte. El hada se inclinó sobre él y escuchó con atención durante unos momentos.

Laura pudo ver cómo Roi asentía, conforme, y cuando la sujetó del brazo para indicarle que salieran al pasillo, se dejó guiar.

—¿Qué está pasando? —preguntó en cuanto atravesaron la puerta. Tras ellos, Diana protestaba y se enfrentaba a Niall, negándose a abandonar la habitación.

Roi hizo que se alejaran todavía unos pasos más de la habitación antes de responder.

—Aidan le ha pedido a Niall que os explique qué son los *mouros* y qué podemos esperar, pero Diana no quiere alejarse de su lado. —Hizo una pausa para esbozar una sonrisa sarcástica—. Y creo que va ganando.

—Bueno —respondió ella—. Supongo que es lógico. Cualquiera de nosotros se lo puede explicar en otro momento, e imagino que se sentirá más tranquila si se queda junto a Aidan.

Roi se detuvo casi al final de las escaleras, mirándola con evidente sorpresa.

—Eso es casi empatía, *meu ben* —se burló—. Has entendido la necesidad de Diana de permanecer junto a Aidan a pesar de que no puede hacer nada por él.

Laura se encogió de hombros, incómoda.

—Bueno, he pensado que si estuviera en su lugar, también preferiría quedarme contigo —reconoció.

La sonrisa que Roi le dirigió le calentó las entrañas, despertó las emociones que a lo largo de los años había conseguido reprimir y dominar bajo las férreas cadenas de su voluntad y casi le robó el aliento.

—¿En serio? —musitó él, y llevó una mano a su mejilla en un gesto afectuoso.



—Oh, por favor —resonó la voz de Niall en lo alto de las escaleras—. Buscaos una habitación. Vale que teniais que follar, pero tampoco es necesario que lo estéis haciendo a todas horas.

—Mira quién fue a hablar —rezongó Roi, ignorándolo y dirigiéndose al salón.

Solo estaban los cuatro, y no parecía que la reunión fuera a durar demasiado. Diana y Sara se habían quedado junto al druida, y Niall era la viva imagen de la impaciencia. Con toda seguridad, diría lo que tenía que decir y saldría corriendo a refugiarse con Marta en su habitación o a atender a su amigo. En ese momento, dejó clara su intención de no extender demasiado la charla al no tomar asiento.

—Vale, al grano —empezó.

Pero, al parecer, Roi tenía otros planes.

—No, espera —interrumpió—. Antes dime por qué O’Cleary está así.

—Mañana estará bien. Es su magia, está en las últimas, lo sabes de sobra —replicó el hada.

Esa explicación, por muy brusca y acelerada que fuera, despertó todas las alarmas en la mente de Laura. Niall jamás se molestaba en aclarar nada que su interlocutor ya supiera, jamás daba ni un solo dato inútil. Quizá fuera verdad lo que decía, pero sin duda ocultaba algo y, resentida como estaba por sus manipulaciones, no pudo resistirse a comentarlo en voz alta.

—Muy rápido —dijo—. Ocultas algo.

—Siempre oculto algo, cariño —replicó con una sonrisa indiferente—. Y el hecho de que lo pienses no va a hacer que te lo cuente, así que, dime, ¿quieres seguir discutiendo o quieres que te explique lo que va a pasar con los *mouros* y por qué?

—Yo quiero saber qué pasa con los *mouros* —intervino Marta con un hilillo de voz.

—Nos ayudarán, pajarito —contestó Niall, dulcificando el tono—. Por mucho que le hayan dicho a Aidan que necesitaban pensarlo, nos ayudarán. Odian a los *fomores* y no pueden permitir que los muros caigan.

—¿Estás seguro? —insistió Marta, preocupada—. Sigo teniendo esa sensación de peligro, de catástrofe, y tengo miedo de que sea por el ritual, porque estamos infravalorando al *fomore* y la mujer.

—No los infravaloramos —replicó Roi—, pero es lógico pensar que el peligro está ahí y sentirse inquieto por ello. Y estoy de acuerdo con Niall, los *mouros* aceptarán el trato. A pesar de todo.

—«A pesar de todo» —remedó Laura—. Ahí está. Eso es lo que tenéis que explicar, ¿qué es ese «a pesar de todo»?

—Los *mouros* son bichos raros —gruñó Niall.

—Claro, sin embargo, las hadas son algo de lo más normal en este lado —ironizó Laura de mal humor. Junto a ella, Roi dejó escapar una risita divertida.

—Por una vez, *meu ben*, el hada tiene razón —dijo—. Los *mouros* son extraños y se protegen a sí mismos con ferocidad.

—Su número es reducido y no puede aumentar —intervino Niall, impaciente—. Disminuir sí.

—Eso es... —Laura vaciló, incapaz de encontrar una palabra que se ajustara con precisión a la explicación del hada—. Eso es muy raro —dijo por fin.

—Mantienen el equilibrio de una forma estricta —explicó Roi, ignorando la mirada irritada de Niall ante su tono calmado—. Su magia es poderosa, defensiva, pero poderosa, y sus recuerdos llegan al principio de los tiempos. Atesoran toda la sabiduría del mundo y son reacios a compartirla.

—Eso no explica nada —interrumpió Laura.

Por norma general, apreciaba un ritmo pausado en las explicaciones, que le permitiera valorar la información y ordenarla a su antojo, pero como ya estaba convencida desde antes de empezar la charla de que no iba a comprender gran cosa, y lo único que quería era tachar una tarea en su agenda mental y seguir adelante, estaba empezando a impacientarse casi, casi tanto como Niall.

Roi sonrió, como si hubiera leído todo su proceso mental en grandes letras que se deslizaran por su rostro y lo encontrara muy divertido.

—Te he dicho que mantienen el equilibrio. Ningún *mouro* nace sin que un *mouro* muera —explicó—. Y cuando eso ocurre, todos los conocimientos, todos los recuerdos del que desaparece de este plano, pasan al nuevo ser. Si alguien muere de forma violenta, esos conocimientos desaparecen, se pierden de manera irremediable.

—Entonces —murmuró Marta, acongojada—, matar a uno de ellos es como quemar todas las bibliotecas de un país o algo así.

—Es peor —intervino Niall con brusquedad—. Roi os ha contado la parte que saben los mortales. Pero no es exactamente así.

—¿No lo es? —inquirió este, enarcando una ceja con incredulidad.

—No, no lo es —insistió el hada—. Cuando un *mouro* muere, su esencia vital se traslada al nuevo ser. Todos los que han existido alguna vez siguen ahí, en el interior de los que nacen, vivos de algún modo. Y cada uno de los *mouros* puede comunicarse con el espíritu de sus antepasados.

A Laura solo le llevó unos segundos cuadrar todos los datos y llegar a una conclusión que la agobió hasta un punto que no consideraba posible. Y comprendió por qué esas criaturas se lo pensaban tanto a la hora de ayudar en una batalla.

—Pero si eso es así, matar a uno de ellos es un auténtico genocidio —dijo en voz alta, más para sí misma, para ver si al ponerlo en palabras seguía sonando tan lógico dentro de lo absurdo de la magia como sonaba en su cerebro. Tan lógico y tan terrible.

—Sí, con cada uno que matas, aniquilas también a toda la línea de sangre hasta llegar a él. Para siempre —asintió Niall—. Y aun así, nos ayudarán.

—¿Tú crees? —preguntó Laura, dubitativa.

—Por supuesto que sí. Siempre lo hacen —sonrió Niall—. Y ahora, si no tenéis más preguntas, me vuelvo con Aidan, a ver si espabila de una vez, que no puedo

hacerlo todo yo.

A pesar de que Laura tenía sus dudas, con el amanecer llegó también el mensaje de los *mouros*. Aceptaban luchar junto a ellos, aunque permanecerían en la retaguardia tanto tiempo como fuera posible. Y exigían que la bruja del pueblo, como ellos conocían a la madre de Marta, luchara a su lado. Aidan, mucho más recuperado después de dormir lo que quedaba de noche del tirón, aceptó sin ningún cuestionamiento y, a partir de ahí, la suerte estuvo echada.

*Lughnasadh* llegó mucho, muchísimo antes de lo que Roi hubiera deseado. Hasta entonces, los intervalos entre las fechas mágicas siempre le habían parecido simples compases de espera, de dejar correr el tiempo, una hora tras otra, un día tras otro, una semana tras otra. El peso de la organización lo llevaba siempre O’Cleary, apoyado por Niall, y ahora por Marta, pero él poco más tenía que hacer que aguardar el momento de los rituales, sin nada que hacer, sin nada en lo que ocuparse.

Pero como los dioses lo aborrecían, en esa ocasión, justo en esa precisa ocasión en la que hubiera dado cualquier cosa por disponer de horas ilimitadas para pasarlas con Laura, para aceptar la idea de que podía volver a perderla ahora que la había recuperado y dedicarse a disfrutar del tiempo que le quedaba junto a ella, los preparativos absorbían casi cada minuto, porque el druida había reconocido que necesitarían mucho más que magia para salir bien librados de esa.

Habían preparado trampas —mágicas y físicas—, negociado con los *mouros*, configurado una estrategia y hasta había ayudado a las chicas a aprender a usar un arma y a defenderse, aunque solo fuera un poco, en un combate cuerpo a cuerpo. Diana incluso había sugerido llevar alguna escopeta, que en un pueblo en el que se cazaba no resultaría difícil de conseguir, pero habían terminado por rechazar la idea, ya que ninguna de ellas sabía disparar, y podían acabar hiriéndose unos a otros.

Aun así, a pesar de todos los planes, a pesar de todos los progresos, notaba la inquietud de O’Cleary como si la estuviera sintiendo él mismo. No había ninguna duda de que los problemas que esperaba eran mucho peores incluso de los que el propio Roi había sido capaz de imaginar.

Y Roi era capaz de imaginar unos problemas enormes.

Como en un pacto tácito, todos habían dedicado tiempo para ellos, para disfrutar en pareja y para disfrutar todos juntos. El verano gallego parecía haberse tomado en serio su trabajo por una vez y el clima había cooperado en sus momentos de diversión. Ni una tímida gota de lluvia se había atrevido a asomar su nariz en todo el mes de julio, y aunque los periódicos ya empezaban a hablar de sequía y los bomberos se afanaban en los montes para apagar los incendios alentados por el sol veraniego, Roi agradecía todos y cada uno de los minutos que habían pasado en el exterior, cenando en el jardín, alrededor de una hoguera en la playa o paseando por el monte, lleno de vida después de una lluviosa primavera.

Habían intentado alargar el momento de la despedida, pero este había terminado por echárseles encima como una avalancha y ahora, caminando hacia la cala y hacia su destino, el grupo estaba sumido en un silencio poco habitual, perdido cada uno en sus propios temores.

Pero él ya no temía nada. Había tomado su decisión durante esos días, cuando lo

que crecía en su interior se volvió demasiado grande para no demostrarlo, y no se echaría atrás.

Así que cuando los *mouros* rodearon la cala y Aidan anunció que ya era el momento de prepararse, retuvo a Laura un instante y la tomó de las manos.

—Te elijo a ti —anunció en tono fiero, rezando para que no hubiera ninguna réplica—. No voy a perderte, da igual lo que ocurra. Decide tú lo que hacer, yo te seguiré donde vayas.

—Eso no es justo —protestó Laura—, sobre todo porque yo tenía pensado decirte lo mismo —dijo con una sonrisa triste.

A pesar del peso que se escapó a toda prisa de su pecho, liberándolo del ahogo y la ansiedad de los últimos días, a pesar de la alegría de comprobar que, por fin, ella reconocía y aceptaba lo que había entre los dos, se forzó a mantener la serenidad.

—Pues ya lo decidiremos juntos, entonces —aceptó—. Cuando todo acabe.

—Cuando todo acabe —repitió ella en un tono que más parecía una oración.

—Es la hora, *a'chara* —dijo Niall con suavidad, llegando junto a ellos—. Laura tiene que sentarse en el centro, con las chicas.

—¿Las niñas? —preguntó Roi, en un vano intento de apartar su mente del papel que Laura iba a representar en esa obra que amenazaba con ser sangrienta.

—Están aquí —respondió el hada. Y aunque él no las veía por ninguna parte, ni se le ocurrió discutirlo. Los lazos que tanto él como su mujer habían creado con esas dos criaturas tenían más de mágicos que de lógicos, y si él decía que estaban ahí, no le quedaba más remedio que confiar en su palabra.

Solo por prolongar el momento, por resistirse a lo inevitable, acompañó a Laura hasta el lugar donde sus amigas aguardaban ya, en silencio y contemplando las llamas de la pequeña hoguera que habían encendido para recrear aquel primer ritual en la noche de *Samhain*.

La ayudó a tomar asiento y se despidió de ella sin palabras, solo mirándola, embebiéndose de cada rasgo de su rostro. Ella respondió de igual modo antes de darle la espalda y dejar escapar el aire despacio, en un claro gesto que buscaba calmar un poco la evidente ansiedad que sentía bajo esa fachada impecable.

Con el corazón latiendo acelerado en su pecho, y una sombra de malos presentimientos envolviéndolo como lo envolvía la oscuridad de la noche, ocupó su lugar en el círculo exterior, entre el druida y el hada, y vació su mente de todo aquello que no fuera el inminente combate.

En lo alto del pequeño acantilado, rodeando la cala, los *mouros* aguardaban en silencio, sombras negras contra el negro cielo, acompañados por Sara, expectantes, vibrantes de puro poder.

—Todos sabemos lo que tenemos que hacer —dijo Aidan—. Lo hemos ensayado mil veces, y no debería haber errores. Pase lo que pase —dijo en dirección a las chicas—, no interrumpáis el ritual. El círculo debe cerrarse sea como sea, o estaremos todos perdidos.

—O’Cleary, me estás poniendo más nerviosa de lo que ya estoy —protestó Diana.

—Lo sé, *a’chuisle* —aceptó Aidan—. Pero entiende que tengo que asegurarme. —Ella asintió y volvió a mirar hacia las llamas con expresión resignada—. Empezaremos pronto. Liberaré al *fomore* y a la traidora, y empezareis el ritual tal y como lo hicisteis en la noche de *Samhain*. Luego lo sellareis y habremos terminado.

—Seguro que va a ser así de fácil —canturreó Niall.

—Seguro que no —masculló Roi.

El hada se volvió hacia él, esbozando una irónica sonrisa de camaradería que se apagó un segundo después para dar paso a esa expresión regia que pocas veces componía.

—*A’chara*, por si acaso, ha sido un placer luchar a tu lado —dijo en tono solemne.

Cualquier otro día, Roi habría contestado con alguna frase hiriente, pero no en ese momento. Así que asintió con idéntica solemnidad y tendió una mano hacia el hada.

—Lo mismo para mí —aceptó.

—Y para mí —intervino O’Cleary, uniendo su mano a las de ellos—. A pesar de la poca confianza que tenéis en mí, cabrones.

—Confío en ti —replicó Roi—, pero confío todavía más en la capacidad del resto de los dioses para amargarme la existencia.

—Bueno, si esto no sale bien, ya no podrán amargártela más —sonrió Niall.

—Es un consuelo —aceptó Roi, apartando la mano para permitir que el hada desenvainara por fin la espada.

El druida volvió a su lugar y aguardó en silencio.

—Es la hora —anunció—. Suerte a todos.

Comenzó un cántico suave, apenas susurrado, que culminó con una explosión de poder que incluso Roi sintió en cada célula, en cada fibra y en cada músculo, que hizo vibrar el aire y arrancó un suspiro colectivo de los *mouros*.

Los enemigos estaban libres.

Nervioso, miró a su alrededor, esperando ver alguna señal, anticiparse al inminente peligro. Mientras, a su espalda, Marta desgranaba el conjuro que los había llevado hasta esa situación, un hechizo sencillo, casi infantil, que Roi había llegado a aprenderse de memoria en los últimos días.

—¿Dónde cojones están? —masculló Niall, oteando con nerviosismo los alrededores de la cala.

A punto estaba de contestarle que él estaba pensando lo mismo, cuando el graznido de decenas de cuervos y cornejas resonó en el bosque, anunciando la llegada de los *fomore*. Los *mouros* alzaron sus arcos y un murmullo de odio se extendió entre sus filas.

Y en la cala, junto al mar, junto a las olas que acariciaban con languidez la orilla, el aire pareció solidificarse, convertirse en plasma, y una figura surgió de la nada. Despacio, muy despacio, como si atravesara una tela elástica que impidiera ver sus

rasgos. Tras ella, podía verse otra más. Y otra. Y otra.

El primero de los *fomores* cruzó a este plano, y no era uno de los ejemplares más bellos de su especie. Su cuerpo flaco y desproporcionado parecía relucir a la luz de las llamas, que arrancaban destellos rojizos de su pétrea piel grisácea. En su rostro solo había un rasgo reconocible: una inmensa boca negra con largos colmillos que encajaban entre ellos como los dientes de una cremallera surgida del infierno. Tras él, otro ser idéntico. Y uno más.

Y después, el pandemonio.

Pero el *fomore* original seguía sin aparecer y todo parecía indicar que esperaría hasta el último minuto, porque las huestes del Otro Lado aguardaron solo un instante antes de lanzarse al ataque.

Unos cuantos, pocos, cayeron antes de alcanzarlos, asaetados por las flechas de los *mouros*. La mayoría llegó al cerco, y el druida los repelió con un golpe de cayado que sacudió la tierra.

No tardaron demasiado en recomponerse, pero fue suficiente para que Roi convocara a la bestia, que reaccionó al instante, acuciada por la necesidad de proteger a la mujer que consideraba suya. Junto a él, el druida alzó su cayado a modo de lanza y el hada izó su espada.

Y atacaron.

Se lanzaron contra ellos en un revuelo de armas, colmillos y garras. En un caos de odio, furia y violencia. Los rodearon en segundos, frenados solo en parte por la magia del druida, que solo les permitía acercarse de a pocos, como un lento goteo. De tres en tres, de cuatro en cuatro, los *fomores* atacaron.

Niall hundió su espada en el vientre de un ser deforme con cabeza de jabalí sobre un cuerpo de músculos imposibles. Aidan repelió a dos de ellos con un golpe del cayado, que vibró alumbrado por una luz que era magia pura. Y sobre Roi cayó un gigante con cuatro brazos, que parecía asaltar sus defensas por los dos flancos a la vez.

Las flechas de los *mouros* seguían mermando al ejército enemigo, pero cada vez que uno caía, otro surgía para sustituirlo.

O sellaban pronto el Velo, o sus defensas no tardarían en debilitarse. Y en ceder.

El gigante se derrumbó a sus pies tras un brutal zarpazo de las garras de la bestia y su sangre verdosa se derramó en la arena, humeando como ácido.

Un nuevo enemigo vino a ocupar su lugar. Una mujer esbelta y hermosa, que blandía una espada flamígera. La bestia retrocedió un paso sin apartar la vista de las llamas, inquieta. Pero antes de que pudiera encontrar un punto débil para poder atacar, una corriente de poder llegó hasta él. Un viento gélido y húmedo, que apagó las llamas y convirtió las manos de la mujer en dos muñones congelados. Un zarpazo más y se derrumbó sobre el cadáver del gigante.

Niall había apartado a patadas a sus víctimas, y Aidan se había ocultado tras ellos para tejer un cántico de muerte. Y en el centro del círculo, Marta estaba terminando

su conjuro.

Un poco más, solo un poco más y el Velo se restauraría. El *fomore* se vería privado de nuevo de su libertad y que los dioses se encargaran de él, porque su trabajo habría terminado.

Durante unos breves segundos, entre los gritos de la batalla, los aullidos de los enemigos caídos y el rumor de la magia extendiéndose por la cala, Roi se permitió creer en un futuro mejor.

Ojalá no lo hubiera hecho.

En cuanto Marta concluyó el primero de sus conjuros, antes de empezar el que sellaría el Velo de forma definitiva, lo sintió. Primero débil, luego ganando intensidad. Y, por fin, una oleada de pura agonía recorrió sus músculos, sus huesos, su piel. La bestia bramó de dolor y el hombre se retorció, angustiado, como si la sombra de la muerte planeara sobre él. Entre las brumas de sufrimiento que nublaban su mente y su vista, percibió cómo una figura fantasmal surgía de la nada y evitaba por milímetros que un hacha se hundiera en su cuello y le rebanara la cabeza. Por el rabillo del ojo pudo ver cómo las gemelas atravesaban a un *fomore* de cuerpo escamoso y ominosos cuernos ensangrentados que nacían en su frente. El monstruo se retorcía de dolor cada vez que una de las niñas usaba su energía contra él, hasta caer derrumbado, tan inútil como lo era en ese instante el propio Roi.

—¡Roi! —gritó Niall—. ¿Qué cojones pasa?

—El Velo —consiguió balbucear. El dolor, ese dolor que era a la vez condena y alarma, remitía poco a poco, pero si tardaba mucho más en recuperarse, otra criatura se lanzaría contra él. Se irguió a duras penas y volvió a incorporarse al combate, que ahora sabía que apenas estaba empezando—. El Velo se rasga. Está a punto de quebrarse —anunció.

Aidan reaccionó al instante, volviéndose hacia el punto de donde surgían las criaturas. Concentró su energía en una bola de puro poder que creó en su mano, y la lanzó contra ellos.

—No aguantará mucho —anunció—. ¡Marta, apresúrate!

La voz de la meiga ganó en volumen y rapidez. Las palabras que habían ensayado una y mil veces se acumularon unas sobre otras, aceleradas, apresuradas. Aterradas.

La abertura del Velo titiló de nuevo y, antes de que pudiera siquiera pestañear, antes de que el druida pudiera hacer nada por evitarlo, decenas de criaturas envueltas en llamas surgieron de sus entrañas.

Y, tras ellos, Él.



Era horrible y hermoso. Aterrador y adorable. Era el todo y la nada, la luz y la oscuridad. Laura se estremeció cuando los ojos del *fomore* cayeron sobre ella, estudiándola, analizándola. No sabía si lo que veía en ellos era odio o amor, no sabía si tenía que temerlo o tenía que arrojarse a sus pies, suplicando su atención. Su cerebro era un caos de emociones encontradas, de terror en estado puro. Una maraña de dolor y éxtasis que solo le dio un respiro cuando los ojos del ser se posaron sobre Diana y, después, sobre Marta.

Y avanzó.

Su cuerpo se cubrió de llamas. Llamas rojas, llamas azules, llamas naranjas y amarillas que lo envolvían como una segunda piel. Y, junto a él, una mujer de pequeña estatura y gran maldad, lanzaba fuego a derecha e izquierda, con la sonrisa más cruel que Laura había visto jamás dibujada en su rostro perfecto.

Las gemelas se lanzaron contra ellos y una llamarada de un rojo imposible las envió lejos, aullando de dolor.

Las flechas de los *mouros* cayeron sobre la pareja, pero ninguna alcanzó su objetivo.

Un huracán gélido envolvió las llamas y desapareció al instante, volatilizado por ellas o, quizá, por el poder del ser.

Aidan se plantó frente a la pareja, vibrando de pura magia, y, por un instante, dejaron de avanzar. Y, por un instante, recobró la esperanza.

A sus ojos ajenos a la magia les pareció que la imagen se paralizaba. Que el mundo a su alrededor se convertía en un fotograma fijo, en una única fotografía terrible, cubierta de sangre y cadáveres, con el foco en las tres figuras que se observaban en silencio. Sin embargo, un instinto atávico, un sexto sentido adormecido en su interior, le dijo que entre ellos se estaba librando una lucha a muerte, poder contra poder, luz contra oscuridad, y que de su resultado dependía todo, toda la vida, todo el futuro, todo el destino no solo del grupo, sino de la humanidad.

—No voy a resistir —dijo Aidan entre dientes—. Marta —jadeó, y su voz sonó como una oración.

Su amiga aceleró aún más su retahíla de palabras y, por fin, concluyó con una última sílaba triunfal. Tras las criaturas, el Velo se cerró con un siseo agudo, y la sorda vibración de su poder dejó de extenderse por la cala.

Pero el *fomore* y la traidora estaban en este plano y cientos de criaturas de su ejército rodeaban al grupo.

Diana se puso en pie y avanzó junto a Aidan, que la tomó de la mano y pareció recobrar parte de su fuerza.

La meiga llamó a su fuego, y las llamas comenzaron a surgir del suelo, creando un frágil muro entre ellos y el ejército enemigo.

Los *mouros* descendieron como negras sombras que flotaban hasta la arena, dirigiéndose con paso lento hacia los atacantes.

La bestia de Roi se debatía y luchaba, golpeando desgarrando, con uñas y dientes. Sara enviaba vientos y huracanes que apenas dispersaban a los *fomore*.

Las gemelas se movían entre ellos, paralizándolos apenas, casi sin fuerzas.

El aire se pobló de gemidos y aullidos, de gritos de dolor, de sangre, de humo. El mundo se difuminó a su alrededor, se convirtió en una película a cámara lenta en la que sus amigos luchaban y ella no podía hacer nada.

Y en el centro del caos, las dos parejas, las dos caras de la moneda, mantenían una lucha silenciosa, concentrados unos en los otros, impávidos en apariencia, agónicos en su interior.

Se debilitaban.

Sus amigos se debilitaban de forma lenta e inexorable y no tardarían en caer.

Como había sucedido hacía una eternidad, como había ocurrido en la maldición original, y ella jamás sabría si una vida junto a Roi podría ser posible. Como había pasado con su pueblo y sus seres queridos, ella...

Su cerebro atenazado por el terror encontró un hilo de cordura, una salida, un posible problema que resolver, una ecuación que cuadrar.

Las manos del esposo.

La sangre de la esposa.

Sin detenerse a considerar la cordura del plan que estaba tomando forma en su mente, se abalanzó sobre uno de los cadáveres caídos y aferró el puñal que se había clavado en su pecho. Después de unos tirones desesperados, consiguió que saliera de su cuerpo con un crujido que le revolvió las entrañas.

Y justo en ese instante, una sombra se cernió sobre ella, y vio cómo el filo de una espada caía sobre su cuello. Cerró los ojos para no enfrentarse a su fin, para no ver cómo sus esperanzas se desvanecían. Se preparó para el dolor, para recibir el golpe. Pero el golpe no llegó.

En su lugar, un rugido feroz se superpuso a los demás sonidos de la batalla, y de las entrañas de la criatura que la había atacado surgió una garra ensangrentada, que desapareció al instante de nuevo en su interior. Un segundo después, el *fomore* caía al suelo con expresión atónita, como si la muerte le hubiera llegado por sorpresa y todavía intentara asimilar lo que había ocurrido.

Y tras él, Roi, la bestia, su esposo, tendió una mano hacia ella con expresión feroz.

Laura la tomó y él la ayudó a incorporarse, protegiéndola con su cuerpo.

—¡Roi! —chilló—. Tenemos que llegar junto a Aidan. —Él la miró como si no entendiera el idioma en el que le estaba hablando, y Laura supo que su maldición había tomado el control. Pero una vez había llegado al monstruo y podía hacerlo de

nuevo—. Por favor, *fear céile*, sígueme. —Un destello de reconocimiento brilló en los ojos de Roi y la bestia la siguió, obediente, protegiéndola, deshaciéndose con rápidos zarpazos de cualquier criatura que consiguiera atravesar el débil cerco que el druida todavía sostenía a duras penas.

Y por fin, alcanzaron a la pareja.

Con una honda inspiración y una rápida oración a todos los dioses que conocía — y en los que jamás había creído—, Laura se liberó de la mano de Roi y cortó su propia palma con un rápido tajo. La sangre cayó en la arena, gota a gota.

—¡Aidan! —gritó Niall—. ¡Ayúdala, cierra el conjuro! ¡Nosotros lo sostenemos!

El druida se volvió hacia ella y, por un segundo, su gesto fue de pura sorpresa. Pero, casi al instante, sus labios dibujaron una sonrisa malvada, y pronunció unas palabras en gaélico que arrancaron un gemido de agonía al *fomore*.

Laura sintió su mano arder, helarse, arder de nuevo. El dolor ascendió como un cuchillo desde su palma hasta su codo, hacia su hombro, irradió por su pecho, se hundió en su vientre. Jadeó y sus piernas flaquearon. Roi dejó escapar un gruñido y rodeó su cintura, sosteniéndola.

—Selladlo —ordenó Aidan. Y aunque una parte del cerebro de Laura registró que su voz apenas había sido un murmullo, resonó en su cabeza con la fuerza de una galerna.

¿Sellarlo? Lo miró sin comprender, esperando una explicación, mientras a su alrededor el combate seguía, con las hadas deteniendo al *fomore* y a la mujer, que se retorcían entre gemidos de pavor y odio, los *mouros* conteniendo a las huestes del Otro Lado, las gemelas y la meiga utilizando su magia.

Pero Roi sí lo había comprendido. Con un bramido, usó una de sus garras para abrir una herida en su propia palma y la unió a la de Laura en un apretón feroz, mirándola a los ojos, como si quisiera transmitirle con ese gesto todos los sentimientos que apenas habían conseguido poner en voz alta.

Cuando sus pieles se rozaron, cuando la sangre de sus venas se entremezcló en las heridas de las palmas de sus manos, el dolor que la paralizaba se transformó en éxtasis, en vida. En magia.

En un último intento desesperado, la pareja consiguió vencer las defensas de las hadas y se abalanzó sobre ellos. Las llamas surgieron de la tierra, se proyectaron desde sus manos, estallaron en el aire sobre ellos.

Como un solo hombre, el grupo se reunió, rodeándolos. Atacaron. Con garras y dientes, con magia, con llamas, con espadas, con golpes. Cayeron sobre el *fomore* y su mujer con todo lo que tenían, mientras los ecos de la batalla continuaban a su alrededor.

Pero quizá por el odio que los sostenía, quizá por los eones acumulando poder, acumulando rabia, acumulando sed de venganza, no conseguían rendirlos. Caían y seguían luchando. Los hundían y se levantaban y rodeándolos, los *mouros* comenzaban a perder terreno.

Laura se unió a la lucha con una espada que encontró abandonada a sus pies, junto al cadáver calcinado de un enemigo vencido. Recibió un golpe, pero no cedió. Sintió el calor de las llamas rodeándola, pero siguió peleando.

Y sus amigos hicieron lo mismo. Roi hizo lo mismo.

Se estaba agotando, y no solo ella. Los *mouros* retrocedían, acercándose a ellos, y las niñas se limitaban a girar en torno al grupo, esquivando y apartando ataques, pero sin poder ayudar. O algo cambiaba, y pronto, o habrían ganado pero lo perderían todo.

Un minuto más.

Un golpe más.

Una herida más.

Y cuando ya estaba a punto de caer derrotada, cuando ya casi había aceptado que moriría luchando, escuchó un grito de guerra en la distancia y, cuando alzó la vista, vio una marea humana corriendo hacia ellos, entremezclándose con los luchadores, armados con palos, piedras, hoces, hachas. Con todas las armas improvisadas que alguien podía encontrar en un pueblo. En su pueblo.

Los habitantes de Manciñeiras, los habitantes del pueblo de Roi, liberados por fin, se unieron a la batalla.

El improvisado ejército se abrió paso entre los *fomores* como una gran ola internándose tierra adentro, con un bramido de guerra resonando al unísono en todas las gargantas. Avanzaron como un solo hombre, como una sola criatura feroz y sedienta de venganza, y allí por donde pasaban, los enemigos caían y no tardaban en ser pisoteados por los vecinos furiosos, que continuaban su camino hacia la cala, hacia el grupo que enfrentaba al *fomores* y la traidora.

Los niños disparaban sus tirachinas y sus hondas, hombres y mujeres blandían azadas, cuchillos, machetes, recuperando su esencia, la del pueblo guerrero que un día habían sido. El espíritu de Breogán resurgía de nuevo en ese claro, mientras todos luchaban por lo que era suyo, por lo que nunca les volvería a ser arrebatado.

Llegaron junto al grupo, lo rodearon. Laura vio a su alrededor expresiones fieras, sangre oscura, heridas abiertas e ignoradas. Espalda contra espalda, codo con codo, Manciñeiras luchó por sobrevivir.

Con los refuerzos volvió la esperanza, y con ella un último esfuerzo feroz que acabó por fin con la vida de los traidores.

Después de eso, solo fue cuestión de tiempo.

De un golpe más.

De una herida más.

Hasta que hasta el último de los enemigos cayó decapitado a los pies de la mujer que siempre había conocido como Concha. Sin perder su aspecto, solo por el cambio en su actitud, en su gesto feroz y airado, la bonachona camarera se había transformado en una auténtica guerrera celta, que contemplaba el cadáver de su enemigo derrumbado a sus pies, con un cuchillo de carnicero goteando sangre en sus

manos.

Se volvió hacia el grupo y clavó sus ojos en Roi, que poco a poco, encerró a la bestia en su interior. O quizá, su bestia se había retirado para siempre.

Los *mouros* se acercaron a Aidan y cruzaron con él unas cuantas palabras apresuradas que ella, concentrada en lo que ocurría con los habitantes del pueblo, ni se molestó en intentar comprender. Porque los habitantes de Manciñeiras se habían ido acercando, caminando despacio hacia ellos, con la vista fija en Roi, en silencio. Hasta que, por fin, alguien alzó su arma hacia el cielo y dejó escapar un grito de triunfo, de alegría sin fin, al que todos se unieron poco después.

Llegaron los abrazos, las risas y hasta los cánticos de celebración. Laura pasó de mano en mano, saludando, riendo y disfrutando de la alegría de estar viva, de saber que la pesadilla había terminado por fin.

Pero alguien había apartado a Roi de ella, y tuvo que esquivar lo que parecían cientos de personas dispuestas a entretenerla, a compartir con ella su felicidad para encontrarlo por fin. Estaba rodeado de un gran grupo con el que hablaba y reía, relajado, tranquilo como no lo había visto nunca antes. Y supo que jamás podría separarlo de ellos. Comprendió que tendría que renunciar a sus amigas si no había otra solución, porque jamás podría negarle la felicidad que a todas luces le provocaba estar de nuevo entre los suyos. Y aunque le dolía, sabía que era lo correcto, y que no se arrepentiría de su decisión. Estaba a punto de dejarle espacio, de apartarse para que disfrutara del agradecimiento de su gente, cuando, como si la presintiera, él se volvió en su dirección. Su sonrisa se dulcificó, su mirada se enredó en la de ella y caminó en su dirección sin apresurarse, ignorando las muestras de afecto de los habitantes del pueblo.

No aceleró el paso en ningún momento y tampoco lo hizo Laura. Ya no había prisa.

Llegó frente a ella, y con la misma calma, la estrechó entre sus brazos. Y la calma terminó. Atrapó sus labios en un beso feroz, mientras los aldeanos los rodeaban y lanzaban al aire exclamaciones de burlona alegría. Pero él no parecía dispuesto a deshacer el beso, y ella no quería apartarse. Hasta que la voz de Aidan sonó junto a ellos, henchida de felicidad.

—*A'chara*, deja de comértela a besos un momento, y mira al este —dijo.

Laura se volvió en la dirección que señalaba el druida, y vio cómo el sol se alzaba en el horizonte.

—Se ha acabado —dijo Roi en un murmullo reverente.

—Se ha acabado —confirmó el druida, apoyando una mano en su hombro, en un gesto cargado de afecto.

El sol brillante del primer día de agosto se alzaba con calma en el horizonte y, por primera vez en siglos, recibió en el rostro su calor. Sin agonía, sin dolor, sin sufrimiento.

Se había acabado. Después de mil vidas, después de mil luchas, después de las decepciones, de las derrotas, de la desesperación, todo había terminado por fin. Él era libre. Su pueblo era libre.

Una mano suave se deslizó en la de él y supo a quién pertenecía al primer roce, sin necesidad de mirar. El modo en que su piel respondió al contacto, en que su cuerpo pareció reaccionar a ese sencillo toque, fue suficiente.

Laura.

—Lo has conseguido —dijo, sonriente.

—Lo hemos conseguido —la corrigió.

Solo la caricia del sol, de ese sol que no lo había besado en una eternidad, consiguió que apartara los ojos de su rostro, aunque no habría podido renunciar a su contacto ni aunque transcurrieran mil años.

—Roi —llamó ella.

Él se volvió, acicateado por la urgencia que denotaba ese simple nombre en sus labios, olvidándose del sol y de todo lo que los rodeaba. Y cuando la miró, la triste sonrisa que dibujaban sus labios despertó una oleada de nervios en su interior. Esperó a que la bestia rugiera en su interior, pero solo estaba él. Por primera vez en mucho, muchísimo tiempo, solo él habitaba en su cuerpo, y, de un modo extraño, lo echó de menos. Pero la preocupación que traslucía todo el lenguaje corporal de su mujer apartó ese pensamiento y lo obligó a centrar toda su atención en ella, ignorando todo lo que ocurría a su alrededor.

Alzó las manos y encerró el rostro de Laura entre ellas, rezando por no demostrar su angustia.

—Dime —pidió, consiguiendo a duras penas que su voz no sonara como un ruego desesperado.

—Nos quedaremos aquí —dijo ella, decidida—. No importa lo que pase, es tu pueblo. No quiero que te apartes de él.

—Ah, sí, sobre eso... —Niall apareció junto a ellos, con la meiga refugiada bajo su abrazo protector—. ¡Anamchara! —gritó.

Alguien, en algún momento tras el combate, había tenido la genial idea de bajar alcohol a la cala y el druida, acompañado por Diana, cómo no, estaba junto al grupo

que se pasaba las botellas de unos a otros, brindando y cantando. Al oír el grito de Niall, miró hacia ellos y dio un larguísimo trago antes de acercarse.

—¿Ahora? —dijo en tono falsamente ofendido cuando llegó a su lado—. Hemos esperado una eternidad, ¿no podemos esperar a que me despierte con resaca?

—Me parece que no —replicó el hada, burlón—. Estaban empezando a ponerse intensos y me están jodiendo la fiesta. Acabemos de una vez y así todos podemos levantarnos con resaca.

—Tú nunca tienes resaca —protestó Roi, dispuesto a seguir la chanza por una vez en su vida, aunque solo fuera por acallar la tenue llamita de esperanza que empezaba a crecer en su interior.

—Cierto —aceptó Niall—. Pero sí pienso emborracharme hasta caer redondo. Y voy a vomitar sobre esa mierda de levita, que lo sepas.

—Toma, te la regalo —dijo, deshaciéndose de ella y lanzándosela a la cara al hada, que la recibió con una carcajada.

—Vale, está bien —aceptó Aidan, con fingida resignación—. Vamos allá.

Cerró los ojos y, de pronto, todo su entorno se paralizó. Dejaron de oírse las risas, los cantos de celebración, el sonido del mar, el canto de los pájaros y el aire deslizándose con suavidad entre las ramas de los árboles. El tiempo se detuvo y ahí estaban ellos, como el único elemento móvil en esa fotografía en tres dimensiones, esperando.

Hasta que la cala se cargó de una energía tan poderosa como el mismísimo origen de la magia, y Ona apareció ante ellos en su forma humana.

—*Matháir* —saludó O’Cleary.

—Aidan —respondió Ona con una voz que parecía apropiarse de todo el aire y el espacio—. Lo habéis hecho. Habéis cerrado el círculo.

—Pues sí —sonrió el druida—. Y ahora, deberías compensarnos por lo que hemos pasado.

—En el nuevo comienzo está la recompensa —replicó la Diosa.

—Sí, pero no. Quiero que les des el Don. A ellos y a todo su pueblo.

La tierra tembló y el aire se cargó de algo que se sentía como electricidad estática, pero que no era más que el mal genio de Ona, liberándose sobre la cala.

—Jamás —gruñó.

—Es pura justicia —intervino Niall.

—Yo soy la justicia —refutó Ona.

—Y yo estoy hasta los huevos de gobernar —terció una voz de hombre tras ellos.

La Diosa apretó los puños y miró hacia su marido, que se acercaba al grupo esquivando a los paralizados aldeanos, moviendo un sombrero aquí, colocando una mano traviesa allá. Se apropió del vaso que sostenía el boticario y empujó contra él a una mujer pequeña y regordeta, con una preciosa sonrisa. Contempló su obra unos instantes, dio un sorbo y se acercó a ellos.

—Lo habéis planeado a mis espaldas —masculló Ona, pasando la vista de Aidan

a su marido como si quisiera fulminarlos con la simple fuerza de su voluntad. Y aunque podría hacerlo, la sangre era más espesa que el agua incluso para los dioses.

—Por supuesto que sí —rio Drag—. Aidan me buscó y me propuso un acuerdo. Y yo acepté.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Roi, demasiado sorprendido como para preocuparse por la evidente ira en el rostro de Ona.

—Oh, antes de tratar con los *mouros*, justo después del ritual —sonrió Aidan—. A ver si te crees que me quedé sin fuerzas solo por un par de conjuros de nada.

Roi no supo qué responder. Su amigo había arriesgado su vida, su poder y su esencia solo para conseguirles una salida, para lograr que permanecieran unidos, para salvar su amistad. Había agotado sus fuerzas al contactar con su padre y ofrecerle un trato, y saber que iba a necesitarlas poco después no lo había detenido. Ni siquiera sabía qué decir. Laura apretó su mano en un silencioso gesto de apoyo, antes de dedicarle a Aidan una enorme sonrisa, que este aceptó con otra de su propia cosecha, mucho más maliciosa.

—No te atrevas —masculló la Diosa, dirigiéndose a su marido—. Ni se te ocurra.

—Vamos, vamos, cariño —replicó Drag—. No te enfades. O enfádate si quieres. Ahora voy a tener mucho tiempo libre para que nos reconciliemos. —Se volvió hacia Aidan e hizo un pobre intento de componer una expresión solemne para la que su rostro no estaba preparado—. Aidan, hijo de Drag, hijo de Neil, desde este momento y hasta que decidas...

—¡No! —intentó interrumpir Ona.

Drag le lanzó una mirada burlona y se volvió de nuevo hacia su hijo.

—... hasta que decidas... —vaciló unos segundos y por fin sacudió la cabeza en un gesto de negación—. A la mierda. Odio el puto protocolo. Nada, hijo, que a partir de ahora, tú eres el rey de la corte de la oscuridad y tu palabra es verdad, tu voluntad construye mundos, blablablá.

—Gracias, *atháir* —replicó Aidan con un tono cargado de sorna—. Pero esto no es exactamente de lo que habíamos hablado. ¿No había otra manera de ayudar que no fuera meterme en el puto Consejo?

—Te jodes, hijo —replicó Drag—. Ya bastante tiempo he aguantado a esa panda de carcamales. Y ahora dales el Don a tus amigos y al pueblo de este hombre y déjame que vaya a calmar a tu madre antes de que rasgue el Velo por la pura fuerza de su cabreo.

Aidan abrazó a su padre, le dedicó una sonrisa de triunfo a su madre y se volvió hacia ellos.

—Pues nada, que como rey de la corte de la oscuridad os concedo el privilegio de vivir una vida eterna al Otro Lado, que es un gran honor y todas esas chorradas.

Apenas hubo pronunciado las últimas palabras, cuando el mundo volvió a moverse a su alrededor. Volvieron las voces, las risas y las celebraciones, y Ona y Drag habían desaparecido de su vista.



—Curioso —comentó Niall—. Nunca pensé que tu primer enemigo en el Consejo fuera tu propia madre.

—Fíjate, yo sí —respondió el druida, indiferente.

Roi apenas podía escucharlos. Después de años quejándose de las manipulaciones de los dioses, acababa de asistir a una y, por una vez, le favorecía. Y su amigo... Su amigo que jamás había querido aceptar las responsabilidades del consejo, las había recibido sobre sus hombros sin cuestionárselo ni por un instante, solo por ayudarlo, solo por darle lo que le parecía justo, rompiendo las reglas, dando un paso al frente por él.

Estaba demasiado aturdido como para poder articular un discurso coherente, así que se limitó a echarle los brazos al cuello y abrazarlo con fuerza, interrumpiendo el intercambio de agudezas entre él y Niall, que no tardó ni dos segundos en unirse al abrazo.

—¡Abrazo de grupo, abrazo de grupo! —canturreó en una pésima imitación de una voz femenina.

—¡Sí, abrazo de grupo! —exclamó Diana.

Dos segundos más tarde todos caían al suelo, unos sobre otros, en un enredo de brazos, piernas y risas. El resto de la mañana transcurrió entre tragos y chistes, abrazos, agradecimientos y la felicidad de los aldeanos, libres por fin de la maldición. Y poco a poco, el cansancio fue haciendo mella en todos, y solo quedó el grupo, sentado frente al mar, en silencio, disfrutando sin más de su mutua compañía. Roi no recordaba haberse sentido tan pleno, tan feliz y en paz y tener a su lado a la mujer que había elegido hacía mil vidas con toda la fuerza y la inconsciencia de la juventud, y que había vuelto a elegir como un amor de madurez solo hacía que el círculo fuera más completo y más perfecto.

Sara se aproximó hasta ellos, caminando despacio por la orilla y Marta se escabulló del regazo de Niall para estrecharla entre sus brazos. Cruzaron unas cuantas palabras y se acercaron al grupo, agarradas de la mano.

—Me voy ya —dijo a modo de despedida, acariciando el cabello de Marta—. Nos vemos en casa..., mi rey —dijo burlona hacia Aidan.

—Me parece que vas a encajar fenomenal en tu nueva familia, *anamchara* —replicó el druida mirando a Niall—. Son tan poco respetuosos como tú.

—¿Sabes, *deartháir*? Creo que tu primer decreto al volver debería ser cargarte toda la mierda esa del protocolo —sugirió el hada.

—¿Sabes, *sídhe*? A lo mejor lo hago —contestó O’Cleary, dando el enésimo sorbo a la botella de *licor café*—. Y hablando de eso, va siendo hora de volver.

—Sí, pero antes... —intervino Marta—. Hay algo que queda por hacer.

Roi la miró, desconcertado. ¿Había algo más por hacer? Él ya tenía todo lo que quería, ¿qué más podía quedar pendiente? Y entonces, recordó. Y se maldijo a sí mismo por su falta de sensibilidad.

—¿Qué va a pasar con ellas?

—Seguirán su camino —contestó la meiga. A pesar de la sonrisa que dibujaban sus labios, una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla.

Su compañero se apresuró a levantarse y abrazarla. Alzó una mano y secó su rostro, sonriéndole con ternura.

—Ya lo hemos hablado, pajarito —susurró—. Y aunque a mí también me encantaría quedármelas, tienen que continuar. Aquí ya han cumplido su destino.

Mientras hablaban, los fantasmas se materializaron frente a ellos y se arrojaron a los brazos de las hadas.

El corazón de Roi se perdió unos cuantos latidos al ver a las hadas, siempre felices, siempre burlonas, despedirse entre sollozos de las niñas. Pero volvió a palpar cuando Laura se acurrucó contra él, buscando su apoyo, afectada también por la escena, que tenía tanto de feliz como de desgarradora.

Con un último abrazo, las niñas se apartaron y se difuminaron despacio, sin apagar sus sonrisas, desvaneciéndose hasta desaparecer.

Durante unos minutos, nadie osó romper el silencio, respetando la tristeza de las hadas. Pero fue el propio Niall quien se volvió hacia ellos, con el rastro de las lágrimas que destacaban contra su rostro manchado de arena y sangre contrastando vivamente con la sonrisa salvaje que bailaba en sus labios.

—¡Volvemos a casa! —gritó. Y, sin más, agarró la mano de su meiga y desapareció de su vista en un solo paso.

Aidan dejó escapar una sonora carcajada y se levantó despacio, arrastrando a Diana, junto a él.

—Espera, O’Cleary —balbuceó esta, demasiado borracha como para vocalizar con claridad—. Dime una cosita, ¿ahora soy la reina?

—Sí, *a’chuisle*, ahora eres la reina —dijo en tono divertido y paciente.

—¿Y mando sobre los *sídhe*? —inquirió su compañera con un pobre intento de sonrisa malvada.

Aidan puso los ojos en blanco.

—Casi me da pena Niall —meditó—. Casi, pero no. ¿Nos vamos? —dijo, dirigiéndose hacia él—. Dejaré un conjuro de guía para tu pueblo.

Roi inspiró hondo y miró una vez más al sol que ya brillaba en todo su esplendor en el intenso azul del cielo de verano. Después se volvió hacia Laura, que lo tomó de las manos, sonriente.

—Vámonos ya —musitó ella—. Es lo más lógico.

—Sí, es lo más lógico —aceptó él.

Y cruzó por primera vez el Velo que separaba los dos mundos, sin detenerse ni a pensarlo, porque sabía que estuviera donde estuviera, su hogar era la mujer que lo sostenía contra su cuerpo como si no quisiera apartarse de él jamás.

## **Lista de canciones de *Velo de sangre***

(en Spotify: Lista *Trilogía del Velo*, de Ediciones Pàmies)

*All Soul Nights*, de Loreena McKennitt

*The Lady of Shalott*, de Loreena McKennitt

*Memoria da noite*, de Luar Na Lubre

*Aniron*, de Enya

*May It Be*, de Enya

*Dúlamán*, de Clannad

*O'Sullivan's March*, de The Chieftains

*Brid Og Ni Mhaille*, de The Corrs

*Molly Malone*, de The Dubliners

**Contenido extra:**  
**Relato de Silvia Barbeito**

El círculo

El aire olía a humedad y a ozono, a lluvia y tormenta, y no ayudaba nada a soportar un mal humor que en los últimos días no había hecho sino empeorar. El bosque, sombrío y silencioso, parecía desplegar su espíritu y jugar con sus emociones, con esa tristeza extraña, ese vacío absurdo que lo perseguía desde hacía semanas y que nada parecía llenar.

Con un suspiro dedicado a sí mismo, a la situación y a su estúpido humor, cerró los ojos y se concentró en percibir y aislar los aromas de la vegetación y la tierra, mientras jugaba de manera inconsciente con los puños de su camisa de hilo, que asomaban como espuma de las mangas de su levita.

Hojas húmedas agitándose con el viento; un conejo asustado; barro, tierra, aves, roca. Pequeñas vidas de un pequeño universo...

Y ahí estaba: un rastro suave y familiar, irritante en extremo a pesar de lo agradable que resultaba a su olfato.

—No tengo la menor intención de subirme a ese árbol —anunció en voz alta—. Si la Diosa hubiera querido que trepáramos como los monos, nunca habría permitido que se inventaran los pantalones de cuero.

Un resoplido despreciativo, al que siguió una profunda risa entre dientes, celebró su comentario. A pocos metros de él, las ramas se agitaron y la cara sonriente de Niall se asomó entre las hojas.

—El día que te quites el palo que tienes metido en el culo, *a'chara*, todo un mundo nuevo se abrirá ante ti —se burló. Apartó las ramas y cayó al suelo frente a él con un salto impecable—. A quién se le ocurre venir al bosque vestido así —rio.

—No estoy aquí para discutir mi estilismo con un tipo sucio y descalzo que cree que el colmo de la elegancia son unos vaqueros repletos de agujeros —replicó Roi en tono despreciativo—. Así que dime lo que hay de nuevo desde que cambiaste la guardia con Aidan, y así acabaremos de una vez y podré librarme de tu presencia.

Niall se encogió de hombros en un gesto indiferente.

—Nada —respondió—. Lo que sea que está atacando en esta zona está ahí, aguardando, pero no se ha mostrado todavía —explicó con aire aburrido.

—Perfecto —ironizó Roi—. Es decir, que tendré que quedarme en este bosque como un imbécil, esperando a que aparezca algo que ni sabemos qué es, ni sabemos si va a venir o no. Maravilloso. ¿Algo más que contribuya a mejorar esta ya de por sí magnífica noche?

La sonrisa de Niall fue tan amplia que casi partió en dos su odiosa carita de niño guapo.

—Sí —asintió con un entusiasmo de lo más molesto—. Va a llover a mares.

—Glorioso —suspiró Roi.



«Esto es ridículo», gruñó Ali para sus adentros.

Llevaba horas dando vueltas por un terreno que conocía como la palma de su mano y no había conseguido salir de él. Las dos primeras veces que se había encontrado en el corazón del bosque cuando buscaba sus lindes, había pensado que, pese a que salir a cabalgar le había parecido la mejor idea para librarse del aburrimiento, a lo mejor estaba demasiado distraída y concentrada en sus preocupaciones como para fijarse en el camino. No acababa de entender cómo, incluso yendo en automático, se había confundido de ruta en unos senderos que llevaba años recorriendo y que estaba convencida de poder seguir hasta con los ojos cerrados. Y si ella no pudiera hacerlo, seguro que Gloria, su yegua, sería más que capaz de devolverlas a casa sanas y salvas sin necesitar su ayuda.

Pero llevaban horas dando vueltas y, tomaran el camino que tomaran, acababan siempre en el mismo punto.

La yegua pateó para demostrar su nerviosismo, y Ali alzó una mano para tranquilizarla con una caricia temblorosa.

—Ya lo sé, Gloria, ya lo sé —susurró—. Esto no tiene sentido.

Como tampoco lo tenía la sensación de estar siendo observada que había empezado apenas unos minutos antes como un cosquilleo, y que había crecido hasta convertirse en un nudo que apretaba su garganta, cortándole el aliento. Empujada por ese instinto incomprensible, Ali se giró para montar sobre Gloria y alejarse del claro tan rápido como pudieran llevarlas sus patas, pero la yegua se revolvió, se encabritó y se escapó de sus manos para perderse entre la espesura poco después.

—¡Gloria! —llamó Ali, debatiéndose entre el miedo y la confusión. Gloria era un animal tranquilo y dócil y jamás la había visto así. Si huía de ese modo enloquecido, ella...

Un hilo helado de pánico trepó por su columna vertebral, congeló a su paso huesos y músculos, le erizó el vello, y ascendió por su cuello hasta reventar en su cerebro con una explosión que envió puro pavor a cada una de sus terminaciones nerviosas.

No había un motivo para ese pánico, nada concreto, nada definido. Solo un instinto atávico que no dejaba de gritar «¡Corre!» en cada espacio disponible de su mente.

Y Ali corrió.

Corrió como si la vida le fuera en ello, sin mirar atrás, espoleada por esa sensación instintiva y por la adrenalina que fortalecía sus músculos y su corazón. Y a pesar del rugido del pulso en sus oídos, del aire que azotaba su rostro, ensordeciéndola, Ali pudo escuchar cómo el bosque gemía tras de sí. Pudo oír con

claridad las pisadas que golpeaban la tierra en una rápida carrera para alcanzarla, el crujido de las ramas al romperse, de los matojos al ser pisoteados por su perseguidor.

No se volvió.

La pequeña parte de su mente que todavía conservaba la cordura, le decía que saber quién o qué la perseguía no era tan importante como evitar los obstáculos en su camino y que, además, ver la distancia a la que estaba el peligro no haría que esa distancia aumentara, sino más bien todo lo contrario.

Evitó en el último momento una raíz que intentaba ponerle la zancadilla y, con un salto que habría jurado imposible minutos antes, siguió corriendo, enloquecida, con el corazón amenazando con romper sus costillas y el aliento atascado en la garganta.

Un rugido inhumano resonó tras ella y acalló todos los ruidos del bosque; todo quedó en silencio, salvo el pulso en sus oídos y el jadeo de su respiración; sintió un golpe entre los omóplatos y un dolor casi insoportable se extendió por su espalda e irradió hacia sus extremidades como una corriente de alta intensidad. Pudo mantener su carrera unos segundos, un puñado de pasos vacilantes, pero el dolor la venció por fin y cayó de bruces sobre la tierra húmeda, sabiéndose perdida.

Con un esfuerzo hercúleo, apoyó los brazos en el suelo y comenzó a girarse para enfrentar cara a cara a su perseguidor, pero una voz profunda frente a ella la detuvo al instante.

—No te vuelvas, querida —ordenó en un tono que no daba lugar a réplica—. No quieres ver esto.

Durante unos segundos, Ali se dejó llevar por la debilidad y obedeció. Lo único que alcanzó a ver fueron unas botas de motorista y unos pantalones de suave cuero negro que pasaban sobre ella y desaparecían de su vista. Pero pronto la curiosidad y la fortaleza vencieron al miedo y se giró sobre su espalda, ignorando el quejido de sus músculos agotados.

Y el terror y la confusión volvieron a paralizarla.

Frente a ella se desarrollaba una escena de pesadilla: el hombre de los pantalones de cuero estaba plantado frente a una bestia negra de tamaño descomunal, y soportaba con serenidad el escrutinio de sus malvados ojos, que relucían como dos brillantes rubís en una cabeza gigantesca y deforme, coronando una boca cruel de largos y afilados colmillos.

Ali no sabía si era el pánico que la hacía ver visiones, o de verdad el cuerpo de la criatura no parecía tener forma definida. Temblaba ante sus ojos como gelatina negra, como oscuro petróleo, retorciéndose y burbujeando con lo que parecía indecisión.

Y, a pesar de estar de espaldas a ella, podía ver que el hombre no parecía en absoluto impresionado. Se mantenía firme, con las piernas clavadas en el suelo, separadas apenas, y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Muy impresionante. Inútil, pero impresionante —comentó el desconocido en tono ligero—. Sin embargo, si me aceptas un consejo, te recomiendo que des media vuelta y dejes a la chica en paz. —La criatura respondió con un rugido que pareció



surgir de cada una de las células de su cuerpo y se alzó, amenazadora, sobre el hombre. Este sacudió la cabeza en un gesto que parecía resignado—. Tomaré eso como un «no» —dijo con tranquilidad antes de acercarse al monstruo.

Roi maldijo entre dientes y la bestia en su interior se preparó, expectante, lista para asomar y combatir al enemigo. Habría preferido que el demonio percibiera su aura, lo reconociera y huyera, dejándolo a solas con la chica y sin ninguna pregunta incómoda clavada entre ellos. Pero nunca había sido el favorito de los dioses y su prioridad era mantener a la mujer a salvo por encima de cualquier otra cosa. Y, de todos modos, ya había visto demasiado...

El demonio rugió al ver que Roi permanecía tan tranquilo, sin espantarse ni mostrar ningún temor y retrocedió un par de metros, alzándose en toda su envergadura en un fútil intento de atemorizarlo.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —chascó Roi, de buen humor—. No es un mal intento, pero no va a funcionar conmigo. Necesitas algo un poco más impresionante —comentó en tono ligero—. Permíteme que te haga una demostración...

Desató las férreas sujeciones que mantenían a la bestia en su interior y sintió su poder chisporroteando en cada músculo mientras sus labios se abrían en una sonrisa brutal e inhumana. Sus manos, como garras, se alzaron frente a él en un gesto tan sobreactuado como histriónico y dejó escapar un rugido que reverberó en su pecho, en su garganta y en el aire cargado de ozono del bosque.

El demonio parpadeó y retrocedió todavía más, y más aún cuando Roi se abalanzó sobre él como un misil enfocado a un blanco inmóvil.

«Odio los malditos demonios», gruñó para sus adentros cuando el hedor del ser asaltó sus bien afinadas fosas nasales como una maldición salida de la más hedionda cloaca del infierno.

Sus colmillos encontraron la carne putrefacta de la criatura y se hundieron como puñales, llenando su boca con una sangre negra y espesa, cargada de deliciosa magia en estado puro. Los brazos del demonio intentaron empujarlo sin éxito, librarse de su presa, pero nunca había sido rival para él y tendría que haberlo sabido desde el principio.

Poseído como estaba por la rabia de su bestia, por el sabor de la sangre y el fuego del combate, Roi no se detuvo a considerar que, de hecho, la criatura tendría que haber huido al verlo. Mordió, desgarró y rasgó, encajando los patéticos golpes del demonio sin apenas sentirlos.

Después dolería. Después, cuando la bestia durmiera en su interior y su cuerpo ardiera al curarse a sí mismo. En ese instante solo podía atender al instinto que le ordenaba matar, que lo conminaba a alimentarse con brutalidad del poder y la sangre del ser, que lo poseía como una amante entregada a complacer cada una de sus más exóticas fantasías.

Recibió un zarpazo brutal en el rostro y detuvo sus golpes para sonreír y probar su propia sangre, sabiendo ya que el demonio estaba vencido. Alzó las garras para descargar el golpe final y parpadeó un instante, confundido al ver una sonrisa en la cara contrahecha del ser, antes de que su propia bestia volviera a tomar el control y hundiera las garras en su pecho. La criatura estalló bajo él en una explosión de vísceras y carne desgarrada.

—Odio, odio, odio a los malditos demonios —masculló en voz alta mientras se ponía en pie con lentitud. La bestia volvió a esconderse en su interior, saciada y satisfecha. Miró hacia su ropa y maldijo entre dientes—. Por la Diosa, qué desastre. Me encantaba esta levita y ahora está hasta arriba de papilla de demonio —murmuró. Estaba a punto de volverse hacia la chica que, para su sorpresa, no había gritado ni una sola vez desde que había empezado el combate, cuando lo vio. Entre los restos sanguinolentos había un pequeño talismán, un saco de cuero sujeto con una cuerda, ornado con una decena de diminutas runas. Sintióse como si flotara, se agachó y lo recogió con dedos temblorosos. Lo estudió un instante antes de suspirar—. Esto es perfecto —masculló—. Muchas gracias, dioses, por los pequeños favores y por vuestro depravado sentido del humor.

Ali ahogó un gemido. Decenas de novelas de temática paranormal, cientos de historias de vampiros, de licántropos, de criaturas sobrenaturales no la habían preparado para las imágenes que había tenido que presenciar. Siempre había pensado que si, de algún modo, todas esos seres fueran reales, se comportaría con ellos con naturalidad, con cierta frialdad, incluso. Tenía la mente abierta y estaba preparada para lo que la vida tuviera a bien poner en su camino.

Se equivocaba.

Una cosa era leer acerca de un hombre con fuerza y rapidez inhumana, con garras, y otra muy distinta encontrárselo cara a cara en un bosque solitario, luchando contra una gelatina negra y apestosa. Y venciendo, por fortuna.

Con un suspiro sobreactuado —que encajaba de un modo curioso con esa mezcla de ropas góticas y modernas—, el hombre se dio la vuelta y la miró con amabilidad. Ahora su aspecto era impresionante, pero no sobrenatural.

—Tenemos que irnos, querida —dijo con serenidad—. Me temo que los colegas de este despojo no tardarán en aparecer y si bien la posibilidad no me asusta demasiado, el que tú estés aquí, indefensa, pone las cosas en otra perspectiva.

—¿Qué? —preguntó Ali, demasiado aturdida por todo lo que había vivido como para responder a semejante muestra de cortesía. Su cerebro terminó de procesar las palabras antes de que el hombre pudiera contestar y se lanzó a tumba abierta—. Eres un...

—Algo parecido, sí —la interrumpió con expresión irritada—. Permíteme que me presente —ofreció, retomando sus modales dieciochescos—. Mi nombre es Roi y estoy aquí para protegerte. —Tendió una mano hacia ella que Ali aceptó por la pura fuerza de la costumbre. Roi tiró de esa mano hasta alzarla sobre sus pies y besó el dorso con un gesto florido.

—Alicia —respondió en automático—. Ali —se corrigió—. ¿Qué era...? —empezó a preguntar.

—Después —volvió a frenarla Roi—. Ahora tenemos que irnos y buscar un refugio para pasar la noche.

—¿Pasar la noche? —se escandalizó Ali—. ¡No pienso pasar la noche contigo, tengo que encontrar a mi yegua y volver a mi casa!

—Tu afortunado animal ya habrá regresado a casa por sí mismo, confía en mí —la serenó Roi—. En cuanto a nosotros —olfateó el aire y frunció el ceño—, no nos queda tiempo para discutir —murmuró.

—Tienes razón, no queda tiempo —se obstinó Ali—. Porque yo tengo...

Antes de que pudiera terminar la frase, en el rostro de Roi apareció un gesto exasperado y, apenas un segundo después, estaba en sus brazos, atravesando el

bosque a la velocidad del rayo. La carrera apenas duró un par de minutos y, pensándolo de forma retrospectiva, Ali no supo si había sido el momento más aterrador de su vida... O el más excitante. El vampiro —porque por mucho que fuera una auténtica locura pensarlo, estaba convencida de que eso era— esquivaba las ramas, las rocas y cualquier cosa que apareciera en su camino como si estuviera dando un tranquilo paseo por un lugar desierto, en lugar de corriendo como un caballo al galope en un bosque espeso y repleto de obstáculos. Además, una parte muy traidora de su mente no podía dejar de apreciar la densa masa de músculos contra la que se apretaba su cuerpo y el increíble olor de esa piel, a limpio, a hombre y a una carísima loción para después del afeitado.

«¿Los vampiros se afeitan?», se preguntó, de un modo bastante estúpido, mientras aspiraba el aroma dulce y especiado de la loción.

Apartó los ojos del camino para fijarla en el rostro concentrado de su acompañante, no tanto porque tuviera intención de admirarlo, como porque las imágenes del bosque abalanzándose hacia ellos con la velocidad de un tren a toda máquina estaban empezando a marearla. Y la única palabra que fue capaz de ofrecerle su aturullado cerebro fue algo parecido a «ñam».

Lástima que fuera un arrogante, autoritario e insensible cabrón.

La carrera terminó tan bruscamente como había comenzado y Ali se encontró de nuevo en el suelo mientras su mente se lanzaba a la carrera para procesar los detalles del lugar e intentaba darle una ubicación espacial.

—¿Me has traído a la Cueva del pastor? —se espantó, más furiosa que asustada—. ¿Eres idiota? ¿Sabes lo inestable que es el terreno aquí? —gritó, encarándose al él que la miraba inexpresivo, sin siquiera parpadear—. ¿Me salvas de un... —lo pensó un segundo y, al no encontrar una palabra para definir al bicho que la había atacado se decidió por lo obvio—:...de un bicho, para que muera en un derrumbamiento?

—No seas ridícula, querida —replicó Roi con serenidad—. El terreno no puede ser más estable.

—¡No seas ridículo tú! —se exaltó Ali—. Llevo toda mi vida recorriendo este bosque y siempre...

—Siempre te han dicho que no te acerques a la Cueva del pastor, sí. Lo sé —la interrumpió con ese tono calmado que, lejos de serenar a Ali estaba exasperándola hasta la náusea. Ignorando su evidente mal humor, Roi se dio la vuelta y miró a su alrededor como si buscara algo. Cuando volvió a hablar, pareció que lo hacía más para sí mismo que para ella—. Es curiosa la forma en que las leyendas calan en la gente —murmuró—. Cuando los humanos no encuentran una explicación racional a un fenómeno, se la inventan y todos tan felices.

Ali estaba demasiado enfadada, asustada y nerviosa como para detenerse a analizar ese monólogo. Quería volver a casa; quería encontrar a su yegua y quería dejar ese lugar que, después de años escuchando advertencias, le daba escalofríos. Intentó llamar la atención de su acompañante, pero, al ver que este se limitaba a

ignorarla mientras recogía leña, tan tranquilo, resolvió que lo más adecuado era que ella también tomara sus decisiones sin contar con él. Así que, sin más, echó a andar en dirección a casa con pasos largos y apresurados... Y se dio de bruces contra una montaña de músculos.

—¿Se puede saber a dónde vas, querida?

Si hubiera necesitado más pruebas de que los dioses lo tenían justo en el punto de mira, esa mujer y su testarudez habrían terminado de convencerlo. Una parte de sí mismo estaba encantada de encontrarse por una vez con una víctima que no gimoteara, lloriqueara, se lamentara o cualquier otro verbo que terminara en -ara y que quisiera decir que él terminaba ahogado en quejas y súplicas. Pero otra parte sabía que si bien el valor era algo a apreciar y admirar, si iba acompañado de mal genio y testarudez, solo iba dificultar su labor que, en gran medida, consistía en proteger a esa víctima de sus propias acciones.

El hecho de que la víctima en cuestión, además, tuviera un cuerpo capaz de pervertir a un santo, no sabía aún si colocarlo en la columna de los pros o de los contras. El que la bestia en su interior —y él mismo, para qué negarlo— encontrara excitante que una mujer le plantara cara y no se arredrara en su presencia, se iba, sin duda, a la lista de contras. No era fácil pensar cuando la zona más rebelde de su cuerpo se empeñaba en valorar qué podía hacer con todo ese genio y esa pasión.

—¿Quieres quitarte de mi camino? —Aunque la frase había sido pronunciada como una pregunta, Roi captó la orden implícita en sus palabras. Y el depredador en él se empeñó en mostrar una sonrisa en su rostro, sin que su sentido común tuviera tiempo de entrar en el juego—. ¿Te hace gracia?

—De hecho, encuentro toda esta situación cualquier cosa antes que graciosa —replicó—. Esos demonios atacan en manada. Debe haber al menos una docena de ellos dando vueltas por el bosque, esperando encontrarse un bocado tan sabroso como tú y, desde luego, yo...

—¡Pues acompáñame a mi casa, estúpido! —lo interrumpió la chica.

Roi rechinó los dientes ante el insulto, pero se esforzó en que su expresión siguiera siendo ilegible.

—Mucho me temo que eso no es posible ahora mismo —dijo con toda la serenidad que fue capaz de invocar.

La chica lo observó durante unos segundos con la boca abierta y sacudió la cabeza como si no fuera capaz de creerse toda la situación. Por fin, su apetecible boca se frunció en un gesto obstinado e hizo ademán de rodearlo para seguir su camino. Sin esfuerzo, Roi volvió a colocarse frente a ella para cortarle el paso.

—Sal de mi camino —gruñó.

—¿Qué parte de «esos demonios cazan en manada» no expliqué correctamente hace unos segundos, mujer? —masculló Roi. Su paciencia estaba a punto de tomarse unas vacaciones y ya tenía las maletas en la puerta y las llaves en la mano.

—¡Me trae sin cuidado! ¡Quiero a mi yegua y quiero irme a mi casa! ¡Si no me acompañas, me iré sola! —gritó la chica.

«Magnífica», aprobó Roi. Valiente, con carácter, con fortaleza... Otra mujer en su lugar estaría hecha un charco de lágrimas, pero ella, que había visto su peor cara, se atrevía a plantarse frente a él y hablarle como si el miedo no fuera una opción.

En apenas un segundo se dio cuenta de que no iba a convencerla por los medios habituales, así que valoró los posibles cursos de acción y, con una sonrisa y una reverencia burlona, se apartó de su camino.

—Como gustéis, mi señora —dijo con sorna.

La chica le dedicó una mirada furiosa, resopló y echó a andar hacia el bosque. Sin apagar la sonrisa de su rostro, Roi esperó unos segundos y se dispuso a seguirla.

Una hora más tarde, con gesto agotado y tiritando por el frío nocturno, Alicia se detenía por tercera vez en el mismo claro y miraba, confusa, a su alrededor mientras él, acechando en las sombras, se esforzaba por disimular una carcajada.

—¡Mierda! —gruñó—. ¡Mierda! —repitió en voz más alta, dando una patada en el suelo en un gesto que, en otra mujer, habría resultado infantil. En ella resultaba muy provocativo—. ¿Por qué estoy aquí otra vez?

Al sentir la desesperación en su voz, Roi decidió que había llegado el momento de dar por terminado el juego y salió de su escondite.

—¿Dispuesta ya a volver a la cueva, querida? —preguntó con una amabilidad no exenta de sarcasmo.

Alicia se volvió a la velocidad del rayo y lo fulminó con la mirada. La desesperación dio paso a una furia voraz que se concentró en él sin dudarlo. Roi sonrió, preparándose para el inevitable combate verbal.

—Tú sabías que iba a pasar esto —lo acusó.

Divertido como no lo había estado en años, se apoyó contra el tronco de un árbol y cruzó los brazos sobre el pecho, observándola.

—Naturalmente —asintió—. Y te lo habría dicho si no te hubieras marchado con tanta prisa.

—¿Y no podías habérmelo dicho la primera vez que aparecí aquí? ¿O la segunda? —preguntó, hirviendo de rabia—. ¿Me has estado siguiendo todo este tiempo y no has dicho nada?

Roi se encogió de hombros.

—No me molesta seguirte, en realidad —replicó en tono ligero—. La inmovilidad me incomoda, si te soy sincero, y he seguido... —hizo una pausa para observarla de la cabeza a los pies y se pasó la lengua por los dientes en un gesto casi inconsciente... partes posteriores mucho menos atractivas que la tuya.

Alicia abrió los ojos de par en par en un gesto más furioso que incrédulo.

—¿Me has tenido dos horas dando vueltas por el bosque para mirarme el culo? —exclamó.

—Bueno, debo reconocer que es un culo digno de ser admirado, pero no, no era esa mi única motivación. Aunque ha ayudado, qué duda cabe —contestó, disfrutando de su mirada ofendida. La sonrisa que siempre se empeñaba en aparecer cuando



discutía con ella se marchitó al percibir la esencia de los demonios antes incluso de que su hediondo olor llegara a sus fosas nasales. Ella debía haberlo percibido también, porque su propio aroma se había llenado con la densa esencia del miedo mientras miraba con los ojos desorbitados alrededor del bosque—. Tenemos que irnos —anunció en un tono que no admitía discusión.

Y por una vez, ella no discutió. Se dejó alzar en brazos y Roi corrió de vuelta a la cueva, con el depredador en su interior revolviéndose inquieto y furioso al verse privado de la diversión.

Regresar a la carrera a su base no fue lo más fácil que había hecho en su vida, no con el cuerpo de la chica apretado contra el suyo, tentándolo con su olor, su pulso y sus deliciosas curvas. Más de una vez había perdido la concentración y se había encontrado esquivando un obstáculo que aparentaba haber aparecido en su camino de pronto, dispuesto a hacerlos caer a ambos.

Cuando por fin la depositó en el suelo estaba excitado, cabreado e inquieto a partes iguales. Y esa era una combinación muy peligrosa para alguien como él.

Alicia se apartó el pelo desordenado de la cara y lo miró de mal humor.

—¿Vas a explicarme lo que está pasando de una vez? —preguntó con irritación.

Roi la estudió unos segundos. Si alguna vez había visto alguien que mereciera saber toda la verdad de la situación en la que estaba metida, debía ser ella. No se derrumbaría, ni se echaría a llorar, ni gimotearía toda la noche rezando a quién sabía qué dios. Asintió.

—Estás temblando. —No permitió que en su tono se colara la compasión o la empatía. Tenía la impresión de que ella apreciaría mucho más un discurso aséptico, la simple exposición de un hecho—. Métete en la cueva: encenderé un fuego y hablaremos.

Alicia lo observó unos segundos, quizá intentando decidir si le estaba diciendo la verdad o solo era un subterfugio para tenerla entretenida, pero por fin asintió y se dirigió a la cueva a grandes zancadas que, además de servir para demostrarle su irritación, le dejaron una hermosa instantánea de su trasero balanceándose al andar.

—Va a ser la noche más larga de mi vida —murmuró Roi antes de disponerse a recoger leña.

Para cuando él regresó a la cueva y se afanó en amontonar leña para encender una pequeña hoguera, gran parte de la furia de Ali se había esfumado y había dejado en su lugar tan solo un frío que la helaba hasta la médula. Se abrazó a sí misma, esforzándose por no temblar, por no mostrar debilidad ante esa criatura arrogante e irritante en extremo. Apretó los dientes con fuerza para evitar que castañetearan y fijó su mirada en las ramas que estaba colocando con esmero frente a ella. De pronto, él alzó la cabeza y clavó los ojos en ella. Ali ahogó una exclamación. En la oscuridad del bosque y azuzada por el miedo y las prisas, no había tenido tiempo de fijarse en ese par de piedras de ámbar rodeadas de espesas pestañas oscuras. Eran los ojos más increíbles que había visto en su vida, del color del cobre y la miel, y la observaban como si pudieran leer hasta sus más íntimos pensamientos.

Sin mediar palabra, él se incorporó y se deshizo de su levita, tendiéndosela a continuación con un gesto elegante. Ella lo miró sin hacer ningún ademán de recogerla. Él chascó la lengua con reprobación.

—Vamos, pónstela. Encontraría muy frustrante que murieras de hipotermia después de haberme jugado el cuello para salvarte de un demonio —explicó en tono monocorde.

Ali tendió la mano a regañadientes y se arrebujó en el grueso terciopelo de la prenda, regodeándose con su calor y con el delicioso aroma de él que conservaba la tela.

—Gracias —dijo al cabo de un momento. Porque estaba agradecida y porque el silencio estaba empezando a asfixiarla.

Él terminó de prender las brasas y alzó la cabeza de nuevo, regalándole una sonrisa que transformó sus pétreos rasgos hasta mostrar un rostro de ángel caído que podía hacer llorar de envidia al mismísimo Lucifer.

—Ha sido un placer —susurró en tono seductor—. Y si necesitas más calor...

—Estoy bien, gracias —lo frenó con un gruñido. Como si no tuviera ya bastantes problemas como para añadir la inevitable atracción que sentía por él.

La sonrisa amable mudó hacia otra más pícara, resabiada, como si pudiera leer sus pensamientos y lo divirtieran muchísimo. Con elegancia felina, se dejó caer en el suelo y apoyó la espalda contra la pared húmeda de la cueva. Ali intentó por todos los medios evitar que sus ojos siguieran la marea de músculos que ofreció ese movimiento, pero terminó por rendirse. Bajo esa finísima camisa de hilo se adivinaba un cuerpo digno de ser estudiado al detalle y recorrido con dedicación durante horas con los dedos. O con la lengua, incluso.

Apartó la vista a regañadientes de su cuerpo y se encontró con que la sonrisa traviesa se había ampliado hasta límites casi insultantes.

«Maldita sea».

—¿Puedes leer mi mente? —preguntó, indignada.

Él celebró su comentario con una carcajada cargada de ironía.

—Ah, clichés sobre vampiros. Me encantan —rio.

—¿Puedes o no? —insistió.

—En absoluto, querida. Y, antes de que me ofendas preguntándomelo, tampoco brillo como una luciérnaga si me expongo a la luz del sol —respondió sonriente. Ali reprimió un suspiro de alivio, que murió en sus labios cuando él continuó—: Pero mi olfato es excelente. Si te sirve de consuelo, te diré que yo te encuentro deliciosamente atractiva. Y que me resulta muy halagador tu interés.

Por un instante, Ali valoró la posibilidad de negarlo todo, pero lo más probable es que él se limitara a reírse a carcajadas de ella. Así que, fiel a su carácter, decidió que la mejor defensa era un buen ataque.

—¿Interés? —gruñó—. ¿Quién dice que estoy interesada? —Él alzó una ceja en un gesto irónico al que Ali respondió con un resoplido—. Estás para comerte, sí. Tengo ojos en la cara, ¿sabes? Pero eso no significa nada.

—Ah, ¿no?

—No. Hace falta más que una cara bonita para que me interese un hombre y, francamente, no te soporto —gruñó—. Ahora, ¿vas a contarme qué diablos está pasando o vas a seguir tirándome los tejos como un adolescente cachondo?

Para su sorpresa, lejos de ofenderse, él soltó una alegre carcajada.

—Muy bien, hablemos de eso, entonces —aceptó—. Pero no te garantizo que, solventado ese asunto, no vuelva sobre el tema más adelante —añadió con su maliciosa sonrisa—. Es un tema que me fascina.

—Tu tema, tu problema —gruñó Ali de mal humor—. ¿Por qué no puedo salir del bosque? —preguntó en un intento desesperado de reconducir una conversación que, a saber por qué, no dejaba de escapársele de las manos.

—¿Quieres primero las buenas o las malas noticias? —preguntó con amabilidad.

—Odio cuando la gente dice eso —se lamentó Ali—. Me da igual: suéltalo todo y listo.

—Ah, qué impaciencia —se lamentó Roi—. Está bien, la cosa es así: cuando te dije que esos demonios cazaban en manada, debí especificar que la manada teje un conjuro que retiene en un área determinada a cualquiera que entre en ella. Eso les permite esperar con tranquilidad a sus víctimas, puesto que estas no pueden abandonar la zona.

Ali lo pensó un segundo.

—¿Por eso no puedo salir del bosque? ¿Está hechizado? —preguntó, sorprendiéndose de la poca incredulidad que mostraba su voz—. Entonces, Gloria...

—Supongo que Gloria es tu yegua —interrumpió Roi—. Los animales no se ven afectados por el conjuro. Su esencia no resulta apetecible para los demonios. En cambio la tuya... —Se pasó la lengua por los labios, en un gesto que arrancó a Ali un

estremecimiento de miedo atávico—. Querida, permíteme decirte que se percibe como algo más que deliciosa.

—Pero yo iba montada en ella cuando empecé a aparecer en el claro —refutó ignorando la salida de tono.

Roi se encogió de hombros.

—Es magia, Alicia. No me pides que te explique con lógica lo que pertenece al terreno de la mística —añadió en un tono que casi parecía una disculpa—. Al descabalarla y soltar sus riendas, la librate del hechizo que te ata a ti.

Ali estudió esa nueva información. Gloria era más que capaz de volver a casa sola si el hechizo del bosque no la detenía, así que debía asumir que eso es lo que habría hecho al verse sin montura, porque el terreno era demasiado grande para explorarlo de noche y tenía la ligera sospecha de que él no le permitiría ir en su busca. Eso sin contar que podía estar fuera del área del conjuro y ella no podría alcanzarla.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. ¿Y cómo salimos de aquí? ¿Puedes romper ese hechizo?

—Yo no —reconoció con una sonrisa serena—. La magia y yo no nos entendemos muy bien, si te soy sincero. Pero, en unas horas, uno de mis compañeros tiene que venir a cambiar la guardia y...

—Eh, eh, eh, tiempo muerto —lo frenó Ali—. ¿Compañeros? ¿Guardia?

—Somos tres —aclaró él en tono paciente—. Estábamos vigilando el bosque para intentar averiguar qué criatura estaba atacando a los lugareños. Y, por supuesto, tenía que aparecer en mi turno de guardia —suspiró, exasperado—. Siempre ocurre todo en mi turno de guardia. —Sacudió la cabeza como si intentara alejar alguna idea incómoda y volvió a mirarla—. El caso es que Aidan tendría que aparecer por aquí a las cuatro para relevarme, aunque es posible que aparezca más tarde —resopló—. La puntualidad británica, al parecer, no se aplica a los irlandeses, y menos cuando quedas con ellos de madrugada.

—¿Y ese Aidan puede sacarnos de aquí, romper el hechizo? —preguntó Ali, obviando el resto del discurso.

—En circunstancias normales, sí, sin demasiados problemas —respondió, removiéndose, incómodo, en su asiento. Se inclinó hacia la hoguera y añadió un par de ramas para avivar el fuego. Ella aguardó en silencio. Cuando volvió a hablar, su voz era pensativa—. Pero cuando maté al demonio que te atacó, encontré un talismán entre sus restos y lo que contenía nos va a complicar un poco más las cosas.

—Oh, maravilloso —gruñó Ali arrebujiándose en la levita—. ¿Qué era?

—Una putada, eso es lo que era —gruñó él.

Abrió los ojos sobresaltada. Si de algo se había dado cuenta en ese tiempo, era que él, además de estar como un queso, utilizaba un lenguaje refinado y repleto de subordinadas y revueltas. Un taco en sus labios sonaba tan extraño como escuchar a los tertulianos de *Sálvame* hablando farsi en un nivel de decibelios aceptable para el ser humano. Él sonrió sin humor ante su reacción.

—Vale, ¿y qué hacía ese talismán? —preguntó con un terrible mal presentimiento.

—Ese talismán sellaba el conjuro. Ahora nadie puede salir del bosque, pero tampoco nadie puede entrar —explicó—. El hechizo se activa al morir el portador e imagino que lo llevaban para no debilitar al grupo si uno o varios de ellos caían. Así pueden terminar de alimentarse tranquilos, seguros de que nadie va a entrar en su zona de caza.

Si el aire gélido de la noche no la tuviera ya congelada hasta los mismos huesos, pese la hoguera y a la protección extra que le ofrecía la levita, sus palabras habrían terminado de helarla. A pesar del miedo que mantenía controlado con todas sus fuerzas en lo más profundo de su ser y de lo extraño de la situación, la mente analítica de Ali funcionaba a la perfección, así que no necesitó ni un segundo para darse cuenta de que tenían graves problemas: ellos no podían salir sin ayuda y la ayuda no podía entrar, así que, ¿cuánto tiempo iban a estar ahí? ¿Hasta que uno de los demonios alcanzara por fin su objetivo y la convirtiera en una brocheta humana? No sonaba muy alentador.

—Entonces —se atrevió a susurrar—, ¿tu amigo no podrá ayudarnos? —preguntó en un hilo de voz.

Roi maldijo para sus adentros su falta de empatía. La chica se mostraba tan tranquila, tan controlada, que ni se había detenido a pensar que, en el fondo, muy en el fondo, bajo esa capa de mal genio y arrogancia, estaba tan aterrorizada como cualquier otro humano que hubiera sido arrancado de su comfortable universo de reglas prefijadas.

Le había lanzado todo el asunto a la cara y ni se había molestado en suavizárselo o tranquilizarla y ahora parecía a punto de ponerse a gritar, a maldecir o a salir corriendo. Y no necesariamente en ese orden.

«Un trabajo estupendo, Roi. Un gran trabajo —se zahirió—. Ya puedes arreglarlo o la noche va a ser todavía más larga de lo que esperabas».

—No estés asustada —pidió con amabilidad.

—Yo no me asusto —replicó Alicia con esa mirada orgullosa que había aprendido a apreciar en el poco tiempo que llevaban juntos—. Pero necesito saber...

—Aidan puede romper también ese conjuro, Alicia, no debes preocuparte —aclaró—. Le llevará más tiempo, pero sus poderes van bastante más allá de quebrar un pobre hechizo de demonio.

—¿Cuánto es «más tiempo»? —inquirió la chica casi al momento.

Por supuesto. Debía haber imaginado que una mujer como ella encontraría el punto débil de su explicación y se lo devolvería sin dudarlo. Empezaba a entender por qué motivo Aidan siempre se empeñaba en proclamar a los cuatro vientos que le gustaban las mujeres simples y sin complicaciones. Las inteligentes no daban más que quebraderos de cabeza.

—No lo sé —reconoció por fin tras un breve debate consigo mismo. Sospechaba que ella era capaz de captar una mentira o un subterfugio sin esforzarse y, dado que, con toda seguridad, tendrían que pasar bastante tiempo juntos en ese bosque, prefería no tenerla en su contra—. Pero no será demasiado, espero —añadió al ver la expresión asustada de la chica—. Cuando llegue para relevarme y no pueda atravesar el conjuro, se dará cuenta al momento de lo que ocurre. Después de eso... —Se encogió de hombros—. Bueno, dependerá de lo que le lleve preparar su propia magia. Unos minutos, una hora... Un día —añadió de mala gana.

—Genial —ironizó la chica—. ¿Y cuáles son las buenas noticias?

Roi dejó escapar una carcajada carente de humor.

—Querida, esas eran las buenas noticias —aclaró.

Si esperaba una reacción de histeria mal contenida a sus palabras, debió pensarlo mejor. Ella lo miró, inexpresiva, durante un muy largo rato y por fin suspiró.

—Claro, tenía que ser —comentó en tono sarcástico—. Muy bien, entonces, ¿cuáles son las malas noticias?

—Hay varias —reconoció Roi—. Para empezar, todos los demonios deben llevar

ese conjuro consigo, así que, si nos volvemos a encontrar con uno y no me queda más remedio que acabar con él, las protecciones se reforzarán, dificultando la tarea de Aidan y manteniéndonos aquí por más tiempo.

—Oh, es estupendo. Y con la suerte que tenemos, seguro que aparecen por la entrada de esa cueva antes de que termines de hablar —replicó malhumorada.

Bueno, al menos en eso sí podía tranquilizarla.

—No creo que vaya a ocurrir, aunque hay una remota posibilidad, sí —respondió con un encogimiento de hombros—. Pero si te he traído precisamente aquí ha sido por una buena razón. Esta zona es terreno sagrado y... —empezó.

—¿Terreno qué? ¿La cueva? Pero si toda la vida... —interrumpió Alicia.

—Te lo he dicho —la frenó Roi, irritado por su interrupción—: Las leyendas se tejen en torno a una realidad en la mayor parte de los casos. En esta zona se llevaban a cabo rituales drúidicos y se intentaba mantener alejados a los curiosos. Cuando ese conocimiento se perdió, quedó en la memoria colectiva la advertencia de no acercarse —aclaró con aire indiferente—. Pero lo importante es que los demonios detestan la magia drúidica, así que se mantendrán tan alejados de aquí como lo habéis hecho los humanos a lo largo de los siglos.

—Bueno —intervino ella tras pensarlo unos segundos—. Esa es una buena noticia, ¿no?

—Sí... y no. —Roi suspiró. Ahora venía la peor parte y, si bien ella se había mantenido serena hasta ahora, no estaba muy seguro de cuál iba a ser su reacción. Para darse tiempo, avivó de nuevo la hoguera y se acomodó de nuevo contra la pared, sorprendiéndose de que la chica se mantuviera en silencio, esperando sin más—. Debes comprender que la magia llama a la magia. La «atrae» de algún modo. Y hay seres que pueden atravesar el círculo de caza de los demonios sin necesidad de quebrar el conjuro. —Cerró los ojos, incómodo, esquivando la mirada de Alicia en un gesto de cobardía impropio de él—. Seres que estarían encantados de darse un festín con tu cuerpo y con tu esencia.

El silencio que siguió a sus palabras duró una eternidad o, al menos, así se le antojó a Roi. Abrió los ojos, esperando encontrarse a la chica llorando desconsolada, o paralizada por el pánico, pero lo que halló fue a una mujer que mantenía un control férreo sobre el miedo que emanaba de ella e irritaba su afinado olfato, concentrada en la danza de las llamas que tenía frente a sí. Nada de exhibiciones de terror, nada de gritos o llantos. Solo concentración, análisis, control... Esa serenidad, combinada con su mal genio y su pasión, despertaban el instinto depredador de su bestia, empujándolo a acercarse a ella y poseerla sin más.

Por fin, ella alzó la vista y clavó una mirada límpida y sincera en él.

—¿Puedes protegerme? —preguntó sin el más leve temblor en su voz.

Roi se levantó y recorrió la escasa distancia que los separaba para arrodillarse ante ella, esperando que captara su anticuado gesto de admiración.

—Mi vida y mis armas están a tu servicio, querida —ofreció—. Te defenderé

hasta el último aliento y más allá. Confía en mí, no soy fácil de matar. —Ella parpadeó, confusa, un segundo, y después sonrió. Una sonrisa cansada, frágil, pero sonrisa al fin—. Ahora duerme —la conminó—. Será una noche larga y debes descansar.



A pesar de que estaba convencida de que no conseguiría pegar ojo, el sueño le llegó a traición, armado con el cansancio y las agotadoras emociones del día, y la arrastró a una inconsciencia inquieta, cargada de malos sueños.

Despertó con tanta brusquedad como se había dormido, azotada por los restos de una pesadilla aterradora que, ahora, con la escasa luz que proyectaba la hoguera, apenas recordaba más allá de la sensación de miedo y de la necesidad de correr, proyectadas en su respiración jadeante y sus ojos abiertos de par en par.

—Tranquila, ha sido una pesadilla —la serenó una voz profunda junto a ella.

—Lo sé —murmuró Ali, todavía medio adormilada—. ¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó mientras se incorporaba a duras penas, soportando la protesta de sus maltratados músculos.

—Ni de lejos lo suficiente —respondió Roi en tono reprobador—. Apenas has cerrado los ojos un par de horas. Vuelve a dormirte, te despertaré cuando amanezca.

Las palabras «cuando amanezca» atrajeron a la superficie de su cerebro una pregunta que Ali llevaba esquivando hasta entonces.

—Roi... —llamó, percatándose de pasada que era la primera vez que se dirigía a él por el nombre que le había dado.

—¿Sí, querida? —inquirió este con amabilidad.

—Cuando amanezca, tú... Quiero decir... El sol... —vaciló.

Roi rio entre dientes.

—Oh, más clichés. Delicioso —comentó, melifluo—. No tienes por qué preocuparte. Soy lo bastante anciano como para soportar el día si estoy a cubierto y lo bastante testarudo como para enfrentarme al dolor que me causa estar en el exterior durante un largo rato, si necesitaras mi ayuda.

—¿No estallarás en llamas, o algo parecido? —preguntó Ali, sabiendo que la pregunta lo haría reír.

Roi no la decepcionó: soltó una breve carcajada y la miró, divertido.

—Nada de llamas —respondió—. Solo dolor. Muchísimo dolor —añadió al cabo de un momento, mirando al infinito, como si estudiara un recuerdo repentino—. Un dolor peor que cualquier cosa que hayas conocido. Un dolor que te paraliza, que te domina. Solo agonía y más agonía. —Sacudió la cabeza, quizá para intentar borrar la imagen que esas palabras habían puesto en su mente, y adoptó de nuevo su aire superficial—. Pero eso no va a ocurrir. No hay nada ahí fuera capaz de mantenerme horas luchando al sol —dijo con un evidente punto de orgullo masculino y autocomplacencia.

—Eso es bueno —musitó Ali con una débil sonrisa.

—Satisfactorio, incluso, me atrevería a añadir —apostilló él.

Ali sonrió y se desperezó con disimulo.

—¿Siempre hablas así? —preguntó, solo porque le encantaba provocarlo.

—¿Así cómo, querida? —inquirió a su vez, solícito.

—Como si acabaras de salir del rodaje de Las amistades peligrosas —rio, burlona.

Para su sorpresa, él no la acompañó en sus risas. Esbozó lo que parecía la sombra de una sonrisa y fijó la vista en las llamas, ofreciéndole así una hermosa imagen de su magnífico perfil.

—Supongo que lo que tú llamarías «el vampiro», la bestia en mi interior, es una criatura tan incivilizada, sedienta y brutal, que no puedo evitar compensarlo siendo tan cortés como me permitan mis buenos modales —respondió. Y Ali no pudo evitar darse cuenta de que su aclaración respondía más a un monólogo interno que a un auténtico deseo de darle una respuesta. Se volvió para mirarla y, tras unos segundos de vacilación, colgó de su rostro una sonrisa traviesa—. Al menos mientras mantengo toda mi ropa en su lugar —apostilló con malicia.

La puntualización atrajo a la ávida imaginación de Ali una decena de imágenes de él desnudo, con toda esa magnífica masa de músculos iluminados por la luz del fuego, moviéndose sobre ella en una demostración primitiva de fuerza y apetito inagotable.

Saber que esa había sido sin duda su intención al decirlo no la ayudó a alejar las escenas que se volvían más y más perversas cuanto más pensaba en ellas. O, incluso, cuanto más intentaba no pensar en ellas. Tragó saliva y lo miró con los ojos entrecerrados en lo que esperaba fuera un gesto amenazador.

Por supuesto, su pobre demostración de furia solo consiguió ampliar la perversa sonrisa de Roi.

—Bueno, eso no lo sabré nunca —rezongó.

—Nunca es tantísimo tiempo... —musitó en tono seductor—. Puedo olfatear tu interés. —Se inclinó sobre ella y hociqueó con delicadeza la piel de su cuello. Ali reprimió un escalofrío—. Y mentiría si dijera que no me afecta. —Sus labios acariciaron el pulso de Ali y esta vez no fue capaz de evitar que un estremecimiento la recorriera por entero, para evidente regocijo de Roi—. Y como aún faltan horas para que vengan a buscarnos, y no creo que haga falta decirte que yo también estoy más que interesado, quizá podríamos...

—¡No! —gruñó Ali—. De ninguna de las maneras —añadió, apartándose de la tentación de sus labios y sus dedos exploradores, que habían empezado a jugar con un mechón de su cabello—. No sé qué crees haber olido pero eso no va a pasar, ¿entiendes?

—Como quieras —aceptó de buen grado—. Si en algún momento dejas de mentirme a ti misma, házmelo saber. —Antes de que Ali pudiera replicar con alguna grosería que lo pusiera en su sitio, él se incorporó—. ¿Tienes hambre? —preguntó en tono conversacional, como si los últimos minutos no hubieran tenido lugar.

—La verdad es que sí —reconoció Ali después de unos segundos intentando escapar de la asfixiante maraña de sensualidad que la cercanía de Roi había tejido a su alrededor—. Salí pensando en dar un paseo corto antes de cenar y... —Se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Bien —asintió Roi—. Pues ya que de momento todo está tranquilo y no pareces necesitar me en mi papel de protector, permíteme que me ocupe de interpretar el rol de proveedor. —Esbozó una amplia sonrisa—. A menos que hayas cambiado de idea sobre el tercer...

—No he cambiado —lo interrumpió Ali en un gruñido.

—Mentirosa —replicó—. Pero está bien, eso lo hace más interesante. Saldré a buscar algo comestible —declaró—. Mantente en la cueva y no salgas pase lo que pase, ¿entendido?

—Muy bien —aceptó Ali. Él le dedicó un breve asentimiento a modo de despedida y se inclinó para atravesar la entrada de la cueva—. Roi —lo llamó. Él se volvió con una muda pregunta dibujada en su rostro—. Gracias —susurró ella.

—Un placer —contestó antes de desaparecer.

Apenas llevaba quince o, quizá, veinte minutos esperando, discutiendo consigo misma sobre la estúpida atracción que sentía por el estúpido, arrogante, prepotente vampiro, o lo que fuera, y cómo no iba a ceder a ella, cuando escuchó pasos en la entrada de la cueva.

—Pues sí que ha sido rápido —masculló. Tenía un hambre de lobo, pero contaba con tener un poco más de tiempo para serenar su libido traidora antes de que él apareciera de nuevo frente a ella con su magnífico cuerpo, su sonrisa rompedora y sus malditos modales de caballero. Los pasos se detuvieron sin traspasar la entrada y el instinto de Ali le dio un golpecito de advertencia en el hombro—. ¿Roi? —preguntó con desconfianza.

—No, no soy Roi —respondió una voz de hombre—. ¿No está contigo? —El corazón latió con fuerza en el pecho de Ali, acicateado por el miedo. Como no sabía qué responder, se limitó a permanecer en silencio—. ¿Ali? —insistió el hombre—. Soy amigo de Roi. Me ha mandado a buscarte. —Un rostro bellísimo apareció en la entrada, mirándola con curiosidad—. ¿Ali? Vamos, sal, te llevaré con Roi.

Por un instante, Ali se vio tentada a obedecer a ese hermoso hombre y su voz dulce y tranquilizadora. Pero la parte más obstinada de su cerebro le recordó que Roi había dicho que no saliera bajo ningún concepto hasta que él llegara, pasara lo que pasase, y además...

—¿Te ha dicho él cómo me llamo? —preguntó con un hilo de voz.

—Por supuesto, Ali, ¿cómo iba a saberlo si no? —replicó, sonriente, el hombre. Sí, cierto, ¿cómo? Solo que Roi jamás la llamaba Ali. Se dirigía a ella como Alicia o como «querida», pero jamás utilizaba la abreviatura de su nombre. El ser (ya no se atrevía a clasificarlo como «hombre») debió percibir el miedo que latía en su interior, porque su rostro sereno mutó hasta convertirse en una máscara furiosa que afeó sus

rasgos—. Cuando llegue el momento, recuerda que intenté facilitarte las cosas —gruñó—. Sal de ahí, mujer —añadió con una voz autoritaria que parecía alcanzarle el alma.

Antes de que pudiera pensar en ello, se encontró obedeciendo. Luchó con todas sus fuerzas, con toda su voluntad, pero sus piernas seguían moviéndose, avanzando hacia el ser que la aguardaba expectante, y no había ni un solo músculo que respondiera a sus órdenes. Se sentía atrapada en sí misma, luchando contra un enemigo invisible que se había adueñado de su cuerpo, aunque no de su inútil voluntad.

Temblando por la titánica lucha interior, dio los dos últimos pasos hasta salir de la cueva y recibió la terrible, aterradora sonrisa de satisfacción del ser que la aguardaba.

—Oh, y ahora se pone a llover. Maravilloso —masculló Roi.

El *orballo* que había empezado a caer nada más salir de la protección de la cueva era poco menos que una neblina que incomodaba y no empapaba, pero ya cuando estaba acechando al conejo, que, con un poco de suerte y si Alicia sabía algo de cocina, le serviría de cena, los truenos habían empezado a retumbar en la distancia como si el mismísimo Thor estuviera practicando lanzamiento de martillo con las nubes. Poco después, los cielos se habían abierto y en ese preciso instante estaban dejando caer una tromba de agua capaz de inundar el desierto de Sahara, sin tener la deferencia de esperar a que él regresara a cubierto. Y, desde luego, el que Campanilla le hubiera advertido de la tormenta no estaba contribuyendo en absoluto a aplacar su mal humor. Solo le quedaba esperar que, al menos, el agua enfriara un poco su cuerpo y sus pensamientos.

Maldijo entre dientes su poco habitual falta de contención. Por alguna razón que tenía muy poco que ver con la lógica y mucho con su instinto masculino, que le decía que todo ese carácter y esa pasión podían volverlo loco, la chica lo encendía hasta el punto de no retorno, impidiéndole incluso pensar con coherencia. Y sentir el delicioso aroma de su deseo no había ayudado en nada a serenarlo. Así que se había sentido más que feliz de encontrar una excusa para abandonar esa cueva y alejarse de la tentación porque, si O'Cleary y Campanilla se tomaban su tiempo para liberarlos, mucho se temía que iba a terminar por rendirse a ella.

Con el martilleo incesante de la lluvia acompañando el sonido de sus pasos se encaminó hacia la cueva, pensando en todas las cosas frías que le venían a la cabeza, a ver si conseguía bajar un poco la temperatura de su libido.

Aún estaba a cierta distancia cuando lo sintió: la fuerza de la magia feérica y el sonido de una voz acariciadora, tentadora, llamando a Alicia por su nombre.

Sin detenerse siquiera a pensar en lo que hacía, soltó el conejo que había atrapado y echó a correr con toda la velocidad que podían llevarlo sus piernas.

El terror estuvo a punto de paralizarlo cuando alcanzó el claro y la vio, sostenida por un *fomore* que esbozaba una sonrisa depravada en su absurdamente bello rostro mientras se inclinaba hacia ella.

Se forzó a serenarse, a actuar con calma y pensar, ignorando el rugido de su bestia clamando por destrozar, reclamar y conquistar.

—¿Serías tan amable de quitar tus manos de mi cena, *fomore*? —dijo con el tono más indiferente que fue capaz de invocar.

El ser se dio la vuelta y lo miró con evidente diversión.

—Podemos compartirla —ofreció—. Tú puedes quedarte con su sangre, yo me quedaré con su espíritu... Y el cuerpo para los dos —explicó con un guiño.

La bestia rugió en sus entrañas, empujándolo a convertir al *fomore* en diminutos pedazos de carne y sangre. Roi la acalló con decisión. Algunos de los suyos no eran seres violentos y quizá, tan solo quizá, si le daba una oportunidad de salir de ahí y buscar una presa más fácil, podrían acabar con este asunto sin que la chica tuviera que presenciar una masacre.

—Permíteme que te haga una contraoferta —sugirió, haciendo que la amenaza se deslizara entre los matices suaves de su entonación—. Dejas a la chica, te marchas por donde has venido, y yo dejaré que sigas conservando la cabeza sobre los hombros.

El *fomore* permaneció mirándolo en silencio durante lo que pareció una eternidad, probablemente valorando si la chica merecía lo suficiente la pena como para arriesgarse a un enfrentamiento con Roi. Por fin, inspiró y frunció el ceño.

—Vamos, es solo una humana —dijo conciliador.

—Es solo mi humana —devolvió Roi.

«Y esto no va a ser tan fácil como pensaba», añadió para sí mismo cuando el *fomore* dejó caer el hechizo que lo mostraba a los ojos del mundo como un hermoso ejemplar de hombre, y aparecía ante él como el monstruo que era en realidad.

Liberada del embrujo que el ser había lanzado sobre ella, Ali recuperó el uso de su cuerpo justo a tiempo para volverse y ver cómo saltaba sobre Roi en una maraña de colmillos, garras y furia descontrolada.

Esta vez fue el pánico lo que la mantuvo clavada al suelo, incapaz de moverse, contemplando con morbosa fascinación cómo el brazo del ser trazaba un amplio arco y abría cuatro heridas paralelas en el pecho de Roi. Antes incluso de que la criatura aterrizara en el suelo junto a él, se transformó ante su atónita mirada. Sus ojos perdieron el oro y se tiñeron de acero, los colmillos asomaron entre sus labios en una mueca brutal y sus dedos se afilaron hasta convertirse en garras. Con un rugido inhumano se abalanzó sobre su atacante y juntos iniciaron una danza veloz y brutal que los limitados ojos de Ali se declararon incapaces de seguir.

Los rugidos de ambos competían en intensidad con los truenos lejanos, y la hierba húmeda del claro no tardó en encharcarse de sangre que, a la luz de la luna, se veía más negra que roja.

Tan súbitamente como había empezado, la pelea terminó y Ali sintió que las puertas del infierno se abrían bajo sus pies, arrastrándola hacia sus entrañas, cuando quien se puso en pie no fue Roi, sino el monstruoso ser en que se había convertido el hombre que había aparecido en la entrada de la cueva.

La criatura abrió los labios en una mueca que aparentaba ser una sonrisa malvada y caminó hacia ella, abandonando el cuerpo inerte tras de sí.

—Muy bien, y ahora que ya he solucionado este asunto, vamos a divertirnos un rato tú y yo —anunció.

Se cernió sobre ella, amenazador, y Ali se juró en ese mismo instante que no deshonraría la memoria de Roi rindiéndose sin presentar batalla. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, apartó las manos de la criatura con un barrido de sus brazos y alzó la rodilla para golpearlo, aunque falló su objetivo por milímetros.

Lejos de molestarse, su atacante soltó una carcajada.

—Oh, sí, lucha, pequeña humana —se burló—. Si te resistes será mucho más divertido.

Sus garras se aferraron a los hombros de Ali con violencia, arrancándole un grito de dolor. Se revolvió y luchó, enfrentándose a él con uñas y dientes, mordiendo y arañando cualquier pedazo de piel que quedaba a su alcance mientras la criatura seguía riéndose, manoseándola, someténdola.

Sus fuerzas se estaban agotando y ya estaba a punto de despedirse del mundo y del hombre que había intentado protegerla, cuando el ser cesó en su ataque.

Ali alzó la vista y se encontró con sus ojos vacíos, perdidos en la distancia. Al instante, un fino hilo de sangre manó de su horrenda boca, trazando un ominoso

sendero carmesí hacia su mandíbula. Los ojos de Ali descendieron hasta su pecho, a tiempo de ver cómo una garra se retiraba, dejando a la vista un hueco allí donde debía haber estado su corazón.

La criatura cayó al suelo con un último gorgoteo. Tras ella, Roi, ya con su aspecto humano, contempló su caída, sosteniendo todavía su corazón entre los dedos.

Las piernas de Ali se negaron a aguantarla por más tiempo cuando el cuerpo del ser desapareció ante sus ojos en un destello de humo y cenizas. Antes de que llegara a tocar el suelo, Roi estaba junto a ella, acunándola contra él, manteniéndola anclada a su cordura y a este mundo. Alzó la vista y encontró su mirada atormentada, cargada de prevención y algo muy parecido al miedo. Se retorció en sus brazos para enfrentarlo y él la aferró con más fuerza.

—No voy a hacerte daño, Alicia —musitó en tono suplicante—. No me tengas miedo, por favor —rogó.

Ali parpadeó, confusa. ¿Temerlo? ¿Al hombre que la había salvado de morir dos veces? ¿Por qué iba a tenerle miedo? La comprensión la golpeó como una maza: había visto al monstruo, no al hombre, y ahora ese hombre temía su reacción.

Tenía que hacerle ver lo equivocado que estaba.

Alzó una mano y acarició con suavidad su mejilla manchada de sangre. Él inclinó la cabeza y besó su palma, sin apartar de ella sus ojos tormentosos.

—No te tengo miedo —suspiró Ali—. Me has salvado la vida.

El alivio centelleó en la mirada dorada de Roi, que la estrechó con más fuerza contra su pecho.

—Me has dado un susto de muerte, querida —murmuró.

—Y tú a mí —reconoció Ali—. Creí que estabas... —Sacudió la cabeza. Ni siquiera podía pronunciar la palabra—. Que estabas...

—Lo sé —la interrumpió, acunándola como si fuera una niña o un objeto preciado—. Lo sé —repitió—. Pero estoy aquí, estoy bien. Estamos bien.

Ali lo miró a los ojos y se perdió en las emociones que veía en esos dos profundos charcos dorados. En otro momento, en otro lugar, con otro hombre, quizá podría haberse resistido. Pero en ese preciso instante se declaró incapaz de rechazar un solo segundo más a la atracción que chisporroteaba entre ellos, que la empujaba a disfrutar de la vida después de haber estado tan cerca de la muerte. Se pasó la lengua por los labios en un gesto casi inconsciente de invitación que él aceptó sin dudar, atrapándola en un beso voraz.

El mundo se difuminó a su alrededor mientras se dejaba arrastrar por la arrolladora pasión que él ponía en su beso. Sus labios sobre los de ella eran exigentes, brutales, tan incivilizados como lo era la bestia en su interior, a la que Roi daba rienda suelta sin dudar.

No había esperado que él fuera amable o seductor, tímido y considerado, y no la decepcionó. Sus manos se movían ávidas sobre su rostro, vagaban hacia su cuello, y la sostenían con firmeza, con implacable apetito. Lejos de aplacarla tratándola como



a una frágil humana, exigía, reclamaba y avasallaba sin piedad, como si supiera, gracias al instinto de los siglos, que ella iba a responder de igual forma.

Y Ali respondió. Su cuerpo se inflamó en llamas con un deseo insoportable y, antes de que pudiera siquiera pensar en lo que hacía, sus manos rasgaron el delicado hilo de la camisa de Roi, ansiando tocar su piel, recorrer sus músculos, deleitarse con su tacto y su sabor.

—Maldita sea, mujer —gruñó él con la voz enronquecida por la pasión—. Me encantaba esta camisa —bromeó.

—Te jodes —murmuró Ali, deslizando sus manos exploradoras por el pecho de Roi.

—Esa boca —la recriminó, arañando con sus colmillos la boca en cuestión. Ali gimió por toda respuesta y él dejó escapar una risa seductora, masculina hasta su misma esencia—. Las señoritas bien educadas no hablan así.

—Cállate ya —protestó mientras intentaba deshacerse con dedos inquietos de la camisa que colgaba de los hombros de Roi.

—Oh, y ahora me mandas callar —replicó él, sosteniéndole las muñecas en una firme presa con una de sus manos—. Voy a hacerte suplicar por tratarme con tanta grosería, *meu ben*.

La soltó el tiempo preciso para arrancarse él mismo los restos de la camisa desgarrada y Ali suspiró, hipnotizada al ver la marea de músculos que ocasionó ese gesto. La prenda cayó de las manos de Roi formando un charco blanco junto a ellos sobre el que él la tumbó antes de permitirle siquiera tomar un aliento.

Sus manos ascendieron por sus costados, alzándole los brazos sobre la cabeza. Con una mano la sostuvo inmóvil, mientras con la otra se deshacía de sus ropas con impaciencia, rompiendo y arrancando sin piedad. Cuando la última de sus prendas voló de su cuerpo, se apartó para poder contemplarla, sin aflojar por un instante la presa de sus muñecas.

En la distancia destelló un relámpago, iluminándolos, y el sonido del trueno que lo siguió pareció acompasar los alocados latidos del corazón de Ali en un estruendoso contrapunto. La lluvia caía sobre su cuerpo, enfriando la piel que ardía ya, rogando por el toque del hombre. Sus ojos la acariciaron de la cabeza a los pies y el acero destelló de nuevo en ellos, animándolos con la violencia de su pasión. Si en algún momento de su vida Ali se había sentido más deseada, más adorada, era incapaz de recordarlo.

En un parpadeo de velocidad, Roi se deshizo del resto de su ropa y se inclinó sobre ella para volver a regalarle uno de esos besos brutales y enloquecedores, robándole el aliento y el poco sentido que le quedaba a esas alturas.

—Y ahora, querida, prepárate para suplicar —anunció.

—Yo no suplico —protestó Ali. La declaración quedó bastante atemperada con el gemido que escapó de sus labios cuando Roi deslizó los dientes por su cuello, rozando la piel sin llegar a rasgarla.

Ali se retorció, intentando liberarse, ansiando tocarlo, pero él se limitó a sostenerla con más fuerza, riendo sobre su piel.

—Quieta, o será peor —amenazó en tono sensual.

Su cabeza descendió hasta su pecho y su lengua lamió la piel sensible por el frío y el deseo, arrancándole un nuevo gemido. Ali volvió a debatirse, agitándose bajo él, pero su peso y sus manos la tenían inmovilizada contra el suelo.

La lluvia seguía cayendo sobre ellos como si anunciara el fin de los tiempos. Las gotas que golpeaban contra su piel hipersensible acompañaban las caricias, el roce de los labios en sus pechos doloridos, el toque de la lengua sobre sus excitados pezones. Los truenos retumbaban sobre ellos, demasiado cerca, pero aun así tan lejos del universo de lujuria que Roi estaba recreando para ella, que Ali solo los percibía como un eco apagado, deslucido en comparación con el rugido del pulso en sus oídos.

Roi atormentó su pecho hasta hacerla gritar, hasta que Ali pensó que podría llegar al clímax solo con esos besos torturadores.

Pero no rogaría. No iba a rogar. Todavía había demasiado de sí misma en su interior como para rendirse... O al menos eso pensó hasta que él le soltó las manos para sujetarlas contra sus costados, mientras descendía hasta perderse entre sus muslos.

Se encontró gritando hasta desgarrarse los pulmones, hasta que sus gritos acallaron el rugido de la tormenta, el golpeteo de la lluvia contra las ramas y el suelo, contra sus cuerpos. Su lengua la llevó a un orgasmo demoledor, que la dejó temblando, fuera de sí misma, flotando en una nube de placer insoportable.

Roi alzó la cabeza y la miró con una sonrisa malvada.

—¿Todavía no suplicas, querida?

Ali parpadeó, perdida todavía en la marea de inconsciencia de su orgasmo; escuchaba las palabras, pero era incapaz de procesarlas. Cuando por fin consiguió descifrar su significado, movió la cabeza en un gesto negativo, sabiendo que le resultaría imposible pronunciar siquiera un simple «no».

—¿No? —insistió, burlón—. Tendré que esmerarme más, entonces.

«¿Más? Si se esfuerza más, va a matarme», gimoteó Ali para sus adentros.

Él volvió a ascender sobre su cuerpo y alcanzó de nuevo sus pechos. Sus dientes destellaron un instante antes de clavarse sobre su pezón, enviando una oleada tras otra de placentero dolor por cada una de sus terminaciones nerviosas. La ola de placer estalló por fin entre sus muslos, llevándola de nuevo a un clímax intenso e inesperado.

Había momentos para luchar y momentos para rendirse. Sin que su mente consciente interviniera para nada en el proceso, Ali alzó las caderas, presionándolas contra el cuerpo de Roi...

Y suplicó.

—Por favor, Roi, por favor, por favor —gimió Alicia.

«Por fin —exclamó Roi para sus adentros—. Gracias por una vez, Diosa», oró en silencio.

Nunca en toda su larguísima existencia le había costado tanto rendir la voluntad de una mujer y su resistencia había estado a punto de llevarlo al límite una y otra vez. La bestia en su interior rugió, satisfecha, y ronroneó cuando por fin se hundió en ella sin contemplaciones, perdiéndose en su calor, en su pasión.

—¿Era esto lo que querías, *meu ben*?

—Sí —gimoteó Ali.

—¿Solo esto? —insistió, permaneciendo quieto en su interior.

—Muévete —ordenó ella.

—¿La palabra mágica, querida? —Ali gruñó y se revolvió bajo él, irritada e impaciente. Él la mantuvo quieta, aunque el movimiento de sus caderas amenazaba con hacerle perder el delicado hilo que todavía lo mantenía atado a la cordura—. ¿La palabra mágica? —insistió, moviéndose de forma casi imperceptible, dándole apenas una ligera muestra del placer que ambos podrían alcanzar. La reacción de Ali fue mucho más violenta de lo que había esperado. Su cuerpo se arqueó bajo él y dejó escapar un gemido profundo, desgarrado, de pasión y ansia—. ¡Pídemelo! —rugió—. Pídemelo, Alicia —exigió.

—¡Hazlo, maldita sea! —demandó Ali a gritos—. ¡Por favor!

—Tus deseos son órdenes para mí, querida —murmuró antes de deslizarse fuera de su cuerpo para volver a hundirse en ella con una poderosa embestida.

Roi le soltó las manos y los brazos de Alicia volaron sobre sus hombros, clavándole las uñas hasta desgarrar la carne. El inesperado placer de su ataque lo arrastró volando hacia la locura y se hundió en ella una y otra vez, sin medida, sin control, emborrachado por su sabor y su olor, por sus gemidos, por la forma en que sus caderas se acompasaban a sus embestidas, pidiendo más y más.

Las piernas de Alicia rodearon su cintura, hundiéndolo más en su interior. Más allá de ellos, a mil kilómetros de ahí o quizá justo encima, la lluvia empapaba sus cabellos, enfriaba sus cuerpos, y los truenos de una tormenta lejana aportaban la música de los cielos a su unión: la fuerza destructiva de la naturaleza celebrando la fuerza creativa del más íntimo acto de vida. Igualmente brutales, igualmente arrolladores e imparables.

Incapaz de contenerse, la bestia salió a la luz, mostrándose ante ella, ansiando su aprobación. Alicia lo recibió con la mirada nublada por el deseo y asintió.

—Hazlo —murmuró—. Hazlo, por favor —rogó.

Roi no necesitó más acicate. Hundió los colmillos en la delicada piel de su cuello

y el delicioso sabor de su sangre lo envió a un clímax imparable, mientras Alicia lo acompañaba con su propia liberación, gritando su nombre.

—No puedo moverme —rio Ali.

Cada músculo de su cuerpo parecía haberse ido a tomar unas vacaciones y mucho se temía que iba a ser un descanso indefinido. No iba a poder volver a moverse jamás. Y, para ser sincera consigo misma, tenía que reconocer que no le importaba lo más mínimo. Si le preguntaran en ese momento, se vería obligada a reconocer que sería feliz si pudiera pasar el resto de la eternidad bajo la lluvia, sintiendo el peso de Roi sobre su cuerpo, gozando de la increíble sensación de placidez y abandono que la poseía por completo.

Él se incorporó sobre sus codos y la miró como si quisiera aprenderse cada uno de sus rasgos. Apartó un mechón empapado de cabello de sus ojos y le dedicó una brillante sonrisa.

—Siento ser yo quien diga esto, pero deberíamos volver a la cueva —dijo—. Estamos calados hasta los huesos —añadió, puntualizando su comentario con un suave beso en los labios.

—Me da igual —suspiró Ali.

Roi dejó escapar una risa cargada de complacencia masculina y se incorporó, mirando a su alrededor en un vano intento de localizar los despedazados restos de sus ropas.

—Menudo desastre —rio mientras recuperaba sus pantalones, la única prenda que se había salvado del arrebato de locura.

Con una elegancia casi insultante los subió por sus piernas, privando a Ali de la gloriosa vista de su cuerpo desnudo. Después, se inclinó sobre ella y la alzó en brazos, ignorando sus protestas que, de todos modos, tampoco eran muy convincentes. Entró en la cueva y la depositó con suavidad en el suelo. Sus ojos volaron hasta la levita que Ali había dejado abandonada al responder a la llamada del *fomore* y la recogió para ayudarla a ponérsela.

—Gracias —susurró Ali.

—No es necesario darlas —sonrió Roi—. Al fin y al cabo, yo soy el culpable de que necesites usarla.

—Creo que yo también tuve algo que ver —bromeó Ali, arrebujiándose en la prenda.

—Yo diría que mucho más que «algo» —musitó Roi, estrechándola en un abrazo protector—. Y ahora a dormir —ordenó—. Tienes que estar agotada.

Ali estaba a punto de negarlo cuando un bostezo traidor se coló de contrabando en su boca. Antes de que pudiera protestar, Roi la había recostado junto al fuego y, tras avivarlo, se tumbó a su espalda, confortándola con el calor de su cuerpo. Y, por segunda vez en esa noche, Ali se rindió al cansancio y abrazó el sueño con la misma

alegría con la que abrazaba las manos de él sobre su vientre.

Roi no durmió. Pasó la noche en vela, rememorando el glorioso encuentro bajo la lluvia, la deliciosa entrega de Alicia y su imparable pasión. Solo cuando la luz del sol alcanzó la entrada de la cueva, asaeteándolo con sus rayos, se apartó a regañadientes de su cuerpo y fue a sentarse en la oscuridad, sin dejar de contemplar a la mujer que yacía en un sueño tranquilo frente a él.

El sol ya estaba alto en el horizonte cuando Alicia despertó por fin. El orgullo masculino de Roi aplaudió cuando las manos de ella lo buscaron a ciegas tras de sí. Cuando no lo encontró, se volvió con un gruñido y abrió los ojos, que se iluminaron con la sombra de una sonrisa adormecida al clavarse en él.

Roi le devolvió la sonrisa casi sin proponérselo.

—Buenos días, querida —saludó—. O quizá debería decir buenas tardes.

—¿Tardes? —se sobresaltó ella, incorporándose—. ¿Qué hora es?

—Cerca de las tres —sonrió—. Has dormido casi doce horas —añadió con un punto de autocomplacencia.

—No te sientas tan orgulloso de ti mismo —masculló Alicia de mal humor. Miró a su alrededor y sus ojos se clavaron por fin en la entrada de la cueva—. ¿Tus amigos? —preguntó.

—Todavía no han llegado —respondió Roi con un encogimiento de hombros—. Y mucho me temo que la cena se ha quedado fuera y ya no es comestible —añadió en tono de disculpa.

—Maldita sea, pues me muero de hambre —gruñó Alicia—. ¿Será muy peligroso si salgo y veo si puedo encontrar algo? —Roi enarcó una ceja, sorprendido. ¿En serio esa era la misma mujer que apenas unas horas antes lo había desafiado de la forma más irresponsable posible, ignorando el peligro en el que se encontraba?—. ¿Qué? —rezongó—. Soy idiota, pero no tanto como para no saber que si me meto en un lío las ibas a pasar moradas para ayudarme.

—No eres idiota en absoluto —replicó, alargando una mano hacia su pierna porque, sin más, no podía soportar un segundo más sin tocarla—. Valiente hasta la locura, sí. Pero esa es una cualidad que no puedo por menos que apreciar.

Alicia sonrió y gateó hasta acurrucarse en sus brazos. Roi la acogió en ellos con un suspiro satisfecho y permanecieron largo rato en el silencio confortable de dos personas que confían lo suficiente una en la otra como para que sobren las palabras.

—¡Mis ojos, mis ojos!

Ali se despertó, espantada, en brazos de Roi, sobresaltada por los gritos. Él observaba a un hombre guapísimo que se había colado en la cueva mientras ella dormía. El lenguaje corporal relajado de Roi le indicó que debía ser uno de sus amigos, que los había encontrado por fin.

—Niall —sonó otra voz en el exterior—. Deja de putear a Roi, anda. Debe estar de un humor de perros por haber tenido que... —Otro hombre entró en la cueva y se frenó en seco al clavar sus ojos en ella. Su boca se curvó en una sonrisa maliciosa—. O quizá no de tan mal humor... —sonrió, burlón—. ¿Cómo estás, amigo? Imagino que aburrido, no, ¿verdad? —Se volvió hacia Ali y le dedicó una mirada apreciativa—. Hola, soy Aidan —saludó.

Roi dejó escapar un hondo suspiro.

—Yo soy Ali —respondió ella, ignorando la evidente irritación de Roi.

—Y yo soy un mar de dudas —replicó el rubio—. ¿Roi ha follado? —preguntó en dirección a Aidan—. ¿Se va a terminar el mundo?

—No creo —respondió este en tono dubitativo—. Pero deberías matar a los demonios que quedan antes de que ocurra, por si acaso...

—¿Todavía queda alguno vivo, Niall? —preguntó Roi con aire crítico—. ¿Pierdes facultades?

—Oh, los habría matado a todos, pero Aidan dijo que a lo mejor te apetecía vengarte —explicó el hombre al que se había referido como Niall—. Pero si estás demasiado relajado...

Roi se tensó bajo los brazos de Ali y ella comprendió lo mucho que le apetecía cobrarse su venganza sobre los demonios. Así que lo miró con una sonrisa de ánimo.

—Ve, anda —dijo.

—No, yo... —intentó protestar Roi.

—Roi —lo interrumpió Ali—. Ve y patear un par de culos de demonio por mí, ¿vale? Estaré bien.

—¿De verdad no te importa? —preguntó con la misma expresión de un niño que acaba de encontrar docenas de regalos bajo su árbol de Navidad.

—De verdad —asintió Ali con sinceridad.

Roi le dio un fiero beso en los labios antes de ponerse en pie y acercarse a Niall, que lo recibió con una mirada burlona y divertida.

—¿Dónde está el resto de tu ropa, *a'chara*?

—No es de tu incumbencia, Campanilla —rezongó Roi. Pasó junto a él y salió al exterior, donde la noche ya había caído sobre el bosque.

Ali se levantó también para verlos alejarse, caminando juntos. A su lado, Aidan



rio entre dientes.

—Ya verás —dijo, señalándolos con la barbilla.

—¿No vas a decírmelo? —estaba insistiendo Niall.

—No.

—Pero me contarás algún detalle sabroso, ¿verdad?

—No.

—¿Ni siquiera...?

—No.

—Pero está muy rica, *a'chara*, dime por lo menos que...

—No.

Ali los contempló, divertida, hasta que estuvieron demasiado lejos para sus oídos. Solo entonces se volvió hacia Aidan.

—¿Siempre es así? —preguntó de buen humor.

—No —respondió Aidan. Al ver su mirada escéptica, sonrió—. Normalmente es mucho más inaguantable —reconoció. Su expresión se volvió seria cuando preguntó —: ¿Estás bien?

—Sí —asintió Ali. Los recuerdos la asaltaron en una marejada imparable y una sonrisa asomó a sus labios sin que pudiera detenerla—. Sí, muy bien —repitió con convicción.

—Bien, pues déjame que te lleve a casa, ¿de acuerdo? —Al ver que Ali se disponía a discutir, añadió—: Les llevará algún tiempo acabar con los demonios. Niall habla mucho, pero dejó escapar a unos cuantos para que Roi tuviera con qué entretenerse cuando lo encontráramos. Es un capullo, pero tiene sus detalles —explicó con tanto afecto que Ali no pudo evitar sonreír—. En fin, el caso es que estaremos por aquí un par de días, así que tendrás mucho tiempo para despedirte de Roi.

Despedirse. Claro. Las palabras la hirieron a pesar de que ya sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a ellas. Y, al fin y al cabo, siempre le quedarían los recuerdos de una noche increíble y de su maravilloso despertar al mundo sobrenatural. Las criaturas mágicas existían, la magia era real y en ese bosque ella había encontrado lo mejor de ambas cosas.

## Epílogo

*Mi muy querida Alicia:*

*Si alguna vez necesitas mi ayuda, sostén entre tus manos este talismán y pronuncia mi nombre dos veces. Llegaré junto a ti tan pronto como me lo permita la distancia que nos separe.*

*Aunque una parte de mí ansía que lo utilices por capricho, te conozco lo bastante bien como para saber que eso no sería propio de ti. Así que confiaré en no tener que obedecer nunca a su llamada, ya que eso significará que estás a salvo y las horas que compartimos son apenas una sombra en tu memoria.*

*Sé feliz, mi valiente Alicia, y recuérdame de vez en cuando.*

Ali dobló con dedos temblorosos el papel escrito con la elegante caligrafía de Roi que había encontrado en su cama tras su emotiva despedida, y se dirigió a la biblioteca para guardarlo entre las páginas de un libro. Después de pensarlo un segundo, abrió el ejemplar del *Drácula* de Stoker y escondió la carta en su interior.

Ali dobló con dedos temblorosos el papel escrito con la elegante caligrafía de Roi que había encontrado en su cama tras su emotiva despedida, y se dirigió a la biblioteca para guardarlo entre las páginas de un libro. Después de pensarlo un segundo, abrió el ejemplar del *Drácula* de Stoker y escondió la carta en su interior.